SANTIDAD

John Charles Ryle

Traducido por Erika Escobar

Esta obra ha sido traducida integramente por Erika Escobar y publicada en Descubriendo el Evangelio (http://descubriendoelevangelio.es)

Comparte libremente este libro por internet bajo esta licencia

Reconocimiento – NoComercial – CompartirIgual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

Introducción

En los veinte ensayos que componen este volumen está mi humilde contribución a una causa que está provocando mucho interés en estos días – Me refiero a la causa de la santidad bíblica. Es una causa que cualquiera que ama a Cristo, y desea anticipar Su reino en este mundo, debe enfrentar para adelantar. Todos pueden hacer algo y deseo agregar mi cuota.

El lector encontrará poco que sea directamente controversial en estos escritos. Me he abstenido cuidadosamente de usar citas de maestros o libros modernos. He sido impelido a entregar el resultado de mi propio estudio de la Biblia, mis meditaciones personales, mis propias oraciones para obtener entendimiento y mis lecturas de los viejos textos sagrados. Si en algo estuviese equivocado, espero saberlo antes de abandonar este mundo. Todos vemos en parte y tenemos un tesoro en los veleros terrenales. Confío, estoy deseoso de aprender.

Por muchos años, he tenido una profunda convicción de que, en este país, la santidad práctica y la total consagración a Dios no son suficientemente consideradas por los cristianos modernos. La política, o la controversia, o los espíritus divididos, o la mundanería, han consumido en muchos de nosotros la piedad activa del corazón. El tema de la santidad personal ha caído tristemente al patio trasero. En muchos barrios el estándar de vida se ha vuelto dolorosamente bajo. La inmensa importancia de "de acicalar la doctrina de Dios nuestro Salvador" (Tito 2:10), para hacerla adorable y hermosa según nuestros hábitos diarios y temperamentos ha ido demasiado lejos. Las personas del mundo a veces se quejan con razón de que las personas "religiosas", así llamadas, no son tan afables, ni generosas y de buena naturaleza comparados con otros que no profesan religión alguna. Con todo y eso la santificación, en su lugar y proporción, es tan importante como la justificación. La reconocida doctrina protestante o evangélica es inútil si no está acompañada por una vida de santidad. Es peor y por lo tanto inútil, provoca daño. Es tenida a menos por hombres del mundo de mirada acuciosa y perspicaz, que la ven como irreal y hueca, y la cuestionan con desdén. Es mi firme impresión que nosotros necesitamos una renovación amplia

de la Santidad bíblica y estoy muy agradecido porque la atención va hacia esa dirección.

Es, sin embargo, de gran importancia que todo el tema sea puesto en las fundaciones correctas, y que el movimiento alrededor de ella no sea dañado por declaraciones crudas, desproporcionadas y unilaterales. Si tales declaraciones abundan, no debemos sorprendernos. Satanás conoce muy bien el poder la verdadera santidad, y el inmenso daño que una atención incrementada hacia ella puede causarle a su reino. Es su interés, por lo tanto, promover la contienda y controversia acerca de esta parte de la verdad de Dios. A medida que el tiempo pasa, él ha tenido éxito en mistificar y confundir la mente de los hombres sobre la justificación, así es que él trabaja ahora para dar a los hombres "consejos oscuros con palabras sin conocimiento" acerca de la santificación. Ojalá Dios lo reprenda! No puedo abandonar la esperanza que lo bueno brotará de lo maldad, que las discusiones despertarán la verdad, y que la variedad de opiniones nos llevará a buscar más en las Escrituras, a orar más y a llegar a ser más diligentes en tratar de encontrar lo que es "el entendimiento/ intención del Espíritu".

Ahora lo siento como un deber, en despachar este volumen para ofrecer unas pocas señales introductorias a aquellos cuya atención está especialmente dirigida al tema de la santificación en nuestros tiempos. Sé que haciéndolo, pareceré presuntuoso, y posiblemente ofensivo, pero hay que arriesgarse cuando se trata de los intereses de la verdad de Dios. Pondré mis sugerencias en la forma de pregunta, y pediré a mis lectores las tomen como "Precauciones en los tiempos presentes en el tema de la santidad".

(1) Pregunto, en primer lugar, si es o no sabio hablar de fe como una necesidad y como la única condición requerida – como parece ser en los tiempos actuales- al manipular la doctrina de la santificación? Es sabio proclamar en una forma tan vana, desnuda e incompetente – como algunos hacen- que la santidad de las personas convertidas es sólo por la fe, y en absoluto un esfuerzo personal? Está esto en armonía con la Palabra de Dios? Lo dudo.

La fe en Cristo es la raíz de toda santidad – QUE el primer paso hacia una vida santificada es creer en Cristo – QUE hasta que creemos no tenemos ni una pizca de santidad – QUE la unión con

Cristo por la fe es el secreto para ser santos y mantenernos en santidad – QUE la vida que vivimos en la carne debemos vivirla por la fe en el Hijo de Dios – QUE la fe purifica el corazón – QUE la fe es victoria que vence al mundo – QUE por la fe los ancianos obtuvieron su buen registro. Todas estas son verdades que ningún Cristiano bien instruido nunca pensaría en negar. No obstante y con certeza las Escrituras nos enseñan que para buscar la santidad los verdaderos Cristianos necesitan esfuerzo personal y trabajo, así como también fe. Es el mismo apóstol que dice en una parte "La vida que vivo en la carne la vivo por la fe en el Hijo de Dios"; en otra dice, "Peleo, corro, domino mi cuerpo", y en otros lugares "Limpiémonos nosotros mismos – trabajemos, pongamos aparte cualquier peso". (Gálatas 2:20, 1ª Cor. 9:26, 2ª Cor. 7:1, Heb. 4:11, Heb. 12:1). A mayor abundamiento, en ninguna parte de las Escrituras se nos enseña que la fe nos santifica en el mismo sentido y en la misma forma en que la fe nos justifica! Fe justificada es gracia que "no trabaja", pero simplemente confía, descansa y se apoya en Cristo (Rom. 4:5). La fe santificadora es gracia de la cual la vida misma es acción: "ella trabaja por amor", y, como un resorte angular, mueve todo el interior del hombre (Gal 5:6). Después de todo, la oración exacta "santificado por la fe" se encuentra referida solamente una vez en el Nuevo Testamento. El Señor Jesús dijo a Saulo: "Te envío para que ellos puedan recibir perdón de pecados y herencia entre aquellos que son santificados por la fe que es mí". Aún allí, estoy de acuerdo con Alford, que "por fe" pertenece a toda a toda la oración y no debe ser atada a la palabra "santificado". El verdadero sentido es "que por la fe que es en Mí ellos pueden recibir perdón de pecados y herencia entre aquellos que son santificados" (Compare Hech. 26:18 con Hech. 20:32)

En lo que se refiere a la frase "Santidad de la fe", no la encuentro en ninguna parte del Nuevo Testamento. Sin controversias, en la materia de nuestra justificación ante Dios, la fe en Cristo es la única cosa necesaria. Todos aquellos que simplemente creen están justificados. La rectitud se atribuye "a aquel que no trabaja pero cree" (Rom. 4:5). Tiene un sentido profundamente bíblico y correcto decir "la fe por si misma justifica", pero no es igualmente bíblico y correcto decir "que la fe por si misma santifica". Estos decires requieren de mucha calificación. Dejemos que sólo un hecho sea suficiente: frecuentemente Pablo nos dice que un hombre es "justificado por la fe sin la intervención de la ley", pero

ninguna vez se nos dice que somos "santificados por la fe sin la intervención de la ley". Por el contrario, somos expresamente advertidos por Juan que la fe por medio de la cual estamos visiblemente y demostrativamente justificados ante el hombre, es una fe que "sin obras es muerta" * (Jn 2;17). En respuesta, puede decírseme, que nadie quiere decir que desprecia el trabajo como una parte esencial de una vida santificada. Sería bueno, sin embargo, hacer esto más sencillo como muchos parecen hacerlo en estos días.

* Hay una doble justificación en Dios: Una es de autoridad, la otra de declaración o demostración. "…La primera corresponde al alcance de Pablo, cuando él habla de justificación por la fe sin la intervención de la ley. La segunda, al alcance de Juan, cuando él habla de justificación por obras". T. Goodwin en Gospel Holiness – "Santidad de los Evangelios", Vol. VII, Pág. 181.

(2) Pregunto, en segundo lugar, si es sabio hacer tan poco -como algunos parecen hacer en su vida diaria- comparativamente con las muchas exhortaciones prácticas hacia la santidad que encontramos en el Sermón del Monte, y las partes finales de la mayoría de las epístolas de Pablo? Está en concordancia con la Palabra de Dios? Lo dudo.

QUE una vida de diaria consagración y comunión con Dios debería ser el foco de todos y cada uno de los que declaran ser creyentes – QUE nosotros deberíamos atenernos al hábito de ir a la presencia de Jesús con todo lo que sean nuestras cargas, sean éstas grandes o pequeñas, y entregárselas a Él – Todo eso, repito, ningún hijo de Dios bien instruido soñará siquiera con contra-argüirlo. Es seguro que el Nuevo Testamento nos enseña que necesitamos algo más que generalidades acerca de la vida en santidad, generalidades que a menudo no conmueven la consciencia y no ofrecen agravio. Los detalles e ingredientes particulares de los cuales la santidad está manifestada en la vida diaria, deben ser completamente determinados y entregados con fuerza a los creyentes por quienes dicen manejar el tema. La verdadera santidad no consiste meramente en creer y sentir, sino en hacer y soportar, y en una evidencia práctica de la gracia activa y pasiva. nuestras lenguas, nuestros temperamentos, nuestras pasiones e inclinaciones naturales – Nuestra conducta como padres e hijos, maestros y siervos, esposos y esposas, legisladores y legislados – Nuestro

vestido, nuestro tiempo laboral, nuestro comportamiento en los negocios, nuestro comportamiento en enfermedad y salud, en la riqueza y en la pobreza – Todo, Todas estas materias que son ampliamente tratadas por escritores inspirados, no están relacionadas con aseveraciones generales de cómo nosotros debemos creer y sentir, y cómo vamos a plantar las raíces de la santidad en nuestros corazones. Ellas van a lo más profundo, ellas van a lo particular. Especifican en detalle lo que un hombre santo debe hacer y ser dentro de su propia familia, cerca de su propio fuego, si él permanece en Cristo. Dudo si esta clase de enseñanza es suficientemente considerada en el movimiento actual. Cuando las personas hablan de haber recibido "una bendición tan especial", y haber encontrado "una vida superior", luego de escuchar a algún fervoroso defensor de la "santidad por fe y consagración", y sus familia y amigos no ven ningún progreso y ni mayor santidad en sus temperamentos y comportamientos diarios… inmenso daño se hace a la causa de Cristo. La verdadera santidad, seguramente debemos recordar, no es sólo las sensaciones internas y las impresiones. Es mucho más que lágrimas, suspiros, o excitación física, un pulso acelerado, y un sentimiento apasionado de apego a nuestro predicador favorito y a nuestro propio grupo religioso, o una inmediata disposición a discutir con cualquiera que no esté de acuerdo con nosotros. Es algo de "la imagen de Cristo" que puede ser visto y observado por los otros en nuestra vida privada, en nuestros hábitos, en nuestro carácter y nuestras acciones. (Rom. 8:29)

(3) Pregunto en tercer lugar, si es sabio usar lenguaje vago acerca de la perfección y presionar a los Cristianos hacia un estándar de santidad alcanzable en este mundo y del cual no existe garantía sustentable en las Escrituras o en la experiencia? Lo dudo.

Que los creyentes son exhortados a la "santidad perfecta en el temor de Dios" –"continuar en el perfeccionamiento" – "ser perfectos", ningún lector de su Biblia pensará nunca en negarlo. (2ª Cor 7:1, Heb 6:1-2, 2ª Cor 13:11). Excepto que debo aprender que no existe ni un pasaje en las Escrituras que enseñe que esa literal perfección, una completa y entera libertad de pecado, en pensamiento, palabra o acción, es alcanzable o ha sido alguna vez alcanzada por cualquier hijo de Adán en este mundo. Una perfección comparativa, una perfección en conocimiento, una consistencia a toda prueba en cada reacción de vida, un

pensamiento sólido en cada punto de l doctrina, puede verse ocasionalmente en algunos de los creyentes en Dios. Pero, como un absoluto de perfección literal, ni los más eminentes santos de Dios, en cada época, han pretendido reclamarla. Muy por el contrario, ellos siempre han tenido el más profundo sentido de su insignificancia e imperfección. Mientras más luz espiritual ellos han alcanzado más parecen haber sido conscientes de sus incontables defectos y deficiencias. Mientras más gracia han hallado más se visten con las ropas de la humildad (1ª Ped. 5:5)

Qué santo puede encontrarse en la Palabra de Dios, de cuya vida tenemos muchos detalles registrados, que fuera literal y absolutamente perfecto? Cuál de todos ellos, cuando escriben sobre ellos mismos, hablan alguna vez de sentirse libres de la imperfección? Todo lo contario, hombres como David, Pablo, Juan declaran en el más fuerte de los lenguajes que ellos sienten la debilidad de sus propios corazones y el pecado. Los hombres más santos de los tiempos modernos han sido notables por su profunda humildad. Han visto alguna vez hombres más santos que los mártires John Bradford, o Hooker, o Usher, o Baxter, o Rutherford, o M´Cheyne? Uno no puede leer los escritos y cartas de estos hombres sin observar que ellos se perciben a sí mismos "deudores de la misericordia y gracia" y la última cosa que hubieran pretendido sería reclamar la perfección!

Haciendo frente a hechos como estos, debo protestar contra el lenguaje utilizado en muchos círculos, en estos últimos días, acerca de la perfección. Debo pensar que esos que la usan o conocen muy poco sobre la naturaleza del pecado, o de los atributos de Dios, o de sus propios corazones, o de la Biblia, o del significado de las palabras. Cuando un cristiano profesa su fe, serenamente me indica que él ha ido más allá de himnos como "Tal como soy", y que éstos están por debajo su experiencia actual, aunque alguna vez se ajustaron cuando abrazaron la religión, debo pensar que su alma está en un estado poco saludable! Cuando un hombre puede hablar serenamente de la posibilidad de "vivir sin pecado", mientras está en su cuerpo, y puede realmente decir que "en tres meses nunca ha tenido un pensamiento malicioso", sólo puedo decir que en mi opinión es un cristiano muy ignorante! Protesto contra la enseñanza de este tipo. No es sólo que no haga bien sino que hace mucho daño. Esto disgusta y aliena a las personas del mundo que observan desde lejos, quienes saben que es incorrecto y falso. Me

entristecen algunos de nuestros mejores hijos de Dios, que sienten que ellos nunca pueden alcanzar una "perfección" de este tipo. Hace que los hermanos débiles se pavonen fantaseando ser algo cuando son nada. En breve, es una ilusión peligrosa.

(4) En cuarto lugar, es sabio afirmar tan enfática y violentamente, como muchos hacen, que el séptimo capítulo de la Epístola a los Romanos no describe la experiencia de un santo avanzado, sino la experiencia de un hombre no renovado espiritualmente, o de un creyente débil e inestable? Lo dudo.

Admito de lleno que el punto ha sido discutido por dieciocho siglos, de hecho desde los días de Pablo. Admito de lleno que cristianos renombrados como John y Charles Wesley, y Fletcher, cientos de años atrás; ni qué decir de algunos escritores de nuestro tiempo, que sostienen firmemente que Pablo no estaba describiendo su propia experiencia del momento cuando él escribió este capítulo siete. Admito de lleno que muchos no pueden ver lo que yo y algunos otros vemos: Bis, que Pablo no dice nada en este capítulo que no cuadre con la experiencia evidenciada de los más prominentes santos de cada época, y que él dice varias cosas que un hombre no renovado espiritualmente o un creyente débil pensaría alguna vez en decir y que no puede decir. Así me parece a mí, pero no entraré en un detallado análisis de este capítulo (*)

*Los que deseen entrar en el tema, lo encontrarán comentado en detalle en Comentarios de Villet, Elton, Chalmers y Haldane, y en Owen en "Pecado implantado", y en el trabajo de Stafford sobre el Séptimo de Romanos.

En lo que pongo énfasis es el amplio hecho de que los mejores comentaristas en cada época de la Iglesia han, casi invariablemente, atribuido el capítulo séptimo de Romanos a creyentes avanzados. Los comentaristas que no concuerdan con este punto de vista han sido, con pocas brillantes excepciones, Romanistas(1), los Socinianos(2) y los Arminianos(3). Contra ellos forman fila el enjuiciamiento de casi todos los Reformistas, casi todos los Puritanos, y las mejores divinidades evangélicas modernas. Puede que se me diga, por supuesto, que ningún hombre es infalible, que los Reformistas, Puritanos y las divinidades evangélicas a las que me refiero pueden haber estado completamente equivocadas, y que los Romanistas, Socinianos y

Arminianos pueden haber estado en lo correcto! Nuestro Señor nos ha enseñado, sin duda, a "A no llamar a hombre alguno maestro". En tanto que solicito a hombre alguno llamar a los Reformistas y Puritanos "maestros", también pido a las personas leer lo que ellos dicen sobre el tema y contestar sus argumentos, si pueden. Eso no ha sido hecho aún! Decir, como algunos hacen, que ellos no quieren dogmas y doctrinas humanas no es respuesta alguna. El punto en cuestión es " Cuál es el significado de un pasaje en la Escritura? Cómo debemos interpretar el Séptimo Capítulo de la Epístola a los Romanos? Cuál es el verdadero sentido de sus palabras? A cualquier precio, debemos recordar que es un gran hecho sobre el cual no podemos pasar. En un lado están las opiniones y las interpretaciones de los Reformistas y los Puritanos y en el otro las opiniones e interpretaciones de los Romanistas, Socinianos y Arminianos. Esto debe ser claramente entendido.

A la vista de este hecho, debo manifestar mi protesta contra el lenguaje socarrón, burlón y recalcitrante que ha sido última y frecuentemente utilizado por parte de algunos de los defensores, de lo que debo llamar la visión de los Arminianos del Capítulo Séptimo de Romanos, al referirse a las opiniones de sus oponentes. Por decir lo menos, tal lenguaje es impropio y denosta su propio fin, Una causa que es defendida con tal lenguaje merece suspicacia. La verdad no necesita armas. Si no podemos estar de acuerdo con los hombres, no necesitamos hablar de sus puntos de vista con descortesía y desprecio. Una opinión que se basa y soporta en tales hombres como los mejores Reformistas y Puritanos puede no convencer a todas las mentes del siglo diecinueve, pero debería siempre ser manifestada con respeto.

(5) En quinto lugar, es sabio usar un lenguaje que es comúnmente utilizado en nuestro días para denominar la doctrina de "Cristo en nosotros"? Lo dudo. No es esta doctrina a menudo exaltada a una posición que no ocupa en las Escrituras? Me temo que así es.

QUE el verdadero creyente es uno con Cristo y Cristo es en él, ningún lector cuidadoso del Nuevo Testamento lo negaría nunca. Hay, sin duda, una unión mística entre Cristo y el creyente. Con El morimos, con El fuimos sepultados, con El nos levantamos nuevamente, con El nos sentamos en lugares celestiales. Tenemos cinco simples textos donde se nos enseña inequívocamente que

Cristo es "en nosotros" (Rom. 8:10, Gal 2:20, 4:19, Efe 3:17, Col 3:11). Pero debemos ser cuidadosos con lo que entendemos es la expresión. " Por la fe Cristo mora en nuestros corazones" y lleva adelante su trabajo en nosotros por medio del Espíritu Santo, es claro y simple. No obstante, si pretendemos decir que al lado, sobre y por sobre esto hay un misterioso trabajo interno de Cristo en los creyentes, debemos ser cuidadosos acerca de esto. Si no ponemos ese cuidado, nos enfrentaremos a nuestra propia ignorancia sobre el trabajo del Espíritu Santo. Estaremos olvidando que la economía divina de la elección de la salvación de un hombre es un trabajo de Dios Padre, que la redención, mediación e intercesión, el trabajo especial Dios Hijo, y la santificación es el trabajo especial de Dios Espíritu Santo. Nos estaremos olvidando de lo que nuestro Señor dijo cuando se fue, que El enviaría otro Consolador que tomaría Su Lugar, quien "habitaría con nosotros" por siempre, y, así fue (Jn 14:16). En breve, bajo la idea que estamos honrando a Cristo, encontraremos que estamos deshonrando Su especial y peculiar regalo: el Espíritu Santo. Cristo, sin lugar a dudas, como Dios, está en todas partes –en nuestros corazones, en el cielo, en el lugar donde hay dos o tres reunidos en Su nombre, Pero verdaderamente debemos recordar que Cristo, nuestra Cabeza y Supremo Pastor, está sentado a la diestra de Dios intercediendo por nosotros hasta que El venga por segunda vez: y que Cristo realiza Su trabajo en los corazones de Su gente por el trabajo especial de Su Espíritu, el que El prometió enviar cuando El partió de este mundo (Jn. 15:26). Una comparación de los versículos nueve y diez del capítulo octavo de Romanos, en mi opinión, muestra esto en pleno. Esto me convence que "Cristo en nosotros" significa Cristo es en nosotros por Su Espíritu. Y más que todo, las palabras de Juan son más claras y precisas: "Así sabemos que El habita en nosotros por el Espíritu que El nos ha dado" (1ª Jn 3:34).

Al decir todo esto, espero que nadie me malentienda. Yo no digo que la expresión "Cristo en nosotros" no esté en las Escrituras, pero al decirlo de este modo veo gran daño al dar una importancia no bíblica y extravagante a la idea contenida en la expresión, y temo que muchos actualmente sin saber exactamente lo que ella significa, e inadvertidamente, quizá, deshonren el poderoso trabajo del Espíritu Santo. Si algún lector piensa que estoy siendo innecesariamente escrupuloso acerca de esto, les recomiendo notar un curioso libro de Samuel Rutherford (autor de cartas bien

conocidas), llamado "El Anticristo espiritual. Podrán ver que dos siglos atrás se originaron las más descabelladas herejías derivadas de esta misma doctrina del "involucramiento de Cristo en los creyentes". Encontrarán que Saltmarsh, y Dell, y Towne, y otros falsos maestros, contra los cuales contendió Samuel Rutherford, comenzaron con extrañas nociones de "Cristo en nosotros", y construyeron una doctrina antinomanista(4), y un fanatismo de la peor descripción y la más vil tendencia. Ellos mantenían que la vida separada, personal del creyente lo había abandonado, y que era Cristo, que vivía en él, el que se arrepentía, creía y actuaba! La raíz de este garrafal error es una forzada y no bíblica interpretación de un texto como el que indica: "Yo vivo: aunque no yo, pero Cristo vive en mi" (Gal. 2:30). El resultado natural de esto fue que muchos de los seguidores infelices de esta escuela se volvieron a la cómoda conclusión de que los creyentes no eran responsables, sin importar lo que hicieran! Los creyentes, increíble, estaban muertos y sepultados, y sólo Cristo vivía en ellos, y se hacía cargo de todo por ellos! La consecuencia final era que algunos pensaron que podían sentarse en su carnal seguridad puesto que su responsabilidad personal ya no existía y podía cometer cualquier clase de pecado sin miedo! Nunca olvidemos que la verdad, distorsionada y exagerada puede ser madre de las más peligrosas herejías. Cuando hablamos de "Cristo siendo en nosotros", tengamos cuidado en explicar lo que significamos con ello. Me temo que algunos desatienden esto en los tiempos actuales.

(6) En sexto lugar, es sabio trazar una línea de separación tan profunda, ancha y distintiva entre conversión y consagración, o una vida elevada, así llamada, como muchos la trazan en estos días? Está esto en concordancia con la Palabra de Dios? Lo dudo.

Es incuestionable que no hay nada nuevo en esta enseñanza. Es bien conocido que los escritores católicos a menudo indican que la Iglesia se divide en tres clases –pecadores, penitentes y santos. Los maestros modernos que nos dicen que los cristianos activos son de tres clases –los inconversos, los conversos, y los participantes de una vida superior de completa consagración. En mi opinión, ambas están basadas en lo mismo. Si la idea es vieja o nueva, Católicos o Ingleses, no soy capaz de ver que tenga asidero en las Escrituras. La Palabra de Dios siempre habla de la vida y la muerte en pecado –el creyente y el no creyente – el converso y el

inconverso – los viajeros de un camino angosto o los viajeros del ancho – el sabio y el necio – los niños de Dios y los niños del diablo. Dentro de estas dos grandes categorías hay, sin duda, varias dimensiones de pecado y gracia, pero su única diferencia está entre lo más alto y lo más bajo de un plano inclinado. Entre estas dos grandes clases hay un enorme abismo; son tan distintivas como la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, el cielo y el infierno. Pero de una división entre tres clases, la Palabra de Dios no dice nada en absoluto! Me cuestiono sobre la sabiduría en hacer divisiones con nuevos deslindes que la Biblia no ha hecho, y me disgusta enormemente la noción de una segunda conversión.

Hay una vasta diferencia de un grado de gracia a otro. Que la vida espiritual admite el crecimiento y que los creyentes deberían urgirse continuamente con cada oportunidad de crecer en gracia – Todo esto, lo concedo ampliamente. Pero la teoría de una súbita, misteriosa transición de un creyente a un estado de bendición y entera consagración, a través de un poderoso salto, no la puedo aceptar. Me parece una invención de hombre; y no puedo ver un solo simple texto que lo pruebe en las Escrituras. El crecimiento gradual en gracia, crecimiento en conocimiento, crecimiento en fe, crecimiento en amor, crecimiento en santidad, crecimiento en humildad, crecimiento en mentalidad espiritual, está claramente enseñado y con apremio en las Escrituras, y claramente ejemplificado con las vidas de muchos Santos de Dios. Pero saltos súbitos, instantáneos de conversión a consagración no logro encontrarlos en la Biblia. Dudo, verdaderamente, si tenemos algún aval para decir que un hombre puede posiblemente estar convertido sin estar consagrado a Dios! Mientras más consagrado menos dudoso puede estar, y será en la medida en que su gracia aumenta. No obstante si él no fue consagrado a Dios en el mismo día en que se convirtió y nació de nuevo, yo no sé lo que conversión significa. No están los hombres en peligro de subvalorar y subestimar la inmensa bendición de la conversión? No lo están, cuando ellos instan a los creyentes a una "vida más elevada" como una segunda conversión, subestimando la longitud, el ancho, la profundidad, la altura del gran primer cambio que las Escrituras señala como el nuevo nacimiento, la nueva creación, la resurrección espiritual? Puedo estar equivocado. Algunas veces he pensado, mientras leo el potente lenguaje que usan muchos acerca de la "consagración", en los últimos años, que aquellos que lo usan deben haber tenido previamente una singularmente baja e

inadecuada visión de la "conversión", si en realidad ellos sabían algo acerca de la conversión. En breve, he casi sospechado que cuando ellos se consagraron, ellos en realidad se convirtieron por primera vez!

Confieso francamente que prefiero los viejos senderos. Pienso que es más sabio y seguro gatillar en todas las personas convertidas la posibilidad de un continuo crecimiento en gracia, y la absoluta necesidad de continuar adelante, aumentándola más y más, y cada año dedicarse y consagrarse a sí mismos más a Cristo, en espíritu, alma y cuerpo. Por todos los medios, enseñemos que más santidad para ser alcanzada, más cielo para ser disfrutado en la tierra, así más creyentes lo experimentarán. Rehúso decir a cualquier hombre convertido que él necesita una segunda conversión, y que puede un día u otro pasar por medio de un enorme paso a un estado de consagración completa. Rehúso enseñar eso, porque pienso que la tendencia de la doctrina es completamente maliciosa, deprime al de mente humilde y mansa, e infla al superficial, al ignorante, al presuntuoso hasta el grado más peligroso.

(7) En el séptimo lugar, es sabio enseñar a los creyentes que no deben pensar mucho en pelear y luchar contra el pecado, sino mejor, "abandonarse a Dios" y estar pasivos en las manos de Cristo? Es esto de acuerdo con la Palabra de Dios? Lo dudo.

Es un hecho simple que la expresión "abandonarse" sólo se encuentra en un lugar en el Nuevo Testamento, como un deber que urge a los creyentes. Ese lugar está en el capítulo sexto de Romanos, y allí, dentro de seis versículos, la expresión aparece cinco veces (Rom. 6:13-19). Aun cuando existe la palabra, ésta no tiene el sentido de "ponernos nosotros mismos pasivamente en las manos de otro". Cualquier estudiante de griego puede decirnos que el sentido es presentarnos a nosotros mismos activamente para uso, trabajo y servicio (Vea Rom. 12:1). La expresión, por lo tanto, se sustenta por sí misma. Sin embargo, no sería difícil establecer que hay al menos 25 o 30 distintos pasajes de las Epístolas mediante los cuales los creyentes son simplemente exhortados a utilizar su esfuerzo activo y personal, y son encomendados como responsables por hacer con energía lo que Cristo les habría pedido hacer. En ellos, no se les dice "abandónense" como agentes pasivos y siéntense tranquilos, sino levántense y trabajen. Una violencia santa, un conflicto, una batalla, una pelea, la vida de un

soldado, un combate son designadas como características de un verdadero cristiano. Una cuenta de "la armadura de Cristo" en el sexto capítulo de Efesios, uno podría pensar, cierra el asunto.

– Nuevamente, sería fácil mostrar que la doctrina de santificación sin involucramiento personal, al simplemente "abandonarnos nosotros mismos a Dios", es la precisamente la doctrina de los fanáticos antinominianos del siglo XVII (a quienes me referí previamente, descritos en el Anticristo Espiritual de Rutherford), y que la tendencia de ésta es satánica en extremo. –Nuevamente, sería fácil mostrar que la doctrina es absolutamente subversiva de toda la enseñanza de libros, tratado y aprobados como El progreso del peregrino, y si la aceptamos no podemos hacer nada mejor que tirar el viejo libro de Bunyan al fuego! Si los cristianos en El progreso del peregrino simplemente se abandonan a Dios, y nunca pelearon, o combatieron, he leído la famosa alegoría en vano. La verdad simple es que los hombres persistirán en confundir dos cosas que difieren – lo que es justificación y santificación. En justificación la palabra que necesita el hombre es creer, sólo creer; en santificación, las palabras deben ser "vela, ora y pelea". Lo que Dios ha dividido no lo mezclemos ni confundamos.

Aquí termina mi introducción y me apuro a una conclusión. Confieso que he dejado mi pluma con sentimientos de pena y ansiedad. Hay mucho en la actitud de un cristiano en estos días que me llena de preocupación y me hace sentir miedo del futuro.

Existe una asombrosa ignorancia sobre las Escrituras entre muchos, y un deseo consecuente de una religión establecida y sólida. De ninguna manera puedo estar de acuerdo con la tranquilidad que algunas personas, como niños, "sean fluctuantes, llevadas por doquiera de todo viento de doctrina (Efe 4:14). En el azaroso camino de nuestros antepasados hay un amor de novedad ateniense hacia lo extranjero, una aversión morbosa por cualquier cosa antigua y ordinaria. Muchos harán multitud para escuchar una nueva voz y una nueva doctrina, sin considerar por ningún momento si lo que oyen es verdad o no. Hay un deseo ardiente e incesante después de cada enseñanza sensacional, excitante y que mueve las emociones. Hay un apetito insano por una suerte de cristiandad espasmódica e histérica. La vida religiosa de muchos es un poco mejor, pero luego el sorbo espiritual y el manso y humilde espíritu, que Pedro preconiza, se olvida por completo (1ª Ped 3:4).

Multitudes, llantos, sitios calientes, cantos de alto vuelo, y una incesante excitación de los sentidos son las únicas cosas por las cuales muchos se preocupan. La incapacidad de distinguir las diferencias en las doctrinas se expande, va lejos y ampliamente, y en la medida que el predicador es "inteligente" y "fervoroso", cientos parecen pensar que debe estar en lo correcto, y te llaman terriblemente "estrecho y poco caritativo" si sugieres que él no tiene fundamento! Moody & Hawies. Dean Stanley and Canon Liddon, Mackonochie y Pearsil Smith, todos ellos parecen ser lo mismo a los ojos de tales personas. Todo esto es triste, muy triste. Más aún si, agregamos, que los defensores de corazón verdadero y elevada santidad van a quedar fuera del camino y se malinterpreten unos a otros, será más triste aún. En realidad, estaremos en una situación peor

Respecto a mí mismo, estoy consciente de que ya no soy un ministro joven. Mi mente quizá se rigidiza y no puedo recibir fácilmente ninguna nueva doctrina. "Lo antiguo es mejor". Supongo que pertenezco a la teología evangélica de la vieja escuela y, por lo tanto, estoy contento con tales enseñanzas acerca de la santificación como aquellas que encuentro en la "Vida de Fe", de Sibbes y Manton, y en "La Vida, Camino y Triunfo de la Fe", de William Romaine. Debo manifestar mi esperanza de que mis hermanos más jóvenes, quienes han tomado nuevas visiones sobre la santidad, estén conscientes de las múltiples divisiones que no tienen causa. Piensan ellos que cristianos de mayor estándar se necesitan hoy? Yo también. Pensarán ellos que Cristo debe ser más exaltado como la raíz y autor de la santificación así como de la justificación? Yo también. Pensarán ellos que los creyentes deben ser más y más exhortados a vivir por fe? Yo, también. Pensarán ellos que un caminar cercano a Dios debe ser impulsado en los creyentes como un secreto de felicidad y servicio? Yo, también. En todas estas cosas estamos de acuerdo. Pero si ellos quieren ir más allá, entonces les encomiendo tener cuidado donde ellos pisan, y que expliquen muy clara e inconfundiblemente lo que ellos quieren decir.

Finalmente, debo menospreciar, y lo hago en amor, el uso de términos vulgares y rebuscados y frases al enseñar sobre santificación. Ruego porque un movimiento a favor de la santidad no pueda progresar por fraseología recién acuñada, o por declaraciones desproporcionadas o parciales, o por utilizar textos

particulares fuera de su contexto bíblico, o por exaltar una verdad al costo de otra, o por alegorizar y acomodar textos y extraer de ellos significados o interpretaciones que el Espíritu Santo nunca puso en ellos, o por hablar contenciosa y amargamente de aquellos que no ven enteramente las cosas con nuestros ojos, y que hacen el trabajo de la misma forma que nosotros. Estas cosas no fomentan la paz, más bien la repelen a las personas y las mantienen a distancia. La causa de la verdadera santificación no se beneficia, más bien se obstruye, usando armas como estas. Un movimiento con propósito de Santidad, que produce contienda y disputas entre los Hijos de Dios es de alguna forma sospechoso. Por la causa de Cristo, y en el nombre de la verdad y la caridad, dediquémonos a buscar tanto la paz como la santidad. "Lo que Dios ha juntado no lo separe el hombre".

Es el deseo de mi corazón, y oro diariamente a Dios por ello, que la santidad personal pueda incrementarse grandemente entre los cristianos de Inglaterra. Confío que todo aquel que se dedique a promoverla se ajustará cabalmente a la proporción de las Escrituras; distinguirá las cosas que difieren y separará "lo precioso de lo vil". (Jer. 15:19)

—

1 La doctrina propia de la Iglesia católica romana, especialmente la que emanó del Concilio de Trento. El término romanismo fue utilizado (a menudo con sentido despectivo) por los protestantes para aludir al conjunto de afirmaciones con las que disentían, especialmente la supremacía papal y su infabilidad, el canon bíblico y la interpretación de sus textos, la transustanciación, la invocación de los santos, el culto de las imágenes, la existencia del Purgatorio, el sacramento de la Penitencia, las indulgencias, etc.

2 La doctrina sociniana es antitrinitaria y considera que en Dios hay una única persona y que Jesús de Nazaret no existía antes de su nacimiento, aunque nacido milagrosamente de la Virgen María por voluntad divina. La misión de Jesús en la tierra fue transmitir la voluntad del Padre tal como le había sido revelada, y tras su crucifixión fue resucitado por Dios y elevado a los cielos, donde adquirió la inmortalidad y desde donde reina sobre el mundo desde entonces. Los que crean en él y en el Dios de la revelación cristiana también disfrutarán de una vida inmortal, mientras que los

incrédulos y pecadores no irán al infierno (que no existe según la doctrina de Socino), sino que simplemente sus almas se extinguirán tras la muerte del cuerpo físico. Por tanto, la salvación consiste en la inmortalidad y es concedida directamente por la Gracia divina a los que creen. El socinianismo defiende también una interpretación racionalista de la Biblia y los Evangelios y la capacidad del creyente de discernir la verdad por sí mismo. La doctrina sociniana, tal como se implantó en la Polonia de finales del siglo XVI y primera mitad del XVII, fue expuesta de manera detallada en el Catecismo Racoviano (1609).

3 El arminianismo es una doctrina fundada por Jacobus Arminius y formada a partir de la impugnación del dogma calvinista de la doble predestinación. Específicamente esta teología sustenta la salvación en la fe del Hombre y no en la Gracia (Jesucristo), es decir, si pierdes la fe, pierdes la salvación, negando así la presciencia de Dios como conocimiento de quien se salva y quien no se salva (elección o predestinación).1 Sus principios se formularon en el manifiesto de cinco puntos, Remosntrans, publicado en 1610. Los arminianos daban especial importancia al libre albedrío, y la doctrina encontró adeptos entre la burguesía mercantil y republicana de los Países Bajos.

4 El término nomianista proviene de la palabra griega nomos, la cual significa ley. El término nomianista lo han adoptado un grupo de adventistas que dan a entender que como cristianos se debe exaltar la ley de Dios, mediante escudriñamiento profundo de las Escrituras en búsqueda de una explicación. No solamente declaran que la ley está vigente, sino que el hombre convertido la puede guardar perfectamente. Reconocen que el hombre por sí mismo es impotente para guardar la ley y en este sentido ven a Jesús el Salvador, por un lado, y como ejemplo, por otro. Como Salvador, sufrió el castigo del pecador a fin de que éste pudiese ser perdonado, y de esa manera ganó el poder para el pecador, que lo habilita para guardar la ley. Los creyentes, de este modo, son participantes de este poder a través de la justificación por la fe.

1. PECADO

"El pecado es la transgresión de la ley". (1ª Jn 3:4)

Aquel que desea asumir visiones correctas de la santidad cristiana debe comenzar por examinar el vasto y solemne tema del pecado. Debemos excavar profundamente si deseamos construir alto. Un error en ello es muy dañino. Visiones equivocadas acerca de la santidad generalmente son camino seguro a visiones equivocadas acerca de la corrupción humana. No me disculpo por comenzar este volumen con mensajes acerca de la santidad haciendo algunas declaraciones simples sobre el pecado.

La simple verdad es que el correcto entendimiento del pecado descansa en las raíces de la cristiandad salvada. Sin él, las doctrinas de la justificación, conversión, santificación, son palabras y nombres que no conducen a ninguna significancia mental. La primera cosa que hace Dios cuando El hace de alguien una nueva criatura en Cristo, es poner luz dentro de su corazón y mostrarle que él es un pecador culpable. El material de la creación en Génesis comienza con "luz" y así también hace la creación espiritual. Dios "brilla dentro de nuestros corazones" por el trabajo del Espíritu Santo y luego comienza la vida espiritual (2ª Cor 4:6). Visiones oscuras y poco claras del pecado son el origen de la mayoría de los errores, herejías y falsas doctrinas de los tiempos actuales. Si un hombre no se da cuenta de la naturaleza peligrosa de la enfermedad de su alma, no puede preguntarse si está contento con remedios falsos o imperfectos. Creo que una de las necesidades principales de la iglesia contemporánea ha sido, y es, la enseñanza más clara, más completa sobre el pecado.

1) Comenzaré por el tema entregando algunas definiciones de pecado. Por supuesto, estamos todos familiarizados con los términos "pecado" y "pecadores". Frecuentemente hablamos que el "pecado" está en el mundo y hombres cometiendo "pecados". ¿Pero qué es lo que queremos decir realmente con estos términos y frases? ¿Lo sabemos realmente? Me temo que existe confusión mental y bruma sobre este punto. Déjenme tratar, tan brevemente como sea posible, de entregarles una respuesta.

"Pecado", hablando en general, es como lo declara nuestra iglesia en el artículo nueve: "la falta y corrupción de la naturaleza de cada hombre que está naturalmente engendrado de la descendencia de Adán; en la que el hombre está muy lejos de la Rectitud original (1 y 2), y está en su propia naturaleza inclinado a la maldad de forma tal que su carnalidad lucha siempre contra el espíritu, y, por lo tanto está en cada persona nacida en este mundo, y merece la furia y condenación de Dios". El pecado es esa vasta enfermedad moral que afecta a toda la raza humana, de cada rango y clase, nombre y nación, lengua; una enfermedad de la cual nadie nacido de mujer, excepto uno, estaba libre. ¿Necesito decir que ese "Uno" era Cristo Jesus, el Señor?

Digo, más aún, que "un pecado", para hablar más particularmente, consiste en hacer, decir, pensar o imaginar cualquier cosa que no está en perfecta conformidad con la mente y ley de Dios. "Pecado", en breve como las Escrituras dicen, es "la transgresión de la ley" (1ª Jn 3:4). La más mínima desviación, interna o externa, del paralelismo matemático de la voluntad y carácter revelados de Dios constituye un pecado e inmediatamente nos hace culpables a la vista de Dios.

Por supuesto, no necesito decir a nadie que lee su Biblia con atención que un hombre puede romper la ley de Dios en su corazón aún cuando no exista un acto visible y público de maldad. Nuestro Señor ha establecido ese punto más allá de cualquier disputa o interpretación en el Sermón del Monte (Mat 5:21-28). Hasta uno de nuestros poetas ha expresado sinceramente que "un hombre puede sonreír y sonreír, y ser un villano".

Nuevamente, no necesito decir a un cuidadoso estudiante del Nuevo Testamento que hay pecados tanto de omisión como de acción, y que nosotros pecamos, como nuestro libro de oración nos recuerda, por "dejar de hacer cosas que debemos hacer", tanto así como "por hacer cosas que no debemos hacer". Las solemnes palabras del maestro Marcos en su evangelio coloca este punto más allá de cualquier discusión. Está allí escrito: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno … Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber" Mat. 25: 41,42.

Pienso que es necesario en estos tiempos recordar a mis lectores que un hombre puede cometer pecado y permanecer ignorante de ello, y fantasear que es inocente cuando es culpable. No encuentro ninguna sustentación en las escrituras para la actual argumentación de "que el pecado no es pecado en nosotros hasta que discernimos y estamos conscientes de él". Muy por el contrario, en el capítulo cuarto y quinto de ese excesivamente rechazado libro, Levítico, y en el capítulo quince de Números, encontramos claramente que habían pecados de ignorancia que expiaban las personas impuras y que necesitan purgación (Lev. 4:1-25, 5:14-19, Núm. 15:25-29). Y encuentro a Dios expresamente enseñando que "el sirviente que no sabiendo el deseo de su señor y no lo hizo", no fue excusado por su ignorancia más fue golpeado y castigado (Luc. 12:48). Recordaremos bien que cuando nuestra conciencia y conocimiento miserable e imperfecto son la medida de nuestra impureza, estamos en alto peligro. Un estudio más profundo de Levítico podría ayudarnos mucho.

2. En lo que se refiere al origen y causa de esta vasta enfermedad moral llamada "pecado", me temo que las visiones de muchos cristianos profesantes en este punto son tristemente defectuosas y sin fundamento. No puedo obviarlas. Entonces, tengamos bien presente en nuestras mentes que la impureza del hombre no comienza desde el "sin" sino del "dentro". No es el resultado de un mal entrenamiento en nuestra juventud. No es resultado de las influencias de malas compañías o malos ejemplos, como algunos cristianos son tan proclives a decir. ¡No! Es una enfermedad de la familia, que todos heredamos de nuestros primeros padres, Adán y Eva, y con la que nacemos. Creados "a la imagen de Dios", inocentes y justos al inicio, nuestros padres cayeron de la justicia/ corrección original y se volvieron pecadores y corruptos. Y partir de ese día todos los hombres y mujeres son nacidos de la imagen de Adán y Eva caídos y heredan el corazón y la natural inclinación a la maldad. "Por un hombre el pecado entró al mundo." "Aquel que es nacido de carne es carne". "Nosotros somos por naturaleza hijos de la ira". "La mente carnal es enemistad contra Dios". "Desde el corazón (naturalmente, como emana de una fuente), nacen los pensamientos de maldad, adulterios" y "las inclinaciones". (Rom. 15:12, Juan 3:6, Efe. 2:3, Rom. 8:7, Mar 7:21)

El más justo de los hijos, que entró a vida este año y se volvió un rayo de sol de la familia no es, como su madre quizá cariñosamente

lo llame, "un ángel" o un pequeño "inocente" sino que es un pequeño "pecador". ¡Alas! Así como ese pequeño niño o esa niña permanece sonriendo y gorjeando en su cuna, esa pequeña criatura lleva en su corazón las semillas de iniquidad. Sólo observen cuidadosamente, a medida que crece en estatura y su mente evoluciona, prontamente usted detectará una tendencia incesante hacia lo que es malo y un retraso hacia lo que es bueno. Usted verá en él los brotes y gérmenes de la falsedad, mal temperamento, orgullo, autonomía, obstinación, posesividad, envidia, celos, pasión, conductas que si son vistas con indulgencia y no corregidas, se asentarán con una dolorosa rapidez. ¿Quién enseña a los niños esas cosas? ¿Dónde las aprendió? Sólo la Biblia tiene las respuestas. Una de las cosas más tontas que los padres dicen acerca de sus hijos, que es peor que cualquier decir común, es: "En el fondo mi hijo tiene un buen corazón. El no es lo que debe ser porque ha caído en malas manos. Los colegios públicos son lugares malos. Los profesores desatienden a los niños. Aún así él tiene en el fondo un buen corazón". Lamentablemente, la verdad es diametralmente opuesta. La primera causa de todos los pecados subyace en la corrupción natural del propio corazón del niño y no en los colegios públicos.

3. En referencia a la extensión de esta vasta enfermedad moral llamada "pecado", estemos conscientes de no cometer equivocaciones. El único piso seguro está para nosotros en las Escrituras. "Cada designio de los pensamientos del corazón de ellos" es por naturaleza "malicioso" y eso es "constantemente". "El corazón es engañoso sobre todas las cosas, y "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y desesperadamente perverso" (Gen. 6:5; Jer. 17:9). El pecado es una enfermedad que se extiende y corre a través de cada parte de nuestra constitución moral y cada facultad mental. El entendimiento, los afectos, el poder de raciocinio, el poder de voluntad, son todos más o menos afectados por éste. Aún la conciencia es tan ciega que no se puede depender de ella como una guía segura, y es probable que conduzca a los hombres en el mal como en el bien, a menos que sea iluminado por el Espíritu Santo. En pocas palabras "Desde la planta de los pies hasta la cabeza no hay sensatez" en nosotros (Isa 1:6). La enfermedad puede estar escondida detrás de una delgada capa de cortesía, amabilidad, buenas maneras y decoro externo, pero ella yace muy dentro de lo que somos.

Admito abiertamente que el hombre tiene muchas grandes y nobles facultades y que él muestra su inmensa capacidad en artes, ciencias y literatura, pero el hecho es que en las cosas espirituales él está muerto y no tiene conocimiento natural, amor, o temor a Dios. Sus mejores obras están entretejidas y entremezcladas con la corrupción, y el contraste sólo acentúa el acomodo de la verdad y la amplitud de la Caída. La única y misma creatura está en algunas cosas tan alto y en otras, tan bajo; tan grande y sin embargo tan pequeña, tan noble y aún así tan mezquino; tan grande en sus concepciones y ejecuciones de las cosas materiales y tan envilecido y corrupto en sus afectos. El debería ser capaz de planificar y erigir edificios como aquellos en Camac y Luxor en Egipto y el Partenón en Atenas, y sin embargo adora dioses y diosas infames, y pájaros y bestias y cosas que se arrastran. El es capaz de crear tragedias como aquellas de Esquilo y Sófocles, e historias como Tucídedes y aún así ser esclavo de vicios abominables como aquellos descritos en el primer capítulo de la Epístola a los Romanos – todo esto es un doloroso puzle para aquellos que se burlan de la Palabra escrita de Dios y se ríen de nosotros tildándonos de biblia maníacos. Este es un nudo que podemos desatar con la Biblia en nuestras manos. Podemos reconocer que el hombre tiene todas las marcas de un templo majestuoso de él mismo, un templo en el que Dios habita, pero un templo que está en sus últimas ruinas, un templo que tiene una ventana destrozada aquí, un puerta de escape por allá, y una columna allá, pero que aún da una débil idea de la magnificencia de su diseño original, un templo que ha perdido su gloria y ha caído de su alto estado. Y nosotros decimos que nada resuelve el complicado problema de la condición del hombre salvo la doctrina del pecado original y los aplastantes efectos de la Caída.

Recordemos, además esto, que cada parte del mundo soporta el testimonio del hecho que el pecado es la enfermedad universal de toda la humanidad. Busque en la tierra, de este a oeste, de polo a polo, busque en cada nación, en cada clima en los cuatro cuartos de la tierra, busque en cada rango y clase de nuestra propia nación desde el más alto al más bajo –y bajo cualquier circunstancias y condición- el resultado será siempre el mismo. Las islas más remotas del océano Pacífico, completamente separadas de Europa, Asia, África y América, más allá del alcance del lujo oriental y el arte y la literatura occidental; islas habitadas por personas ignorantes de libros, dinero, vapor y pólvora, no contaminados por

los vicios de la civilización moderna. Al ser descubiertas, en ellas siempre se ha encontrado que son morada de las formas más viles de lujuria, crueldad, engaño y superstición. ¡Si los habitantes no hubiesen sabido nada más, ellos igual sabrían como pecar! En todas partes el corazón del hombre es naturalmente "engañoso por sobre todas las cosas y desesperadamente perverso" (Jer. 17:9). Por mi parte, no conozco prueba más poderosa de la inspiración de Génesis y el registro Mosaico del origen del hombre, que la fuerza, alcance y universalidad del pecado. Concedidos fueron a la humanidad todos los saltos de un par y este par cayó (como nos cuenta Génesis 3) y ese estado de naturaleza humana, en todas partes, es fácilmente detectable. Niéguelo, como muchos hacen, y usted estará de inmediato envuelto en inexplicables dificultades. En una palabra, la uniformidad y universalidad de la corrupción humana suministra uno de las instancias más irrebatibles de las enormes "dificultades de la infidelidad".

Después de todo, estoy convencido de que la mayor prueba del contenido y fuerza del pecado está en pertinacia con que fractura al hombre, aún después que él está convertido y se ha vuelto sujeto de las operaciones del Espíritu Santo. Para usar el lenguaje del artículo noveno (3): "Esta infección de la naturaleza permanece –sí- aún en aquellos que son convertidos". Tan profundamente implantadas están las raíces de la corrupción humana, que aún después de haber renacido, ser renovados, lavados, santificados, justificados y ser miembros vivos de Cristo, estas raíces permanecen vívidas en el fondo de nuestro corazón, y como la lepra en las paredes de la casa, nunca nos libramos de ellas hasta que nuestra casa terrenal de este tabernáculo sea diluida. El pecado, sin duda, en el corazón de creyente, no tiene dominio. Es revisado, controlado, mortificado y crucificado por el poder expulsivo del nuevo principio de la gracia. La vida de un creyente es una vida de victoria y no de falla. No obstante las batallas que continúan dentro de su seno, la pelea que debe dar diariamente, la observancia celosa de lo que está obligado a hacer sobre su hombre interior, la contienda entre la carne y el espíritu, los "gemidos" interiores de los cuales sólo sabe aquel que los ha experimentado-, todo, todo testifica de la misma gran verdad, todos muestran el poder enorme y la vitalidad del pecado. ¡Poderoso debe ser en realidad ese enemigo que aún crucificado vive! Feliz es el creyente que entiende esto y, mientras se regocija en Cristo Jesús, no tiene la confianza en la carne, mientras dice "Gracias sean dadas a Dios

quien nos dio la victoria", ¡nunca olvida estar alerta y orar por temor a caer en tentación!

4. En lo que respecta a la culpa, vileza y ofensa del pecado a la vista de Dios, mis palabras serán breves. Digo "pocas" deliberadamente. No pienso, en la naturaleza de las cosas, que el hombre mortal pueda darse cuenta por completo de la demasiada impureza del pecado a la vista del perfecto y santo con quien nosotros tratamos. Por una parte, Dios es el Ser eterno que "carga a sus ángeles con necedad" y a cuya vista los mismos "cielos no son limpios". El es el que lee nuestros pensamientos y motivaciones como nuestras acciones y el que requiere "verdad en nuestro interior" (Job 4:18, 15:15, Sal. 51:6). Nosotros, por la otra – pobres creaturas ciegas- estamos hoy y nos hemos ido mañana, nacidos en pecado, rodeados de pecadores, viviendo en una atmósfera constante de debilidad, finitud e imperfección, podemos formarnos alguna, sino la más inadecuada, concepción de la fealdad de la maldad. No tenemos una línea para sondearla ni una medida con la cual calibrarla. El hombre ciego no puede ver la diferencia entre una obra maestra de Ticiano o Rafael y la cabeza de la reina en el mural de su pueblo. El hombre sordo no puede distinguir entre el tintineo de un centavo y el del órgano de la catedral. Los animales cuyo olor es el más ofensivo para nuestras narices no tienen una idea de lo ofensivos que son a nosotros, porque entre ellos no lo son. Hombres y mujeres caídos, yo creo, no tienen la mínima idea de lo que una cosa vil y pecaminosa es a los ojos de Dios, cuyo trabajo de orfebre es absolutamente perfecto –perfecto tanto si lo miramos con un microscopio como con un telescopio, perfecto en la formación de planetas poderosos como Júpiter y sus satélites, que mantienen su sincronía perfecta en sus vueltas alrededor de sol; perfecto en la formación del insecto más pequeño que se arrastra sobre a tierra. Sin embargo, establezcamos en forma indeleble en nuestras mentes que el pecado es " una cosa abominable que Dios aborrece"; que Dios "es de ojos puros que no puede mantener la iniquidad, y no puede mirar lo que es malicioso", que la más leve transgresión de la ley de Dios puede hacernos "culpables de todo"; que "el alma que peca morirá", que "la paga del pecado es muerte", que Dios "juzgará los secretos de los hombres"; que hay un gusano que nunca muere y un fuego que nunca se apaga, que "los perversos serán enviados al infierno" y " sufrirán el castigo eterno", y que "nada que esté contaminado entrará en el cielo" (Jer. 44:4; Hab. 1:13; Jn 2:10;

Eze. 18:4; Rom. 6:23; Rom. 2:16; Mar 9:44; Sal. 9:17; Mat. 25:46; Rev. 21:27). ¡Estas son en verdad tremendas palabras si consideramos que ellas están escritas en el libro del Dios más misericordioso!

No hay prueba más plena del pecado, después de todo, tan abrumadora como irrebatible como la cruz y la pasión de nuestro Señor Jesucristo y la doctrina completa de su sustitución y reconciliación. Terriblemente negra debe ser la culpa de quienes nada más que la sangre del Hijo de Dios satisfizo. Oneroso debe ser peso del pecado humano que hizo que Jesús gimiera y derramara las dulces gotas de su sangre en la agonía del Getsemaní y llorara en el Gólgota, "Mi Dios, Mi Dios, ¿por qué me has abandonado?" (Mat. 27:46). Nada, estoy convencido, nos asombrará más, cuando despertemos en el día de la resurrección, como la visión que tendremos del pecado y la retrospectiva de cómo tomamos nuestros incontables defectos y deslices. Nunca hasta la hora en que Cristo venga por segunda vez nos daremos realmente cuenta de la "impureza del pecado". Bien podría George Whitefield decir: El anatema en el cielo será: "Lo que Dios ha forjado"

5. Sólo queda un punto a considerar en este tema del pecado, el cual no me atrevo a omitir. Ese punto es su "engaño". Este es un punto de la más seria importancia y me aventuro a pensar que no recibe la atención que merece. Usted puede ver este "engaño" en maravillosa propensión de los hombres a ver el pecado como menos pecaminoso y peligroso de cómo lo es realmente lo ante los ojos de Dios; en su propensión a agotarlo, a buscar excusas y a minimizar su culpa. "¡Es tan solo uno pequeño! ¡Dios es piadoso! ¡Dios no es extremo en marcar lo que hemos hecho inadecuadamente! ¡Nuestra intención es buena! ¡Uno no puede ser tan detallista! ¿Dónde está el mal tan grande? ¡Nosotros hacemos lo que los otros hacen! ¿Quién no está familiarizado con esta clase de lenguaje? Usted puede verlo en el largo curso de suaves palabras y frases que los hombres han acuñado para designar las cosas que Dios llama categóricamente perversas y ruines para el alma. ¿Qué significan palabras como: rápido, gay, salvaje, indeciso, irreflexivo, suelto? Ellas muestran que el hombre trata de engañarse a sí mismo creyendo que el pecado no es tan pecaminoso como Dios dice que es, y que ellos no son tan malos como lo son en realidad. Usted puede verlo en la tendencia,

incluso de creyentes, de ser indulgentes con sus hijos en prácticas que son cuestionables, y se hacen ciegos a los inevitables resultados del amor al dinero, del jugar con la tentación y consentir un bajo estándar en la religión familiar. Me temo que no nos damos suficiente cuenta de la extrema delicadeza de la enfermedad de nuestra alma. Somos tan ingenuos al olvidar que la tentación del pecado se presentará raramente ante nosotros en su real color, diciendo "Yo soy tu enemigo a muerte y quiero arruinarte para siempre en el infierno". ¡Oh, no! El pecado viene a nosotros, como Judas, con un beso, y como con Joab, con la mano abierta y palabras de halago. La fruta prohibida pareció buena y deseable a Eva, y ésta la condujo fuera del Paraíso. La caminata idílica en los techos de su palacio pareció inofensiva a David, aunque él termino siendo asesino y adúltero. El pecado raramente parece pecado en sus primeros comienzos. Estemos alertas y oremos, para no caer en tentación. Podemos nombrarlo suavemente pero no podemos alterar su naturaleza y carácter ante los ojos de Dios. Recordemos las palabras de Pablo: "Exhortémonos unos a otros diariamente… para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado" (Heb 3:13). Una oración sabia en nuestra letanía es: De los engaños del mundo, la carne y el demonio, buen Señor, líbranos".

Y ahora, antes de continuar, déjenme mencionar brevemente dos pensamientos que se me ocurren con irresistible fuerza sobre este tema.

Por una parte, pido a mis lectores observar cuáles razones profundas tenemos de humillarnos y para la propia degradación. Sentémonos frente al cuadro del pecado dispuesto ante nosotros en la Biblia y consideremos lo culpables, viles y corruptos que somos a la vista Dios. ¡Lo que todos necesitamos tener es un cambio de corazón, llamado de regeneración, nuevo nacimiento o conversión! ¡Qué cúmulo de enfermedad e imperfección fisura lo mejor que hay en nosotros y con nuestro consentimiento! ¡Qué pensamiento más solemne es aquel "sin santidad ninguno podrá ver al Señor"! (Heb. 12:14). Qué causa tenemos para llorar con el recolector de impuestos cada noche de nuestras vidas cuando pensamos en nuestros pecados de omisión y de comisión, "¡Dios es misericordioso conmigo un pecador!" (Luc 18:13). ¡Qué admirablemente encajan las confesiones generales y de comunión de nuestro Libro de Oraciones a la actual condición de todos los

cristianos profesantes! Qué bien encaja ese lenguaje a los Hijos de Dios que el Libro de Oraciones pone en la boca de cada hombre de iglesia antes de que se levante de la mesa de comunión: "El recuerdo de nuestros errores es penoso en nosotros, la carga es intolerable. Ten misericordia de nosotros, ten misericordia de nosotros, Padre misericordioso, por la gracia Tu Hijo nuestro Señor Jesucristo, perdónanos todo lo que es pasado". ¡Cuán verdadero es que el santo más santo es en sí mismo un miserable pecador y deudor de la misericordia y gracia hasta el último minuto de su existencia!

Con todo mi corazón, suscribo el pasaje en el sermón de Hooker (4) sobre "justificacón", el cual comienza: "Sean consideradas las cosas más santas y mejores. ¡No estamos más afectados en Dios cuando oramos, porque cuando oramos cómo se distraen muchas veces nuestros pensamientos! ¡Cuán poca reverencia mostramos ante la majestad de Dios cuando hablamos con El! ¡Cuán poco remordimiento de nuestras propias miserias! ¡Cuán poco sabor de la dulce influencia de Su tierna clemencia sentimos! No estamos deseosos de comenzar muchas veces como lo estamos cuando terminamos, como al decir "Ven a mí". ¿Ha puesto El sobre nosotros una tarea difícil de sobrellevar? Puede parecer de alguna manera extremo, lo que hablaré, sin embargo, que cada uno juzgue sobre esto, como si su propio corazón lo dijera y no de otra forma, ¡No haré más que una demanda! Si Dios debe ceder ante nosotros, no como hizo con Abraham – si cincuenta, cuarenta, treinta, veinte, o si diez buenas personas se pueden encontrar en una ciudad, por cuyo bien esa ciudad no sería destruida… Sería distinto que El nos hiciera una oferta tan grande como esa: Busquen entre todas las generaciones de hombres desde la Caída de nuestro padre Adán, y encuentren un hombre que haya hecho una acción pura, sin ninguna mancha o culpa alguna, y por la acción de ese único hombre ningún otro hombre o ángel sentiría los tormentos que están preparados para ambos. "¿Piensa usted que este rescate para liberar a los hombres y a los ángeles podría ser encontrado entre los hijos de los hombres? Las mejores cosas que nosotros tendremos de ellos será algo que merezca perdón".

Estoy persuadido de que mientras más entendimiento tenemos, más vemos nuestra propia impureza, y que mientras más cercanos estemos del cielo, más nos vestimos de humildad. En cada época de la iglesia usted encontrará que esto es verdad, si usted lee

biografías de los más prominentes santos –hombres como Bradford, Rutherford y McCheyne- ellos han sido siempre los más humildes de los hombres.

Por otro lado, solicito a mis lectores observar cuán profundamente agradecidos debemos estar por el evangelio glorioso de la gracia de Dios. Hay un remedo revelado para la necesidad del hombre, que es tan ancho y vasto, tan profundo como la misma enfermedad del hombre. No necesitamos temer al mirar el pecado y estudiar su naturaleza, origen, poder, extensión y vileza, si tan sólo miramos al mismo tiempo la todopoderosa medicina que se nos entrega en la salvación que es en Cristo Jesús. Aunque el pecado se ha propagado, la gracia lo ha hecho aún más. Sí, está en el perpetuo pacto de la redención, de la cual Padre, Hijo y Espíritu Santo son parte; en el Mediador de este pacto, Jesucristo el justo, perfecto Dios y perfecto hombre en una Persona; en el trabajo que El hizo al morir por nuestros pecados y levantarse nuevamente para nuestra justificación; en los oficios que El llena como nuestro Sacerdote, Sustituto, Médico, Pastor y Abogado; en la preciosa sangre que El vertió que nos puede limpiar de todo pecado; en la perpetua justicia que El trajo consigo; en la perpetua intercesión que El lleva a cabo como nuestro Representante a la mano derecha de Dios; en Su prontitud a cargar con los más débiles; en la gracia del Espíritu Santo que El pone en los corazones de todo Su pueblo, renovando, santificando y haciendo que las cosas viejas se vayan lejos y todas las cosas se vuelvan nuevas. En todo esto (y, oh, ¡que breve esbozo es este!, en todo esto, digo, hay mucho, perfecto y completo remedio por la odiosa enfermedad del pecado. No es de maravillarse que el viejo Flavel termine muchos de los capítulos de su admirable Fuente de Vida con las conmovedoras palabras: "Bendito sea Dios por Cristo Jesús."

Al traer este poderoso tema a un punto de acercamiento, siento que sólo he tocado la superficie de él. Es un tema que no puede ser totalmente escudriñado en un mensaje como este. Aquel que quiera verlo tratado completa y exhaustivamente debe consultar a los maestros de teología experimental como son Owen y Burgess, Manton and Chamock y los otros gigantes de la escuela Puritana. En temas como estos no hay escritores que puedan compararse a los Puritanos. Sólo me queda señalar algunos usos prácticos de los cuales la doctrina del pecado completa puede sacar provecho en estos días.

a. Digo, entonces, en primer lugar, que una visión bíblica del pecado es uno de los mejores antídotos a esa vaga, oscura, difusa, brumosa clase de teología que en esta época está penosamente en aplicación. Es vano cerrar nuestros ojos al hecho de que existe una vasta cantidad de eso tan llamado Cristiandad, que no puede ser declarado positivamente enfermizo, pero que, sin embargo, no es completa medida, de suficiente. Es una cristiandad en la cual hay innegablemente "algo de Cristo y algo de gracia y algo de fe y algo de arrepentimiento y algo de santidad, " pero no es la "cosa real" que está en la Biblia. Las cosas están fuera de lugar y de proporción. Como el Viejo Latimer (5) hubiera dicho, es una clase de "mezcla desfigurada" y eso no hace ningún bien. No ejerce influencia sobre la conducta diaria, tampoco conforta la vida, no da paz en la muerte, y aquellos que la mantienen frecuentemente despiertan demasiado tarde para encontrar que ellos no tienen nada sólido donde poner sus pies. Ahora, yo creo que la forma más afortunada de curar y enmendar esta defectuosa clase de religión es traer hasta nuestros días más prominentemente la verdad de las escrituras antiguas que hablan de la impureza del pecado. Las personas nunca volverán decididamente sus rostros hacia los cielos y vivirán como peregrinos hasta que sientan realmente que están en peligro de infierno. Tratemos todos de revivir las viejas enseñanzas acerca del pecado en las guarderías, en las escuelas, en los colegios de entrenamiento, en las universidades. No nos olvidemos que "la ley es buena si la usamos legítimamente" y que "por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (1ª Tim 1:8, Rom. 3:20; 7:7), Traigamos la ley al frente e implantémosla en la atención de los hombres. Expongamos y golpeemos al mundo con los Diez Mandamientos; mostremos el largo, el ancho y la profundidad y la altura de sus requerimientos. Esta es la forma de nuestro Señor en el Sermón del Monte. No podemos hacer mejor que seguir Su plan. Podemos depender de él. Los hombres nunca vendrán a Jesús, y permanecerán con Jesús y vivirán por Jesús a menos que ellos realmente conozcan el por qué ellos deben venir y cuál es su necesidad. Aquellos a los que el Espíritu de Jesús llama con aquellos a los que el Espíritu Santo ha convencido de pecado. Sin una convicción verdadera de pecado, los hombres pueden parecer venir a Jesus y seguirlo por un tiempo, pero pronto se apartarán y volverán al mundo..

b. Esta el siguiente lugar, una visión bíblica del pecado que es uno de los mejores antídotos para la extravagantemente difundida y liberal teología que está en boga en estos tiempos. La tendencia de pensamiento moderno que rechaza los dogmas, credos y toda clase de ligaduras con la religión. Es sabio y grandioso condenar cualquier opinión, cualquiera esta sea y proclamar que todos los profesores honestos e inteligentes son confiables, sin importar cuán heterogéneas y mutuamente destructivas puedan ser sus opiniones. ¡Todo, increíblemente, es verdad y nada es falso! ¡Todos están en lo correcto y nadie está equivocado! ¡Todos probablemente serán salvados y nadie se perderá! La expiación y sustitución de Cristo, la personalidad del diablo, el elemento milagroso de las Escrituras, la realidad y eternidad del futuro castigo, todas estas poderosas piedras fundamentales son frescamente lanzadas por la borda, como trastos viejos, para alivianar el barco de la cristiandad y permitirle mantener la paz con la ciencia moderna. Póngase de pie por estas verdades y será llamado estrecho de mente, conservador, retrógrado y fósil teológico. ¡Cite un texto y se le dirá que la verdad no está confinada a las páginas un antiguo libro judío, ya que el espíritu de la libre investigación ha hecho muchos hallazgos desde que el libro fue escrito! Ahora no encuentro argumentos más válidos para combatir esta moderna plaga que hacer constantes y claras declaraciones sobre la naturaleza, realidad, vileza, poder y culpa del pecado. Debemos ir a la carga en las consciencias estos hombres de visión amplia y demandar una respuesta simple a algunas preguntas también simples. Debemos pedirles que pongan sus manos en sus corazones y que nos digan si sus opiniones los confortan en el día de la enfermedad, en la hora de la muerte, al lado de la cama de sus parientes moribundos, en la tumba de su amada esposa o hijo/a. Debemos preguntarles si una vaga seriedad, sin una doctrina definida, les da paz en ocasiones como estas. Debemos desafiarlos a decirnos si no sienten algunas veces a un "algo tormentoso en su interior", que el espíritu libre de la investigación filosófica y la ciencia del mundo no puede llenar. Y también debemos decirles que ese "algo tormentoso" es el sentido de pecado, culpa y corrupción que ellos dejan fuera de sus cálculos. Y, por sobre todo, debemos decirles que nada nunca los hará sentirse descansados, salvo la sumisión a la vieja doctrinas "del hombre en ruinas y la redención de Cristo y la fe, simple como de un niño, en Jesús".

c. Aún más, una correcta visión del pecado trabaja como un antídoto a la clase ceremonial y formal de cristiandad que ha llevado lejos a muchos en su ola. Mentes no iluminadas pueden encontrar atractiva esta visión de la religión en cierto sentido, sin embargo, no puedo ver cómo una religión sensual y formal pueda satisfacer completamente a un cristiano. A un niño se le tranquiliza y entretiene fácilmente con elementos para jugar, juguetes y muñecas, en la medida en que no tenga hambre. Déjenlo sentir hambre y pronto descubrirá que sólo el alimento puede saciarlo y satisfacerlo. De la misma manera, el alma de un hombre no encontrará satisfacción en la música, las flores, las velas y el incienso, imágenes publicitarias y procesiones, hermosa ropa y ceremonias confesionales y de contrición. El puede entretenerse con eso, pero su alma despierta y se eleva sobre la muerte, y él no permanecerá contento con ellas. Estas le parecerán simples frivolidades y una pérdida de tiempo. Dejémosle ver el espectro de su pecado, y verá también su necesidad por su Salvador. El tiene hambre y sed, y nada más que el pan de vida lo satisfará. La prominencia de esta forma de cristianismo formal y sensual, me atrevo a decir, no existiría si se les enseñara más a los cristianos sobre la plenitud de la naturaleza, vileza y impureza del pecado.

d. El correcto punto de vista del pecado, es el mejor antídoto a las estresadas teorías de perfección de las cuales oímos mucho en estos tiempos. A aquellos que piden en nosotros la perfección, para nosotros esto no implica nada más que ser consistentes y prestar una atención cuidadosa a todas las gracias que constituyen el carácter de un cristiano, fundamentos que no sólo debemos sustentar en nosotros mismos sino también estar de acuerdo con ellos. Por todos los medios, apuntemos alto. Sin embargo, si los hombres realmente quieren decirnos que en este mundo un creyente puede alcanzar la entera libertad del pecado, vivir sus años en una comunión inquebrantable e ininterrumpida con Dios, y sentir que en muchos meses no ha tenido cuando mucho un pensamiento malicioso, debo honestamente decir que esa opinión no es bíblica para mí. Voy más allá. Digo que esa opinión es muy peligrosa para aquel que la mantiene, y está muy proclive a deprimirse, desalentarse y mantener alejados a los investigadores tras la salvación. No puedo encontrar ni la más leve garantía en la Palabra de Dios para esperar tal perfección mientras estemos en nuestro cuerpo. Creo que las palabras de nuestro artículo quinceavo (6) son estrictamente verdaderas: "Sólo Cristo está sin

pecado, y que nosotros, el resto, aunque bautizados y nacidos de nuevo en El, ofendemos en muchas cosas, y si nosotros decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no es en nosotros". Para usar el lenguaje de nuestra primera homilía: "habrá imperfecciones en nuestras mejores obras: no amamos a Dios tanto como somos obligados a hacerlo, con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente y fuerza; no tememos a Dios como deberíamos hacerlo; no oramos a Dios sino con muchas y grandes imperfecciones. Damos, perdonamos, creemos, vivimos y esperamos imperfectamente; hablamos, pensamos y hacemos imperfectamente; peleamos contra el demonio, el mundo y la carne imperfectamente. No debemos, por lo tanto, sentir vergüenza de confesar plenamente nuestro estado de imperfección". Una vez más, repito lo que he dicho, el mejor preservativo en contra de esta ilusión temporal sobre la perfección que nubla nuestra mente – como espero poder llamarlo- es un claro, completo, distintivo entendimiento de la naturaleza, impureza y engañosidad del pecado.

e. En el último lugar, una visión bíblica del pecado probará ser un admirable antídoto a las pobres visiones de santidad personal que son tan penosamente prevalentes en estos últimos días de la iglesia. Este es un tema doloroso y delicado, lo sé, pero no puedo huir de él. Ha sido por largo tiempo mi penosa convicción de que el estándar de vida diario entre los cristianos de este país ha ido gradualmente cayendo. Me temo que la caridad de Cristo, amabilidad, buen carácter, humildad, mansedumbre, gentileza, buena naturaleza, auto-negación, ansioso de hacer el bien y la separación del mundo están muy por debajo de lo que deberían ser y solían ser los días de nuestros padres.

De las causas de este estado de las cosas, no puedo dar cuenta completamente, puedo sólo sugerir algunas conjeturas para considerar. Puede ser que cierta clase de religión se haya vuelto de moda y sea comparativamente más fácil en esta época; que las corrientes que fueron alguna vez angostas y profundas se hayan vuelto anchas y superficiales, y lo que hemos ganado a cambio muestra lo que hemos perdido en calidad. Puede ser que nuestra prosperidad y estilos de vida confortables hayan insensiblemente introducido una plaga de mundanería y auto indulgencia y un amor fácil. Lo que antes llamábamos lujo hoy son comodidades y necesidades, la auto-negación y el soportar lo duro son,

consecuentemente, poco conocidas Puede ser que la enorme cantidad de controversia, que marca esta época, haya secado nuestra vida espiritual sin darnos cuenta. A menudo, hemos sido demasiado felices con el deseo por la ortodoxia y hemos rechazado las sobrias realidades de la práctica de la santidad diaria. Sean cuales sean las causas, debo declarar mi propio convencimiento que el resultado es el mismo. En los recientes años ha habido un estándar más bajo de santidad personal entre los creyentes respecto de lo que fue en los días de nuestros padres. El resultado completo es que el Espíritu se contrista y el asunto requiere humillación y una búsqueda de corazón.

En lo que se refiere al mejor remedio para este estado de cosas que he mencionado, me aventuraré a dar una opinión. Otras escuelas de pensamiento en las iglesias pueden juzgar por sí mismas. La cura para los miembros de las iglesia evangélica, estoy convencido, es encontrarlos más apercibidos de la naturaleza y impureza del pecado. No necesitamos volver a Egipto, o pedir prestadas las prácticas romanas católicas para revivir nuestra vida espiritual. No necesitamos restablecer el confesionario, el retorno de la vida monástica o el ascetismo. ¡Nada de esa clase! Simplemente debemos arrepentirnos y hacer nuestro primer trabajo. Debemos volver a los principios primigenios. Debemos retornar a los "viejos caminos". Debemos sentarnos humildemente en la presencia de Dios, hacer frente al asunto, examinar claramente lo que el Señor Jesús llama pecado y lo que el Señor Jesús llama hacer Su voluntad. ¡Entonces debemos tratar de darnos cuenta que, terriblemente, es posible vivir descuidadamente, fácilmente, mitad espiritual y mitad mundano y aún mantener los principios evangélicos y llamarnos a nosotros mismos evangélicos! Una vez que vemos que el pecado es más vil y está más cerca de nosotros de lo que pensamos, adhiriéndose a nosotros más de lo que suponemos, seremos conducidos, confío y creo, a un Cristo más cercano. Estando allí más cerca de Cristo, beberemos más profundamente de Su llenura y aprenderemos a "vivir una vida de fe" en El más completa, como Pablo lo hizo. Una vez que hemos aprendido a vivir una vida de fe en Jesús, y permanecemos en El, tendremos más fruto, seremos más fuertes en el rigor, más pacientes en las pruebas, más cautelosos sobre las debilidades de nuestros corazones, y más como nuestro Maestro en las pequeñas cosas de cada día. En la misma proporción que nos damos cuenta de lo mucho que Cristo ha hecho por nosotros, así haremos por El.

Mientras más perdonados, más amaremos. En breve, como dice el apóstol: "…mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2ª Cor. 3:18).

Al contrario de lo que algunos puedan pensar o decir, no hay duda que un sentimiento más profundo sobre la santidad es uno de los signos de nuestro tiempo. Se están haciendo comunes en nuestros días las conferencias para promover la "vida espiritual". El tema de la "vida espiritual" tiene lugar en congresos casi cada año. Ha despertado una cantidad de interés y atención general por todos lados, por lo cual debemos estar agradecidos. Cualquier movimiento, basado en principios sólidos, que ayude a profundizar nuestra vida espiritual y a incrementar nuestra santidad personal será una verdadera bendición para la Iglesia de Inglaterra. Esto hará mucho para juntarnos y sanar nuestras infelices divisiones. Puede traer una efusión fresca de la gracia del Espíritu y "vida a los muertos". Estoy seguro, como dije al comienzo, debemos empezar por lo bajo si deseamos construir alto. Estoy convencido que el primer paso para lograr asir un mayor grado de santidad es darse cuenta de la sorprende impureza del pecado.

Notas al pie:

1 El Libro de Oración Común (LOC) es el libro fundacional de oración de la Iglesia de Inglaterra y de la Comunión Anglicana. El nombre completo en es "Libro de Oración Común y Administración de los Sacramentos y otros Ritos y Ceremonias de la Iglesia de acuerdo al uso de la Iglesia de Inglaterra junto con el Salterio o Salmos de David, definidos para ser cantados o dichos en las Iglesias y la forma y manera de hacer, ordenar y consagrar a los obispos, presbíteros y diáconos".

2 Rectitud: calidad de estar moralmente correctos y justificados

3 El pecado original no consiste (como vanamente propalan los pelagianos) en la imitación de Adán, sino que es la falta y corrupción en la naturaleza de todo hombre que es engendrado naturalmente de la estirpe de Adán; por esto el hombre dista muchísimo de la rectitud original, y es por su misma naturaleza inclinado al mal, de manera que la carne codicia siempre contra el Espíritu y, por lo tanto, el pecado original en toda persona nacida

en este mundo merece la ira y la condenación de Dios. Esta infección de la naturaleza permanece aun en los que son regenerados; por lo cual la concupiscencia de la carne, llamada en griego Frovn?a sapkós, (que unos interpretan como sabiduría, otros sensualidad, algunos afecto y otros el deseo de la carne), no está sujeta a la Ley de Dios; y aunque no hay condenación alguna para los que creen y son bautizados, aún así el apóstol confiesa que la concupiscencia y la lujuria tienen en si misma naturaleza de pecado.

4 Richard Hooker (Marzo de 1554 – 3 de noviembre de 1600) fue un sacerdote y teólogo de influencia1 Su énfasis en la razón, tolerancia e inclusión influyó de manera considerable en el desarrollo del anglicanismo, y es considerado, junto a Thomas Cranmer y Mathew Parker, uno de los fundadores de la Iglesia de Inglaterra. Uno de sus trabajos de mayor importancia es su sermón titulado: "Un discurso educado sobre la justificación, las obras y el cómo la fundación por la fe es derrocada". En este sermón Hooker defiende la posición de justificación epistémica '"Sola fide" (justificación por la fe) pero agrega que incluso quienes no la comprenden o aceptan pueden ser salvados por Dios. Esto implica -especialmente en el contexto de la época- que incluso los católicos no están necesariamente condenados (contrario a lo que los teólogos puritanos proponían). Esta posición enfatiza la creencia de Hooker que los cristianos deben concentrarse en lo que los une más que en lo que los divide. Lo anterior (y otros sermones y pronunciamientos similares) dio origen -como se ha sugerido- a un debate mayor entre Hooker y los partidarios del puritanismo, especialmente con los representantes del calvinismo, quienes mantenían una posición que desagradaba a Hooker. Lutero, por ejemplo, enseñó que la salvación es un regalo exclusivamente de Dios, dado por la gracia a través de Cristo y recibido solamente por la fe.

5 Hugo Latimer nació en Thurcaston, Leicestershire, en una familia de prósperos granjeros, en el año 1492.
Se formó en la Universidad de Cambridge, enclave del catolicismo, en donde completó sus estudios teológicos en 1514. Al año siguiente, llegó el nombramiento papal para ser ordenado sacerdote. Sobresaliente y devoto, fue destacado como un contrapeso a las ideas luteranas que se difundían por las islas británicas y se infiltraba en los claustros universitarios. De ser de

los más férreos opositores a la Reforma, y uno de los sacerdotes católicos más importantes de su época, pasó a ser el predicador protestante más grande de su tiempo y uno de los íconos del mensaje del Evangelio, el que proclamó con inquebrantable convicción, incluso hasta el martirio.

6 XV. De Cristo, el único sin pecado Cristo. En la realidad de nuestra naturaleza fue hecho semejante a nosotros en todas las cosas excepto en el pecado, del cual fue enteramente exento, tanto en su carne como en su espíritu. Vino para ser el Cordero sin mancha que, por el sacrificio de sí mismo una vez hecho, quitase los pecados del mundo; y en él no hubo pecado (como dice San Juan). Pero nosotros los demás hombres, aunque bautizados y nacidos de nuevo en Cristo, aún ofendemos en muchas cosas; y, si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. Y la verdad no está en nosotros.

2. SANTIFICACION

“Santifícalos a través de tu verdad” (Jn 17:17)

“Esta es la voluntad de Dios, incluso su santificación” (1 Tes 4:3)

El tema de la santificación es uno de muchos, me temo, que desagrada en extremo. Algunos incluso se voltean de ella con desprecio y desdén. La última cosa que les gustaría ser es “un santo” o un hombre “santificado”. Sin embargo, el tema no necesita ser tratado de esa forma. No es un enemigo, es un amigo.

Este es un tema de la más alta importancia para nuestras almas. Si la Biblia es verdad, es seguro que a menos que seamos “santificados” no seremos salvados. Hay tres cosas que de acuerdo con la Biblia son absolutamente necesarias para la salvación de cualquier hombre o mujer en la cristiandad. Estas son la justificación, conversión y santificación. Las tres se encuentran en cada hijo de Dios que es nacido de nuevo y justificado y santificado. Aquel que adolece de alguna de estas tres cosas no es un verdadero cristiano a la mirada de Dios, y al morir en esa condición no será encontrado en el cielo ni glorificado en el último día.

Este es un tema particularmente conveniente en los presentes días. Sobre él, recientemente, se han levantado doctrinas extrañas. Algunas parecen confundir la santificación con la justificación. Otras la derrochan como si fuera nada, bajo la presencia del celo por la libre gracia y prácticamente la desechan. Otros están más preocupados del “trabajo” que se hace parte de la justificación y apenas pueden encontrar un lugar para el “trabajo” en su religión. Otros establecen medidas equivocadas de santificación ante sus ojos y fallan en asirla, pierden sus vidas en sesiones repetidas de iglesia en iglesia, congregación en congregación, secta en secta, en vana esperanza de que encontrarán lo que necesitan. En un día como este, un examen calmo de este tema, teniendo como puntero doctrinal el evangelio, puede ser de gran utilidad para nuestras almas.

Ahora, consideraremos la verdadera naturaleza de la santificación, sus marcas visibles y cómo se compara y contrasta con la justificación.

Si, infelizmente, usted es uno de esos lectores que no se preocupa de nada excepto por las cosas mundanas y no tiene religión alguna, no puedo esperar que tome demasiado interés por lo que estoy escribiendo. Usted probablemente pensará que es un asunto de "palabras y nombres", inquietudes bonitas acerca de las cuales nada importa lo que usted mantiene y cree. Pero si usted es un cristiano que medita, es razonable, es sensible, me aventuro a decir que usted encontrará que es valioso tener algunas ideas claras acerca de la santificación.

LA NATURALEZA DE LA SANTIFICACION

La santificación es el trabajo espiritual interior que el Señor Jesucristo hace en un hombre a través del Espíritu Santo, cuando El lo llama a ser un verdadero creyente. No sólo lo lava de sus pecados con Su propia sangre, sino que lo separa de su amor natural al pecado y del mundo, pone nuevos principios en su corazón y lo vuelve prácticamente devoto en la vida. El instrumento por el cual el Espíritu realiza este trabajo es generalmente la Palabra de Dios, aunque El a veces usa la aflicción y acciones providenciales "sin la Palabra" (1 Ped 3:1). El resultado de este trabajo de Cristo por medio del Espíritu Santo es llamado en las Escrituras "un hombre santificado".

Aquel que supone que Jesucristo sólo vivió y murió y se levantó de entre los muertos para entregar justificación y perdón de pecado a Su pueblo tiene aún mucho que aprender. Quiera que lo sepa o no, con esta suposición está deshonrado a nuestro bendito Señor y haciéndolo sólo un Salvador a medias. El Señor Jesús ha tomado para sí todo lo que el alma de Su pueblo requiere: no sólo liberarlos de la culpa de sus pecados por su muerte de expiación sino del dominio de sus pecados poniendo en sus corazones el Espíritu Santo; no sólo para justificarlos sino también para santificarlos. Él es, de este modo, no sólo su "rectitud" sino su "santificación" (1 Cor. 1:30). Oigamos lo que la Biblia dice: "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad", "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para que El pueda santificarla y limpiarla". "Cristo… se dio a sí mismo por nosotros, para que pudiéramos

redimirnos de toda iniquidad y purificarnos en Él, como personas especiales, celosas del buen trabajo". Cristo … llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo, para que nosotros, estando muertos al pecado, viviéramos en rectitud". Cristo …"en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de El" (Jn. 17:19, Efe 5:25, 26; Tit. 2:14; 1 Ped. 2:24, Col. 1:22). Examinemos el significado de estos cinco textos cuidadosamente. Si las palabras significan cualquier cosa, ellas sí nos enseñan que Cristo considera la santificación no menor que la justificación de su amado pueblo. Ambas son del mismo modo consideradas en ese "pacto eterno ordenado en todas las cosas y por lo demás seguro" del cual Cristo es el mediador. De hecho, Cristo en un lugar es llamado "El que santifica" y a su pueblo "los que son santificados" (Heb. 2:11).

El tema que abordamos, es de tal profundidad e importancia, que requiere defensas, guardias, despeje y un demarcado en cada uno de sus lados. Una doctrina que es necesaria para la salvación nunca podrá ser claramente desarrollada o sacada completamente a la luz. Para despejar la confusión entre doctrinas y doctrinas, lo cual es infelizmente común entre los cristianos, y delinear la relación precisa entre verdades y verdades en religión es preciso asir la exactitud de nuestra teología, por lo tanto, no dudaré poner ante mis lectores una serie de proposiciones y declaraciones conectadas, extractadas de las Escrituras, las cuales serán útiles en definir la exacta naturaleza de la santificación. Cada proposición está sujeta a ampliación y manejo más profundo y todas ellas merecen el pensamiento y la consideración personal. Algunas serán objeto de disputas y contraindicaciones sin embargo dudo de que ellas puedan ser desechadas o ser falsas. Sólo pido para ellas un auditorio justo e imparcial.

1. La santificación es el invariable resultado de la unión vital con Cristo que la verdadera fe da a un cristiano. "el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto" (Jn 15:5). La rama que no tiene fruto no es una rama viva de la vid. La unión con Cristo que no produce ningún efecto en el corazón y en la vida es una unión meramente protocolar, que no tiene valor ante Dios. La fe que no tiene una influencia santificadora en el carácter no es mejor que cualquier fe en demonios. Es "una fe muerta, porque está sola", no una dádiva de Dios. No es la fe que Dios escoge. En breve, donde no hay una vida santificada, no existe una fe real en Cristo. La

verdadera fe trabaja por amor. Ésta impele al hombre a vivir en el Señor a partir de un sentido profundo de gratitud por su redención. Ésta lo hace sentir que nunca puede hacer demasiado por Él, por aquel que murió por él. Mientras más somos perdonados, más amamos. Aquel a quien la sangre lava camina en la luz. Aquel que tiene una esperanza viva en Cristo se purifica a sí mismo, así como Él es puro (Tit. 1:1, Gal. 5:6, 1 Jn. 1:7; 3:3).

2. La santificación es el resultado y la consecuencia inseparable de la conversión. Aquel que es nacido de nuevo y hecho una nueva criatura recibe una nueva naturaleza y un nuevo principio, y vive siempre una vida nueva. Una conversión, que el hombre tiene pero que aún vive descuidadamente en pecado y mundanería, es una conversión inventada, inspirada por teólogos pero nunca mencionada en las Escrituras. Por el contrario, Juan expresamente dice que "Aquel que es nacido de Dios no comete pecado". "Hace justicia", "Ama a los hermanos", "Se guarda a sí mismo" y "Vence al mundo" (1 Juan 2:29, 3:9-14, 5:4-18). Simplemente dicho, la falta de santificación es un signo de no conversión. Donde no hay una vida santa, no ha habido un nacimiento santo. Esto es duro de decir pero es una verdad Bíblica. Cualquiera que es nacido de Dios, está escrito, "No puede pecar porque él es nacido de Dios" (1 Jn 3:9).

3. La santificación es la única evidencia segura del trabajo del Espíritu Santo, el cual es esencial para la salvación. "Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él" (Rom. 8:9). El Espíritu no permanece quieto ni ocioso dentro del alma: El siempre hace que su presencia sea conocida por el fruto. Éste guarda el corazón, carácter y vida. "El fruto del Espíritu", dice Pablo, "es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; y otras características como esas (Gal 5:22). Donde se encuentran esas cosas, ahí está el Espíritu. Donde esas son sólo deseos, los hombres están muertos ante Dios. El Espíritu es comparado con el viento, y como el viento no puede ser visto con nuestros ojos mortales. Pero así como sabemos que hay viento por los efectos que éste produce en las olas, los árboles y el humo, así mismo debemos saber que el Espíritu está en un hombre por los efectos que Él produce en la conducta de ese hombre. Es una tontería suponer que tenemos el Espíritu si no "Caminamos en el Espíritu" también (Gal 5:25). Podríamos depender de Él como una certeza positiva pero donde no hay vida santa no hay Espíritu Santo. El

sello del Espíritu que estampa Jesús en su pueblo es la santificación. En la medida que realmente "son guiados por el Espíritu de Dios, ellos", y solamente ellos, "son los hijos de Dios". (Rom. 8:14)

4. La santificación es la única marca seguridad de la elección de Dios. Los nombres y cantidad de los escogidos es un secreto que sin duda Dios ha mantenido sabiamente guardado para Sí mismo y no ha revelado a ningún hombre. No nos ha sido dado a nosotros en este mundo estudiar las páginas del libro de la Vida y ver si nuestros nombres están ahí. Pero si hay una cosa clara y simple establecida acerca de la elección: ésta es que los hombres y mujeres escogidos podrán ser conocidos y distinguidos por sus vidas santas. Está expresamente escrito que ellos son "elegidos a través de la santificación", "escogidos para salvación a través de la santificación", "predestinados a ser hechos a imagen del Hijo de Dios", y "escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo para ser santos". De ahí que cuando Pablo vio la "fe" laboriosa, el "amor "y la paciente "esperanza" de los creyentes en Tesalónica, él dijo "Conozco su elección de Dios" (1 Ped. 1:2, 2 Tes. 2:13, Rom. 8:29, Efe 1:4-1, 1 Tes. 1:3,4). Aquel que se jacta de ser un escogido de Dios, y vive voluntaria y habitualmente en pecado, está sólo engañándose a sí mismo y es blasfemo. Por supuesto, es difícil saber lo que las personas son realmente y muchos de los que hacen show aparente en religión pueden finalmente ser hipócritas con un corazón podrido. Pero cuando al menos no hay evidencia alguna de santificación podemos estar bastante seguros de que no hay elección. El catecismo de la iglesia 1, correcta y sabiamente, enseña que el Espíritu Santo "santifica a todos los escogidos de Dios".

5. La santificación es una realidad que siempre estará a la vista. Como la gran Cabeza de la iglesia, de quien ésta nace, no "puede ser escondida". "Cada árbol es conocido por sus propios frutos" (Luc 6:44). Una persona realmente santificada puede estar tan vestida de humildad que se ve a sí misma como finita e imperfecta; como Moisés, cuando bajó del monte, él podía no estar consciente de que su rostro resplandecía. Como el justo, en la potente parábola de las ovejas y las cabras, él no puede ver que haya hecho algo valioso o encomiable a la vista de Su maestro: "¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos? (Mat 25:37). Como quiera que él se vea a sí mismo, otros lo verán distinto en su

tono, gusto, carácter y hábitos de vida respecto de sus congéneres. La misma idea de un hombre siendo "santificado", mientras ninguna santidad puede apreciarse en su vida, es una necedad y un uso inadecuado de las palabras. La luz puede ser muy difusa pero si hay sólo un destello en una pieza oscura, éste será visto. El estilo de vida puede ser muy poco convincente, pero aún cuando el pulso golpee muy levemente, éste será percibido. Es exactamente lo mismo con un hombre santificado: su santificación será algo que se sentirá y verá aunque él mismo no la entienda. Un "santo" en el cual nada más que mundanería o pecado puede verse es una clase de monstruo no reconocido en la Biblia!

6. La santificación es una realidad de la cual cada creyente es responsable. Al decir esto no quiero que se me malinterprete. Digo, firmemente como cualquiera lo haría, que cada hombre es valioso para Dios y que todos los perdidos estarán enmudecidos y sin excusa en el último día. Cada hombre tiene el poder de "perder su propia alma" (Mat. 26:26). Mientras digo esto, mantengo que todos los creyentes son eminente y peculiarmente responsables y están bajo una obligación especial de vivir vidas santas. No son como los otros, muertos y ciegos y no convertidos. Ellos están vivos para Dios, tiene la luz y conocimiento y el nuevo principio dentro de ellos. ¿De quién es la culpa, si ellos no son santos, sino de ellos mismos? ¿A quién ellos pueden culpar si ellos no están santificados, sino a sí mismos? Dios, quien les ha dado la gracia y un nuevo corazón y una nueva naturaleza, le ha privado de todas las excusas si ellos no viven Su alabanza. Este es un punto que ha sido demasiado olvidado. Un hombre que confiesa ser un verdadero cristiano, mientras permanece quieto, feliz con su pobre grado de santificación (si en realidad tiene grado alguno, después de todo) y con frialdad expresa que "no puede hacer nada", es un hombre de una lastimosa visión y muy ignorante. Contra este delirio, observemos y estemos en guardia. La Palabra de Dios siempre dirige sus preceptos a los creyentes como seres confiables y responsables. Si el Salvador de los pecadores nos da una gracia renovada y nos llama por el Espíritu Santo, entonces podemos estar seguros de que Él espera que nosotros usemos esa gracia y no nos durmamos en los laureles. Es el olvido total de esto lo que causa que muchos creyentes "contristen al Espíritu Santo" y hagan de sí mismos cristianos inútiles y desagradables.

7. La santificación es una cosa que admite crecimiento y grados. Un hombre puede elevarse de un escalón a otro en santidad, y puede estar más santificado en período dado de su vida en comparación con otro. No puede ser más perdonado y más justificado de lo que él es cuando él cree al principio, aunque él sienta más. Más santificado, ciertamente él puede ser, porque cada don en su nuevo carácter puede fortalecerse, expandirse y profundizarse. Está el significado evidente de la oración de nuestro Señor por Sus discípulos cuando el usó las palabras "Santifícalos" y de la oración de Pablo a los Tesalonicenses "El mismo Dios de paz los santifique" (Jn 17:17, 1 Tes. 5:23). En ambos casos la expresión simplemente implica la posibilidad de una santificación incrementada, mientras que una expresión como "justifícalos" no se encuentra ni una vez en las Escrituras aplicada a un creyente porque éste no puede ser más justificado de lo que es. No puedo encontrar ninguna garantía en las Escritura para la doctrina de "de la santificación imputada". Es una doctrina que confunde principios disímiles y que conduce a consecuencias nefastas. Confunde cosas que difieren y conducen a consecuencias muy malignas. Y no menor, es una doctrina que es rotundamente contradictoria con la experiencia de muchos eminentes cristianos. Si hay un punto en el cual los hombres más santos de Dios concuerdan es que ellos ven, saben y sienten más y hacen más, se arrepienten más y creen más en la medida en que se internan en la vida espiritual, y en la proporción en que su caminar sea más cercano a Dios. En breve, ellos "crecen en gracia" como Pablo exhorta a los creyentes a hacer, y "abunden más y más", de acuerdo a las palabra del mismo Pablo (2 Ped. 3:18, 1 Tes. 4:1)

8. La santificación depende grandemente del diligente uso de los medios escriturales. Los "medios de gracia" son leer, la oración privada, la adoración regular a Dios en la iglesia, donde uno escucha la Palabra y participa de la "Cena del Señor". Deslizo como un hecho simple que ninguno que sea descuidado acerca de estas cosas puede siquiera esperar hacer mucho progreso en su santificación. No encuentro registro alguno de ningún santo eminente que las haya obviado. Estos son los caminos señalados a través de los cuales el Espíritu Santo transmite la gracia fresca al alma y fortalece el trabajo de Aquel que comenzó su labor interna en el hombre. Dejemos que los hombres llamen a esto doctrina legal si así les place, pero nunca me achicaré en declarar mi creencia de que no hay "ganancia espiritual sin dolor". Nuestro

Dios es un Dios que trabaja por estos medios, y El nunca bendecirá el alma de un hombre que pretende estar tan alto y ser tan espiritual y que considera que puede seguir adelante sin ellas.

9. La santificación no es una cosa que alivie al hombre de tener grandes conflictos espirituales. Por conflicto quiero decir una lucha dentro del corazón entre la vieja y la nueva naturaleza, la carne y el espíritu, las cuales se encuentran conjuntamente en cada creyente (Gál. 5:17). Un gran sentido de lucha y una gran cantidad de incomodidad mental no son prueba de que el hombre no esté santificado. No, por el contrario, yo creo que estos son síntomas saludables de nuestra condición y prueban que no estamos muertos sino vivos. Un verdadero cristiano es aquel que no sólo tiene paz de conciencia sino una guerra dentro de sí mismo. Puede ser conocido tanto por estas batallas como por su paz. Al decir esto, no olvido que estoy contradiciendo las visiones de algunos bien intencionados cristianos que sostienen la doctrina "perfección sin pecado", pero no puedo hacer nada al respecto. Creo que lo que he dicho está sostenido en el lenguaje de Pablo en el capítulo séptimo de Romanos. Recomiendo a mis lectores leer cuidadosamente ese capítulo. Estoy muy satisfecho de que éste no describa la experiencia de un inconverso, o de un cristiano joven e inestable, sino la de un viejo santo experimentado en cercana comunión con Dios. Ningún otro hombre podría decir "Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (Rom. 7:22). Más aún, creo, que lo que digo es probado por la experiencia de todos los más prominentes sirvientes de Cristo que alguna vez vivieron. La prueba perfecta se puede leer en sus diarios, sus autobiografías y sus vidas mismas. Creyendo todo esto, nunca dudaré de decir a las personas que los conflictos internos no son prueba de que un hombre no sea santo y que ellos no deben pensar que no están santificados porque no se sienten enteramente libres de sus luchas interiores. Tal libertad, sin duda, la tendremos en el cielo, pero nunca la disfrutaremos en este mundo. El corazón de los mejores cristianos, en sus mayores momentos, es un campo ocupado por dos rivales, y la "compañía de dos armadas". Dejemos que las palabras de los artículos 13 y 15 del Libro de Oraciones sean bien consideradas por todos los hombres de iglesia: "La infección de la naturaleza permanece en aquellos que son convertidos. Aunque bautizados y nacidos nuevamente en Cristo, nosotros ofendemos en muchas cosas; y si decimos que no

tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no es en nosotros".

10. La santificación no puede justificar al hombre y sin embargo ésta complace a Dios. Las acciones más santas de los santos más santos que alguna vez hayan vivido están, más o menos, llenas de defectos e imperfecciones. Ya sea que están equivocados en sus motivos o tienen un magro desempeño, y ellas mismas son nada mejores que "espléndidos pecados", y merecen la condenación y la ira de Dios. Suponer que tales acciones pueden resistir la severidad del juicio de Dios, la expiación de pecados y merecer el cielo es simplemente absurdo. "Por las obras de la ley ninguna carne será justificada". "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley" (Rom. 3:20-28). La justicia por la que nosotros podemos presentarnos ante Dios es por la justicia de otro –la perfecta justicia de nuestro Substituto y Representante, Jesucristo el Señor. Su trabajo es nuestro único pasaje al cielo. Esta es una verdad que nosotros deberíamos estar dispuestos a defender a muerte. Para todo esto, sin embargo, la Biblia enseña expresamente que las acciones santas de un hombre santificado, aunque imperfectas, son vistas con complacencia por Dios. "Con tales sacrificios se agrada Dios" (Heb. 13:16). "Obedezcan a sus padres… porque esto agrada a Dios (Col. 3:20). "Nosotros… hacemos esas cosas que son agradables delante de Él" (1 Jn. 3:22). No permitamos que esto se olvide porque esta es una doctrina muy agradable. Así como un padre se complace con los esfuerzos que su hijo hace para agradarlo, aunque sea al recoger una margarita o caminar a través de la habitación, del mismo modo nuestro Padre en el cielo se agrada con la pobre actuación de Sus hijos creyentes. Él mira los motivos, principios e intenciones de sus actos y no sólo la cantidad o calidad de ellos. Él los tiene como miembros de Su propio y querido Hijo, y por Su bien, donde quiera que vaya su mirada, Él se complacerá. Aquellos miembros que disputen sobre este punto harían bien en estudiar mejor el artículo doce de la Iglesia de Inglaterra 2.

11. La santificación es una cosa que es absolutamente necesaria como testigo de nuestro carácter en el gran Día del Juicio. Será totalmente inútil abogar que creemos en Cristo a menos que nuestra fe haya tenido algún efecto santificador y haya sido reflejada en nuestras vidas. Evidencia, sólo la evidencia será lo requerido cuando el gran trono blanco sea establecido, cuando los

libros sean abiertos, cuando las tumbas dejen libres a sus arrendatarios, cuando los muertos estén alineados ante la barra de Dios. Sin alguna evidencia de que nuestra fe en Cristo era verdadera y genuina, nos levantaremos nuevamente para ser condenados. No encuentro ninguna otra evidencia de admisión, excepto la santificación. La cuestión no será cómo conversamos y lo que profesamos sino cómo vivimos y qué hicimos. No dejemos que ningún hombre se engañe sobre este punto. Si hay algo certero en el futuro, eso es que habrá juicio, y si hay certeza acerca del juicio, es certeza también que las obras y los hechos de los hombres serán considerados y examinados en éste. (Jn 5:29, 2 Cor. 5:10, Apo 20:13). Aquel que supone que las obras no tienen ninguna importancia porque no nos justifican, es un cristiano ignorante. A menos que abra sus ojos, él descubrirá a su costo, cuando se enfrente al juicio de Dios sin alguna evidencia de gracia, que le hubiera sido mejor no haber nacido nunca.

12. La santificación es, en último lugar, absolutamente necesaria para entrenarnos y prepararnos para nuestra entrada al cielo. Muchos esperan ver el cielo cuando mueran, pero pocos –se debe temer- se toman el problema de considerar si ellos disfrutarán el cielo si es que llegan allí. El cielo es, esencialmente, un lugar santo, sus habitantes son todos santos, sus ocupaciones son todas santas. Para estar realmente felices en el cielo, está claro y es simple que debemos de alguna forma entrenarnos y prepararnos para ello mientras estamos en la tierra. La noción del purgatorio después de la muerte, el cual volverá a los pecadores santos es una falsa ilusión y en absoluto bíblica. Debemos ser santos antes de morir y vamos a ser santos en la gloria posteriormente. La idea preferida de muchos es que los moribundos no necesitan nada más que la absolución y perdón de pecados para prepararlos para su gran cambio, lo que es una profunda falacia. Necesitamos del trabajo del Espíritu Santo así como del de Cristo, necesitamos la renovación de los corazones así como de la expiación de la sangre, necesitamos ser santificados tanto como justificados. Es común oír a la gente decir en su cama de moribundos "Sólo deseo que Dios perdone mis pecados y me haga descansar". ¡Pero aquellos que dicen tales cosas se olvidan de que el descanso en el cielo será enteramente inútil si no tenemos corazones para disfrutarlo! ¿Qué podría un hombre no santificado hacer en el cielo, si por alguna razón llega hasta allí? Miremos el asunto con imparcialidad. Ningún hombre podrá encontrar felicidad en un lugar donde él no está en

su elemento, y donde todo lo que lo rodea no concuerda con sus gustos, hábitos y carácter. Sólo cuando un águila sea feliz en una jaula de acero; cuando una oveja sea feliz en el agua; cuando un búho sea feliz en el mediodía a pleno sol; cuando un pez sea feliz en tierra seca – entonces y sólo entonces- admitiría que un hombre no santificado pudiera ser feliz en el cielo.

2. LA EVIDENCIA VISIBLE DE LA SANTIFICACION

¿Cuáles son las marcas visibles en un hombre santificado? ¿Qué esperaríamos ver en él? Esta es una arista muy amplia y complicada del tema. Es amplia porque ello requiere mencionar muchos detalles que no pueden manejarse completamente en los límites que impone un mensaje como este. Es difícil porque no puede ser abiertamente tratada sin ofender a nadie. Pero la verdad debe decirse a pesar del riesgo, y una verdad de esta magnitud debe ser dicha especialmente en nuestros días.

La verdadera santificación no consiste en hablar de religión simplemente. Este un punto que nunca debe ser echado al olvido. El vasto aumento en educación y prédicas en los últimos tiempos hace absolutamente necesario elevar una voz de advertencia. Las personas oyen mucho de la verdad del evangelio y ellos contraen una familiaridad no santa con sus palabras y frases, y algunas veces hablan con fluidez acerca de sus doctrinas de forma tal que puede pensarse que son verdaderos cristianos. Un hecho que enferma y disgusta oír es el lenguaje sereno y frívolo que muchos utilizan para referirse a la "conversión", "el Salvador", "el evangelio", la" paz encontrada", "gracia gratuita" y todo lo parecido a eso, mientras ellos están visiblemente viviendo en el pecado y en el mundo. ¿Podemos dudar que una conversación de ese tipo es abominable a la vista de Dios y que es un poco menor que maldecir, jurar y tomar el nombre de Dios en vano? La lengua no es el único miembro que Cristo declara darnos para Su servicio. Dios no desea que Su pueblo sea sólo tubos vacíos, agradables bronces y tintineantes címbalos. Debemos ser santificados no sólo "en la palabra y la lengua, sino en buenas obras y en verdad" (1 Jn 3:18).

La santificación no consiste en sentimientos religiosos temporales. Este es nuevamente un punto acerca del cual una advertencia es profundamente necesaria. Servicio de misiones y reuniones de

avivamiento están atrayendo mucha atención en cada parte de la tierra y producen gran sensación. La Iglesia de Inglaterra parece haber tomado un estilo de vida y exhibe nueva actividad, y debemos agradecer a Dios por ello, pero estas cosas conllevan sus peligros así como sus ventajas. Donde quiera que se siembra el trigo, es por seguro que el diablo sembrará cizaña. Se puede esperar que muchos parecerán estar conmovidos y tocados y levantados por el efecto de la predicación del evangelio mientras que, en realidad, sus corazones no cambian en absoluto. Una especie de excitación animal, que proviene del contagio de ver a otros llorando, regocijándose o conmovidos, es la verdadera razón de sus casos. Sus heridas son sólo leves y la paz que dicen sentir es también a flor de piel. Como los oyentes en los pedregales, ellos reciben la Palabra con gozo (Mat 13:20) pero luego se apartan y vuelven al mundo, y se ponen más duros y peor que antes. Como la calabaza de Jonás, ellos súbitamente, se levantan y mueren en una noche. No dejemos que se olviden estas cosas. Estemos alerta en ese día de sanación de heridas leves y del grito de "paz, paz", cuando no hay paz alguna. Urjámonos cuando alguien muestra un nuevo interés en la religión para que él que no esté satisfecho con ninguna otra que no provenga del trabajo profundo y sólido de santificación del Espíritu Santo. La reacción, luego de la falsa excitación religiosa, es la enfermedad más mortal del alma. Cuando el demonio es sólo temporalmente echado fuera de un hombre al calor de un reavivamiento, regresa constantemente a su casa, haciendo que el último estado se vuelva peor que el primero. Millón de veces es mejor comenzar tranquilamente, y luego "continuar firmemente en la Palabra" que comenzar apurados sin considerar el costo de mirar hacia atrás, como la esposa de Lot, y volver al mundo. Declaro ahora que no conozco un estado del alma más peligroso que imaginar que fuimos nacidos de nuevo y santificados por el Espíritu Santo porque hemos sido presa de unos pocos sentimientos religiosos.

3. La verdadera santificación no consiste en formalismo y devoción externos. Esta es una enorme ilusión, pero infelizmente una muy común. Miles parecen imaginar que la verdadera santidad se refleja en una excesiva cantidad de religión corporal con constantes asistencias a los servicios de la iglesia, participar en la Cena del Señor y la observancia de fiestas y días especiales, en múltiples reverencias, giros, gestos y posturas durante la adoración, en usar

determinada ropa, y usar fotos y cruces. Admito abiertamente que algunas personas hacen estas cosas por motivos de conciencia y realmente creen que ellas ayudan a su alma. No obstante, temo que en muchos casos esta religiosidad externa es un sustituto para la santidad interior, y estoy bastante cierto que no es útil para la santificación de corazón. Más que todo, cuando veo que varios seguidores de este tipo de cristiandad externa, sensual y de protocolo están absorbidos en la mundanería y su cabeza está de lleno en su pompa y vanidad sin vergüenza. Siento que existe la necesidad de hablar claramente sobre esto. Habrá una inmensa cantidad de servicio corporal mientras no exista ni una traza de real santificación.

4. La santificación no consiste en el retiro de nuestro lugar en la vida y la renuncia a nuestros deberes sociales. En cada época ha sido un cepo para muchos tomar esta línea de comportamiento para conseguir la santidad. Cientos de ermitaños se han enterrado a sí mismos en la jungla, y miles de hombres y mujeres se han encerrado entre las paredes de un monasterio o conventos bajo la vana idea que haciendo eso ellos se escaparían del pecado y se volverían inminentemente santos. Ellos han olvidado que ningún cerrojo o barrera puede mantener al demonio fuera y que, donde quiera que vayamos llevamos con nosotros las raíces de todo lo malo, en nuestros propios corazones. Volverse un monje o una monja o integrarse a una "casa de misericordia" no es el camino principal a la santificación. La verdadera santidad no hace que los cristianos evadan las dificultades sino enfrentarlas y sobrepasarlas. Cristo hubiera querido que Su pueblo mostrara que Su gracia no es una planta ornamental que puede crecer con fuerza bajo amparo, sino más bien una cosa fuerte, dura que puede florecer con cada relación de vida. Es sólo cumplir con nuestro deber en el estado en que Dios nos ha llamado, ser como la sal en medio de la corrupción o la luz en medio de la oscuridad, que son los elementos primordiales de la santificación. No es el hombre que se esconde en su cueva sino aquel que glorifica a Dios, como maestro o sirviente, padre o hijo, en la familia y en la calle, en los negocios y en el comercio, el que es el modelo de hombre santificado que dicen las Escrituras. Nuestro Maestro mismo dijo en Su última oración: "No oro para que los saques del mundo sino para que los guardes del mal" (Jn 17:15).

5. La santificación no es meramente un desempeño ocasional de buenas acciones. Por el contrario, es el continuo trabajo de un nuevo principio celestial interior que fluye a través de nuestra conducta diaria en todo lo que hacemos, grande o pequeño. No es como una bomba que sólo envía agua cuando se la activa, sino como una fuente perpetua de la cual un caudal está siempre fluyendo, espontánea y naturalmente. Como Herodes, cuando oyó que Juan el Bautista "hizo muchas cosas", pero su corazón estaba irremisiblemente equivocado ante los ojos de Dios (Mar 6:20). De igual modo son los resultados de las personas en los presentes días que parecen tener ataques espasmódicos de "bondad", como lo llamamos, y hacen muchas cosas correctas bajo la influencia de la enfermedad, aflicción, muerte en la familia, calamidades públicas o en un reparo súbito de conciencia. Un observador inteligente puede ver claramente, todo el tiempo, que esas personas no son convertidas y que ellas no saben nada de "santificación". Un verdadero santo, como Ezequías, lo será de todo corazón. El considerará los mandamientos de Dios en todas las cosas para ser correcto y "detesta cualquier camino falso" (2 Cro 31:21, Sal 119:104).

6. La genuina santificación se mostrará por sí misma en nuestro habitual respeto a las leyes de Dios y nuestro habitual esfuerzo de vivir en obediencia a ella, como una regla de vida. No hay error más grande que suponer que un cristiano no tiene nada que ver con la ley y los Diez Mandamientos porque no puede ser justificado al observarlos. El mismo Espíritu Santo que convence al creyente de pecado por la ley y lo conduce a Cristo para justificación siempre lo guiará al uso espiritual de ley, como una guía amistosa, en busca de la santificación. Nuestro Señor Jesucristo nunca minimizó los Diez Mandamientos, por el contrario, en su primer discurso público, el Sermón del Monte, El los habló y mostró la naturaleza escrutadora de sus requerimientos. Pablo nunca alivianó la ley, por el contrario, él dice "La ley es buena si el hombre la usa legítimamente". "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior" (1 Tim 1:8, Rom. 7:22). Aquel que pretende ser un santo, mientras se burla de los Diez Mandamientos y piensa sólo en mentir, es hipócrita, estafa, tiene mal temperamento, difama, se embriaga y viola el séptimo mandamiento, está bajo una ilusión espantosa. ¡Encontrará que es duro de probar que él es "santo" en el último día!

7. Una genuina santificación se mostrará a sí misma en un comportamiento habitual para hacer la voluntad de Cristo y para vivir por Sus preceptos prácticos. Estos preceptos prácticos se encuentran dispersos en todos los cuatro Evangelios y especialmente en el Sermón del Monte. Quien supone que ellos fueron hablados sin la intención de promover la santidad y que un cristiano no necesita hacerse cargo de ellos en su vida diaria es realmente un poco menos que un lunático y, a toda prueba, es una persona de sumo ignorante. ¡Al escuchar a algunos hombres conversar y leer basados en los escritos de algunos otros hombres, uno puede imaginar que nuestro bendito Señor cuando estuvo en la tierra nunca enseñó nada más que doctrina dejando en manos de otros el deber de la enseñanza práctica! El más mínimo conocimiento de los cuatro Evangelios debería decirnos que esto es un completo error. Lo que Sus discípulos deben ser y hacer es continuamente presentado por las enseñanzas de nuestro Señor. Un hombre verdaderamente santificado nunca olvidará esto. Él sirve a un Maestro que dijo: "Ustedes son mis amigos, si ustedes hacen lo que yo les mando" (Jn. 15:14).

8. Una genuina santificación se mostrará a sí misma en un deseo habitual de vivir a la altura de los estándares que Pablo puso ante las iglesias en sus escritos, que es el estándar que se encuentra en los capítulos finales de casi todas sus epístolas. La idea que prevale en este último tiempo y que es común a muchas personas es que los escritos de Pablo están llenos de nada más que declaraciones doctrinales y temas controversiales –justificación, elección, predestinación, profecía y cosas como esas, lo que es completamente una ilusión y la triste prueba de la ignorancia sobre las Escrituras. Desafío a cualquiera a leer cuidadosamente los escritos de Pablo y encontrará en ellos una gran cantidad de simples directrices prácticas acerca del deber de un cristiano en cada relación de su vida y sobre sus diarios hábitos, temperamento y comportamiento, los unos con los otros. Estas directrices fueron escritas por la inspiración de Dios para la guía perpetua de los cristianos profesantes. Aquel que no las atiende puede, posiblemente, ser un miembro activo de la iglesia o de una congregación pero, sin duda, no es lo que la Biblia llama un hombre "santificado".

9. Una genuina santificación se mostrará a sí misma en la atención habitual a los dones activos que nuestro Señor tan bellamente

ejemplificó, y especialmente al don de la caridad. "Un mandamiento nuevo les doy: Que se amen unos a otros; como yo los he amado, que también se amen unos a otros. En esto conocerán todos los hombres que ustedes son Mis discípulos, si tienen amor los unos con los otros" (Jn 13:34, 35). Un hombre santificado intentará hacer el bien en el mundo y disminuir el dolor y aumentar la felicidad alrededor suyo. Él se enfocará en ser como su Maestro, lleno de bondad y amor por todos –y no es una palabra solamente cuando llamamos a la gente "querida"- sino por hechos y acciones y abnegación, en la medida en que tenga la oportunidad. El profesor cristiano orgulloso, quien se envuelve a sí mismo en su concepto de superioridad de conocimiento y parece no importarle nada si los otros se hunden o nadan, van al cielo o al infierno, a medida que camina hacia la iglesia en su mejor domingo y se llama un "potente miembro" – tal hombre no sabe nada de santificación.

10. En el último lugar, una genuina santificación se mostrará a sí misma en una habitual atención a los dones pasivos de la cristiandad. Cuando hablo de dones pasivos, me refiero a esos dones que están especialmente presentes en la sumisión a la voluntad de Dios, y en soportarse y tolerarse los unos a los otros. Pocas personas, quizá, al menos que hayan examinado el punto, tienen una idea de cuánto se dice acerca de estos dones en el Nuevo Testamento y cuán importante rol parecen tener. Este es un punto especial del cual Pablo se preocupa encomendándonos tomar nota de los ejemplos que nuestro Señor Jesucristo: "Cristo también sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo, que ustedes deben seguir su pasos, aquel que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca; quien, cuando fue injuriado, no respondió con injurias; cuando sufrió, no amenazó sino encomendaba a Aquel que juzga justamente" (1 Ped 2:21-23). Esta es "la" clave de profesión que la oración del Señor requiere que nosotros hagamos "Perdona nuestras transgresiones, así como nosotros perdonamos a nuestros transgresores", y "el" punto que es observado al final de la oración. Este es el punto que ocupa un tercio de la lista de los frutos del Espíritu entregados por Pablo. Nueve son señalados y tres de éstos, paciencia, benignidad, bondad son incuestionablemente dones pasivos (Gál. 5:22,23). Debo decir abiertamente que este es un tema no suficientemente considerado por los cristianos. Los dones pasivos, sin duda, son más difíciles de asir en comparación con los dones activos, pero son precisamente los dones que tienen

la mayor influencia en el mundo. Una cosa es segura para mí: es una tontería pretender la santificación a menos que persigamos la bondad, benignidad, paciencia y perdón de las cuales la Biblia dice mucho. Las personas que habitualmente regalan malhumor y enfado en su vida diaria y son constantemente ácidas con sus lenguas y desagradables con todos quienes las rodean, personas rencorosas, personas vengativas y revanchistas, personas maliciosas –de las cuales, alas, el mundo está simplemente lleno- saben muy poco como debieran saber sobre la santificación.

3. LA DISTINCION ENTRE JUSTIFICACION Y SANTIFICACION

En último lugar, propongo considerar la distinción entre justificación y santificación. ¿Dónde son concordantes y en qué ellas difieren?

Esta arista del tema es muy importante, aunque –me temo- no lo parece ser para todos mis lectores. Lo abordaré brevemente porque no puedo pasar sobre él. Muchos son aptos para mirar nada más que la superficie de las cosas religiosas y referirse a lindas distinciones en teologías como cuestiones de "palabras y nombres", las cuales son de un valor real pequeño. Advierto a todos aquellos que están fervientemente ocupados de sus almas que la incomodidad que asoma de no "distinguir cosas que difieren" en la doctrina Cristiana es bastante grande en realidad; y especialmente les aconsejo, si aman la paz, buscar visiones claras de esta materia que abordamos. Debemos recordar siempre que la justificación y la santificación son dos cosas bien diferenciadas. Aunque existen puntos de concordancia entre ellas también los hay que las hacen diferir. Tratemos de encontrar cuáles son esos puntos.

En consecuencia, ¿en qué SON SIMILARES la justificación y la santificación?

Ambas provienen originalmente de la libre gracia de Dios. Es Su regalo exclusivo para los creyentes justificados o santificados. Ambas son parte de la gran labor de salvación que está en Cristo, en el pacto eterno, que El ha asumido en nombre de Su pueblo. Cristo es una fuente de vida de la cual el perdón y la santidad fluyen. La raíz de ambas es Cristo.
Ambas se encontrarán en las mismas personas. Aquellos que son justificados son siempre santificados, y aquellos que son

santificados son siempre justificados. Dios las ha puesto juntas, no pueden separarse.
Ambas comienzan al mismo tiempo. En el momento en que una persona es justificada también comienza a ser una persona santificada. Puede que no lo sienta, pero es un hecho.
Ambas son necesarias para la salvación. Nunca nadie alcanzó el cielo sin un corazón renovado y el perdón, sin la gracia del Espíritu y la sangre de Cristo, sin idoneidad para la gloria eterna y un título. La una es tan necesaria como la otra.
Esos son los puntos en las cuales la justificación y la santificación concuerdan. Revisemos ahora el panorama y veamos DÓNDE DIFIEREN:

La justificación es un cálculo y recuento de la rectitud de un hombre para bien de otros, aún en Cristo Jesús el Señor. La santificación es la que hace realmente al hombre recto en su interior, aunque pueda ser en un grado débil.
La rectitud que tenemos por nuestra justificación no nos pertenece. La infinita y perfecta rectitud es de nuestro gran Mediador Cristo, imputada a nosotros y es hecha nuestra por fe. La rectitud que tenemos por santificación es nuestra propia rectitud, impartida, inherente y forjada en nosotros por el Espíritu Santo pero se mezcla con nuestra finitud e imperfección.
En la justificación nuestras obras no tienen lugar alguno, y la simple fe en Cristo es la única cosa necesaria. En la santificación nuestras obras son de suma importancia, y Dios nos ofrece luchar y buscar y orar y esforzarnos y tomar los dolores y el trabajo.
La justificación es un trabajo completo y terminado y un hombre es perfectamente justificado en el momento en que él cree. La santificación es un trabajo imperfecto, comparativamente, y nunca será perfecto hasta que alcancemos el cielo.
La justificación no admite crecimiento o desarrollo: un hombre está igualmente justificado en la hora en que vino a Cristo por fe como lo estará en toda la eternidad. La santificación es eminentemente un trabajo progresivo y admite un crecimiento y una expansión continua en la medida en que el hombre vive.
La justificación tiene especial relación con nosotros, con nuestra posición delante de Dios y nuestra liberación de la culpa. La santificación tiene especial relación con nuestra naturaleza y la renovación moral de nuestros corazones.

La justificación nos da nuestro título para el cielo y la audacia para entrar a él. La santificación nos entrega idoneidad para el cielo y nos prepara para disfrutarlo cuando estemos allí.
La justificación es el acto de Dios sobre nosotros y no es fácilmente distinguido por otros. La santificación es el trabajo de Dios en nosotros y sus manifestaciones en nosotros no pueden estar escondidas a los ojos de los hombres.
Encomiendo estas distinciones a la atención de todos mis lectores y les pido ponderarlas muy bien. Estoy convencido de que una gran causa de las tinieblas y de los sentimientos de incomodidad de muchas personas bien intencionadas en materias de religión, es debido al hábito de confundir y no distinguir entre justificación y santificación. Nunca podrá ser suficientemente "machacado" en las mentes de que ellas son dos cosas separadas. Sin duda que no puede dividirse y cualquiera que es participante de ellas es una parte de ambas, nunca debe confundírselas y nunca olvidarse de la distinción que hay entre ellas.

La naturaleza y marcas visibles de la santificación han sido traídas ante nosotros. ¿Qué reflexiones prácticas debe todo este asunto traer a nuestras mentes?

1. Una cosa, todos debemos despertar al sentido del estado peligroso de muchos cristianos profesantes. Sin santidad ningún hombre verá a Dios; sin santificación no hay salvación (Heb 12:14). En consecuencia, ¡qué enorme cantidad de las mal llamadas religiones existe y que son perfectamente inútiles! ¡Qué una inmensa proporción de los que van al templo están en el camino ancho que conduce a la destrucción! El pensamiento es horrible, aplastante y abrumador. ¡Oh si los predicadores y maestros abrieran sus ojos y se dieran cuenta de la condición de las almas que los rodean! ¡Oh si los hombres pudieran ser persuadidos de "escapar de la ira que viene! Si almas no santificadas pueden ser salvadas e ir al cielo, entonces la Biblia no es verdad. ¡Sin embargo la Biblia es verdad y no puede mentir! ¡Cómo debe ser el fin!

2. Hagamos trabajo seguro de nuestra propia condición y nunca descansemos sino hasta que sintamos y sepamos que estamos "santificados" nosotros mismos. ¿Cuáles son nuestros gustos y opciones y aficiones e inclinaciones? Esta es una gran pregunta de testeo. Importa poco lo que deseemos y lo que esperamos y lo que

queramos ser antes que muramos. ¿Qué somos ahora? ¿Qué hacemos? ¿Estamos santificados o no? Si no lo estamos, la culpa es toda nuestra.

3. Si quisiésemos estar santificados, nuestro curso es claro y simple: debemos comenzar con Cristo. Debemos ir a Él como pecadores, con un ruego de urgencia, y vaciar nuestras almas en Él por fe, por paz y reconciliación con Dios. Debemos ponernos nosotros mismos en Sus manos, como en las manos de buen médico, y rogar a Él por misericordia y gracia. No necesitamos esperar por una recomendación. El primer paso hacia la santificación, no menor que la justificación, es ir con fe a Cristo. Debemos primero vivir para luego trabajar.

4. Si creciéramos en santidad, volviéndonos más santificados, debemos siempre continuar como comenzamos y ser siempre hacedores con renovada diligencia ante Cristo. Él es la Cabeza de la cual cada miembro se abastece (Efe. 4:16). Vivir una vida diaria de fe en el Hijo de Dios y desplegar la llenura de su gracia prometida y fortaleza – las que Él ha guardado para Su pueblo- es el gran secreto de la santificación progresiva. Los creyentes que parecen quietos generalmente están rechazando una comunión cercana con Jesús y contristan al Espíritu. Aquel que oró "Santifícalos" en la última noche antes de Su crucifixión está infinitamente deseoso de ayudar a todos quienes por fe le piden ayuda y desean ser más santos.

5. No esperemos mucho de nuestro propio corazón. A lo más encontraremos en nosotros mismos causas de humillación y descubriremos que somos deudores necesitados de misericordia y gracia cada hora del día. Mientras más luz tengamos, más veremos nuestra propia imperfección. Fuimos pecadores cuando iniciamos el camino y pecadores nos encontraremos a nosotros mismos a medida que avanzamos: renovados, perdonados, justificados y aún así pecadores hasta el final. Nuestra perfección absoluta está aún por venir, y las expectativas de ella es la razón por la que debiéramos anhelar el cielo.

6. Finalmente, nunca estemos avergonzados de alcanzar mayor santificación y por luchar por un alto estándar de santidad. Mientras algunos están satisfechos con un miserable y bajo grado de logro y otros no se sienten avergonzados de vivir sin santidad en

absoluto, contentos con sus visitas al templo pero nunca perseverando, como un caballo en un molino, nosotros permanezcamos en las viejos sendas, busquemos la eminente santidad por nosotros mismos y recomendémosla valientemente otros. Esta es la única forma de ser realimente felices.

Sintámonos convencidos, no importa lo que los otros digan, que la santidad es felicidad y que el hombre que logra ir por la vida más cómodamente es el hombre que es santificado. Sin duda que existen algunos cristianos verdaderos, que por enfermedad o pruebas de familia, u otras causas secretas, disfrutan del sensible consuelo y van de luto todos los días en su camino al cielo, pero estos son casos excepcionales. Como una regla general, en la carrera larga de la vida, será probadamente verdadero que las personas santificadas son las personas más felices de la tierra. Ellos tienen consuelo sólido que el mundo no les puede dar ni quitar. "Los caminos de la sabiduría son caminos de agrado". "Gran paz tienen aquellos que aman Tu ley". Fue dicho por Aquel que no puede mentir: "Mi yugo es fácil y Mi carga es liviana". Pero también está escrito "Que no hay paz en los malvados" (Prov. 3:17, Sal 119:165, Mat 11:30, Isa 48:22).

Notas al pie de página:

1 Catecismo: Libro de instrucción elemental que contiene la doctrina cristiana, escrito con frecuencia en forma de preguntas y respuestas.

2 Libro de Oración – Artículo XII. De las buenas obras. Aunque las buenas obras, que son fruto de la fe y siguen a la justificación, no pueden expiar nuestros pecados, ni soportar la severidad del juicio divino, son, no obstante, agradables y aceptables a Dios en Cristo, y nacen necesariamente de una verdadera y viva fe; de manera que por ellas la fe viva puede conocerse tan evidentemente como se juzga al árbol por su fruto.

3. SANTIDAD

"Santidad, sin ella ningún hombre verá al Señor" (Heb. 12:14)

La cita bíblica que encabeza esta página apunta a un tema de profunda importancia. Ese tema es la santidad práctica. Este sugiere preguntas que demandan la atención de todos los creyentes profesantes: ¿Somos santos? ¿Veremos al Señor?

Estas preguntas nunca podrán estar fuera de lugar. El hombre sabio nos dice: "Hay un tiempo para llorar y un tiempo para reír; un tiempo para guardar silencio y un tiempo para hablar" (Ecl. 3:4-7), pero no hay un tiempo, no, ni un día, en el cual hombre no deba ser santo. ¿Lo somos?

Estas preguntas conciernen a todos los hombres, sin importar su rango y condición. Algunos son ricos y otros son pobres, algunos tienen conocimiento y otros no lo tienen, algunos son señores y algunos son sirvientes; pero no hay rango ni condición de vida en la que un hombre no deba ser santo. ¿Lo somos?

Pido que se me escuche acerca de este tema. ¿Cómo está la cuenta entre nuestras almas y Dios? En el mundo acelerado y ajetreado que estamos, detengámonos unos pocos minutos y consideremos el asunto de la santidad. Creo que podría haber escogido un tema más popular y agradable. Estoy seguro de hubiera encontrado uno más fácil de abordar, pero siento profundamente que no podría haber escogido uno más razonable y provechoso para nuestras almas. Es un asunto solemne oír la Palabra de Dios decir "Sin santidad ningún hombre verá a Dios" (Heb.12:14)

Me dedicaré, con la Ayuda de Dios, a examinar lo que es la verdadera santidad y la razón de por qué es tan necesaria. Como conclusión, trataré de delinear el único camino por el cual la santidad puede ser asida. Habiendo considerado el lado doctrinal, volvámonos a la simple y práctica aplicación.

La naturaleza de la verdadera santidad práctica

Entonces, primero, déjenme intentar mostrarles lo que es la verdadera santidad práctica, de lo que nace un nuevo interrogante: ¿cuáles son la personas a las que Dios llama santas?

Un hombre puede avanzar grandes extensiones y aún así nunca alcanzar la verdadera santidad. No es conocimiento – Balaam lo tenía; no es gran profesión –Judas la tenía; no es hacer muchas cosas –Herodes las hizo; celo por algunas materias religiosas – Jehu lo tenía; moralidad y conducta impecable –el joven gobernante las tenía; no es escuchar con placer a los predicadores –los judíos en los tiempos de Ezequiel lo hacían; no es la buena compañía con la que estamos –Joab y Gehazi y Demás la tenían, ¡y aún así ninguno de ellos fue Santo! Estas cosas por sí mismas no son santidad. Un hombre puede tener una de ellas y aún así nunca ver a Dios.

¿Entonces qué es santidad práctica verdadera? Es una pregunta difícil de responder. No quiero decir que no haya ningún material escritural sobre el tema, pero me temo que aún así podría dar una visión precaria de la santidad y no decir todo lo que se debe decir, o que diga cosas acerca de ella que no deben ser dichas, y así hacer daño. Déjenme, de todos modos, intentar bosquejar una visión de la santidad de forma tal que podamos verla claramente con los ojos de nuestras mentes. Sólo que nunca olviden, cuando haya dicho todo, que mi reporte es a lo sumo un pobre e imperfecto delineamiento.

La santidad es el hábito de ser una mente con Dios, de acuerdo a lo que encontramos descrito en las Escrituras de lo que Su mente es. Es el hábito de concordar con el juicio de Dios, odiando lo que El odia, amando lo que El ama, y midiendo todas las cosas del mundo por los estándares de Su Palabra. Aquel que más completamente concuerda con Dios, aquel es el hombre más santo.
Un hombre santo se dedicará a evitar todos los pecados conocidos y guardar todos los mandamientos conocidos. El tendrá su mente decididamente inclinada hacia Dios, un deseo de corazón para hacer Su voluntad, un mayor temor de desagradarlo a El que al mundo y un amor a todos Sus caminos. El sentirá lo que Pablo sintió cuando dijo: "me deleito en la ley de Dios según el hombre interior" (Rom. 7:22) y lo que David sintió cuando dijo: "estimo todos Tus preceptos sobre todas las cosas buenas, y aborrezco todo camino de falsedad" (Sal 119:128).

Un hombre santo luchará por ser como nuestro Señor Jesucristo. No sólo vivirá una vida de fe en El y sacará de El su cuota diaria de paz y fortaleza sino que también trabajará para que la mente de Cristo esté en él y sea modelado a Su imagen (Rom. 8:29). Será su objetivo soportar y perdonar a los otros, así como Cristo nos perdonó a nosotros; a no ser orgulloso, así como Cristo lo hizo consigo mismo; caminar en amor, como Cristo nos amó; a ser modesto y humilde, así como Cristo fue modesto y se humilló a Sí mismo. El recordará que Cristo era un testigo fiel de la verdad; que Él vino no para hacer Su propia voluntad; que Su alimento y bebida era hacer la voluntad de Dios; que Él continuamente se negaría a Sí mismo para ministrar a otros; que Él era manso y paciente frente a insultos inmerecidos; Aquel que pensó más en los pobres hombres buenos que en reyes; Aquel que estaba lleno de amor y compasión por los pecadores; Aquel que fue valiente e intransigente en denunciar el pecado; Aquel que no buscó la alabanza de los hombres, cuando podría haberla tenido; Aquel que perseveró en hacer el bien; Aquel que estaba separado de la gente del mundo; Aquel que continuó de corriente en oración; Aquel que no permitió ni la más ligera interferencia en Su camino cuando el trabajo de Dios debía ser hecho, aún de sus más cercanas relaciones. Un hombre santo debe tratar de recordar estas cosas, pues a través de ellas se dedicará a modelar el curso de su vida y podrá manifestar de corazón el decir de Juan: "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn 2:6), y el decir de Pedro que "Cristo… sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo, que debemos seguir Sus pasos (1 Ped. 2:21). ¡Feliz es quien ha aprendido a hacer de Cristo su "todo", para salvación y ejemplo! Mucho tiempo se ahorraría, y mucho pecado se prevendría, si los hombres se preguntaran más seguido "¿Qué habría hecho Cristo en mi lugar?"

d. Un hombre santo buscará mansedumbre, paciencia, bondad, templanza, control de su lengua. El soportará mucho, perdonará mucho, vigilaría más y será más tardo en defender sus propios derechos. Vemos un ejemplo brillante de este comportamiento en David cuando Simei lo maldijo, y en Moisés cuando Aaron y Miriam hablaron en su contra (2 Sam. 16:10, Núm. 12:3).

e. Un hombre santo buscará templanza y abnegación. Trabajará para mortificar los deseos de su cuerpo, para crucificar su carne llena de afecciones y deseos, frenar sus pasiones, reprimir sus inclinaciones carnales, no sea que ellas en cualquier momento se

desaten. Oh, qué palabra es esa que nuestro Señor Jesus dijo a los apóstoles: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida" (Luc 21:34), y esas del apóstol Pablo "sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9:27).

f. Un hombre santo buscará la caridad y la amabilidad fraternal. El se dedicará a cumplir con la regla de oro de hacer con los otros lo que a él le gustaría los otros le hicieran y hablar de la misma forma. El estará lleno de afecto hacia sus hermanos, hacia sus cuerpos, sus propiedades, sus caracteres, sus sentimientos, sus almas. "Amarnos unos a otros" dice Pablo; porque "el que ama ha cumplido la ley" (Rom. 13:8). El abominará las mentiras, difamaciones, murmuraciones, engaños, deshonestidad y tratos injustos, aún en la más mínima cosa. El shekel y el codo del santuario eran más grandes que aquellos en uso común 1. El evitará adornar su religión con una conducta exterior y hará que ésta sea agradable y hermosa a los ojos de quienes lo rodean. ¡Ay de nosotros! ¡Que palabras más condenatorias están en el capítulo 13 de 1 de Corintios, y en el sermón del monte, comparadas con el comportamiento de muchos cristianos profesantes!

g. Un hombre santo irá en pos del el espíritu de misericordia y benevolencia hacia los otros. Él no estará ocioso ni un solo día. No se contentará con abstenerse de hacer el mal, él tratará de hacer el bien. Él se enfocará en ser útil en su día y generación y en disminuir las necesidades espirituales y la miseria que lo rodea tanto como le sea posible. Así era Dorcas: "llena de buenas obras y limosnas, que ella hacía" –no sólo el mero propósito y la intención, sino la acción. También Pablo era así "Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos" (Hec. 9:36, 2 Cor. 12:15).

h. Un hombre irá en pos de la pureza de corazón. El temerá de toda inmundicia e impureza de espíritu y buscará evitar todas las cosas que puedan llevarlo a ellas. El sabe que su propio corazón es como una yesca y diligentemente despejará las chispas de la tentación. ¿Quién osa hablar de fortaleza cuando David puede caer? Hay pistas extraídas de la ley ceremonial. Bajo ésta un

hombre que tan solo toca un hueso o un cadáver o una tumba o una persona enferma se vuelve impuro inmediatamente delante de Dios y estas cosas eran emblemas y figuras. Pocos cristianos son alguna vez lo suficientemente cuidadosos y detallistas acerca de punto.

i. Un hombre santo irá en pos del temor de Dios. No me refiero al miedo de un esclavo, quien sólo trabaja porque teme del castigo y permanecería ocioso si no temiera ser descubierto. Más bien me refiero al miedo de un niño que desea vivir y moverse como si estuviera siempre frente a la cara de su padre porque lo ama. ¡Qué noble ejemplo el que Nehemías nos entrega sobre esto! Cuando él fue gobernador en Jerusalén pudo haber sido una carga para los judíos y requerir de ellos dinero para su sustento. Su predecesor así lo había hecho y nadie lo habría podido culpar si hubiera procedido de igual forma; no obstante, él dijo "pero yo no hice así, a causa del temor de Dios" (Neh. 5:15).

j. Un hombre santo irá en pos de la humildad. El deseará, en humildad, estimar a los otros más que a sí mismo. Verá más maldad en su propio corazón que en el de cualquiera otro del mundo. Entenderá algo del sentimiento de Abraham cuando dice "soy polvo y cenizas", y de Jacob cuando dice "soy menor que la más pequeña de Tus misericordias", y de Job cuando dice "Soy vil", de Pablo cuando dice "Soy el señor de los pecadores". Bradford, aquel mártir fiel de Cristo, algunas veces terminaba sus cartas con estas palabras: "El más miserable pecador, John Bradford" 2. Las últimas palabras del buen viejo Grimshaw, cuando él estaba en su cama de moribundo, fueron estas: "Aquí va un sirviente inútil".

k. Un hombre santo será fiel y leal en todos sus deberes y relaciones de vida. El tratará de buscar, no solamente para llenar un lugar -así como los otros que no consideran sus almas-, tratará y aún más, porque tiene motivos superiores y más ayuda que los otros. Están las palabras de Pablo que nunca deben echarse al olvido: "Cualquier cosa que hagas, hazla de corazón, como para el Señor"; "No perezoso en los negocios, ferviente en espíritu; sirviendo al Señor" (Col. 3:23, Rom. 12:11). Las personas santas deberían focalizarse en hacer todo bien y deberían avergonzarse de sí mismas si hacen algo mal habiendo podido evitarlo. Como Daniel, ellas deberían buscar no propiciar la "ocasión" contra sí mismos, excepto en lo concerniente a la ley de su Dios (Dan. 6:5).

Deben esforzarse por ser buenos esposos y esposas, buenos padres y buenos hijos, buenos señores y buenos sirvientes, buenos vecinos, buenos amigos, buenos sujetos, buenos en lo privado y buenos en lo público, buenos en los negocios y buenos a la orilla del fuego en sus hogares. La santidad vale de poco si no porta esta clase de frutos. El Señor Jesús coloca una pregunta inquisitiva a Su pueblo cuando dice: "¿qué hacéis de más? (Mat. 5:47).

l. Ultimo, pero no menor, un hombre santo irá en pos de la espiritualidad. Se dedicará a fijar sus afectos enteramente en las cosas de arriba y mantener las cosas de la tierra con una mano suelta. El no rechazará los afanes del hoy pero el primer lugar en su mente y pensamientos será dado a la vida que vendrá. El se enfocará en vivir como uno cuyo tesoro está en los cielos y pasará de este mundo con un extraño y un peregrino viajante hacia su hogar. Una íntima comunión con Dios en la oración, en la Biblia y en las reuniones con Su pueblo, estas cosas serán las que le proporcionen mayor gozo al hombre santo. El valorará todo, lugar y compañía, en la medida en que esto le acerque más a Dios. El se involucrará con el sentimiento de David expresado "Está mi alma apegada a Ti", "Tú eres mi porción" (Sal 63: 8, 119:57).

Aquí debo indicar que tengo aprehensiones de que mi exposición sea malentendida y que la descripción que he dado de la santidad pueda desalentar a una conciencia sensible. No es mi intención provocar tristeza en el corazón de un recto o tirar ladrillos sobre la cabeza de cualquier creyente. No digo ni por un momento que la santidad le cierre la puerta al pecado que mora en nosotros. No, lejos de eso. Es la mayor miseria de un hombre santo ser portador de "cuerpo de muerte" que cuando quiere hacer el bien "la presencia maligna está en él"; que el viejo hombre está atascado en todos sus movimientos y, como está, intenta volverlo atrás en cada paso que toma (Rom. 7:21). Pero es la excelencia de un hombre santo que él no tenga paz al lidiar con el pecado, como otros la tienen. É odia el pecado, llora luto sobre él y desea estar libre de su compañía. El trabajo de la santificación en él es como la muralla de Jerusalén –el edificio se mantiene "aún en tiempo de problemas" (Dan. 9:25).

Tampoco quiero decir que la santidad trae madurez y perfección, todo de un golpe, y que estas gracias/dones a los que me he referido deben ser encontradas en plena floración y vigor antes de

que usted llame santo a un hombre. No, lejos de eso. La santificación es siempre un trabajo progresivo. Algunos hombres tienen sus gracias en la espada, otros en la espiga y otros tienen su espiga llena de trigo. Todo tiene su comienzo. Nunca debe despreciarse "las pequeñas cosas del día" Y la santificación en su mejor medida es un trabajo imperfecto. La historia de los santos más brillantes que alguna vez vivieron tenía muchos "peros", y "sin embargo" y "a pesar de que" antes de que alcanzara el final. El oro nunca estará sin alguna escoria, la luz nunca brillará sin alguna nube, sino hasta que alcancemos la Jerusalén celestial. El sol mismo tiene algunas manchas en su cara. El hombre más santo tendrá culpas y defectos cuando es comparado con el santuario. La vida es una continua batalla contra el pecado, contra el mundo y el demonio. Y algunas veces pareciera ser que no lograremos, pero lo logramos. El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el deseo del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí en muchas cosas (Gal. 5:17).

Pero aún, por todo esto, estoy seguro de que para tener el carácter que he débilmente dibujado, los verdaderos cristianos tienen el deseo de corazón y la oración. Ellos perseveran hacia él aunque no lo logren; pueden no alcanzando pero siempre lo están tratando. Es por lo que luchan por alcanzar y trabajan por ello, si es que no es lo que ellos son.

Y en esto, confiada y valientemente digo que la verdadera santidad es una gran realidad. Es algo que un hombre puede ver, saber, marcar y sentir en todo su alrededor. Es luz: si existe, se mostrará a sí misma. Es sal: si existe, su sabor será percibido. Es un precioso ungüento: si existe, su presencia no puede ocultarse.

Estoy seguro de que deberíamos prepararnos para tener indulgencia con las muchas caídas, por mucha falta de vida en algunos cristianos profesantes. Sé que el camino puede conducirnos de un punto a otro y aún tener muchos retrocesos y giros. Un hombre puede ser verdaderamente santo y aún así ser desplazado por sus debilidades. El oro no es más oro porque se mezcle con aleaciones, y la luz no es más luz aunque sea débil y difusa, la gracia no menos gracia porque está presente en los jóvenes y débiles. No obstante luego de cada indulgencia, no puedo ver cómo algunos hombres tengan el derecho de ser llamados "santos", si ellos se permiten a sí mismos

voluntariamente caer en pecado y no son humildes y no tienen vergüenza a causa de ello. No permito llamar a "santo" a quien hace un hábito de rechazar voluntariamente sus conocidos deberes y voluntariamente hace las cosas que Dios nos ha mandado no hacer. Bien dice Owen: "No entiendo como un hombre puede ser verdaderamente santo si dentro de él no siente el pecado como una de las cargas más grandes, no siente pena ni se aproblema".

Esas son las características preponderantes de la santidad práctica. Examinémonos nosotros mismos y veamos si estamos a cuenta con ella. Probémonos a nosotros mismos en nuestro interior.

2. La importancia de la santidad práctica

¿Puede la santidad salvarnos? ¿Puede la santidad apartar el pecado, cubrir iniquidades, aplicar la santificación por las transgresiones, pagar nuestra deuda con Dios? No, no ni una pizca. Dios me perdone si dijera eso alguna vez. La santidad no puede hacer ninguna de esas cosas. Los más brillantes santos son todos "siervos inútiles". Nuestras labores más puras no son mejores que andrajos roñosos cuando las contrastamos a la luz de la santa ley de Dios. La toga blanca que Jesús ofrece y la fe que pone en nosotros debe ser nuestra única justicia, el nombre de Cristo nuestra única confianza, el libro de vida del Cordero nuestro único pasaje al cielo. Con toda nuestra santidad no somos más que pecadores. Nuestras mejores obras están manchadas y contaminadas con imperfección. Todas están más o menos incompletas, equivocadas en la motivación o defectuosas en el cumplimiento. Por las obras de la ley ningún hijo de Adán será nunca justificado. "Por la gracia usted es salvado a través de la fe, y no nuestra", es el regalo de Dios: "no por obras, para que nadie se gloríe (Ef. 2:8-9)".

¿Por qué, entonces, la santidad es tan importante? ¿Por qué el apóstol dice: Sin ella ningún hombre verá al Señor? Déjenme exponer en orden algunas pocas razones.

a. Como primera cosa, debemos ser santos porque la voz de Dios en las Escrituras claramente así lo ordena. El Señor Jesús dijo a Su pueblo: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. 5:20)". "Sed perfectos así como su Padre que está en el cielo

es perfecto" (Mat. 5:48) Pablo dice a los tesalonicenses "pues la voluntad de Dios es vuestra santificación" (1 Tes. 4:3); y Pedro dice "… si no como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; 16 porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 Ped. 15,16). "En esto", dice Leighton, "la ley y el Evangelio concuerdan".

b. Debemos ser santos porque es el gran objetivo final y propósito por el cual Cristo vino al mundo. Pablo escribe a los corintios: "Él murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Cor. 5:15) y a los de efesios: "Cristo … amó a su iglesia, se dio a si misma por ella, para que pueda santificarla y purificarla (Ef. 5:25, 26)"; y en Tito "(Él) se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda injusticia y purificar para Sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". En resumen, hablar que los hombres son salvados de su culpa de pecado sin ser al mismo tiempo salvados por el dominio de Cristo de sus corazones, es contradecir el testimonio de toda la Escritura. ¿Son los creyentes los elegidos? Sí a través "de la santificación del Espíritu". ¿Están predestinados? Sí son "formados a la imagen del Hijo de Dios". ¿Son los escogidos? Sí para que ellos puedan ser santos. ¿Son llamados? Sí, con el "llamado santo". ¿Son afligidos? Sí para que ellos puedan ser "copartícipes de la santidad". Jesús es un Salvador completo. El no sólo arrebata de un creyente la culpa de los pecados. El hace mucho más. El rompe el poder del pecado (1 Ped. 1:2, Rom. 8:29, Ef. 1:4, Heb. 12:10).

c. Debemos ser santos porque es la única evidencia firme de que tenemos la fe salvadora en nuestro Señor Jesucristo. El artículo doce de nuestra iglesia dice acertadamente que "Aunque las buenas obras no alejan nuestros pecados, y soportan la severidad del juicio de Dios, ellas son agradables y aceptables a Dios en Cristo, y hablan necesariamente de una fe verdadera y viva, tanto que por ellas esa fe viva puede ser evidentemente conocida así como un árbol se discierne por sus frutos". Se nos advierte que existe la fe muerta, una fe que no va más allá de la profesión de labios y que no tiene influencia en el carácter de un hombre. La verdadera fe salvadora es muy diferente. La verdadera fe se mostrará siempre a sí misma por sus frutos; santificará, trabajará en amor, soportará al mundo, purificará el corazón. Sé que las personas al borde de sus lechos de muerte gustan hablar de las evidencias, ellos descansarán en las palabras habladas en las horas de miedo y dolor

y debilidad, como si estas palabras pudieran confortarlo por los amigos que perdieron. Me temo que en el noventa y nueve del cien por ciento casos éstas no son evidencias de las cuales se pueda depender. Sospecho que, con raras excepciones, los hombres mueren de igual forma como vivieron. La única evidencia segura de que somos uno con Cristo, y Cristo es en nosotros, es una vida santa. Aquellos que viven en el Señor son generalmente los únicos que mueren en el Señor. Si quisiéramos morir la muerte de los justos, no descansemos solamente en deseos perezosos, busquemos vivir Su vida. Es un decir verdadero el de Traill: "el estado de un hombre es nada, y su fe poco sólida … si no centra su esperanza de gloria, purificando su corazón y su vida".

d. Debemos ser santos porque esta es la única prueba de que amamos a Jesús con sinceridad. Este es un punto sobre el que Él habló con mayor claridad en los capítulos 14 y 15 de Juan: "Si me aman, guarden mis mandamientos", "Aquel que sigue Mis mandamientos y los guarda, ése Me ama", "Si un hombre Me ama, guardará Mis Palabras", "Ustedes son mis amigos si hacen lo que les ordeno". ¡Palabras más claras que estas son difíciles de encontrar y ay! de quien ose rechazarlas. Es por seguro que un hombre tiene su alma en un estado insano si puede pensar que Jesús sufrió todo lo que sufrió y aún así se aferra a esos pecados por los cuáles ese sufrimiento tuvo causa. Fue el pecado el que tejió la corona espinas, fue el pecado que el que perforó las manos, pies y el costado de nuestro Señor; fue el pecado el que lo llevó al Getsemaní y al Calvario, a la cruz y a la tumba. Fríos deben ser nuestros corazones si no odiamos el pecado y trabajamos para liberarnos de él, aunque tengamos que cortarnos la mano derecha y arrancarnos el ojo derecho para lograrlo.

e. Debemos ser santos porque es la única evidencia rotunda de que somos verdaderos hijos de Dios. Los hijos de este mundo son generalmente como sus padres. Algunos, sin duda, lo son más, otros lo son menos, pero es raro que no se pueda encontrar una traza de similitud entre ellos. Y eso es lo mismo con los hijos de Dios. El Señor Jesús dice: "si ustedes fueran hijos de Abraham, harían la labor de Abraham". "Si Dios fuera su Padre, ustedes me amarían" (Jn 8:39, 42). Si lo hombres no tienen ningún parecido con su Padre en el cielo, es vano hablar de ellos como Sus "hijos". Si no sabemos nada de santidad, podemos halagarnos nosotros mismo como queramos, pero no tenemos el Espíritu Santo

trabajando en nosotros; estamos muertos y debemos ser traídos a vida nuevamente; estábamos perdidos y debemos ser encontrados. "Como muchos son conducidos por el Espíritu de Dios, ellos, " y ellos solamente, "son los hijos de Dios (Rom. 8:14). Nosotros debemos mostrar en nuestras vidas a la familia que pertenecemos. Debemos dejar que los hombres vean en nuestra buena conversación que somos en verdad hijos del Único Santo, o nuestra calidad de hijos no es más que un nombre vacío. "No digan ", dice Gurnall 3 "que ustedes tienen sangre real en sus venas, y son nacidos de Dios, salvo porque pueden mostrar su pedigree con el desafío de ser santo".

f. Debemos ser santos porque es la forma más acertada de hacer bien a los otros. No podemos vivir sólo para nosotros mismos en este mundo. Nuestra forma de vida siempre hará el bien o el mal a otros que la ven. Estas son un sermón silencioso que todos pueden leer. En realidad es penoso cuando esos sermones son por causa del demonio, y no de Dios. Creo que se hace mucho más de lo que pensamos en el reino de Cristo por la vida santa de los creyentes. Hay una realidad acerca de ese tipo de vida que hace a los hombres sentir y los obliga a pensar. Esta porta un peso e influencia que nada más puede dar. Hace que la religión sea hermosa e impulsa a los hombres a considerarla, como un faro que se ve a lo lejos. El día del juicio probará que muchos esposos no creyentes han sido ganados "sin la Palabra" por una vida santa (1 Ped. 3:1). Usted puede conversar con las personas acerca de las doctrinas del evangelio, y pocos oirán y algunos pocos entenderán, no obstante su forma de vida es un argumento al que nadie escapa. Hay un significado acerca de la santidad que aún los menos instruidos pueden entender. Puede que ellos no entiendan la justificación pero si lo que es la caridad.

Creo que cristianos no santificados e inconsistentes causan más daño del que advertimos. Esos hombres son los mejores aliados de Satanás. Ellos echan abajo en sus vidas lo que los ministros construyen con sus labios. Ellos causan que las ruedas del carro del evangelio sean pesadas de conducir. Ellos entregan a los hijos de este mundo con una excusa infinita para permanecen como están. "No puedo ver el sentido de tanta religión", dijo un comerciante ateo no hace mucho tiempo; "veo que algunos de mis clientes están siempre hablando del evangelio y la fe y la elección y las bendición de promesas y mucho más, y aún así ellos no piensan

más que en hacerme trampas con centavos cuando ellos tienen la oportunidad. Ahora, si un hombre religioso puede hacer esas cosas, no veo qué de bueno hay en la religión". Me lamento de estar obligado a escribir estas cosas, pero me temo que el nombre de Cristo es demasiado a menudo tomado en vano debido a las vidas de los cristianos. Prestemos atención pues no vaya a ser que la sangre de algunas almas sea imputada a nuestras manos. ¡Del asesinato de almas por inconsistencia y caminar suelto, buen Señor, líbranos! ¡Oh, por el bien de otros, si no hubiera otra razón, esforcémonos en ser santos!

g. Debemos ser santos porque nuestra comodidad de hoy depende mucho de ello. Estamos lamentablemente inclinados a olvidar que hay una conexión cercana entre el pecado y el pesar, la santidad y la felicidad, la santificación y consolación. Dios ha ordenado sabiamente que nuestro bienestar y nuestro buen hacer estén ligados. En forma misericordiosa Él ha previsto que aún en este mundo sea del interés del hombre ser santo. Nuestra justificación no es por obras, nuestro llamado y elección no son concordantes con ellas, sin embargo es vano para cualquiera suponer que tendrá una vívida sensación de su justificación, o la certeza de su llamado, si rechaza las buenas obras y no se enfoca a vivir una vida santa. Así sabemos que Lo conocemos, si guardamos Sus mandamientos". "Así sabemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones" (1 Jn 2:3, 3:19). Un creyente puede esperar sentir los rayos de sol en los días negros y nublados, así como sentir la fuerte consolación en Cristo mientras no lo siga a Él enteramente. Cuando los discípulos abandonaran al Señor y corrieron, escaparon del peligro, y aún así ellos fueron puestos en prisión y golpeados, sin embargo se nos dice "ellos estaban gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa de Su nombre" (Hec 5:41). Oh, por nuestro propio bien, si no hubiese otra razón, esforcémonos en ser santos. Aquel que sigue a Jesús con mayor anhelo lo seguirá siempre más cómodamente.

h. Finalmente, debemos ser santos porque sin santidad en la tierra nunca estaremos preparados para disfrutar el cielo. El cielo es un lugar santo. El Señor del cielo es un Ser santo. Los ángeles son criaturas santas. La santidad está escrita en todo el cielo. El libro del Apocalipsis o Revelaciones dice expresamente: "No entrará en

ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira" (Apo. 21:27)

¿Cómo podremos estar como en casa y felices en el cielo si morimos no santificados? La muerte no hace cambios. La tumba no causa alteración. Cada quien se levantará nuevamente con el mismo carácter que tuvo en el último suspiro. Cuál será nuestro lugar si ahora somos extraños a la santidad?

Suponga por un momento que a usted se le permitiera entrar al cielo sin santidad. ¿Qué haría? ¿Cuál sería el disfrute que usted podría sentir allí? ¿A cuál de todos los santos usted se uniría y al lado de quién se sentaría? Sus placeres no son sus placeres, sus gustos no sus gustos, sus caracteres no son su carácter. ¿Cómo podría usted ser feliz si no ha sido santo en la tierra?

Tal vez ahora usted ama la compañía de los livianos y los descuidados, los mundanos y los codiciosos, el revoltoso y buscador de placeres, el sin dios y el profano. No habrá ninguno de ellos en el cielo.

Tal vez ahora usted piense que los santos de Dios son muy estrictos y detallistas y serios. Prefiere evitarlos. Usted no tiene complacencia en su compañía. En el cielo no habrá otro tipo de compañía.

Tal vez ahora usted piense que orar, leer las Escrituras, cantar himnos sea aburrido y melancólico y estúpido, algo para tolerar de vez en cuando, pero no para disfrutarlo. A usted le parece que guardar el sábado es una carga y un cansancio; usted posiblemente no podría pasar nada más que un pequeño momento adorando a Dios, pero recuerde, que el cielo es un sábado que nunca se termina. Allí sus habitantes no descansan ni de día ni de noche, diciendo "Santo, santo, santo Señor Dios Todopoderoso", y cantan alabanzas al Cordero. ¿Cómo podría un hombre no santificado encontrar placer en ocupaciones como estas?

¿Piensa usted que esa persona tendría gozo en encontrar a David, a Pablo y a Juan, después de llevar una vida haciendo cosas contra las cuales ellos hablaron? ¿Tomaría el dulce consejo y encontraría que él y ellos han tenido mucho en común? ¿Piensa usted, por sobre todo, que él se regocijaría al encontrar a Jesús, el

Crucificado, cara a cara luego de practicar los pecados por los cuales El murió, después de amar a Sus enemigos y despreciar a Sus amigos? ¿Podría pararse frente a Él con confianza y unirse al grito "Este es nuestro Dios… el que hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en Su salvación" (Isa. 25.9)? ¿No piensa usted, más bien, que la lengua de un hombre no santo se pegará a su paladar por la vergüenza y su único deseo será escapar de allí? El se sentirá extranjero en una tierra que no conoce, una oveja negra en medido del rebaño santo de Cristo. La voz de los querubines y serafines, el canto de los ángeles y arcángeles, y toda la compañía celestial tendría un lenguaje que no podría entender. El mismo aire será un aire que él no podría respirar.

No sé lo que los otros puedan pensar pero para mí parece claro que el cielo sería un lugar miserable para un hombre no santo. No puede ser de otra forma. Las personas pueden decir vagamente que "esperan ir al cielo" pero no consideran lo que ello significa. Debe existir una cierta "preparación para la herencia de los santos en la luz". Nuestros corazones deben, de alguna forma, estar en sintonía. Para alcanzar la festividad de la gloria se debe pasar por el entrenamiento escolar de la gracia. Debemos tener mentes celestiales y gustos celestiales ahora en nuestras vidas, de otra forma nunca nos encontraremos a nosotros mismos en los cielos en la vida por venir.

Y ahora, antes de que vaya más lejos, déjenme decir unas pocas palabras sobre la forma de practicar.

La pregunta más pertinente de formular es esta: ¿Soy santo? Le ruego escuche esta pregunta. ¿Sabe algo de la santidad sobre la cual he estado hablando?
No le estoy preguntando si usted va al templo regularmente, o si ha sido bautizado y ha participado en la Cena del señor, o si usted es llamado cristiano. Le pregunto algo más que todo eso: ¿es o no usted santo?

No le pregunto si usted ve la santidad en otros, si a usted le gusta leer sobre la vida de personas santas y habla de cosas santas y si tiene sobre su mesa libros santos, si usted pretende ser santo y espera ser santo algún día. Voy más allá: ¿es o no usted santo hoy mismo?

¿Y por qué le pregunto tan directa y enfáticamente esto? Lo hago porque las Escrituras dicen: "Sin santidad ningún hombre verá a Dios". Está escrito, no es una fantasía, es bíblico, no es mi opinión personal, es la palabra de Dios y no del hombre: Sin santidad ningún hombre verá a Dios" (Heb. 12:14).

¡Alas, que penetrante y escrutadoras palabras son estas! ¡Qué pensamientos vienen a mi mente mientras las escribo! Miro el mundo y veo en él la mayor parte de él mintiendo en perversión. Observo a los cristianos profesantes y veo a la vasta mayoría no teniendo de cristianos nada más que el nombre. Me vuelvo a la Biblia y escucho al Espíritu decir: "Sin santidad ningún hombre verá a Dios".

Por cierto es un texto que debe hacernos considerar nuestras formas y sondear nuestros corazones. Por cierto, este debiera generar pensamientos solemnes y disponernos a orar.

Usted podría tratar de evadirme diciendo que siente mucho y piensa mucho sobre estas cosas: más allá de lo que muchos pueden suponer. Yo le respondo: "Este no es el punto. Las pobres almas perdidas en el infierno hacen lo mismo. La gran pregunta no es lo que usted piensa, o lo que siente, sino lo que hace".

Usted podría decir que nunca se pretendió que todos los cristianos debían ser santos y que la santidad, como yo la he descrito, es sólo para grandes santos y personas con dones privilegiados. Mi respuesta: "Eso no lo veo en las Escrituras. Lo que leo es que cada hombre que tiene esperanza en Cristo se purifica a sí mismo (1 Jn 3:3). "Sin santidad ningún hombre verá a Dios".

Usted podría decir: es incompatible ser santo y cumplir simultáneamente con nuestros deberes securales, eso no se puede hacer. Le contesto: "Está confundido". Puede hacerse, con Cristo a su lado nada es imposible. Muchos lo han hecho. David y Abdías, y Daniel y los sirvientes de la casa de Nerón son todos ejemplos que lo prueban.

Usted podría decir: Si fuera tan santo sería distinto de los otros. Yo le consteto: "Lo sé bien. Es sólo cómo debe ser. ¡Los sirvientes verdaderos de Cristo siempre fueron distintos del mundo que los

rodeaba –una nación separada, personas peculiares, y usted debe serlo también, si fuera salvo!"

Usted podría decir que a este costo muy pocos serán salvados. Yo le contesto: "Lo sé. Eso es precisamente lo que nos fue dicho en el sermón del monte". El Señor Jesús dijo ….: "Estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y unos pocos serán los que la hallen" (Mat. 7:14). Unos pocos serán salvados porque unos pocos se tomarán la molestia de buscar la salvación. Los hombres no se negaran a sí mismos los placeres del pecado y su forma de ser por un rato. Ellos volverán sus espaldas a "herencia incorruptible, pura, que no se desvanece". y "No queréis venir a mí", dice Jesús, "para que tengáis vida". (Jn 5:40).

Usted podría decir que son palabras duras: el camino es muy angosto. Yo contesto: "Yo lo sé. Así lo dice el sermón del monte. El Señor Jesús lo dijo así hace mucho tiempo atrás. Él dijo siempre que los hombres debían tomar su cruz diariamente y que ellos debían estar preparados para cortarse su mano o su pie, si ellos eran sus discípulos. Es en la religión y en otras cosas, no hay ganancia sin dolor. Lo que nada cuesta, nada vale.

No importa lo que pensemos pueda ser adecuado decir, debemos ser santos si queremos ver a Dios. ¿Dónde está nuestra cristiandad si no lo somos? No sólo debemos tener el nombre de cristianos y el conocimiento cristiano, debemos tener también el carácter de un cristiano. Debemos ser santos en la tierra si pretendemos ser cristianos en el cielo. Dios lo ha dicho y no se retractará: "Sin santidad ningún hombre verá al Señor". "El calendario papal", dice Jenkyn "sólo hace santos de los muertos, pero las Escrituras requiere de la santificación mientras haya vida". "No dejemos que los hombres se engañen a sí mismos", dice Owen 4, "la santificación es un atributo indispensablemente necesario para aquellos que estarán bajo la conducción de nuestro Señor Jesús en salvación. Él no conducirá a ninguno al cielo salvo aquellos que Él santifique en la tierra. Esta Cabeza viviente no admitirá miembros muertos".

Por seguro que no necesitamos indagar en lo que las Escrituras dicen: "Usted debe nacer de nuevo" (Jn 3:7). Por seguro es claro como la luz del día que muchos cristianos profesantes necesitan un cambio completo, nuevos corazones, nuevas naturalezas si han de

ser salvos alguna vez. Las cosas viejas deben morir, deben convertirse en nuevas criaturas. "Sin santidad ningún hombre", sea quien sea, "ningún hombre verá al Señor".

2. Déjenme hablar un poco a los creyentes. Les hago esta pregunta: ¿Piensa que siente la importancia de la santidad como debe?

Admito mi temor ante el carácter de este tema en los tiempos actuales. Dudo mucho si tiene el lugar que merece en los pensamientos y atención de algunos miembros del pueblo de Dios. Humildemente diría que nuestra tendencia es a pasar por alto la doctrina del crecimiento en la gracia y no consideramos suficientemente cuán lejos una persona puede llegar en su profesión religiosa y aún así no tener la gracia y estar muerto delante de Dios. Creo que Judas Iscariote era similar a los otros apóstoles. Cuando el Señor los advirtió que uno de ellos lo traicionaría, ninguno dijo "¿Es Judas?" Debemos meditar acerca de los ejemplos de las Iglesias de Sardis y Laodicea, más de lo que lo hacemos.

No deseo hacer de la santidad un ídolo. No deseo destronar a Cristo y poner la santidad en Su lugar. No obstante, francamente, puedo decir que desearía que la santificación estuviera en nuestros pensamientos más frecuentemente de lo que parece estar en estos días, y de ese modo tomar la ocasión de machacar el tema en todos los creyentes en cuyas manos estas páginas puedan caer. Algunas veces, me temo que se nos olvida que Dios ha casado la justificación con la santificación. Ambas son conceptos claros pero diferentes, más allá de cualquier duda. Lo que Dios ha juntado no pretenda el hombre separarlo. No me hable de su justificación a menos que tenga también algunas marcas de la santificación. No presuma de la obra de Cristo en usted al menos que pueda mostrarnos el trabajo del Espíritu en usted. No piense que Cristo y el Espíritu puedan estar alguna vez divididos. No tengo dudas de que muchos creyentes saben de estas cosas, pero pienso que sería bueno para nosotros recordarlas. Probémonos que sabemos de ellas por la vida que llevamos. Tratemos de mantener a la vista este texto más continuamente: "busque la santidad, sin la cual ningún hombre verá a Dios".

Debo decir francamente que el acercamiento demasiado sensitivo que muchas personas hacen sobre el tema de la santidad es un error peligroso. Algunos pensaran que es más peligroso aproximarse al tema y no hacerlo es peor. Aún más si exaltamos a Cristo como "el camino, la verdad y la vida" ¿cómo podemos rehusarnos a hablar con fuerza acerca de aquellos que se llaman a sí mismos seguidores de Cristo?

Lo diría con toda reverencia, pero lo diría: Temo, a veces, que si Cristo estuviera en la tierra ahora, habrían no pocos que pensarían que Su prédica es legal y si, como Pablo escribieran sus Epístolas, habría algunos que pensarían que sería mejor que él no escribiera las últimas partes de éstas como las escribió. Recordemos que el Señor Jesús habló en el sermón del monte y que la Epístola a los Efesios contiene seis capítulos y no cuatro. Lamento sentir la obligación de hablar de esta manera, pero estoy seguro que hay una razón.

John Owen, el decano de la Iglesia de Cristo, solía decir, más de doscientos años atrás, que había personas cuya única religión parecía consistir en quejarse de sus propias corrupciones y decir a los otros que no podían hacer nada sobre eso. Me temo que, tras dos siglos, se dice con verdad la misma cosa de algunos cristianos profesantes. Sé que hay textos de la Escritura que avalan tales quejas. No las objeto cuando provienen de hombres que caminan en los pasos del apóstol Pablo y dan la buena batalla, como él hizo, contra el pecado, el demonio y el mundo. Pero no me gustan dichas quejas cuando veo bases para sospechar, como frecuentemente lo hago, que ellas sólo son una tapadera para encubrir la flojera espiritual y una excusa para la pereza espiritual. Si decimos con Pablo "¡Miserable de mí!", seamos capaces de decir conjuntamente con él: "prosigo a la meta". No lo citemos como ejemplo en una cosa mientras en otra no lo seguimos (Rom. 724, Fil 3:14).

No digo que yo sea mejor que otras personas, y si alguno pregunta "¿Quién eres tú para escribir de esta forma? Yo contesto: "Soy una pobre criatura en verdad". No obstante digo que no puedo leer la Biblia sin desear ver a muchos creyentes en un estado más espiritual, más santo, más enfocados, con sus mentes más puestas en el cielo, con un más corazón entero de lo que son hoy en el Siglo XIX. Quiero ver entre los creyentes más del espíritu peregrino, una

separación más marcada del mundo, una conversación más celestial, un caminar más cercano a Dios. Esas son las razones por las cuales he escrito como lo he hecho.

¿Es o no verdad que hoy en día necesitamos un estándar más alto de santidad personal? ¿Dónde está nuestra paciencia? ¿Dónde está nuestro celo? ¿Dónde está nuestro amor? ¿Dónde están nuestras obras? ¿Dónde está el poder de la religión que debe verse como fue en los tiempos que se han ido? ¿Dónde está el tono inconfundible que fue usado para distinguir a los santos del pasado y sacudir el mundo? Verdaderamente nuestra plata se ha vuelto escoria, nuestro vino se ha mezclado con agua y nuestra sal tiene muy poco sabor. Estamos más que dormidos. La noche ya se ha ido y el día está a nuestro alcance. Despertemos y no durmamos más. Abramos nuestros ojos más ampliamente de lo que lo hemos hecho hasta ahora. "Despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos asedia" . "Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionemos la santidad en el temor de Dios" (Heb. 12:1-2, 2 Cor. 7:1). "Murió Cristo" dice Owen, "¿y vivirá el pecado? ¿Fue crucificado en el mundo y nuestros afectos al mundo son rápidos y vívidos? ¿Oh, dónde está el espíritu de aquel que por la cruz de Cristo fue crucificado en el mundo y el mundo por él?

3. Un consejo

¿Le gustaría ser santo? ¿Transformarse en una nueva criatura? Entonces usted debe comenzar con Cristo. Usted no hará nada en absoluto y no progresará hasta que sienta su pecado y debilidad y se refugie en Él. Él es la raíz y el comienzo de toda santidad, y el camino a ser santo es venir a Él con fe y ser uno con Él. Cristo no es sólo sabiduría y corrección para Su pueblo sino también santificación. Los hombres, algunas veces, tratan de hacerse a sí mismos primero santos y para los que así lo hacen es triste. Trabajan duro y dan vueltas muchas hojas y hacen muchos cambios, y aún así, como la mujer con el flujo de sangre, antes de ir a Cristo, sienten que "nada mejora, al contrario, se vuelve peor" (Mar 5:26). Ellos corren en vano y trabajan en vano. Y no hay que admirarse por esto puesto que ellos empezaron en el camino equivocado. Ellos están construyendo una muralla de arena, y su trabajo se viene abajo tan rápido como lo levantan. Ellos son agua embasada en un barco agujereado, la filtración les

gana y no ellos a la filtración. Nuestra fundación de santidad no puede descansar en otra cosa que no sea en la que Pablo descansó, incluso Jesucristo. Sin Cristo no podemos hacer nada (Jn 15:5). Es un dicho fuerte pero verdadero el de Traill: "La sabiduría sin Cristo es irrefutablemente una insensatez, la rectitud sin Cristo es culpa y condenación; la santificación sin Cristo es porquería y pecado; la redención sin Cristo es cautiverio y esclavitud".

¿Quiere alcanzar santidad? ¿Siente usted que hoy un deseo real de corazón de ser santo? ¿Querría ser un participante de la naturaleza divina? Entonces busque a Cristo. No espere por nada. No espere por nadie. No se entretenga. No espere a estar listo. Vaya y dígaselo a Él en las palabras que el hermoso himno nos da:

"No traigo nada en mis manos,

Simplemente a tu cruz me aferro;

Desnudo vuelo a Ti por vestido;

Indefenso busco Tu gracia".

No hay ni un ladrillo o piedra puesta en el trabajo de nuestra santificación hasta que vayamos a Cristo. La santidad es Su regalo especial a los creyentes. La santidad es el trabajo que El efectúa en sus corazones por el Espíritu que Él ha puesto en ellos. Él es nombrado un "Príncipe y un Salvador… para arrepentimiento" así como remisión de pecados. A tantos como lo reciban a Él, Él les dará el poder de ser hijos de Dios (Hec. 5:31, Jn 9:12m13). La santidad no proviene de la sangre: los padres no pueden dársela a sus hijos; ni tampoco de la voluntad de la carne: el hombre no puede producirla en sí mismo; no es la voluntad del hombre: los ministros no pueden darla a través de bautismo. La santidad viene de Cristo. Es el resultado de la unión vital con El. Es el fruto de ser una rama viviente de la Vid verdadera. Vaya a Cristo entonces y diga: "Señor, no sólo sálvame de la culpa del pecado, envíame el Espíritu, el que prometiste, y líbrame de su poder. Hazme santo. Enséñame a hacer Tu voluntad".

¿Desea continuar en santidad? Entonces habite en Cristo (Jn 15:4,5). Complace al Padre que en El la llenura esté y habite, es abastecedor completo para todas las necesidades del creyente. El

es el médico a quien diariamente debe ir si quiere mantenerse bien. El es el Maná que debe comer diariamente y la Roca de la cual usted debe beber diariamente. Su brazo es el brazo donde usted debe apoyarse en la medida en que usted salga del desierto de este mundo. No sólo debe enraizarse sino construirse sobre Él. Pablo era verdaderamente un hombre de Dios, un hombre santo, un cristiano en crecimiento pujante, ¿y cuál era el secreto de todo eso? Él era uno en el cual Cristo era su todo en todo. Él estaba mirando a Jesús siempre. "Todo lo puedo", él dice, "en Cristo que me fortalece". "Vivo, más no yo, sino Cristo en mí, y la vida que ahora vivo, la vivo por fe en el Hijo de Dios". Vayamos y hagamos de la misma forma. (Heb. 12:2, Fil. 4:13; Gal. 2:20).

¡Quiera ser que los que lean estas páginas conozcan estas cosas por su experiencia y no por el dicho de otros solamente! ¡Quiera que todos sentamos la importancia de la santidad más allá de lo que lo hemos hecho alguna vez! ¡Quiera que nuestros años sean santos para nuestras almas para que sean años felices! Ya sea que vivamos, vivamos en el Señor, sea que muramos, muramos en el Señor; o si El viene por nosotros, ¡quiera que estemos en paz, sin mancha ni culpa!

—-

Notas al pie:

1 El autor con esta oración desea reforzar el sentido de esfuerzo y servicio que debemos manifestar a Dios. Todo debe ser sublime y bueno, no en la medida de los hombres sino de El mismo.

2 John Bradford (1510–1555) canónigo de la iglesia de St. Paul's. Fue un reformista inglés y mártir que murió en la hoguera.

3 William Gurnall (1617 – 1679) Autor inglés, nacido en King´s Lynn, Norfolk. Es conocido por su libro Cristianos con su armadura completa (Christian in Complete Armour) publicado en tres volúmenes, 1655, 1658 y 1662. Consiste en sermones entregados por el autor en el ejercicio de su ministerio regular. Es un trabajo que merece los méritos y reconocimientos aún hoy en día.

4 John Owen (1616-1683). Su intelecto inmenso se impuso a una edad temprana. Un niño prodigio, a la edad de 12 fue inscrito en

la Universidad de Oxford y a los 16 años le otorgaron su Licenciatura en Filosofía y Letras y a los 19 años su Maestría. Además de otras obras, él escribió su comentario monumental de volúmenes múltiples Epistle to the Hebrews, a Discourse on the Holy Spirit, Apostasy (1676), Justification by Faith (1677), The Person of Christ (1678), y The Grace and Duty of Being Spiritually-minded. Durante el año antes de su muerte escribió, Meditations and Discourses on the Glory of Christ. Murió a los 67 años. La teología bíblica era su primer amor y pasión. Él no se consideraba un filósofo o erudito, sino primero y principalmente un expositor de la Palabra de Dios. Aunque era un calvinista por convicción, sus pensamientos eran llenos del poder del Espíritu Santo. Como la mayoría de los grandes pensadores cristianos, él se enfocaba en los temas mayores – la trinidad, justificación por fe, y la gloria de Cristo. Él se consideraba primeramente un pastor de almas, no un erudito.

4. LA BATALLA

"Pelea la buena batalla de la fe" (1 Tim. 6:12)

Es un hecho curioso que no haya otro tema que cause tan vivo interés para la mayoría de las personas como el de las luchas. Hombre y mujeres jóvenes, hombres ancianos y niños pequeños, altos y bajos, ricos y pobres, letrados e iletrados, todos sienten un gran interés por guerras, batallas y peleas.

Un hecho simple e inescrutable se presenta a sí mismo ante nosotros, nos excitamos cuando oímos historias de guerra. Algunos considerarían a un hombre inglés como muy aburrido si no se ocupara de las historias de Waterloo, Inkerman, Balaclava o Lucknow. Muchos consideran que el corazón es frío y estúpido si no se mueve, no se encanta por los estragos causados en Sedan, Straburgo, Metz y París durante la guerra entre Francia y Alemania. No obstante existe otra batalla de muchísima mayor importancia que cualquier guerra que haya alguna vez tenido el hombre. Es la batalla que tiene relación no con sólo dos o tres naciones sino con cada hombre y mujer cristiano nacido en este mundo. La batalla de la que hablo es una batalla espiritual. Es la pelea que cada uno que ha sido salvado debe pelear por su alma.

Esta batalla, soy consciente, es una de la cual muchos no saben nada. Háblele acerca de ella y estarán prestos a calificarlo como demente, fanático o tonto. Y, sin embargo, es tan real y verdadera como cualquier batalla que el mundo haya visto. Esta tiene sus conflictos y sus heridas, tiene vigilias y fatigas, tiene asedios y asaltos, tiene sus victorias y sus derrotas. Más que todo, tiene consecuencias que son terribles, tremendas y muy peculiares. En una batalla mundana las consecuencias para las naciones son temporales y remediables. En la batalla espiritual es muy diferente. De esa batalla, cuando la pelea termina, las consecuencias son eternas e inmutables.

Es la batalla sobre la cual Pablo habló a Timoteo, cuando él escribió esas ardientes palabras "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna". Es la batalla de la que me propongo hablar en este mensaje. Este tema está íntimamente conectado con la santificación y la santidad. Aquel que entienda la naturaleza de la

verdadera santidad debe saber que el cristiano es "un hombre de guerra". Si somos santos, debemos pelear.

1. El verdadero cristianismo es una batalla

¡Cristianos verdaderos! Atendamos a esa palabra "verdadero/a". En el mundo actual existe una vasta cantidad de religiones que no constituyen verdadero, genuino cristianismo. Ellas se cuelan, satisfacen conciencias soñolientas, pero no son buena ganancia. En un comienzo no es la auténtica realidad que se llama a sí misma cristianismo. Hay miles de hombres y mujeres que van a las iglesias cada domingo y se llaman a sí mismos cristianos: hacen "profesión" de fe en Cristo, sus nombres están en los registros bautismales, son contados como cristianos mientras viven, hicieron sus votos matrimoniales en un servicio cristiano, ¡al morir recibirán un funeral cristiano y sin embargo nunca tuvieron ninguna "pelea" por su religión! Ellos no saben nada en absoluto de luchas espirituales, esfuerzo, conflictos, abnegación, vigilias y enfrentamientos. Ese tipo de cristianismo puede satisfacer a un hombre y aquellos que digan algo en su contra pueden ser calificados de fríos y poco caritativos, pero ciertamente no es el tipo de cristianismo del cual Biblia habla. ¡No es la religión que el Señor Jesús fundó y de la cual sus apóstoles predicaron! No es la religión que produce santidad real. El verdadero cristianismo es "una pelea".

Un verdadero cristiano es llamado a ser un soldado y debe comportarse como tal desde el día de su conversión hasta el día de su muerte. No es llamado a vivir una vida religiosa fácil, indolente y segura. Él no puede imaginar nunca, ni por un momento, que puede dormir y abandonarse en el camino al cielo como quien viaja en un carro cómodo. Si toma sus estándares de cristianismo de los hijos del mundo podrá estar contento con esas nociones pero nunca encontrará un reflejo de ellos en la Palabra de Dios. Si la Biblia es la regla de su fe y práctica, él encontrará su camino muy claro en esta materia. El debe "pelear".

¿Contra quién debe pelear un soldado cristiano? No con otros cristianos. ¡Desdichada es en verdad la idea de religión de ese hombre que fantasea pensando que esto consiste en una controversia perpetua! Aquel que nunca está satisfecho a menos que se vea envuelto en algunos conflictos entre iglesia e iglesia,

secta y secta, grupos y grupos, parte y parte, no sabe nada aún de lo que debería saber. Sin lugar a dudas que algunas veces existirán necesidades absolutas de apelar a la ley para lograr la correcta interpretación de algunos artículos de la iglesia, así como firmas y formularios, pero, como una regla general, la causa del pecado no tiene mayor ayuda como cuando los cristianos pierden su fortaleza en discusiones unos con otros y pasan su tiempo en pequeñas riñas.

¡No, en verdad! La batalla principal de un cristiano es con el mundo, con la carne y el mal. Estos son sus eternos enemigos. Estos son los tres principales enemigos contra los cuales debe hacer la guerra. A menos que logre la victoria sobre los tres, todas las otras victorias son inútiles y vanas. Si tuviera la naturaleza de un ángel y no fuera una criatura caída, esta batalla no sería tan esencial, pero con un corazón corrupto, un demonio ocupado y un mundo que lo atrapa, debe "pelear" o estará perdido.

Debemos pelear con la carne. Aún después de la conversión un hombre porta consigo mismo una naturaleza inclinada a la maldad, y un corazón débil e inestable como el agua. Ese corazón nunca estará libre de la imperfección en este mundo y es un engaño miserable esperar por lo contrario. Para mantener el corazón recto, el Señor Jesús nos pide: "Estar alertas y orar". El espíritu puede estar dispuesto pero la carne es débil. Es una necesidad diaria resistir y luchar. "Controlo mi cuerpo", grita Pablo, "y lo pongo bajo sujeción". "Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros". "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos". "Mortifiquen… sus miembros terrenales". (Mar 14:38, 1 Cor. 9:27, Rom. 7:23, Gal. 5:24, Col. 3:5).

Debemos pelear con el mundo. La sutil influencia del poderoso enemigo debe ser resistida diariamente, y sin una batalla diaria nunca podrá ser vencida. El amor por las cosas mundanas, el miedo de que el mundo se ría o nos culpe, el deseo secreto de mantenerse en el mundo, el secreto deseo de hacer como los otros del mundo hacen y no estar en los extremos, todas estas son batallas que acosan continuamente al cristiano en su camino al cielo y deben ser conquistadas. "La amistad con el mundo es

enemiga de Dios. Cualquiera, por lo tanto, que es amigo del mundo es enemigo de Dios". "Si cualquier hombre ama el mundo, el amor de el Padre no está en él". "El mundo es crucificado en mí, y yo en el mundo". "Cualquiera que es nacido de Dios vence al mundo". "No os ajustéis al mundo" (1 Jn. 2:15, Gal. 6:14, 1 Jn 5:4, Rom. 12:2).

Debe pelear contra el demonio. El viejo enemigo de la humanidad no está muerto. Desde la caída de Adán y Eva, "él ha rondado la tierra, por sobre y bajo ella" y se esfuerza para alcanzar un único y gran fin – la ruina del alma del hombre. Nunca descansa, nunca duerme, está siempre merodeando como un león buscando a quien devorar. Un enemigo que no se ve, está siempre cerca de nosotros, en nuestra senda y en nuestra cama, espiándonos en todos nuestros caminos. Desde el comienzo ha sido un asesino y un mentiroso, que trabaja día y noche para arrojarnos al infierno. Algunas veces a través de la superstición, otras a través de una sugerente infidelidad, algunas veces usando un tipo de táctica y en otras, otras, está siempre liderando una campaña contra nuestras almas. "Satán ha deseado tenerte, él puede zarandearte como trigo". Este poderoso adversario debe ser resistido diariamente si usted desea ser salvo. Aunque "esta clase no sale" salvo vigilando y orando y peleando y vistiendo la completa armadura de Dios. Nunca sacaremos al hombre fuerte armado de nuestros corazones sin una batalla diaria (Job 1:7, 1 Ped. 5:8, Jn 8:44, Luc 22:31, Efe 6:11).

Algunos pueden pensar que estas declaraciones son demasiado fuertes. Usted imagina que voy demasiado lejos y pinto los colores demasiado espesos. Secretamente, usted se está diciendo a sí mismo que los hombres y las mujeres pueden ir por seguro al cielo sin todo este problema y batalla y pelea. Escúcheme por nuestros minutos, y le mostraré que tengo algo que decir en representación de Dios. Recuerda la máxima del general más sabio que alguna vez vivió en Inglaterra: "En tiempo de guerra el peor error es subestimar a su enemigo y tratar de hacer una pequeña batalla". Esta batalla cristiana no es materia liviana. ¿Qué dicen las Escrituras? "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna". "Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo"; "Vístete de la armadura de Dios y serás capaz de luchar en contra de las artimañas del demonio". Porque no luchamos contra carne ni sangre, sino contra principados, contra poderes, contra

gobernantes de las tinieblas de este mundo, en contra de la perversidad espiritual de alto rango. Ponte la completa armadura de Dios de manera que seas capaz de resistir en el día malo y habiendo hecho todo para resistir". "Lucha para entrar por la puerta estrecha". "Trabaja … por la comida que perdura hasta la vida eterna". "No piensen que Yo he venido para traer paz al mundo. No vine para traer paz al mundo sino espada". "Aquel que no tiene una espada, que venda tus prendas y compre una". Vigila, mantente alerta en la fe, condúcete varonilmente, sé fuerte". "Pelea la buena batalla, mantén la fe y una buena conciencia" (1 Tim 6:12, 2 Tim 2:3, Efe 6:11-13; Luc 13:24, Jn 6:27, Mat 10:34, Luc 22:36, 1 Cor. 16:13, 1 Tim 1:18,19) Palabras como estas me parecen claras, directas e inconfundibles. Ellas enseñan la única y gran lección, si estamos deseosos de recibirla. Esa lección es que el verdadero cristianismo es una contienda, una pelea y una batalla. Aquel que pretenda condenar "la pelea" y enseñe que debemos sentarnos tranquilos y "abandonarnos a Dios", a mi me parece que está malentendiendo su Biblia y comete una gran error.

¿Qué dice el servicio bautismal de la Iglesia de Inglaterra? Sin duda que el servicio no es inspirado y, como una composición no inspirada tiene sus defectos, sin embargo para los millones de personas en la tierra que profesan y se llaman a sí mismos hombres eclesiásticos ingleses, su contenido debe tener algún peso. ¿Y qué dice éste? Nos dice que para cada miembro nuevo que se admite en la Iglesia de Inglaterra se usan las siguientes palabras: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". "Señalo a este niño con el signo de la cruz, en señal de que de aquí en adelante él no se avergonzará de confesar la fe de Cristo crucificado, y que valientemente peleará bajo Su estandarte contra el pecado, el mundo y el mal, y continuará como soldado y sirviente fiel de Cristo hasta el fin de su vida". Por supuesto todos sabemos que en millares de casos el bautismo es un mero formulismo y que los padres traen a sus hijos a la fuente bautismal sin fe u oración o pensamiento y, consecuentemente, no reciben bendición alguna. El hombre que supone que el bautismo en tales casos actúa mecánicamente, como una medicina, y que padres devotos e impíos, que oran y que no oran, todos juntos reciben el mismo beneficio para sus hijos, debe estar en un extraño estado mental. No obstante una cosa, a cualquier precio, es muy cierta. Cada hombre bautizado, por su profesión de fe, es un "soldado de Cristo Jesús", al que se le solicita "pelear bajo Su estandarte contra el

pecado, el mundo y el mal". Aquel que tiene dudas, es mejor que tome su Biblia[1] lea, marque y aprenda su contenido. La peor cosa de los hombres religiosos celosos es la total ignorancia de lo que su propia Biblia[2] dice.

Ya sea que seamos o no hombres de iglesia, una cosa es certera: Esta batalla cristiana es una gran realidad y un tema de mucha importancia. No es una materia como el gobierno de la iglesia y el ceremonial, acerca de los cuales los hombres pueden diferir y aún así alcanzar al último el cielo. La necesidad se nos impone. Debemos luchar. No hay promesas en los cartas de nuestro Señor Jesucristo a las 7 iglesias, excepto para quienes "venzan". Donde hay gracia habrá conflicto. El creyente es un soldado. No hay santidad sin batalla. Las almas salvadas siempre tendrán luchas.

Es una lucha de absoluta necesidad. No pensemos que en esta guerra podemos permanecer neutrales y sentarnos tranquilamente. Tal línea de acción puede ser posible en una lucha de naciones pero es finalmente imposible en un conflicto que está relacionado con el alma. La presumida política de no intervención, la "inactividad magistral" que place a muchos estadistas, el plan de mantener la calma y dejar las cosas solas seguir su curso… ninguna de ellas tiene lugar en la guerra cristiana. Bajo ninguna circunstancia nadie puede escapar amparado en el lema de "hombre de paz". Estar en paz con el mundo, la carne y el mal es estar en enemistad con Dios en el camino ancho que lleva a la destrucción. No tenemos alternativa ni opción. Debemos pelear o estaremos perdidos.

Es una lucha de necesidad universal. Ningún rango o clase o edad puede reclamar excepción o escapar a esta batalla. Ministros y pueblo, predicadores y oidores, viejos y jóvenes, altos y bajos, ricos y pobres, manso y simple, reyes y súbditos, terratenientes e inquilinos, instruidos e iletrados… todos deben llevar armas e ir a la guerra. Todos tienen por naturaleza un corazón lleno de orgullo, incredulidad, pereza, mundanería y pecado. Todos viven en un mundo acosado por cepos, trampas y escollos para el alma. Todos tienen cerca de ellos un demonio ocupado, que no descansa y que es malicioso. Todos, desde la reina en su palacio hasta el indigente en el asilo, todos deben pelear si quieren ser salvados.

Es una lucha de necesidad perpetua. No admite tiempo para respirar, ni armisticio, ni tregua. En los días de la semana así como

en domingos, en lo privado y en lo público, en casa con la familia como estando lejos, en pequeñas cosas -como el manejo de la lengua y el temperamento- como en las grandes -como el gobierno de reinos-, la batalla cristiana debe continuar incesantemente. El enemigo con que lidiamos no vacaciona, nunca descansa, nunca duerme, así que en la medida que respiremos debemos mantener nuestra armadura y recordar que estamos en terreno del enemigo. "Aún en el borde del Jordán", dijo alguien ya muerto, "está Satanás mordisqueando mis talones". Debemos pelear hasta que muramos.

Consideremos todas estas propuestas. Cuidemos que nuestra propia religión personal sea real, genuina y verdadera. El síntoma más triste de todos aquellos que se hacen llamar cristianos es la absoluta ausencia de conflictos y peleas en su vida de creyentes. Ellos comen, beben, se visten, trabajan, se divierten, ganan dinero, gastan dinero, asisten a servicios religiosos una o dos veces por semana, pero de la gran batalla espiritual –sus vigilias y luchas, sus agonías y ansiedades, sus batallas y combates- de todo eso ellos parecen no saber nada en absoluto. Cuidemos que este no sea nuestro caso. El peor estado del alma es cuando el fuerte hombre armado guarda la casa, y sus bienes están en paz, cuando mantiene a hombres y mujeres cautivos a su voluntad, y éstos no oponen resistencia. Las peores cadenas de un prisionero son aquellas que no siente ni ve (Luc. 11:21, 2 Tim 2:26).

Podemos traer consuelo a nuestras almas si sabemos todo acerca de la batalla interior y sus conflictos. Es la compañía constante de la santidad de un cristiano genuino. No lo es todo, estoy bien apercibido de ello, pero es algo. ¿Tenemos en nuestro corazón una lucha espiritual? ¿Sentimos algo de la carne peleando contra el espíritu y del espíritu contra la carne, de forma que no podemos hacer las cosas que deseamos? (Gal. 5:17). ¿Somos conscientes de los dos principios que están en nosotros contendiendo por la supremacía? ¿Sentimos algo de lucha en nuestro hombre interior? ¡Bien, agradezcamos a Dios por eso! Es una buena señal. Es la evidencia altamente probable del gran trabajo de la santificación en nosotros. Todos los verdaderos santos son soldados. Cualquier cosa es mejor que la apatía, estancación, decadencia moral e indiferencia. Estamos en mejor pie que muchos. La mayor parte de los tan llamados cristianos no tienen sentimientos en absoluto. Evidentemente no somos amigos de Satanás. Como los reyes de este mundo, él no batalla en contra de sus propios adeptos. El solo

hecho de que él nos asalte debería llenar nuestras mentes con esperanza. Lo digo nuevamente, confortémonos. Un hijo de Dios tiene dos grandes marcas en él, y de esas dos nosotros tenemos una. El puede ser reconocido por su batalla interior así como por su paz interior.

2. El verdadero cristianismo es una batalla de fe

A diferencia de las batallas del mundo, el verdadero cristianismo pelea en un reino que no depende de su fortaleza física, del brazo fuerte, del ojo alerta o del pie ligero. Las armas convencionales no entran en este juego. Más bien, sus armas son espirituales y la fe es el eje sobre el cual gira esta batalla.

La fe en la verdad de la Palabra escrita de Dios es el fundamento esencial para el carácter de un soldado cristiano. El es lo que es, hace lo que hace, piensa como piensa, actúa como actúa, espera como espera, se comporta como se comporta, por una simple razón - cree en ciertas propuestas reveladas y establecidas en las Sagradas Escrituras. "Aquel que viene a Dios debe creer que El es, y que El es un Galardonador para aquellos que diligentemente lo buscan" (Heb. 11:6).

Una religión sin doctrina ni dogma, en nuestros días, es el tema del cual muchos hablan gustosamente. Suena muy bien al principio. Se ve muy lindo a la distancia, sin embargo en el momento en que nos sentamos a analizarla y considerarla, encontramos que es simplemente imposible. Sería como hablar de un cuerpo sin huesos ni nervios. Ningún hombre podrá ser o hacer alguna cosa en religión a menos que crea en algo. Aún aquellos que proclaman la visión miserable e incómoda en deidades están obligados a confesar que creen en algo. Con todos su ácidos desdeños en contra la teología dogmática y la credulidad cristiana, como la llaman, ellos mismos poseen un tipo de fe.

En lo que concierne a los verdaderos cristianos, la fe es la espina dorsal de su existencia espiritual. Nunca nadie pelea una batalla sincera en contra del mundo, la carne y el mal a menos que tenga grabados en su corazón ciertos grandes principios en los cuales cree. Lo que esos principios son en realidad puede escapar a su conocimiento y estos pueden no estar definidos ni escritos pero ellos son, consciente o inconscientemente, las raíces de su religión.

Donde quiera que vea un hombre, ya sea rico o pobre, letrado o iletrado, peleando valientemente contra el pecado para tratar de sobrepasarlo, usted puede estar seguro de que existen ciertos grandes principios en los cuales ese hombre cree. El poeta que escribió las famosas líneas: "para estilos de fe dejen al fanático sin gracia pelear, Aquel que su vida está en lo correcto, no puede equivocado estar", era un hombre inteligente pero pobre en inspiración. No existe tal forma de vivir correctamente sin fe ni creencia.

Una fe especial en la persona de nuestro Señor Jesucristo, trabajo y oficio es la vida, corazón y motivo principal del carácter de un soldado cristiano.

El ve por fe un Salvador que no ha visto, que lo ama, que se dio a Sí mismo por él, pagó sus deudas, llevó sus pecados, cargó sus transgresiones, lo resucitó, y está en el cielo como su Abogado a la mano derecha de Dios. Ve a Jesús y se aferra a Él. Al ver a este Salvador y confiar en Él, siente paz y esperanza y está deseoso de dar la batalla contra los enemigos de su alma.

El ve la multitud de sus pecados, su débil corazón, el mundo de tentación, al ocupado demonio, y si él mirara sólo a ellos bien podría desesperarse. Sin embargo también ve a su Salvador poderoso, un Salvador intercesor, un Salvador comprensivo –Su sangre, Su justicia, Su sacerdocio eterno- y cree que todo eso es suyo. El ve a Jesús y vacía todas sus cargas en Él. Viéndolo, continúa alegremente su batalla, con plena confianza que probará ser más que un conquistador a través de Aquel que lo amó (Rom. 8:37)

El secreto de un soldado cristiano que pelea exitosamente es la vívida acostumbrada presencia de la fe en Cristo y su disposición a ayudarlo.

Nunca se nos debe olvidar que la fe admite grados. No todos los hombres creen de igual forma y aún una misma persona tiene sus flujos y reflujos (como la marea) que cree más efusivamente unas veces que otras. De acuerdo a los grados de su fe, un cristiano pelea bien o mal, obtiene victorias o sufre repulsas ocasionales, sale triunfante o abatido de una batalla. Aquel soldado que tiene más fe siempre será más feliz y estará más cómodo. Nada hace

que la ansiedad de una batalla se sienta tan livianamente en un hombre como la seguridad del amor de Cristo y su continua protección. Nada más que la confianza interna que Cristo está a su lado y que su triunfo es seguro, es lo que posibilita al cristiano a soportar la fatiga de la vigilia, resistencia y luchas contra el pecado. Es el "escudo de la fe" que sofoca todos los dardos fieros del maligno. Es el hombre que puede decir "Yo sé en Quién he creído"; es aquel que puede decir en tiempos de dolor "No me avergüenzo", es aquel que escribió esas encendidas palabras: "No desmayamos", "Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria"; era el hombre que con la misma pluma escribió: "No miremos las cosas que pueden ser vistas, sino aquellas que no pueden ser vistas; porque las cosas que se pueden ver son temporales pero las cosas que no se pueden ver son eternas". Es el hombre que dijo: "Vivo por la fe en el Hijo de Dios"; aquel que dijo, en la misma epístola: "El mundo es crucificado en mí y yo en el mundo". Es el hombre que dijo "Para mi vivir es Cristo"; el que dijo, en la misma epístola: "He aprendido, en cualquier estado en que esté, a estar contento"; "Todo lo puedo en Cristo"; "¡A mayor fe, mayor victoria! ¡A mayor fe, mayor paz interior! (Efe. 6:16, 2 Tim. 1:12, 2 Cor. 4:16,17, Gal. 2:20, 6:14, Fil. 1:21, 4:11, 13).

Pienso que es imposible sobreestimar el valor e importancia de la fe. Bien puede el apóstol Pedro llamarla "preciosa" (2 Ped. 1:1). Me faltaría tiempo si intentara contar las cientos de victorias que por fe los soldados cristianos han obtenido.

Tomemos nuestras Biblias y leamos con atención el capítulo once de la Epístola a los Hebreos. Marquemos la larga lista de los hombres dignos cuyos nombres son grabados desde Abel hasta Moisés, aún antes del nacimiento de Cristo y que trajo a plena luz la vida e inmortalidad a través de los evangelios. Tomemos debida nota de las batallas que ellos ganaron en contra del mundo, la carne y el mal. Recordemos que el creer lo hizo todo. Ellos buscaron al Mesías prometido. Ellos vieron a Aquel que es invisible. "Por fe los ancianos alcanzaron buen testimonio". (Heb. 11:2-27).

Hojeemos las páginas de la historia de la primera iglesia. Vemos cómo los cristianos primitivos agarraron firmemente su religión aún hasta la muerte y no fueron sacudidos por las más fieras persecuciones de los emperadores paganos. Por siglos no hubo

nunca hombres tan deseosos como Policarpo e Ignacio, quienes estaban prestos a morir antes que negar a Cristo. Multas y prisiones y tortura y fuego y espada eran incapaces de quebrantar el espíritu de la noble armada de mártires. ¡El poder completo del imperio romano, la amante del mundo, fue incapaz de aplastar la religión que comenzó con unos pocos pescadores y publicanos en Palestina! Y recordemos que creer en un Jesús no visible fue la fortaleza de la iglesia. Ellos obtuvieron su victoria por fe.

Examínenos la historia de la Reforma Protestante. Estudiemos la vida de sus destacados campeones, Wychilffe [3]y Huss y Luther y Ridley y Latimer y Hooper. Remarquemos cómo estos gallardos soldados de Cristo se mantuvieron firmes contra los ataques de sus muchos adversarios y estaban prestos a morir por sus principios. ¡Qué batalla dieron! ¡Qué controversias ellos mantuvieron! ¡Qué controversias soportaron! ¡Qué tenacidad de propósito exhibieron en contra de un mundo en armas! Y luego recordemos que creer en un Jesús que no se ve era el secreto de su fortaleza. Ellos vencieron por fe.

Consideremos a los hombres que han marcado los más grandes hitos en la historia de la iglesia en los últimos cien años. Observemos cómo hombres de la talla de Wesley[4] y Whitefield y Venn y Romaine lucharon solos en su época y revivieron la religión inglesa en la cara de la oposición de hombres de altos rangos, en la cara de la difamación, el ridículo y la persecución de nueve décimas de los cristianos profesantes de nuestra tierra. Observemos cómo hombres como William Wilberforce y Havelock y Hedley Vicars fueron testigos de Cristo en las dificultosas posiciones y mostraron el estandarte de Cristo aún sobre la mesa revuelta regimental o en el piso de la Casa de los Comunes. Remarquemos cómo estos nobles testigos llegaron hasta el final sin acobardarse, ganaron aún el respeto de sus peores adversarios. Y recordemos que creer en un Cristo no visto es la fortaleza de sus caracteres. Ellos por fe vivieron, caminaron, permanecieron y soportaron.

¿Viviría alguien la vida de un soldado cristiano?. Que ore pidiendo fe. Es el regalo de Dios y un regalo para quienes la piden y que nunca piden en vano. Usted debe creer ante de pedir. Si los hombres no hacen nada en religión es porque no creen. La fe es el primer paso hacia el cielo.

¿Pelearía cualquiera la batalla de un soldado cristiano con éxito y prosperidad? Oremos por ese alguien para que tenga el continuo crecimiento de la fe, habite en Cristo, se acerque a Cristo, se sostenga firme en Cristo cada día de su vida. Que su diaria oración sea esa de los discípulos: "Señor auméntanos la fe" (Luc 17:5). Vigile celosamente su fe, si usted la posee. Es la ciudadela del carácter de cualquier cristiano, sobre la cual depende la seguridad de la fortificación completa. Es el punto que Satanás ama asediar. Todo estará a su merced si la fe es desperdiciada. Así, si amamos la vida, debemos permanecer especialmente en guardia.

3. El verdadero Cristianismo es una buena batalla.

"Buena" es una palabra curiosa para calificar cualquiera batalla. Cualquier guerra mundana es más o menos dañina. No hay dudas de que es una necesidad absoluta en muchos casos –para procurar la libertad de naciones, para prevenir que los débiles sean pisoteados por los fuertes- pero aún así es un mal. Implica una espantosa cantidad de sangre derramada y sufrimiento. Conduce a millares a la eternidad para la que no están completamente preparados. Gatilla las peores pasiones del hombre. Causa un enorme desperdicio y destrucción de bienes. Llena casas apacibles con viudas en duelo y huérfanos. Esparce a lo lejos y ancho pobreza, cargas fiscales y aflicción nacional. Desarregla todo el orden de la sociedad. Interrumpe el trabajo del evangelio y el crecimiento de misiones cristianas. En breve, la guerra es una inmensa e incalculable maldad, y cada hombre que ora debería clamar noche y día: "Danos paz en nuestros tiempos". Y aún hay otra batalla que es enfáticamente "buena" y es una batalla en la cual no hay ningún mal. Esa batalla es la batalla cristiana. Esa pelea es la pelea del alma.

Ahora, ¿cuáles son las razones por las que la batalla cristiana es una "buena batalla"? ¿Cuáles son los puntos en los cuales esta batalla es superior a la batalla de este mundo? Quiero que mis lectores sepan que hay abundante aliciente para nosotros si sólo comenzáramos la batalla. Las Escrituras no llaman a la batalla cristiana "una buena batalla" sin razón y causa alguna. Déjenme intentar mostrarles a lo que me refiero.

La batalla de un cristiano es buena porque pelea bajo el mando del mejor de los generales. El Líder y Comandante de todos los

creyentes es nuestro Salvador divino, el Señor Jesucristo- un Salvador de perfecta sabiduría, infinito amor y todopoderoso. El Capitán de nuestra salvación nunca falla en conducir a Sus soldados a la victoria. El no hace movimientos infructíferos, nunca yerra en juzgar, nunca comete ningún error. Su ojo está sobre Sus seguidores, desde el más grande hasta el más pequeño. El sirviente más humilde de Su ejército no es olvidado. Los más débiles y enfermos son cuidados, recordados y guardados en salvación. Las almas de aquellos que Él ha comprado y redimido con Su propia sangre es demasiado preciosa para ser malgastada y tirada lejos. ¡Por seguro que esto es bueno!

b. La batalla de un cristiano es buena porque pelea con la mejor de las ayudas. Débil, como cada creyente es en sí mismo, el Espíritu Santo mora en él, y su cuerpo es un templo del Espíritu Santo. Escogidos por Dios Padre, lavados con la sangre del Hijo, renovados por el Espíritu, no va a la batalla por su propia cuenta y nunca está solo. Dios, el Espíritu Santo diariamente le enseña, lo lidera, lo guía y lo dirige. Dios el Padre lo guarda por Su poderoso poder. Dios el Hijo intercede por él en cada momento, como a Moisés en el monte mientras él está peleando en el valle abajo. ¡Un cordón triple como este nunca puede ser roto! Sus provisiones y suministros diarios nunca fallan. Su comisario nunca falla. Su pan y su agua están asegurados. Débil como parece ser en sí mismo, como un gusano, es fuerte en el Señor para hacer grandes hazañas.

c. La batalla de un cristiano es buena porque pelea con las mejores promesas de su lado. A cada creyente le pertenecen excesivamente grandes y preciosas promesas, y todos los "sí" y "amén" en Cristo, promesas seguras que se cumplirán porque fueron hechas por Uno que no puede mentir y quien tiene el poder así como la voluntad de mantener Su palabra. "El pecado no tendrá dominio sobre ti". "El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo tus pies". "El que ha comenzado un buen trabajo… lo continuará hasta el día de Jesucristo". "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán ". "Mis ovejas … nunca morirán tampoco ningún hombre las arrancará de Mi mano". "Aquel que viene a Mi no lo echo fuera". "Yo nunca los dejaré ni los abandonaré". "Estoy convencido que ni la muerte, ni la vida ni ninguna cosa presente o por venir … será capaz de

separarme del amor de Dios en Cristo Jesús". (Rom. 6:14; 16:20; Fil. 1:6; Isa. 43:2; Jn. 10:28; 6:37; Heb. 13:5; Rom. 8:38, 39). ¡Palabras como éstas valen su peso en oro! ¿Quién que no conoce las promesas de la ayuda que viene, ha aclamado a los defensores de la ciudad sitiada como Lucknow, y las ha elevado por sobre su natural fortaleza? ¿Alguna vez hemos escuchado que la promesa de "ayuda antes del anochecer" tiene mucho que decir de la poderosa victoria en Waterloo? Aunque todas esas promesas no son nada comparadas con el rico tesoro de los creyentes, las promesas eternas de Dios. ¡Por seguro, esto es bueno!

d. La batalla del cristiano es buena porque pelea con el mejor reparto y resultados. Sin duda que es una guerra en la cual hay tremendas luchas, conflictos desesperantes, heridas, magulladuras, vigilias, ayunos y fatiga, pero aún así el creyente, sin excepción, es "más que un vencedor por Aquel que lo amó" (Rom. 8:37). Ningún soldado de Cristo se pierde nunca, se extravía o dejado muerto en el campo de batalla. No habrá luto nunca, no habrá lágrimas que derramar, ni para un oficial o un soldado del ejército de Cristo. La lista, en la última tarde que vendrá, se encontrará precisamente de la misma forma que estaba en la mañana. Los guardias ingleses que marcharon desde Londres a la campaña de Crimea, eran un magnífico grupo de hombres sin embargo mucho de sus gallardos miembros dejaron sus huesos en tumbas extranjeras y nunca vieron Londres nuevamente. Muy diferente será la llegada del ejercito cristiano a la "ciudad que tiene sus fundaciones, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Heb. 11:10). No habrá ninguno que falte. Las palabras de nuestro Capital probarán su verdad "De aquellos que me diste a Mi, no se ha perdido ninguno" (Jn 18:9). ¡Por seguro, esto es bueno!

e. La batalla de un cristiano es buena porque hace bien al alma de aquel que la da. Todas las otras batallas tienen una mala, denigrante y desmoralizadora tendencia. Ellas despiertan las peores pasiones de la mente humana. Endurecen la conciencia y minan las fundaciones de la religión y la moralidad. La batalla cristiana por sí misma tiende a sacar las mejores cosas que están dentro del hombre. Promueve humildad y caridad, disminuye el orgullo y la mundanería, induce a los hombres a poner sus afectos en las cosas de arriba. El viejo, el enfermo, el moribundo nunca se arrepienten de dar la batalla de Cristo contra el pecado, el mundo y la maldad. Su único pesar es que no hayan comenzado a servir a

Cristo antes. La experiencia de eminente, Philip Henry, no es la única. En sus últimos días el dijo a su familia: "Les digo a todos que la vida pasada en el servicio a Cristo es la vida más feliz que un hombre puede tener en la tierra". ¡Por seguro, esto es bueno!

f. La batalla de un cristiano es Buena porque hace bien al mundo. Todas las otras guerras tienen un efecto demoledor, devastador y perjudicial. La marcha de un ejército a través de la tierra es un horrendo azote para sus habitantes. Donde quiera que va empobrece, desperdicia y hace daño. Invariablemente lo acompaña el daño a las personas, a la propiedad, a los sentimientos y a la moral. Muy diferente son los efectos que producen los soldados cristianos. Donde quiera que ellos viven, ellos son bendición. Ellos elevan los estándares de la religión y la moralidad. Ellos invariablemente controlan el progreso de la embriaguez, el no guardar el Sábado, el libertinaje y la deshonestidad. Aun sus enemigos están obligados a respetarlos. Vaya donde le plazca y usted raramente encontrara que cuarteles y tropas hacen bien a la vecindad. Por el contrario, vaya donde le plazca y usted encontrara que la presencia de unos pocos cristianos es una bendición. ¡Por seguro, esto es bueno!

g. Finalmente, la batalla de un cristiano es buena porque concluye con una gloriosa recompensa para todos aquellos que la han peleado. ¿Quién puede decir el salario que Cristo pagará a Su pueblo fiel? ¿Quién puede estimar las buenas cosas que nuestro divino Capitán tiene para aquellos que Lo confiesan delante de los hombres? Un país agradecido puede dar a sus combatientes exitosos una medalla, la Cruz de la Victoria, pensiones, nobleza, honores y títulos, pero no puede dar nada que dure y perdure hasta la eternidad, nada que pueda ser llevado más allá de la tumba. Palacios como Blenheim y Strathfieldsay pueden disfrutarse por unos pocos años. Los más bravos generales y soldados deben inclinarse algún día ante el rey de los terrores. Mejor, mejor aún, es la posición de aquel que pelea bajo el estandarte de Cristo, contra el pecado, el mundo y la maldad. Puede que obtenga poca gloria de los hombres mientras él vive y vaya a la tumba con poco honor pero tendrá lo que es mucho mejor, porque es mucho más duradero. El tendrá "una corona de gloria que no se desvanece" (1 Ped. 5:4). ¡Por seguro, esto es bueno!

Establezcamos en nuestras mentes que la pelea de Cristo es una buena batalla –realmente buena, verdaderamente buena, enfáticamente buena. Sólo vemos parte de ella aún. Vemos la lucha pero no su final; vemos la campaña pero no la recompensa; vemos la cruz pero no la corona. Vemos a unos pocos humildes, quebrados espiritualmente, penitentes, gente de oración, soportando privaciones y desprecio del mundo, pero no vemos la mano de Dios sobre ellos, la cara de Dios sonriéndoles, el reino de gloria preparado para ellos. Estas cosas están aún por ser reveladas. No juzguemos por las apariencias. Hay muchas más cosas buenas acerca de la batalla cristiana que aquellas que vemos.

Ahora, déjenme concluir este tema con unas pocas palabras de aplicación práctica. Nuestro "mucho" se funde algunas veces cuando el mundo parece estar pensando en "poco", no obstante las batallas y peleas. El hierro entra en el alma de más de una nación, y el júbilo de muchos en un barrio se va completamente. Por seguro en tiempos como estos un ministro puede en buena lid llamar a los hombres a recordar su batalla espiritual. Déjenme decir algunas palabras de despida acerca de la gran batalla del alma.

Puede ser que usted esté luchando duro para obtener las recompensas de este mundo. Quizá esté tensionando cada nervio para obtener dinero, una posición, poder o placer. Si ese es su caso, cuídese. Usted está sembrando una cosecha de amarga decepción. A menos que advierta lo que se acerca, su último fin será yacer en lamentos.
Miles han pisado el camino que usted busca y han despertado demasiado tarde para darse cuenta que su final es de miseria y ruina eterna. Ellos han peleado duro por la riqueza, el honor, su cargo y promoción, y han vuelto su espalda a Dios y a Cristo y al cielo y al mundo por venir. ¿Y cuál ha sido su final? A menudo, muy a menudo, han descubierto que su vida entera a sido un gran error; han probado la amarga experiencia de los sentires de un hombre moribundo que grita alto en sus últimas horas: "La batalla ha sido dada, la batalla ha sido dada, pero no se ha obtenido victoria".

Por su propia felicidad resuelvan hoy adherirse al lado de Dios. Sacúdanse de su descuido e incredulidad del pasado. Sálganse de los caminos insensatos e irrazonables del mundo. Tomen la cruz y

conviértanse en un buen soldado de Cristo. "Peleen la buena batalla de la fe" que puede hacerlos tanto felices como sentirse seguros.

Piensen en lo que los hijos de este mundo suelen hacer en nombre de la libertad, sin ningún principio cristiano. Recuerden cómo los griegos y los romanos los suizos y tiroleses y perdieron todo, aún la vida misma en lugar de someterse al yugo extranjero. Permitan que su ejemplo sea emulado en ustedes. ¡Si los hombres pueden hacer tal cosa por una corona corruptible cuanto más deben hacer ustedes por una que es incorruptible! Despierten al sentido de miseria de ser un esclavo, levántense por la vida, la felicidad y la libertad y peleen.

No tengan miedo de comenzar y enlistarse bajo el estandarte de Cristo. El gran Capitán de nuestra salvación no rechaza a ninguno que venga a Él. Como David en la cueva de Adulan, El está listo para todo aquel que lo busca, sin importar cuán insignificante pueda sentirse. Ninguno que se arrepiente y cree es demasiado malo para enrolarse en cualquier rango del ejército de Cristo. Todos los que vienen a El por fe son admitidos, vestidos, armados, entrenados y finalmente conducidos a una victoria completa. No tengan miedo en comenzar en este mismo día. Aún hay espacio para ustedes.

No tengan miedo de continuar la batalla si ustedes se han enlistado. Mientras más entregado y sincero de corazón ustedes son como soldados más cómoda encontrará su batalla. No hay dudas de que enfrentarán frecuentemente problemas, fatiga y dura la pelea, antes de que su guerra sea cumplida. No obstante no permitan que ninguna de estas cosas los saque de ella. Mayor es Aquel que está con ustedes que todos aquellos que están en su contra. Libertad eterna y cautividad eterna son las alternativas que están enfrente de ustedes. Escojan la libertad y peleen hasta el final.

Puede que ustedes ya sepan algo sobre la batalla cristiana y sean soldados comprobados y probados. Si ese el caso de ustedes, acepten estos consejos y de este soldado. Déjenme hablar tanto para ustedes como para mí mismo. Removamos nuestras mentes, recordando. Hay algunas cosas que no recordamos bien del todo.

Recordemos de que si queremos pelear exitosamente, debemos ponernos la completa armadura de Dios y nunca desprendernos de ella hasta que muramos. Ni una sola pieza de la armadura puede faltar. El cinturón de la verdad, la coraza de la rectitud, el escudo de la fe, la espada del Espíritu, el casco de la esperanza –cada uno y todos son necesarios. Ni un solo día podemos prescindir de ninguna pieza de esta armadura. Bien dice un veterano de la armada de Cristo, que murió cientos de años atrás: "En el cielo apareceremos, no en la armadura, sino en túnicas de gloria". Aquí nuestras armas deben ser usadas noche y día. Debemos hablar, trabajar y dormir con ellas, de otra forma no somos soldados verdaderos de Cristo".

Recordemos las palabras solemnes de un guerrero inspirado, quien murió hace muchos años: "ningún hombre que pelea se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado" (2 Tim 2:4). ¡Quiera que nunca olvidemos este decir!

Recordemos que algunos parecen ser buenos soldados durante un corto periodo y hablan mucho de lo que harían y luego, desafortunadamente, vuelven sus espaldas en el día de la batalla.

No olvidemos a Balaam y a Judas y a Demas o a la esposa de Lot. Lo que quiera que seamos, y cuán débiles, seamos reales, genuinos, verdaderos y sinceros.

Recordemos que el ojo de nuestro amado Salvador está sobre nosotros en la mañana, en la tarde y en la noche. El nunca permitirá que seamos tentados más allá de lo que seamos capaces de soportar. El puede ser tocado con el sentimiento de nuestra finitud, porque el mismo fue tentado. El sabe lo que son las batallas y conflictos porque El mismo fue agredido por el príncipe de este mundo. Teniendo a tal Alto Sacerdote, Jesus el Hijo de Dios, mantengamos firme nuestra profesión (Heb. 4:14).

Recordemos a los miles de soldados anteriores a nosotros que han dado la misma batalla que nosotros peleamos y que salieron más que vencedores a través de Aquel que los amó. Ellos vencieron por la sangre del Cordero, y nosotros también. El ejército de Cristo es tan poderoso ahora como siempre ha sido, y el corazón de Cristo es tan amante ahora como antes. El que salvó a los hombres y las mujeres antes de nosotros es Uno que nunca cambia. El es "capaz

de salvar a muchos", todos quienes "vienen a Dios a través de Él". Entonces arrojemos nuestras dudas y miedos lejos. Sigamos a "aquellos que a través de la fe y la paciencia heredan las promesas" y esperan para que nos unamos a ellos (Heb. 7:25, 6:12).

Finalmente, recordemos que el tiempo es corto y la venida del Señor se acerca. Unas pocas batallas más y la última trompeta sonará, y el Príncipe de Paz vendrá a reinar en una tierra renovada. Un poco más de lucha y conflictos y luego diremos un adiós eterno a esta batalla y al pecado, a la pena y a la muerte. Entonces peleemos hasta el final y nunca nos rindamos. Así dice el Capitán de nuestra salvación: "Aquel que vence heredará todas las cosas, y Yo seré su Dios y el será Mi hijo" (Apo. 21:7).

Déjenme concluir todo con las palabras de John Bunyan en una de las más hermosas partes de su libro el Progreso del Peregrino. El describe el final de uno de sus mejores y más santos peregrinos; "Después de esto había murmuraciones de que el Sr. Valiente-por-la verdad había sido citado, por el mismo conducto que los otros. Y tenía esta palabra por símbolo de que la citación era verdadera: "El cántaro estaba quebrado junto a la fuente (Ecl. 12:6). Cuando él lo entendió, llamó a sus amigos y se los dijo. Entonces dijo: Voy a la casa de mi Padre, y aunque con gran dificultad he llegado hasta aquí, aún ahora no me arrepiento de todos los problemas que he tenido para llegar hasta donde estoy. Mi espada se la doy a aquel que me sucederá en mi peregrinación, y mi coraje y habilidades a quien pueda obtenerlas. Mis marcas y cicatrices las llevo conmigo, como testimonio de que he peleado Su batallas, a quien ahora será mi Galardonador". Cuando el día que en debía ir a casa había llegado, muchos lo acompañaron hasta la rivera del río, en el cual, a medida que se iba hundiendo, decía "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Y a medida que se hundía más profundamente, gritaba "Oh tumba, ¿dónde está tu victoria? Así murió y todas las trompetas sonaron por el al otro lado".

¡Quiera que tengamos un fin como este! ¡Quiera que nunca olvidemos que sin pelear no habrá santidad mientras vivimos y ninguna corona de gloria cuando muramos!

Notas al pie:

[1] 2 Autor indica Libro de Oraciones que es propio de la Iglesia de Inglaterra.

[3] John Wycliffe (1328-1384), fue un filósofo escolástico inglés, teólogo, predicador, traductor, reformista y profesor universitario, conocido como uno de los primeros disidentes de la Iglesia Católica Romana. John Huss (1369-1415) fue el más fiel de los discípulos de Wycliffe, pues siguió sus enseñanzas casi literalmente. Era un erudito, profesor de la Universidad de Praga, elocuente predicador y ardiente patriota. Martín Lutero (1483 – 1546 (Martin Luder - Martin Luther), teólogo, fraile católico agustino recoleto y reformador religioso alemán, en cuyas enseñanzas se inspiró la Reforma Protestante. Inauguró la doctrina teológica y cultural denominada luteranismo e influyó en las demás tradiciones protestantes. Su exhortación para que la Iglesia regresara a las enseñanzas de la Biblia, impulsó la transformación del cristianismo y provocó la Contrarreforma, como se conoce a la reacción de la Iglesia Católica Romana frente a la Reforma protestante. Nicholas Ridley (1500–1555), Obispo de Londres, fue uno de los tres mártires de Oxford del Anglicanismo. Hugh Latimer (1487–1555) Fue miembro del Clare College, Cambridge, Obispo de Worcerter antes de la Reforma y luego de la Iglesia de Inglaterra, capellán del Rey Eduardo VI. Bajo el reinado de la Reina María, fue quemado en la hoguera, volviéndose uno de los tres mártires de Oxford del Anglicanismo

[4] John Wesley (17 de junio de 1703 – † 2 de marzo de 1791), fue un pastor anglicano y teólogo cristiano británico. Nacido en Epworth, Lincolnshire, Inglaterra. A Juan Wesley junto con su hermano Carlos se les acredita principalmente la fundación del movimiento Metodista Inglés. George Whitefield (1714 – 1770), ministro de la Iglesia de Inglaterra, fue un dirigente destacado del movimiento metodista. Llegó a ser muy conocido por su entusiasta predicación en las colonias americanas del Imperio Británico, destacándose claramente como el principal dirigente del primer movimiento evangélico en el nuevo mundo, denominado Primer Gran Despertar, una sucesión espontánea de "avivamientos" cristianos protestantes en las colonias angloamericanas. William Wilberforce (1759 -1833), político, filántropo y abolicionista

británico, quien siendo miembro del Parlamento Británico, lideró una campaña en contra de la esclavitud.

5. EL COSTO

"¿Quién de ustedes, queriendo construir una torre, no se sienta primero y calcula el costo? (Luc 14:28).

La cita bíblica que encabeza esta página es una de gran importancia. Son pocas las personas que no se preguntan a sí mismas frecuentemente: "¿Cuál es el costo?"

Cuando se compra una propiedad, se construye una casa, se adquiere mobiliario, se arman planes, se cambian de casa, en la educación de los niños, es sabio y prudente mirar hacia adelante y considerar. Muchos se ahorrarían a sí mismos pesar y problemas si tan sólo recordaran la pregunta: "¿Cual es el costo?"

Sin embargo hay un tema en el cual es especialmente importante considerar el costo. Ese tema es la salvación de nuestras almas. ¿Cuánto cuesta ésta a un verdadero cristiano? ¿Cuál es el costo de ser realmente salvo? Después de todo, esta es la gran cuestión. Por falta de pensar miles, después de haber comenzado bien, vuelven sus espaldas al camino del cielo y se pierden para siempre en el infierno.

Vivimos tiempos extraños. Los eventos se producen con una rapidez abismante. Nunca sabemos "lo que el día nos traerá", ¡y mucho menos sabemos lo que puede pasar en un año! Vivimos en días de gran profesión cristiana. Las estadísticas de cristianos profesantes en cada parte de la tierra están señalando el deseo de mayor santidad y un mayor grado de espiritualidad. No hay nada más común que ver a las personas recibiendo la Palabra con alegría y luego de dos o tres años, apartándose y cayendo nuevamente en sus pecados. No han considerado el costo de ser un creyente consistente y un cristiano santo. De seguro estos son tiempos en los cuales debemos sentarnos y contabilizar el costo y considerar el estado de nuestras almas. Debemos pensar en qué estamos. Si deseamos ser verdaderamente santos, es una buena señal. Podemos agradecer a Dios por poner este deseo en nuestros corazones, pero aun así el costo debe ser contabilizado. No hay duda que el camino de Cristo a la vida eterna es un camino de agrado, pero es locura cerrar nuestros ojos al hecho que Su camino es angosto y que la cruz antecede a la corona.

1. EL COSTO DE SER UN CRISTIANO VERDADERO

Que no haya malentendido en lo que digo. No estoy examinando lo que cuesta salvar el alma de un cristiano. Sé muy bien que eso cuesta nada menos que la sangre del Hijo de Dios para dar expiación y redimir al hombre del infierno. El precio pagado por nuestra redención no es nada menos que la muerte de Jesucristo en el Calvario. "Somos comprados por un precio". "Cristo se dio a Sí Mismo en rescate de todos" (1 Cr. 6:20, 1 Tim. 2:6). Pero todo esto queda fuera del tema. El punto que quiero considerar es otro absolutamente distinto. Es aquel que un hombre debe estar listo a pagar si desea ser salvado; es la cantidad de sacrificio que un hombre debe ofrecer si pretende servir a Cristo. Ese es el sentido por el cual formulé la pregunta: ¿Cuál es el costo? Y creo firmemente que es una pregunta de mucha importancia.

Concedo que cuesta poco ser un cristiano de palabra. Un hombre solo tiene que ir a un lugar de adoración dos veces el domingo y ser moralmente tolerante durante la semana y ya ha ido en religión tan lejos como los miles alrededor suyo que nunca irán. Todo esto es un trabajo barato y fácil; no involucra abnegación ni sacrificio. Si esto es cristianidad salvadora y nos llevara al cielo cuando muramos debemos entonces alterar la descripción de la forma de vida y escribir "¡Ancha es la puerta y amplio el camino que lleva al cielo!"

Sin embargo, de acuerdo a los estándares de la Biblia, cuesta "algo" ser realmente un cristiano. Hay enemigos que vencer, batallas que pelear, sacrificios que hacer, un Egipto que abandonar, un desierto por el cual atravesar, una cruz que cargar, una carrera que correr. La conversión no es poner a un hombre en una silla de ruedas y conducirlo fácilmente al cielo. Es el comienzo de un conflicto poderoso, en el cual cuesta mucho ganar la victoria. De ahí que nace la importancia indescriptible de "saber el costo".

Déjenme intentar mostrarles en forma precisa y particular cuánto cuesta ser un verdadero cristiano. Supongamos que un hombre está dispuesto a enrolarse con Cristo y se siente impelido e inclinado a seguirlo. Supongamos que algunas aflicciones, una muerte inesperada o un sermón iluminador han removido su consciencia y le hace sentir el valor de su alma y desea ser un

verdadero cristiano. Todo lo alienta, sus pecados pueden ser perdonados gratis, no importa cuán grandes o muchos sean; su corazón puede ser completamente cambiado, sin importar cuán frio y duro sea. Cristo y el Espíritu Santo, misericordia y gracia, están ahí preparados para el… aun así debe considerar los costos. Veamos en detalle, una por una, las cosas que su religión le costará.

1. Ser verdadero cristiano costará dejar el propio concepto de justicia y rectitud. Se debe dejar todo el orgullo y buenos pensamientos y conceptos de la propia bondad. Se debe estar contento de ir al cielo como pobres pecadores salvados por la gracia gratuita y debiendo todo el mérito y rectitud a otro. Se debe sentir realmente como lo dice el libro de oraciones que señala que ha "errado y se ha descarriado como una oveja perdida", que ha "dejado sin hacer las cosas que debió haber hecho y que no hay sanidad en él". El debe estar deseoso de abandonar toda su confianza en su propia moralidad, respetabilidad, oración, lectura bíblica, concurrencia al templo, la recepción de sacramentos, y confiar en nada más que en Jesucristo.

2. Ser verdadero cristiano le costará al hombre sus pecados. Debe estar deseoso de abandonar cada hábito y práctica que es mala a los ojos de Dios. Debe encararlos, reñir contra ellos, romper con ellos, pelear con ellos, crucificarlos y trabajar para controlarlos, sin importar lo que el mundo alrededor suyo pueda decir o pensar. Debe hacerlo de manera honesta y equitativa. No puede dar ninguna tregua a cualquier pecado especial que ame. Debe contabilizar todos los pecados como sus enemigos de muerte y aborrecer cualquier camino falso. Sea pequeño o grande, sea público o secreto; debe renunciar por completo a todos sus pecados. Estos podrán contender diariamente con él y algunas veces casi se enseñorean, sin embargo, nunca debe dar espacio a ellos. Debe mantener una perpetua batalla con sus pecados. Está escrito: "Se llevó todas sus transgresiones". "Apártense de sus pecados… e iniquidades". "Dejen de hacer el mal" (Eze. 18:31, Dan 4:27, Isa 1:16).

Esto suena difícil, no lo dudo. Nuestros pecados son, a menudo, tan queridos para nosotros como lo son nuestros hijos: los amamos, los abrazamos, somos fieles a ellos y nos complacemos en ellos. Apartarse de ellos es tan difícil como cortarse la mano

derecha o arrancarse el ojo derecho, pero debe hacerse. El abandono debe producirse. "Aunque el mal sea dulce en la boca del pecador, aunque lo oculte debajo de su lengua, aunque no prescinda de él y no lo abandone", aun así debe ser abandonado si desea ser salvo (Job 20:12,13). El y el pecado deben pelar si él y Dios van a ser amigos. Cristo está ansioso de recibir a cualquier pecador, pero no lo recibirá si pegan a sus pecados.

El cristianismo le cuesta al hombre su amor por lo cómodo. Debe tomar los dolores y problemas si quiere correr una carrera exitosa al cielo. Diariamente debe vigilar y mantenerse en guardia, como un soldado en territorio del enemigo. Debe prestar atención a su comportamiento en cada hora del día, en cualquier compañía y lugar, en público como en privado, tanto entre extraños como en su propia casa. Debe ser cuidadoso con su tiempo, su lengua, su temperamento, sus pensamientos, su imaginación, sus motivos, su conducta en cada relación de vida. Debe ser diligente en sus oraciones, en la lectura de su Biblia, en el uso del domingo, con todos sus medios de gracia. Al considerar estas cosas, logrará pronto alcanzar perfección pero no debe descuidarse ni confiarse. "El alma del holgazán desea y no tiene nada, mas el alma del diligente será prosperada" (Prov. 13:4)
Esto también es difícil. Naturalmente, no existe nada que nos disguste tanto como "los problemas" de nuestra religión. Odiamos los problemas. Secretamente deseamos que pudiéramos tener una cristianidad indirecta y pudiéramos ser buenos por poder y que todo estuviera hecho para nosotros. Cualquiera cosa que requiera esfuerzo y trabajo es contra los principios de nuestros corazones. No obstante, el alma no puede tener "ganancias sin dolores".

4. Finalmente, la verdadera cristianidad le costará al hombre el favor del mundo. Debe estar contento de ser considerado insano si agrada a Dios. No debe extrañarse si se mofan, si es ridiculizado, calumniado, perseguido y aún odiado. No debe sorprenderse que sus opiniones y prácticas religiosas sean despreciadas y desdeñadas. Debe rendirse a ser llamado un tonto, un entusiasta y un fanático; a que sus palabras sean malinterpretadas y sus acciones tergiversadas. De hecho no debe maravillarse si alguien lo llama loco. El Maestro dice: "Recuerden la palabra que les dije: ´El sirviente no es mayor que su Señor´. Si ellos me han perseguido, también los perseguirán a ustedes. Si ellos guardan Mi palabra, también guardarán la de ustedes" (Jn 15:20)

Me atrevo a decir que esto es también duro. En forma natural nos disgusta el trato injusto y las falsas acusaciones, y pensamos que es muy difícil ser imputado sin causa. No seríamos de carne y sangre si no deseáramos que nuestros vecinos tuvieran buena opinión de nosotros. Siempre es desagradable que se hable contra nosotros, nos abandonen y se nos mienta y que nos deje solos. Nada se puede hacer contra esto. La copa que nuestro Maestro bebió debe ser bebida por Sus discípulos. Ellos deben ser "despreciados y desechados entre los hombres" (Isa 53:3). Pongamos este ítem en el último lugar de nuestra cuenta. Ser un cristiano, le costará a un hombre el favor del mundo.

¡Considerando el peso de este gran costo, descarado en realidad es el hombre que se atreve a decir que podemos mantener nuestra propia justicia, nuestros pecados, nuestra flojera y nuestro amor por el mundo y aún así ser salvos!

Más aún, concedo que cuesta mucho ser un cristiano verdadero. Sin embargo ¿puede un hombre o mujer sano dudar si vale tal costo salvar su alma? Cuando el barco está en peligro de naufragar, la tripulación no duda en tirar por la borda la preciosa carga. Cuando un miembro es mortificado, un hombre se somete a cualquier operación severa, incluso una amputación, para salvar su vida. Es seguro que un cristiano estará gustoso de dejar cualquier cosa que se interponga entre él y el cielo. Una religión que nada cuesta, nada vale. Una cristianidad barata, sin una cruz, probará en el final ser inútil, sin una corona.

2. LA IMPORTANCIA DE HACER LA CUENTA

Sería fácil establecer este tema indicando el principio que ningún deber impuesto por Cristo puede alguna vez ser rechazado sin daño. Podría mostrar cuántos, a lo largo de su vida, cierran sus ojos a la naturaleza de la religión salvadora y rechazan considerar lo que realmente cuesta ser un cristiano. Podría describir como, al final, cuando la vida se desvanece, despiertan y hacen unos pocos esfuerzos espasmódicos para volverse a Dios. Podría decir como ellos encuentran, con asombro, que el arrepentimiento y la conversión no son asuntos fáciles como supusieron y que cuesta "una gran suma" ser un cristiano verdadero. Ellos descubren que los hábitos de orgullo, indulgencia pecaminosa y el amor por lo

cómodo y la mundanería no son fáciles de poner a un lado como soñaron que sería. Y así, después de una débil batalla, ¡ellos abandonan con desesperación, y dejan el mundo sin esperanza, sin gracia y no aptos para encontrarse con Dios! Todos los días, se habían ilusionado a sí mismos con que la religión sería un trabajo llevadero desde el momento en que la asumieron seriamente la primera vez. Sin embargo, abren sus ojos demasiado tarde y descubren por primera vez que ellos están arruinados porque nunca contabilizaron el costo.

Hay, sin embargo, un cierto grupo de personas para quienes deseo especialmente dirigirme en esta parte del tema. Forman una clase grande, que crece y una que, particularmente estos días, está en riesgo especial. Déjenme en unas pocas palabras directas describir esta clase. Merece nuestra mejor atención.

Las personas a las que me refiero no están despreocupadas acerca de la religión; ellos piensan mucho en ella. No son ignorantes; ellos conocen muy bien el perfil de ella, pero su gran defecto es que ellos no están "enraizados y plantados" en su fe. Muy a menudo ellos han tomado su conocimiento de segunda mano, son parte de familias religiosas, tienen entrenamiento en los usos religiosos pero nunca han trabajado en ella por medio de su propia experiencia interior. Demasiado a menudo ellos han hecho apresuradamente una profesión religiosa bajo presión de las circunstancias, de los sentimientos, de la excitación animal o de un vago deseo de hacer lo que otros hacen a su alrededor, pero sin un trabajo sólido de la gracia en sus corazones Personas como estas están en una posición de inmenso peligro. Ello son precisamente aquellos, si los ejemplos bíblicos valen en algo, que necesitan ser exhortados a considerar el costo.

Por no considerar el costo, millares de hijos de Israel perecieron miserablemente en el desierto entre Egipto y Canaán. Ellos dejaron Egipto llenos del celo y fervor, como si nada pudiera detenerlos. Sin embargo cuando se enfrentaron a los peligros y dificultades del camino, su coraje pronto se enfrió. Nunca consideraron los problemas. Ellos habían pensado que la tierra prometida estaría ante ellos en unos pocos días. Y cuando su enemigos, las privaciones, el hambre y la sed comenzaron a apoderase de ellos, murmuraron contra Moisés y Dios y sinceramente habrían vuelto de

regreso a Egipto. En una palabra, ellos no habían considerado el costo y así perdieron todo y murieron en sus pecados.

Por no considerar el costo, muchos de los oyentes de nuestro Señor Jesucristo se devolvieron luego de un tiempo, y "no caminaron con El" (Jn. 6:66). Al principio, cuando vieron Sus milagros y escucharon Su prédica, pensaron "que el reino de Dios se establecería de inmediato". Ellos se unieron con Sus apóstoles y Lo siguieron sin pensar en las consecuencias. Pero cuando descubrieron que había doctrinas difíciles de creer y trabajo duro que hacer y maltrato que soportar, su fe se esfumó enteramente probando no ser nada en absoluto. En una palabra, ellos no habían considerado el costo e hicieron que su profesión naufragara.

Por no considerar el costo, el Rey Herodes volvió a sus antiguos pecados y destruyó su alma. Le gustaba escuchar a Juan El Bautista. Lo observaba y lo honraba como un hombre justo y santo. Incluso "hizo muchas cosas" que eran correctas y buenas, pero cuando vio que debía dejar a su querida Herodías, su religión sucumbió por completo. No había considerado esto. No había considerado el costo (Mar. 6:20).

Por no considerar el costo, Demas abandonó la compañía de Pablo, abandonó el evangelio, abandonó a Cristo, abandonó el cielo. Por un largo tiempo viajó junto al gran apóstol de los gentiles y fue realmente su "colaborador", pero cuando se dio cuenta que no podía tener la amistad del mundo como la de Dios, abandonó su cristianidad y partió al mundo. "Demas me ha abandonado", dice Pablo, "por amor el mundo" (2 Tim 4:10). No "había considerado el costo"

Por no considerar el costo, los oyentes de los predicadores evangélicos llenos de poder a menudo van a finales miserables. Ellos se conmocionan y excitan y hacen profesión de lo que no experimentan en realidad. Reciben la Palabra con una "alegría" tan extravagante que casi sobresalta a los viejos cristianos. Por un tiempo, corren con tal celo y fervor que parecen probablemente sobrepasar a todos los otros. Hablan y trabajan por objetivos espirituales con tal entusiasmo que hacen que los creyentes antiguos se sientan avergonzados. Sin embargo, cuando la novedad y la frescura de sus sentimientos se han ido, les sobreviene un cambio. Ellos prueban no haber sido más que

oidores de pedregales. La descripción que el gran Maestro da en la parábola del sembrador es exactamente ejemplificadora. "Tentación o persecución por causa de la Palabra, los ofende" (Mat 13:21). Poco a poco su celo se derrite y su amor se vuelve frío. Uno a uno sus asientos en la asamblea del pueblo de Dios se van vaciando y no son escuchados nunca más entre los cristianos. ¿Y por qué? Nunca habían considerado el costo.

Por la falta de considerar el costo, cientos de convertidos profesantes, bajo reavivamientos religiosos, vuelven al mundo después de un tiempo y traen desgracia a la religión. Ellos comienzan con una noción tristemente equivocada de lo que es la verdadera cristianidad. Ellos fantasean que ella consiste sólo y nada más que la tan llamada "venida de Cristo" y tienen fuertes sentimientos interiores de alegría y paz, y cuando encuentran, después de un tiempo, que hay una cruz que cargar, que nuestros corazones son embusteros, y que hay un demonio ocupado siempre cerca nuestro, se enfrían en disgusto y regresan a sus viejos pecados. ¿Y por qué? Porque nunca supieron realmente lo que es la cristianidad bíblica. Nunca aprendieron que debemos considerar el costo.

Por no considerar el costo, los hijos de padres religiosos a menudo se vuelcan en lo malo y traen desgracia a la cristianidad. Son familiarizados desde pequeños con las forma y la teoría del evangelio, se les enseña desde pequeños a repetir los textos claves, cada semana son instruidos en ella o instruyen a otros en las escuelas dominicales, crecen a menudo profesando una religión sin saber por qué o sin haber nunca pensado seriamente acerca de ella. Y luego cuando las realidades de la vida de un adulto los presionan, a menudo asombran a otros alejándose de su religión y sumergiéndose derecho en el mundo. ¿Y por qué? Nunca entendiendo completamente los sacrificios que involucra ser cristiano. Nunca se les enseñó a considerar el costo de ello.

Estas son verdades solemnes y dolorosas, pero son verdades. Ellas ayudan a mostrar la inmensa importancia del tema que estoy considerando. Ellas puntualizan la absoluta necesidad de machacar el tema de este mensaje en todos aquellos que tienen el deseo de ser santos y de exclamar alto en todas las iglesias "CONSIDEREN EL COSTO".

Soy atrevido al decir que sería bueno que el deber de considerar el costo se enseñara más frecuentemente. Urgencia impaciente es la orden del Qué día en muchos religiosos. Conversiones instantáneas y una paz sensible inmediata son los únicos resultados de los cuales ellos se preocupan al comunicar el evangelio. Comparadas con ellas todas las otras cosas quedan destinadas a las sombras. Aparentemente, producirlas es el gran fin y objeto de sus trabajos. Digo sin vacilación que una enseñanza desnuda, de un modo parcial es en extremo maliciosa.

Que ninguno se equivoque con esto. Apruebo a conciencia que se ofrezca a los hombres una salvación en Cristo Jesus completa, libre, en el momento e inmediata. Apruebo a conciencia urgir en un hombre la posibilidad y el deber de una conversión inmediata. En estas materias no le doy orden a nadie, sin embargo, digo que estas verdades no deben ser puestas delante de los hombres desnudas, en forma simple y por sí mismas. Deben exponerse en forma honesta, indicando a lo que ellos se están enfrentando al profesar su deseo de salir del mundo y servir a Cristo. No puede ofrecérseles ser parte del ejercito de Cristo, en cualquiera de sus rangos, sin indicarles las batallas que ello involucra. En una palabra, se les debe decir honestamente que deben considerar el costo.

Si alguna persona se pregunta cuál fue la práctica del Señor Jesucristo en este tema, que lea el evangelio de Lucas. El nos dice que, en una cierta ocasión: "Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo". (Luc 14:25-27). Debo decir abiertamente que no puedo reconciliar este pasaje con las conductas de muchos maestros religiosos modernos. Y aún más, en mi opinión, la doctrina de esta es clara como la luz del mediodía. Nos muestra que no debemos apresurar a los hombres a un discipulado de profesión sin advertirles claramente sobre considerar el costo.

Si alguno se pregunta cuál fue la práctica de los eminentes y mejores predicadores del evangelio en el pasado, soy preciso en decirles que todos ellos tenían en sus bocas el testimonio de la sabiduría de nuestro Señor en manejar multitudes de la forma en

que me he referido anteriormente. Luther, Latimer, Baxter, Wesley, Whitefield, Berridge y Rowland Hill estaban de modo penetrante apercibidos del engaño que habita en el corazón del hombre. Ellos sabían muy bien que todo lo que brilla no es oro; que la convicción no es conversión, que el sentimiento no es fe, que el sentimiento no es gracia, que no todos los retoños vienen con fruto. "No se engañen" era su constante grito. "Consideren bien lo que hacen. No corran antes de ser llamados. Consideren el costo".

Si deseamos hacer bien, nunca tengamos vergüenza de caminar los pasos de nuestro Señor Jesucristo. Trabaje duro si usted desea, y tiene la oportunidad, de cuidar las almas de los otros. Presiónelos a considerar sus caminos. Compélalos con violencia santa a venir, bajar sus armas y someterse a Dios. Ofrézcales salvación, lista, libre, completa e inmediata. Hágales que acepten a Cristo y Sus beneficios, pero en todo su trabajo dígales la verdad y toda la verdad. Avergüéncese de usar las artes vulgares para reclutar contingente. No hable sólo del uniforme, la paga y la gloria, hable también de los enemigos, la batalla, la armadura, la vigilia, la marcha y el ejercicio. No presente tan solo un lado de la cristianidad. No guarde la cruz de la abnegación que debe ser llevada cuando usted hable de la cruz en la cual Cristo murió por nuestra redención. Explique en su todo lo que la cristianidad involucra. Ruegue a los hombres para que se arrepientan y vengan a Cristo pero decláreles al mismo tiempo que deben considerar el costo.

3. ALGUNOS CONSEJOS

Apenado de verdad debiera estar si no dijera algo en esta etapa del tema. No tengo deseos de desanimar a ninguno o que alguno se desista del servicio a Cristo. Es el deseo de mi corazón impeler a todos de continuar adelante y tomar la cruz. Consideremos el costo por todos los medios y considerémoslo cuidadosamente. Recordemos que si lo consideramos correctamente y miramos todas las aristas no habrá nada que nos provoque temor.

Déjenme mencionar algunas cosas de que deben estar siempre dentro de nuestros cálculos al considerar el costo de la verdadera cristianidad. Pongamos honesta y justamente lo que usted deberá dejar y pasar si usted se convierte en un discípulo de Cristo. No omitamos nada. Pongamoslo todo. Pongamos de lado a lado las

sumas que le voy a dar. Hago esto limpia y correctamente y no tengo miedo de los resultados.

a. Cuente y compare las ganancias y las perdidas, si usted es un cristiano de corazón verdadero y santo. Usted posiblemente puede perder algo en este mundo pero usted ganará la salvación de su alma inmortal. Esta escrito: "¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mar 8:36).

b. Cuente y compare la alabanza y la culpa, si usted es un cristiano de corazón verdadero y santo. Usted posiblemente puede ser culpado por el hombre pero tendrá la alabanza de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Su culpa vendrá de los labios de unos pocos hombres y mujeres pecaminosas, ciegas y falibles. Su alabanza vendrá del Rey de reyes y el Juez de toda la tierra. Es sólo aquellos que El bendice los que serán realmente bendecidos. Esta escrito "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mat. 5:11,12).

c. Cuente y compare los amigos y los enemigos, si usted es un cristiano de corazón verdadero y santo. A un lado suyo están la enemistad del demonio y de los perversos. Al otro, usted tiene el favor y la amistad del Señor Jesucristo. Sus enemigos, a lo sumo, pueden magullarle el talón. Ellos pueden expresar su rabia voz en cuello y acompasar el mar y la tierra para trabajar por su ruina pero no pueden destruirlo. Su Amigo es capaz de salvar hasta lo máximo a todos aquellos que vienen a Dios a través de Él. Ninguno podrá jamás arrebatar a Su oveja de Su mano. Esta escrito: "No tengan miedo de aquellos que pueden matar el cuerpo y que después de eso no pueden nada mas, pero les advierto de aquel a quien deben temer, temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed" (Lucas 12:5).

d. Cuente y compare la vida que ahora es y la vida que vendrá, si usted es un cristiano de corazón verdadero y santo. El tiempo actual, sin ninguna duda, es un tiempo difícil. Es un tiempo de vigilia y oración, pelea y lucha, de creer y trabajar. Pero es sólo por unos pocos años. El tiempo futuro es un tiempo de descanso y

estimulando. El pecado será eliminado. Satanás será atado. Y, lo mejor de todo, será un descanso eterno. Esta escrito: "Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; 18 no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Cor. 4:17,18).

e. Cuente y compare los placeres del pecado y la felicidad del Servicio a Dios, si usted es un cristiano de corazón verdadero y santo. Los placeres que el hombre mundano se da a sí mismo por sus propios medios son vanos, irreales e insatisfactorios. Ellos son como fuego de espinas, chispeantes y crujientes por unos pocos minutos pero que luego se sofocan para siempre. La felicidad que Cristo da a su Pueblo es algo sólido, duradero y sustancial. No depende de la salud o las circunstancias. Nunca abandona al hombre, ni aún en su muerte. Concluye en la corona de gloria que no se desvanece. Está escrito: "Que la alegría de los hipócritas es breve." "Porque la risa del necio es como el estrépito de los espinos debajo de la olla" (Job 20:5, Ecl 7:6). También está escrito: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Jn 14:27).

f. Cuente y compare los problemas que la verdadera cristianidad conlleva y los problemas que se almacenan para los malvados más allá de la tumba. Conceda por un momento que la lectura de la Biblia, orar, arrepentirse, creer y vivir santamente requiere dolor y abnegación. Todo esto es nada comparado a la ira que vendrá que está almacenada por los impenitentes y no creyentes. Un solo día en el infierno será peor que una vida entera llevando la cruz. El "gusano que nunca muere y el fuego que no se sofoca" son cosas que sobrepasan el poder humano de concebir o describir completamente. Esta escrito: "Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes a lo largo de tu vida, y de la misma forma Lázaro, males; pero ahora él es consolado y tú atormentado". (Luc 16:25).

g. Cuente y compare el número de aquellos quienes se vuelven de sus pecados y del mundo y que sirven a Cristo, y el número de aquellos que abandonan a Cristo y retornan al mundo. En un lado usted encontrará miles; en el otro, ninguno. Multitudes están cada año saliendo del camino ancho y entrando al angosto. Ninguno que realmente entra al camino angosto se cansa de él y retorna al

ancho. Las huellas en el camino de bajada se ven menudo saliéndose de éste. Las huellas en el camino al cielo son de una vía. Está escrito: "El camino de los impíos es como la oscuridad". "El camino de los transgresores es duro" (Prov. 4:19, 13:15). Pero está también escrito: "Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto". (Prov. 4:18)

Sumas como estas, sin duda, no se hacen regularmente en forma correcta. Estoy bien apercibido de que no pocos están siempre "vacilando entre dos opiniones". No pueden decidirse de cuan valioso es servir a Cristo. Las pérdidas y ganancias, las ventajas y desventajas, las penas y las alegrías, las ayudas y los obstáculos a ellos les parece que están balanceadas y no pueden decidirse por Dios. Ellos no pueden hacer esta gran suma correctamente. Ellos no pueden obtener el resultado tan claro como debe ser. Ellos no cuentan bien.

¿Pero por qué ellos yerran tan grandemente? No tienen fe. Pablo nos aconseja de cómo llegar a la conclusión correcta en lo que se refiere a nuestras almas en Hebreros 11, revelando el poderoso principio que opera en los negocios cuando hacemos la cuenta. Ese es el mismo principio que Noé entendió y que yo aclararé ahora.

¿Cómo fue que Noé perseveró en construir el arca? Permaneció solo en medio de un mundo de pecadores y no creyentes. Tuvo que soportar el desdeño, que lo ridiculizaran y las mofas. ¿Qué era lo que mantenía su brazo y lo hizo trabajar pacientemente y encararlo todo? Fue su fe. El creyó en la ira por venir. El creyó que no había seguridad alguna, excepto en el arca que él estaba preparando. Creyendo, no dio crédito a la opinión del mundo. El consideró el costo por la fe y no tuvo dudas que construir el arca era ganancia.

¿Cómo fue que Moisés abandonó los placeres de la casa de Faraón y rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón? ¿Cómo fue que dejó su todo por gente despreciada como los Hebreos y arriesgó todo en este mundo por llevar adelante el gran trabajo de su liberación de la esclavitud? En el sentido práctico "estaba perdiendo todo a cambio de nada". ¿Qué lo movió? Fue su fe. Creyó que la "compensación del premio" era mayor que todos los honores en Egipto. Consideró el costo por fe, viendo a "Aquel es invisible", y

fue persuadido que abandonar Egipto e ir hacia el desierto era ganancia.

¿Cómo fue que Saulo, el fariseo, pudo decidirse a ser un cristiano? El costo y el sacrificio del cambio eran temerosamente grandes. El abandonó todas sus brillantes posibilidades entre su propia gente. Se puso a sí mismo, en lugar de obtener el favor de los hombres, en ser un hombre odiado, considerado enemigo y perseguido aún hasta la muerte. ¿Qué fue lo que lo posibilitó a enfrentar todo esto? Fue su fe. El creyó que Jesús, quien lo encontró en el camino a Damasco, podría darle cien veces más de lo que debía abandonar y, en el mundo por venir, una vida eterna. Por fe consideró el costo y vio claramente el lado en que la balanza se inclinaba. El creyó firmemente que llevar la cruz de Cristo era ganancia.

Señalemos bien estas cosas. La fe que hizo a Noé, Moisés y Pablo hacer lo que ellos hicieron, esa fe es el gran secreto de llegar a la conclusión correcta cuando hablamos de nuestras almas. Esa misma fe debe ser nuestra ayudadora y rápida calculadora cuando nos sentemos a considerar el costo de ser un verdadero cristiano, es la misma fe con que pedimos "Danos más gracia". Armados con esa fe pondremos las cosas en su verdadero lugar. Llenos de fe, ni agregaremos nada a la cruz ni sacaremos nada de la corona. Nuestras conclusiones serán todas correctas. Nuestra suma final no tendrá errores.

1. Hagamos ahora una pregunta seria: ¿Cuánto le cuesta a usted su cristianidad? Es muy probable que no le cueste nada. Es probable que no le cueste problemas, tiempo, pensamientos, cuidado, dolor, lectura, oraciones, abnegación, conflictos, trabajo, ninguna obra. Ahora note lo que digo: Tal religión nunca salvará su alma. Nunca le dará paz mientras viva ni esperanza mientras muera. No lo sustentará en el día de la aflicción, no lo alegrará en la hora de la muerte. Una religión que no cuesta nada no vale nada. Despierte antes de que sea demasiado tarde. Despierte y arrepiéntase. Despierte y conviertase. Despierte y crea. Despierte y ore. No descanse hasta que pueda dar una respuesta satisfactoria a mi pregunta: ¿Cuánto le cuesta?

Piense, si usted desea motivos conmovedores para servir a Dios, en lo que cuesta entregarle salvación a su alma. Piense como el Hijo

de Dios dejó el cielo y se volvió Hombre, sufrió en la cruz y permaneció en la tumba para pagar su deuda con Dios y trabajar por su completa redención. Piense en todo esto y aprenda que no es materia simple poseer un alma inmortal. Vale la pena hacerse problemas por el alma de uno.
Ah, hombre y mujer floja, hemos llegado realmente a esto. ¿Usted se perderá el cielo por no hacerse problemas? ¿Está realmente determinado a un naufragio sólo por el simple disgusto del esfuerzo? Fuera con el pensamiento vano y cobarde. Levántese sea un hombre / mujer. Dígase a usted mismo "Cualquiera sea el costo, yo, me esforzaré por entrar por la puerta estrecha". Mire a la cruz de Cristo y tome nuevo coraje. Mire la muerte, el juicio y la eternidad y sea serio. Ser un cristiano puede costar mucho pero puede estar seguro que paga.

Si algún lector de este mensaje realmente siente que ha considerado el costo y ha tomado su cruz, lo conmino a perseverar y continuar. Me atrevo a decirles que aun cuando a menudo sientan su corazón débil y sean profundamente tentados a abandonar en desesperación; cuando sus enemigos parecen ser muchos, sus pecados arremetan fuerte; sus amigos sean tan pocos, el camino tan empinado y angosto, y ustedes puedan saber apenas qué hacer, les digo, perseveren y continúen.
El tiempo es breve. Unos pocos años más vigilando y orando, unos pocos más zarandeos en el mar de este mundo, un poco de muertes y cambios, un poco más de inviernos y veranos y todo acabará. Habremos peleado nuestra última batalla y no necesitaremos pelear más.

La presencia y compañía de Cristo nos compensará por todo lo que sufrimos aquí abajo. Cuando veamos cómo hemos sido vistos y miremos atrás el viaje de la vida, nos asombraremos de nuestra propia debilidad de corazón. Nos maravillaremos de cuánto hicimos por nuestra cruz y de lo poco que pensamos en nuestra corona. Nos maravillaremos que al considerar el costo no podríamos haber dudado de cual lado la balanza ganadora se inclina. Tomemos coraje. No estamos lejos de casa. Puede costar mucho ser un verdadero cristiano y un hombre consistentemente santo, pero paga.

6. CRECIMIENTO

"Crece en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". (2 Ped. 3:18).

El tema del texto que encabeza esta página es uno que debe ser de sumo interés para cada cristiano verdadero. Este, en forma espontánea, nos lleva a la pregunta: ¿Crecemos en gracia? ¿Nos llevamos con nuestra religión? ¿Hacemos progresos?

No puedo esperar que ésta pregunta llame la atención de un cristiano meramente formal. Un hombre que no tiene nada más que una religión de domingos –cuya cristianidad es como su ropa de domingo, que se pone una vez a la semana y luego deja aparte- de ese hombre no podemos esperar que se preocupe del crecimiento en gracia El no sabe nada acerca de estos temas. Son locura para él (1 Cor. 2:14). No obstante para todo aquel que es completamente fervoroso acerca de su alma, que tiene hambre y sed por su vida espiritual, estas preguntas deben ser acogidas con una fuerza escrutadora. ¿Hacemos progresos en nuestra religión? ¿Crecemos?

La pregunta es una que es siempre útil, pero especialmente lo es en ciertas ocasiones. Un sábado por la noche, un domingo de comunión, el regreso de un cumpleaños, el fin de un año –todas estas son ocasiones que deben ponernos a pensar y meditar sobre lo que tenemos dentro. El tiempo vuela. La vida se va rápidamente. La hora, está diariamente acercándose, en la cual la realidad de nuestra cristianidad será testeada, y será probado si hemos construido sobre "la roca" o sobre "la arena". ¿Es seguro que de tiempo en tiempo hacemos un autoexamen y consideramos el estado de nuestras almas? ¿Permanecemos en las cosas espirituales? ¿Crecemos?

El asunto es uno de especial importancia en nuestros días. Opiniones crudas y extrañas flotan en las mentes de los hombres sobre algunos puntos de la doctrina, y entre otros sobre el punto de crecimiento en gracia como una parte esencial de la verdadera santidad. Algunos lo niegan totalmente; otros buscan una explicación convincente y lo menoscaban. Es malentendido por

miles y, consecuentemente, descuidado. En días como éste, es útil mirar objetivamente todo el tema del crecimiento cristiano.

En la medida en que analicemos el tema, quiero mencionar sobre la realidad, las marcas o señales y los medios de crecimiento en gracia.

No conozco a quien en cuyas manos este texto caerá, sin embargo, no me siento avergonzado de solicitar su mayor atención a su contenido. Créame, el tema no es una mera materia especulativa o de controversia. Es un tema eminentemente práctico, si existe alguno de este tipo en religión. Está íntima e inseparablemente conectado con todo el tema de la santificación. Es la marca distintiva para los verdaderos santos que crecen. La salud espiritual y la prosperidad, la felicidad espiritual y la comodidad de cada cristiano de corazón y santo, están íntimamente ligadas con el tema del crecimiento espiritual.

1. LA REALIDAD DEL CRECIMIENTO RELIGIOSO

Es, a primera vista, una cosa extraña y triste que cualquier cristiano pueda negar la realidad del crecimiento religioso. Aún cuando es justo recordar que el entendimiento del hombre ha caído tanto como su voluntad. Desacuerdos acerca de las doctrinas son a menudo nada más que desacuerdos en los significados de las palabras. Esperaría que no fuera de igual modo en este caso. Trato de creer que cuando hablo de crecimiento en gracia y mantenerlo, aludo a una cosa, mientras mis hermanos, que la niegan, dicen otra cosa muy distinta. Por lo tanto, déjenme despejar el camino explicando a lo que me refiero.

Cuando me refiero al crecimiento en gracia, ni por un momento quiero decir que el interés de un creyente en Cristo puede crecer. No quiero decir que puede crecer en seguridad, aceptación de Dios o garantía. No quiero decir que él estará alguna vez más justificado, más perdonado o más en paz con Dios de lo que estuvo en el momento de su conversión. Mantengo firmo que la conversión de un cristiano está terminada, es perfecta y un trabajo completo y que los santos más débiles, aunque no lo sepan o no lo sientan, están justificados tan completamente como los más fuertes. Mantengo firme que nuestra elección, llamado y permanencia en Cristo no admite grados, crecimiento o

disminuciones. Si alguno sueña que por crecimiento en gracia me refiero al crecimiento en justificación, está ampliamente fuera de la marca y muy equivocado acerca de todo el punto que estoy considerando. Iría a hoguera, Dios me ayude, por la gloriosa verdad de que en la materia de justificación ante Dios cada creyente es completo en Cristo (Col. 2:10); nada puede agregarse a su justificación desde el momento que cree y nada puede quitarse.

Cuando hablo de crecimiento en gracia, me refiero solamente al incremento en grado, tamaño, fortaleza, vigor y poder de las gracias/dones que el Espíritu Santo planta en el corazón de cada creyente. Sostengo que cada una de esas gracias admite crecimiento, progreso e incremento. Sostengo que el arrepentimiento, fe, esperanza, amor, humildad, celo, coraje y cosas similares pueden ser pequeñas o grandes, fuertes o débiles, vigorosas o febles, y pueden variar grandemente en el mismo hombre en diferentes etapas de su vida. Cuando hablo de un hombre que crece en gracia, me refiero simplemente a esto –que su sentido de pecado se hace más profundo, su fe más fuerte, su esperanza más iluminadora, su amor más extensivo, su espiritualidad más marcada. Siente más el poder de la divinidad en su propio corazón. Manifiesta más de eso en su vida. Dejo a otros la labor de describir la condición de este hombre usando las palabras que a ellos complazcan. Para mí, pienso que es más verdadero y una mejor cuenta de este estado decir que crece en gracia.

Una base principal en la cual yo baso esta doctrina del crecimiento en gracia es el simple lenguaje de las Escrituras. Si las palabras en la Biblia significan algo, existe una cosa como el crecimiento y los creyentes deben ser exhortados a crecer. ¿Qué dice Pablo? "Tu fe crece sobreabundantemente" (2 Tes. 1:3). "Os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más (1 Tes. 4:10). "Creciendo en el conocimiento de Dios" (Col. 1:10). "Esperamos que conforme crezca vuestra fe" (2 Cor. 10:15). "Y el Señor os haga crecer y abundar en amor" (1 Tes. 3:12). "Crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo" (Efe. 4:15). "Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más" (Fil 1:9). "Rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios, así abundéis más y más". (1 Tes. 4:1). ¿Qué dice Pedro? "Desear la

leche sincera de la Palabra, para que puedan crecer de ese modo" (1 Ped. 2:2). "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 3:18). No sé lo que otros puedan pensar sobre estos textos. Para mí, ellos parecen establecer la doctrina sobre la cual estoy arguyendo y soy incapaz de alguna otra explicación. El Crecimiento en gracia se enseña en la Biblia. Podría detenerme aquí y no decir nada más.

La otra base, sin embargo, en la cual construyo la doctrina del crecimiento en gracia, son los hechos y la experiencia. Pido a cualquier lector honesto del Nuevo Testamento indicar si no puede ver los grados de gracia en los santos cuyas historias se registran en él, tan claramente como la luz del mediodía. Le pregunto si no puede ver en las mismas personas una diferencia tan grande de fe y conocimiento en un momento de sus vidas y luego en otro, o entre la fortaleza del mismo hombre cuando niño o cuando adulto. Le pregunto si las Escrituras no reconocen distintivamente esto en el lenguaje que usa, cuando habla de fe "débil" o fe "firme", o de los cristianos "como recién nacidos", "niños pequeños", "hombres jóvenes" y "padres" (1 Ped. 2:2, 1 Jn 2:12.14). Le pregunto, por sobre todo, si su propia observación de los creyentes de nuestros días no lo lleva a la misma conclusión. ¿Por qué los cristianos no confiesan que hay mucha diferencia entre los grados de su propia fe y conocimiento desde el momento en que se convirtieron y el momento actual, tanta diferencia como hay entre un árbol joven y un árbol bien crecido? Sus gracias son las mismas en principio pero han crecido. No sé cómo estos hechos golpean a otros, pero a mis ojos parecen probar, la mayoría sin refutación alguna, que el crecimiento en gracia es un hecho real.

Me siento casi avergonzado de lidiar tanto con esta parte del tema. De hecho, si cualquier hombre quiere decir que la fe, la esperanza, el conocimiento y la santidad de una persona nueva en Cristo son tan fuertes como aquellas de un cristiano ya establecido y no necesitan incremento, es una pérdida de tiempo seguir argumentando. Sin duda que ellos son reales –pero no tan vigorosos- como las semillas que el Espíritu planta, pero no aún tan provechosos. Y si alguno pregunta cómo se fortalecen, debo decir que debe ser por el mismo proceso por el cual todas las cosas vivientes se desarrollan –deben crecer. Y esto es a lo que me refiero cuando hablo de crecimiento en gracia.

Quiero que los hombres miren el crecimiento en gracia como un asunto de infinita importancia para el alma. En un sentido más práctico, nuestros mejores intereses estarían satisfechos con una indagación seria en el tema del crecimiento espiritual.

a. Sepamos en consecuencia, que el crecimiento en gracia es la mayor evidencia de la salud espiritual y prosperidad. En un niño o en una flor o en un árbol, sabemos perfectamente que si no hay crecimiento existe algo anormal. Una vida saludable en un animal o un vegetal se mostrará a sí misma siempre a través del progreso y el aumento. Lo mismo ocurre con nuestras almas: Si están progresando y haciendo lo correcto, crecerán.

b. El crecimiento en gracia es un camino para ser feliz en nuestra religión. Dios sabiamente ha puesto juntos nuestro agrado y nuestro aumento en santidad. El ha hecho, con gracia, que nuestro interés sea seguir adelante y apuntar alto en nuestra cristianidad. Hay una diferencia enorme entre la cantidad de placer sensible que tiene un creyente en su religión comparado con otro. Sin embargo, usted puede estar seguro que normalmente el hombre que siente más "regocijo y paz en creer" y que posee testimonio más claro del Espíritu en su corazón, es un hombre que crece.

c. El crecimiento en gracia es un secreto de utilidad para otros. Nuestra influencia en otros para el bien depende de lo que ellos vean en nosotros. Los hijos del mundo miden más bien la cristianidad por lo que ven que por lo que oyen. El cristiano que siempre está paralizado, en todas las apariencias es el mismo hombre, con las mismas pequeñas fallas y debilidades y pecados establecidos y pequeñas dolencias, rara vez es el cristiano que hace bien. El hombre que tiene una mente inquieta y abierta y fragua los pensamientos del mundo es un creyente que está continuamente mejorando y yendo adelante. Los hombres piensan que hay vida y realidad cuando ellos ven el crecimiento.

d. El crecimiento en gracia agrada a Dios. Puede parecer una cosa maravillosa, sin duda, que todo lo que hagan las criaturas que somos pueda ser de agrado al Dios Más Alto. Pero es así. Las Escrituras hablan del caminar de forma tal de agradar a Dios. Las Escrituras dicen que hay sacrificios que "agradan a Dios" (1 Tes. 4:1, Heb. 13:16). El agricultor ama ver a las plantas en las que ha

invertido trabajo, florecer y fructificar. No puede más que desaprobar y afligirse si las ve atrofiadas y muertas. ¿Y que dice Nuestro Señor? "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador". "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos" (Jn 15:1, 8). El Señor se agrada de todo Su pueblo, pero especialmente de aquellos que crecen.

e. Mostremos, por sobre todo, que el crecimiento en gracia no es sólo una cosa posible sino una cosa de la cual los creyentes son responsables. Pedirle a un hombre no convertido, muerto en pecados, crecer en gracia sería sin duda absurdo. Pedirle a un creyente, que está despierto y vivo en Dios, crecer es emplazarlo a un simple deber escritural. El tiene un nuevo principio dentro y es un deber solemne no sofocarlo. Ignorar el crecimiento le roba los privilegios, contrista al Espíritu y hace que las ruedas del carro de su alma se muevan pesadamente. ¿De quién es la culpa, me gustaría saber, si un creyente no crece en gracia? La culpa, estoy seguro, no puede ser puesta en Dios. El se complace en dar más gracia, El "se agrada con la prosperidad de Sus siervos" (Sal 35:27). La culpa sin duda es tan solamente nuestra. Si no crecemos, sobre nosotros mismos cae la culpa.

2. LAS MARCAS DEL CRECIMIENTO RELIGIOSO

Demos por garantizado que no cuestionamos la realidad del crecimiento en gracia y su enorme importancia. Hasta aquí todo bien. Sin embargo, usted quiere saber ahora cómo alguien puede averiguar si crece o no en gracia. Le contesto, en primer lugar, diciendo que somos jueces pobres de nuestra propia condición y que quienes nos rodean a menudo nos conocen mejor que nosotros mismos. Añado que hay ciertas e indudables grandes marcas y señales del crecimiento en gracia, y dondequiera que usted vea estas marcas usted verá un alma que crece. Pondré, a continuación, en orden algunas de estas marcas.

a. Una marca del crecimiento en gracia es la humildad incrementada. Cada año, el alma de un hombre que crece siente más su propia pecaminosidad y falta de meritos. El está presto en decir junto con Job "Soy vil", y con Abraham "Soy polvo y cenizas", y con Jacob "No soy merecedor de la más pequeña de tus misericordias", y con David "Soy un gusano", y con Isaías "Soy un hombre de labios impuros", y con Pedro "Soy un pecador, oh Señor"

(Job 40:4, Gen. 18:27, 32:10, Sal 22:6, Isa. 6:5, Luc 5:8). Mientras más cerca está de Dios más ve la santidad y perfección de Dios, más ampliamente se hace sensible a sus propias e incontables imperfecciones. Mientras más se adentra en el camino al cielo más entiende lo que Pablo quiso decir cuando expresó "No soy perfecto aún", "No soy digno de ser llamado apóstol", "Soy menos que el más pequeño de todos los santos", " Los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (Fil. 3:12; 1 Cor. 15:9, Efe 3:8, 1 Tim. 1:15). Mientras más maduro es para su gloria, más –como el trigo maduro- más agacha su cabeza. Mientras más brillante y clara es la luz, más ve las imperfecciones y defectos de su corazón. En el momento de su conversión podría decir que vio pocos de ellos comparados a como los ve ahora. ¿Podría alguien saber si crece en gracia? Asegúrese que su deseo interno es la humildad incrementada.

b. Otra marca de crecimiento en gracia es la fe aumentada y el amor hacia nuestro Señor Jesucristo. El hombre cuya alma está creciendo encuentra más en Cristo para descansar cada año y se regocija más de que tenga tal Salvador. No hay duda de qué vio en Cristo cuando creyó. Su fe descansa en la expiación de Cristo y le da esperanza. Sin embargo en la medida en que crece en gracia, ve miles de cosas en Cristo que no hubiese imaginado al principio. Su Amor y Poder, Su corazón y Sus intenciones, Sus oficios como Sustituto, Intercesor, Sacerdote, Abogado, Medico, Pastor y Amigo se despliegan a sí mismas en un alma que crece de una forma indescriptible. En breve, descubre una adecuación en Cristo a todos los deseos de su alma, de la cual la mitad le eran desconocidos. ¿Podría alguien saber si crece en gracia? Que mire entonces el conocimiento incrementado que tiene de Cristo.

c. Otra marca del crecimiento en gracia es la santidad incrementada en la vida y conversación. El hombre cuya alma está creciendo obtiene mayor dominio sobre el pecado, sobre el mundo y sobre el mal cada año. Se vuelve más cuidadoso acerca de su temperamento, sus palabras y sus acciones. Es más vigilante de su conducta en cada relación de vida. Se esfuerza por ser conformado a la imagen de Cristo en todas las cosas y lo sigue como un ejemplo, así como confía en El como su Salvador. No se contenta con sus viejos logros y gracia anterior. Olvida las cosas que quedan atrás y busca aquellas que eran antes, haciendo que su continuo lema sea "¡Más arriba!", "¡Hacia arriba!" "¡Adelante!"

"Hacia adelante"! (Fil. 3:13). En la tierra, está sediento y anhela que su voluntad esté al unísono completo con la voluntad de Dios. En el cielo, la cosa más importante que busca, cercano a la presencia de Cristo, es la completa separación de todo pecado. ¿Podría alguien saber si crece en gracia? Entonces que busque en su interior la santidad incrementada.

d. Otra marca del crecimiento en gracia es el gusto y mente espirituales incrementados. El hombre cuya alma está creciendo toma más interés en las cosas espirituales cada año. No desprecia su deber en el mundo. Dispensa fiel, diligente y conscientemente cada relación de vida, ya sea en casa o fuera de ella. Pero las cosas que más ama son las espirituales. Los caminos y modas y entretenimientos y recreaciones del mundo van tomando un lugar decreciente en su corazón. No las condena como totalmente pecaminosas ni tampoco dice que aquellos que tienen conexión con ellas se irán al infierno. Solamente siente que ellas tienen un impacto que disminuye en sus propios afectos y gradualmente parecen insignificantes y son triviales a sus ojos. Las compañías espirituales, las ocupaciones espirituales, las conversaciones espirituales comienzan crecientemente a tener mayor valor para él. ¿Podría alguien saber si crece en gracia? Entonces que busque en su interior el gusto espiritual incrementado.

e. Otra marca del crecimiento en gracia es el aumento de la caridad. El hombre cuya alma está en crecimiento está más lleno de amor cada año – de amor a todos los hombres pero especialmente amor hacia los hermanos en la fe. Su amor se mostrará activamente a sí mismo en una creciente disposición a la amabilidad, a tomar los problemas por otros, a ser de naturaleza buena con todos, generoso, empático, atento, de corazón tierno y considerado. Se mostrara a si mismo pasivamente en una creciente disposición a ser manso y paciente con los demás, a controlar las provocaciones y no defender derechos, a soportar y abstenerse más que discutir. Un alma que crece trata de poner lo mejor en las conductas de las personas y creer todas las cosas y esperar todas las cosas, hasta el final. No hay una marca más fehaciente de retrocesos y caídas en gracia que una creciente disposición a encontrar faltas, vacios y los puntos débiles en otros. ¿Podría alguien saber si crece en gracia? Que busque dentro de sí mismo una caridad creciente.

f. Una marca más de crecimiento en gracia es el creciente celo y la diligencia en tratar de hacer el bien a las almas. El hombre que está realmente creciendo tomará un mayor interés en la salvación de pecadores cada año. Misiones en casa o fuera de ella, desplegar esfuerzos de toda clase para expandir el evangelio, intentos de cualquier especie para incrementar la luz en la religión y disminuir la oscuridad –todas estas cosas cada año tienen un lugar mayor en su atención. No se sentirá "cansado de hacer el bien" porque no ve que sus esfuerzan no tengan fruto. No cuidará menos del progreso de la causa de Cristo en la tierra a medida que se vuelva viejo, aunque aprenderá a esperar menos. Simplemente trabajará sin importar el resultado, dando, orando, predicando, hablando, visitando de acuerdo a su disposición y tendrá su trabajo como su propia recompensa. Una de las marcas más seguras de la declinación espiritual es un interés decreciente por las almas de otros y el crecimiento del Reino de Cristo. ¿Podría alguien saber si crece en gracia? Que busque dentro de sí mismo su preocupación aumentada por la salvación de almas.

Aquellos religiosos de alto vuelo, cuya única noción de cristianismo es el estado de perpetuo regocijo y éxtasis, le dirán que han ido más allá de la región de conflicto y la humillación del alma. Tales personas – sin duda- mirarán las marcas que he apuntado como "legales", "carnales" y "signos de esclavitud". Nada puedo hacer. Ningún hombre es un maestro en estas cosas. Sólo deseo que mis declaraciones sean tratadas en balance con las Escrituras. Y firmemente creo que lo que he dicho no es tan solamente escritural sino que está en concordancia con la experiencia de los más eminentes santos de cada época. Muéstrenme un hombre en el cual las seis marcas que he mencionado pueden ser encontradas. ¿Ese es el hombre que puede dar una respuesta satisfactoria a la pregunta "Crecemos"? Esas son las marcas más confiables del crecimiento en gracia. Examinémoslas cuidadosamente y consideremos lo que sabemos acerca de ellas.

3. Los medios del crecimiento religioso

Estas palabras nunca deben olvidarse: "Cada buen don y cada don perfecto viene de arriba y baja desde el Padre de luces". Esto es una prueba verdadera del crecimiento en gracia como lo es para todo lo demás. Es el "don de Dios". Aun así debe mantenerse siempre en la mente que Dios se complace en trabajar con estos

medios. Dios ha ordenado tanto los medios como los objetivos. Aquel que crezca en gracia debe usar los medios de crecimiento.

Este es un punto, me temo, que los creyentes pasan por alto en demasía. Muchos admiran el crecimiento en gracia en otros y desean ser como ellos, pero parece que ellos suponen que aquel que crece lo hace por algún don especial o garantía de Dios y que, como ese don no está en ellos mismos, deben contentarse con sentarse quietos. Es un engaño gravoso contra el cual desearía testificar con todo mi ser. Deseo que se entienda claramente que el crecimiento en gracia está vinculado con el uso de medios que están al alcance de todos los creyentes y que, como una regla general, las almas en crecimiento son lo que son porque usan estos medios.

Déjenme pedir la atención especial de mis lectores mientras trato de establecer en orden los medios de crecimiento. Desechen para siempre el vano pensamiento que si un creyente no crece en gracia no es su culpa. Establezca en su mente que un creyente, un hombre acelerado por el Espíritu, no es una mera criatura muerta sino un ser con capacidades y responsabilidades poderosas. Dejemos que las palabras de Salomón se hundan profundo en el corazón: "El alma del diligente será prosperada" (Prov. 13:4).

a. Una cosa esencial para el crecimiento en gracia es la diligencia en el uso de medios privados de gracia. Por estos, entiendo tales medios como aquellos que un hombre puede usar sólo el mismo y ningún otro puede usarlo por él. Incluyo bajo estos la oración privada, la lectura de la Escrituras en privado, la meditación privada y el autoanálisis. El hombre que no se preocupa por estas tres cosas no debe esperar nunca crecer. Allí están las raíces de un verdadero cristianismo. ¡Si está mal en esto, el hombre estará mal todo el camino! Aquí está la única razón por la cual muchos cristianos profesantes parecen que nunca se enrielan en la religión. Son descuidados y desidiosos en sus oraciones privadas. Leen la Biblia tan solamente un poco y con un espíritu poco sincero. No se dan a sí mismos tiempo para examinarse y meditar acerca del estado de sus almas.

Es inútil ocultarnos a nosotros mismos que la época que vivimos está llena de singulares peligros. Es una época religiosa de gran actividad y mucho apuro, ajetreo y excitación. Muchos corren de

"aquí para allá", sin duda, y el "conocimiento crece" (Dan 12:4). Miles están lo suficientemente listos para asistir a reuniones públicas, escuchar sermones y cualquier otra cosa en la que existe la "sensación". Pocos parecen recordar la absoluta necesidad de tener tiempo de "comunión intima con nuestros corazones y estar tranquilos" (Sal 4:4). Sin embargo, sin esto, raramente existe prosperidad espiritual profunda. ¡Recordémonos este punto! La religión privada debe recibir nuestra primera atención, si queremos que nuestras almas crezcan.

b. Otra cosa que es esencial para crecer en gracia es el uso cuidadoso de los medios públicos de gracia. Por tales medios, entiendo aquellos a los cuales el hombre tiene acceso como miembro de la iglesia visible de Cristo. Dentro de estos incluyo las ordenanzas del culto regular de los domingos, la unificación del pueblo de Dios en la oración y alabanza, predicación de la Palabra, y la celebración de la Cena del Señor. Firmemente creo que la forma en que estos medios públicos de gracia se usan habla de la prosperidad del alma de un creyente. Es fácil usarlos fríamente y sin el corazón. La misma familiaridad con ellos nos vuelve descuidados. El retorno de la misma voz, la misma clase de palabras, y las mismas ceremonias, nos hacen sentir somnolientos, nos vuelven insensibles y duros. Esta es una trampa en la cual caen muchos cristianos. Si queremos crecer entonces debemos estar alertas en esto. Con ello, a menudo se contrista al Espíritu y los santos provocan gran daño. Esforcémonos en usar a los viejos predicadores, y cantar viejos himnos y arrodillémonos en el riel de la vieja comunión, escuchemos las viejas verdades con tanta frescura y apetito como el que sentimos el primer día de nuestra conversión. Es una señal de mala salud cuando una persona pierde el entusiasmo por su comida y es una señal de declinación espiritual cuando perdemos nuestro apetito por los medios de gracia. Cualquier cosa que hagamos acerca de los medios públicos, hagámosla siempre con "nuestras fuerzas" (Ecl. 9:10). ¡Este es camino para crecer!

c. Otra cosa esencial para el crecimiento en gracia es la vigilancia sobre nuestra conducta en las pequeñas cosas de nuestra vida diaria. Nuestros temperamentos, nuestras lenguas, la libertad de nuestras varias relaciones de vida, el tiempo en nuestro trabajo – cada uno y todos deben ser atendidos si deseamos que nuestras almas prosperen. La vida está hecha de días, y los días de horas y

las pequeñas cosas de cada hora nunca son tan pequeñas como para estar debajo del cuidado de un cristiano. Cuando un árbol comienza a decaer en su raíz o corazón, el daño se ve primero al extremo de cada pequeña rama. "Aquel que desprecia las pequeñas cosas", dice un escritor secular, "caerá poco a poco". Es evidencia verdadera. Dejen a los otros despreciarnos, si ellos quieren, y que nos llamen precisos y de sumo cuidadosos. Mantengámonos pacientemente en nuestro camino, recordando que "servimos a un Dios preciso", que el ejemplo de nuestro Señor es para ser copiado en las más mínimas cosas así como en las más grandes, y que debemos "tomar nuestra cruz diariamente" y a toda hora. Debemos enfocarnos en tener un cristianismo que, como la savia en el árbol, corra a través de cada ramita y hoja de nuestro carácter, y lo santifique todo. ¡Este es un camino para crecer!

d. Otra cosa que es esencial al crecimiento en gracia es el cuidado sobre la compañía y los amigos que tenemos. Nada quizá afecta tanto el carácter del hombre como el tipo de compañía que frecuenta. Nosotros tomamos las formas y el tono de aquellos con que vivimos y conversamos y, desafortunadamente, asimilamos más fácilmente las malas costumbres que las buenas. La enfermedad es contagiosa pero la salud no. Ahora, si un cristiano, deliberadamente escoge ser intimo con aquellos no son amigos de Dios y se aferran al mundo, su alma, por cierto, sufrirá. Ya es duro servir a Cristo bajo cualquier circunstancia en un mundo como este pero es doblemente duro, sin embargo, si lo hacemos y tenemos amigos irreflexivos e impíos. Errores en la amistad o el compromiso matrimonial son la sola razón del por qué algunos han cesado enteramente de crecer. "Comunicaciones maliciosas corrompen las buenas maneras". "La amistad con el mundo es enemistad con Dios" (1 Cor. 15:33). Busquemos amigos que nos impulsen a orar, a leer la Biblia, a usar bien nuestro tiempo; que se preocupen de nuestras almas, de nuestra salvación y del mundo que vendrá. ¿Quién puede decir lo que la palabra a tiempo de un amigo puede hacer o el daño que puede prevenir? Este es un camino para crecer.

e. Hay otra cosa más que es absolutamente esencial para el crecimiento en gracia y esa es la comunión regular y habitual con el Señor Jesus. Al decir esto, nadie suponga por un minuto que me estoy refiriendo a la Cena del Señor. No me refiero a nada como

eso. Me refiero al hábito diario de comunión entre el creyente y Su salvador, que sólo puede conducirse a través de la fe, oración y meditación. Es un hábito, me temo, que muchos creyentes conocen poco. Un hombre puede ser un creyente y tener sus pies sobre la roca y aun así vivir muy alejado de sus privilegios. Es posible tener una "unión" con Cristo y aún así tener poca, si alguna, "comunión" con El. Pero para todo eso, hay una cosa.

Los nombres y oficios de Cristo, que están en las Escrituras, me parecen mostrar en forma inconfundible que esta comunión entre el santo y su Salvador no es fantasía sino una cosa real y verdadera. Entre el Novio y Su novia, entre la Cabeza y Sus miembros, entre el Médico y Sus pacientes, entre el Abogado y Sus clientes, entre el Pastor y Su oveja, entre el Maestro y Sus discípulos hay evidentemente implícito el hábito de una comunión familiar, una aplicación necesaria para las cosas que se necesitan, de un diario escanciamiento y descarga de nuestros corazones y mentes. Este hábito de relacionarse con Cristo es claramente algo más que una confianza vaga general en el trabajo que Cristo hizo por los pecadores. Es un allegarse cercano a Él y mantenerse pegado a Él con confianza, como en una relación de amor o de amistad personal. Esto es lo que a me refiero por comunión.

Creo que ningún hombre alguna vez crecerá en gracia si no ha experimentado el hábito de la comunión. No debemos contentarnos con el conocimiento ortodoxo general que Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre, y que la justificación es por fe y no por obras y que pongamos nuestra confianza en Cristo. Debemos ir más lejos que esto. Debemos buscar tener una intimidad personal con Jesucristo y tratar con El como un hombre trata a un amigo querido. Debemos darnos cuenta lo que es volverse a Él en cada necesidad, conversar con Él en cada dificultad, consultar con El cada paso, poner delante de Él nuestras penas, que El comparta todas nuestras alegrías, hacer todo a la vista de El e ir cada día apoyándose y mirándolo a Él. Este el camino que Pablo vivió "La vida que vivo en la carne la vivo por fe en el Hijo de Dios". "Para mi vivir es Cristo" (Gal 2:20, Fil 1:21). Es la ignorancia de este estilo de vida lo que hace a muchos no ver la belleza del Libro Cantares. Es el hombre que vive de esta forma el que tiene constante comunión con Cristo – este es el hombre, y lo digo enfáticamente- cuya alma crecerá.

Aunque mucho más podría decirse de este tema tan serio, volvámonos ahora a algunas aplicaciones prácticas, teniendo en mente su tremenda importancia.

1. Este texto puede caer en las manos de alguien que no sabe nada de acerca del crecimiento en gracia. Tiene poca o ninguna preocupación sobre religión. Algunas idas a la iglesia en domingo hacen la suma y sustancia de su cristianismo. No tiene vida espiritual y por supuesto no puede, en este momento, crecer. ¿Es usted uno de esas personas? Si lo es, usted está en una condición lamentable.

Los años pasan y el tiempo vuela. Los cementerios se llenan y las familias se achican. ¡Muerte y juicio están cada vez más cerca de todos nosotros y aun así usted vive como dormido, sin preocupación acerca de su alma! ¡Qué locura! ¡Qué insensatez! ¿Qué suicidio podría ser peor que este?

Despierte antes de que sea demasiado tarde; despierte y levántese de los muertos y viva para Dios. Vuélvase a Aquel que está sentado a la mano derecha de Dios, que sea su Salvador y Amigo. Vuélvase a Cristo y pídale a El por su alma. ¡Aun hay esperanza! Aquel que llamó a Lázaro de la tumba no ha cambiado. Aquel que mandó al hijo de la viuda en Nain levantarse de su ataúd puede hacer milagros aún por su alma. Búsquelo de inmediato: busque a Cristo si no quiere estar perdido para siempre. No se quede tranquilo conversando, pensando, intentando, deseando y esperando. Busque a Cristo para que pueda vivir y en esa vida pueda crecer.

2. Este texto puede caer en las manos de alguien que debería saber algo del crecimiento en gracia pero hoy no sabe nada en absoluto. Ha hecho poco o ningún progreso desde que se convirtió. Parece estar estancado. Continúa de año en año satisfecho con la vieja gracia de antaño, la experiencia de antaño, el conocimiento de antaño, la fe de antaño, la medida de logro de antaño, las expresiones religiosas de antaño, las frases conocidas. Como los Gabaonitas, su pan está enmohecido y sus zapatos, parchados y reparados. Nunca parece progresar. ¿Es usted uno de ellos? Si lo es, usted está viviendo muy por debajo de sus privilegios y responsabilidades. Es el tiempo preciso para examinarse.

Si usted tiene razón para pensar que usted es un creyente verdadero y aun no crece en gracia, debe haber una falla, y una grave, en alguna parte. No es la voluntad de Dios que su alma esté tranquila. "El da más gracia". El "se complace en la prosperidad de Su siervo" (Sal 35.27). No es para nuestra felicidad o uso que su alma deba permanecer inmutable. Sin crecimiento usted nunca se regocijará en el Señor (Fil 4:4). Sin crecimiento nunca hará el bien a otros. ¡Por cierto que esta necesidad de crecimiento es una materia de seriedad! Debería provocar en usted un examen de conciencia. Debe haber alguna "cosa secreta" (Job 15:11). Debe existir una causa.

Atienda el consejo que le doy. Resuelva en este mismísimo día que usted buscará la razón de su condición de indiferencia. Pruebe con una mano firme y confiada en cada rincón de su alma. Busque en todos los lugares hasta que encuentre el Acan que está debilitando sus manos. Comience con una solicitud al Señor Jesucristo, el gran Médico de las almas, y pídale a Él que lo sane de la secreta dolencia que hay en su interior, cualquiera sea esta. Comience como si usted nunca antes hubiera estado frente a Él y pida la gracia para cortar la mano derecha y arrancarse el ojo derecho. Pero nunca, nunca se sienta satisfecho si su alma no crece. Por razón de su paz, de su utilidad, por el honor de la causa de su Hacedor, resuélvase a encontrar el por qué de su condición.

3. Este mensaje puede caer en manos de alguien que está realmente creciendo en gracia pero no está apercibido de ello y no lo admite. ¡Su propio crecimiento es la razón de que no vean el crecimiento! Su continuo incremento en humildad los previene de sentir que lo han logrado. Como Moisés, cuando bajó del monte luego de hablar con Dios, sus caras resplandece, y aun así, como Moisés, no logran verlo (Exo. 34:29). Tales cristianos, lo concedo abiertamente, no son comunes, pero aquí y allá algunos pueden ser encontrados. Como las visitas de ángeles, son pocos y lejanos entre sí. ¡Feliz es la vecindad donde tales cristianos en crecimiento viven! Encontrarlos, verlos y estar en su compañía es encontrar una "pizca de cielo en la tierra".

¿Y que les diría yo a tales personas? ¿Qué puedo decir? ¿Qué debo decir? ¿Debo despertarlos a la conciencia de su propio crecimiento y que se envanezcan él? No haré nada de eso. ¿Les diré que se envanezcan en su propios logros y se sientan superiores a otros?

¡Dios lo prohíbe! No haré tal cosa. Decirle tales cosas no sería hacerles ningún bien. Decirles tales cosas, sobre todo, sería una pérdida inútil de tiempo. Si hay alguna marca del crecimiento del alma que especialmente los identifica, esa es su profundo sentido de su propia falta de mérito. Nunca ven nada por lo cual ser alabados. Simplemente sienten que son siervos inútiles y pecadores máximos. ¿Representa al justo, en el cuadro del día del juicio, que dice "Señor, cuando te vimos que tenías hambre y te alimentamos? (Mat. 25:37). Los extremos, algunas veces, se encuentran extrañamente. El pecador de dura conciencia y el santo eminente son, en un sentido, particularmente parecidos. Ninguno de ellos es capaz de darse cuenta de su propia condición. ¡El uno no ve sus propios pecados y el otro, su propia gracia!.

Sin embargo, ¿no diré algo a los cristianos en crecimiento? ¿Hay alguna palabra de consejo para dirigírselas a ellos? La suma y sustancia de todo lo que puedo decir se encuentra en dos oraciones "¡Sigan adelante! ¡Prosigan!"

Nunca podemos tener suficiente humildad, demasiada fe en Cristo, demasiada santidad, demasiada espiritualidad de mente, demasiada caridad, demasiado celo en hacer el bien a los otros. Entonces, estemos continuamente olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndonos a lo que está delante" (Fil. 3:13). Lo mejor en estas materias de los cristianos está infinitamente más bajo del molde perfecto de su Señor. Que el mundo diga lo que quiera, nosotros podemos estar seguros de que no hay daño alguno si nos volvemos "demasiado buenos".

Echemos a los vientos como vana conversación la común noción de que es posible ser "extremo" e ir "demasiado lejos" en religión. Esa es la mentira favorita del demonio y una que él hace circular con vasta laboriosidad. Sin duda que hay entusiastas y fanáticos que traen un pésimo testimonio al cristianismo por sus extravagancias y tonteras, pero si alguno quiere decir que un hombre mortal puede ser demasiado humilde, demasiado caritativo, demasiado santo o demasiado diligente en hacer bien, debe ser o bien un fiel o un tonto. Al servir el placer y el dinero es fácil ir demasiado lejos; pero en seguir las cosas que construyen la verdadera religión y servir a Cristo no hay extremos.

Nunca midamos nuestra religión por los otros y pensemos que estamos haciendo suficiente si hemos ido más lejos que nuestros vecinos. Esta es otra trampa del demonio. Preocupémonos de nuestro propio negocio. ¿Y cual es ese para usted? Dijo nuestro Maestro en cierta ocasión: "Síganme" (Jn 21:22). Sigámoslo, persiguiendo nada más que la perfección. Continuemos haciendo que la vida de Cristo y su carácter sean nuestro único modelo y ejemplo. Continuemos, recordando diariamente que a lo sumo somos miserables pecadores. Continuemos y nunca olvidemos que nada significa si somos mejores que otros o no. En nuestro mejor punto estamos aún lejos de lo que debemos ser. Siempre habrá oportunidad de mejorar. Somos deudores de la misericordia de Cristo y su gracia hasta el final. Entonces, dejemos de mirar a otros y de compararnos con otros. Encontraremos suficiente para hacer si miramos nuestros propios corazones.

Al final, pero no menos importante, si sabemos algo del crecimiento en gracia y deseamos saber más, no nos sorprendamos de que debamos enfrentar pruebas y aflicciones en este mundo. Creo firmemente que es la experiencia de casi todos los más eminentes santos. Como su bendito Maestro, ellos han sido hombres de pesar, acongojados y hechos perfectos a través del sufrimiento (Isa 53:3; Heb. 2:10). Es un dicho sorprendente de nuestro Señor "Cada rama en mí que lleva fruto (mi Padre), lo limpiará, para que lleve más fruto" (Jn 15:2). Es un hecho triste que la constante prosperidad temporal, como una regla general, es perjudicial para el alma del creyente. No podemos soportarla. Enfermedad y pérdidas, cruces y ansiedades y desilusiones parecen absolutamente necesarias para mantenernos humildes, vigilantes y espirituales. Estas son tan necesarias como la tijera que poda las uvas y el horno que refina oro. No son agradables a la carne y la sangre. No nos gustan y a menudo no vemos su significado. "Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Heb. 12:11). Encontraremos que todo funcionó para nuestro bien cuando alcancemos el cielo. Dejemos que estos pensamientos habiten nuestras mentes, si amamos el crecimiento en gracia. Cuando los días de oscuridad vengan sobre nosotros no pensemos que es una cosa extraña, más bien recordemos que las lecciones se aprenden en tales días, las cuales nunca hubiésemos aprendido si hubiesen sido en días soleados. Digámonos a nosotros mismos: "Esto también es para

mi ganancia, para que pueda ser coparticipe de la santidad de Dios. Es enviada con amor. Estoy en la mejor escuela de Dios. Corrección es instrucción. Su intención es hacernos crecer".

Hasta aquí dejo el tema del crecimiento en gracia. Confío que he dicho lo suficiente para poner a pensar a algunos lectores. Todas las cosas se añejan: el mundo se vuelve viejo, nosotros nos volvemos viejos. Unos pocos veranos más, unos pocos inviernos más , un poco más de enfermedades, un poco más de penas, unas pocas bodas más, unos pocos funerales más, unas pocas reuniones más y unas pocas partidas más y luego –¿qué? ¡Porque el pasto estará creciendo sobre nuestras tumbas!

7. CERTEZA

"Yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su venida" (2 Tim. 4:6-8).

Aquí vemos al apóstol Pablo mirando en tres dimensiones: Hacia abajo, hacia atrás, hacia adelante –hacia abajo, a la tumba; hacia atrás, su propio ministerio; hacia adelante, ¡por el gran día, el día del juicio!

Nos haría bien estar al lado del apóstol Pablo por unos pocos minutos y advertir las palabras que usa. ¡Feliz es el alma que puede mirar donde Pablo miró y luego hablar como Pablo habló!

a. El mira hacia abajo, a la tumba y lo hace sin temor. Escuche lo que él dice: "Estoy listo para ser sacrificado". Soy como un animal presentado en el lugar del sacrificio y estoy atado al altar. La bebida ofrecida, la que generalmente acompaña a la ofrenda, está lista para ser escanciada. Ya se han efectuado las últimas ceremonias; cada preparación ha sido hecha. Sólo resta recibir el aliento de la muerte y, luego, todo terminará.

"El tiempo de mi partida está cercano". Soy como un barco cuyas amarras están prontas a soltarse para a navegar. Todo está a bordo preparado. Espero solamente soltar las amarras que me atan a la orilla y emprender mi viaje.

¡Estas son palabras extraordinarias que salen de los labios de un hijo de Adán como somos nosotros mismos! La muerte es una cosa solemne y lo es más aún cuando la vemos aproximarse a nosotros. La tumba es un lugar frio y nauseabundo, y es vano pretender que no involucra terrores. Aun así, he aquí un hombre mortal que puede mirar calmadamente en la angosta "casa asignada para todos los vivientes" y dice, mientras espera en la orilla, "Lo veo todo y no tengo temor".

b. Escuchémoslo nuevamente a él. El mira hacia atrás a su vida de ministerio y lo hace sin vergüenza alguna. Escuchemos lo que él dice: "He peleado la buena batalla". Aquí habla como un soldado. He peleado la buena batalla con el mundo, la carne y el mal, por las cuales muchos encogen y dan pie atrás.

"He terminado mi camino". Allí habla como uno que ha corrido por un premio. He corrido la carrera que me fue designada. He ido a través de la huella que me asignaron sin importar lo áspero y escarpado. No me he desviado a causa de las dificultades ni me he desanimado por lo largo del camino. Al final estoy viendo el objetivo.

"He guardado la fe". Aquí habla como un mayordomo. He mantenido firme el glorioso evangelio que me fue confiado. No lo he mezclado con las tradiciones del hombre ni dañado su simplicidad, agregando mis propias invenciones ni he permitido a otros adulterarlo sin resistirlos en sus caras. "Como un soldado, un corredor, un mayordomo", parece decir, "No estoy avergonzado".

Feliz es aquel cristiano que puede abandonar el mundo y dejar tal testimonio tras de sí. Una buena conciencia no salvará a ningún hombre, no lavará ningún pecado, y no elevará al cielo, ni tan siquiera en la anchura de un cabello, aunque una buena conciencia puede ser un visitante agradable al borde de nuestro lecho de muerte. Existe un buen pasaje en el Progreso del Peregrino que describe el paso del viejo Honesto a través del rio de la muerte. "El río," dice Bunyan, "en ese tiempo sobrepasó sus bancos, pero el Señor Honesto a lo largo de su vida había hablado a una Buena Conciencia encontrarlo allí, lo cual él también hizo, y le tendió su mano y lo ayudó a cruzar". Podemos estar seguros, que hay un tesoro de verdad en ese pasaje.

c. Escuchemos una vez más al apóstol. El mira hacia adelante al gran día del ajuste de cuentas, y lo hace sin ninguna duda. Marque sus palabras: "Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su venida". "Una gloriosa recompensa", parece decir, "está lista para mi" – incluso esa corona que es dada sólo a los justos. En el gran día del juicio el Señor me dará esa corona a mí y todos aquellos otros que lo han amado

como un Salvador no visto y han ansiado verlo cara a cara. Mi trabajo en la tierra ha terminado. Sólo hay una cosa que me queda por esperar y nada más".

Observemos que el apóstol habla sin vacilación ni desconfianza. El se refiere a la corona como una cosa segura y como ya propia. Declara con una confianza inquebrantable su firme convicción de que el Juez justo se la dará. Paulo no era un extraño a las circunstancias y acompañamientos de ese solemne día al que hacía mención. El gran trono blanco, el mundo congregado, los libros abiertos, la revelación de todos los secretos, los ángeles que escuchaban, la horrible sentencia, la eterna separación de los perdidos y los salvados – todas esas eran cosas sobre las cuales estaba bien apercibido. No obstante ninguna de esas cosas lo conmocionaban. Su gran fe se sobreponía a ellas y sólo veía a Jesus, su Abogado predominante, y la sangre rociada y los pecados lavados. "Una corona", dice, "está dispuesta para mí". "El Señor mismo me la dará". Habla como si lo viera todo con sus propios ojos.

Esos son los principales puntos que estos versículos contienen. No hablaré de todos ellos porque quiero centrarme en un tema especial en esta exposición. Intentaré considerar tan solamente un punto del pasaje bíblico. Este punto es la potente "certeza de esperanza", con la cual el apóstol espera su propio desenlace en el día del juicio.

Consideraré el tema sin dificultades pero, al mismo tiempo con temor y temblor. Siento que estoy pisando un terreno difícil y que es fácil hablar atolondradamente y sin base bíblica en esta materia. El camino entre la verdad y el error aquí es especialmente angosto, y si se me habilita a hacer el bien a algunos sin hacer daño a otros, estaré muy agradecido.

Expondré la realidad Escritural para una esperanza segura, así como explicare por qué algunos aún siendo salvos nunca la consiguen. También, explicaré por qué la promesa es deseable y remarcaré por qué es tan raramente adquirida.

Si no estoy demasiado equivocado, existe una intima conexión entre la verdadera santidad y la certeza. Antes de que cierre este mensaje, espero mostrar a mis lectores la naturaleza de esa

conexión. Por ahora, me contentaré con decir que donde hay mucha santidad existe generalmente mucha certeza.

1. UNA ESPERANZA SEGURA ES UNA COSA VERDADERA Y ESCRITURAL.

La certeza, como Pablo expresa en los versículos que encabezan este mensaje, no es una mera fantasía o sentimiento. No es el resultado de espíritus animales elevados, o de un temperamento sanguíneo del cuerpo. Es un evidente regalo del Espíritu Santo, otorgado sin referencia a la constitución física de los hombres, y un regalo que cada creyente en Cristo debe procurarse y tratar de conseguir.

En asuntos como estos, la primera pregunta es: ¿Qué dicen las Escrituras? Contesto esa pregunta sin la más mínima vacilación. La Palabra de Dios, me parece a mí, enseña claramente que un creyente puede obtener una confianza segura con respecto a su propia salvación.

Expreso de lleno y claramente, como una verdad de Dios, que un verdadero cristiano, un hombre convertido, puede alcanzar ese grado confortador de fe en Cristo, que en general lo lleva a sentirse enteramente confiado en el perdón y en la seguridad de su alma, raramente se mortificará con dudas, raramente se distraerá con miedos, raramente se estresará con cuestionamientos ansiosos. En breve, aunque desconcertado con muchos conflictos internos con el pecado, mirará la muerte sin temblar y el juicio sin decaer. Esto, digo, es la doctrina de la Biblia.

Tal es mi declaración de certeza. Desearía pedir a mis lectores que lo marquen bien. No digo ni nada más ni nada menos de lo que he fundamentado aquí.

Un pronunciamiento como este es a menudo objeto de disputa y negación. Muchos ni siquiera pueden ver la verdad del mismo.

La iglesia de Roma denuncia la certeza en los términos más desmedidos. El Concilio de Trento declara rotundamente que la "certeza de un creyente sobre el perdón de sus pecados es una confianza vana e impía"; y el Cardenal Belarmino#, el renombrado

campeón del Romanismo, la llama "el error fundamental de los herejes".

La vasta mayoría de cristianos mundanos e irreflexivos que están entre nosotros se oponen a la doctrina de la certeza. Los ofende y enoja escuchar acerca de ella. No les gusta que otros se sientan cómodos y seguros porque ellos nunca se sienten así. ¡Pregúntenles si sus pecados son perdonados y ellos probablemente dirán que no lo saben! Que ellos no puedan recibir la doctrina de la certeza indudablemente no es asombroso.

Sin embargo hay algunos verdaderos cristianos que rechazan la certeza o escapan de ella como una doctrina llena de peligro. Consideran sus bordes dentro de la presunción. Parecen pensar que es una humildad adecuada nunca sentirse seguros, nunca estar confiados y vivir con un cierto grado de duda y suspenso acerca de sus almas. Esto es de lamentar y causa mucho daño.

Francamente admito que hay personas presuntuosas que declaran sentir una confianza de la cual ellos no tienen una garantía en las escrituras. Siempre hay algunas personas que piensan bien de ellos mismos cuando Dios piensa mal, así como hay otras que piensan mal de sí mismas cuando Dios piensa bien. Siempre habrá personas como estas. Nunca hasta ahora ha existido una verdad escritural que sea abusada o falseada. La elección de Dios, la impotencia del hombre, la salvación por gracia – de todas se abusa igualmente. Habrá fanáticos y entusiastas mientras el mundo exista. A pesar de todo esto, la certeza es una realidad y una verdad; y los hijos de Dios no deben permitirse ser confundidos de la verdad sólo porque se abusa de ella.

Mi respuesta para todos aquellos que niegan la existencia de una certeza real y bien asentada, es simplemente esta: "¿Qué dicen las Escrituras?" Si la certeza no está allí, no tengo nada más que decir.

¿Mas, no es Job quien dice: "Sé que mi Redentor vive, y que El estará hasta el último día en la tierra y aun después de que los gusanos destruyan mi cuerpo, aún en mi carne veré a Dios"? (Job 19:25,26).

¿No es David quien dice: “Aunque camine en valles de sombras de muerte, no temeré mal alguno porque Tú estás conmigo, Tu vara y Tu cayado me confortan”? (Sal 23:4).

¿No es Isaías quien dice: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento esta en Ti; porque en Ti confía”? (Isa. 26:3).

¿Y nuevamente, “El resultado de la justicia será paz; y el efecto de la justicia, reposo y certeza para siempre”? (Isa. 32:17).

¿No es Pablo quien dice a los Romanos: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, 39 ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor?” (Rom. 8:38,39)

¿No es también el que dice a los Corintios: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos?” (2 Cor. 5:1).

¿Y nuevamente “Estamos siempre confiados, sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor”? (2 Cor. 5:6).

¿No es el que le dice a Timoteo: “Porque yo sé en quien he creído y estoy seguro que El es capaz de guardar lo que he confiado a El”? (2 Tim. 1:12).

¿Y no es él quien habla a los Colosenses de la “plena certeza de entendimiento” (Col. 2:2) y a los Hebreos de la “plena certeza de la fe” y la “plena certeza de la esperanza”? (Heb. 10:22, 6:11).

¿No es Pedro quien expresivamente dice “Sean diligentes en hacer su llamado y elección seguros”? (2 Ped. 1:10)

¿No es Juan el que dice: “Sabemos que hemos pasado de muerte a vida”? (1 Jn. 3:14)

¿Y otra vez: “Estas cosas que he escrito para que crean en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna? (1 Jn 5:13).

Y otra vez: "Sabemos que somos de Dios"? (1 Jn 5:19).

¿Qué diremos de estas cosas? Deseo hablar con toda humildad sobre cualquier punto de controversia. Aunque siento que soy sólo un pobre hijo de Adán falible, debo decir que en los pasajes que he citado veo algo mucho más elevado que las meras "esperanzas" y "confianzas" con las cuales muchos creyentes parecen estar satisfechos hoy en día. Veo el lenguaje de la convicción, confianza, conocimiento –no, podría casi decir, certeza. Y siento, para mí mismo, si tomara estas Escrituras en su significado simple y obvio, que la doctrina de la certeza es verdadera.

Más aún, mi respuesta para todos aquellos a los que no les gusta la doctrina de la certeza porque bordea en la presunción, es que difícilmente puede ser presuntuoso caminar en los pasos de Pedro y Pablo, de Job y de Juan. Ellos eran reconocidamente humildes y hombres sin pretensión y aun así hablan de su propio estado con una esperanza segura. Esto debería enseñarnos que una profunda humildad y una certeza firme son perfectamente compatibles, y que no existe necesariamente conexión entre la confianza espiritual y el orgullo.

Aún más, mi respuesta es que muchos, incluso en los tiempos modernos, han logrado la esperanza segura de la forma en que nuestro texto lo expresa. No concederé ni por un momento que ella era un privilegio especial confinado a los días de los apóstoles. Ha habido en nuestra tierra muchos creyentes que han parecido caminar en una casi ininterrumpida comunión con el Padre y el Hijo, que parecieron disfrutar de un sentido casi incesante de la luz del rostro brillante reconciliado de Dios sobre ellos, y han dejado su experiencia en los registros. Podría mencionar nombres bien conocidos, si el espacio me lo permitiera. Esta cosa ha sido y es- y eso es suficiente.

Por último, mi respuesta, es: no puede haber error en sentirse confiado en un asunto en que Dios habla incondicionalmente; creer decididamente cuando Dios promete decididamente, tener la segura convicción de perdón y paz cuando descansamos en las palabras y el juramento de Aquel que nunca cambia. Es un error grave suponer que el creyente que siente esa certeza está descansando en lo que ve en sí mismo, cuando simplemente se abandona al

Mediador del Nuevo Pacto y la verdad de la Escritura; cuando cree que el Señor Jesus quiere decir lo que El dice y toma Sus palabras. La certeza, después de todo, no es más que una fe desarrollada, una fe férrea que se agarra a la promesa de Cristo con ambas manos, una fe que arguye como el buen centurión: "Del Señor una palabra solamente, y seré sanado. ¿Entonces por qué dudaré?" (Mat. 8:8).

Podemos estar seguros de que Pablo es el último hombre del mundo que construiría su certeza en algo propio de sí mismo. Quien podía calificarse a sí mismo como "el máximo de los pecadores" (1 Tim. 1:15) tenía un profundo sentido de su propia culpa y corrupción. Pero también tenía un profundo sentido de la longitud y profundidad de la justicia de Dios imputada a sí mismo. El que podía gritar: "Miserable de mi" (Rom. 7:24), tenía una clara visión de la fuente de maldad que había en su corazón. No obstante, también tenía una visión más clara aún de que otra Fuente podía "remover todo pecado e inmundicia". Aquel que se pensó a sí mismo "menos que el más pequeño de todos los santos" (Efe. 3:8), tenía un vívido y permanente sentimiento de su propia debilidad, pero también tenía un sentimiento aún más vívido de la promesa de Cristo, "mi oveja nunca perecerá" (Jn. 10:28), que no podía ser quebrantada. Pablo sabía, si algún hombre puede, que él era una pobre, frágil corteza flotando en un océano tormentoso. El vio, si alguno pudo, las olas ondulantes y la rugiente tempestad que lo rodeaban. Sin embargo se despojó de sí mismo y miró a Jesus y no sintió temor. El recordó el ancla dentro del velo, que es a la vez "segura y firme" (Heb. 6:19). Recordó la palabra y el trabajo y la constante intercesión de Aquel que lo amó y se dio a sí mismo por él. Y eso fue, y nada más que eso, lo que lo habilitó a decir valientemente "Una corona está dispuesta para mi, y el Señor me la dará", y para concluir tan seguro "El Señor me preservará, nunca seré confundido".

2. UN CREYENTE PUEDE NO LLEGAR A TENER NUNCA ESTA ESPERANZA SEGURA Y DE TODOS MODOS SER SALVO.

No desearía provocar que un corazón arrepentido entristezca si Dios no lo ha hecho triste, o desalentar a un desvanecido hijo de Dios, o causar la impresión que los hombres no tienen parte o mucho de Cristo, excepto que sientan la certeza.

Una persona puede tener fe salvadora en Cristo y aun así nunca disfrutar de una confianza segura como la que el apóstol Pablo tuvo. Creer y tener una vislumbrante esperanza de aceptación es una cosa, tener "el gozo y la paz" en nuestra creencia y abundar en esperanza, es otra muy distinta. Todos los hijos de Dios tienen fe, no todos tienen certeza. Pienso que esto no debe olvidarse nunca.

Sé que algunos hombres grandes y buenos han mantenido una opinión diferente. Creo que muchos excelentes ministros del evangelio, a cuyos pies gratamente me sentaría, no permiten la distinción que he hecho. No deseo llamar a ningún hombre maestro. Temo, como cualquier otro, a la idea de sanar las heridas de conciencia ligeramente, pero no debo pensar en ningún otro punto de vista que aquel que he dado al predicar un evangelio mucho más incómodo, y uno muy propenso a retener las almas por un largo tiempo ante las puertas de vida.

No me encojo al decir que por gracia un hombre puede tener suficiente fe para volar a Cristo – realmente suficiente fe para permanecer en El, realmente confiar en El, realmente ser un hijo de Dios, realmente para ser salvo y aun así hasta el último de sus días nunca haber estado libre de la ansiedad, duda y miedo.

"Una carta", dice un Viejo escritor, "puede escribirse, aunque no sea sellada, del mismo modo la gracia puede escribirse en el corazón y aun así el Espíritu puede no colocar su sello de certeza en él".

Un niño puede nacer heredero de una gran fortuna y aún nunca ser consciente de sus riquezas, puede vivir pueril, morir pueril y nunca saber la grandeza de sus posesiones. Y de ese mismo modo un hombre puede ser un bebé en la familia de Cristo, pensar como un bebé, hablar como un bebé y, aunque salvo, nunca disfrutar una esperanza viva o saber de los privilegios reales de su herencia.

Que ningún hombre confunda mi decir cuando aludo vigorosamente a la realidad, privilegio e importancia de la certeza. No hagan la injusticia de decir que enseño que ninguno es salvo excepto aquel que pueda decir junto con Pablo "Yo sé y estoy convencido… hay una corona dispuesta para mí". No estoy diciendo eso. No enseño eso.

Más allá de cualquier cuestionamiento, un hombre debe tener fe en el Señor Jesucristo si va a ser salvo. No veo ninguna otra forma de acceder al Padre. No veo intimidad con la misericordia excepto a través de Cristo. Un hombre debe sentir sus pecados y estado de perdición, debe venir a Jesus por perdón y salvación, debe poner su esperanza en El, y en El solamente. Sin embargo, si solo tiene fe para hacer esto, sin importar cuán débil y feble esa fe sea, comprometo en decir con las garantías que da la Escritura, que nunca perderá el cielo.

Nunca, nunca restrinjamos la libertad del glorioso evangelio o cortemos sus justas proporciones. Nunca hagamos la puerta más estrecha y el camino más angosto de lo que el orgullo y el amor al pecado ya han hecho. El Señor Jesus es piadoso y tiene misericordia tierna. El no observa la cantidad de fe, sino la calidad; no mide sus grados, sino su verdad. El no romperá ningún carrizo magullado, ni sofocara ningún lino humeante. Nunca permitirá que se diga que alguien pereció a los pies de la cruz. "Aquel que viene a Mi", dice, "no será desamparado" (Jn 6:37).

¡Si! Aunque la fe del hombre no sea más grande que la semilla de un grano de mostaza, si sólo lo trae a Cristo, y lo posibilita de tocar el dobladillo de Su vestido, será salvo –tan salvo como los santos más ancianos en el paraíso, tan salvo como completa y eternamente lo han sido Pedro o Juan o Pablo. Hay grados en nuestra santificación; en nuestra justificación, ninguno. Lo que está escrito, escrito está y nunca fallará: "Cualquiera que cree en El", no dice cualquiera que tiene una fe firme y poderosa, "Cualquiera que cree en El, no será avergonzado" (Rom. 10:11).

Pero debe recordarse siempre, que un alma pobre en creer puede no tener certeza completa de su perdón y aceptación de Dios. Puede aproblemarse, tener miedo tras miedo, duda tras duda. Puede tener mucho cuestionamiento interior y ansiedad, muchas luchas, y mucho recelo, nubes y oscuridad, tormentas y tempestades hasta el final.

¿Una fe simple y desnuda en Cristo salvará a un hombre aunque nunca pueda alcanzar la certeza, pero lo llevará al cielo con consuelo abundante y fuerte? Concedo que podrá atracar seguro en el puerto pero no concedo que entrará en el puerto a plena navegación, confiado y regocijado. No me sorprendería si alcanza

el deseado refugio contra el clima -golpeado y arrojado por la tormenta- sin darse cuenta apenas de su propia seguridad sino sólo hasta el momento en que abra sus ojos en la gloria.

Un investigador de la religión podría encontrar más entendimiento si hiciera estas simples distinciones entre fe y certeza. Es muy fácil confundir ambas. Fe, recordemos, es la raíz y la certeza es la flor. Sin duda que nunca tendrá la flor sin la raíz, pero no es menos cierto que usted puede tener la raíz y no la flor.

Fe es esa pobre mujer temblorosa que vino detrás de Jesus y tocó el dobladillo de Su vestido (Mar. 5:25). Certeza es Felipe parado calmadamente en medio de sus asesinos diciendo "Veo los cielos abiertos, y el Hijo del hombre parado a la derecha de la mano de Dios" (Hec. 7:56).

Fe es el ladrón penitente, gritando "Señor, recuérdame" (Luc 23:42). Certeza es Job, sentado en el polvo, cubierto de llagas, diciendo "Sé que mi Redentor vive" (Job 19:25). "Aunque El me de muerte, aún confío en El" (Job 13:15).

Fe es el grito ahogado de Pedro, cuando comenzó a hundirse, "¡Señor, sálvame!" (Mat. 14:30). Certeza es el mismo Pedro declarando ante el consejo en los tiempos posteriores "Esta es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. 12 Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos". (Hec. 4:11,12).

Fe es la ansiosa y trémula voz "Señor, yo creo, ayuda a mi incredulidad" (Mar 9:24). Certeza es el desafío confiado ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? ¿Quién es el que condena? (Rom. 8:33, 34). Fe es la oración de Saulo en la casa de Judas en Damasco, lleno de pesar, ciego y solo (Hec. 9:11). Certeza es Pablo, cuando prisionero, mirando calmadamente la tumba y diciendo "Yo sé en quien he creído. Hay una corona para mi" (2 Tim. 1:12, 4:8).

Fe es vida. ¡Cuán grande bendición! ¿Quién puede describir o darse cuenta del golfo que existe entre la vida y la muerte? "Un perro que vive es mejor que un león muerto" (Ecl. 9:4). Y aun así la vida puede ser débil, enferma, insalubre, dolorosa, fastidiosa,

ansiosa, fatigosa, aburrida, triste, sin sonrisas hasta el final. Certeza es más que vida. Es salud, fortaleza, poder, vigor, actividad, energía, humanidad, belleza.

No es una cuestión de "ser salvo o no" la que se pone ante nosotros sino el "privilegio o el no privilegio". No es una cuestión de paz o no paz, sino de gran paz o poca paz. No es una cuestión entre los errantes de este mundo y la escuela de Cristo: es aquel que únicamente pertenece a la escuela; es lo se encuentra entre la primera y las últimas formas.

Aquel que tiene fe hace bien. ¡Debería estar feliz si todos los lectores de este mensaje la tienen, tres veces bendecidos son aquellos que creen! Están seguros. Están limpios. Están justificados. Están más allá del poder del infierno. Satanás, con toda su malicia, nunca los arrancará de la mano de Cristo. No obstante aquel que tiene certeza lo hace mucho mejor –ve más, siente más, sabe más, disfruta más, tiene más días como aquellos de los que se habla en Deuteronomio "los días del cielo en la tierra" (Deut. 11:21)

3. RAZONES POR LAS CUALES UNA ESPERANZA SEGURA DEBE SER DESEADA CON ARDOR.

Solicito especial atención para este punto. Deseo de corazón que la certeza fuera buscada más de lo que lo es. Muchos entre nosotros que creen comienzan a dudar y continúan dudando, viven en duda y mueren en duda, y van al cielo en una clase de niebla.

Sería enfermizo comenzar a hablar en una manera ligera de "esperanzas" y "confianzas". No obstante, me temo que muchos de nosotros nos sentamos satisfechos con ellas y no vamos más allá. Me gustaría ver menos "dudosos" en la familia del Señor y más que puedan decir "Yo sé y estoy convencido". ¡Oh! ¡Que todos los creyentes pudieran codiciar los mejores regalos y no estar contentos con menos! Muchos se pierden la marea completa de bendición que el evangelio tenía por propósito entregar. Muchos mantienen su alma en un estado alicaído y famélico, mientras que su Señor les dice "Coman y beban abundantemente, oh amados". "Pide y recibe, que tu gozo sea completo" (Cant. 5:1, Jn 16:24)

1. Recordemos que la certeza debe ser deseada por el regalo de comodidad y paz que ofrece. Las dudas y los miedos tienen el poder de dañar mucho la felicidad de un verdadero creyente en Cristo. Incertidumbre y suspenso son lo suficientemente dañinos en cualquier condición –en materia de nuestra salud, nuestra propiedad, nuestras familias, nuestros afectos, nuestros llamados terrenales – pero nunca lo son más que en los asuntos de nuestras almas. En la medida en que un creyente no puede ir mas allá de los "yo espero", y "yo confío", el sentirá en forma manifiesta un grado de incertidumbre acerca de su estado espiritual. Estas palabras por sí mismas implican mucho. El dice "Yo espero" porque no se atreve a decir "Yo sé".

La certeza va lejos para liberar a un hijo de Dios de su dolorosa clase de esclavitud y a través de ello ministrar poderosamente para su consuelo. Lo posibilita a sentir que el gran negocio de la vida es un negocio cerrado, que la gran deuda esta pagada, la gran enfermedad ha sido curada, y que el gran trabajo es un trabajo terminado, y todos los otros asuntos, enfermedades, deudas y labores son, entonces por comparación, pequeñas. En esta forma la certeza lo hace paciente en la tribulación, calmado en los duelos, impasible en el pesar, no temeroso ante las mareas de la maldad, en cada situación está contento, porque ella le da firmeza de corazón. Endulza sus copas amargas, disminuye el peso de sus cruces, suaviza los lugares ásperos por los que viaja, ilumina los valles de sombra de muerte. Lo hace sentir siempre que tiene algo sólido bajo sus pies y algo firme bajo sus manos –un amigo seguro en el camino, y un hogar seguro al final.

La certeza ayudará a un hombre a soportar la pobreza y las pérdidas. Le enseñará a decir "Yo sé que tengo en el cielo una sustancia mejor y más permanente. Plata y oro no tengo, pero la gracia y la gloria son mías, y estas nunca pueden volverse por sí mismas alas y volar lejos. "Aunque la higuera no florezca, yo me alegraré en Jehová" (Hab. 3:17, 18)

La certeza sustentará a un hijo de Dios cuando viva los duelos más pesados y lo ayudará a sentir que "está bien". Una alma asegurada dirá "Aunque mis amados sean tomados lejos de mí, aún así Jesus es el mismo, y está vivo para siempre. Cristo, habiéndose levantado entre los muertos, no muere. Aunque mi casa no sea como la sangre y la carne desean, tengo un pacto perpetuo,

ordenado en todas las cosas y seguro" (2 Rey 4:26, Heb. 13:8, Rom. 6:9, 2 Sam. 23:5).

La certeza permitirá a un hombre alabar a Dios y ser agradecido aunque esté en prisión, como Pablo y Silas en Filipos. Puede dar a un creyente canciones aun en las noches más oscuras y gozo cuando todo parece estar yendo contra él (Job 35:10, Sal. 42:8).

La certeza permitirá a un hombre dormir aun sabiendo que morirá al día siguiente, como Pedro en el calabozo de Herodes. Le enseñará a decir "Me acostaré y dormiré en paz, porque Tu, mi Señor, me haces estar confiado" (Sal 4:8) .

La certeza puede hacer a un hombre regocijarse en sufrir vergüenza por la causa de Cristo, como los apóstoles hicieron cuando fueron puestos en prisión en Jerusalén (Hec. 5:41). Le recordará que puede "regocijarse" y estar feliz en exceso (Mat. 5:12), y que hay en el cielo un sobreabundante peso de gloria que hará las compensaciones para todos (2 Cor. 4:17).

La certeza habilitará a un creyente a enfrentar la muerte violenta y dolorosa sin miedo, como Felipe hizo en el comienzo de la Iglesia de Cristo, y como Cranmer, Ridley, Hooper, Latimer, Rogers y Taylor hicieron en nuestro propio país. Traerá a su corazón los textos "No tengas miedo de aquellos que pueden matar el cuerpo, después de eso no hay nada más que ellos puedan hacer" (Luc. 12:4). "Señor Jesus, recibe mi espíritu". (Hec. 7:59).

La certeza auxiliara a un hombre en el dolor y la enfermedad, hará su cama y suavizará su almohada en la muerte. Le permitirá decir "Si mi casa terrenal falla, tengo un edificio en Dios" (2 Cor. 5:1). "Deseo partir y estar con Cristo" (Fil. 1:23). "Mi carne y mi corazón pueden fallar, pero Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción por siempre" (Sal. 73:26).

La fuerte consolación que la certeza pueda dar en la hora de la muerte es un punto de mucha importancia. Podemos depender de ella. Nunca sentiremos la certeza tan preciada como cuando nuestro turno de morir llegue. En esa terrible hora hay pocos creyentes que no descubren el valor y el privilegio de una "esperanza segura", cualquiera sea la cosa que ellos hayan pensado acerca de ella durante sus vidas. "Esperanzas" y

"confianzas" generales están muy bien cuando el sol brilla y el cuerpo es fuerte, pero cuando enfrentamos la muerte, querríamos poder ser capaces de decir "Yo sé" y "Yo siento". El rio de la muerte es una corriente fría y tenemos que cruzarla solos" Ningún amigo terrenal puede ayudarnos. El último enemigo, el rey de los terrores, es un rival fuerte. Cuando nuestras almas estén partiendo, no habrá afecto tan fuerte como el vino de la certeza.

En el Libro de Oración hay una hermosa expresión para el servicio de visitación de los enfermos: "Dios todopoderoso, que es la torre más fuerte para todos los que ponen su confianza en El, sea ahora y por siempre tu defensa, que te haga saber y sentir que no hay otro nombre bajo el cielo a través del cual puedas recibir salud y salvación, excepto el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Los compiladores del servicio mostraron gran sabiduría en esto. Vieron que cuando los ojos se nublan y el corazón se debilita, y el espíritu está a punto de partir, debe haber conocimiento y sentimiento de lo que Cristo ha hecho por nosotros o de lo contrario no puede haber paz perfecta.

2. La certeza debe ser buscada porque impulsa al cristiano a ser un obrero activo. Nadie, hablando en general, hace tanto por Cristo en la tierra como aquellos que disfrutan de la mayor confianza de la entrada gratuita al cielo y que no confían en sus propias obras sino el trabajo terminado de Cristo. Suena maravilloso, me atrevo a decir, pero no es verdad.

Un creyente que carece de esperanza asegurada pasara mucho de su tiempo reflexionando sobre su propio estado. Como una persona nerviosa e hipocondriaca estará lleno de sus propios achaques, sus propias dudas y cuestionamientos, sus propios conflictos y corrupciones. En breve, lo verán a menudo sumido en su batalla interna, la que no le permitirá tener placer en otras cosas y dejará poco tiempo para trabajar en la obra de Dios.

Sin embargo, un creyente que tiene, como Pablo, una esperanza segura está libre de estas distracciones hostiles. No desconcierta su alma con dudas acerca de su propio perdón y aceptación. Mira al pacto eterno sellado con la sangre, al trabajo terminado y la palabra inquebrantable de su Señor y Salvador y toma, por lo tanto, su salvación como una cosa segura. De esta forma es capaz

de dar una atención completa a la obra de Dios y está dispuesto en el largo plazo a hacer más.

Como ejemplo de esto, tomemos el caso de dos inmigrantes ingleses y supongan que se establecen uno al lado del otro en Nueva Zelanda o Australia. Deles un trozo de tierra para limpiar y cultivar, en la misma proporción de cantidad y calidad. Asegure la asignación de la tierra legalmente y que sean dueños ellos y sus herederos de ella para siempre, con todos los requerimientos de propiedad y a salvaguarda de cualquier ingenuidad que un hombre pueda inventar.

Suponga, entonces, que uno de ellos se ponga a limpiar su tierra, la cultiva y trabaja diariamente sin interrupción o interferencia.

Suponga que, en el intertanto, que el otro abandona su trabajo y va repetidamente al registro público para consultar si la tierra es verdaderamente suya, de sino no hay errores, de si no hay resquicios legales que puedan afectarlo.

The one shall never doubt his title but just work diligently on. El uno nunca dudara de su título y tan solo trabajará diligentemente en él. El otro apenas podrá sentirse seguro de su título y pasará la mitad del tiempo yendo a Sydney o a Melbourne o a Auckland para hacer consultas innecesarias sobre él.

¿Cuál de estos dos hombres habrá hecho el mayor progreso en un año? ¿Quién habrá hecho lo más en su tierra, obtendrá la mayor porción de cultivo, tendrá mayor cosecha que mostrar y ser, con todo, el más próspero?

Cualquiera que posea sentido común podrá responder estas preguntas. No necesito dar una respuesta. Solamente puede haber una respuesta. Una atención completa traerá siempre el éxito mayor.

Es casi lo mismo con nuestro título de “mansiones en los cielos”. Nadie hará tanto por el Señor que lo compró como un creyente que ve su titulo claro y que no se distrae con dudas, cuestionamientos e indecisiones. El gozo del Señor será la fortaleza de un hombre. “Restáurame”, dice David, “vuélveme el gozo de Tu salvación,

entonces enseñaré a los transgresores Tus caminos" (Sal 51:12,13).

Nunca hubo trabajadores cristianos como los apóstoles. Ellos parecían vivir para trabajar. El trabajo de Cristo era verdaderamente su alimento y bebida. No tomaron como valiosas sus propias vidas. Sus vidas pasaron y fueron usadas. Permanecieron tranquilos, saludables, confortables al pie de la cruz. Y una buena causa de esto, creo, fue su segura esperanza. Ellos fueron hombres que pudieron decir "Sabemos que somos de Dios, y el mundo permanece en maldad" (1 Jn. 5:19).

3. Debemos desear la certeza porque tiende a hacer de un cristiano un cristiano decidido. La indecisión y la duda acerca de nuestro propio estado ante la vista de Dios son una dolorosa maldad y la madre de muchos daños. Frecuentemente se traduce en un caminar tembloroso e inestable al seguir al Señor. La certeza ayuda a cortar muchos nudos y hace la senda del deber de un cristiano clara y llana.

Muchos de quienes sienten esperanzadamente que son hijos de Dios, y que tienen verdadera gracia, son sin embargo débiles y están continuamente perplejos con dudas en los puntos de práctica ¿"Debemos hacer esto o lo otro"? ¿Debemos abandonar esta costumbre familiar? ¿Debemos frecuentar esta compañía? ¿Cómo defineremos la línea de visitaciones? ¿Cuál es la medida de nuestro vestido y nuestros entretenimientos? ¿Nunca debemos, bajo cualquier circunstancia, bailar, o jugar cartas o asistir a fiestas de placer? Estas son la clase de preguntas que parecen darles un problema constante. Y a menudo, muy a menudo, la simple causa de su perplejidad es que no se sienten seguros de que son hijos de Dios. Aún no han definido de qué lado de la puerta están. No saben si están dentro o fuera del arca.

Ellos si saben que un hijo de Dios debe actuar de una cierta manera decidida, no obstante el gran dilema es "si ellos mismos son hijos de Dios". Si ellos sintieran que lo son, irían directo adelante y tomarían una línea de acción definida pero -al no sentirse seguros de ello- su conciencia está siempre vacilando y yendo a un punto muerto. El demonio susurra "Quizá, después de todo solamente eres un hipócrita: ¿qué derecho tienes de tomar un curso definido? Espera a que realmente seas un cristiano". ¡Y este susurro muy a

menudo da vuelta la escala y conduce a algunos a un compromiso miserable o una conformidad espantosa con el mundo!

Creo que tenemos una razón fundamental por la que muchos en estos días tienen una conducta con respecto al mundo que es inconsistente, adornada, insatisfactoria y de corazón partido. Su fe falla. No tienen la certeza de que son de Cristo y de ese modo vacilan para romper con el mundo. Se encogen al poner a un lado las formas del viejo hombre porque no están lo suficientemente confiados de estar en el nuevo. En breve, no dudo que una causa secreta de "detenerse entre dos opiniones" es el deseo de certeza. Cuando la gente puede decididamente decir "El Señor, El es el Dios" su camino se vuelve más claro (1 Rey 18:39).

4. La certeza debe ser buscada porque tiende a hacernos cristianos más santos. Esto, también, suena increíble y extraño y aun así es verdad. Esta es una de las paradojas del evangelio, contraria a la primera vista de la razón y el sentido común, y no obstante es un hecho. El Cardinal Belarmino estuvo raramente más lejos de la verdad cuando dijo "la certeza tiende a la despreocupación y a la pereza". Aquel que es gratuitamente perdonado por Cristo siempre hará mucho para la gloria de Cristo y aquel que disfruta de la más completa certeza de su perdón mantendrá de ordinario un caminar muy cercano a Dios. Todos los creyentes deben recordar este decir confiable y valioso: "Todo aquel que tiene esta esperanza en El, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Jn 3:3). Una esperanza que no purifica es farsa, un delirio y una trampa.

Nadie está más dispuesto a mantenerse en guardia sobre lo que está en su corazón y en su vida que aquel que sabe lo confortable que es vivir en comunión cercana con Dios. Sienten su privilegio y temen perderlo. Tienen terror de caer de su alto estado y estropear su agradable comodidad con nubes que se interpongan entre ellos y Jesús. Aquel que viaja sin mucho dinero consigo no tiene temor del peligro y no se preocupa de lo tarde que es. Sin embargo, aquel que viaja con oro y joyas será un viajero cauteloso. Mirara muy bien sus caminos, su equipaje y la compañía y no correrá riesgos. Es un viejo dicho, sin importar si tiene base científica, que las estrellas fijas son aquellas que titilan más. El hombre que disfruta más completamente la luz del semblante reconciliado de Dios será un hombre que tiembla de miedo de

perder su bendecida consolación y esta celosamente temeroso de hacer algo que pueda contristar al Espíritu Santo.

Encomiendo estos cuatro puntos a una consideración seria de parte de todos los cristianos profesantes. ¿Les gustaría sentir los brazos eternos alrededor suyo y escuchar la voz de Jesus diariamente acercándose a su alma diciendo "Yo soy tu salvación? ¿Les gustaría ser obreros útiles en la viña en su época y generación? ¿Le gustarías ser reconocidos por todos los hombres como un seguidor de Cristo definido, firme, decidido, de una sola postura, comprometido? ¿Les gustaría tener una mente eminentemente espiritual y santa? Sin ninguna duda que algunos lectores dirán "Esas son las cosas que desea nuestro corazón. Las ansiamos. Las buscamos pero ellas parecen estar tan lejos de nosotros".

¿No se le ha ocurrido que su descuido en la certeza pueda ser posiblemente el principal secreto de todas sus fallas, que la baja medida de fe que le satisface pueda ser la causa de la poca paz que tiene? ¿Puede pensar que es una cosa extraña que sus dones se desvanezcan y languidezcan, cuando la fe, la causa y razón de todos ellos, se mantiene feble y débil?

Tome mi consejo hoy. Busque aumentar su fe. Busque una esperanza segura de salvación como la del apóstol Pablo. Busque alcanzar una confianza simple y de niño en las promesas de Dios. Busque ser capaz de decir junto con Pablo "Yo sé en quien he creído, estoy convencido de que El es mío, y yo de Él".

Lo ha intentado de otras formas y métodos y ha fallado completamente. Cambie su plan. Use otro clavo. Deje a un lado sus dudas. Descanse más enteramente en los brazos del Señor. Comience con una confianza implicita. Lance a un lado su subdesarrollo impío y tómele la palabra al Señor. Venga y ruede usted mismo, su alma y sus pecados, ante su misericordioso Señor. Comience con el simple creer y las otras cosas pronto le serán añadidas.

4. ALGUNAS CAUSAS PROBABLES DEL POR QUE UNA ESPERANZA SEGURA SE LOGRA TAN RARAMENTE.

Esta es una cuestión muy seria y debería imponer en todos nuestros corazones una gran búsqueda. A la verdad, pocos del

pueblo de Cristo parecen alcanzar el bendito espíritu de certeza. Muchos comparativamente creen pero pocos están persuadidos. Muchos comparativamente tienen fe salvadora pero pocos la gloriosa confianza que brilla en el lenguaje de Pablo. Esa es la clave, pienso, que debemos todos deducir.

¿Y por qué esto es así? ¿Por qué es una cosa que dos apóstoles nos encomiendan fuertemente buscar, una cosa de la cual pocos creyentes tienen algún conocimiento experimental en estos últimos días? ¿Por qué esta esperanza segura es tan inusual?

Con toda humildad, deseo ofrecer unas pocas sugerencias sobre este punto. Sé que muchos, a cuyos pies me sentaría gustosamente en la tierra y en el cielo, nunca han logrado la certeza. Quizá el Señor ve algo en el temperamento natural de algunos de Sus hijos que hace que la certeza no sea buena para ellos. Quizá, para mantener la salud espiritual, ellos necesitan ser guardados en lo bajo. Sólo Dios sabe. Aun así, luego de cada indulgencia, me temo que hay muchos creyentes sin una esperanza segura, cuyo caso puede ser muy a menudo explicado por causas como estas.

1) Una de las causas más comunes, sospecho, es el punto de vista defectuoso de la doctrina de justificación.

Me inclino a pensar que la justificación y la santificación se confunden insensiblemente en las mentes de muchos creyentes. Ellos reciben la verdad del evangelio – algo es hecho en nosotros así como algo para nosotros- si vamos a ser auténticos miembros de Cristo. Y hasta aquí, están en lo correcto. Pero luego, sin estar apercibidos de ello, quizá, parecen imbuirse de la idea que su justificación es afectada, en algún grado, por algo dentro de ellos mismos. No ven claramente que el trabajo de Cristo, no su propio trabajo –ya sea en su todo o en parte, directa o indirectamente- es la única base de aceptación para Dios; que la justificación no depende de nosotros y que no hay nada que sea necesario de nuestra parte hacer sino sólo tener fe; y que el más débil de los creyentes está tan lleno y completamente justificado como el más fuerte.

Muchos parecen olvidar que somos salvos y justificados como pecadores, y sólo como pecadores y que nunca podremos lograr

algo más alto, aunque vivamos hasta la edad de Matusalén. Pecadores redimidos, pecadores justificados, pecadores renovados sin duda podemos ser—pero pecadores, pecadores, pecadores seremos hasta el mismísimo final. Ellos no parecen comprender que hay una amplia diferencia entre nuestra justificación y nuestra santificación. Nuestra justificación es un trabajo perfectamente terminado y no admite grados. Nuestra santificación es imperfecta e incompleta y será de ese modo hasta la última hora de nuestra vida. Parecen esperar que un creyente pueda, en algún periodo de su vida estar libre de corrupción en alguna medida, y lograr así una cierta clase de perfección interna; y al no encontrar esta especie de estado angelical en sus corazones concluyen inmediatamente que algo debe estar muy mal su estado, y se compungen todos los días, oprimidos con el miedo de que no tienen parte o mucho en Cristo y rechazan ser confortados.

Sopesemos bien este punto. Si el alma de un creyente desea certeza y no la ha obtenido, que se pregunte a sí mismo primero que todo si su fe es solida, si sabe cómo distinguir cosas que difieren y si sus ojos están claros en lo que a justificación se refiere. Debe saber lo que es simplemente creer y ser justificado por fe antes de que pueda esperar tener certeza.

En esta materia, como en tantas otras, la herejía de los viejos gálatas es la fuente más fértil de error, ambos en la doctrina y en la práctica. Las personas deben buscar puntos de vistas más claros de Cristo y lo que Cristo ha hecho por ellos. Feliz es el hombre que realmente entiende que "Justificación es por la fe sin las obras de la ley".

2. Otra causa común de la ausencia de certeza es la pereza en el crecimiento de gracia.

Sospecho que muchos creyentes verdaderos sostienen puntos de vista peligrosos y no bíblicos al respecto. Por supuesto no en forma intencionada pero si los sostienen. Muchos parecen pensar que, una vez convertidos, ellos tienen poco a lo cual prestar atención y que un estado de salvación es una clase de cómoda silla en la cual ellos pueden sentarse tranquilamente, reclinarse y ser feliz. Parecen fantasear que la gracia les es dada para que la disfruten, y se olvidan que es dada, como un talento, para ser usada, empleada y mejorada. Tales personas pierden de vista las

múltiples órdenes directas de incrementar, crecer, abundar más y más, agregar a nuestra fe y todo lo demás, y en esa condición del poco hacer, en ese estado mental de letargo de estar sentados, nunca se asombran de que les falta certeza.

Creo que debe ser nuestro continuo propósito y deseo ir adelante, y nuestra contraseña en cada cumpleaños y al comienzo de cada año debe ser "más y más" (1 Tes. 4:1): más conocimiento, más fe, más obediencia, más amor. Si hemos alcanzado treinta, debemos buscar sesenta y si hemos alcanzado sesenta debemos ir por cien. La voluntad de Dios es nuestra santificación, y debe ser nuestra voluntad también (Mat 13:23, 1 Tes. 4:3).

Una cosa, en todas las circunstancias, con la que podemos contar –hay una conexión inseparable entre diligencia y certeza. "Sean diligentes", dice Pedro, "para hacer su llamado y elección seguros" (2 Ped. 1:10). "Deseamos", dice Pablo, "Que cada uno muestre la misma diligencia para la plena certeza de la esperanza hasta el fin" (Heb. 6:11). "El alma del diligente", dice Salomón, "prosperará" (Prov. 13:4). Hay mucha verdad en la vieja máxima de los puritanos "La fe de adherencia viene por escuchar, pero la certeza de la fe no viene sin hacer".

¿Hay algún lector de este mensaje que desea certeza pero no la tiene? Marque mis palabras. Nunca la obtendrá sin diligencia, y no importa cuánto la desee. No hay ganancias sin dolores en las cosas espirituales, y mucho más que en las temporales. "El alma del perezoso desea y nada alcanza" (Prov. 13:4).

3. Otra causa común del deseo de certeza es un caminar inconsistente por la vida.

Con pesar y dolor me siento impelido a decir que temo que muy frecuentemente esto inhibe a los hombres lograr una esperanza segura. El río de cristianos profesantes en estos días es más ancho de lo que ha sido y me temo que debemos también admitir que es mucho menos profundo.

La inconsistencia en el vivir es completamente destructiva para la paz de conciencia. Las dos cosas son incompatibles. No pueden y no estarán unidas. Si usted mantiene sus pecados y no puede decidirse en abandonarlos; si usted retrocede en cortar su mano

derecha y arrancarse su ojo derecho cuando la ocasión lo requiere, entonces usted no tendrá certeza.

Un caminar vacilante, la torpeza en tomar una resuelta y decidida acción, la disposición para estar bien con el mundo, un testigo vacilante de Cristo, un tono persistente de religión, un forcejeo con los altos estándares de santidad y vida spiritual, todo esto es un recibo seguro para traer una peste al jardín de su alma.

Es vano suponer que usted se sentirá seguro y persuadido de su propio perdón y aceptación ante Dios a menos que usted considere los mandamientos de Dios relacionados con las cosas que son correctas, y odie cada pecado, ya sea grande o pequeño (Sal. 119:128). Un acán que permita en los campos de su corazón debilitará sus manos y hará polvo su consolación. Usted debe estar diariamente sembrando el Espíritu si usted quiere cosechar la presencia del Espíritu. No encontrara ni sentirá que los caminos del Señor son caminos de agrado a menos que trabaje en todos sus caminos para complacer al Señor.

Bendigo a Dios porque nuestra salvación de ninguna forma depende de nuestro propio trabajo. Por gracia somos salvos –no por las obras de justicia- a través de la fe sin las obras de la ley. No obstante ningún creyente, en ningún momento, debe olvidar que nuestro sentido de salvación depende mucho de la manera en que vivimos. La inconsistencia nublará nuestros ojos y traerá nubes entre nosotros y el sol. El sol es el mismo detrás de las nubes pero no seremos capaces de ver su brillo y disfrutar su calor, y nuestra alma estará sombría y fría. Es en la senda del bien hacer que la aurora de la certeza lo visitará y brillará sobre su corazón.

"El secreto del Señor", dice David, "está con aquellos que le temen, y El les mostrará Su pacto" (Sal. 25:14).

"Al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios" (Sal 50:23).

"Gran paz tienen los que aman Tu ley y, no habrá para ellos tropiezo" (Sal 119;165).

"Si andamos en luz, como El está en luz, tenemos comunión unos con otros" (1 Jn. 1:7).

“No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de Él” (1 Jn 3:18,19)

“Y en esto sabemos que nosotros lo conocemos a Él, si guardamos Sus mandamientos” (1 Jn. 2:3).

Pablo era un hombre que se ejercitaba a sí mismo en tener siempre una conciencia desprovista de ofensa a Dios y al hombre (Hech. 24:16). Podía decir con franqueza “He peleado la buena batalla, he guardado la fe”. No me sorprendo de que el Señor lo ha haya dotado de confianza, “Hay una corona preparado para mi, y el Señor me la dará en ese día”.

Si cualquier creyente en el Señor Jesus desea certeza y no la tiene, que piense también en este punto. Que mire su propio corazón, su propia conciencia, su propia vida, su propio camino, su propio hogar. Y quizá cuando haya hecho así será capaz de decir “Hay una causa por la que no tengo una esperanza segura”.

Dejo estos tres temas que acabo de mencionar a la consideración privada de cada lector de este mensaje. Estoy seguro de que vale la pena examinarlos. Ojalá podamos examinarlos honestamente y ojalá el Señor nos dé el entendimiento en todas las cosas.

1. Estoy cerrando este importante estudio. Déjenme hablar primero a aquellos lectores que no se han rendido aún al Señor, a quienes aún no han salido del mundo, escogido la Buena parte y seguido a Cristo.

Les pido aprender del tema de los privilegios y agrados de un verdadero cristiano.

No desearía que juzgaran a nuestro Señor Jesucristo por Su pueblo. Los mejores sirvientes pueden sólo darle una idea tenue del glorioso Maestro. Tampoco juzgue los privilegios de Su reino por la medida de agrado que muchos de Su pueblo pueden alcanzar. ¡Alas, no somos mas que pobres criaturas! Tenemos poca, muy poca, de la bendición que podríamos disfrutar. Pero dependiendo de ello, hay cosas gloriosas en la ciudad de nuestro Dios que quienes tienen esperanza segura pueden probar a lo largo de su

vida entera. Hay una amplitud y anchura de paz y consolación allí, que a su corazón no son posibles de concebir. Hay pan suficiente y de sobra en la casa de nuestro Padre aunque muchos de nosotros comemos muy poco de él y somos débiles. Pero la culpa no debe ponerse sobre nuestro Maestro, es solamente nuestra.

Y, después de todo, el más débil de sus hijos tiene una mina de agrado dentro de el, de la cual no sabe nada. Usted ve los conflictos y agitaciones en la superficie de su corazón pero no ve las perlas de gran precio que están escondidas en las recónditas profundidades. El miembro de Cristo más feble no cambiaría sus condiciones por las suyas. El creyente que posee el más mínimo grado de certeza es mucho mejor de lo que usted es. El tiene una esperanza, aunque tenue, y usted no tiene ninguna en absoluto. El tiene una porción que nunca le será quitada, un Salvador que nunca lo abandonará, un tesoro que no se desvanece, aunque poco se de cuenta de ellos ahora. Pero en lo que concierne a usted, si usted muere como está ahora, sus expectativas morirán con usted. ¡Oh, si fuera usted sabio! ¡Oh, si usted entendiera estas cosas! ¡Oh, si usted considerara su fin último!

Nunca lo sentí tan profundamente como ahora. Siento profundamente por todos aquellos cuyo tesoro es en la tierra y cuyas esperanzas están todas a este lado de la tumba. ¡Si! Cuando veo los viejos reinos y dinastías flaqueando en cada una de sus fundaciones, cuando veo, como lo vi hace unos pocos años atrás, reyes y princesas y hombre ricos y grandes hombres corriendo por sus vidas y sabiendo escasamente donde esconder sus cabezas; cuando veo la propiedad dependiendo de la confianza pública que se derrite como nieve en primavera, y las acciones y fondos perdiendo su valor –cuando veo todas estas cosas, lo siento profundamente por aquellos que no tienen una porción mejor que la que el mundo les puede dar y ningún lugar en el reino que no puede ser removido.

Tome el consejo de un ministro de Cristo ahora. Busque riquezas durables, un tesoro que no se le quitará, una ciudad que tiene fundaciones eternas. Haga como el apóstol Pablo hizo. Ríndase al Señor Jesucristo y busque esa corona incorruptible que El está listo a concederle. Tome Su yugo y aprenda de Él. Salgase del mundo que nunca lo satisfará realmente y del pecado que lo morderá como una serpiente al final, si persiste en él. Venga al Señor Jesus como

un humilde pecador, y El lo recibirá, perdonará, le dará un Espíritu renovador, lo llenará de paz. Esto le dará un agrado más real que aquel que el mundo nunca le ha dado. Hay un golfo en su corazón que nada más que la paz de Cristo puede llenar. Entre y comparta nuestros privilegios. Venga con nosotros y siéntese a nuestro lado.

2. Finalmente, me vuelvo a todos los creyentes que leen estas páginas y les hablo unas pocas palabras de consejo fraternal.

La principal cosa sobre la que los urjo es esta: si no tiene una esperanza segura de su propia aceptación de Cristo, resuelva este mismo día buscarla. Trabaje por ella, luche por ella, ore por ella. No le dé descanso al Señor hasta que usted "sepa en quien ha creído".

Siento, en verdad, que la pequeña cantidad de certeza, entre quienes se cuentan como hijos de Dios, es una vergüenza y un reproche. "Es una cosa para lamentar profundamente", dice el viejo Traill, "que muchos cristianos hayan vivido 20 o 40 años desde que Cristo los llamó por Su gracia, y aún dudan". Tengamos presente en nuestras mentes el más sincero "deseo" que Pablo señala, que "cada uno" de los hebreos pueda buscar la plena certeza, y dediquémonos, con la bendición de Dios, a borrar este reproche (Heb. 6:11).

Lector creyente, ¿realmente quiere decir que usted no desea cambiar esperanza por confianza, seguridad por creencia, incertidumbre por conocimiento? ¿Dado que la fe débil lo salvará usted descansa contento con ella? ¿ Dado que la certeza no es esencial para su entrada al cielo, usted estará satisfecho sin tenerla en la tierra? Alas, no es un estado saludable del alma en el cual estar. Esto no está en la mente del día apostólico. Yérgase inmediatamente y vaya adelante. No se pegue a las fundaciones de la religión, vaya hacia la perfección. No se contente con un día de pequeñas cosas. Nunca las desprecie en otros pero nunca esté usted mismo contento con ellas.

Créame, créame, la certeza vale la pena. Usted abandona sus propias misericordias cuando descansa contento sin ella. Las cosas de las que hablo son para su paz. ¡Si es bueno estar seguro de las cosas terrenales, cuando más lo será estarlo en las cosas celestiales! Su salvación es una cosa cierta y fija. Dios lo sabe.

¿ Por qué no busca saberlo usted también? No hay nada no bíblico en esto. Pablo nunca vio el libro de la vida y aun así el dice "Yo sé y estoy convencido".

Pida entonces en su oración diaria que usted pueda tener más fe. De acuerdo a su fe usted tendrá paz. Cultive mas esa raíz bendecida y, tarde o temprano, por la bendición de Dios, usted podrá esperar por una flor. Puede que usted no alcance una plena certeza de inmediato. Es bueno a veces mantenerse esperando, no valoramos las cosas que obtenemos sin problemas, pero aunque demore, espere por ella. Continúe buscando y espere encontrar.

Hay una cosa, sin embargo, de la cual no quiero dejarlo ignorante: No debe sorprenderse si usted tiene dudas ocasionales después de que haya conseguido la certeza. No debe olvidar que usted está en la tierra y no todavía en el cielo. Usted está aún en el cuerpo y tiene pecados residentes, la carne peleará contra el espíritu hasta el final. El leproso nunca estará fuera de las paredes de su vieja casa hasta que la muerte lo saque de ellas. Y está el demonio, también, y un demonio fuerte – el demonio que tentó al Señor Jesus, y que hizo que Pedro cayera- y él se preocupará, usted lo sabe. Algunas dudas siempre estarán. Aquel que nunca duda no tiene nada que perder. Aquel que nunca teme no posee nada valioso realmente. Aquel que no tiene celos sabe poco del amor profundo. Pero no se amilane, usted será más que un conquistador a través de Aquel que lo amó.

Finalmente, no olvide que la certeza es una cosa que puede perderse en algunas etapas de la vida, aún en los cristianos más brillantes, salvo que se preocupen.

La certeza es la planta más delicada. Requiere diariamente de observación, riego, ternura, caricias. Así es que observe y ore más cuando la haya logrado. Como Rutherford dice "Consiga mucha certeza". Esté siempre alerta. Cuando el cristiano se duerme en las ramas, en el Progreso del Peregrino, pierde su certificado. Mantenga eso en mente.

David perdió la certeza por muchos meses cuando cayó en transgresión. Pedro la perdió cuando negó a su Señor. Indudablemente, cada uno nuevamente la encontró pero no sin lágrimas amargas. La oscuridad espiritual viene a caballo y se va a

pie. Depende de nosotros antes que sepamos que viene. Nos abandona lentamente, gradualmente y con el paso de muchos días. Es fácil correr cuesta abajo. Es un trabajo duro escalar. Así es que recuerde mi advertencia –cuando tenga el gozo de su Señor, vigile y ore.

Por sobre todo, no contriste al Espíritu. No apague el Espíritu. No irrite al Espiritu. No lo aleje por intentar pequeños malos hábitos y pequeños pecados. Pequeñas discordias entre esposos y esposas hacen hogares infelices, pequeñas inconsistencias, conocidas y permitidas, traen extrañezas entre usted y el Espíritu.

Escuche la conclusión para todo esta material – el hombre que camina mas cercanamente con Dios en Cristo, generalmente, será guardado en paz más abundante.

El creyente que sigue al Señor más completamente y se enfoca en los grados más altos de santidad disfrutará diariamente del gozo de la esperanza segura y tendrá la más clara convicción de su propia salvación.

8. MOISES, UN EJEMPLO

Por fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón" (Heb. 11:24-26)

Los carácteres de los santos más eminentes de Dios, como se perfilan y describen en la Biblia, son la parte más útil de las Santas Escrituras. Doctrinas abstractas, principios y preceptos son todos valiosos a su manera, pero –después de todo- no hay nada más útil que un modelo o ejemplo. ¿Queremos saber qué es la santidad práctica? Sentémonos y estudiemos la vida de un hombre eminentemente santo. Propongo este mensaje para poner a la vista de mis lectores la historia de un hombre que vivió por fe y nos dejó un modelo de lo que la fe puede hacer en promover la santidad en el carácter. Para todos aquellos que desean saber lo que es "vivir por fe", les ofrezco a Moisés como ejemplo.

El capítulo once de la Epístola a los Hebreos, de la cual tomamos este texto, es un gran capítulo: merece ser impreso en letras de oro. Puedo imaginar que debe haber sido muy esperanzador y alentador para un judío convertido. Supongo que ningún miembro de la primera iglesia encontró tanta dificultad en profesar el cristianismo como lo hicieron los hebreos. El camino era angosto para todos pero esencialmente para ellos. La cruz era pesada para todos pero seguramente ellos tuvieron que cargar doble peso. Y este capítulo los refrescaría como un refresco, sería como "vino para aquellos con corazón cargado". Sus palabras serían "agradables como la miel del panal, dulce al alma, y salud para sus huesos" (Prov. 31:6, 16:24).

Los tres versículos que voy a explicar están lejos de ser los menos interesantes del capítulo. En verdad pienso que pocos, si algunos, reclaman tan fuertemente nuestra atención. Y les explicare por qué lo digo.

Me parece que el trabajo de la fe descrito en la historia de Moisés se aplica especialmente a nuestro propio caso. Los hombres de

Dios que son nombrados en la primera parte del capítulo, más allá de cualquier duda, son todos ejemplos para nosotros. No obstante nosotros no podemos hacer literalmente lo que la mayoría de ellos hizo no importando cuanto bebamos de su espíritu. No somos llamados a ofrecer literalmente un sacrificio como Abel, o a construir un arca como Noé, o dejar nuestra tierra, a habitar en tiendas o ofrecer nuestro Isaac como Abraham lo hizo. No obstante, la fe de Moisés se hace más cercana a nosotros. Parece operar en una manera más familiar a nuestra propia experiencia. Ella hizo que Moisés tomara una línea de acción como nosotros debemos tomarla en el presente, cada uno en nuestro propio caminar, si fuéramos cristianos consistentes. Y por esta razón, pienso que estos tres versículos merecen más que una consideración normal.

No tengo que decir nada más que las cosas más simples acerca de ellos. Trataré tan solamente de mostrar la grandeza de las cosas que Moisés hizo y el principio por las cuales las hizo. Y entonces, quizá, estaremos mejor preparados para la instrucción práctica que los versículos parecen ofrecer a cada uno que las recibirá.

1. Lo que Moisés abandonó y rechazó.

Moisés abandonó tres cosas por el bien de su alma. El sintió que su alma no sería salvada si las mantenía, por lo que las abandonó. Al hacerlo, digo que él hizo tres de los sacrificios más grandes que el corazón del hombre puede posiblemente hacer. Veamos.

1. Renunció a su rango y a la grandeza.

"Rechazó ser llamado hijo de la Hija de Faraón". Todos sabemos su historia. La hija del Faraón que preservó su vida cuando él era un niño. Ella fue más lejos que eso: lo adoptó y lo educó como a su propio hijo.

Si confiamos en los historiadores, ella era la única hija de Faraón. Algunos van tan lejos en el orden común de las cosas que dicen que Moisés, algún día, ¡habría llegado a ser Rey de Egipto! Puede ser o no ser, no lo podemos decir. Es suficiente para nosotros saber que, por esta conexión con la hija de Faraón, Moisés podría haber sido, si lo hubiese querido, un gran hombre. Si hubiera estado contento con la posición en que se encontraba en la corte egipcia, fácilmente podría haber estado entre los primeros (sino siendo el mismísimo primero) en toda la tierra de Egipto.

Pensemos, por un momento, cuán grande era la tentación.

He aquí un hombre de pasiones como las nuestras. Podría haber tenido tanta grandeza como la tierra puede dar. Rango, poder, lugar, honor, títulos, dignidad –Todo estaba ante él y al alcance de sus manos. Estas son cosas por las cuales muchos hombres continuamente luchan. Son premios por los cuales el mundo que nos rodea corre incesantemente. Para ser alguien, para ser admirado, para elevarse en la escala social, ser renombrado… estas son cosas por las cuales se sacrifica mucho tiempo y pensamiento y salud y la vida misma. Pero Moisés no las tenía como regalo. Volvió su espalda a ellas. Las rechazó. ¡Renunció a ellas!

2. Y más que esto, El rechazó el placer.

Placeres de toda naturaleza, sin duda, estaban a sus pies, si les hubiese gustado tomarlos –placer sensual, intelectual, social – cualquier cosa que pudiera imaginar. Egipto era una tierra de artistas, la residencia de hombres de conocimiento, un recurso para cualquiera que tuviera habilidad y ciencia de cualquier clase. No había nada que pudiera alimentar el "deseo de la carne, el deseo de la mirada, o el orgullo de la vida" que faltara y que cualquiera en el lugar de Moisés podría no fácilmente haber alcanzado o poseído como propio (1 Jn 2:16).

Pensemos nuevamente, cuán grande era esta tentación también.

Millones viven por placer. El hedonismo es el gran espíritu que no sabe de límites, ya sea económicos, sociales, políticos o culturales – El placer es un ídolo que esclaviza a la gran mayoría del mundo. El escolar busca placer en sus vacaciones de verano, el joven en la independencia y el negocio, el pequeño comerciante busca por él a

su jubilación y el hombre pobre en las pequeñas comodidades de casa. Placer y fresca excitación en política, viajes, diversión, en las relaciones, en los libros, en varios vicios demasiado oscuros para mencionarlos; el placer es la sombra que todos de igual modo buscan; quizá, cada uno pretendiendo menoscabar a su vecino en su búsqueda, cada uno buscando en su propia forma; cada uno preguntándose por que no lo encuentra; cada uno firmemente persuadido de que en un lugar u otro va a encontrarlo. Esta era la copa que Moisés tenía ante sus labios. El podría haberla bebido tan profundamente como hubiese gustado por el placer terrenal, pero no la tendría. Le volvió su espalda. Lo rechazó. Renunció al placer.

3. Y más que esto – El rechazó las riquezas.

"Los tesoros en Egipto" es una expresión que parece decirnos la inconmensurable riqueza que Moisés podría haber disfrutado, si él hubiera estado contento de permanecer junto a la hija de Faraón. Bien podemos suponer que esos "tesoros" podrían haber sido una poderosa fortuna. Queda aun suficiente en Egipto como para darnos una somera idea del dinero que estaba a disposición del rey. Las pirámides y obeliscos y los templos y las estatuas están aun allí como testigos. Las ruinas de Carnac y Luxor y Denderah y muchos otros lugares son todavía las edificaciones más poderosas del mundo. Hasta hoy, ellas testifican que el hombre que renunció a la riqueza egipcia, renunció a algo que aún las mentes inglesas encontrarían difícil de contabilizar y estimar.

Pensemos nuevamente cuán grande era esta tentación.

Consideremos, por un momento, el poder del dinero, la inmensa influencia de ese "amor al dinero" que se apodera de la mente de los hombres. Miremos a nuestro alrededor y observemos cómo los hombres lo atesoran y qué dolores sorprendentes y problemas están dispuestos a enfrentar para obtenerlo. Infórmeles de una isla lejana a miles de kilómetros donde se encuentra un tesoro que si se explota puede traer ganancias y una flota de barcos será enviada de inmediato para obtenerlo. Muéstreles una fórmula para hacer un 1% más rentable su dinero y ellos lo tendrán por el más sabio entre los hombres; ellos casi caerán a sus pies y le rendirán pleitesía. Poseer dinero parece ser la forma de esconder los defectos, de cubrir las faltas y vestir al hombre de virtud. ¡Las

personas harán vista gorda de muchas cosas si usted es rico! Pero aquí hay un hombre que podría haber sido rico y no lo fue. No tendría los tesoros egipcios. El volvió su espalda a ellos. Los rechazo. ¡Renunció a ellos!

Esas son las cosas que Moisés rechazó –rango, placer, riquezas- las tres en un solo acto.

Agregue a todo esto lo que él hizo deliberadamente. No rechazó esas cosas en un impulso de excitación juvenil. Tenia 40 años. El estaba en la plenitud de la vida. El sabia lo que involucraba. El era un hombre muy educado "conocedor de toda la sabiduría de los egipcios" (Hech. 7:22). El pudo sopesar los dos lados del asunto.

Agregue a esto que él no las rechazo por obligación. El no era como el hombre moribundo que nos dice "no ansío nada mas en este mundo"; ¿y por qué? Porque está dejando el mundo y no puede guardarlo. El no era como el indigente que hace un mérito la necesidad y dice "No deseo riquezas", ¿y por qué? Porque no puede obtenerlas. El no era como el hombre viejo que presume "he dejado los placeres del mundo", ¿y por qué? Porque esta gastado y no puede disfrutarlos. ¡No! Moises rechazó lo que él podria haber disfrutado. Rango,placer y riquezas no lo abandonaron, pero él sí a ellas.

Y luego juzgue si estoy o no en lo correcto al decir que su sacrificio fue uno de los más grandes sacrificios que un hombre mortal pudo haber hecho nunca. Otros han rechazado mucho pero ninguno, pienso, tanto como Moisés. Otros han hecho bien en su camino de auto sacrificio y abnegación, pero Moisés se destaca por sobre todos ellos.

2. Lo que Moisés escogió.

Moisés escogió tres cosas por el bien de su alma y pienso que sus elecciones son tan maravillosas como sus rechazos. El camino a la salvación lo condujo a través de ellas, y él siguió el camino y, al hacer de ese modo, escogió tres de las últimas cosas que un hombre estaría dispuesto a tomar alguna vez.

1. Moisés escogió el sufrimiento y la aflicción.

El dejo la calma y la comodidad de la corte de Faraón y abiertamente se apartó con los hijos de Israel. Ellos eran un pueblo esclavo y perseguido – un objeto de desconfianza, sospecha y odio y cualquiera que se afiliara con ellos tendría por seguro el sabor amargo de la copa que ellos bebían diariamente.

A la vista de cualquiera, no había ninguna oportunidad de la liberación de la esclavitud egipcia sin una batalla larga y llena de dudas. Un hogar establecido y un país para ellos debe haber parecido ser una cosa muy improbable de lograr sin importar cuánto la desearan. De hecho, si alguna vez un hombre pareció escoger dolor, pruebas, pobreza, deseo, angustia, ansiedad, quizá incluso la muerte, con los ojos abiertos, ese hombre era Moisés.

Pensemos cuán maravillosa fue esta elección.

Naturalmente la carne y la sangre evitan el dolor. Está en todos nosotros evitarlos. Nos retacamos por instinto ante el sufrimiento y lo evitamos si podemos. Si dos cursos de acción están frente a nosotros, y ambos parecen correctos, generalmente tomaremos aquel que es el menos desagradable a la carne y la sangre. Pasamos nuestros días con miedo y ansiedad cuando pensamos que la aflicción sobrevendrá sobre nosotros y usamos todos nuestros recursos para escapar de ella. Y cuando esta llega, frecuentemente nos inquietamos y murmuramos bajo su carga, y si tan solamente podemos sobrellevarla con paciencia, lo tenemos como un logro.

No obstante, ¡mire aquí! Aquí hay un hombre con las mismas pasiones que las nuestras, que efectivamente escoge la aflicción. Ante sí mismo Moisés vio la copa del sufrimiento si dejaba la corte de Faraón, y la escogió, la prefirió y la bebió.

2. Pero hizo más que esto, escogió la compañía de personas despreciadas.

Dejó la sociedad de los poderosos y de los sabios, entre los cuales él había crecido, y se unió a los hijos de Israel. El, quien había vivido desde su infancia en medio del rango, la riqueza y el lujo, bajó de su alto estatus y echó su suerte con hombres pobres, esclavos, siervos, ilotas, parias, oprimidos, destituidos, afligidos, atormentados – obreros en los hornos de ladrillo.

¡Cuán maravillosa, una vez más, fue su elección!

Hablando en general, pensamos que es suficiente sobrellevar nuestros propios problemas. Podemos lamentar que la suerte de otros pueda ser miserable y despreciable. Podemos incluso intentar ayudarlos, podemos darles dinero, hablar por ellos, pero no vamos más allá de eso.

Sin embargo, he aquí hay un hombre que hizo mucho más. Simplemente no solo sintió al despreciado Israel sino que realmente bajó hasta ellos, se adhirió a su sociedad y vivió con todos ellos. Se preguntaría si algunos hombres poderosos en Grosvenor o Belgrave Square abandonarían su casa y su fortuna, su posición en la sociedad y se irían a vivir en una pequeña casa en algún angosto callejón en Bethnal Green, tan solamente por hacer las cosas bien, aunque pensar en esto nos traería una noción débil y feble de la clase de cosas que Moisés hizo. El vió al pueblo despreciado y escogió su compañía en lugar de la nobleza en la que vivía. Se convirtió en uno de ellos, su camarada, su compañero en la tribulación, su aliado, su asociado y su amigo.

3. Pero hizo mucho más todavía, escogió el reproche y el menosprecio.

¿Quién puede concebir el torrente de burla y ridículo que Moisés debió sufrir al volverse de la corte de Faraón y unirse a Israel? Los hombres le dirían que estaba enfermo, tonto, débil, estúpido, fuera de sí. El perdería su influencia, perdería el favor y la buena opinión de todos aquellos entre los cuales había vivido. Ninguna de esas cosas lo conmovió. ¡El dejó la corte y se unió a los esclavos!

¡Pensemos nuevamente, qué elección fue esta!

Existen pocas cosas más poderosas que el sentido del ridículo y el menosprecio. Pueden hacer mucho más que un enemigo declarado o una persecución. Muchos hombres que marcharían hasta la boca del cañón, o lucharían por una ligera esperanza de triunfo, o tomarían por asalto una brecha han encontrado imposible enfrentar, sin embargo, la mofa de unos pocos compañeros y han huido del camino del deber para evitarlo. ¡Que se rian de uno! ¡Que hagan burla de nosotros! ¡Ser foco de bromas y desdeños! ¡Que nos tengan por débiles o estúpidos! ¡Ser tomados por

tontos! No hay nada alentador en todo esto y, alas, muchos no pueden decidirse a soportarlo.

Aun así, aquí hay un hombre que se decidió y no arrugó en las pruebas. Moisés vio el reproche y el menosprecio ante sí mismo y los escogió y los aceptó como su porción.

Esas fueron las cosas que Moisés escogió: aflicción, la compañía de gente despreciada y el menoscabo.

Considere que además de todo esto, Moisés no era ni débil, ni ignorante, ni iletrado y que no sabía lo que sucedería. ¡Se nos dice especialmente que él era "poderoso en palabras y en obras" y aun así el escogió como lo hizo! (Hech 7:22).

Considere, también, las circunstancias de su elección. No estaba obligado a escoger como hizo. Nadie lo empujó a tomar tal curso. Las cosas que aceptó no fueron forzadas contra su voluntad. El las buscó no ellas a él. Todo lo que hizo lo hizo por su propia libre elección, voluntariamente y de acuerdo a sí mismo.

Y luego juzgue si es o no verdad que sus elecciones fueron tan maravillosas como sus rechazos. Desde el comienzo del mundo, supongo, nadie nunca había elegido una opción como la que Moisés eligió en nuestro texto.

3. El principio que movió a Moisés.

¿Cómo se puede explicar una conducta como esta? ¿Qué posible razón podemos dar para ella? Rechazar lo que generalmente llamamos bueno, escoger lo que comúnmente pensamos es malo, este no es camino de la carne y la sangre. No es la forma del hombre; esto requiere alguna explicación. ¿Cual será esa explicación?

Tenemos la respuesta en el texto. No sé si es su grandeza o su simplicidad la que debe ser admirada. Todo yace, en una pequeña palabra, y esa palabra es "fe".

Moises tenia fe. La fe era el torrente principal de su hermosa conducta. La fe lo hizo hacer como hizo, escoger lo que escogió y rechazar lo que rechazó. Lo hizo todo porque creía.

Dios puso delante de los ojos de su mente Su propia voluntad y propósito. Dios se reveló a él como un Salvador que iba a nacer de la estirpe de Israel, esas poderosas promesas fueron vinculadas con estos hijos de Abraham, y aún por ser cumplidas, ese era el tiempo de completar la porción de estas promesas; y Moisés acreditó esto y creyó. En cada paso de su maravillosa carrera, cada acción en su viaje a través de la vida después de dejar la corte de Faraón, su opción de parecer mal, su rechazo de parecer bien –todo, todo debe conducirlo a esta fuente; todo descansa en este fundamento. Dios había hablado con él y él tenía fe en la Palabra de Dios.

El creía que Dios guardaría Sus promesas – esas que Él le había dicho que El con seguridad haría, y lo que Él había pactado, Él con certeza llevaría a cabo.

El creía que para Dios nada es imposible. El sentido y razón podrían decir que la liberación de Israel estaba fuera de cuestionamiento: los obstáculos eran demasiados, las dificultades demasiado grandes. Pero la fe le dijo a Moisés que Dios era del todo suficiente. Dios había emprendido el trabajo y se haría.

El creía que Dios era toda sabiduría. El sentido y la razón podrían decir que su línea de acción era absurda, que él estaba desperdiciando influencia útil y destruyendo todas las oportunidades de beneficiar a su gente al romper con la hija de Faraón. Pero la fe le dijo a Moisés que si Dios había dicho "Vayan por este camino", ese debía ser el mejor.

El creía que Dios era toda misericordia. El sentido y la razón podrían insinuar que podría encontrarse una manera más placentera de liberación, que algún compromiso podría ser afectado y muchas privaciones evitadas. Pero la fe le dijo a Moisés que Dios era amor y que no daría a Su pueblo una gota de amargura más allá de lo que era absolutamente necesario.

La fe era un telescopio para Moisés. Esta lo hizo ver la extensa tierra a lo lejos –descanso, paz y victoria, cuando su nublada razón pudiera hacerlo ver solamente las pruebas y barreras, tormentas y tempestades, cansancio y dolor.

La fe fue el intérprete para Moisés. Esta lo hizo extraer un significado agradable en los oscuros mandamientos de la escritura de Dios, mientras que el sentido ignorante no podía ver nada en ellas salvo misterio y estúpidez.

La fe le dijo a Moisés que todo su rango y su grandeza era de la tierra, una cosa terrenal, pobre, vana, vacía, precaria, efímera y pasajera, y que no había verdadera grandeza como esa de servir a Dios. Él era el rey, un verdadero hombre noble que perteneció a la familia de Dios. Es mejor ser el último en el cielo que el primero en el infierno.

La fe le dijo a Moisés que los placeres mundanos eran "placeres de pecado". Ellos estaban mezclados con el pecado, lo conducían al pecado, eran ruinas para el alma y desagradaban a Dios. Sería poco agradable tener placer si Dios está en contra. Mejor es sufrir y obedecer a Dios que estar tranquilo y en pecado.

La fe le dijo a Moisés que esos placeres después de todo eran por una "temporada". No podían durar, eran de corta vida, lo malograrían pronto y debería abandonarlos todos en unos pocos años.

La fe le dijo que había una recompensa en el cielo para el creyente, más abundante que los tesoros de Egipto, más duradera, donde la herrumbre no puede corroer, ni ser robada por los ladrones. La corona seria incorruptible, el peso de la gloria superaría todo y sería eterno y la fe lo empujó a mirar lejos a un cielo no visto, por si sus ojos estuvieran deslumbrados con el oro de Egipto.

La fe le dijo a Moisés que la aflicción y el sufrimiento no eran demonios reales. Ellos eran la escuela de Dios en la cual El entrena a los hijos de la gracia para gloria, sus medicinas que eran necesarias para purificar nuestros deseos corruptos, el horno que debe derretir nuestras escorias, el cuchillo que debe cortar las ataduras que nos atan al mundo.

La fe le dijo a Moisés que los israelitas despreciados eran el pueblo escogido de Dios. El creyó que a ellos les pertenecía la adopción y el pacto y las promesas y la gloria: parte de ellos era la semilla de mujer que iba a nacer un día, quien debía magullar la cabeza de la serpiente, que la bendición especial de Dios estaba sobre ellos;

que ellos eran preciosos y hermosos a Sus ojos, y que era mejor ser un portero entre el pueblo de Dios que reinar en palacios de perversidad.

La fe le dijo Moisés que todo el reproche y el escarnio depositado sobre él era "el reproche de Cristo", que era honorable ser mofado y despreciado por Cristo, que cualquiera que persiguiera al pueblo de Cristo estaba persiguiendo a Cristo mismo, y que llegaría el día cuando Sus enemigos se reverenciarían ante El y morderían el polvo. Todo esto, y mucho más, de lo cual no puedo hablar en detalle, Moisés vio por fe. Estas eran las cosas en las que él creía, y creyendo, hizo lo que hizo. El estaba persuadido de ellas, las abrazó, las tuvo por certeza, las miró como verdades substanciales, las tomó como seguras como si las hubiera visto con sus ojos, actuó con ellas teniéndolas como realidad y eso hizo de él el hombre que fue. Tenía fe. El creía.

No es maravilla que rechazara la grandeza, las riquezas y el placer. El veía mucho más adelante. El vio con el ojo de la fe los reinos desintegrándose en el polvo, las riquezas haciéndose alas y volando lejos, los placeres conduciendo a muerte y juicio, y a Cristo solamente y Su pequeño rebaño permaneciendo para siempre.

No se extrañe que escogiera la aflicción, al pueblo despreciado y el reproche. El contempló cosas bajo la superficie. El vio con el ojo de la fe que la aflicción duraría sólo un momento, y el reproche se desvanecería y terminaría en un honor eterno, y el pueblo despreciado de Dios reinando como reyes con Cristo en la gloria.

¿Y estaba él en lo correcto? ¿No nos habla a nosotros, aunque muerto, en este día? El nombre de la hija de Faraón ha perecido o es extremadamente dudoso. La ciudad donde Faraón reinó no es conocida. Los tesoros de Egipto se han ido. Pero el nombre de Moisés es conocido en todas las partes en que la Biblia se lee y es testigo de que "cualquiera que vive por fe, es feliz".

4. Algunas lecciones prácticas.

"¿Que conexión tiene todo esto con nosotros? " algunos dirán. "No vivimos en Egipto, no hemos visto milagros, no somos israelitas, estamos hartos del tema".

Nuestro tema es de considerable importancia y peso y uno que no debemos subestimar fácilmente. Es particularmente relevante para cualquiera que desea salvación por varias razones:

1. Si alguna vez fuera salvo, usted debe tomar la opción que Moisés tomó – Usted debe escoger a Dios antes que al mundo.

Note bien lo que digo. No lo pase por alto, aunque olvide todo el resto. No digo que el hombre de estado debe tirar su oficina, y el hombre rico abandonar su propiedad. No se haga ni la idea que pretendo decir esto. Digo que si un hombre fuera salvo, cualquiera sea su estatus en la vida, debe estar preparado para la tribulación. Debe decidir escoger mucho que parece malo y abandonar y rechazar mucho que parece bueno.

Me atrevo a decir que esto suena como un lenguaje extraño a algunos que leen estas páginas. Sé muy bien que usted debe tener alguna forma de religión y que no enfrenta ningún problema en su camino. Existe una clase mundana común de cristianidad en el presente, la cual muchos tienen y piensan como suficiente –una cristianidad barata que no ofende a nadie y que no requiere sacrificios, que no cuesta nada y que no vale nada. No estoy hablando de una religión de esa clase.

Pero si usted es sincero acerca de su alma, si su religión es algo más que un atuendo de domingo, si usted está determinado a vivir por lo que la Biblia establece, si usted está resuelto a ser un cristiano del Nuevo Testamento, entonces, repito, usted pronto encontrará una cruz que cargar. Debe atravesar cosas difíciles, debe sufrir en nombre de su alma, como Moisés hizo, o no podrá ser salvo.

El mundo del siglo XIX es como siempre ha sido. Los corazones de los hombres son aún los mismos. La ofensa a la cruz no ha cesado. El verdadero pueblo de Dios es todavía un rebaño despreciado. La verdadera religión evangélica todavía trae con ella reproche y menosprecio. Un real sirviente de Dios aun será evaluado por muchos como un débil entusiasta y un tonto.

El asunto llega a esto. ¿Desea que su alma sea salvada? Entonces recuerde, usted debe escoger a quien va a servir. Usted no puede servir a Dios y al dinero. Usted no puede estar en los dos lados al

mismo tiempo. Usted no puede ser un amigo de Cristo y un amigo del mundo al mismo tiempo. Usted debe salir de los hijos de este mundo y separarse, usted debe lidiar con el ridículo, los problemas y la oposición, o estará perdido para siempre. Usted debe estar deseoso de pensar y hacer las cosas que el mundo considera tontas y compartir opiniones que son mantenidas por unos pocos. Le costará algo. La corriente es fuerte y usted tiene que ponerle freno. El camino es angosto y empinado, y no es útil decir lo contrario. No obstante, fíese de esto, no puede haber ninguna religión salvadora sin sacrificios y auto negación.

Ahora, ¿está usted haciendo algún sacrificio? ¿Su religión le cuesta algo? Piénselo a conciencia con todo afecto y terneza. ¿Está usted, como Moisés, prefiriendo a Dios en lugar del mundo o no? Le ruego no ampararse bajo las peligrosas palabras "nosotros" – "nosotros debemos", y "nosotros esperamos", y "queremos decir" y otras como estas. Le pregunto directamente: ¿qué está usted haciendo? ¿Está deseoso de dejar cualquier cosas que lo mantenga lejos de Dios; o está usted aferrado al Egipto del mundo y se dice a sí mismo: "Debo tenerlo, debo tenerlo, no puedo dividirme"? ¿Existe una cruz en su cristianismo? ¿Hay rincones filosos en su religión, alguna cosa que desentona y colisiona con la mundanería que existe alrededor suyo? ¿O es todo suave y redondo y confortablemente adecuado con las costumbres y la moda? ¿Sabe de las aflicciones del evangelio? ¿Es su fe y practica siempre un tema de desprecio y reproche? ¿Se le considera tonto a causa de su alma? ¿Ha usted abandonado a la hija del Faraón y efusivamente se ha adherido al pueblo de Dios? ¿Está arriesgando todo por Cristo? Busque y vea.

Estas son duras y difíciles preguntas y cuestiones. No puedo hacer nada. Creo que puede encontrárselas en las verdades Escriturales. Recuerdo que está escrito: "Había una gran multitud con (Jesús): y El se volvió y les dijo: "Si un hombre viene a Mi y no aborrece a su padre, y a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y también su propia vida, no puede ser Mi discípulo. Y cualquiera que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser Mi discípulo" (Luc 14:25-27). Muchos, me temo, les gustaría la gloria y no tienen deseos por la gracia. Ellos sinceramente tendrían sus salarios pero no el trabajo; la cosecha pero no el trabajo del cultivo, recoger los frutos pero no cosecharlos; la recompensa pero no la batalla. No puede ser. Como Bunyan dice "

Lo amargo debe ir antes de lo dulce". Si no hay cruz, no habrá corona.

2. Nada le permitirá nunca escoger a Dios antes que al mundo, excepto la fe.

Solamente la fe lo permite, nada más que ella, y no importa si usted tiene conocimiento, siente fuertes emociones, tiene conductas apropiadas o está en buena compañía. Una religión sin fe hace algo, pero no es suficiente; es como un reloj sin muelles o pesos; su cara puede ser hermosa, puede mover sus manijas, pero no funcionará. Una religión de sustancia que permanece tiene sus fundaciones en la firmeza de la fe.

Debe existir una creencia de corazón de que las promesas de Dios son seguras y que podemos depender de ellas – Una creencia real que lo que Dios dice en la Biblia es todo verdad y cada doctrina contraria a ella es falsa sin importar lo que digan los otros. Debe haber una creencia real que todas las palabras de Dios son para ser recibidas, sin importar lo duras o desagradables que sean para la carne y la sangre, y que Su camino es el correcto y todos los otros son incorrectos. Esto debe existir, o usted nunca saldrá del mundo; tome la cruz, siga a Cristo y sea salvo.

Debe aprender a creer en las promesas más que en las posesiones, que las cosas que no se ven son mejores que las que se ven; las cosas en el cielo que no están a la vista son mejores que las cosas que vemos en la tierra; la alabanza al Dios invisible es mejor que la alabanza al hombre visible. Entonces, solo entonces, usted hará una elección como Moisés, y preferirá a Dios antes que al mundo.

Y ahora la pregunta que surje se presenta a sí misma: ¿Tiene usted fe? Si la tiene, encontrará que es posible rechazar lo que parece bueno para escoger lo que parece malo. Usted seguirá Cristo en la oscuridad y permanecerá con El hasta el mismo final. Si no la tiene, le advierto, nunca peleará la buena batalla ni "correrá para obtenerla". Pronto será ofendido y se volverá al mundo.

Por sobre todo esto, debe haber una fe real y permanente en el Señor Jesucristo. La vida que usted vive en la carne debe vivirla por la fe en el Hijo de Dios. Debe haber un hábito establecido de apoyarse en Jesus, buscar a Jesús, sacar de Jesús y usarlo como un

maná para su alma. Usted debe esforzarse para ser capaz de decir: "Para mi vivir es Cristo", "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 1:21, 4:13).

Esta era la fe por la cual los viejos santos obtuvieron su buen testimonio. Esta era el arma con la cual vencieron al mundo. Esto los hizo ser lo que fueron.

Esta era la fe que hizo a Noé continuar construyendo su arca, mientras el mundo lo miraba y se mofaba; y por la que Abraham dio su heredad a Lot, y habitar quietamente en tiendas; y por la que Ruth se unió a Noemí y dejo su país y sus dioses; y por la cual Daniel continuó orando aunque sabía que el cubil de los leones estaba preparado; y por la que los tres hijos rechazaron adorar ídolos aunque el horno fiero estaba frente a sus ojos; y por la cual Moisés abandonó Egipto sin temer la cólera de Faraón. Todos ellos actuaron como lo hicieron porque creían. Ellos vieron las dificultades y los problemas de su camino, pero vieron a Jesus por fe y por sobre ellos mismos y continuaron. Bien habla el apóstol Pedro de fe al decir "preciosa fe" (2 Ped. 1:1).

3. La verdadera razón del porque tantas son personas mundanas e impías es que ellos no tienen fe Debemos estar conscientes que multitudes de cristianos profesantes nunca, en ningún momento, pensarían en hacer como Moisés hizo. Es inútil hablar suave y cerrar los ojos a este hecho. Un hombre debe ser ciego si no ve a los miles que lo rodean que diariamente están prefiriendo al mundo en lugar de Dios, poniendo las cosas terrenales por sobre aquellas que son eternas, poniendo los afanes de la carne por sobre el alma. No nos gusta admitirlo y hacemos esfuerzos por omitirlo, sin embargo, es así.

¿Y por qué hacen eso? Sin duda todos tendrán razones y excusas. Algunos hablarán de la trampa del mundo, otros de la necesidad de tiempo, algunos de las dificultades particulares de su posición; otros de los cuidados y ansiedades de la vida; otros de la fuerza de la tentación; otros del poder de las pasiones; otros de los efectos de la mala compañía. ¿Pero que hay en todo esto? Hay un camino mucho más corto para definir el estado de sus almas –ellos no creen. Una simple sentencia, como la vara de Aarón, se tragará todas sus excusas –ellos no tienen fe.

Ellos no piensan verdaderamente que lo que Dios dice es verdad. Ellos secretamente se gratifican a sí mismos con la idea: "Eso no sucederá. Por seguro que existe otro camino al cielo además del que habla el ministro. Seguramente no hay tanto peligro en estar perdido". En pocas palabras, no ponen confianza implícita en las palabras que Dios ha escrito y hablado, y por lo tanto, no actúan en concordancia. No creen a conciencia en el infierno y por eso no escapan de él; tampoco en el cielo y por eso no lo buscan, tampoco en la culpa del pecado y por tanto no se vuelven de él, tampoco de la santidad de Dios y por lo tanto no le temen, tampoco en su necesidad de Cristo por eso no confían en El ni lo aman. No sienten confianza en Dios y por ello no arriesgan nada por El. Como el Niño Pasión, en el Progreso del Peregrino, ellos deben tener lo bueno ahora. Ellos no confían en Dios por eso no pueden esperar.

¿Y qué pasa con nosotros? ¿Creemos en toda la Biblia? Hagámonos esa pregunta. No dude que es una de las cosas más grandes de lo que muchos pueden suponer el creer en toda la Biblia. Feliz es el hombre que con su mano en el corazón puede decir: "Soy un creyente".

Hablamos de los infieles algunas veces como si ellos fueran las personas más raras del mundo. Concedo que una infidelidad confesada y abierta felizmente hoy en día no es muy común. Sin embargo hay una vasta cantidad de infidelidad práctica a nuestro alrededor que es tan peligrosa en el final como lo es en los principios de Voltaire #1 y Paine #2. Hay muchos que domingo tras domingo repiten el credo y declaran su creencia en lo que las formas Apostólicas y Nicea #3 contienen, y esas mismas personas viven toda la semana como si Cristo no hubiera muerto nunca, como no hubiese juicio, ni resurrección de los muertos y vida eterna en absoluto. Hay muchos que dirán "Oh, lo sabemos todo" cuando hablan de las cosas eternas y del valor de sus almas, y aun así sus vidas muestran claramente que ellos no saben nada de lo que deberían saber, ¡y lo más triste de todo de su estado es que ellos piensan que si!

Es una verdad terrible y digna de toda consideración que el conocimiento que no se hace acción, a los ojos de Dios, no es solo inútil y no provechoso, es mucho peor que eso. Agregará a nuestra condenación e incrementará nuestra culta en el día del

juicio. Una fe que no influencia la conducta de un hombre no vale ese nombre. Hay sólo dos clases en la iglesia de Cristo: aquellos que creen y aquellos que no creen. La diferencia entre el verdadero cristiano y un mero profesor exterior reside en una sola palabra; el verdadero cristiano es como Moisés, "El tiene fe"; el simple profesor exterior no la tiene. El verdadero cristiano cree y por lo tanto vive en fe; el simple profesor exterior no cree y por lo tanto es lo que es. Oh, ¿dónde está nuestra fe? No seamos incrédulos, sino creyentes.

4. El verdadero secreto de hacer grandes cosas por Dios es tener una gran fe

Creo que todos podemos errar en este punto. Pensamos demasiado, hablamos demasiado acerca de los dones y dádivas y los logros y no recordamos lo suficiente de que la fe es la raíz y madre de ellas. Al caminar con Dios, un hombre irá tan lejos como el crea y no mas allá. Su vida será proporcional a la medida su fe. Su paz, su paciencia, su coraje, su celo, sus obras –todas estarán de acuerdo a su medida de fe.

Usted lee sobre la vida de los cristianos prominentes, hombres como Wesley o Whitefield o Venn o Martyn o Bickersteth o Simeon o McCheyne, y usted dice "Qué maravillosos dones y gracias estos hombres tenían!" Yo respondo: mejor debería dar honor a la madre gracia que Dios puso adelante en el capitulo once de la Epístola a los Hebreos; usted debería darle honor a la fe de ellos. Dependa de ella, la fe era el resorte principal del carácter de cada uno y todos ellos.

Puedo imaginar a alguien decir: "Ellos eran devotos en oración, eso los hizo ser lo que fueron". Yo contesto: ¿por que oraron tanto? Simplemente porque tenían mucha fe. ¿Qué es un orador sino la fe hablando a Dios?

Otro quizá dirá: "Ellos eran diligentes y laboriosos, eso cuenta para su éxito". Yo contesto: ¿Por qué eran tan diligentes? Simplemente porque tuvieron fe. ¿Qué es un cristiano diligente, sino una fe trabajando?

Otro me dira: "Ellos eran tan audaces, eso les fue útil". Yo contesto: ¿Por qué ellos eran tan audaces? Simplemente porque

tenían mucha fe. ¿Qué es la audacia cristiana sino la fe honestamente cumpliendo su deber?

Y otro gritará: "Fue su santidad y su espiritualidad que le dio peso". Por última vez, yo contesto ¿qué los hizo santos? Nada más que el espíritu viviente de la fe. ¿Qué es santidad sino la fe visible y la fe encarnada?

Si usted quiere ser como Moisés, haga claro como la luz del día que usted ha escogido a Dios antes que al mundo. ¿Qué le pide Cristo? ¿Traerá usted frutos abundantes? ¿Quiere usted ser realmente santo y siervo útil? ¡Estoy seguro de que cada creyente respondería con un sonoro Si! ¡Este es mi deseo!

Entonces tome mi consejo: vaya y ruegue al Señor Jesucristo, como los discípulos hicieron: "Señor increméntanos la fe". La Fe es la raíz del carácter de un verdadero cristiano. Que su raíz sea la correcta, y sus frutos pronto abundarán. Su prosperidad espiritual estará siempre en concordancia con la medida de su fe. Aquel que cree que no sólo será salvo sino que nunca tendrá sed, triunfará, será establecido, caminará firmemente sobre las aguas de este mundo y hará grandes obras.

Lector, si usted cree en las cosas que he escrito, y desea ser un hombre completamente santo, comience a actuar en lo que cree. Tome el ejemplo de Moisés para usted. Camine en sus pasos. Vaya y haga lo mismo.

———————

Notas al pie

1. François Marie Arouet, más conocido como Voltaire (París, 21 de noviembre de 1694 – ibídem, 30 de mayo de 1778) fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración, un período que enfatizó el poder de la razón humana

2. Thomas Paine (1737-1809) fue un político y publicista estadounidense de origen inglés. Promotor del liberalismo y de la democracia. De origen humilde, hijo de un cuáquero y de una anglicana, Se formó de manera autodidacta y llegó a ser un muy

importante revolucionario norteamericano, con ideas en conflicto con su tiempo que batallaban contra el sexismo, la esclavitud, el racismo y la monarquía, a la que se opuso proponiendo en su lugar la república. Como otros ilustrados, también abominó de la superstición, la religión organizada (Iglesias) y el clero.

3. El primer Concilio ecuménico se celebró en el año 325 en Nicea . Aunque todos los obispos cristianos del Imperio fueron formalmente convocados a reunirse en Nicea, en realidad asistieron alrededor de 300, los que decían que Jesús era Dios.

9. LOT

"Deteniéndose él" (Gen. 19:16)

Las Santas Escrituras, que fueron escritas para nuestro aprendizaje, contienen guías así como modelos. Estas nos muestran ejemplos de lo que debemos evitar así como ejemplos de lo que debemos seguir. El hombre cuyo nombre está al tope de esta página es puesto como una guía para la iglesia de Cristo completa. Su carácter es puesto enfrente de nosotros en una pequeña frase "Deteniéndose él ". Sentémonos y miremos a esta guía por unos pocos minutos. Consideremos a Lot.

¿Quién es este hombre que se detuvo? Es el sobrino del fiel Abraham. ¿Y cuándo se quedó? La misma mañana en que Sodoma fue destruida. ¿Y dónde se quedó? Dentro de los muros de Sodoma. ¿Y ante quién se quedó? Bajo los ojos de dos ángeles que fueron enviados para sacarlo de la ciudad. ¡Y aun entonces "se detuvo"!

Las palabras son solemnes y llenas de alimento para la mente. Deben sonar como una trompeta a los oídos de todos quienes hacen cualquier profesión de religión. Confío que ellas harán pensar a cada lector de este mensaje. ¿Quién sabe si ellas no son las palabras exactas que su alma requiere? La voz del Señor Jesus que le ordena "recordar a la esposa de Lot" (Luc 17:32). La voz de uno de Sus ministros que lo invita este día a recordar a Lot.

Examinemos la condición de Lot mismo, lo que el texto nos dice de él, por qué se quedó y qué clase de fruto traía. Examinemos el todo mientras ponemos especial atención a la instrucción de santidad. El principio principal es claro: No debemos seguir el ejemplo de Lot, no debemos detenernos.

Y otra vez menciono que "Lot es una guía".

1. ¿Qué era Lot?

Este es el punto más importante. Si lo dejo sin mencionar probablemente faltaré a ese grupo de cristianos profesantes a los

que quiero especialmente beneficiar. Si no lo pongo bien claro muchos quizá dirían después de leer este mensaje: "¡Ah! Lot era un hombre malo, una criatura pobre, débil, oscura, un inconverso, un hijo de este mundo. No es de sorprenderse que se haya detenido".

No obstante, note lo que digo. Lot no era de esa clase. Lot era un verdadero creyente, una persona convertida, un real hijo de Dios, un alma justificada, un hombre recto.

¿Tiene alguno de mis lectores gracia en su corazón? De ese modo, Lot la tenia. ¿Tiene alguno de mis lectores una esperanza de salvación? Lot también la tenia. Es alguno de mis lectores una "nueva criatura". También lo era Lot. ¿Es alguno de mis lectores un viajero del camino angosto que conduce a la vida eterna? También Lot lo era.

No piensen que esto es mi opinión personal, una mera y arbitraria fantasía mía, una noción que no tiene asidero en las Escrituras. Que nadie suponga que deseo que lo crean tan solamente porque yo lo digo. El Espíritu Santo ha puesto esta materia más allá de la controversia, al llamar a Lot "justo" y "recto" (2 Ped. 2: 7,8) y nos ha dado buena evidencia de la gracia que había en el.

Una evidencia es que el vivió en un lugar perverso, "viendo y oyendo" la maldad a todo su alrededor (2 Ped. 2:8) y aun así no era malvado. Ahora para ser un Daniel en Babilonia, un Abdías en la casa de Ahab, un Abdías en la familia de Jeroboam, un santo en la corte de Nerón, un hombre recto en Sodoma, ese hombre debe tener la gracia de Dios. Sin la gracia sería imposible.

Otra evidencia es que Lot "afligía su alma con las obras inicuas" que habían a su alrededor (2 Ped. 2:8). El estaba herido, entristecido, dolido ante la vista del pecado. Este era el sentimiento del santo David cuando dijo "Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, porque no guardaban tus palabras", "Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley" (Sal 119:136, 158). Este era el sentir de Pablo "Tengo una gran pena y peso continuo en mi corazón… por mis hermanos, mis parientes según la carne" (Rom. 9:2, 3). Nada excepto la gracia de Dios puede dar razón de esto.

Otra evidencia es que él "afligía su alma día a día" con las obras inicuas que veía (2 Ped. 2:8). No se volvió frio ni indiferente con el pecado, como muchos hacen. La familiaridad y el hábito no desdibujaron la fina línea de sus sentimientos, como tan frecuentemente es el caso. Muchos hombres se choquean y se sobrecogen a la primera vista de la perversidad y al final se acostumbran a verla porque la observan con despreocupación comparativa. Este es especialmente el caso de aquellos que viven en pueblos y ciudades o con la gente que viaja a través del continente. Tales personas frecuentemente se vuelven indiferentes al quebrantamiento del día sábado y a muchas formas abiertas de pecado. Pero eso no sucedió con Lot. Y esa es la gran marca de la realidad de su gracia.

Tal era Lot – un hombre justo y recto, un hombre sellado y señalado como un heredero del cielo por el mismísimo Espíritu Santo.

Antes de que continuemos, recordemos que un verdadero cristiano puede tener mucha imperfección, muchos defectos, muchas debilidades y a pesar de eso ser un verdadero cristiano. No despreciamos el oro porque esté mezclado con mucha escoria. No debemos subvalorar la gracia porque esté acompañada de mucha corrupción. Continúe leyendo y usted encontrará que Lot pagó caro su "detenerse". No obstante, no olvide, en la medida que vaya leyendo, que Lot era un hijo de Dios.

2. Lo que el texto nos dice sobre él.

¿Qué nos dice el texto que hemos citado acerca del comportamiento de Lot? Las palabras son maravillas y asombrosas: "Se quedó". Mientras más consideramos el tiempo y las circunstancias más maravillosas pensaremos que son.

Lot sabía la horrorosa condición de la ciudad en que estaba. "El grito" de sus abominaciones, "ha subido de punto delante del Señor (Gen. 19:13), Y aun así se detuvo.

Lot sabía del juicio aterrador que se venía sobre todos dentro de las paredes de la ciudad. Los ángeles habían dicho claramente, "El Señor nos ha enviado a destruirla" (Gen. 19:13). Y aun así se detuvo.

Lot sabía que Dios era un Dios que guarda siempre Su palabra y si El decía una cosa ella, por cierto, sería hecha. Difícilmente podría ser el sobrino de Abraham y haber vivido largo tiempo con él, y no estar apercibido de esto. Aun así se detuvo.

El creía que había peligro por lo que fue a sus yernos y los advirtió para que se fueran "Levántense", dijo, "salgan de este lugar porque el Señor destruirá esta ciudad" (Gen 19:14). Y aun así se detuvo.

Lot vio a los ángeles de Dios parados allí, esperando que él y su familia salieran. Oyó la voz de esos ministros de cólera llamando a sus oídos para apurarlo" Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad". (Gen 19:15). Y aun así se detuvo.

Fue lento cuando debió haber sido rápido, retrocedió cuando debió haber avanzado, fue dudoso cuando debió haber sido alentado, holgazán cuando debió ser diligente, frio cuando debió haber sido caliente. ¡Parece extraño! ¡Parece casi increíble! ¡Parece ser demasiado maravilloso para ser verdad! Sin embargo el Espíritu lo escribe así para nuestro conocimiento. Y así fue.

Y aun así -escéptico como podría parecer a primera vista- me temo que hay mucho del pueblo del Señor Jesucristo, cristianos de hecho, que son muy parecidos a Lot. ¡Note esto bien! Hay muchos verdaderos hijos de Dios que parecen saber mucho más de lo que buscan en la vida, ven mucho más que lo que ellos practican, y continúan todavía en este estado por muchos años. ¡Increíblemente, van tan lejos como hacen y aun así no van a ninguna parte!

Mantienen la Cabeza, incluso a Cristo, y aman la verdad. Gustan de los sermones profundos y asienten a cada versículo de la doctrina del evangelio cuando lo oyen. No obstante, hay un algo indescriptible que no es satisfactorio en ellos. Están constantemente haciendo cosas que causan decepción a sus ministros y a sus amigos cristianos más maduros. ¡Es materia de asombro que ellos piensen como lo hacen y aun así permanezcan como paralizados!

Creen en el cielo y aun así ven fantasioso ansiarlo, y en el infierno y aun así parecen temerlo poco. Ellos aman al Señor Jesus pero hacen poco trabajo por El. Odian al demonio pero a menudo parecen tentarlo para que venga sobre ellos. Saben que hay poco tiempo pero viven como si hubiese mucho. Saben que tienen una batalla que pelear y quienes los observan pensarían que están en calma. Saben que tienen una carrera que correr y a menudo parecen estar tranquilamente sentados. Saben que el Juicio está a la puerta y la ira por venir y aun así parecen estar medio dormidos. ¡Sorprendidos deberían estar de lo que ellos son y aun así no ser más!

¿Y qué diremos de esas personas? Frecuentemente son el foco de intriga para sus amigos devotos y sus parientes. A menudo causan gran ansiedad. A menudo dan razón para causar grandes dudas y análisis profundos, sin embargo ellos pueden ser clasificados en una dramática descripción: son todos hermanos y hermanas de Lot. Se detienen.

Estos son aquellos que tienen la noción mental de que es imposible para todos los creyentes ser tan santos y espirituales. Admiten que la eminente santidad es una cosa hermosa. Leen acerca de ella en libros y ocasionalmente la ven en los otros, pero no piensan que todos estamos llamados a alcanzar ese tan alto estándar. Sea como fuere, ellos parecen estar convencidos de que está fuera de su alcance.

Estos son aquellos que tienen en su cabeza una falsa idea acerca de la caridad, como ellos la llaman. Son morbosamente temerosos de ser conservadores y estrechos de mente y están siempre yendo hacia el extremo contrario. Complacerían a cualquiera, para adaptarse a todos y ser agradable con todos, sin embargo, olvidan que ellos deben primeramente estar seguros de agradar a Dios.

Ellos son aquellos que le tienen pavor a los sacrificios y se retraen con la abnegación. Nunca parecen ser capaces de aplicar el mandamiento de Dios de "llevar la cruz" y "cortar la mano derecha y arrancarse el ojo derecho" (Mat. 5:29, 30). No pueden negar que el Señor usó esas expresiones pero nunca encuentran un lugar para ellas en su religión. Pasan sus vidas tratando de hacer la puerta más ancha y la cruz menos pesada. Sin embargo, no tienen éxito.

Ellos son aquellos que siempre están tratando de mantenerse en el mundo. Son ingeniosos en descubrir razones por no separarse decididamente y urden excusas plausibles para asistir a entretenciones que son cuestionables y mantienen amistades cuestionables. Un día ellos asisten a la lectura de la Biblia, el siguiente –quizá- van a una sala de baile. Otro día ellos ayunan o participan de la Cena del Señor y reciben el sacramento; otro día, en la mañana, van a las carreras y en la noche a la opera. Un día ellos están casi histéricos por el sermón de algún predicador sensacional y al otro, están llorando por una novela. Están constantemente trabajando para persuadirse que mezclarse un poco con personas del mundo en su propio suelo hace bien. Aun cuando, en su caso, es muy claro que no actúan bien y que solamente se dañan.

Ellos son aquellos que no pueden encontrar en su corazón la forma para pelear contra sus pecados residentes, sea pereza, indolencia, mal temperamento, orgullo, egoísmo, impaciencia o cualquiera otro. Permiten que ellos sean arrendatarios tolerablemente tranquilos e imperturbables de sus corazones. Ellos dicen que es su salud, su constitución física, o su temperamento o sus pruebas o su camino. Su padre, su madre, su abuela eran de igual forma y están seguros que no pueden hacer nada al respecto. ¡Y cuando usted se topa con ellos, luego de una ausencia de un año o más, escuchará de ellos la misma cosa!

Pero todo, todo puede ser sumado en una sola sentencia. Ellos son los hermanos y hermanas de Lot. Se detienen.

¡Ah, si usted es un alma que se queda, usted no es feliz! Usted sabe que no lo es. Sería muy extraño en realidad que lo fuera. El rezagarse es una segura destrucción de la felicidad cristiana. Una conciencia que se rezaga lo prohíbe de disfrutar de paz interior.

Quizá en algún tiempo usted hizo la carrera bien, sin embargo, ha dejado su primer amor. Nunca ha sentido la misma placidez desde entonces y no lo hará nunca hasta que regrese a sus "primeras obras" (Apo. 2:5) Como Pedro, cuando el Señor Jesus fue tomado prisionero, usted está siguiendo al Señor desde lejos y, como él, no encontrará que su camino es agradable sino duro.

Venga y mire a Lot. Venga y note la historia de Lot. Venga y considere el "detenerse" de Lot y sea sabio.

3. Qué razones pueden sustentar su "detenerse"

¿Quién de entre los lectores de este texto siente seguridad y no tiene miedo de quedarse? Venga y escuche mientras le digo unos pocos pasajes de la historia de Lot. Haga como Lot hizo y será un milagro si en realidad usted no llega al final al mismo estado del alma de Lot.

Una cosa que observo en Lot es esta: hizo una elección equivocada cuando era joven.

Hubo un tiempo cuando Abraham y Lot vivieron juntos. Ambos llegaron a ser ricos y no pudieron vivir juntos por más tiempo. Abraham, el mayor de ambos, en un verdadero espíritu de humildad y cortesía, dio a Lot la opción de escoger territorio cuando resolvieron separarse: "Si tú, dijo, "tomas a mano izquierda entonces yo tomaré a mano derecha"; o si tú te vas a la derecha yo iré a la izquierda" (Gen. 13:9).

¿Y qué hizo Lot? Se nos dice que él vio los llanos del Jordán, cerca de Sodoma, que eran ricos, fértiles y de mucha agua. Era una tierra buena para el ganado, llena de pastizales. El tenía grandes rebaños y manadas, y eso se acomodaba a sus requerimientos. Y esta fue la tierra que escogió para vivir, simplemente porque era rica y con mucha agua (Gen. 13:10).

¡Esa tierra estaba cerca del pueblo de Sodoma! No se preocupo de eso. Los hombres de Sodoma, que serían sus vecinos, eran perversos. No le importo. Ellos eran pecadores excesivos delante de Dios. Eso no hizo ninguna diferencia para Lot. Los pastizales eran ricos. La tierra era Buena. El deseaba tales tierras para sus rebaños y manadas. Y ante tal argumento, todos los escrúpulos y dudas, si tuvo algunos en realidad, se desvanecieron.

El eligió por vista no por fe. No pidió el consejo de Dios para evitarse cometer errores. El miró las cosas terrenales y no las eternas. El pensó en la ganancia terrenal y no en su alma. Consideró solamente lo que podía ayudarlo en esta vida. Se olvidó del negocio solemne de la vida futura. Fue un mal comienzo.

Pero, también veo que Lot se mezcló con pecadores cuando no había ninguna razón para hacerlo.

Se nos dice que el "armó sus tiendas en las proximidades de Sodoma" (Gen. 13:12). Esto, como ya lo he mostrado, fue un grave error.

Empero, en la próxima ocasión en que él es mencionado en las Escrituras, lo encontramos viviendo precisamente en Sodoma. El Espíritu dice expresamente "El habitaba en Sodoma" (Gen. 14:12). Abandonó sus tiendas. Dejo la llanura. El ocupaba una casa en las mismas calles de la pervertida ciudad.

No se nos informa de las razones para este cambio. No estamos apercibidos de ninguna ocasión que diera lugar al mismo. Estamos seguros de que no pudo haber sido un mandato de Dios. Quizá a su esposa le gustaba más la ciudad que el campo por el bien de las relaciones sociales. Es claro que ella no tenía gracia alguna. Quizá ella persuadió a Lot de que era necesario para el desarrollo de sus hijas, para que pudieran casarse y asentarse en la vida. Quizá las hijas presionaron para vivir en la ciudad donde podían tener compañía masculina; ellas eran evidentemente jóvenes de mente ligera. Quizá a Lot le gustó esto también para hacer más de sus rebaños y manadas. Los hombres nunca desean razones para confirmar sus deseos. Sin embargo, una cosa es muy clara: Lot habitó en medio de Sodoma sin ninguna buena causa.

Cuando un hijo de Dios hace las dos cosas que he nombrado, no necesitamos sorprendernos si escuchamos, de vez en cuando, cuentas no favorables acerca de su alma. No debemos sorprendernos si esa persona hace oídos sordos a la voz de advertencia de la aflicción, como Lot lo hizo (Gen. 14:12), y se vuelve "quedado" en el día del juicio y peligro, como Lot lo hizo.

Tome una decisión equivocada en la vida, una decisión no inspirada en las Escrituras, y establézcase innecesariamente en el medio de la gente del mundo, y no se me ocurre ninguna manera más segura de dañar su propia espiritualidad y retrotraerse de sus preocupaciones sobre la vida eterna. Esta es la manera de hacer que el pulso de su alma golpee feble y lánguidamente. Esta es la forma de hacer que el filo de sus sentimientos acerca del pecado se

vuelva romo y sin brillo. Esta es la forma de nublar los ojos de su discernimiento espiritual hasta que escasamente pueda distinguir el bien del mal, y tambalee en la medida que camine. Esta es la forma de traer parálisis moral a sus pies y miembros que lo harán ir tambaleante y temblando en el camino a Zion, como si el saltamontes fuese una carga. Esta es la forma de vender el pase a su peor enemigo. De dar al demonio la ventaja en el campo de batalla, de amarrar sus manos para pelear, de encadenar sus pies en la carrera, de secar las fuentes de su fortaleza, de inutilizar sus energías, de cortarse su propio pelo, como Sansón, y ponerse usted mismo en las manos de los filisteos, de sacarse sus propios ojos, molienda para el molino, y volverse un esclavo.

Asiente estas cosas profundamente en su mente. No las olvide. Recuérdelas en la mañana. Llamelas a su memoria en la noche. Deje que se hundan profundamente en su corazón. Si quiere estar libre de "quedarse", este alerta de mezclarse innecesariamente con la gente del mundo. ¡Esté alerta de la opción de Lot! ¡Si no desea asentarse en estado de alma seco, opaco, adormecido, flojo, estéril, pesado, carnal estúpido, aletargado, esté alerta de la elección de Lot!

a. Recuerde esto cuando elija un lugar para habitar o su residencia. No es suficiente que la casa sea confortable, la ubicación buena, el aire bueno, la vecindad agradable, el arriendo o el precio adecuado, el costo de vida barato. Aun hay otras cosas que considerar. Usted debe pensar en la inmortalidad de su alma. ¿Será la casa que usted piensa de ayuda hacia el cielo o el infierno? ¿Se predica el evangelio a una distancia cercana? ¿Está el Cristo crucificado al alcance de su puerta? ¿Hay un hombre real de Dios en la cercanía, que cuidará de su alma? Le encomiendo, si usted ama su vida, no pasar esto por alto. Sea consciente de la elección de Lot.

b. Recuerde esto cuando escoja una vocación, un lugar, una profesión en su vida. No es suficiente que el salario sea alto, las regalías buenas, el trabajo fácil, las ventajas numerosas y los proyectos de obtener lo mejor favorables. Piense en su alma, su alma inmortal. ¿Tendrá alimento o se morirá de hambre? ¿Será prosperada o retrocederá? ¿Tendrá sus domingos libres y tendrá un día libre en la semana para dedicarse a su espiritualidad? Le suplico, por las misericordias de Dios, prestar atención a lo que hace. No tome decisiones apuradas. Mire el lugar a contraluz: con

la luz de Dios y la luz del mundo. El oro puede ser comprado a un precio demasiado alto. Sea consciente de la elección de Lot.

c. Recuerde esto cuando escoja esposo o esposa, si no es casado. No es suficiente que sus ojos se complazcan, que sus gustos sean encontrados, que sus mentes congenien, que haya amabilidad y afecto, que haya un hogar confortable para vivir. Se necesita algo más importante que esto. Hay una vida por vivir. Piense en su alma, en su alma inmortal. Su vida: ¿será elevada o arrastrada por la unión que se planifica? ¿Será más terrenal que celestial, será llevada más cerca de Cristo o del mundo? ¿Crecerá la religión con vigor o decaerá? Si usted ora, por todas sus esperanzas de gloria, permita que esto entre en sus cálculos. "Piense", como el viejo Baxter dijo, y "piense, y piense nuevamente", antes de comprometerse. "No se una en yugo desigual" (2 Cor. 6:14). El matrimonio se menciona entre los medios de conversión. Recuerde la elección de Lot.

d. Recuerde esto si alguna vez se le ofrece una posición en una compañía de trenes. No es suficiente tener un buen sueldo y un empleo estable, la confianza de los directores, las mejores oportunidades de ascender. Estas cosas están bien en su camino pero no lo son todo. ¿Como le irá a su alma si usted trabajara en una compañía de trenes que presta servicio los domingos? ¿Qué día en la semana tendrá usted para Dios y la eternidad? ¿Qué oportunidades tendrá para oír la predicación del evangelio? Solemnemente le advierto que debe considerar esto. No le redituara llenar sus bolsillos si ello involucra traer flacura y pobreza a su alma. ¡Esté alerta de vender su Sábado por la gracia de un buen lugar! Recuerde a Esaú y el cambio de su plato. Recuerde la elección de Lot.

Algunos lectores quizá pensaran " Un creyente no necesita temer, es una oveja de Cristo, nunca perecerá; no puede sobrevenirle mucho daño. No puede ser que tan pequeñas cosas tengan tanta importancia".

Bien, puede pensar así. No obstante le advierto, si usted descuida estas materias su alma nunca prosperará. Un verdadero creyente no será desechado aunque se quede. Sin embargo si en realidad se queda, es vano suponer que su religión prosperará. La gracia es una planta tierna. A menos que la cuide y proteja bien, pronto se

enfermará en este mundo de maldad. Puede decaer aunque no puede morir. El oro más brillante pronto se volverá opaco si es sometido a una atmosfera húmeda. El más caliente de los fierros se volverá frio. Requerirá dolores y gran esfuerzo traerlo nuevamente al rojo vivo. No se requiere más que dejarlo solo o solamente un poco de agua fría para que se vuelva negro y duro.

Usted puede ser un cristiano ferviente y celoso ahora. Puede sentirse como David en su prosperidad "No seré jamás conmovido" (Sal 30:6). No se engañe. Solo tiene que caminar los pasos de Lot y tomar la decisión de Lot y pronto llegará al estado del alma que tuvo Lot. Permítase hacer como el hizo. Presuma actuar como él lo hizo y estará muy seguro que pronto descubrirá que se ha convertido en un desdichado en rezago como él. Encontrara, como Sansón, que la presencia de Dios ya no está más con usted. Probará para su propia vergüenza, ser un hombre no decidido, dubitativo en el día del juicio. Vendrá un cancro a su religión y se comerá toda su vitalidad sin que usted se de cuenta. Vendrá un consumo lento de su fortaleza espiritual y la desperdiciara insensiblemente.

¡Ah, si usted no desea volverse perezoso en su religion, considere estas cosas! ¡Este alerta para no hacer lo que Lot hizo!

4. Que clase de frutos trajo su pereza.

No pasaría por alto este punto por muchas razones y especialmente en el presente. No son pocos los que se sienten dispuestos a decir: "Después de todo Lot fue salvado: fue justificado y fue al cielo. No deseo nada más. Y si lo hago pero voy al cielo, estaré contento". Si este es el pensamiento de su corazón, quédese un momento más y escúcheme un poco más. Le mostraré una o dos cosas en la historia de Lot que merecen atención y pueden quizá inducirlo a cambiar de opinión.

Pienso que es de primerísima importancia extenderse sobre este tema. Siempre sustentaré que una santidad elevada y provecho elevado están muy cercanamente conectados, que la felicidad y "la consiguiente llenura del Señor" van de la mano y que si los creyentes se rezagan, no deben esperar ser útiles en su época y generación o ser muy santos y semejantes a Cristo o disfrutar de gran placidez y paz en su creer.

a. Notemos entonces que Lot no hizo el bien entre los habitantes de Sodoma.

Lot, probablemente, vivió muchos años en Sodoma. Sin duda que tuvo muchas oportunidades preciosas para hablar de las cosas de Dios e intentar rescatar las almas del pecado. Sin embargo, parece ser que Lot no tuvo ninguna influencia. Parece no haber tenido ningún peso o influencia sobre las personas que vivieron a su alrededor. No poseyó ni el respeto ni la reverencia que los hombres del mundo frecuentemente conceden a un sirviente brillante de Dios.

Ni tan siquiera una persona recta podía ser hallada en toda Sodoma, fuera de los muros del hogar de Lot. Ninguno de sus vecinos creyó en su testimonio. Ninguna de sus conocidos honró al Señor que adoraba. Ninguno de sus sirvientes sirvió al Dios que su amo servía. Ninguna de "todas las personas de todas partes" consideró ni un ápice su opinión cuando intentó refrenarlos de su corrupción. Vino este extraño para habitar entre nosotros, dijeron ellos ¿y habrá de erigirse en juez? (Gen. 19:9). Su vida no tenia peso; sus palabras no eran oídas; su religión no condujo a nadie a seguirlo.

¡Y, en verdad, no me sorprendo! Como una regla general, almas perezosas no hacen bien al mundo y no traen crédito a la causa de Dios. Su sal tiene demasiado poco sabor para sazonar la corrupción que los rodea. No son "epístolas de Cristo" que puedan ser "conocidas y leídas por todos" (2 Cor. 3:2). No hay magnetismo ni atracción ni reflejo de Cristo en sus maneras. Recordemos esto.

b. Se nos dice también que Lot no ayudó a ir al cielo a ninguno de su familia, parientes o conocidos. No se nos dice cuán grande era su familia, sin embargo, sabemos que tenía esposa y al menos dos hijas en el día en que fue llamado a salir de Sodoma, y que además no había tenido más niños.

Una cosa, pienso, es perfectamente clara –sin importar si su familia era grande o pequeña- ¡no había nadie entre ellos que temiera a Dios!

Cuando el "salió y habló con su yernos –esposos de sus hijas" y los advirtió de huir del juicio que vendría sobre Sodoma, se nos dice "Les pareció a ellos que se burlaba" (Gen. 19:14). ¡Qué temibles palabras son esas! Eran como decir "A quien le importa lo que digas". Mientras el mundo exista, esas cosas son una prueba dolorosa del desdén con que se mira a un perezoso en su religión.

¿Y qué hay de la esposa de Lot? Ella dejó la ciudad en su compañía pero no llegó lejos. Ella no tenía la fe para ver la necesidad de tan intempestuosa salida. Ella dejo su corazón en Sodoma cuando comenzó a salir de allí. Miro atrás cuando iba a la saga de su esposo, no obstante, la perentoria orden de no hacerlo (Gen. 19:17) e inmediatamente se volvió una estatua de sal.

¿Y qué hay de las dos hijas de Lot? En realidad, ellas escaparon, sin embargo, tan solamente para hacer el trabajo del demonio. Ellas se convirtieron en la tentación de su padre para la corrupción y lo condujeron a cometer el más impuro de los pecados.

En pocas palabras, ¡Lot parecía estar solo dentro de su familia! ¡No había aplicado los medios para rescatar un alma de las puertas del infierno!

Y no me sorprende. Las almas perezosas son entrevistas por sus propias familias y cuando son entrevistas, despreciadas. Sus parientes más cercanos entienden la inconsistencia aunque no entiendan nada más de religión. Llegan a la triste pero no antinatural conclusión "Seguramente si ´el creyera todo lo que el declara que cree, no continuaría haciendo lo que hace". Padres perezosos raramente tienen hijos devotos. Los ojos de un niño ven mucho más de lo que oyen. Un niño siempre observa más lo que usted hace que lo que dice. Recuerde esto.

c. Lot no dejó ninguna evidencia tras si cuando murió. Sabemos muy poco sobre Lot luego de su salida de Sodoma y todo lo que sabemos es insatisfactorio. Su súplica en Zoar porque era "insignificante", luego su salida de Zoar y su conducta en la cueva –todo, todo habla de la misma historia. Todo muestra la debilidad de la gracia que estaba en él y el bajo estado en que su alma había caído.

No sabemos cuánto más vivió después de su escape. No sabemos dónde murió, o cuándo murió, si vio o no a Abraham nuevamente, cuál fue la forma en que murió, lo que dijo o lo que pensó. Todas estas cosas están escondidas. Se nos dice de los últimos días de Abraham, Isaac, Jacob, Jose, David pero ni tan solo una palabra de Lot. ¡Oh, qué lecho de muerte tan sombrío debe haber sido el de Lot!

Las Escrituras parecen poner un velo alrededor de él con un propósito. Hay un doloroso silencio sobre su final. Parece ser que fue un candil apagándose y dejando un sabor amargo tras de él. Y no se nos dijo especialmente en el Nuevo Testamento que Lot era "justo" y "recto", ciertamente creo que deberíamos haber dudado si Lot era o no un alma salvada.

Pero no me sorprendo de su triste final. Creyentes perezosos generalmente cosechan lo que han cultivado. Su pereza a menudo se encuentra con ellos cuando su espíritu está partiendo. Tienen poca paz al final. Alcanzan el cielo, por seguro, pero llegan allí en un pobre empeño, fatigados, con los pies lastimados, en debilidad y lagrimas, en oscuridad y tormenta. Son salvos pero "salvos por el fuego" (1 Cor. 3:15).

Pido a cada lector de este mensaje considerar las tres cosas que he mencionado. No malentiendan el significado. ¡Es sorprendente observar cuán fácilmente las personas se agarran de la mas mínima excusa para malinterpretar las cosas que se relacionan con sus almas!

Rechazar la pereza no indica que automáticamente nos transformaremos en alguien útil para el mundo. Considere a Noé que predicó ciento veinte años sin resultados. Tampoco nuestro rechazo a la pereza garantizará la conversión de la familia o de los amigos. Incluso muchos de los hijos del Rey David fueron inconversos. Ni los propios hermanos del Señor Jesus le creyeron.

Es imposible no ver alguna conexión entre la opción de maldad de Lot y la pereza de Lot, y entre la pereza de Lot y sus fracasos con su familia y el mundo. Creo que el Espíritu quiere que nosotros lo veamos. Creo que el Espíritu quiso ponerlo a él como una guía para todos los cristianos profesantes. Estoy seguro de que las

lecciones que he impartido, considerando la historia completa, merecen una seria reflexión.

Y ahora déjenme impartir unos pocos pensamientos finales a todos aquellos se llaman a sí mismos creyentes en Cristo. No tengo intención de hacer que sus corazones se entristezcan. No quiero darle una visión oscura del camino cristiano. Mi único objetivo es entregarles una advertencia amistosa. Deseo su paz y comodidad. Me gustaría sinceramente verlos tan felices como seguros, tan gozosos como justificados. He hablado como lo he hecho para su bien.

Usted vive en tiempos en que la pereza, y la religión de Lot, abundan. La corriente de los que profesan es mucho más ancha de lo que lo fue alguna vez, sin embargo, es mucho menos profunda. Una cierta clase de cristianidad está casi de moda. Pertenecer a una parte de la Iglesia de Inglaterra y mostrar celo por sus intereses; conversar sobre las controversias de moda, comprar libros de religión popular tan pronto como son editados para dejarlos sobre la mesa, asistir a reuniones, suscribirse a sociedades, discutir sobre los méritos de los predicadores, estar entusiasmado y excitado por cada nueva forma de religión sensitiva que aflora -Todos estos son, comparativamente ahora, logros fáciles y comunes. Estos no hacen a las personas especiales, requieren de poco o nada de sacrificio. No conllevan la cruz.

Sin embargo, caminar cercanamente a Dios, tener una mente realmente espiritual, comportarse como extranjeros y peregrinos, estar fuera del mundo cuando trabajamos, en las conversaciones, en las diversiones, en el vestido, ser un testigo fiel de Cristo en todos los lugares, dejar el sabor de nuestro Maestro en cada relación, ser oradores incesantes, humildes, no orgullosos, de buen temperamento, tranquilos, de fácil agrado, caritativos, pacientes, mansos, estar celosamente temerosos de todas las formas del pecado, trémulamente vivos a los daños que el mundo nos puede causar – ¡Estas, estas son aun cosas raras! No son comunes entre aquellos que son llamados cristianos verdaderos, y, lo peor de todo, la ausencia de ellas no se percibe y tampoco se lamenta como debiera ser.

En un día como hoy, me aventuro a ofrecer mi consejo a cada cristiano creyente que tiene oídos para oír. No vuelva su espalda

a esto. No se enoje porque hablo tan llanamente. Lo conmino "Se diligente en hacer tu llamado y elección seguros" (2 Ped. 1:10). Lo conmino a no ser indolente, descuidado, a no estar contento con una pequeña medida de gracia, a no estar satisfecho con ser un poquito mejor que el mundo. Le advierto solemnemente no intentar hacer lo que nunca puede ser hecho –Me refiero a servir a Cristo y aun así mantenerse en el mundo. Lo llamo y le ruego ser un cristiano de todo corazón, buscar la eminente santidad, enfocarse en un alto grado de santificación, vivir una vida consagrada, presentar su cuerpo en "sacrificio vivo" a Dios, a "caminar en el Espíritu" (Rom. 12;1, Gal. 5:25). Le encomiendo y lo exhorto, por todas sus esperanzas del cielo y deseos de gloria, si quiere ser feliz, si quiere ser útil, que no sea un alma perezosa.

¿Desea saber lo que los tiempos demandan? El temblar de las naciones, el desarraigo de las cosas antiguas, el derrocamiento de los reinos, la agitación y el desasosiego de las mentes de los hombres –¿Y qué nos dicen los tiempos actuales? Todos gritan a viva voz "¡Cristiano, no te detengas!"

¿Quiere estar listo para la segunda venida de Cristo, su lomo ceñido, su lámpara encendida, usted mismo vigoroso y preparado y para encontrarlo a Él? ¡Entonces no se detenga!

¿Quiere disfrutar de mucho bienestar sensible en su religión, sentir la presencia del Espíritu dentro de usted, saber en quien ha creído, y no ser un cristiano desalentado, quejumbroso, agrio, cabizbajo y melancólico? ¡Entonces no se detenga!

¿Quiere disfrutar de una poderosa certeza de su propia salvación, en el día de enfermedad, y en su lecho de muerte? ¿Desea ver con los ojos de la fe los cielos abriéndose y Jesus elevándose para recibirlo? ¡¡Entonces no se detenga!

¿Desea dejar amplias evidencias tras suyo cuando haya partido? ¿Desea que le dejemos en la tumba con confortante esperanza y hablemos de su estado después de la muerte sin tener dudas? ¡Entonces no se detenga!

¿Desea ser útil al mundo en su época y generación? ¿Desea sacar a los hombres del pecado y llevarlos a Cristo, adornar su doctrina y

hacer la causa de su Maestro bella y atractiva ante sus ojos? ¡Entonces no se detenga!

¿Desea ayudar a sus hijos y parientes hacia el cielo y hacerlos decir "Iremos contigo" y no hacerlos a ellos infieles y desdeñosos de toda religión? ¡Entonces no se detenga!

¿Desea tener la gran corona en el día de la venida de Cristo y no ser la más insignificante y pequeña estrella en la Gloria y encontrarse a sí mismo siendo el último y el más bajo en el reino de Dios? ¡Entonces no se detenga!

¡Oh! ¡Que ninguno de nosotros sea perezoso! El tiempo, la muerte, el juicio, el demonio, el mundo no lo son. Tampoco dejemos que los hijos de Dios lo sean.

¿Hay algún lector de esta tesis que sienta que es perezoso? ¿Ha sentido su corazón pesado y su conciencia adolorida, mientras ha estado leyendo estas palabras? ¿Hay algo dentro de usted que susurra "soy el hombre"? Entonces escuche lo que digo. Su alma no está bien. Despierte y trate de hacerlo mejor.

Si usted es un perezoso, debe ir a Cristo de inmediato y curarse. Usted debe usar el viejo remedio; debe bañarse en la vieja fuente. Debe volverse nuevamente a Cristo y ser sanado. La forma de hacer una cosa es hacerla. ¡Haga esto de inmediato!

No piense ni por un momento que su caso está perdido. No piense que debido a que ha estado viviendo en un estado del alma seco, adormecido y pesado, que no hay esperanza por su restauración. ¿No es el Señor Jesucristo el Medico nominado para todas las dolencias espirituales? ¿No curó El toda clase de enfermedades cuando estuvo en la tierra? ¿No sacó toda clase de demonios? ¿No elevó al pobre descarriado de Pedro y le puso en su boca una nueva canción? ¡Oh, sin duda, pero crea fervientemente que El puede aun revivir Su obra en usted! Vuélvase de la pereza, confiese su insensatez y venga –venga de inmediato a Cristo. Bendecidas sean las palabras del profeta "Sólo reconozcan su iniquidad". "Vuelvan, ustedes hijos descarriados, y yo sanaré sus rebeliones" (Jer. 3:13, 22).

10. UNA MUJER PARA RECORDAR

"Recuerden a la esposa de Lot". (Luc. 17:32).

Existen pocas advertencias en las Escrituras tan solemnes como esta que encabeza la página. El Señor Jesucristo nos dice: "recuerden a la esposa de Lot".

La esposa de Lot era una profesante religiosa; su esposo era un "hombre justo" (2 Ped. 2:8). Ella dejó Sodoma con él en el día en que Sodoma fue destruida; ella miró atrás hacia la ciudad, de espaldas a su esposo, en contra del mandato expreso de Dios; ella llamó a la muerte de inmediato y se volvió una estatua de sal. Y el Señor Jesucristo la mantiene a ella como una guía para su Iglesia; El dice: "recuerden a la esposa de Lot".

Esta es una seria advertencia, si pensamos en las personas que Cristo nombra. Él no nos conmina a recordar a Abraham o a Isaac o a Jacob o a Sara o a Ana y Rut. No, Él señala a una cuya alma se perdió para siempre. El nos grita: "Recuerden a la esposa de Lot"

Esta es una seria advertencia, si consideramos el tema que persigue Cristo. Él está hablando de Su segunda venida para juzgar al mundo; Él está describiendo un terrible estado de falta de preparación en el cual muchos pueden encontrarse. Los últimos días están en su mente cuando Él dice: "Recuerden a la esposa de Lot".

Es una seria advertencia si pensamos en la persona que la entrega. El Señor Jesús está lleno de amor, misericordia y compasión; Él es el que no quebrará el junco estropeado ni sofocará el lino humeante. Él podría llorar por la Jerusalén inconversa y orar por los hombres que lo crucificaron y, sin embargo, Él piensa que es bueno que recordemos las almas que están perdidas. Por eso Él dice: "Recuerden a la esposa de Lot"

Es una seria advertencia si pensamos en las personas a las cuales ésta fue dirigida primeramente. El Señor Jesús estaba hablando a

Sus discípulos; no se dirigía ni a los escribas o fariseos, que lo odiaban, sino a Pedro, Jacobo y Juan y muchos otros que lo amaban y, aún a ellos, Él piensa que es bueno darles esta advertencia. Aún a ellos, El les dice "Recuerden a la esposa de Lot". Es una seria advertencia si consideramos la manera en la cual fue entregada. El no dice simplemente "Estén alertas de lo siguiente, tomen cuidado de imitarla, no sean como la esposa de Lot". Él usa palabras diferentes; Él dice "recuerden". Él habla como si estuviésemos en peligro de olvidar el tema; Él remueve nuestras flojas memorias; Él nos llama a mantener el caso en nuestra mente. Él grita: "Recuerden a la esposa de Lot".

Propongo examinar las lecciones que la esposa de Lot quiere enseñarnos. Estoy seguro que su historia está llena de instrucciones útiles para la iglesia. Los últimos días están sobre nosotros, la segunda venida de nuestro Señor Jesus se acerca; el peligro de la mundanería está año en año creciendo dentro de la iglesia. Proveámonos de salvaguardas y antídotos en contra de la enfermedad que nos rodea, y no en poco, familiaricémonos con la historia de la esposa de Lot.

Consideremos ahora los privilegios religiosos que la esposa de Lot disfrutó, el pecado particular que ella cometió y el juicio que Dios infligió sobre ella.

1. Los privilegios religiosos de los que la esposa de Lot disfrutó

En los días de Abraham y Lot, la verdadera religión salvadora era escasa en la tierra: no había Biblias, ministros, iglesias, vías, misioneros. El conocimiento de Dios estaba confinado a unas pocas familias favorecidas; la mayor parte de los habitantes de la tierra vivían en obscuridad, ignorancia, superstición y pecado. Ni uno en cien tenía quizá tal buen ejemplo, tal asociación espiritual, tal conocimiento claro y tan directas advertencias como las que tenía la esposa de Lot. Comparada con millones de sus congéneres de su época, la esposa de Lot era una mujer favorecida.

Ella tenía un hombre devoto como marido; ella tenía a Abraham, el padre de la fe, por tío político por su matrimonio. La fe, el conocimiento y las oraciones de estos dos hombres justos no deben haber sido secreto para ella. Es imposible que ella hubiera habitado con ellos en tiendas por un largo tiempo sin saber quiénes

eran ellos y a quién ellos servían. La religión para ellos no era una mera formalidad; era el principio regidor de sus vidas y la razón fundamental de sus acciones. Todo esto la esposa de Lot lo debió ver y saber. Este no era un privilegio pequeño.

Cuando Abram recibió por primera vez las promesas, es probable que la esposa de Lot estuviera allí. Cuando él edificó el altar cerca de su tienda entre Hai y Bet-el, es probable que ella estuviera allí. Cuando su esposo fue tomado cautivo por Quedorlaomer, rey de Elam, liberado por por la injerencia de Dios, ella estuvo allí. Cuando Melquisedec, rey de Salem, vino a reunirse con Abraham con pan y vino, ella estuvo allí. Cuando los ángeles vinieron a Sodoma y advirtieron a su esposo de partir, ella los vio; cuando ellos los tomaron de la mano y los condujeron fuera de la ciudad, ella era parte del grupo que ellos ayudaron a escapar. Una vez más, digo, estos no eran pequeños privilegios.

¿Qué buenos efectos tuvieron todos estos privilegios en el corazón de la esposa de Lot? Ninguno en absoluto. A pesar de todas sus oportunidades y medios de gracia, a pesar de todas las advertencias especiales y los mensajes del cielo que recibió, ella vivió y murió sin gracia, infiel, impenitente y sin creer. Los ojos de su entendimiento nunca fueron abiertos, su conciencia nunca despertó ni se alertó; su voluntad, en realidad, nunca alcanzó un grado de obediencia a Dios; sus afectos nunca en realidad fueron puestos en las cosas de arriba. La forma de la religión que ella había guardado estuvo de acuerdo a la moda y no desde el sentimiento; era un disfraz para complacer a su esposo pero que estaba distante de su verdadero sentir. Ella hizo como otros hicieron en la casa de Lot; se ajustó a las formas de su marido, no se opuso a su religión, se dejó llevar pasivamente por la ola de su marido, pero todo el tiempo su corazón estaba equivocado ante Dios. El mundo estaba en su corazón y su corazón estaba en el mundo. En este estado vivió y en este estado murió.

En todo esto hay mucho que aprender: Veo una lección que es de la más profunda importancia para nuestros días. Usted vive en tiempos en que existen muchas personas como la esposa de Lot; venga y oiga la lección que su caso nos quiere enseñar.

Aprenda, entonces, que la mera posesión de privilegios religiosos no salvará el alma de alguien. Usted puede obtener ventajas

espirituales de toda clase; usted puede vivir al amparo del completo resplandor de las más ricas oportunidades y medios de gracia; puede disfrutar de las mejores prédicas y oportunidades de instrucción; puede habitar en medio de la luz, el conocimiento, la santidad y la buena compañía. Todo esto puede ser y aun así puede permanecer inconverso y al final estar perdido para siempre.

Me atrevo a decir que esta doctrina suena difícil para algunos lectores. Sé que muchos fantasean que no desean nada más que privilegios religiosos para volverse cristianos decididos. No son los que debieran ser, lo conceden, pero su posición es tan difícil, alegan, y sus dificultades son muchas. Denles un esposo o una esposa devotos, denles compañía devota, o un maestro devoto, denles la prédica del evangelio, denle todos los privilegios y entonces ellos caminarían con Dios.

Todo esto es un error. En un completo delirio. Salvar almas requiere algo más que privilegios. Joab era el capitán de David, Giezi era el sirviente de Eliseo; Demas el compañero de Pablo; Judas Iscariote el discípulo de Cristo, y Lot tuvo una esposa mundana e inconversa. Todos ellos murieron en sus pecados. Se fueron a pique a pesar del conocimiento, las advertencias y las oportunidades; y todos ellos nos enseñan que el hombre no sólo necesita de privilegios. Necesitan la gracia del Espíritu Santo.

Valoremos los privilegios religiosos pero no descansemos enteramente en ellos. Deseemos tener el beneficio de ellos en todos los movimientos de nuestra vida, no obstante, no los pongamos en el lugar de Cristo. Usémoslos agradecidamente si Dios nos los concede, sin embargo cuidemos que ellos produzcan algunos frutos en nuestros corazones y en nuestra vida. Si no hacen el bien, en forma frecuente causan daño: queman la conciencia, aumentan la responsabilidad, agravan la condenación. El mismo fuego que derrite la cera endurece la arcilla; el mismo sol que hace crecer los arboles, los seca y los prepara para el fuego. Nada endurece más el corazón del hombre como una estéril familiaridad con las cosas sagradas. Una vez más digo, no son los privilegios por sí mismos los que hacen cristianos sino la gracia del Espíritu Santo. Sin Él, ningún hombre nunca será salvo.

Pido a los miembros de las congregaciones evangélicas de nuestros días marcar bien lo que estoy diciendo. Si usted va a la Iglesia del

pastor A o B, y piensa que él es un excelente predicador; se deleita con sus sermones, no puede oír a nadie más con el mismo grado de agrado; que ha aprendido muchas cosas desde que comenzó a participar en su ministerio, ¡considera que es un gran privilegio ser uno de sus oyentes! Todo esto es bueno. Es un privilegio. Estaría agradecido si un ministro como el suyo fuera multiplicado por miles. Y después de todo esto, ¿qué hay en su corazón? Ha recibido el Espíritu Santo? Si no lo ha recibido, usted no es mejor que la esposa de Lot.

Pido a los sirvientes de familias religiosas notar bien lo que estoy diciendo. Es un gran privilegio vivir en una casa donde el temor de Dios reina. Es un privilegio escuchar a la familia orando por las mañanas y por las tardes, escuchar regularmente la exhortación de la Palabra de Dios, tener domingos tranquilos y poder ir siempre a la iglesia. Estas son cosas que usted debe buscar cuando trata de conseguir algo, son cosas que hacen a un lugar bueno realmente. Sueldos altos y trabajo ligero nunca compensarán la instigación constante de la mundanería, el quebrantamiento del Sábado y el pecado. Tenga cuidado de no estar contento con todo esto y no suponga que por causa de estas ventajas espirituales usted se irá directo al cielo. Usted debe tener gracia en su propio corazón como también asistir a los servicios familiares. Si no fuera así, en el momento, usted no es mejor que la esposa de Lot.

Pido a los hijos de padres religiosos notar bien lo que estoy diciendo. Es uno de los privilegios más grandes ser hijo de padres devotos y haber crecido en medio de muchas oraciones. Es una bendición en verdad haber recibido la enseñanza del evangelio desde la infancia, saber del pecado y de Jesús, y del Espíritu Santo, la santidad y el cielo desde el momento en que podamos recordar cualquier otra cosa. Sin embargo, oh, tome nota de no permanecer estéril y sin frutos al brillo de todos estos privilegios, esté alerta y no vaya a ser que su corazón sea duro, impenitente y mundano sin importar de los muchos privilegios que disfruta. Usted no puede entrar al reino de Dios por el crédito de la religión de sus padres. Por usted mismo, debe arrepentirse, tener fe y santificarse. Si no, usted no es mejor que la esposa de Lot.

Oro a Dios para que todos los cristianos puedan poner en su corazón estas cosas. Que no olvidemos nunca que los privilegios por sí mismos no pueden salvarnos. Luz y conocimiento y prédica

sincera y medios de gracia abundante y la compañía de gente santa son grandes bendiciones y ventajas. ¡Felices son aquellos que las tienen! Sin embargo, después de todo, hay un sola cosa sin la cual estos privilegios son inútiles: esa cosa es la gracia del Espíritu Santo. La esposa de Lot tuvo muchos privilegios pero ella no tenía "gracia".

2. El pecado que la esposa de Lot cometió

La historia del pecado que la esposa de Lot cometió está dada por el Espíritu Santo en pocas y simples palabras: "Ella miró atrás, a espaldas de su esposo, y se volvió estatua de sal". No se nos dice nada más que esto. Hay una solemnidad desnuda en la historia. La suma y sustancia de sus transgresiones descansa en estas tres palabras: "Ella miro atrás".

¿Parece este pecado pequeño a los ojos del lector? ¿Parece la falta de la esposa de Lot insignificante para tal castigo? Ese es el sentimiento, me atrevo a decir, que cruza nuestros corazones. Préstenme atención mientras razono con usted sobre el tema. Hay mucho más de lo que a primera vista nos conmociona; implica mucho más de lo que está expresado. Escuche y oirá.

a. Esa Mirada fue una cosa pequeña pero ella revela el verdadero carácter de la esposa de Lot. Las pequeñas cosas frecuentemente muestran el estado de la mente de un hombre, mucho más que las grandes cosas, y pequeños síntomas son frecuentemente señales de enfermedades incurables y mortales. La manzana que Eva comió fue una cosa pequeña pero probó que ella había caído de la inocencia para volverse al pecado. Una grieta en el arco parece una pequeña cosas pero prueba que las fundaciones están dañadas y que toda la estructura es insegura. Una pequeña tos en la mañana parece ser una dolencia sin importancia pero es una evidencia frecuente de la caída de la constitución física que conduce a la declinación, consunción y a la muerte. Una paja puede mostrar en cual dirección el viento sopla, y una mirada puede mostrar la condición podrida del corazón de un pecador (Mat. 5:28).

b. La Mirada es una pequeña cosa pero nos habla de la desobediencia de la esposa de Lot. El mandato del ángel fue enfático e inconfundible: "No miren hacia atrás" (Gen. 19:17).

Este mandato es el que la esposa de Lot rehusó obedecer. El Espíritu Santo dice que "obedecer es mejor que los sacrificios", y que "la rebelión es como el pecado de adivinación" (1 Sam. 15:22, 23). Cuando Dios habla simplemente su Palabra, o a través de Sus mensajeros, el deber del hombre es claro.

c. Esa mirada es una pequeña cosa pero nos habla del orgullo de la esposa de Lot. Ella pareció dudar que Dios realmente fuera a destruir Sodoma, pareció no creer que había algún peligro o necesidad alguna de apurarse. Sin fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11:6). Desde el momento en que el hombre comienza a pensar que sabe más que Dios o que Dios no quiere decir todo lo que dice cuando El amenaza, su alma está en gran peligro. Cuando no podamos ver las razones de Dios, nuestro deber es mantenernos en paz y creer.

d. Esa mirada era una pequeña cosa pero nos habla del amor secreto que la esposa de Lot tenía por el mundo. Su corazón estaba en Sodoma aunque su cuerpo estuviera afuera. Ella había dejado sus afectos atrás cuando salió de su casa. Su ojo se volvió al lugar donde estaba su tesoro, así como la aguja de la brújula se vuelve hacia el polo. Y este es el punto que corona su pecado. "La amistad con el mundo es enemistad con Dios". Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15).

Este aspecto de nuestro tema merece especial atención; enfoquemos nuestras mentes y corazones en él. Creo que es la parte que el Señor Jesús particularmente intenta dirigirnos a nosotros. Creo que El hubiera querido que observáramos que la esposa de Lot estaba perdida al mirar hacia atrás al mundo. Su profesión era ambas, justa y engañosa, porque ella nunca abandonó el mundo. Ella pareció estar en el camino seguro pero aún entonces los más pequeños y profundos pensamientos de su corazón estaban con el mundo. El inmenso peligro de la mundanería es la gran lección que el Señor Jesus intenta que aprendamos. ¡Oh, si todos tuviéramos un ojo para ver y un corazón para entender!

Creo que nunca antes hubo un tiempo cuando las advertencias contra la mundanería eran tan necesarias en la iglesia de Cristo como ahora. Se dice que cada época tiene sus propias y peculiares enfermedades epidémicas. La enfermedad epidémica de la cual las

almas de los cristianos son responsables es el amor por el mundo. Es una pestilencia que camina en la oscuridad y una enfermedad que destruye a la luz del día. "Ha causado muchos heridos, sí, muchos hombres fuertes han sido heridos por ella". Elevaría sinceramente una voz de alerta y trataría de despertar las soñolientas conciencias de todos aquellos que profesan religión. Sinceramente gritaría voz en cuello "recuerden el pecado de la esposa de Lot". No era una asesina, una adultera, ni una ladrona pero si era creyente y miro atrás.

Hay miles de personas bautizadas en nuestras Iglesias que son prueba contra la inmoralidad y la infidelidad y aún así son víctimas del amor al mundo. Hay miles que corren bien por una temporada y apuestan alto para alcanzar el cielo y luego, poco a poco, abandonan la carrera y vuelven sus espaldas a Cristo. ¿Y qué los ha detenido? ¿Han encontrado que la Biblia no es verdad? ¿Han encontrado que el Señor Jesus ha faltado a su palabra? No, de ninguna manera. Ellos han cogido la enfermedad epidémica: están infectados con el amor al mundo. Apelo a cada uno de los ministros evangélicos sinceros que leen este mensaje y les pediría que miraran a su congregación. Apelo a cada cristiano establecido y le pido que mire el círculo de sus conocidos. Estoy seguro de que hablo la verdad. Estoy seguro de que este es el momento preciso de recordar el pecado de la esposa de Lot.

a. Cuántos hijos de familias religiosas comienzan bien y terminan mal. En los días de su infancia parecían estar llenos de religión. Pueden repetir textos e himnos en abundancia, tienen sentimientos espirituales y convicción de pecado, profesan amor al Señor Jesús y desean el cielo, van con agrado al templo y escuchan sermones, dicen cosas que son atesoradas por sus padres como indicaciones de gracia, hacen cosas que llevan a sus conocidos a decir "¿Qué clase de niño será este?" Sin embargo, alas, cuán a menudo su bondad se esfuma como una nube en la mañana y como el rocío. El niño se vuelve un hombre joven que no se preocupa nada más que por diversión, deporte, deleites y excesos. La niña se vuelve una joven que no se preocupa nada más que por su vestimenta, la compañía varonil, lectura de novelas y excitación. ¿Dónde está la espiritualidad que prometió tanto? Se ha ido, está sepultada, ha sido desbordada por el amor al mundo. Caminan en los pasos de la esposa de Lot. Miran hacia atrás.

b. ¡Cuántas personas casadas hacen bien en religión, en apariencias, hasta que sus hijos comienzan a crecer y luego se separan! En los primeros años de la vida matrimonial parecían seguir a Cristo diligentemente y testificaban bien. Iban regularmente a las predicaciones del evangelio, tenían frutos en buenas obras, no eran nunca vistos en sociedad vana y disipada. Tanto su fe como su práctica eran sólidas y caminaban tomados de la mano. No obstante, ay, cuán a menudo la peste espiritual se viene sobre la casa cuando una familia joven comienza a crecer, y los hijos y las hijas deben ser criados. La levadura de la mundanería comienza a aparecer en sus hábitos, en su vestimenta, en sus entretenimientos y en el tiempo del trabajo. Ya no son estrictos con la compañía que deben tener y los lugares que visitan. ¿Dónde está la línea definida de separación de lo que alguna vez observaron? ¿Donde está la férrea abstinencia de las entretenciones mundanas que alguna vez marcaron su rumbo? Todo está olvidado. Todo ha sido puesto a un lado, como un viejo almanaque. Un cambio ha sobrevenido sobre ellos: el espíritu del mundo ha tomado posesión de sus corazones. Caminan en los pasos de la esposa de Lot. Miran hacia atrás.

c. ¡Cuántas mujeres jóvenes parecen amar su religión hasta que tienen 20 o 21 años y luego pierden todo! Hasta ese momento en sus vidas, su conducta en materias religiosas es todo lo que puede desearse. Mantienen el hábito de oraciones privadas, leen sus Biblias diligentemente, visitan a los pobres cuando tienen la oportunidad; enseñan en las escuelas dominicales cuando hay una apertura; ministran las necesidades temporales y espirituales de los pobres, tienen amigos religiosos, aman conversar sobre temas religiosos, escriben cartas llenas de expresiones y experiencias religiosas. ¡No obstante, ay, cuán a menudo prueban ser inestables como el agua y son arruinadas por el amor al mundo! Poco a poco se apartan y pierden su primer amor. Poco a poco las "cosas vistas" echan fuera de sus mentes las "cosas no vistas" y, como una plaga de langostas, se come cada parte verde de sus almas. Paso a paso se devuelven de la posición clara que alguna vez asumieron. Cesan de sentir celo por la sana doctrina, pretenden descubrir que es "poco caritativo" pensar que una persona tiene más religión que otra. De cuando en cuando ellas entregan su afecto a hombres que no hacen pretensión de una religión clara. Al final, ellas abandonan el último remanente de su propia cristianidad

de sus mentes y se vuelven hijas del mundo. Caminan sobre los pasos de la esposa de Lot. Miran hacia atrás.

d. ¡Cuántos comulgantes de nuestras Iglesias fueron alguna vez celosos y fervientes profesantes y ahora se han vuelto aletargados, formales y fríos! Hubo tiempos en que ninguno parecía estar tan vivo como ellos en religión; ninguno era tan diligente en su atención a los medios de gracia, ninguno estaba tan ansioso de promover la causa del evangelio y tan presto a realizar buenas obras; ninguno estaba tan agradecido por la instrucción espiritual; ninguno estaba aparentemente tan deseoso de crecer en gracia. No obstante ahora, ¡ay, todo parece estar alterado! El "amor por las otras cosas" ha tomado posesión de sus corazones y ha asfixiado la semilla de la Palabra. El dinero del mundo, las recompensas del mundo, la literatura del mundo, los honores del mundo tienen ahora el primer lugar en sus afectos. Háblele y no encontrará respuesta alguna sobre las cosas espirituales. Note su conducta diaria y verá que no hay celo por el reino de Dios. Tienen una religión en realidad pero no es más que una religión viva. El retoño de su otrora cristianidad se ha secado e ido, el fuego de la máquina espiritual ha sido sofocado y está frío; la tierra ha apagado la llama que una vez ardió tan brillantemente. Han caminado en los pasos de la esposa de Lot. Ellos han mirado hacia atrás.

e. ¡Cuántos hombres pastores trabajan duro en su labor por unos pocos años y luego se vuelven flojos e indolentes a causa del amor del mundo! Al comienzo de su ministerio ellos están deseosos de dedicarse y ser dedicados a Cristo; están allí a tiempo y destiempo, su sermón es vívido y sus iglesias están llenas. Sus congregaciones están bien cuidadas, pequeñas charlas, reuniones de oración, visitaciones son su delicia semanal. No obstante, ¡ay, cuán a menudo "comienzan en el Espíritu" terminan "en la carne" y, como Sansón, su fortaleza les es quitada en el regazo de esa Dalila, el mundo! Prefieren la vida acomodada, se casan con una esposa mundana, se hinchan con orgullo y descuidan el estudio y la oración. Un pellizco de hielo corta el florecimiento espiritual que ofreció ser tan bueno. Sus prédicas pierden su unción y poder, su trabajo diario se hace menor cada vez, la sociedad con la que se mezclan se vuelve menos selecta, el tono de su conversación se vuelve más terrenal. Cesan de ignorar la opinión del hombre, se embeben de un miedo mórbido por "visiones extremas" y se llenan

de terror cauteloso de ofender. Y al final el hombre que un tiempo pareció ser un real sucesor de los apóstoles y un buen soldado de Cristo se establece en sus pozos como un jardinero clerical, un agricultor, un comensal que no ofende a nadie y no salva a nadie. Su iglesia está a medio vacía, sus influencias se reducen, el mundo lo ha atado de manos y pies. Él ha caminado sobre los pasos de la esposa de Lot. Él ha mirado hacia atrás.

Es triste escribir sobre estas cosas pero lo es mucho más verlas. Es triste observar cómo los cristianos pueden cegar sus conciencias con argumentos engañosos sobre este tema y pueden defender la mundanería al hablar de los "deberes de su condición", las "cortesías de la vida" y la necesidad de tener una "religión chispeante".

Es triste ver como un barco gallardo se lanza al viaje de su vida con las expectativas de éxito y, con sus bríos de mundanería, se pierde en el horizonte con todo su peso al amparo de seguridad. Es lo más triste de todo observar como muchos se adulan sí mismos sintiendo que todo está bien con sus almas cuando todo está mal, por razón de este amor al mundo. Canas aquí y allá aparecen y no lo saben. Comenzaron como Jacobo y David y Pedro y terminarán como Esaú y Saúl y Judas Iscariote. Comenzaron como Ruth y Ana y María y Persis y llegarán probablemente al final como la esposa de Lot.

Esté alerta de los corazones religiosos divididos. Esté alerta de seguir a Cristo por un motivo secundario, para complacer a parientes y amigos, o mantener la costumbre del lugar o familia en la cual está inmerso, para parecer respetable y tener la reputación de ser religioso. Siga Cristo por El mismo, si usted Lo sigue de alguna manera. Sea cuidadoso, sea real, sea honesto, sea sólido, con todo su corazón. Si tiene alguna religión, que ésta sea real. Vele por no pecar con el pecado de la esposa de Lot.

Esté alerta, nunca imagine que puede ir lejos en religión y secretamente tratar de mantenerse en el mundo. No quiero que ningún lector de este mensaje se convierta en un ermitaño, monje o monja: Deseo que cada uno cumpla con su deber real en el estado de vida en que fue llamado. Sin embargo, urjo a cada cristiano profesante que desea ser feliz a la inmensa importancia de no hacer ninguna promesa entre Dios y el mundo. No trate de

regatear, como si usted deseara dar a Cristo su corazón tan poco como sea posible y mantener tanto como sea posible las cosas de esta vida. No sea que se extralimite, no sea que termine perdiéndolo todo. Ame a Cristo con todo su corazón y mente y alma y fuerzas. Busque primero el reino de Dios y entonces crea que todas las cosas vendrán por añadidura. Preste atención para que usted no pruebe ser una copia del carácter que John Bunyan delinea, El Sr. Dos caras. Por el bien de su felicidad, por el bien de su seguridad, por el bien de su alma esté alerta del pecado de la esposa de Lot. Oh, es un decir solemne el de nuestro Señor Jesús: "Ningún hombre que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Luc 9:62).

3. El juicio que Dios infligió sobre ella

Las Escrituras describen el final de la esposa de Lot en pocas y simples palabras. Está escrito que "ella miró atrás y se convirtió en una estatua de sal". Un milagro fue hecho para ejecutar el juicio de Dios sobre esta mujer culpable. La misma mano poderosa que primero le dio a ella su vida la tomó en un pestañar de ojo. De sangre y carne viva se convirtió en una estatua de sal.

Eso fue un final espantoso para el alma. Morir en cualquier momento es una cosa seria. Morir entre amigos y parientes, morir en calma y paz en nuestra cama, morir con la oración de hombres devotos sonando aún en nuestros oídos, morir con la buena esperanza a través de la gracia en la absoluta certeza de salvación, abandonándonos al Señor Jesus animados por las promesas del evangelio… aun así, morir de este modo, es un asunto serio. Sin embargo, morir súbitamente y en un momento, en el mismo acto del pecado, morir sano y fuerte, morir por la directa interposición de un Dios enojado es espantoso en realidad. Y ese fue el final de la esposa de Lot. No puedo culpar a la letanía del Libro de Oraciones, como hacen algunos, por mantener esta petición: Líbranos, buen Señor, de muerte súbita".

He aquí el final desesperado al cual puede llegar un alma. Hay casos, como este, en los cuales uno espera, sin esperanza, por las almas de aquellos que van a la tumba. Tratamos de persuadirnos de que nuestra pobre hermana o hermano puede haberse arrepentido y obtenido salvación en el último momento y haberse prendido en el dobladillo de la túnica de Cristo en la hora

undécima. Traemos a nuestra mente las misericordias de Dios, recordamos el poder del Espíritu, pensamos en ladrón penitente, nos susurramos que el trabajo salvador ha seguido su curso aún en la cama del moribundo que no tiene fortaleza para hablar. Sin embargo todas esas esperanzas son vanas cuando una persona es cortada en el mismo acto del pecado. La caridad en sí misma no puede decir nada cuando un alma ha sido llamada en medio de la corrupción sin tener ni tan siguiera un momento para pensar u orar. Ese fue el final de la esposa de Lot. Fue un final sin esperanza. Se fue al infierno.

No obstante, es bueno para nosotros notar estas cosas. Es bueno que se nos recuerde que Dios puede castigar duramente a aquellos que pecan voluntariamente y que grandes privilegios mal usados traen gran cólera al alma. Faraón vio los milagros que Moisés hizo; Coré, Datan y Abira escucharon a Dios hablando en el Monte Sinaí; Ofni y Fines eran hijos de altos sacerdotes de Dios; Saúl vivió al amparo de la completa luz del ministerio de Samuel; Acab era frecuentemente advertido por Elías el profeta; Absalón disfrutó los privilegios de ser un hijo de David; Baltasar tuvo a el profeta Daniel a su puerta; Ananías y Safira se unieron a la iglesia en los días en que los apóstoles hacían milagros; Judas Iscariote fue escogido por nuestro Señor Jesucristo mismo como compañero. Sin embargo, todos ellos pecaron de lleno contra la luz y el conocimiento, y fueron súbitamente destruidos sin remedio. No tuvieron tiempo ni espacio para arrepentirse. Como vivieron, así murieron, tal como estaban. Se apartaron de Dios y aún muertos ellos hablan. Ellos nos dicen, como la esposa de Lot, que es una cosa peligrosa pecar contra la luz, que Dios aborrece el pecado, y que existe un infierno.

Me siento obligado a hablar libremente a mis lectores sobre el tema del infierno. Resiento usar la oportunidad que el final de la esposa de Lot implica. Creo que el tiempo ha llegado y es un deber categórico hablar abiertamente sobre la realidad y eternidad del infierno. Un flujo de falsa doctrina se ha volcado recientemente sobre nosotros. Los hombres han comenzado a decir que Dios es demasiado misericordioso para castigar a las almas para siempre, que existe un amor a Dios aún más bajo que el infierno y que toda la humanidad, sin importar lo corruptos e impíos que algunos sean, tarde o temprano serán salvados. Se nos invita a dejar los viejos caminos de la cristianidad apostólica. Se nos dice que las visiones de nuestros padres sobre el infierno, y el demonio, y el castigo

están obsoletas y fuera de boga. Debemos abrazar lo que es la llamada teología más amigable y tratamos el infierno como una fábula pagana o un cuco para asustar a niños y a tontos. En contra de tales falsas doctrinas, deseo protestar. Por muy dolorosa, penosa y angustiosa que la controversia pueda ser, no debemos titubear o rechazar entrar de lleno en el tema. Yo estoy resuelto a mantener la vieja posición y declarar la realidad y eternidad del infierno.

Créanme, no es un tema meramente especulativo. No puede ser clasificado de la misma forma que las disputas acerca de la liturgia o el gobierno de las Iglesias. No puede ser ranqueado entre los problemas misteriosos, como el significado del templo de Ezequiel o los símbolos de la revelación. Es un asunto que está basado en el fundamento mismo de todo el evangelio. Los atributos morales de Dios, Su justicia, Su santidad, Su pureza están todos involucrados en él. La necesidad de fe personal en Cristo y la santificación del Espíritu están todos en la palestra. Una vez que dejemos que la vieja doctrina sobre el infierno sea derrocada entonces el sistema completo que sustenta el cristianismo será desestabilizado, desatornillado, desprendido y lanzado al desorden.

Créanme, el asunto no es uno en el que estemos obligados a replegarnos por teorías o invenciones humanas. Las Escrituras han hablado abierta y comprehensivamente sobre el tema del infierno. Sostengo que es imposible lidiar honestamente con la Biblia y evitar las conclusiones a las que ella nos conducirá en este punto. Si las palabras significan algo, existe tal lugar llamado infierno. Si los textos han de ser correctamente interpretados hay algunos que irán directo a él. Si el lenguaje tiene algún sentido respecto de él, el infierno es eterno. Creo que el hombre que encuentra argumentos para evadir la evidencia que la Biblia tiene sobre este asunto, ha alcanzado un estado mental en que el razonamiento es inútil. En mi propia opinión, me parece tan fácil argumentar que nosotros no existimos como lo es argüir que la Biblia no nos enseña la realidad y eternidad del infierno.

a. Fíjelo firmemente en su mente, es la Biblia la que enseña que Dios en su misericordia y compasión envió a Cristo a morir por los pecados y que también nos enseña que Dios aborrece el pecado y debe, en Su propia naturaleza, castigar a todos aquellos que pecan o rechazan la salvación que El ha dispuesto. El mismísimo

versículo que declara “Dios así amó al mundo”, declara que “la ira de Dios está sobre” el no creyente (Jn. 3:16 36). El mismísimo evangelio que es lanzado sobre la tierra con sus noticias de bendición “Aquel que cree y es bautizado será salvado”, proclama con el mismo aliento, “El que creyere no será condenado” (Mar 16:16).

b. Establézcalo firmemente en su mente, en la Biblia, Dios nos ha dado prueba tras prueba de que Él castigará a los endurecidos y no creyentes y que El puede tomar venganza de Sus enemigos, así como mostrar misericordia a los penitentes. El anegamiento del viejo mundo por las aguas, el abrasamiento de Sodoma y Gomorra, el derrocamiento de Faraón y todas sus huestes en el Mar Rojo, el juicio de Coré, Datan y Abiram, la total destrucción de las siete naciones de Canaán – todas enseñan la misma verdad espantosa. Todas son guías y señales y advertencias de que no debemos provocar a Dios. Todas están llamadas a descorrer la cortina que cuelga sobre las cosas que vendrán y que nos recuerdan de que existe la ira de Dios. Todas nos dicen simplemente que “los perversos serán lanzados al infierno” (Sal. 9:17).

c. Establézcalo firmemente en su mente, el Señor Jesucristo mismo ha hablado más abiertamente sobre la realidad y eternidad del infierno. La parábola del hombre rico y Lázaro contiene cosas que deberían poner a los hombres a temblar. No sólo esa. Ningún labio ha usado tantas palabras para expresar el horror del infierno como los labios de Cristo que hablaron como ningún hombre lo había hecho cuando dijo: “La palabra que ustedes oyen no es Mía sino de mi Padre que me ha enviado” (Jn 14:24). Infierno, fuego del infierno, la condenación del infierno, condenación eterna, la resurrección de la condenación, el fuego eterno, el lugar de tormento destrucción, tinieblas exterior, el gusano que nunca muere, el fuego que no se sofoca, el lugar de llanto, gemidos y crujir de dientes, castigo eterno – estas, estas son las palabras que el mismo Señor Jesucristo usó. ¡Qué lejos de la miserable sinrazón de la que algunas personas hablan hoy, que nos dicen que los ministros del evangelio no deben hablar del infierno! Al hablar de esa forma, sólo muestran su propia ignorancia, o su propia deshonestidad. Ningún hombre puede leer en forma honesta los cuatro evangelios y no ver que aquel que siga el ejemplo de Jesus debe hablar del infierno.

d. Finalmente, establézcalo en su mente, las ideas consoladoras que las Escrituras nos entregan del cielo cesarán si, por una vez, negamos la realidad o eternidad del infierno. ¿No habrá una morada futura separada de aquellos que mueren perversos e impíos? ¿Después de su muerte todos los hombres serán reunidos juntos en una multitud confusa? ¡Vaya! entonces, el cielo no será cielo en absoluto. Es completamente imposible para dos lidiar felizmente juntos excepto que estén de acuerdo. ¿Habrá un tiempo cuando el término del infierno y el castigo cesarán? Serán los malvados después de mucho tiempo de miseria admitidos en el cielo? ¡Vaya, entonces, la necesidad de santificación del Espíritu es lanzada lejos y despreciada! Leo que los hombres pueden ser santificados y encontrar el cielo en la tierra, pero no leo nada de ninguna santificación en el infierno. ¡Apártese de esas teorías sin base y no escriturales! La eternidad del infierno está tan claramente afirmada en la Biblia como lo está la eternidad del cielo. Permítase pensar por un momento que el infierno no es eterno y usted podrá decir también que Dios y el cielo no son eternos. La misma palabra griega que se usa en la expresión "castigo eterno" se usa en la expresión "Dios eterno" (Mat. 25:46, Rom. 16:26).

Sé que todo esto suena espantoso para muchos. No me sorprende. Sin embargo la única cuestión que debemos establecer es esta: ¿"Es bíblico"? ¿Es verdad? Sostengo firmemente que es así. Sostengo que los cristianos profesantes deben ser frecuentemente exhortados a recordar que pueden perderse e ir al infierno.

Sé que es fácil negar toda la sencilla enseñanza acerca del infierno y hacerla detestable empleando nombres odiosos. A menudo he escuchado de las "mentes estrechas" y "nociones pasadas de moda", y la "teología de azufre" y cosas como esas. A menudo se me ha dicho que hoy en día se desean visiones "amplias". Deseo ser tan amplio como la Biblia, ni más ni menos. Digo que es un teólogo de mente estrecha aquel que rebaja tales partes de la Biblia señalándolos como disgustos naturales del corazón y rechaza cualquiera otra donde está el consejo de Dios.

Dios sabe que nunca hablo del infierno sin sentir pena y pesar. Ofrecería gustosamente la salvación del evangelio al más vil de los pecadores. Diría deseoso al más vil y al más disoluto de la humanidad en su lecho de muerte "Arrepiéntete, cree en Jesús y serás salvo". Sin embargo Dios prohíbe que deba alguna vez

retrotraerme del hombre mortal que las Escrituras revelan tanto un infierno como un cielo y que el evangelio enseña que los hombres pueden ser tanto perdidos como salvados. El guardia que mantiene silencio cuando ve fuego es culpable de gran negligencia; el doctor que dice que estamos mejorando cuando estamos muriendo es un falso amigo; y el ministro que se retiene de hablar del infierno ante su congregación en sus sermones no ni un hombre creíble ni caritativo.

¿Dónde está el beneficio de sacar una porción de la verdad de Dios? El es el amigo más amable que me advierte de la extensión de mi peligro. ¿Donde está el beneficio de ocultar el futuro para los impenitentes e impíos? Es como ayudar al demonio en su causa si no les hablamos abiertamente de ello, "El alma que peca ciertamente morirá" ¿Quién sabe si el desgraciado descuido de muchas personas bautizadas proviene de que ellos nunca fueron advertidos abiertamente sobre el infierno? ¿Quién puede decir si miles podrían convertirse si los ministros los urgieran más fielmente de escapar de la ira por venir? Verdaderamente, me temo que muchos de nosotros somos culpables en esto, que existe una ternura malsana entre nosotros que no es la ternura de Cristo. Hemos hablado de misericordia pero no de juicio, hemos predicado muchos sermones sobre el cielo pero pocos acerca del infierno; hemos sido llevados lejos por el horrible miedo de ser calificados como "bajos, vulgares y fanáticos". Nos hemos olvidado que El, el que nos juzga, es el Señor y que el hombre que enseña la misma doctrina que Cristo nos enseñó no puede estar equivocado.

Si desea ser según las Escrituras un cristiano saludable, le ruego que le dé al infierno un lugar en su teología. Establezca en su mente, tan fijo como un principio, que Dios es un Dios de juicio tanto como de misericordia, y que los mismos consejos que establecen la fundación de la dicha del cielo lo son para la miseria del infierno. Tenga claro en su pensamiento que todos aquellos que mueren no perdonados y no renovados finalmente no calzan en la presencia de Dios y estarán perdidos para siempre. No son capaces de disfrutar el cielo; no podrían ser felices allí. Deben irse a su propio lugar y ese lugar es el infierno. ¡Oh, es una gran cosa en estos días de incredulidad creer en la Biblia completa!

Si desea ser según las Escrituras un cristiano saludable, le ruego estar alerta de cualquier ministro que no enseña abiertamente de la

realidad y eternidad del infierno. Tal ministro puede ser tranquilizador y agradable pero está mucho más proclive de adormecerlo que conducirlo a Cristo o fortalecerlo en la fe. Es imposible dejar de lado cualquier porción de la verdad de Dios sin arruinar el conjunto. Es prédica tristemente defectuosa aquella que lidia exclusivamente con las misericordias de Dios y la dicha del cielo y que nunca establece los terrores del Señor y las miserias del infierno. Puede ser popular pero no es escritural, puede entretener y gratificar, pero no brindará salvación. Denme sólo sermones que no retengan nada de lo que Dios ha revelado. Pueden calificarlo de severo y riguroso, pueden decirnos que asustar a la gente no es la forma de hacerles el bien, pero están olvidando que el gran objetivo del evangelio es persuadir a los hombres de "huir de la ira por venir" y que es vano esperar que ellos lo hagan a menos que tengan temor. ¡Bueno sería para muchos cristianos tener más temor por sus almas del que actualmente tienen!

Si desea ser según las Escrituras un cristiano saludable, considere frecuentemente cual será su propio fin. ¿Será la felicidad o la miseria? ¿Será la muerte de un justo o la muerte de un desesperanzado, como el de la esposa de Lot? No puede vivir para siempre, habrá un fin algún día. El último sermón será un día escuchado, la última prédica será un día dicha; el último capítulo en la Biblia será algún día leído; significado, deseo, esperanza, intención, resolución, duda, vacilación –todo en su extensión terminará. Tendrá que dejar este mundo y pararse enfrente de un Dios santo. ¡Oh, espero que sea sabio! ¡Oh, que considere su fin último!

No puede jugar por siempre, vendrá el tiempo en que debe ser serio. No puede posponer los asuntos de su alma por siempre: vendrá el día cuando usted enfrente el juicio de Dios. No puede estar siempre cantando, bailando, comiendo, bebiendo, vistiéndose, leyendo, riendo y bromeando, delineando y planificando y produciendo dinero. Los insectos del verano no siempre pueden lucirse bajo el brillo del sol. La media tarde fría y fresca vendrá al final y pondrá fin a su lucimiento para siempre. Lo mismo será con usted. Usted puede posponer la religión hoy y rechazar el consejo de los ministros de Dios pero el día frío está en ciernes, el día en que Dios bajará a hablar con usted. Y cuál será su final? Será uno sin esperanza, como el de la esposa de Lot?

Le suplico por las misericordias de Dios, mirar este asunto directamente a la cara. Le ruego no ahogar la conciencia con vagas esperanzas de la misericordia de Dios mientras su corazón se inclina al mundo. Le imploro no desechar las convicciones por fantasías infantiles acerca del amor de Dios mientras su vida diaria y hábitos muestran claramente que "el amor del Padre no está en usted". Hay misericordia en Dios, como un río, pero es para el creyente penitente en Cristo Jesús. Hay un amor de Dios hacia los pecadores que es inefable e inescrutable pero es para aquellos que oyen la voz de Cristo y lo siguen. Busque tener un interés en ese amor. Rompa con cada pecado conocido, sálgase del mundo, implore poderosamente a Dios en oración, vacíese completamente y sin reservas al Señor Jesús en tiempo y eternidad, deje a un lado cada peso. No atesore nada, aunque querido, que interfiera con la salvación de su alma, abandone todo, aunque preciado, que se interponga entre usted y el cielo. El viejo barco del mundo está sucumbiendo bajo sus pies; la única cosa necesaria es tener un lugar en el bote salvavidas y llegar a salvo a la playa. Sea diligente en hacer su llamado y elección segura. Cualquier cosa que suceda a su casa y propiedad, vea que usted esté seguro del cielo. Oh, es mejor un millón de veces que se reían de nosotros y que piensen que somos extremos mientras estamos en este mundo que ir al infierno en medio de la congregación y terminar como la esposa de Lot!

Déjenme dirigirme al lector particularmente en esto de forma tal que pueda establecer algunos puntos esenciales en su conciencia. Usted ha visto la historia de la esposa de Lot –sus privilegios, su pecado y su fin. Ha sido advertido de la inutilidad de los privilegios sin el regalo del Espíritu Santo, del peligro de la mundanería y de la realidad del infierno. Me es difícil terminar todo este asunto a través de unas pocas y directas interpelaciones a su propio corazón. En días de tanta luz y conocimiento y profesión, deseo establecer un faro para prevenir a las almas de un naufragio. Sinceramente amarraría una boya en el canal de todos los viajeros espirituales y pintaría sobre ella; "Recuerden a la esposa de Lot".

¿Le tiene sin cuidado la segunda venida de Cristo? Alas, muchos están así. Viven como los hombres de Sodoma y los hombres de los días de Noé: comen y beben y plantan y edifican y se casan y son dados en matrimonio y se comportan como si Cristo nunca

fuera a regresar. Si usted es uno de ellos, le digo a usted este día "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".
¿Es poco entusiasta y frío en el ejercicio de su creencia? ¡Alas, muchos lo están! Tratan de servir a dos señores: trabajan para mantener la amistad con Dios y con mamón. Tratan de ser una especie de vampiros espirituales, ni una cosa o la otra, ni un cristiano cabal pero tampoco un hombre del mundo. Si usted es uno de ellos, le digo hoy: "Tome cuidado: recuerde a la esposa de Lot".
c. ¿Está vacilando entre dos opiniones y se dispone a regresar al mundo? Alas, muchos lo están. Temen a la cruz; secretamente no les gusta el problema y reprochan una religión decidida. Están cansados del desierto y del maná y regresarían sinceramente a Egipto si pudieran. Si usted es uno de ellos, le digo esto hoy, "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".

d. ¿Está usted secretamente acariciando algún pecado residente? Alas, muchos lo están. Van lejos en la profesión de su fe, hacen muchas cosas que son correctas y son como el pueblo de Dios. Sin embargo siempre hay un querido hábito demoníaco del cual no pueden desprenderse de corazón. Mundanería oculta o codicia o lujuria se adhieren a ellos como su piel. Están deseosos de ver caer todos sus ídolos, excepto ese. Si usted es como uno de ellos, le digo esto hoy. "Tome cuidado: recuerde a la esposa de Lot".

e. ¿Está usted lidiando con pequeños pecados? Alas, muchos lo están. Mantienen las grandes doctrinas esenciales del evangelio. Se mantienen limpios de grandes despilfarros o abiertamente de infringir la ley de Dios, pero son penosamente descuidados acerca de pequeñas inconsistencias y están penosamente listos a preparar excusas para ellas. "Es sólo un poco de mal humor, o un poco de frivolidad, o falta de reflexión, o un poco de olvido" nos dicen; "Dios no toma en cuenta esas cosas pequeñas. Ninguno de nosotros es perfecto; Dios nunca nos lo pediría". Si usted es uno de ellos, le digo a usted este día "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".

f. ¿Está usted descansando en los privilegios religiosos? ¡Alas, muchos lo hacen! Disfrutan la oportunidad de escuchar la prédica regular del evangelio y ocuparse de muchas ordenanzas y medios de gracia, y permanecen bajo su amparo. Parecen ser "ricos, se han enriquecido y no tienen necesidad de nada" (Apo. 3:17), en

tanto que no tienen ni fe, ni gracia, ni mente espiritual, ni idoneidad para el cielo. Si usted es así, le digo esto hoy; "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".

g. ¿Está confiando en su conocimiento religioso? ¡Alas, mucho lo hacen! No son ignorantes, como otros hombre, ellos conocen la diferencia entre la verdadera y falsa doctrinas. Pueden disputar, pueden razonar, pueden argüir, pueden hacer citas bíblicas pero no son convertidos y están aún muertos en sus transgresiones y pecados. Si usted es uno de ellos, le digo esto hoy; "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".

h. ¿Profesa de algún modo la religión y aún así está aferrado al mundo? Tienen el propósito de ser cristianos reflexivos. Les gusta recibir el crédito de ser serios, estables, correctos, con asistencia regular al templo y aún así su vestimenta, sus gustos, sus compañías, sus entretenimientos dicen abiertamente que son del mundo. Si usted es uno de ellos, le digo hoy esto; "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".

i. ¿Está confiando en que tendrá un arrepentimiento en su lecho de muerte? Alas, mucho lo están. Saben que no son lo que deben ser: no han nacido de nuevo y no están preparados para morir. Se engatusan a sí mismos pensando que cuando su última enfermedad venga, ellos tendrán el tiempo para arrepentirse y rendirse a Cristo y saldrán del mundo perdonados, santificados e irán al cielo. Se olvidan que las personas a menudo mueren súbitamente y que, como viven, generalmente mueren. Si usted es uno así, le digo este día; "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot"

j. ¿Pertenece a una congregación evangélica? ¡Muchos pertenecen y, alas, no van más allá! Escuchan la verdad domingo tras domingo y permanecen duros como un pilón. Sermón tras sermón resuenan en sus oídos. Mes tras mes son invitados a arrepentirse, a creer, a ir a Cristo y ser salvos. Los años pasan y ellos no cambian. Mantienen su asiento al amparo de la enseñanza de un ministro favorito, pero también mantienen sus pecados favoritos. Si usted es así, le digo este día, "Tome cuidado, recuerde a la esposa de Lot".

¡Oh, puedan estas serias palabras de nuestro Señor Jesucristo ser profundamente grabadas en nuestros corazones! ¡Que nos

despierten cuando estemos soñolientos, que nos revivan cuando nos sintamos como muertos, cuando estemos apagados, que nos calienten cuando sintamos frío! ¡Puedan ser el aguijón que nos despierte cuando caigamos y una brida cuando nos desviemos del camino! Puedan ser nuestro amparo para defendernos cuando Satanás ponga una tentación sutil en nuestro corazón y una espada con la cual pelear cuando él nos diga descaradamente "¡Abandona a Cristo, regresa al mundo y sígueme!" ¡Oh, que podamos decir en nuestras horas de prueba "Alma recuerda la advertencia de tu Salvador"! ¿Alma, alma has olvidado Sus palabras? ¡Alma, alma recuerda a la esposa de Lot"!

11. EL GRAN TROFEO DE CRISTO

Uno de los criminales que estaba colgado le provocó diciendo: "¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!", mientras el otro criminal le recriminó: "¿No temes a Dios?" -dijo, "¿puesto que estás bajo la misma sentencia? Somos castigados justamente porque estamos recibiendo el merecido resultado de nuestras obras, pero este hombre no ha hecho nada malo". Luego él dijo, "Jesús, recuérdame cuando entres en tu reino". Jesús le contestó "Te digo la verdad, tú estarás hoy mismo conmigo en el paraíso". Lucas 23:39-43.

Existen para nuestros oídos pocos pasajes en el Nuevo Testamento que sean más familiares que los versículos que encabezan este mensaje. Ellos contienen la conocida historia del "ladrón penitente".

Y es correcto y bueno que estos versículos deban ser bien conocidos. Ellos han confortado a muchas mentes atormentadas; han traído paz a muchas conciencias intranquilas, han sido un bálsamo sanador para muchos corazones heridos, han sido medicina para muchas almas enfermas de pecado, han suavizado no pocas almohadas de moribundos. Donde quiera que se predique el evangelio de Cristo, éstos siempre serán honrados, amados y recordados.

Deseo decir algo acerca de estos versículos. Trataré de desplegar la lección de fondo que ellos pretenden enseñar. No puedo ver el particular estado mental de aquellos en cuyas manos este mensaje caiga pero sí puedo ver las verdades de este pasaje, verdades que ningún hombre puede conocer demasiado bien. Aquí está el trofeo más grande que Cristo alguna vez ganó.

1. El poder y deseo de Cristo de salvar a los pecadores.

Esta es la doctrina principal que puede concluirse de la historia del ladrón penitente. Nos enseña lo que debiera ser música para los

oídos de todos aquellos que la escuchan. Nos enseña que Jesucristo es “poderoso para salvar” (Isa 63:1).

Pregunto a cualquiera si existe un caso que podría apreciarse más desesperanzado y desesperado que el de este ladrón penitente.

Era un hombre perverso, un malhechor, un ladrón, sino un asesino. Sabemos esto porque sólo alguien como él era crucificado. Y él estaba sufriendo un justo castigo por transgredir la ley. Y como él había vivido en perversión del mismo modo parecía determinado a morir perverso porque al principio, cuando fue crucificado, él reclamó a nuestro Señor.

Era un hombre que moría. Colgado allí, clavado a una cruz de la cual nunca podría salir vivo. No tenía el poder de agitar sus manos o pies. Sus horas estaban contadas, la tumba estaba lista para él. Sólo había un paso entre él y la muerte.

Si hubo alguna vez un alma al borde del infierno, esa era el alma de este ladrón. Si hubo alguna vez un caso que parecía perdido, ido y sin remedio, ese era el suyo. Si hubo alguna vez un hijo de Adán del que el demonio estuviera seguro, ese era el suyo, ese era este hombre.

Pero vea ahora lo que pasó. El cesó de reclamar y blasfemar como lo había hecho al principio. Comenzó a hablar de una forma totalmente distinta. Se volvió a nuestro bendito Señor en oración. El rogó a Jesús para que “lo recordara cuando Él entrara en Su reino”. El pidió que su alma pudiera ser cuidada, sus pecados perdonados y él mismo pudiera estar en otro mundo. Verdaderamente este fue un cambio maravilloso!

Y entonces note qué clase de respuesta recibió. Algunos habrían dicho que él era un hombre demasiado perverso para ser salvado pero no era así. Algunos habrían imaginado que era demasiado tarde, la puerta estaba cerrada y que no había espacio para la misericordia, no obstante probó ser no demasiado tarde en absoluto. El Señor Jesús le dio una respuesta inmediata, le habló amablemente, le aseguró que estaría con El ese día en el paraíso, lo perdonó completamente, lo lavó completamente de sus pecados, lo recibió en gracia, lo justificó gratis, lo levantó de las puertas del infierno, le dio un título en la gloria. De toda la multitud de salvos,

nunca nadie recibió tan gloriosa certeza de su propia salvación como este ladrón penitente. Revise la lista completa, desde Génesis al Apocalipsis, y usted no encontrará a nadie que haya escuchado tales palabras: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso".

Creo que el Señor Jesús nunca dio prueba más completa de Su poder y deseo de salvar como lo hizo en esta ocasión. En el día cuando Él parecía el más débil, Él mostró que era un fuerte libertador. En la hora en que Su cuerpo estaba sacudido por el dolor, Él mostró que podía sentir ternura hacia otros. En el momento en que Él estaba muriendo, confirió vida eterna a un pecador.

Dado esto, ¿no tengo el derecho a decir que Cristo es capaz de salvar hasta el último de aquellos que vengan a Dios a través de Él? (Heb. 7:25). Contemple la prueba de ello. Si hubo un pecador que haya ido tan lejos para ser salvado, ese era este ladrón. Y aún así, fue arrancado como una teja del fuego.

¿No tengo el derecho a decir: "Cristo recibirá a cualquier pobre pecador que venga a Él con oración de fe y que no desechará a ninguno"? Contemple la prueba de ello. Si hubo alguno que parecía ser demasiado malo para ser acogido, este era ese hombre. Aún así la puerta de la misericordia estaba abierta de par en par aún para él.

¿No tengo el derecho a decir: "Por gracia usted puede ser salvo a través de la fe -no tema que sea por obras- sólo creyendo?" Contemple la prueba de ello. Este ladrón no fue nunca bautizado, no pertenecía a ninguna iglesia visible; nunca recibió la Cena del Señor; nunca había hecho nada por el trabajo de Cristo; nunca dio su dinero por la causa de Cristo! Pero él tuvo fe y por ello fue salvado.

¿No tengo el derecho a decir: "la fe más nueva salvará el alma de un hombre simplemente si es verdadera?" Contemple la prueba de ello. La fe de este hombre tenía tan solamente un día de existencia sin embargo lo condujo a Cristo y lo preservó del infierno.

¿Por qué, entonces, cualquier hombre o mujer debe desesperarse con un pasaje como éste de la Biblia? Jesús es un médico que

puede curar casos desesperanzados. Él puede avivar almas muertas y declarar cosas que no son como pretendíamos.

¡Nunca ningún hombre o mujer debe desesperarse! Jesús es aún el mismo que fue 800 años atrás. Las llaves de la muerte y el infierno están en Su mano. Cuando Él abre nadie puede cerrar.

¿Y qué si sus pecados sean tantos como los cabellos de su cabeza? ¿Y qué si sus hábitos viles hayan crecido conjuntamente con usted y se hayan fortalecido con su fortaleza? ¿Y qué si usted ha odiado lo bueno y amado lo malo en todos los días de su vida? Estas cosas son verdaderamente tristes pero existe esperanza, aún para usted. Cristo puede sanarlo, Cristo puede sacarlo de su bajo estado. El cielo no está cerrado para usted. Cristo es capaz de admitirlo si usted humildemente pone su alma en Sus manos.

¿Han sido sus pecados perdonados? Si no, pongo delante suyo este día una salvación completa y gratis. Lo invito a seguir los pasos del ladrón penitente, a venir a Cristo y vivir. Le digo que Jesús es muy compasivo y es de tierna misericordia. Le digo que Él puede hacer todo lo que su alma requiera. Aunque sus pecados sean como una escarlata, Él puede volverlos blancos como la nieve, aunque ellos sean rojos como el carmesí, ellos serán como la lana. ¿Por qué no puede ser salvo como cualquier otro? Venga a Cristo y viva.

¿Es usted un creyente verdadero? Si lo es, usted le debe la Gloria a Cristo. La gloria no es su propia fe, sus propios sentimientos, su propio conocimiento, sus propias oraciones, sus propias correcciones, su propia diligencia. Gloria en nada más que en Cristo. Alas! Los mejores entre nosotros saben sólo un poco de ese Salvador misericordioso y poderoso. No lo exaltamos ni lo gloriamos lo suficiente. Oremos para que podamos ver más de la llenura que existe en Él.

¿Trata alguna vez de hacer el bien a otros? Si lo hace, recuerde de hablarles de Cristo. Háblale al joven, al pobre, al anciano, al ignorante, al enfermo, al moribundo – Háblele a todos ellos acerca de Cristo. Hábleles de Su poder, de Su amor, de Sus obras y dígales de Sus sentimientos; dígales lo que Él ha hecho por el mayor de los pecadores; dígales que El está deseoso de hacerlo hasta el fin de los tiempos; dígaselos una y otra vez. Nunca se canse de hablar de Cristo. Dígales abierta y completamente, libre e

incondicionalmente, sin reservas ni dudas: “Venga a Cristo, como el ladrón penitente lo hizo; venga a Cristo y será salvo”.

2. Si algunos son salvados en la mismísima hora de su muerte, otros no.

Esta es una verdad que no debe nunca soslayarse y no me atrevo a dejarla pasar. Es una verdad que permanece abierta en el triste final del otro malhechor y que es solamente muy a menudo olvidada. Los hombres olvidan que había “dos ladrones”.

¿Qué fue del otro ladrón que fue crucificado? ¿Por qué no se volvió de sus pecados y clamó al Señor? ¿Por qué permaneció duro e impenitente? ¿Por qué no fue salvado? Es inútil tratar de contestar tales preguntas. Contentémonos con el hecho como lo conocemos y veamos cuál es la enseñanza que esto encierra.

No tenemos derecho alguno de decir que este ladrón era peor hombre que su compañero puesto que no tenemos pruebas. Ambos definitivamente eran hombres perversos; ambos estaban recibiendo la correcta recompensa de sus obras; ambos colgaban a cada lado de nuestro Señor Jesucristo; ambos lo escucharon orar por Sus asesinos; ambos Lo vieron sufrir pacientemente. Pero mientras uno de ellos se arrepintió, el otro permaneció duro; mientras el uno comenzó a orar, el otro continúo blasfemando; mientras el uno fue convertido en su última hora, el otro murió en su condición de hombre malo –como había vivido; mientras uno fue conducido al paraíso, el otro fue a su propio lugar –el lugar del demonio y sus ángeles.

Estas cosas están escritas para nuestra advertencia. Hay tanto advertencia como consolación en estos versículos; y es también una muy seria advertencia.

Estos versículos me dicen enfáticamente que aunque algunos pueden arrepentirse y ser convertidos en sus lechos de muerte, eso no significa de ningún modo que todos lo harán. El lecho de muerte no es siempre un tiempo de salvación.

Estos versículos me dicen enfáticamente que dos hombres pueden tener las mismas oportunidades de conseguir el bien para sus almas, pueden estar en la misma posición, ver y oír las mismas

cosas y aún así sólo uno de los dos puede tomar ventaja de ellas, arrepentirse, creer y ser salvado.

Estos versículos me dicen, sobretodo, que el arrepentimiento y la fe son regalos de Dios y que no están dentro del poder propio del hombre; y que si alguno se engaña a sí mismo con la idea de que puede arrepentirse en su propio momento, escoger su propia ocasión, buscar al Señor cuando a él le plazca y -como el ladrón penitente- ser salvo en el último momento, a la larga puede descubrir el gran engaño.

Y es bueno y provechoso guardar esto en la mente. Hay una inmensa cantidad de engaño en el mundo respecto de este tema. Veo a muchos permitir que su vida se deslice sin preparación alguna para morir. Veo a muchos que debieran arrepentirse sin embargo hacen a un lado su propio arrepentimiento. Y creo que una gran razón para ello es que muchos hombres suponen que pueden volverse a Dios sólo cuando ellos quieran. Arrancan la parábola del trabajador en la viña, la cual habla de la hora undécima, y la usan de una forma que nunca fue pensada para ella. Se solazan con las partes agradables de los versículos que ahora estoy considerando y olvidan el resto. Ellos hablan del ladrón que fue al paraíso y fue salvado y se olvidan de aquel que murió como había vivido y que se perdió.

Ruego a cada hombre con sentido común que lee este mensaje tener cuidado de caer en este error.

Mire la historia de los hombres en la Biblia y vea cuán a menudo estas nociones de las que hablo son contradichas. Note bien cómo existen muchas pruebas de que a dos hombres les fue ofrecida la misma luz y sólo uno la usó, y que nadie tiene el derecho de tomarse libertades con la misericordia de Dios, y presumir que será capaz de arrepentirse cuando a él le plazca.

Mire a Saúl y David. Vivieron casi en el mismo tiempo, eran de un mismo rango social, fueron llamados a la misma posición en el mundo; disfrutaron del ministerio del mismo profeta, Samuel; ¡reinaron el mismo número de años! Sin embargo, uno era salvo y el otro se perdió.

Mire a Sergio Pablo y Galio. Ambos eran gobernadores romanos, ambos eran sabios y prudentes en su generación; ¡ambos oyeron al apóstol Pablo predicar! Pero sólo uno creyó y fue bautizado, y el otro "no consideró ninguna de esas cosas" (Hech 18:17).

Mire el mundo que lo rodea. Vea lo que continuamente está sucediendo ante sus ojos. Dos hermanas frecuentemente atenderán al mismo ministerio, escucharán las mismas verdades, oirán los mismos sermones y aún así sólo una será convertida al Señor, mientras la otra permanece totalmente impasible. Dos amigos a menudo leen los mismos libros religiosos y mientras uno es tocado –y abandona todo por Cristo; el otro no ve nada en absoluto en él y continúa siendo el mismo que antes. Cientos han leído el libro de Doddridge (Aumento y Progreso de la Religión en el alma) sin provecho (junto con Wilberforce, Doddridge fue uno de los comienzos de la vida espiritual). Miles han leído el libro de Wilberforce (Visión práctica del cristianismo) y lo dejan a un lado sin cambio alguno, distinto del caso de Leigh Richmond quien lo leyó y se convirtió en otro hombre. Ningún hombre tiene ninguna garantía para decir: "La salvación está en mi propio poder".

No pretendo explicar estas cosas. Sólo las pongo ante usted como grandes hechos y le pido las sopese bien.

No debe malentenderme. No quiero desalentarlo. Le digo estas cosas con todo afecto, para darle una advertencia del peligro. No se las digo para conducirlo fuera el cielo. Las digo más bien para conducirlo a él y traerlo a Cristo, mientras Él pueda ser hallado.

Deseo que esté alerta de la presunción. No abuse de la misericordia y compasión de Dios. No continúe en el pecado. Le ruego no pensar que usted puede arrepentirse y creer y ser salvo sólo cuando usted lo quiera, o le plazca, o lo desee o lo escoja. Pondría siempre ante usted una puerta abierta. Le diría "mientras hay vida hay esperanza" pero si usted fuera sabio, no aplace nada que tenga relación con su alma.

Quiero que esté consciente de dejar fluir los buenos pensamientos y las convicciones devotas, si las tiene. Atesórelas y aliméntelas, no sea que las pierda para siempre. Haga lo máximo de ellas, no sea que tomen alas y vuelen lejos. ¿Tiene una inclinación para comenzar a orar? Póngalo en práctica de inmediato. ¿Tiene una

idea de comenzar a servir realmente a Cristo? Dispóngase de inmediato. ¿Está usted disfrutando de alguna luz espiritual? Vea que usted avive esa luz. No juegue con las oportunidades, no sea que llegue el día en que usted desee usarlas y no sea capaz. No descanse, no sea que usted se vuelva sabio demasiado tarde.

Quizá usted puede decir "nunca es tarde para arrepentirse". Yo le digo: "Eso es correcto pero un arrepentimiento tardío rara vez es verdadero". Y más aún, usted no puede tener certeza de que si aplaza arrepentirse ahora, lo hará alguna vez en el futuro.

Usted puede decir "¿Por qué debo tener miedo? El ladrón penitente fue salvado". Yo le contesto "eso es verdad, sin embargo mire nuevamente el pasaje que le dice que el otro ladrón se perdió".

3. El Espíritu siempre conduce a las almas salvadas por un mismo camino.

Este es un punto que merece atención particular y es a menudo pasado por alto. Los hombres miran el hecho central de que el ladrón penitente fue salvado cuando estaba muriendo y no ven más allá.

No consideran las evidencias que este ladrón dejó tras sí. No observan la prueba abundante que dio el trabajo del Espíritu en su corazón. Y esas pruebas son las que deseo rastrear. Deseo mostrarle que el Espíritu siempre trabaja de una sola forma, y que, ya sea que convierta un hombre en una hora, como Él lo hizo con el ladrón penitente, o gradualmente, como hace con otros. Los pasos por los cuales Él conduce las almas al cielo siempre son los mismos.

Déjenme aclarar esto a todo aquel que lea este mensaje. Deseo ponerlo en guardia. Deseo que remueva la noción común de que existe un camino real fácil para ir desde la cama de moribundo al cielo. Deseo que entienda concienzudamente que cada alma salvada pasa por la misma experiencia, y que los principios claves de la religión del ladrón penitente eran exactamente los mismos que aquellos del más anciano santo haya alguna vez vivido.

a. Vea cuán fuerte era la fe de este hombre. El llamó a Jesús "Señor". El declaró su creencia de que Él tendría un "reino". Él creía que Él era capaz de darle vida eterna y gloria, y en esta creencia

oró hacia Él. El sostuvo Su inocencia de todos los cargos que le eran imputados. "Este hombre -dijo- no ha hecho nada malo". Quizá, otros podrían haber tenido al Señor como inocente –nadie lo dijo tan abiertamente salvo este pobre hombre moribundo.

¿Y cuándo sucedió todo esto? Pasó cuando la nación completa había negado a Cristo, gritando "Crucifíquenlo, crucifíquenlo… no tenemos más rey que César"; cuando los más altos sacerdotes y fariseos lo habían condenado y encontrado "culpable de muerte"; cuando sus propios discípulos lo abandonaron y huyeron; cuando Él estaba colgando, débil, sangrando y muriendo en la cruz, contado entre los transgresores y tenido como execrable. Esta era la hora en que el ladrón creyó en Cristo y ¡oró a Él! Es seguro que una fe como esa nunca había sido vista desde el comienzo del mundo.

Los discípulos habían visto poderosas señales y milagros. Habían visto a los muertos levantarse con una palabra y a los leprosos sanarse con un toque, los ciegos recibiendo vista, los mudos hablando, el paralítico caminando. Ellos habían visto a miles siendo alimentados con unos pocos panes y pescados. Ellos habían visto a su maestro caminando sobre las aguas como si fuera tierra seca. Todos ellos lo habían escuchado hablar como ningún hombre había alguna vez hablado, mantener las promesas de las cosas buenas por venir. Algunos de ellos habían vivido el anticipo de Su gloria en el monte de la transfiguración. Indudablemente su fe era "el regalo de Dios" no obstante aún así no hicieron nada.

El ladrón moribundo no vio ninguna de estas cosas que he mencionado. El sólo vio a nuestro Señor en agonía y en debilidad, en sufrimiento y en dolor. Lo vio soportando un castigo deshonroso, abandonado, mofado, despreciado, blasfemado. Lo vio ser rechazado por todos los grandes, los sabios y nobles de Su propio pueblo. Su vigor secándose como un tiesto, Su vida acercándose a la tumba (Sal 22:15; 88:3). No vio ningún cetro, ninguna corona real, ningún dominio externo, ninguna gloria, ninguna majestad, ningún poder, ninguna señal de poder y, a pesar de ello, el ladrón moribundo creyó y buscó el reino de Cristo.

¿Sabría si tuviera el Espíritu? Entonces señale la pregunta que pongo ante usted este día: ¿Dónde está su fe en Cristo?

b. Vea qué sentido del pecado tan correcto tenía el ladrón. Él dice a su compañero: "Nosotros recibimos la debida recompensa a nuestras obras". El reconoce su propia impiedad y la justicia de su castigo. No hace ningún intento de justificarse a sí mismo, ni da excusas para su perversión. El habla como un hombre humilde y humillado con la remembranza de sus pasadas iniquidades. Esto es lo que todos los hijos de Dios sienten. Ellos están listos para aceptar que son pobres pecadores merecedores del infierno. Ellos pueden decir con sus corazones, así como sus labios: "No hemos hecho las cosas que debíamos hacer y hemos hecho las cosas que no debimos hacer, no hay ninguna sanidad en nosotros".

¿Sabría si usted tiene el Espíritu? Entonces note mi pregunta: ¿Siente usted sus pecados?

c. Vea qué amor fraternal el ladrón mostró a su compañero. El trató de detener sus quejas y blasfemias, y llevarlo a un estado mental mejor. "¿No temes a Dios" –dijo- "viendo que estás en la misma condenación? ¡No hay marca más certera de gracia que esta! La gracia remueve al hombre de su orgullo y lo hace preocuparse por las almas de otros. Cuando la mujer samaritana se convirtió, ella dejó el cántaro de agua y corrió a la ciudad, diciendo "Vengan a ver al hombre que me dijo todas las cosas que he hecho. ¿No será este el Cristo"?

¿Sabría usted si usted tiene el Espíritu? Entonces ¿dónde está su caridad y amor por las almas?

En una palabra, usted ve en el ladrón penitente el trabajo terminado del Espíritu Santo. Cada parte del carácter de un creyente debe ser examinada en él. Tan corta como fue su vida antes de su conversión, él encontró tiempo para dejar abundante evidencia de que era un hijo de Dios. Su fe, su oración, su humildad, su amor fraternal, son testigos inequívocos de la veracidad de su arrepentimiento. No era un penitente sólo de nombre sino de obra y en verdad.

Por lo tanto, no permitamos que ningún hombre pueda pensar que debido a que el ladrón penitente fue salvado, que los hombres pueden ser salvados sin dejar ninguna evidencia del trabajo del Espíritu. El hombre que así piensa debe considerar bien las evidencias que este ladrón dejó tras sí y preocuparse.

Es una lástima escuchar lo que las personas algunas veces dicen sobre lo que ellos llaman evidencias del lecho de muerte. Es perfectamente aterrador observar cómo lo poco satisface a algunos y cuán fácilmente ellos se persuaden a sí mismos que sus amigos han ido al cielo. Ellos le dirán, cuando su pariente se ha muerto e ido, que "él oró bellamente un día", o que "él hablaba tan bien", o que "él estaba apenado por su vida pasada y que proponía vivir de forma diferente si se recuperaba", o que "él no ansiaba nada de este mundo", o que "a él le agradaba que la gente le leyera y orara con él". Y debido a que ellos tienen esto para continuar, parecen tener una acomodada esperanza de que ¡él fue salvado! Puede que Cristo nunca haya sido nombrado, el camino a la salvación puede no haber sido nunca, en lo más mínimo, mencionado. Pero eso no tiene importancia; había muy poca conversación religiosa y ¡así están satisfechos!

No tengo el deseo de herir los sentimientos de nadie que lea este mensaje, sin embargo, debo hablar abiertamente sobre este tema.

De una vez por todas, déjenme decir que, como una regla general, nada es tan insatisfactorio como las evidencias en el lecho de muerte. Las cosas que los hombres dicen, los sentimientos que ellos expresan cuando están enfermos y asustados no son para depender de ellos. A menudo, demasiado a menudo, estas manifestaciones son el resultado del miedo, no nacen del fondo del corazón. A menudo, demasiado a menudo, son cosas dichas de memoria, sacadas de los labios de ministros y amigos ansiosos y que evidentemente no se sienten en verdad. Y nada puede probar todo esto más fehacientemente que el hecho bien conocido que la gran mayoría de las personas que hacen promesas de cambios en sus camas de enfermos, y que entonces por primera vez hablan sobre religión, si se recuperan, vuelven a pecar y al mundo.

Cuando un hombre ha vivido una vida licenciosa y de locura, desearía más que unas pocas palabras justas y unos buenos deseos para satisfacerme sobre el estado de su alma en el momento en que se acerque a su lecho de muerte. No es suficiente para mí que me deje leerle la Biblia, que ore al borde de su cama, que me diga que "no había pensado tanto como debiera en la religión y que piensa que debería ser un hombre diferente si se recuperara". Nada de esto me place, no me hace sentir feliz sobre su estado. Está bien

mientras sucede pero no es una conversión. Está muy bien de esta manera pero no es fe en Cristo. Hasta que vea la conversión y la fe en Cristo, no puedo ni me atrevo a sentirme satisfecho. Otros pueden sentirse satisfechos si eso les place, y que sus amigos después de la muerte digan que esperan que él se haya ido al cielo. Por mi parte, preferiría acallar mi lengua y no decir nada. Estaría contento con una mínima medida de arrepentimiento y fe en un hombre moribundo, aunque no sea más grande que un grano de mostaza. Estar contento con algo menos que el arrepentimiento y la fe me parece a mí como la siguiente puerta hacia la infidelidad.

¿Qué clase de evidencia del estado de su alma desea dejar tras suyo? Tome el ejemplo del ladrón penitente y hará bien.

Cuando lo conduzcamos a su angosta cama, no permita que tengamos que buscar palabras vagas y trocitos de religión para deducir que usted era un creyente verdadero. Que no tengamos que decirnos los unos a los otros de una forma vacilante "confío que es feliz; habló tan bien un día, parecía tan complacido con un capítulo de la Biblia, en otra ocasión; a él le gustaba esa persona que es tan buena". Permítanos ser capaz de hablar sin duda alguna de su condición; que tengamos prueba sólida de su arrepentimiento, de su fe y de su santidad de manera tal que ninguno pueda en ningún momento cuestionar su estado. Dependa de esto. Sin esto, aquellos que usted deja atrás no podrán sentir un consuelo sólido por su alma. Podemos usar las formas religiosas en su sepelio y manifestar esperanzas benévolas. Podemos encontrarlo a la puerta del cementerio y decir "Benditos los que murieron en el Señor". Sin embargo, todo esto ¡no alterará su real condición! Si usted muere sin haberse convertido a Dios, sin arrepentimiento, y sin fe, su funeral será sólo un funeral de un alma perdida y sería mejor que usted no hubiera nacido.

4. Los creyentes en Cristo que mueren están con el Señor.

En el siguiente lugar, se supone que aprendamos de estos versículos que los creyentes en Cristo, cuando mueren, están con el Señor.

Esto lo puede deducir de las palabras de nuestro Señor al ladrón penitente: "En este mismo día estarás conmigo en el paraíso". Y usted tiene una expresión bastante similar en la Epístola a los

Filipenses, en la que Pablo dice que tiene el deseo de "partir y estar con Cristo" (Fil. 1:23).

Diré poco sobre el tema. Lo dejo simplemente planteado para sus meditaciones personales. Para mí, está lleno de consuelo y paz.

Los creyentes después de su muerte están "con Cristo". Esto da respuesta a muchas preguntas difíciles, las cuales de otra forma podrían intrigar a la mente ocupada y ansiosa del hombre. La morada de los santos muertos, sus regocijos, sus sentimientos, su felicidad – todo parece encontrarse en esta simple expresión: Ellos están "con Cristo".

No puedo entrar en mayores explicaciones sobre el estado separado de los creyentes que han partido. Es un tema tan elevado y profundo que la mente de ningún hombre puede asir ni comprender. Sé que su sentido de felicidad será poco comparado con lo que será cuando sus cuerpos sean restablecidos en la resurrección en el último día y Jesús regrese a la tierra. No obstante, también sé que ellos gozan del bendecido descanso, un descanso del trabajo, un descanso de la pena, un descanso del dolor y un descanso del pecado. Sin embargo esto no se produce porque no puedo explicar estas cosas, puesto que estoy convencido que ellos son mucho más felices de cuánto lo fueron cuando estuvieron en la tierra. Veo su felicidad en este mismo pasaje bíblico que dice que ellos están "con Cristo", y cuando lo veo, veo lo suficiente.

Si la oveja está con el Pastor, si los miembros están con la Cabeza, si los hijos de la familia de Cristo están con Aquél que los amó y los acompañó en todos los días de su peregrinación en la tierra, todo debe ser bueno, todo debe estar bien.

No puedo describir qué clase de lugar es el paraíso porque no puedo entender la condición de un alma separada del cuerpo. Sin embargo no veo una visión más clara del paraíso que esta: Cristo está allí. Todas las otras cosas, como en una pintura en la cual la imaginación vuela del estado entre muerte y resurrección, no son nada comparadas con esto. Cómo está El allí, y en qué forma El está allí, no lo sé. Déjenme ver a Cristo en el paraíso cuando mis ojos se cierren en la muerte y eso me es suficiente. Bien hace el salmista que dice "En Tu presencia está la plenitud del gozo" (Sal.

16:11). Fue un decir verdadero el de una niña moribunda, cuando su madre trató de consolarla con una visión del paraíso: "Allí, -ella dijo a la niña- no habrá olor, ni enfermedad, allí verás a tus hermanos y hermanas que te han precedido, y serás por siempre feliz". "Ah, mamá -fue su respuesta- hay una cosa mejor que todas y esa es que ¡Cristo estará allí!

Puede ser que usted no piense mucho acerca de su alma. Puede ser que sepa poco de Cristo como su Salvador y que no haya nunca probado por experiencia de que El es precioso. Y aún más, quizá usted espera ir al paraíso cuando muera. Seguramente este pasaje bíblico es uno que debiera hacerlo pensar. El paraíso es un lugar donde está Cristo. Entonces, ¿podría ser un lugar que usted disfrutaría?

Puede ser que usted sea un creyente, y aún así tiemble ante el pensamiento de la tumba. Parece frío y deprimente. Usted siente como si todo lo que está en frente suyo fuera oscuro y lúgubre e incómodo. No tema, anímese con este texto. Usted va al paraíso y Cristo estará allí.

5. La parte eterna del alma de cada hombre está cerca de El

"Hoy mismo", dice nuestro Señor al ladrón penitente, "hoy tú estarás Conmigo en el paraíso". No habla en la lejanía del tiempo. El no habla de Su entrada en un estado de felicidad como un hecho "lejano". El habla de hoy –"Este mismo día en que ustedes están colgados en la cruz".

¡Cuán cercano parece eso! ¡Cuán temiblemente cerca esa palabra trae a nosotros la morada eterna! Felicidad o miseria, agobio o gozo, la presencia de Cristo a la compañía de demonios –todos están cerca de nosotros. "Solo un paso –dice David- entre yo y la muerte" (1 Sam. 20:3). Sólo hay un paso, podríamos decir, entre nosotros y entre el paraíso o el infierno.

Ninguno de nosotros se da cuenta de esto de la forma que debiéramos. Es un momento culmine para sacudirnos de la somnolencia mental que vivimos sobre esta materia. Estamos aptos para hablar y pensar, aún los creyentes, como si la muerte fuera un largo viaje, como si el santo moribundo se hubiese embarcado en

un largo viaje. Esto está mal, muy mal! El puerto y su morada están muy cerca y ellos han entrado en ellos.

Algunos de nosotros sabemos por amarga experiencia que un tiempo largo y agotador está entre la muerte de aquellos que amamos y la hora en que los sepultemos. Esas semanas son las semanas más lentas, las más tristes, las más pesadas de nuestra vida… Sin embargo, bendito sea Dios, las almas de los santos que partieron son liberadas en el mismo momento en que dan su último aliento. Mientras estamos llorando y el ataúd se prepara y el duelo se vive, y los últimos arreglos penosos se realizan, los espíritus de nuestros amados están disfrutando de la presencia de Cristo. Son libertados para siempre de la carga de la carne. Ellos están "donde lo perverso cesa de airarse y los cansados descansan" (Job 3:17).

En el exacto momento en que los creyentes mueren ellos están en el paraíso. Su batalla ya fue dada, su lucha ha terminado. Ellos han pasado a través del valle de sombras que todos un día debemos andar; han cruzado el río oscuro que todos un día debemos cruzar. Han bebido la última copa de amargura que el pecado ha mezclado para el hombre; han llegado al lugar donde la pena y susurro nunca más son. ¡Con seguridad no deberíamos desear el retorno de ellos! No debemos llorar por ellos sino por nosotros mismos.

Nosotros estamos guerreando aún pero ellos están en paz. Trabajamos mientras ellos están en descanso. Miramos y ellos duermen. Usamos nuestra armadura espiritual mientras ellos se la han sacado para siempre. Estamos en medio del mar mientras ellos están seguros en el puerto. Lloramos mientras ellos tienen gozo. Somos extranjeros y peregrinos, mientras ellos están en casa. ¡Es por seguro que están mejor los que han muerto en Cristo que aquellos que viven! Con certeza, en la misma hora que el pobre santo muere, inmediatamente él es mayor y más feliz que aquel que es mayor sobre la tierra.

Me temo que existe un gran porción de deliro sobre este punto. Me temo que muchos de aquellos que no son romanos y apostólicos y que profesan fe y que no creen en el purgatorio, tienen –a pesar de- en sus mentes algunas extrañas ideas sobre las consecuencias inmediatas de la muerte.

Me temo que hay una especie de vaga noción de que hay un intervalo o espacio de tiempo entre la muerte y su estado eterno. Fantasean que irán a través de una especie de cambio purificador, y que aunque hayan muerto no aptos para el cielo ¡se encontrarán allí después de todo!

No obstante, esto es un completo error. No hay ningún cambio después de la muerte, no hay conversión en la tumba, no se nos da un nuevo corazón después del último aliento de vida. El mismo día en que partimos, lo hacemos para siempre, el día en que abandonamos este mundo comenzamos una condición eterna. Desde ese día no hay una alteración espiritual, no hay cambio espiritual. Como estamos y somos al momento de morir, de esa misma forma recibiremos nuestra parte después de la muerte. Como el árbol cae, del mismo modo debe yacer.

Si usted es un inconverso, esto debiera hacerlo pensar. ¿Sabe usted que está cercano al infierno? Hoy mismo usted puede morir y si muere apartado de Cristo, usted abrirá sus ojos inmediatamente en el infierno y en el tormento.

Si usted es un cristiano verdadero, usted está bastante más cercano del cielo de lo que piensa. En este mismo día, si el Señor lo tomara, usted se encontraría a sí mismo en el paraíso. La promesa de la buena tierra está cercana a usted. Los ojos que usted cierra en la debilidad y el dolor se abrirían de inmediato en un descanso glorioso, tan glorioso que mi lengua no puede describir.

Y ahora déjenme decir unas pocas palabras para concluir.

1. Este mensaje puede caer en las manos de un pecador con corazón humilde y contrito. ¿Es usted ese hombre? Entonces aquí hay estímulo para usted. Vea lo que el ladrón penitente hizo y haga lo mismo. Vea como el oró, vea como él clamó a nuestro Señor Jesucristo; vea la respuesta de paz que el obtuvo. Hermano o hermana ¿por qué no debería hacer lo mismo? ¿Por qué no podría ser salvado también?

2. Este mensaje puede caer en las manos de un hombre orgulloso y presuntuoso del mundo. ¿Es usted ese hombre? Entonces considere la advertencia. Vea como el ladrón impenitente murió

como había vivido y tenga cuidado de no llegar al mismo fin. Oh, hermano o hermana pecadora, ¡no esté demasiado confiado no sea que muera en sus pecados! Busque al Señor mientras El pueda ser hallado. Vuélvase, vuelva; ¿por qué morirá?

3. Este mensaje puede caer en las manos de un cristiano profesante en Cristo. ¿Es usted uno de ellos? Entonces tome la religión del ladrón penitente como un medio a través del cual probarse a sí mismo. Cerciórese que usted sabe algo del verdadero arrepentimiento y la fe salvadora, la real humildad y la caridad fervientes. Hermano o hermana, no esté satisfecho con los estándares religiosos del mundo. Tenga la misma mente con el ladrón penitente, y será sabio.

4. Este mensaje puede caer en las manos de alguien que está en duelo por creyentes que han partido. ¿Es usted uno de ellos? Entonces tome aliento de esta Escritura. Vea como sus seres queridos están en las mejores manos. No pueden estar mejor. Nunca estuvieron mejor en sus vidas de cómo lo están ahora. Están con Jesús que amó sus almas mientras estuvieron en la tierra. Oh, ¡cese su duelo orgulloso! Mejor regocíjese porque ellos han sido liberados de problemas y han entrado en descanso.

5. Y este mensaje puede caer en las manos de algunos sirvientes antiguos de Cristo. ¿Es usted uno de ellos? Entonces vea a través de estos versículos cuán cerca está de casa. Su salvación está más cercana que el día en que hizo su profesión de fe. Unos pocos días más de trabajo y pena y el Rey de reyes enviará por usted, y en un momento su batalla terminará y todo será paz.

12. EL SOBERANO DE LAS OLAS

Sobrevino un furioso vendaval, y las olas rompieron sobre el barco, por lo que casi lo inundaron. Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal. Los discípulos lo despertaron y le dijeron: "Maestro, ¿no Te importa si nos ahogamos?" Él se levantó, reprendió al viento y dijo a las olas, "¡Tranquilas! ¡Cálmense! Y entonces el viento cesó y todo estuvo en calma. Él dijo a sus discípulos: "¿Por qué tienen tanto miedo? ¿No tienen aún fe?" Mar 4:37-40

Sería bueno que los cristianos profesantes hoy en día estudiaran los cuatro Evangelios más de lo que lo hacen. Sin ninguna duda que toda la Escritura es provechosa. No es sabio exaltar una parte de la Biblia a costa de otra, sin embargo, pienso que sería bueno para algunos de quienes están muy familiarizados con las Epístolas, si supieran un poco más de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

¿Y por qué digo esto? Lo digo porque deseo que los cristianos profesantes sepan más acerca de Cristo. Es bueno estar apercibidos de todas las doctrinas y principios del cristianismo. ¡Es mejor estar apercibidos de Cristo mismo! Es bueno estar familiarizado con la fe y la gracia y la justificación y la santificación. Todas ellas son materias "relativas al Rey". Pero es mucho mejor estar familiarizados con Jesús mismo, ver la cara misma del Rey y contemplar Su hermosura. Este es uno de los secretos de la eminente santidad. Aquel que quiera ser conformado a la imagen de Cristo y llegar a ser un hombre semejante a Cristo, debe estudiar constantemente a Cristo mismo.

Los Evangelios fueron escritos para que conozcamos a Cristo. El Espíritu Santo nos ha contado la historia de Su vida y muerte. Sus dichos y Sus obras, a través de cuatro hombres. Cuatro diferentes manos inspiradas han trazado el retrato del Salvador, Su camino, Sus formas, Sus sentimientos, Su sabiduría, Su gracia, Su paciencia, Su amor, Su poder son graciosamente desplegadas ante nosotros por cuatro diferentes testigos. ¿No debería la oveja estar familiarizada con el Pastor? ¿No debe estarlo el paciente con el Médico? ¿No debe la novia estarlo con el Novio? ¿No debe el

pecador estarlo con el Salvador? Sin dudas que debe ser de ese modo. Los Evangelios fueron escritos para que los hombres se familiaricen con Cristo y, por lo tanto, deseo que los hombres estudien los Evangelios.

¿Sobre quién debemos construir nuestras almas si fuésemos aceptados por Dios? Debemos construirla en la Roca, Cristo. ¿De quien obtenemos la gracia del Espíritu que necesitamos diariamente para tener frutos? Debemos obtenerla de la Viña, Cristo. ¿En quién buscamos consolación cuando nuestro amigos terrenales nos fallan o mueren? Debemos buscar a nuestro Hermano mayor, Cristo. ¿A través de quien debemos presentar nuestras oraciones, si deseamos que sean oídas en lo alto? Estas deben ser presentadas a nuestro Abogado, Cristo. ¿Con quien esperamos pasar los miles de años de gloria y la eternidad? Con el Rey de reyes, Cristo. Ciertamente no podemos conocer a Cristo demasiado bien. Ciertamente no hay ninguna palabra ni obra, ni día, ni paso, ni pensamiento en el registro de Su vida que no deba ser preciosa para nosotros. Debemos trabajar para familiarizarnos con cada línea que está escrita acerca de Jesús.

Venga ahora y estudiemos una página de la historia de nuestro Maestro. Consideremos lo que podemos aprender de los versículos de la Escritura que encabeza este mensaje. Verá a Jesús cruzando el lago de Galilea, en un bote con Sus discípulos. Usted ve que una súbita tormenta se levanta mientras Él duerme. Las olas golpean y llenan el barco. La muerte parece estar cerca. Los discípulos asustados despiertan a su Maestro y piden ayuda. El se levanta y reprende al viento y a las olas y, de inmediato, surge la calma. El suavemente reprocha los miedos sin fe de Sus compañeros, y todo acaba.. Tal es el cuadro. Es uno lleno de profunda instrucción. Venga ahora y examinemos lo que debemos aprender.

1. Seguir a Cristo no nos liberará de tener penas y problemas en la tierra

Los discípulos escogidos del Señor Jesús están aquí con gran ansiedad. El pequeño rebaño fiel, que creyó cuando los sacerdotes y los escribas y fariseos permanecían incrédulos, fue

grandemente perturbado por el Pastor. El miedo a la muerte se cierne sobre ellos como un hombre armado. El agua profunda parece como si pasase sobre sus almas. Pedro, Santiago y Juan, los pilares de la iglesia a ser establecida en el mundo, están muy angustiados.

Quizá ellos no hayan considerado todo esto. Quizá ellos habrían esperado que el servicio a Cristo les haría estar fuera del alcance de las pruebas terrenales. Quizá ellos pensaron que Él, que podía levantarse entre los muertos y sanar a los enfermos y alimentar a multitudes con unos pocos panes y echar fuera demonios con una palabra, El no permitiría que Sus siervos sufrieran en la tierra. Quizá ellos hayan supuesto que El siempre les garantizaría un suave caminar, buen clima, un paso fácil y estar libres de problemas y cuidados.

Si los discípulos pensaron así, estaban muy equivocados. El Señor Jesús enseñó que aún cuando un hombre fuese Su siervo escogido tendría que pasar por mucha ansiedad y soportar mucho dolor.

Es útil entender esto claramente. Es bueno entender que el servir a Cristo nunca aseguró a ningún hombre de las enfermedades a que la carne está sujeta y nunca lo hará. Si usted es un creyente, usted debe considerar que va a tener su parte de enfermedad y dolor, penas y lágrimas, pérdidas y cruces, muerte y sufrimiento, partidas y separación, vejación y desilusión en tanto esté en su cuerpo. Cristo nunca se compromete a que usted llegará al cielo sin pasar por esto. Él se ha comprometido a que todo aquel que venga a Él tendrá todas las cosas inherentes a la vida y devoción, no obstante, Él nunca se ha comprometido a que los hará prósperos, o ricos, o saludables y que la muerte y la penas nunca sobrevendrán sobre sus familias.

Tengo el privilegio de ser un embajador de Cristo. En Su nombre puedo ofrecer vida eterna a cualquier hombre, mujer o niño que esté deseoso de tenerla. En su nombre ofrezco perdón, paz, gracia, gloria a cualquier hijo o hija de Adán que lea este mensaje; no obstante, no me atrevo a ofrecer a esa persona prosperidad mundana como parte y parcela del Evangelio. No me atrevo a prometer al hombre que toma su cruz y sigue a Cristo que siguiéndolo a él nunca enfrentará una tormenta.

Sé muy bien que a muchos no les gustan estas condiciones. Preferirían tener a Cristo y buena salud, a Cristo y mucho dinero, a Cristo y ninguna muerte en su familia, a Cristo y ningún cuidado por el cansancio, a Cristo y mañanas perennes sin nubes; porque a ellos nos les gusta Cristo y la cruz, Cristo y la tribulación, Cristo y el conflicto, Cristo y el viento huracanado, Cristo y la tormenta.

¿Es este un pensamiento secreto de cualquiera que lee este mensaje? Créanme, si lo fuera, usted está muy equivocado. Escúcheme. Trataré de mostrarle que usted tiene mucho que aprender aún.

¿Cómo debe usted saber quiénes son verdaderos cristianos si siguiendo a Cristo fue la forma de liberarse de los problemas? ¿Cómo debemos discernir el trigo de la paja si no fuera por la criba de la prueba? ¿Cómo debemos saber si los hombres sirven a Cristo por su propia seguridad o por motivos egoístas, si su servicio trajera salud y riqueza consigo como un hecho inherente? Los vientos del invierno pronto nos mostrarán cuáles de los árboles son siempre verdes y cuáles no. Las tormentas de aflicción y cuidado son útiles de la misma forma. Ellas ponen al descubierto la fe verdadera o aquella que no es nada más que ritual y formulismo.

¿Cómo se realizaría el gran trabajo de santificación en un hombre si éste no tuviera ninguna prueba? Los problemas son a menudo el único fuego que quemará la escoria aferrada a nuestros corazones. Los problemas son los cuchillos podadores que nuestro gran Novio usa para hacernos fructíferos en buenas obras. La cosecha del campo del Señor madura a menudo sólo por los efectos de la luz del sol. Debo atravesar por sus días de viento y lluvia y tormenta.

Si desea servir a Cristo y ser salvo, lo conmino a tomar al Señor en Sus propias condiciones. Decida su mente a encontrar su cuota de cruces y penas, y no será sorprendido luego. Por el deseo de entender esto, muchos parecen estar bien por un tiempo y luego se vuelven en disgusto y son expulsados.

Si usted dice ser un hijo de Dios, deje que el Señor Jesús lo santifique en Su propia forma. Esté satisfecho de que Él nunca comete errores. Esté seguro que El hace todas las cosas bien. Los vientos pueden soplar fuertemente alrededor suyo y las aguas

arremolinarse, pero no tema, "El lo guía por el camino correcto que puede llevarlo a una ciudad habitable" (Sal 107:7).

2. Jesucristo es un hombre fiel y real

Estas son las palabras usadas en esta pequeña historia que, como muchos otros pasajes en los Evangelios, muestra esta verdad en una forma asombrosa. Se nos dice que cuando las olas comenzaron a golpear el barco, Jesús estaba en la parte posterior "dormido sobre una almohada". El estaba cansado, ¿y quién puede sorprenderse de esto luego de leer las cuentas dadas en el cuarto capítulo de Marcos? Tras trabajar todo el día haciendo el bien a las almas – después de predicar al aire libre a las grandes multitudes, Jesús estaba fatigado. Por cierto, si el sueño de un trabajador es dulce, ¡mucho más dulce debe haber sido el sueño de nuestro bendito Señor!

Establezcamos en forma profunda en nuestras mentes esta gran verdad, que Jesucristo era verdaderamente y en realidad un hombre. Él era igual al Padre en todas las cosas, y el eterno Dios. Sin embargo, Él también era Hombre, y tomó parte de la carne y sangre, y fue hecho como nosotros en todas las cosas, a excepción del pecado. Él tenía un cuerpo como el nuestro. Como nosotros, el nació de una mujer. Como nosotros, creció y aumentó en estatura. Como nosotros, a menudo, sentía hambre y sed, debilidad y cansancio. Como nosotros, comió y bebió, descansó y durmió. Como nosotros, se apenó, lloró y sintió. Todo es muy sorprendente y no obstante así es. ¡Aquel que hizo los cielos, vino y se fue como un pobre hombre cansado en la tierra! Aquel que regía sobre principados y poderes en lugares celestiales, tomó para sí un débil cuerpo como el nuestro. Él, que podría haber morado por siempre en la gloría que tenía con su Padre, entre las alabanzas de legiones de ángeles, vino a la tierra y vivió como un Hombre entre hombres pecadores. Por cierto este solo hecho es un asombroso milagro de condescendencia, gracia, piedad y amor.

Encuentro una profunda fuente de consuelo en este pensamiento, que Jesús es un hombre perfecto, no menos perfecto que Dios. Él, en Aquel que se me dice en las Escrituras debo confiar, no es solamente el Gran Sumo Sacerdote sino también un Sumo Sacerdote que siente. Él no es solamente un Salvador poderoso sino un Salvador que se compadece. Él no es sólo el Hijo de Dios,

poderoso para salvar, sino también el Hijo del hombre que es capaz de sentir.

¿Quién no sabe que la compasión es una de las cosas más dulces que se nos dejó en este mundo lleno de pecado? Es una de las estaciones más brillantes en nuestro oscuro camino acá abajo, cuando podemos encontrar una persona que comparte nuestros problemas y nos acompaña en nuestras ansiedades, que puede llorar cuando lloramos, y regocijarse cuando nos regocijamos.

La compasión es mucho mejor que el dinero, y mucho más rara también. Miles pueden dar de lo que saben pero no de lo que es sentir. La compasión tiene el poder más grande para consolarnos y abrir nuestros corazones. Un consejo apropiado y correcto a menudo se muere y es inútil en un corazón apesadumbrado. Un consejo frío a menudo nos hace callar, encogernos y ensimismarnos, cuando es ofrecido en momentos de problemas. Sin embargo la compasión genuina en ese día puede despertar todos nuestros mejores sentimientos, si los tenemos, y lograr un grado de influencia en nosotros cuando nada más puede lograrlo. Denme el amigo que, aunque pobre en oro y plata, siempre tiene dispuesto un corazón compasivo.

Nuestro Dios sabe todo esto bien. Él sabe los secretos más íntimos del corazón del hombre. Él sabe las formas a través de las cuales nuestro corazón es más fácilmente tocado y los resortes por los cuales el corazón rápidamente es movido. Él ha previsto sabiamente que el Salvador del Evangelio deba tener ambos: sentimientos y poder. Él nos ha dado uno que no sólo tiene una mano firme para sacarnos como ascuas del fuego sino también un corazón compasivo en el cual los agobiados y cargados pueden encontrar descanso.

Veo una prueba maravillosa de amor y sabiduría en la unión de dos naturalezas en la persona de Cristo. Fue un amor maravilloso el de nuestro Salvador dignarse a pasar por la debilidad y la humillación por nuestro bien, siendo tan rebeldes e impíos. Fue de una sabiduría asombrosa ajustarlo a Él de esta forma para ser muy Amigo entre los amigos, Aquel que no sólo podía salvar al hombre sino buscarlo en su propio territorio. Deseo a uno que sea capaz de hacer todas estas cosas necesarias para redimir mi alma. Esto Jesús puede hacerlo porque Él es el Hijo eterno de Dios.

Deseo ser capaz de entender mi debilidad y mis padecimientos y lidiar gentilmente con mi alma mientras estoy atado a un cuerpo de muerte. Nuevamente, esto es lo que Jesús puede hacer porque Él era el Hijo del hombre y Él tenía carne y sangre como la mía propia. Mi Salvador hubiese sido sólo Dios, quizá podría yo quizá haber confiado en Él pero nunca hubiera podido acercarme a Él sin miedo. Mi Salvado hubiese sido sólo un Hombre, podría haberlo amado pero nunca me hubiera sentido seguro de que Él pudiera llevarse mis pecados. No obstante, bendito sea Dios, mi Salvador es Dios y Hombre, y Hombre y Dios –Dios y capaz de liberarme; Hombre y capaz de sentir conmigo. Un poder todopoderoso y una profunda compasión se encuentran juntas en una sola gloriosa Persona, Jesucristo, mi Señor. Por cierto un creyente en Cristo tiene una consolación poderosa: realmente puede confiar y no tener miedo.

Si algún lector de este pasaje sabe lo que es presentarse ante el trono de gracia por misericordia y perdón, entonces nunca olvide que el Mediador por el cual está cerca de Dios es el Hombre Jesucristo.

El negocio de su alma está en las manos de un Sumo Sacerdote que puede ser tocado con el sentimiento de sus padecimientos. Usted no tiene que tratar con un ser de tan alta y gloriosa naturaleza, al cual su mente no puede en ninguna sabiduría comprender. Usted trata con Jesús, Quien tuvo un cuerpo como el suyo, y que fue un Hombre en la tierra como usted mismo. Él conoce bien el mundo con el cual usted lidia porque El habitó en él por treinta y tres años. El conoce bien "las contradicciones de los pecadores" que tan frecuentemente lo desalientan porque Él las soportó por Sí mismo (Heb. 12:3). Él sabe muy bien el ser y la malicia de su enemigo espiritual, el demonio, porque El bregó con él en el desierto. Por seguro que con un abogado como éste usted puede sentirse totalmente audaz.

Si usted sabe lo que es pedir al Señor Jesús por paz espiritual en los problemas terrenales, debe recordar muy bien los días de Su carne y Su naturaleza humana.

Usted está implorando a Uno que conoce sus sentimientos por experiencia y que ha bebido hasta la última gota de la amarga copa, porque Él fue "un Hombre de dolor, familiarizado con el

quebranto" (Isa 53:3). Jesús conoce el corazón del hombre, los dolores corporales del hombre, las dificultades del hombre porque Él fue un Hombre y tuvo carne y sangre cuando estuvo en la tierra. El se sentó cansado cercano al pozo en Sicar. Lloró sobre la tumba de Lázaro en Betania. Sudó grandes gotas de sangre en Getsemaní. El gimió con angustia en el Calvario.

El no es extraño a sus sensaciones. Está familiarizado con todo lo que pertenece a la naturaleza humana, a excepción del pecado.

a. ¿Es usted pobre y necesitado? Jesús también lo fue. Los zorros tienen cuevas y los pájaros, nidos, pero el Hijo del hombre no tenía ningún lugar donde reposar Su cabeza. Habitó en una ciudad despreciada. Los hombres solían decir "¿Puede alguna cosa buena puede salir de Nazareth? (Jn 1:46). Él era tenido como el hijo del carpintero. Predicó en un bote prestado, fue a Jerusalén en un potro prestado y fue sepultado en una tumba prestada.

b. ¿Está solo en el mundo y es despreciado por aquellos que debieran amarlo? También lo fue Jesús. El vino a los Suyos y ellos no lo recibieron. El vino para ser un Mesías de las ovejas perdidas de la casa de Israel y ellas lo rechazaron. El príncipe de este mundo no lo reconoce. Los pocos que lo siguieron eran publicanos y pescadores, y aún ellos al final lo abandonaron y se dispersaron cada uno a su propio lugar.

c. ¿Es usted malentendido, tergiversado, difamado y perseguido? Jesús también lo fue. Él fue llamado glotón y bebedor, un amigo de los publicanos, un Samaritano, un loco y un demonio. Su carácter fue desmentido. Cargos falsos fueron puestos en su contra. Una injusta sentencia le fue impuesta, y aunque inocente, fue condenado como un malhechor y como tal murió en la cruz.

d. ¿ Satán lo tienta y pone en su mente sugerencias horrendas? Él también tentó a Jesús. Le ofreció desconfiar de la providencia paternal de Dios. "Haz que estas piedras se conviertan en pan". Le propuso tentar a Dios exponiéndose a Sí mismo a un peligro innecesario "Lánzate" desde el pináculo del templo. Le sugirió obtener los reinos del mundo para sí por un pequeño acto de sumisión a él "Te daré todas estas cosas, si te postras y me adoras" (Mat 4:1-10).

e. ¿Siente alguna veces gran agonía y conflicto mental? ¿Se siente en la oscuridad como si Dios lo hubiese abandonado? También Cristo. ¿Quién puede decir la exacta extensión de los sufrimientos mentales que experimentó en el jardín? ¿Quién puede medir la profundidad del dolor de Su alma cuando imploró "Mi Dios, Mi Dios, por qué me has abandonado"? (Mat 27:46).

Es imposible concebir a un Salvador más apropiado a las necesidades del corazón del hombre que nuestro Señor Jesucristo, apropiado no sólo por Su poder sino que por su compasión; apropiado no sólo por Su divinidad sino por Su humanidad. Le suplico fijar firmemente en su mente que Cristo, el refugio de las almas, es tanto Hombre como Dios. Hónrelo como Rey de reyes, Señor de señores. Sin embargo mientras usted lo hace, nunca olvide que Él tuvo un cuerpo y fue un Hombre. Agarre esta verdad y nunca la deje. El infeliz Socinio[1] yerra terriblemente cuando dice que Cristo era sólo un Hombre y no Dios. Pero no rebotemos en el error que le hace olvidar que mientras Cristo fue Dios mismo fue también Hombre.

No escuche ni por un momento los argumentos desdichados de los Católicos Romanos que dicen que la Virgen María y los santos son más compasivos que Cristo. Dígales que ese argumento nace de la ignorancia sobre las Escrituras y sobre la verdadera naturaleza de Cristo. Dígales que no es lo que ha aprendido de Cristo al referirse a Él como un severo Juez y un ser a quien temer. Dígales que los cuatro Evangelios nos han enseñado a mirarlo como el más compasivo y amoroso de los amigos, así como al más poderoso y potente de los Salvadores. Dígales que usted no desea consuelo de los santos y ángeles, de la Virgen María o de Gabriel en la medida en que usted puede reposar su alma cansada en el Hombre Jesucristo.

3. Puede haber mucha debilidad y enfermedad aún en un verdadero cristiano.

Usted tiene una prueba de esto en la conducta de los discípulos aquí registrada, cuando las olas rompieron sobre el barco. Ellos despertaron a Jesús precipitadamente. Le dijeron, en miedo y ansiedad: "Maestro, ¿no te preocupa que perezcamos?"

Había impaciencia. Pudieron haber esperado hasta que su Señor despertara de Su sueño.

Había incredulidad. Ellos olvidaron que estaban al cuidado del Único que tenía todo el poder en Su mano. "Perecemos".

Había desconfianza. Hablaron como si ellos dudaran del cuidado de Su señor y consideración por su seguridad y bienestar: "¿No te preocupa que perezcamos"?

¡Pobres hombres sin fe! ¿Qué necesidad tenían de estar temerosos? Ellos habían visto prueba tras prueba que todo debía estar bien en la medida que el Novio estaba con ellos. Habían sido testigos de repetidos ejemplos de Su amor y bondad hacia ellos, suficiente para convencerlos que Él nunca permitiría que viniera un daño real a ellos. No obstante, se les olvidó todo en presencia del peligro. El sentido de peligro inmediato a menudo causa en los hombres mala memoria. El miedo nos hace a menudo ser incapaces de razonar por experiencias pasadas. Oyeron los vientos. Vieron las olas. Sintieron las heladas aguas golpeándolos. Imaginaron que la muerte era inminente. No pudieron esperar un minuto más en suspenso. "No te preocupa", dijeron, "que perezcamos".

Pero, después de todo, entendamos que esto es sólo un cuadro de lo que está constantemente sucediendo entre los creyentes de cualquier época. Existen demasiados discípulos – sospecho- en este mismo día, iguales a aquellos que han sido descritos aquí.

Muchos de los hijos de Dios están bien en la medida en que no tienen pruebas. Siguen a Cristo muy tolerantemente en los tiempos buenos. Imaginan que están confiando enteramente en Él. Se ilusionan a sí mismos pensando que han dejado todo en Sus manos. Obtienen la reputación de ser muy buenos cristianos. Pero súbitamente algunas pruebas les sobrevienen. Pierden su propiedad, falla su salud, viene la muerte sobre su casa, tribulación o persecución arriban por causa de la Palabra. ¿Y dónde está su fe? ¿Dónde está la firme confianza que pensaron tenían? ¿Dónde está su paz, su esperanza, su resignación? Alas, las buscan pero no las encuentran. Son puestos en la balanza y encontrados buscando. Miedo y duda, y aflicción y ansiedad sobrevienen sobre ellos como en una inundación y ellos parecen estar en desesperación. Sé que

esta es una triste descripción. Tan solo pongo en la conciencia de cada creyente verdadero evaluar si esto no es correcto y verdadero.

La simple verdad es que no existe perfección literal y absoluta entre los verdaderos creyentes en la medida en que ellos están en el cuerpo. El mejor y más brillante santo de Dios no es más que una pobre mezcla. Aunque convertido, renovado y santificado es aún dirigido por la debilidad. No hay ni un solo hombre justo en la tierra que siempre haga el bien, que no peque. De muchas formas ofendemos todo. Un hombre puede tener verdadera fe salvadora y aún así no tenerla siempre a mano y lista para ser usada (Ecle 7:30, Sant. 3:2).

Abraham era el padre de la fe. Por fe él abandonó su patria y a su gente y se fue de acuerdo a la orden de Dios a una tierra que nunca había visto. Por fe fue impelido a vivir en una tierra como extranjero, creyendo que Dios se la daría por herencia. Y aún así este mismo Abraham, en un acto de incredulidad, permitió que Sara fuera llamada su hermana y no su esposa por temor a los hombres, lo que es una muestra de gran debilidad. Y aún así ha habido pocos santos más grandes que Abraham.

David era un hombre que buscaba a Dios de corazón. Él tuvo fe para salir a batallar con el gigante Goliat cuando aún era un niño. El públicamente declaró su creencia que el Señor que lo había liberado de las zarpas del león y del oso lo liberaría de los Filisteos. Él tuvo fe para creer en la promesa de Dios de que un día sería Rey de Israel, aunque tenía pocos seguidores y aunque Saúl lo persiguió como a una perdiz en las montañas donde a menudo pareció estar un paso de la muerte. Y aún así, este mismo David en una ocasión en que estaba abrumado por el miedo y la incredulidad, dijo "Algún día moriré en manos de Saúl" (1 Sam. 27:1). Se olvidó de las muchas maravillosas liberaciones que había experimentado en las manos de Dios. Sólo pensó en el peligro del momento y tomó refugio entre los Filisteos impíos. Ciertamente hubo mucha debilidad en esto y, no obstante, han existido pocos creyentes más fuertes que David.

Sé que es fácil para un hombre responder "Todo esto es la verdad misma pero no excusa los miedos de los discípulos. Jesucristo estaba realmente con ellos. No debieron temer. Yo no hubiera sido tan cobarde y desleal como ellos lo fueron". Y yo le digo a este

hombre que argumenta de esta forma que conoce poco de lo que hay en su propio corazón. Le digo que nadie sabe la longitud y la anchura de sus propias debilidades si no ha sido tentado. Ninguno puede decir cuánta debilidad puede asomar en sí mismo si fuese puesto en las mismas circunstancias.

¿Piensa algún lector de este mensaje que cree en Cristo? ¿Siente amor y confianza en Él tan grandes como para no entender que puede ser profundamente tocado por cualquier evento que sobreviniera? Eso está bien. Me agrada escucharlo. No obstante, ¿ha sido esa fe probada? Ha sido esa confianza puesta en prueba? Si no, cuídese de condenar a esos discípulos tan apresuradamente. No sea elevado, y tema. No piense que porque su corazón está ahora dentro de un armazón animado y alegre, ese armazón estará siempre de ese modo. No diga hoy, porque sus sentimientos son cálidos y fervientes: "Mañana estaré como hoy día, y mucho más abundante". No diga, porque ahora su corazón está lleno de un fuerte sentido de la misericordia de Cristo: "Nunca Lo olvidaré mientras viva". Oh, aprenda a abatir la falsa presunción de estima que tiene sobre sí mismo. Usted no se conoce a sí mismo completamente. Hay más cosas en su hombre interno de las que usted está consciente ahora. El Señor puede dejarlo como lo hizo con Ezequías para mostrarle todo lo que está en su corazón (2 Cro. 32:31). Bendito es el que se "viste de humildad". "Feliz es aquel que siempre teme". "Aquel que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 Ped. 5:5, Prov. 28:14, 1 Cor. 10:12).

¿Por qué insisto en esto? ¿Quiero disculpar las corrupciones de los cristianos profesantes y excusar sus pecados? ¡Dios lo prohíbe! ¿Deseo menores estándares de santificación y tolerar a cualquiera que sea un soldado de Cristo flojo y holgazán? ¡Dios lo prohíbe! ¿Deseo borrar la amplia línea de distinción entre los convertidos y los no convertidos y hacer un guiño a las inconsistencias? Una vez más digo: "Dios lo prohíbe". Sostengo firmemente que hay una poderosa diferencia entre un verdadero y un falso cristiano, entre un creyente y un inconverso, entre los hijos de Dios y los hijos del mundo. Sostengo firmemente que esta diferencia no es meramente una de fe sino una diferencia de vida, no sólo de profesión sino de práctica. Sostengo firmemente que las maneras de un creyente deben ser distintivas de aquellas de un no creyente, como lo son lo amargo de lo dulce, la luz de la oscuridad, el calor del frío. No obstante, quiero que los jóvenes cristianos entiendan

lo que deben esperar encontrar dentro de sí mismos. Quiero prevenirlos de tropezar y confundirse al descubrir su propia debilidad y padecimiento. Quiero ver que ellos puedan tener verdadera fe y gracia a pesar de los susurros en contrario del demonio aunque se sientan con muchas dudas y miedos. Quiero que observen que Pedro y Marcos y Juan y sus hermanos fueron discípulos verdaderos y aún así no tan espirituales como para estar asustados. No se los digo como una excusa para la incredulidad de los discípulos. Sin embargo, sí les digo que esto muestra abiertamente que mientras estén en el cuerpo no deben esperar que la fe esté por sobre el alcance del miedo.

Por sobre todo esto, quiero que todos los cristianos entiendan lo que ellos deben esperar en otros creyentes. No deben concluir apresuradamente que un hombre no tiene gracia simplemente porque usted vea en él alguna corrupción. Hay manchas en la cara del sol y aún así el sol brilla intensamente e ilumina el mundo entero. Hay cuarzo y escoria mezclada con el oro que viene de Australia y aún así hay quien piensa que el oro de esa naturaleza no vale nada. Hay defectos en algunos de los más finos diamantes en el mundo y aún así esos defectos no inhiben que sean valuados a un altísimo precio. ¡Fuera con esta morbosa aprehensión que hace a muchos estar listos para excomulgar a un hombre por tener sólo unas pocas faltas! Estemos prestos a ver la gracia y más calmos en ver las imperfecciones. Sepamos que, si no podemos admitir que donde hay gracia existe corrupción, no encontramos gracia alguna en el mundo. Estamos aún en el cuerpo. El demonio no está muerto. No somos como los ángeles. El cielo aún no ha llegado. La lepra no ha sido alejada de los muros de la casa sin importar cuánto raspemos y nunca lo será hasta que la casa sea derribada. Nuestros cuerpos son en verdad el templo del Espíritu Santo, pero no serán un templo perfecto hasta que sean elevados o cambiados. La gracia es verdaderamente un tesoro, pero es uno en barcos terrenales. Es posible que un hombre abandone todo por Cristo y aún así sea le sobrevengan ocasionalmente dudas y miedos.

Ruego a cada lector de este mensaje recordar esto. Es una lección que vale la atención. Los apóstoles creyeron en Cristo, amaron a Cristo y abandonaron todo para seguir a Cristo. Y aún así usted ve en esta tormenta que ellos tenían miedo. Aprenda a ser caritativo al enjuiciarlos. Aprenda a ser moderado en las expectativas de su

propio corazón. Enfrentado a morir por la verdad de que ningún hombre es un cristiano verdadero si no se ha convertido y si no es un hombre santo, no obstante, acepte que ese hombre puede estar convertido, tener un nuevo corazón y aún así responder a la debilidad, dudas y temores.

4. El Señor Jesucristo es poderoso

Usted tiene un asombroso ejemplo de Su poder en la historia con la cual estoy tratando. Las olas estaban rompiendo sobre el barco donde estaba Jesús. Los discípulos aterrados lo despertaron y gritaron por ayuda. "El se levantó y reprendió al viento y al mar le dijo: ¡Paz, estén quietos!. -Y el viento cesó y hubo una gran calma-". Este es un milagro maravilloso. Nadie podría hacer esto salvo Uno que es poderoso. El mismo que habló e hizo el universo creado aquí se revela a Sí mismo hablando y mostrando que El posee el supremo control sobre todo. ¡Esto es poder! El que tiene el poder de crear la materia y los océanos y el viento, también tiene la energía sin límites para enjaezar el viento y calmar los mares con lo que parece ser mera palabra, saliendo con autoridad de Sus labios.

Es bueno para todos los hombres tener visiones claras del poder del Señor Jesucristo. Permitan a los pecadores saber que el Señor misericordioso -hacia quien es apremiado a ir y en quien es invitado a confiar- no es nada menos que el Todopoderoso que tiene poder sobre toda carne para dar vida eterna (Apo 1:8, Jn 17:2). Hagan saber al inquisidor ansioso que si tan sólo se atreve con Cristo y toma la cruz, se está atreviendo con Aquel que tiene todo el poder en los cielos y en la tierra (Mat 28;18). Permitan al creyente recodar que a medida que hace su viaje en el desierto su Mediador y Abogado, y Médico y Pastor y Redentor es el Señor de señores y Rey de reyes, y que a través de Él todas las cosas pueden ser hechas (Apo. 17:14, Fil 4:13). Estudiemos todos el tema porque merece ser estudiado.

a. Estúdielo en Su trabajo de la creación. "Todas las cosas fueron por Él hechas y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn 1:3). Los cielos y todos sus habitantes gloriosos, la tierra y todo lo que contiene, el mar y todo lo que está en él –la creación completa, desde el sol en lo alto hasta el más pequeño gusano abajo- fue el trabajo de Cristo. Él habló y las cosas fueron hechas. El ordenó y

ellas comenzaron a existir. Ese mismo Jesús, que fue nacido de una pobre mujer en Belén y vivió en la casa de un carpintero en Nazareth, ha sido el formador de todas las cosas. ¿No es esto poder?

b. Estúdielo en Sus obras de providencia y la continuidad ordenada de todas las cosas en el mundo. "Por Él todas consisten" (Col 1:17). El sol, la luna y las estrellas giran en un sistema perfecto. Primavera, verano, otoño e invierno se siguen unos a otros en orden regular. Continúan hasta hoy y no fallan de acuerdo a la ordenanza de Aquel que murió en el Calvario (Sal 119:91). Los reinos de este mundo se elevan y crecen, declinan y perecen. Los regentes de la tierra planean, esquematizan, hacen leyes y las cambian, pelean y devastan a uno y elevan a otro. Sin embargo poco meditan que ellos rigen sólo por el deseo de Jesús y que nada sucede sin el permiso del Cordero de Dios. No saben que ni ellos ni sus asuntos son como una gota de agua en las manos del Crucificado, y que El hace que las naciones crezcan y decrezcan tan solamente de acuerdo a Su mente. ¿No es esto poder?

c. Estudie el tema no menor de los milagros hechos por nuestro Señor Jesucristo durante los tres años de Su ministerio en la tierra. Aprenda de las poderosas obras que hizo; que las cosas que son imposibles para el hombre son posibles para Cristo. Vea en esto un cuadro amoroso de lo que Él es capaz de hacer por su alma. Aquel que pudo resucitar muertos con una palabra puede fácilmente levantar a un hombre de los pecados de muerte. Aquel que pudo dar vista al ciego, escuchar al sordo y hablar al mudo puede también hacer que los pecadores vean el reino de Dios, escuchen el gozoso sonido del Evangelio y hagan alabanzas al amor redentor. Aquel que podía sanar la lepra con un toque puede sanar cualquier enfermedad del corazón. Aquel que podía echar fuera demonios puede declarar cada pecado residente ceder ante Su gracia. ¡Oh, comience a leer sobre los milagros de Cristo con esta luz! Tan perverso, malo y corrupto como pueda sentirse, alíviese con el pensamiento que usted no está fuera del poder de Cristo para sanarse. Recuerde que en Cristo no sólo hay plenitud de misericordia sino también plenitud de poder.

d. Estudie el tema en particular como es puesto delante de usted hoy. Con seguridad que su corazón algunas veces ha sido vapuleado como las olas en una tormenta. Lo ha encontrado

agitado como las aguas de un mar tormentoso cuando no puede descansar. Venga y escuche este día que hay Uno que puede hacerlo descansar. Jesús puede decirle a su corazón, cualquiera sea su enfermedad: "Paz, esté tranquilo!"

¿Tiene dudas? ¿Puede pensarse a sí mismo en una circunstancia única? ¿Puede Cristo conquistar el corazón de cualquier hombre, aún el suyo, y dar a cualquiera un descanso, aún a usted? ¿Puede? ¿Aún si su conciencia interna es azotada por innumerables transgresiones, y desgarrada por toda ráfaga de tentación? ¿Aún si el recuerdo de una espantosa inmoralidad pasada es gravoso y la carga es intolerable? ¿Aún si su corazón parece estar lleno de maldad y el pecado parece arrastrarlo a su merced como un esclavo? ¿Aún si el demonio cabalga desde y hacia su alma como un conquistador, y siempre le dice que es vano pelear contra él, y que no hay esperanza para usted? Le digo que hay Uno que puede aún a usted darle perdón y paz. Mi Señor y Maestro Jesucristo puede reprender la furia del demonio, puede calmar la miseria de su alma y decirle aún a usted: "¡Paz, esté tranquilo"! El puede dispersar esa nube de culpa que pesa sobre usted. El puede hacer que la desesperación se vaya. El puede llevarse el miedo. El puede remover el espíritu de esclavitud y llenarlo con el espíritu de adopción. Satán puede sostener su alma como un fuerte hombre armado pero Jesús es más fuerte que él, y cuando El ordena, los prisioneros deben ser liberados. ¡Oh, si algún lector atribulado desea la calma interna, dejémoslo ir a Jesús este día y todo será bueno!

¿Y qué hay si su corazón está correcto en Dios y aún así usted está presionado con la carga de problemas terrenales? ¿Qué si el miedo a la pobreza lo vapulea de aquí para allá y parece como que terminará aplastándolo? ¿Qué si el dolor del cuerpo es terrible y lo aturde día tras día? ¿Qué si usted es súbitamente puesto aparte de su servicio activo y es compelido por la debilidad a sentarse quieto y hacer nada? ¿Qué si la muerte ha venido sobre su hogar y ha tomado a su Raquel o José o Benjamín y está solo, abatido por la tristeza? ¿Qué si esto ha sucedido? ¡Aún hay descanso en Cristo! El puede hablar paz para los corazones heridos tan fácilmente como calmar las aguas tormentosas. El puede reprochar voluntades rebeldes tan poderosamente como vientos furiosos. El puede abatir las tormentas de dolor y silenciar pasiones tumultuosas, tan seguro como detuvo la tormenta en Galilea. El puede decir a la ansiedad

más abrumadora: "¡Paz, Tranquila"! Los flujos de preocupación y tribulación pueden ser poderosos pero Jesús se sienta sobre ellos y es más poderoso que las olas del mar (Sal. 93:4). Los vientos de problemas pueden soplar alrededor suyo pero Jesús los tiene en Su mano y puede controlarlos cuando El quiera. Oh, si algún lector de este mensaje tiene su corazón roto, desgastado y lleno de pesar, dejemos que vaya a Jesucristo y le pida a Él y descansará. "Vengan a Mí", El dice, "todos los que trabajan y tienen pesada carga, y Yo les daré descanso" (Mat. 11:28)

Invito a todos los que se llaman a sí mismos cristianos a tomar una visión amplia del poder de Cristo. Dude de cualquier cosa si lo desea pero nunca dude del poder de Cristo. Que usted ama secretamente el pecado, puede ser dudoso. Que el orgullo de su naturaleza se oponga a la idea de ser salvado como un pobre pecador por gracia, puede ser dudoso. Sin embargo, una cosa no es dudosa y esa es que Cristo es "capaz de salvar hasta el último" y lo salvará a usted si Lo deja (Heb. 7:25).

5. Por último, aprendamos cuán tiernamente y pacientemente el Señor Jesús trata con los creyentes débiles

Vemos esta verdad extraída de Sus palabras a Sus discípulos, cuando el viento cesó y hubo calma. Él bien podría haberlos reprochado duramente. Él bien podría haberles recordado de todas las grandes cosas que había hecho por ellos, y reprocharlos por su cobardía y desconfianza, sin embargo, no hay ira alguna en las palabras del Señor. Él simplemente hace dos preguntas: "¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Cómo es que ustedes no tienen fe?

Toda la conducta del Señor hacia Sus discípulos en la tierra merece una cuidadosa consideración. Arroja una hermosa luz sobre la compasión y paciencia que hay en El. Ningún maestro por seguro alguna vez tuvo aprendices tan lentos para aprender su lección como Jesús tuvo con sus apóstoles. Ningún aprendiz por seguro tuvo alguna vez un maestro tan paciente y tolerante como el que los apóstoles tuvieron en Cristo. Reúna toda la evidencia sobre esto que yace dispersa a través de los Evangelios, y vea la verdad a la que me refiero.

En ningún momento del ministerio de nuestro Señor los discípulos parecen comprender completamente el objetivo de Su venida al

mundo. La humillación, la expiación, la crucifixión eran cosas ocultas para ellos. Las palabras más simples, las advertencias más claras de su Maestro sobre lo que iba a sucederle parecieron no tener ningún efecto en sus mentes. No entendieron. No percibieron. Estaba oculto a sus ojos. Una vez, incluso, Pedro trató de disuadir al Señor del sufrimiento: "Que sea lejos de Ti, Señor", dijo "que esto no Te ocurra" (Mat. 16:22; Luc. 18:34, 9:45)

En forma frecuente usted verá cosas en sus espíritus y conducta que no son en manera alguna para ser alabadas. Un día se nos dice que ellos discutieron entre ellos cuál sería el mayor (Mar. 9:34). Otro día ellos no consideraron Sus milagros, y sus corazones fueron endurecidos (Mar. 6:52). Una vez dos de ellos deseaban el fuego del cielo para una ciudad porque no los recibieron allí (Luc 9:54). En el jardín de Getsemaní los tres mejores dormían cuando debían haber estado en vigilia y orando. En la hora de Su traición todos ellos Lo abandonaran y se fueron, y –lo peor de todo- Pedro, el más adelantado de los doce, negó a Su maestro tres veces con un juramento.

Aún después de la resurrección, usted observa la misma incredulidad y dureza de corazón en ellos, aunque vieron a Su señor con sus ojos, lo tocaron con sus manos, aún entonces algunos dudaron. ¡Tan débil eran ellos en fe! Tan lentos de corazón eran para "creer todo lo que los profetas habían anunciado" (Luc 24:25). Así de lerdos eran ellos para entender el significado de las palabras de nuestro Señor, las acciones y la vida y la muerte.

Pero ¿qué ve usted en el comportamiento de nuestro Señor hacia estos discípulos a través de todo Su ministerio? Usted ve tan sólo piedad inmutable, compasión, bondad, mansedumbre, paciencia, largo sufrimiento y amor. Él no los echa lejos por su estupidez. No los rechaza por su incredulidad. No los destituye para siempre por su cobardía. Los instruye en la medida en que ellos podían soportar. Los conduce paso a paso, como una cuidadora hace con un niño cuando recién comienza a caminar. Él les envía mensajes amables tan pronto como El resucita. "Ve", le dice a la mujer, "Ve y diles a tus hermanos que vayan a Galilea y que allí Me verán" (Mat. 28:10). Los reune a Su alrededor una vez más. Restablece a Pedro en su lugar y lo conmina a "alimentar Sus

ovejas" (Jn 21:17). Consiente a viajar con ellos cuarenta días antes de Su ascenso final. Los comisiona a seguir adelante como Sus mensajeros y predicar el Evangelio a los gentiles. Los bendice cuando parte y los alienta con esa promesa de gracia "Yo estoy con ustedes siempre, aún hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20). Verdaderamente este era un amor que sobrepasa el conocimiento. Esta no es la conducta de un hombre.

Que todo el mundo sepa que el Señor Cristo es muy piadoso y de tierna misericordia. Él no quebrará el junco estropeado ni sofocará el lino humeante. Como un padre se conduele de sus hijos de este modo Él se conduele con los que Le temen. Como aquel a quien su madre conforta así Él confortará a Su pueblo (Mat 12:30, Sal 103:13, Isa. 66:13). Él cuida de los corderos de Su rebaño tanto como de la oveja vieja. El cuida de los enfermos y débiles de Su redil tanto como de los fuertes. Está escrito que Él los cargará en Su seno antes de dejar que uno se pierda (Isa. 40:11). Él cuida del menor de los miembros de Su cuerpo así como del más grande. Él cuida por los bebes de Su familia así como de los hombre maduros. Él cuida por las pequeñas y más tiernas plantas de Su jardín tanto como del cedro de El Líbano. Todos están en Su libro de la vida y todos están bajo Su cargo. Todos han sido dados a Él en un pacto eterno, y El se ha comprometido, a pesar de todas sus debilidades, de llevar a cada uno a un hogar seguro. Tan sólo permitan a un pecador permanecer en Cristo por fe, y luego sin importar cuán feble sea esta fe, las palabras de Cristo son prometidas a él: "No Te dejaré nunca, ni Te abandonaré". Él puede corregirlo ocasionalmente en amor. Él puede gentilmente reprobarlo algunas veces pero nunca, nunca lo abandonará. El demonio nunca lo arrancará de las manos de Cristo.

Que todo el mundo sepa que el Señor Jesús no desechará a Su pueblo creyente debido a sus debilidades y defectos. El esposo no aleja a su esposa porque encuentra en ella errores. La madre no abandona a su hija porque es débil, feble e ignorante. Y el Señor Jesucristo no arrojará a los pobres pecadores que han encomendado sus almas en Sus manos porque El vea en ellos manchas e imperfecciones. Oh, no, es Su gloria soslayar las fallas de Su pueblo y sanar sus reincidencias, hacer más de sus débiles gracias y perdonar sus múltiples fallas. El capítulo once de Hebreos es maravilloso. Es maravilloso observar cómo el Espíritu

Santo habla de los hombres valiosos cuyos nombres están indicados. La fe del pueblo de Dios es allí presentada y mantenida en memoria. No obstante, las fallas de muchos de ellos, que fácilmente podrían haber sido traídas a colación, no son consideradas ni mencionadas en absoluto.

¿Quién hay ahora entre los lectores de este mensaje que siente deseos de salvación pero teme decidirse porque más tarde decaerá? Considere, le ruego, la ternura y la paciencia del Señor Jesús y no tema más. No tema tomar la cruz y salir resueltamente del mundo. El mismo Señor y Salvador que lidió con los discípulos está listo y deseoso de hacerlo con usted. Si tropieza, ÉL lo levantará. Si yerra, Él gentilmente lo traerá de vuelta. Si desmaya, Él lo revivirá. Él no lo conducirá fuera de Egipto para luego permitir que muera en el desierto. Él lo llevará seguro a la tierra prometida. Sólo comprométase usted mismo a Su guía y entonces, mi alma por la suya, Él lo llevará al hogar seguro. Sólo escuche la voz de Cristo, sígalo y nunca perecerá.

¿Quién hay entre los lectores de este mensaje que ha sido convertido y desea hacer la voluntad de Su Señor? Este día, tome como ejemplo la bondad y el largo sufrimiento de Su maestro y aprenda a tener un corazón tierno y amable con los otros. Relaciónese amablemente con los nuevos conversos. No espere que ellos sepan todo y entiendan todo de inmediato. Tómelos de la mano. Encaucélos y aliéntelos. Crea en todas las cosas, tenga esperanza en todo, en lugar de contristar ese corazón que Dios no hubiera hecho triste. Trate amablemente con los reincidentes. No les vuelva la espalda como si ellos fueran casos perdidos. Use medios legales para restablecerlos en su lugar. Considérese a usted mismo y sus frecuentes debilidades y haga lo que le gustaría que le hicieran. Alas, hay una dolorosa ausencia de la mentalidad del Maestro entre muchos de Sus discípulos. Hoy en día existen pocas congregaciones, me temo, que hubieran recibido a Pedro en comunión nuevamente después de negar al Señor, al menos no después de un largo tiempo. Hay pocos creyentes listos para hacer el trabajo de Barnabás –deseoso de discipular a nuevos creyentes, y alentarlos en sus primeros comienzos. Honestamente, deseamos un derramamiento del Espíritu sobre los creyentes casi tanto como sobre el mundo.

Esté conmigo unos pocos momentos mientras digo unas pocas palabras para enfatizar más profundamente en su corazón las cosas que ha estado leyendo

Este mensaje parece estar preparado para algunos que no saben nada por experiencia del servicio a Cristo o de Cristo mismo. Hay demasiados que no tienen interés alguno en las cosas que he estado escribiendo. Todo su tesoro está en la tierra. Ellos están completamente absortos en las cosas del mundo. No les importa nada de los conflictos y luchas y debilidad y dudas y temores de un creyente.

Les importa poco si Cristo es o no un Hombre o Dios. Les importa poco si El hizo o no milagros. Todo es una materia de palabras y nombres y formas de las cuales ellos no se hacen problema. Están sin Dios en el mundo.

Si, quizá, usted es un hombre como este, sólo puedo advertirle seriamente que su curso actual no puede durar. Usted no vivirá para siempre. Habrá un final. Canas, edad, enfermedad, debilidad, muerte –todas están frente a usted y las encontrará un día. ¿Qué hará cuando llegue ese día?

Recuerde mis palabras de hoy. No encontrará gratificación cuando esté enfermo y moribundo a menos que Jesucristo sea su amigo. Usted descubrirá, para su dolor y confusión, que no importa lo mucho que los hombres hablen y presuman, lo que no puede hacer sin Cristo en la hora de su muerte. Usted podrá llamar a ministros y hacer que le lean oraciones y le den el sacramento. Puede pasar por todas y cada una de la ceremonias cristianas, sin embargo, si usted muere viviendo una vida descuidada y mundana, despreciando a Cristo en cada mañana de sus días, no debe sorprenderse si Cristo lo deja solo en su último final. Alas, estas son serias palabras que tristemente a menudo se cumplen: "Me reiré de tu calamidad, Me burlaré cuando tu miedo sobrevenga" (Prov. 1:26).

Venga entonces, este día, y sea advertido por uno que ama su alma. Cese de hacer lo malo. Aprenda a hacer lo bueno. Abandone la tontera y vaya por el camino del entendimiento. Deseche ese orgullo que aprisiona su corazón y busque al Señor Jesús mientras Él pueda ser hallado. Deseche la pereza espiritual

que paraliza su alma y resuelva considerar su Biblia, sus oraciones y sus domingos. Séparese del mundo que nunca podrá realmente satisfacerlo y busque el tesoro que por sí mismo es verdaderamente incorruptible. ¡Oh, que las propias palabras del Señor puedan encontrar eco en su conciencia! ¿Hasta cuándo, ustedes los simples, amarán la simpleza y los desdeñadores se deleitan en su desdén y los tontos aborrecen el conocimiento? Vuélvanse a mi reprensión y Yo pondré mi en ustedes, les haré saber Mis palabras" (Prov. 1:22-23). Yo creo que el pecado supremo de Judas Iscariote fue el no buscar el perdón y volver a Su señor nuevamente. Tenga cuidado que este no sea su pecado también.

2. Este mensaje caerá probablemente en las manos de alguien que ama al Señor Jesús, cree en Él y desea amarlo mejor. Si usted es ese hombre, tome la palabra de exhortación y aplíquela a su corazón. Mantenga en su mente, como una verdad siempre presente, que el Señor Jesús es una Persona actualmente viva y trate con Él como tal.

Me temo que muchos de aquellos que profesan a Cristo en nuestros días han perdido de vista la persona de nuestro Señor. Hablan más acerca de la salvación que de su único Salvador, y más acerca de la redención que del verdadero Redentor, y más acerca de las obras de Cristo que de Cristo mismo. Esta es una gran falta, una que da cuenta del espíritu seco y marchito que insufla las vidas religiosas de muchos creyentes.

Si desea crecer en gracia, tener gozo y paz en creer, tenga cuidado de caer en este error. Cese de mirar el Evangelio como una mera colección de doctrinas secas. Mírelo mejor como una revelación del Ser viviente poderoso bajo cuya vista usted está destinado a vivir. Deje de mirarlo como un mero conjunto de proposiciones abstractas y principios abstrusos y reglas. Mírelo como la presentación de un Amigo personal glorioso. Es la clase de Evangelio que los apóstoles predicaron. Ellos no iban al mundo diciéndole a la gente del amor y misericordia y el perdón en forma abstracta. El objetivo principal de todos sus sermones era el corazón amoroso de un Cristo realmente vivo. Esta es la clase de Evangelio que está más calificado para promover la santificación y adecuación para la gloria. Nada, por cierto, es tan probable para prepararnos para el cielo, donde la presencia personal de Cristo

estará en todo, y para la gloria, donde enfrentaremos a Cristo cara a cara, como darse cuenta de la comunión con Cristo como una Persona viva aquí en la tierra. Ahí está toda la diferencia en el mundo entre una idea y una persona.

Trate de mantener en su mente como una verdad siempre presente que el Señor Jesús es inmutable. Ese Salvador, en cual usted confía, es el mismo de ayer, de hoy y de siempre. No sabe de la variabilidad ni de sombra de cambio. Aunque esté en lo alto en el cielo a la mano derecha de Dios, simplemente Él es el mismo que fue ochocientos años atrás en la tierra. Recuerde esto y usted hará bien.

Sígalo a través de todos Sus viajes de aquí para allá en Palestina. Note cómo Él recibió a todos los que vinieron a Él y no desechó a ninguno. Note cómo Él tenía oído para escuchar cada historia de agonía, una mano para ayudar en cada caso de aflicción para todos aquellos que necesitaban compasión. Y entonces dígase a usted mismo "Este mismo Jesús es el que es mi Señor y Salvador. Los lugares y el tiempo no han hecho diferencia en Él. Lo que Él era, Él es y será para siempre".

Seguramente este pensamiento dará vida y realidad a tu religión diaria. Seguramente este pensamiento dará sustancia y forma a sus expectativas por las buenas cosas por venir. Ciertamente es una materia de gozosa reflexión que Aquel que estuvo treinta y tres años en la tierra, y de cuya vida tomamos cuenta en los Evangelios, es el mismo Salvador en cuya presencia estaremos eternamente.

La última palabra de este mensaje será la misma que la primera. Deseo que los hombres lean los cuatro Evangelios más de lo que lo hacen. Deseo que los hombres lleguen a estar más familiarizados con Cristo. Deseo que los que no creen conozcan a Jesús y que puedan tener vida eterna a través de Él. Deseo que los creyentes conozcan mejor a Jesús, que ellos puedan ser más felices, más santos y adecuados para la herencia de los santos en luz. Aquel, será el hombre más santo, el que aprenda a decir con Pablo: "Para mí vivir es Cristo (Fil. 1:21).

———————

Notas al pie:

[1] El socinianismo es una doctrina cristiana, considerada herética por las iglesias mayoritarias, difundida por el pensador y reformador italiano Fausto Socino, aunque al parecer se inspiró en las ideas ya formuladas por su tío Lelio Socino. La doctrina sociniana es antitrinitaria y considera que en Dios hay una única persona y que Jesús de Nazaret no existía antes de su nacimiento, aunque nacido milagrosamente de la Virgen María por voluntad divina. La misión de Jesús en la tierra fue transmitir la voluntad del Padre tal como le había sido revelada, y tras su crucifixión fue resucitado por Dios y elevado a los cielos, donde adquirió la inmortalidad y desde donde reina sobre el mundo desde entonces. Los que crean en él y en el Dios de la revelación cristiana también disfrutarán de una vida inmortal, mientras que los incrédulos y pecadores no irán al infierno (que no existe según la doctrina de Socino), sino que simplemente sus almas se extinguirán tras la muerte del cuerpo físico. Por tanto, la salvación consiste en la inmortalidad y es concedida directamente por la Gracia divina a los que creen. El socinianismo defiende también una interpretación racionalista de la Biblia y los Evangelios y la capacidad del creyente de discernir la verdad por sí mismo

13. LA IGLESIA QUE CRISTO EDIFICA

"Sobre esta roca edificaré Mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mat. 16:18).

¿Pertenecemos a la Iglesia que está edificada sobre una roca? ¿Somos miembros de la única Iglesia en la que nuestras almas pueden ser salvadas? Estas son preguntas serias. Merecen seria consideración. Solicito la atención de todos aquellos que lean este mensaje mientras trato de mostrarles una Iglesia única, verdadera, santa y católica para guiar los pies de los hombres hacia el único seguro redil. ¿Qué es esta Iglesia? ¿A qué se parece? ¿Cuáles son sus marcas? ¿Dónde se encuentra? Sobre todos estos puntos tengo algo que decir. Voy a despejar las palabras de nuestro Señor Jesucristo que encabezan esta página. Él declara: "Sobre esta roca edificaré Mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".

Consideremos esto con más detalle:

1. Primeramente, el texto menciona un "edificio". El Señor Jesucristo habla de "Mi Iglesia".

¿Y qué es esta Iglesia? Pocas preguntas pueden formularse que tengan más importancia que ésta. Por la falta de atención apropiada a este tema, los errores que se han deslizado al mundo no son ni pocos ni pequeños.

La Iglesia de nuestro texto no un edificio tangible. No es el templo hecho con madera o ladrillos o piedras o mármol. Es una empresa compuesta por hombres y mujeres. No es una Iglesia visible particular en la tierra. No es la iglesia del este o el oeste. No es la iglesia de Inglaterra o de Escocia. Y por sobre todo, ciertamente no es la iglesia de Roma. La Iglesia de nuestro texto es aquella que hace bastante menos aspavientos que cualquier otra iglesia a los ojos del hombre pero es la de mucha más importancia a los ojos de Dios.

La Iglesia de nuestro texto está compuesta por todos los verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo, por todos aquellos que son realmente santos y personas convertidas. Comprende a todos aquellos que se han arrepentido de pecado y han ido a Cristo por fe y han sido hechos nuevas criaturas por Él. Comprende a todos los elegidos de Dios, todos los que han recibido la gracia de Dios, todos los que han sido lavados con la sangre de Cristo, todos los que se han vestido con la justicia de Dios, todos los que han nacido de nuevo y han sido santificados con el Espíritu de Cristo. Todos ellos, de cualquier nombre y clase y nación, raza y lengua son miembros de la Iglesia que menciona nuestro texto. Esta es el cuerpo de Cristo. Esta es el rebaño de Cristo. Es la novia. Es la esposa del Cordero. Esta es la "Santa Iglesia Católica y Apostólica" del Credo de los Apóstoles y el Credo Niceno

. Esta es la compañía "bendita del pueblo fiel" de la que se habla en el servicio de comunión de la Iglesia de Inglaterra. Esta es la "Iglesia sobre la roca".

Los miembros de esta Iglesia no adoran a Dios de la misma manera o usan la misma forma de gobierno. Algunas de ellas son dirigidas por obispos y alguna por los ancianos. Algunas usan un libro de oración cuando se encuentran en cultos públicos de adoración y otras no usan ninguno. El artículo 34 de la Iglesia de Inglaterra de manera más sabia declara: "No es necesario que las ceremonias deban ser iguales en todos los lugares". Sin embargo los miembros de esta Iglesia vienen al único trono de gracia. Todos adoran con un mismo corazón. Todos son dirigidos por un mismo Espíritu. Todos son real y verdaderamente santos. Todos pueden decir "Aleluya" y todos pueden responder "Amén".

Esta es la Iglesia de la cual todas las Iglesias visibles de la tierra deben siervos y siervas. Sean éstas Episcopales, Independientes o Presbiterianas, todas sirven a los intereses de la única verdadera Iglesia. Ellas son el andamiaje detrás del cual el gran edificio permanece. Ellas son la cascarilla bajo la cual el grano crece. Tienen diversos grados de utilidad. La mejor y la peor de ellas es la que entrena a los mejores miembros de la Iglesia verdadera de Cristo. Sin embargo, ninguna Iglesia visible tiene derecho alguno de decir: "Somos la única Iglesia verdadera. Somos los escogidos y la sabiduría morirá con nosotros". Ninguna Iglesia visible podría

alguna vez atreverse a decir: “Permaneceremos para siempre. Las puertas del infierno no prevalecerán contra mí”.

Esta es la Iglesia a la cual pertenecen las promesas misericordiosas de preservación, continuidad, protección y gloria final entregada por nuestro Señor. Hooker dice: “Lo que quiera que sea que leamos en las Escrituras relacionado con el amor infinito y la bondad salvadora que Dios muestra a Sus Iglesias, el único tema apropiado contenido en ella es esta Iglesia, a la cual denominamos muy apropiadamente el cuerpo místico de Cristo”. Tan pequeña y despreciada como la verdadera Iglesia puede ser en este mundo, ella es preciosa y honorable a los ojos de Dios. El templo de Salomón en toda su gloria era insignificante y despreciable en comparación con la Iglesia que ha sido construida sobre una roca.

Confío que las cosas que he estado diciendo calarán profundo en las mentes de todos aquellos que leen este mensaje. Cuide tener una doctrina sólida sobre el tema de “la Iglesia”. Una falta en esto puede conducir a errores peligrosos y a la ruina del alma. La Iglesia está compuesta de verdaderos creyentes, es la Iglesia sobre la cual a nosotros –quienes somos ministros- se nos ordena especialmente a predicar. La Iglesia que comprende a todos los que se arrepienten y creen en el Evangelio, es la Iglesia a la cual deseamos usted pertenezca. Nuestro trabajo no estará hecho y nuestros corazones no estarán satisfechos hasta que usted sea hecho una nueva criatura y sea un miembro de la única verdadera Iglesia. Fuera de la Iglesia que no “está construida sobre la roca” no puede haber Salvación alguna.

2. Nuestro texto no sólo considera un mero edificio sino un Constructor. El Señor Jesucristo declara: “Construiré Mi Iglesia”. La verdadera Iglesia de Cristo es tiernamente cuidada por las tres Personas de la bendita Trinidad. En el plan de salvación revelado en la Biblia, fuera de toda duda, Dios el Padre escoge, Dios el Hijo redime y Dios el Espíritu Santo santifica a cada miembro del cuerpo místico de Cristo. Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios, cooperan para la salvación de cada alma salvada. Esto es una verdad que nunca debe olvidarse. No obstante, hay un sentido peculiar en el cual la ayuda de la Iglesia descansa en el Señor Jesucristo. Él es peculiar y preeminentemente el Redentor y Salvador de la Iglesia. Por lo

tanto, es lo que encontramos cuando Él dice en nuestro texto "Yo construiré –el trabajo de construir es Mi labor especial".

Es Cristo quien llama a los miembros de la Iglesia en el momento correcto. Ellos son "los llamados de Jesucristo" (Rom. 1:6). Es Cristo quien los apura. "El hijo apura a quien Él quiere" (Jn. 5:21). Es Cristo quien lava sus pecados. Él "nos ha amado, y ha lavado nuestros pecados con Su propia sangre (Apo. 1:5). Es Cristo quien les da paz. "Mi paz les dejo, Mi paz les doy" (Jn. 14:27). Es Cristo quien les da vida eterna. "Yo les doy vida eterna y no perecerán (Jn. 10:28). Es Cristo quien les otorga arrepentimiento. "Aquel que Dios ha exaltado… para ser un Príncipe y Salvador para dar arrepentimiento (Hech 5:31). Es Cristo quien los habilita a ser Hijos de Dios. "A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12). Es Cristo quien desarrolla el trabajo dentro de ellos desde el comienzo. "Porque Yo vivo, ustedes vivirán también" (Jn. 14:19). En breve, ha "complacido al Padre que en Cristo habitase toda plenitud" (Col. 1:19). Él es el Autor y Acabador de la fe. Él es la vida. Él es la cabeza. De Él cada articulación y miembro del cuerpo místico de cristiano se alimenta. A través de Él, ellos son fortalecidos para la tarea. Por Él son guardados de caer. Él los preservará hasta el fin, y los presentará sin mancha ante el trono del Padre con un gozo rebosante. Él es todas las cosas en todos los creyentes.

El poderoso agente por el cual el Señor Jesucristo desarrolla este trabajo en los miembros de Su Iglesia es, sin duda, el Espíritu Santo. Él es quien solicita a Cristo y Sus beneficios para el alma. Él es quien está siempre renovando, despertando, convenciendo, llevándonos a la cruz, transformándonos, sacando fuera del mundo piedra tras piedra y agregándolas al edificio místico. No obstante el supremo Constructor, que ha tomado la ejecución del trabajo de la redención hasta culminarlo, es el Hijo de Dios, la "Palabra que se hizo carne". Es Jesucristo quien "construye".

En la construcción de la verdadera Iglesia, el Señor Jesús condesciende a usar muchos instrumentos subordinados. El ministerio del evangelio, la circulación de las Escrituras, la reprimenda amistosa, la palabra dicha a tiempo, la influencia de las aflicciones –todo, todo son los medios e instrumentos a través de los cuales Su labor es ejecutada, y el Espíritu entrega vida a las almas. Cristo es el gran Arquitecto superintendente, ordenando,

guiando, dirigiendo que todo sea hecho. Pablo puede plantar y Apolos regar no obstante es Dios quien entrega el crecimiento (1 Cor. 3:6). Los ministros pueden predicar, los escritores, escribir pero es el Señor Jesucristo quien solamente puede construir. Y a menos que Él edifique, el trabajo no avanza.

¡Grande es la sabiduría con la que el Señor Jesucristo construye Su Iglesia! Todo es hecho en el momento correcto y en la forma correcta. Cada piedra en su forma es puesta en su correcto lugar. Algunas veces Él escoge piedras grandes y otras Él escoge piedras pequeñas. Algunas veces el trabajo es rápido y otras, lento. El hombre se impacienta frecuentemente y piensa que nada se hace, pero el tiempo del hombre no es el tiempo de Dios. Mil años a Sus ojos son sólo como un día. El gran Constructor no comete errores. Él sabe lo que está haciendo. Él ve el fin desde el comienzo. Él trabaja con un plan perfecto, inalterable y seguro. Las ideas más poderosas de los arquitectos, como Miguel Angel y Wren, son tan solamente insignificantes y juego de niño en comparación con los consejos sabios de Cristo respecto de Su Iglesia.

¡Grandes son la condescendencia y la misericordia que Cristo muestra al construir Su iglesia! A menudo Él escoge las piedras menos apropiadas y más ásperas y las acomoda en el más excelso trabajo. No desprecia ninguna, no rechaza a ninguna por sus pecados pasados y transgresiones. Él a menudo hace que fariseos y publicanos sean los pilares de Su casa. Él se deleita en mostrar misericordia. A menudo, Él toma a los más irreflexivos e impíos y los transforma en ángulos pulidos de Su templo espiritual.

¡Grande es el poder que Cristo despliega en construir Su Iglesia! El efectúa Su trabajo a pesar de la oposición del mundo, la carne y el demonio. En tormenta, en tempestad, en tiempo de problemas, silenciosamente, quietamente, sin ruido, sin remoción, sin excitación, la construcción progresa, como el templo de Salomón. "Lo que Yo hago, El declara, ¿quién lo estorbará?" (Isa. 43:13).

Los hijos de este mundo tienen poco o ningún interés en la construcción de esta Iglesia. No se preocupan en absoluto de la conversión de las almas. ¿Qué son para ellos espíritus quebrantados y corazones penitentes? ¿Qué es para ellos la convicción de pecado, o fe en el Señor Jesús? A sus ojos todo es "tontería". Sin embargo, mientras los hijos de este mundo no se

preocupan en absoluto, hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios. Por la preservación de la verdadera Iglesia, las leyes de la naturaleza algunas veces se suspenden. Por el bien de esa Iglesia, todos los manejos providenciales de Dios en este mundo se ordenan y arreglan. Por el bien de los electos, las guerras llegan a su fin y la paz es dada a la nación. Hombres de estados, regidores, emperadores, reyes, presidentes, cabezas de gobierno tienen sus esquemas y planes que piensan son de gran importancia. Pero hay otro trabajo que se desarrolla para un momento infinitamente mayor, en el cual ellos sólo son las "hachas y sierras" en las manos de Dios (Isa. 10:15). Ese trabajo es la erección del templo espiritual de Cristo, la reunión de las rocas vivas en la única y verdadera Iglesia.

Debiéramos sentirnos profundamente agradecidos porque la construcción de la verdadera Iglesia descansa sobre los hombros del Único que es poderoso. Si el trabajo dependiera del hombre, pronto se paralizaría. ¡Pero, bendito sea Dios, el trabajo está en las manos de un Constructor que nunca falla en cumplir Sus diseños! Cristo es el Constructor todopoderoso. El ejecutará Su trabajo, aunque las naciones y las Iglesias visibles no conozcan su deber. Cristo no fallará. Aquello a lo que El se ha comprometido, El por cierto hará.

3. El Señor Jesucristo nos dice; "Sobre esta roca edificaré Mi Iglesia". Este es el cimiento sobre el cual la Iglesia se construye. ¿Qué quiso decir el Señor Jesucristo cuando habló de este cimiento? ¿Se refirió al apóstol Pedro a quién El estaba hablando? Con seguridad siento que no. No puedo ver ninguna razón, si se refería a Pedro, por la que El no dice "Sobre ti construiré Mi Iglesia". Si se hubiera referido a Pedro seguramente habría dicho: "Construiré Mi Iglesia sobre ti", de la misma forma en que tan simplemente dijo. "Te daré las llaves". ¡No, no era la persona del apóstol Pedro sino la buena confesión que él había recién hecho! No era Pedro, el hombre inestable y errático sino la poderosa verdad que el Padre le había revelado a él. Era la verdad concerniente a Jesucristo Mismo la que era la roca. Era la mediación de Cristo y la misión mesiánica de Cristo. Era la verdad bendita que Jesús era el Salvador prometido, la verdadera Certeza, el verdadero Intercesor entre Dios y el hombre. Esta era la roca y ese el cimiento sobre los cuales la Iglesia de Cristo iba a construirse.

El cimiento de la verdadera Iglesia descansaba en un costo tremendo. Era necesario que el Hijo de Dios tomara nuestra naturaleza sobre Él, y en esa naturaleza viviera, sufriera y muriera no por Sus propios pecados sino por los nuestros. Era necesario que en esa naturaleza Cristo fuera a la tumba y se le levantara. Era necesario que en esa naturaleza Cristo fuera al cielo, se sentara a la mano derecha de Dios, habiendo obtenido la eterna redención de Su pueblo. Ningún otro cimiento podría haber cumplido las necesidades de pérdida, culpa, corrupción, debilidad e indefensión de los pecadores.

Este cimiento, una vez logrado, es muy fuerte. Puede soportar el peso de los pecados de todo el mundo. Ha soportado el peso de todos los pecados de todos los creyentes que se han cimentado en él. Pecados de pensamiento, pecados de imaginación, pecados del corazón, pecados de la cabeza, pecados que todos han visto y pecados que ningún hombre sabe, pecados contra Dios, pecados contra el hombre, pecados de toda clase y descripción –cuyo peso la roca puede soportar sin ceder. El oficio mediador de Cristo es un remedio suficiente para todos los pecados de este mundo.

A este único cimiento cada miembro de la Iglesia verdadera de Cristo se une. En muchas formas los creyentes se desunen y están en desacuerdo. No obstante, en el tema del cimiento de su alma todos están de acuerdo; ya sea que sean Episcopales o Presbiterianos, Bautistas o Metodistas, todos los creyentes tienen este punto en común. Están cimentados sobre la roca. Pregúnteles de dónde obtienen su paz, su esperanza y su expectativa gozosa por las cosas que vendrán. Usted encontrará que todos fluyen de una única fuente poderosa: Cristo el Mediador entre Dios y el hombre y del oficio que Cristo sustenta como Sumo Sacerdote y Garante de los pecadores.

Mire su cimiento si desea saber si es o no un miembro de la única verdadera Iglesia. Este es un punto que usted debe saber por usted mismo. Nosotros podemos ver su adoración pública pero no si usted está fundado personalmente en la roca; podemos ver su participación en la mesa del Señor pero no ver si usted está unido a Cristo, es uno con Cristo y Cristo uno con usted. Tenga cuidado de no estar equivocado sobre su salvación personal. Vea que su propia alma esté fundada sobre la roca. Sin esto, todo lo demás es

nada. Sin esto, usted nunca se parará en el día del juicio. ¡Miles de veces mejor en ese día es estar fundado en una humilde casa "sobre la roca" que un palacio sobre la arena!

4. En cuarto lugar, procedo a hablar de las pruebas implícitas de la Iglesia a la cual este texto se refiere. Se hace mención a las "puertas del infierno". Por esa expresión se supone que debemos entender el poder del príncipe del infierno, incluso el demonio (Compare Sal 9:13; 107:18; Isa. 38:10).

La historia de la verdadera Iglesia de Cristo siempre ha sido un punto de conflicto y pugna. Ha sido constantemente atacada por un enemigo mortal, Satanás, el príncipe de este mundo. El demonio detesta a la verdadera Iglesia de Cristo con odio imperecedero. Está siempre agitando la oposición contra todos sus miembros. Está siempre incitando a los hijos de este mundo a hacer su voluntad, a dañar y a hostigar al pueblo de Dios. Si él no puede herir la cabeza, herirá el talón. Si él no puede robar a los creyentes del cielo, él los irritará en el camino a éste.

La batalla con los poderes del infierno ha sido la experiencia del cuerpo completo de Cristo por seis mil años. Siempre ha sido la zarza ardiente, aunque no consumida, una mujer huyendo en el desierto, pero nunca tragada (Ex. 3:2, Apo. 12:6, 16). Las Iglesias visibles tienen sus tiempos de prosperidad y de paz pero nunca ha habido un tiempo de paz para la verdadera Iglesia. Su conflicto es perpetuo. Su batalla nunca termina.

La batalla con los poderes del infierno es la experiencia de cada miembro individual de la verdadera Iglesia. Cada uno tiene que pelear. ¿Qué son las vidas de todos los santos sino el recuento de sus batallas? ¿Qué fueron hombres como Pablo y Santiago y Pedro y Juan y Policarpo y Crisóstomo y Agustín y Lutero y Calvino y Latimer y Baxter sino soldados comprometidos en una constante batalla? Algunas veces es el pueblo de santos el que ha sido atacado y en otras sus posesiones. Algunos han sido calumniados y vilipendiados y otras veces perseguidos abiertamente. Sin embargo, en una forma u otra, el demonio ha estado continuamente guerreando contra la Iglesia. Las "puertas del infierno" han estado continuamente agrediendo al pueblo de Cristo.

Nosotros, quienes que predicamos el Evangelio, podemos declarar a todos aquellos que vienen a Cristo las preciosas y grandísimas promesas Suyas" (2 Ped 1:4). Podemos ofrecerle abiertamente, en nombre de nuestro Maestro, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Misericordia, gracia gratis y salvación plena son ofrecidas a todos quienes vengan a Cristo y creen en Él. No obstante, no prometemos la paz con el mundo o con el demonio. Advertimos, por el contrario, que habrá batalla en tanto estén en el cuerpo. No le contendríamos o disuadiríamos de servir a Cristo pero si les haríamos "considerar el costo" y meditar lo que conlleva servirlo a Él (Luc. 14:28).

a. No se sorprenda de la enemistad de las puertas del infierno. "Si usted fuera del mundo, el mundo amaría a los suyos" (Jn. 15:19). En tanto que el mundo es el mundo, y el demonio es el demonio, existirá esta batalla y los creyentes en Cristo deben ser soldados en ella. El mundo despreció a Cristo y despreciará a los verdaderos cristianos mientras exista la tierra. Como el gran reformador Lutero dijo "Caín continuará asesinando a Abel mientras la Iglesia esté sobre la tierra".

b. Esté preparado para enfrentar la enemistad de las puertas del infierno. Vista la armadura completa de Dios. La torre de David contiene miles de escudos todos ellos dispuestos para el uso del pueblo de Dios. Las armas de nuestra batalla han sido probadas por millones de pobres pecadores como nosotros mismos y nunca han fallado.

c. Sea paciente con la enemistad de las puertas del infierno. Todo el conjunto trabaja a su favor. Lo lleva a la santificación, lo mantiene despierto, lo hace humilde, lo conduce más cerca del Señor Jesucristo, lo desarraiga del mundo; lo ayuda a orar más. Por sobre todo, lo hará añorar el cielo. Le enseñará a decir tanto con el corazón como con los labios: "Ven, Señor Jesús. Venga Tu reino".

d. Que la enemistad del infierno no lo desanime. La batalla de un verdadero hijo de Dios es tanto la marca de gracia como de la paz interna que disfruta. ¡Ninguna cruz, ninguna corona! ¡Ningún conflicto, ninguna cristianidad salvadora! "Benditos son", dijo nuestro Señor Jesucristo, "cuando por mi causa los hombres los vituperen, los persigan y digan toda clase de mal contra ustedes, mintiendo". Si usted nunca es perseguido por causa de la religión y los hombres hablan bien de usted, usted bien puede dudar si pertenece o no a la "Iglesia sobre la roca" (Mat. 5:11, Luc 6:26).

5. Hay una cosa más que considerar: la Seguridad de la verdadera Iglesia de Cristo. Hay una promesa gloriosa del Constructor: "Las puertas del infierno no prevalecerán".

Él, quien no miente, ha comprometido Su palabra que todos los poderes del infierno nunca derrocarán a Su Iglesia. Continuará y permanecerá a pesar de cada asalto. Nunca será sobrepasada. Todas las otras cosas creadas se extinguirán y morirán pero no la Iglesia que está construida sobre la roca.

Imperios se han elevado y caído en rápida sucesión. Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Tiro, Cartago, Roma, Grecia, Venecia - ¿Dónde están todos esos ahora? Ellos eran la creación de la mano del hombre y se han ido. No obstante la verdadera Iglesia de Cristo vive.

Las más ponderosas ciudades se han convertido en ruinas. Las anchas paredes de Babilonia se han derrumbado. Los palacios de Nínive están cubiertos con montones de polvo. Las cientos de puertas de Tebas son sólo historia. Tiro es un lugar donde los pescadores ponen sus redes. Cartago está desolada. Y aún, todo este tiempo, la verdadera Iglesia permanece. Las puertas del infierno no prevalecen contra ella.

En muchos casos las primeras Iglesias visible han decaído y perecido. ¿Dónde está la Iglesia de Éfeso y la Iglesia de Antioquía? ¿Dónde está la Iglesia de Alejandría y la Iglesia de Constantinopla? ¿Dónde están las Iglesias de Corintos, de Filipos, de Tesalónica? Se apartaron de la Palabra de Dios. Estaban orgullosos de sus obispos y sínodos y ceremonias y aprendizaje y antigüedad. No se

gloriaron en la verdadera cruz de Cristo. No se asieron firmemente al evangelio. No le dieron al Señor Jesús Su oficio legítimo o a la fe su legítimo lugar. Están entre las cosas que fueron. Sus candeleros les fueron quitados. Sin embargo, todo este tiempo la verdadera Iglesia ha permanecido.

¿Ha sido la verdadera Iglesia oprimida en un país? Se ha mudado a otro. ¿Ha sido pisoteada y oprimida en alguna tierra? Ha tomado sus raíces y florecido en algún otro clima. Fuego, espada, prisión, multas, castigos nunca han sido capaces de destruir su vitalidad. Sus perseguidores han muerto e ido a su propio lugar, sin embargo la Palabra de Dios ha vivido, ha crecido y se ha multiplicado. Tan débil como la verdadera Iglesia puede aparecer a los ojos del hombre, es un yunque que ha roto muchos martillos en los tiempos idos y quizá quebrará muchos más antes del final. "Aquel que pone sus manos sobre ella está tocando la niña de Su ojo (Zac 2:8).

La promesa de nuestro texto es exactamente todo el cuerpo de la verdadera Iglesia. Cristo nunca estará sin un testigo en el mundo. Él ha tenido un pueblo en los peores momentos. Tuvo a siete mil en Israel aún en los días de Acab. Hay algunos ahora, según creo, en oscuros lugares de las Iglesias Roma y Grecia que, a pesar de su mucha debilidad, están sirviendo a Cristo. El demonio puede enfurecerse horriblemente. La Iglesia en algunos países puede reducir sus miembros drásticamente pero las puertas del infierno nunca "prevalecerán" enteramente.

La promesa de nuestro texto es exactamente cada miembro individual de la Iglesia. Algunos del pueblo del Dios han sido tan aplastados y perturbados que han perdido su seguridad. Algunos han caído tristemente, como David y Pedro lo hicieron. Algunos han abandonado la fe por un tiempo, como Cranmer y Jewell. Muchos han sido probados por dudas crueles y temores. Sin embargo, al final todos están en el hogar seguro, los más jóvenes como también los más ancianos, los más débiles como también los más fuertes. Y así será hasta el fin. ¿Puede impedir que el sol de mañana alumbre? ¿Puede impedir el flujo y reflujo de la marea del Canal de Bristol? ¿Puede impedir que los planetas continúen en sus respectivas órbitas? Entonces, sólo entonces, usted puede impedir la salvación de cualquier creyente, por débil que sea, la seguridad final de cada piedra viviente en esa Iglesia que está construida sobre la roca, por pequeña e insignificante que esa piedra parezca.

La verdadera Iglesia es el cuerpo de Cristo. Ni tan siquiera un hueso de ese cuerpo místico puede ser quebrado. La verdadera Iglesia es la novia de Cristo. Aquellos que Dios ha reunido en su pacto eterno nunca serán partidos en dos. La verdadera Iglesia es el rebaño de Cristo. Cuando un león vino y tomó un cordero del rebaño de David, David se levantó y se lo quitó de sus fauces. Cristo hará lo mismo. Él es el hijo más grande de David. Ni aún un cordero enfermo del rebaño de Cristo perecerá. Él le dirá a Su Padre en el último día: "De aquellos que Tú me diste no he perdido ninguno" (Jn. 18:9). La verdadera Iglesia es el trigo de la tierra. Puede ser cernido, aventado, sacudido, lanzado de aquí para allá pero ni un grano se perderá. La cizaña y la paja arderán. El trigo será acopiado en el granero. La verdadera Iglesia es la armada de Cristo. El Capitán de nuestra salvación no pierde a ninguno de Sus soldados. Sus planes nunca son derrotados. Sus suministros nunca fallan. Su lista de revisión es la misma del final como lo era en el comienzo. De los hombres que marcharon galantemente fuera de Inglaterra hace unos pocos años atrás en la guerra de Crimea, ¡cuántos nunca volvieron! Regimientos que avanzaron, fuertes y alegres, con bandas tocando y estandartes al aire, dejaron sus huesos en una tierra extranjera y nunca regresaron a su país natal. Esto no es así para la armada de Cristo. Ninguno de Sus soldados faltará al final. El mismo declara: "Ellos nunca perecerán (Jn. 10:28).

El demonio puede encarcelar a algunos miembros de la verdadera Iglesia. El puede matar y quemar y torturar y colgar, pero después que ha matado el cuerpo, no hay nada más que él pueda hacer. No puede herir el alma. Cuando las tropas francesas tomaron Roma hace unos pocos años atrás, ellos encontraron en las paredes de una celda de la prisión, bajo la Inquisición, las palabras de un prisionero. Quién era no lo sabemos pero sus palabras son valiosas de recordar: "Aunque muerto, Él aún habla". Había escrito en las paredes, muy probablemente poco después de un juicio injusto y aún una más injusta excomunión, las siguientes palabras asombrosas "Bendito Jesús, no me pueden arrojar de Tu verdadera Iglesia". ¡Este registro es verdad! Ni todo el poder de Satanás puede arrojar fuera de la verdadera Iglesia de Cristo ni a un solo creyente.

Confío que ningún lector de este mensaje permitirá nunca que el temor lo inhiba de comenzar a servir a Cristo. Aquel al que usted encomienda su alma tiene todo el poder en el cielo y en la tierra, y Él lo guardará. Nunca permitirá que usted se aleje. Los parientes se pueden oponer, los vecinos se pueden mofar, el mundo puede difamarlo y ridiculizarlo y embromarlo y desdeñarlo. ¡No tema! ¡No tema! Los poderes del infierno nunca prevalecerán contra su alma. Mayor es Aquel que está a favor suyo que todos los que están en su contra.

No tema por la Iglesia de Cristo cuando los ministros mueren y los santos son arrebatados. Cristo puede mantener siempre Su propia causa. Él levantará mejores sirvientes y estrellas más brillantes. Las estrellas están todas en Su mano derecha. Abandone los ansiosos pensamientos sobre el futuro. Cese de estar deprimido por las medidas de los hombres de estado, o los complots de los lobos vestidos de oveja. Cristo siempre proveerá a Su propia Iglesia. Cristo cuidará que las "puertas del infierno no prevalezcan contra ella". Todo está desarrollándose bien aunque nuestros ojos no lo vean. Los reinos de este mundo se volverán los reinos de nuestro Dios y de su Hijo Cristo.

Concluyo este mensaje con unas pocas palabras de aplicación práctica:

1. Mi primera palabra de aplicación será una pregunta. ¿Cuál será esa pregunta? ¿Qué preguntaré? Me devuelvo al punto con el que comencé. Volveré a la primera oración con la que abrí este mensaje. Le pregunto, si ustedes son miembros de la única y verdadera Iglesia de Cristo. ¿Es usted, en el mayor y mejor sentido, un "hombre de iglesia" a los ojos de Dios? Usted sabe lo que quiero decir. Miro más allá de la Iglesia de Inglaterra. No estoy hablando de una iglesia o una capilla. Yo hablo de la "Iglesia construida sobre la roca". Le pregunto, con toda seriedad, ¿es usted miembro de esa Iglesia? ¿Está usted unido al gran cimiento? ¿Está usted sobre la roca? ¿Ha recibido el Espíritu Santo? ¿El Espíritu atestigua con su espíritu que usted es uno con Cristo y Cristo uno con usted? Le ruego, en el nombre de Dios, poner su corazón en estas preguntas y pondérelas bien, si usted no es convertido, no pertenece aún a la Iglesia sobre la roca".

Que cada lector de este mensaje tenga cuidado de sí mismo si no puede dar una respuesta satisfactoria a mi pregunta. Tome cuidado, tome cuidado de que no haga un naufragio de su alma para toda la eternidad. Tome cuidado para que al final las puertas del infierno no prevalezcan en contra suya, que el demonio lo reclame como suyo y usted esté perdido para siempre. Tome cuidado, no sea que usted vaya al fondo del pozo de la tierra de las Biblias y de la luz plena del Evangelio de Cristo. Tome cuidado, no sea que sea encontrado a la mano izquierda de Cristo al final, un episcopal o presbiteriano perdido, un bautista o un metodista perdido, perdidos porque con todo su celo por lo suyo propio y por su propia mesa de comunión usted nunca se unió a la verdadera Iglesia.

2. Mi segundo trabajo de aplicación será una invitación. La dirijo a todo aquel que no es aún un verdadero creyente. Le digo a usted, venga y únase a la única verdadera Iglesia sin tardar. Venga y únase usted mismo al Señor Jesucristo en un pacto eterno que no será olvidado.

Considere bien lo que digo. Le encargo seriamente no confundir el significado de mi invitación. No le ofrezco abandonar la Iglesia visible a la cual usted pertenece. Aborrezco todas las formas de idolatría y partidos. Detesto un espíritu proselitista. Lo que le ofrezco es venir a Cristo y ser salvo. El día de decidir debe venir alguna vez. ¿Por qué no en esta hora? ¿Por qué no hoy día, mientras sea hoy? ¿Por qué no esta misma noche antes de que el sol se levante mañana en la mañana? Venga a Él, quien murió por los pecadores en la cruz e invita a todos los pecadores a venir a Él por fe y ser salvos. Venga a mi Maestro, Jesucristo. Venga, le digo, porque todo está listo ahora. La misericordia está lista para usted. El cielo está listo para usted. Los ángeles están listos para regocijarse por usted. Cristo está listo para recibirlo. Cristo lo recibirá gustosamente, le dará la bienvenida entre Sus hijos. Venga al arca. El flujo de la ira de Dios pronto vendrá sobre la tierra. Venga dentro del arca y permanezca a salvo.

Venga al bote salvavidas de la única verdadera Iglesia. ¡Este mundo pronto se romperá en pedazos! ¡No escucha sus temblores! El mundo es tan solo los restos de un naufragio sobre el banco de arena. La noche se ha extinguido, las olas comienzan a elevarse, el viento se levanta, la tormenta pronto destrozará los

restos. Sin embargo un bote salvavidas ha sido lanzado, y nosotros, los ministros del evangelio, le rogamos venir a él y ser salvo. Le rogamos levantarse de inmediato y venir a Cristo.

Usted pregunta: ¿cómo puedo ir? Mis pecados son demasiados, aún soy demasiado malvado. No me atrevo a ir". ¡Aleje ese pensamiento! Es tentación de Satanás. Venga a Cristo como un pecador. Venga tal y como está. Oiga las palabras de ese hermoso himno:

"Tal como soy, sin una súplica,

Sino esa Tu sangre vertida por mí

Y Tú me pides venir a Ti,

Oh Cordero de Dios, Yo voy".

Esta es la forma de venir a Cristo. Usted debe venir, no esperar por nada ni demorarse por nada. Usted debe venir, como un pecador hambriento, para ser llenado; como un pobre pecador para ser enriquecido, como un pecador malo e indigno, para ser vestido con rectitud. Así como venga, Cristo lo recibirá. "Aquel que viene" a Cristo, Él "no lo desechará". ¡Oh, venga, venga a Jesucristo! Venga a la verdadera Iglesia por fe y sea salvo.

3. Al final de todo, permítanme una palabra de exhortación a todos los creyentes en cuyas manos este mensaje puede caer.

Luche por vida una vida santa. Camine digno en la Iglesia a la cual pertenece. Vivan como ciudadanos del cielo. Dejen que su luz brille delante de los hombres de forma tal que el mundo se pueda beneficiar con su conducta. Deje a los otros saber quién es usted y a quien sirve. Sean las epístolas de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres, escritas en letras tan claras que nadie pueda decir de usted "No sé si este hombre es o no un hombre de Dios". Aquel que no sabe nada de la santidad real y práctica no es miembro de la Iglesia sobre la roca.

Luche para vivir una vida de coraje. Confiese a Cristo delante de los hombres. Sin importar el cargo que ocupa, en ese cargo confiese a Cristo. ¿Por qué debería avergonzarse de Él? Él no se

avergonzó de usted en la cruz. Él está listo para confesarlo a usted ante Su Padre en los cielos. ¿Por qué debería avergonzarse de Él? Sea valiente. Sea muy valiente. El buen soldado no tiene vergüenza de su uniforme. El verdadero creyente no debe nunca estar avergonzado de Cristo.

Luche por vivir una vida de gozo. Viva como hombres que buscan la bendita esperanza – la segunda venida de Jesucristo. Este es el prospecto que todos debiéramos buscar. No es tanto el pensamiento de ir al cielo sino que el cielo venga a nosotros el que debiera llenar nuestras mentes. "Se viene un buen tiempo" para el pueblo de Dios, un buen tiempo para todas las Iglesias de Cristo, un buen tiempo para todos los creyentes – un mal tiempo para los impenitentes e impíos pero un buen tiempo para los verdaderos cristianos. Para ese buen tiempo, esperemos, observemos y oremos.

El andamiaje pronto caerá. La última piedra pronto será sacada. La piedra tope será puesta sobre el edificio. Un poco tiempo más y la plena belleza de la Iglesia que Cristo está construyendo será vista claramente.

El gran Maestro Constructor vendrá pronto. Un edificio será mostrado al mundo reunido, en el cual no habrá imperfección alguna. El Salvador y los salvados se regocijarán juntos. El universo entero reconocerá que en el edificio de la Iglesia de Cristo todo fue hecho bien. "Benditos", se dirá en ese día, como nunca antes fue dicho, "¡BENDITOS TODOS LOS QUE PERTENECEN A LA IGLESIA SOBRE LA ROCA!"

14. ADVERTENCIAS A LAS IGLESIAS

"El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (Apo. 3:22).

Supongo que puedo dar por garantizado que cada lector de este mensaje pertenece a alguna iglesia visible de Cristo. No le estoy preguntando si usted es un episcopal, o un presbiteriano o un independiente. Supongo tan solo que a usted no le gustaría ser llamado un ateo o infiel. Usted asiste a un culto público de algún cuerpo cristiano visible, particular o nacional.

Ahora, cualquiera sea el nombre de iglesia, lo invito a poner especial atención al versículo de las Escrituras que está delante de sus ojos. Le encomiendo recordar que las palabras de ese versículo le conciernen. Están escritas para su aprendizaje y para el de todos aquellos que se llaman a sí mismos cristianos. "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".

Este versículo se repite siete veces en los capítulos segundo y tercero del libro del Apocalipsis. Siete diferentes cartas del Señor Jesús son enviadas a través de la mano de Su siervo Juan a las siete iglesias de Asia. Siete veces Él concluye Su carta con las mismas solemnes palabras: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".

El Señor Dios es perfecto en todas Sus obras. No hace nada por casualidad. Ninguna parte de las Escrituras ha sido escrita por casualidad. En todos sus manejos usted puede rastrear el diseño, el propósito y el plan. Hubo diseño para el tamaño y órbita de cada planeta. Hubo diseño en la forma y estructura de la más pequeña de las alas de una mosca. Hubo diseño en cada versículo de la Biblia. Hubo diseño en cada repetición de un versículo dondequiera que fuera puesto. Hubo diseño en la séptuple repetición del versículo que está delante de sus ojos. Tenía un significado y nosotros hemos sido exhortados a observarlo.

A mí me parece que este versículo es para llamar la atención especial de todos los verdaderos cristianos de las siete "epístolas a las iglesias". Creo que su propósito era hacer que los creyentes tomaran especial nota de las cosas que estas siete cartas contienen.

Déjenme tratar de puntualizar ciertas verdades centrales que estas siete cartas parecen enseñarme. Son verdades para los tiempos en que vivimos, verdades que sería bueno para nosotros conocer y para sentirnos mucho mejor de lo que lo hacemos.

1. Solicito a mis lectores observar que el Señor Jesús, en todas estas siete cartas, habla sólo de materias doctrinales, advertencias y promesas.

Le pido revisar estas siete cartas a las Iglesias, tranquilamente y a su conveniencia, y pronto verá a lo que me refiero.

Observará que el Señor Jesús, algunas veces, encuentra fallas en las falsas doctrinas y prácticas paganas inconsistentes y las reprocha duramente.

Observará que algunas veces Él alaba la fe, la paciencia, las obras, el trabajo, la perseverancia y concede a estos dones alto elogio.

Algunas veces, Lo encontrará imponiendo el arrepentimiento, la corrección, el retorno al primer amor, la aplicación renovada a Él y cosas similares.

No obstante, quiero que usted observe que no encontrará al Señor, en ninguna de las epístolas, preocupado por el gobierno ni las ceremonias de las iglesias. No dice nada acerca de los sacramentos y las ordenanzas. No hace ninguna mención a la liturgia o formas. No instruye a Juan a escribir ni una palabra acerca del bautismo, la Cena del Señor, o la sucesión apostólica de los ministros. En breve, los principios centrales de lo que podemos llamar "el sistema sacramental" no son mencionados ni en la primera ni la última de las siete epístolas.

¿Y por qué hago hincapié sobre esto? Lo hago porque en los días presentes muchos creyentes querrían que nosotros creyéramos

que estas cosas son de primera, de cardinal, o de primordial importancia.

No son pocos los que parecen sostener que no debe existir ninguna iglesia sin un Obispo y ninguna devoción sin la liturgia. Parecen creer que enseñar el valor de los sacramentos es el primer trabajo de un ministro, y que mantener su parroquia sea el primer negocio de un pueblo.

Que ningún hombre me malentienda cuando digo esto. No huyan con la noción de que yo no veo la importancia en los sacramentos. Por el contrario, los tengo como grandes bendiciones para todos aquellos que los reciben correctamente, en forma digna y con fe. No imaginen que no agrego valor al episcopado, a la liturgia y al sistema parroquial. Por el contrario, considero que una iglesia bien administrada, que posee estas tres cosas y un ministerio evangélico, es mucho más completa y útil que una iglesia en que éstas no se encuentran.

Sin embargo, digo esto, los sacramentos, el gobierno de la iglesia, el uso de una liturgia, la observancia de ceremonias y formas, todas ellas no son nada comparadas con la fe, el arrepentimiento y la santidad. Y mi autoridad para decirlo de ese modo está en el tenor entregado por las palabras de nuestro Señor a las siete iglesias.

Nunca creeré que si una cierta forma de gobierno para la iglesia fuera tan importante como algunos dicen, que la gran Cabeza de la iglesia no hubiera dicho nada al respecto. Hubiese esperado encontrar algo acerca de esto en la carta a Sardis y Laodicea. No encuentro nada en absoluto y pienso que el silencio es un hecho significativo.

No puedo evitar remarcar el mismo hecho en las palabras iniciales de Pablo a los ancianos de Éfeso (Hec 20:27-35). Él los estaba dejando para siempre. Él estaba dando su última ofensiva en la tierra, y habló como alguien que no podría ver las caras de sus oyentes nunca más, y aún así no hay ninguna palabra acerca de los sacramentos y el gobierno de la iglesia. Si hubo alguna vez algún momento propicio para hablar acerca de esto fue ése. Sin embargo, él no dice nada y creo que fue un silencio deliberado.

Aquí descansa una razón del por qué nosotros, correcta o incorrectamente, somos llamados clérigos evangélicos. Si no predicamos acerca de obispos y del Libro de Oraciones, de las ordenanzas más de lo que lo hacemos no es porque no los valoremos en su lugar, porción y forma. Las valoramos tan real y verdaderamente como cualquiera y estamos agradecidos por ellos. Sin embargo, creemos que el arrepentimiento hacia Dios, la fe hacia nuestro Señor Jesucristo y una conversación santa son temas de mucha más relevancia para el alma de los hombres. Sin ellas ningún hombre puede ser salvo. Estas son las primeras y más significativas materias y, por lo tanto, nos preocupamos de ellas.

Aquí nuevamente descansa una razón por la que tan frecuentemente urgimos a los hombres a no estar meramente contentos con la religiosidad. Usted debe observar que a menudo advertimos de no descansar en los privilegios de ser miembro de una iglesia o de la iglesia misma. Decimos que usted no se sienta satisfecho porque asiste a la iglesia los domingos, y participa en la mesa del Señor. Frecuentemente lo urgimos a recordar que no es cristiano aquel que aparenta, que usted debe ser "nacido de nuevo", que usted debe tener "la fe que obra por amor", que debe existir una "nueva creación" por el Espíritu en su corazón. Lo hacemos porque esto nos parece es la preocupación de Cristo. Estas son la clase de cosas con las que Él trata cuando escribe siete veces a siete diferentes iglesias. Sentimos que si Lo seguimos no podemos equivocarnos mucho.

Estoy consciente de que los hombres nos acusan de tomar "posiciones miopes" en los temas que he tratado. No es una gran cosa que nuestras opiniones sean consideradas "miopes" en la medida en que nuestras consciencias nos dicen que son bíblicas. Un terreno elevado, como se dice, no siempre es un terreno seguro. Lo que Balac dijo debe ser nuestra respuesta "Lo que el Señor dice, eso diré" (Num. 24:13)

La verdad lisa y llana es que, en estos días, existen dos distintos y separados sistemas cristianos en Inglaterra. Es inútil negarlo. Su existencia es un hecho fehaciente y además algo que no puede ser tan claramente conocido.

De acuerdo a un sistema, la religión es un mero negocio corporativo. Se supone que usted pertenece a un cierto grupo de

gente. Por virtud de su membresía a este grupo, grandes privilegios, en términos de tiempo y eternidad, se le confieren. Poco importa lo que usted es o siente. No se le tratará de acuerdo a sus sentimientos. Usted es miembro de la gran corporación eclesiástica. De ese modo los privilegios e inmunidades de ésta son suyas. ¿Pertenece usted a una corporación eclesiástica verdadera? Esa es la gran cuestión.

Según el otro sistema, la religión es eminentemente un negocio personal entre usted y Cristo. No salvará su alma ser un miembro externo de cualquier cuerpo eclesiástico como quiera que sea y cuán sólido sea ese cuerpo. Tal membresía no lavará sus pecados o le dará la confianza en el día del juicio. Debe existir una fe personal en Cristo, una relación personal entre usted y Dios, una comunión personal entre su propio corazón y el Espíritu Santo. ¿Tiene usted esta fe personal? ¿Ha sentido el trabajo del Espíritu en su alma? Esta es la gran cuestión. Si no, estará perdido.

Este último sistema es al que aquellos que son llamados ministros evangélicos se adhieren y enseñan. Lo hacen así porque están convencidos que es el sistema de la Santa Escritura. Lo hacen así porque están persuadidos de que cualquier otro sistema deriva en consecuencias peligrosas y es calculado para engañar a los hombres fatalmente en lo que se refiere a su estado actual. Lo hacen así porque creen que este es el único sistema para enseñar que Dios bendecirá y que ninguna iglesia florecerá tanto como aquella en que el arrepentimiento, la fe, la conversión y el trabajo del Espíritu son los grandes temas de los sermones de los ministros.

2. Le pido a mis lectores que observen que el Señor Jesús en cada carta dice "Conozco sus obras". Esa expresión así reiterada asombra grandemente. No es por nada que leamos estas palabras en siete ocasiones sucesivas.

A una iglesia el Señor Jesús dice: "Conozco tu trabajo y paciencia", a otra "tu tribulación y pobreza", a una tercera "tu caridad y servicio y fe". No obstante para todas Él usa las palabras con lo que trato ahora "Conozco tus obras". No dice "Conozco tu profesión de fe, tus deseos, tus resoluciones, tus anhelos sino "tus obras". "Conozco tus obras".

Las obras de un cristiano profesante son de gran importancia. No pueden salvar su alma. No pueden justificarlo. No pueden lavar sus pecados. No pueden liberarlo de la ira de Dios pero eso no significa que, porque no pueden salvarlo, no tengan importancia. Tome cuidado y esté alerta con esta idea. El hombre que así piensa se engaña temiblemente a sí mismo.

A menudo pienso que podría morir gustosamente por la doctrina de la justificación por la fe sin las obras de la ley. Sin embargo, honestamente debo decir, como un principio general, que las obras de un hombre son la evidencia de su religión. Si usted se llama a sí mismo cristiano debe mostrarlo en sus maneras y comportamiento diarios. Acuérdese que la fe de Abraham y de Rahab fue producto de sus obras (Sant. 2:21-25). Recuerde que es vano para usted y para mí conocer a Dios si en obras nosotros lo negamos (Tit 1:16). Recuerde las palabras del Señor Jesús: "Cada árbol es conocido por sus propios frutos" (Luc. 6:44).

No obstante cualquiera sean las obras de los cristianos profesantes, Jesús dice "Yo las conozco". Sus ojos están en cada lugar, contemplando lo malo y lo bueno (Prov. 15:3). Usted nunca hizo algo, aunque sea en privado, que Jesús no haya visto. Usted nunca dijo una palabra, no ni aún en un susurro, que Jesús no haya oído. Usted nunca escribió una carta, aún a su amigo más querido, que Jesús no haya leído. Usted nunca tuvo un pensamiento, aunque secreto, que Jesús no conociera. Sus ojos son fuego ardiente. La oscuridad no es oscuridad con Él. Todas las cosas son conocidas y manifiestas ante Él. Él dice a cada uno "Yo conozco tus obras".

a. El Señor Jesús conoce las obras de todas las almas impenitentes e impías y algún día las castigará. No están olvidadas en el cielo aunque parezcan estarlo en la tierra. Cuando el gran trono blanco sea establecido, y los libros sean abiertos, los muertos perversos serán juzgados "de acuerdo a sus obras".

b. El Señor Jesús sabe de las obras de Su propio pueblo y las sopesa. "A Él toca pesar las acciones" (1 Sam. 2:3). Él sabe el por qué y el porque de las obras de todos los creyentes. El ve sus motivos en cada paso que dan. El discierne cuánto es hecho por Su bien y cuánto es hecho por el bien de la vanagloria. Lamentablemente no son pocas las cosas hechas por los creyentes,

que a usted y a mí nos parecen muy buenas, que son de baja estima para Cristo.

c. El Señor Jesús sabe de las obras de Su propio pueblo y un día los recompensará. Nunca pasa por alto una palabra amable o una buena obra hecha en Su nombre. El poseerá el más mínimo fruto de la fe y lo declarará ante el mundo en el día de Su venida. Si usted ama al Señor Jesús y Lo sigue, puede estar seguro que su obra y su trabajo no serán en vano en el Señor. Las obras de los que mueren en el Señor "los seguirán" (Apo. 14:13). No irán delante de ellos, ni a su lado, sino que los seguirán y serán su posesión en el día de la venida de Cristo. La parábola de los talentos se aplicará "Cada hombre recibirá su propia recompensa conforme a su propio trabajo" (1 Cor. 3:8). El mundo no lo conoce porque no conoce a su Maestro. Pero Jesús ve y sabe todo. "Conozco tus obras".

Piense en que aquí hay una seria advertencia para todos los profesantes mundanos e hipócritas de la religión. Que todos ellos lean, marquen y digieran estas palabras. Jesús les dice: "Yo conozco tus obras". Usted puede engañarme a mí o a cualquier otro ministro, es fácil de hacer. Usted puede recibir de mis manos el pan y el vino y aún estar proclive a la injusticia en su corazón. Usted puede sentarse bajo el púlpito de un predicador evangélico, semana tras semana, escuchar sus palabras con cara seria pero no creyéndolas. Sin embargo, recuerde esto, usted no puede engañar a Cristo. Aquel que descubrió la falta de vida de Sardis y la tibieza de Laodicea, ve a través de usted y lo expondrá en el último día, salvo que se arrepienta.

Oh, créanme, la hipocresía es un juego perdedor. Nunca será la respuesta a parecer una cosa y ser otra, tener el nombre de cristiano y no serlo en realidad. Esté seguro, si su conciencia remuerde y lo condena en este tema, esté seguro que su pecado será puesto al descubierto. Los ojos de los que vieron a Acán robar el lingote de oro y esconderlo, están sobre usted. El libro de registro de las obras de Gehazi y Ananías y Safira está también haciendo registro de sus actos. Jesús misericordiosamente le envía una palabra de advertencia este día. El dice "Conozco tus obras".

No obstante también piense qué estímulo hay aquí para cada creyente de corazón honesto y verdadero. A usted también, Jesús

le dice “Conozco tus obras”. Usted no ve ninguna belleza en las acciones que realiza. Todo parece imperfecto, manchado y corrupto. Usted a menudo se siente descorazonado por sus propios defectos. A menudo siente que su vida entera es un gran atraso y que cada día está en blanco o sucio, no obstante ahora sabe que Jesús puede ver alguna belleza en todo lo que hace desde su deseo consciente de agradarlo. Sus ojos pueden discernir la excelencia en la más mínima cosa que es fruto de Su propio Espíritu. Él puede recoger los granos de oro de entre la basura de sus actuaciones y cernir el trigo entremedio de la paja de sus actos. Todas sus lágrimas son vaciadas en Su botella. Sus esfuerzos por hacer el bien a otros, aunque débiles, están escritos en Su libro de memorias. La más pequeña copa de agua dada en Su nombre no perderá su recompensa. El no olvida su obra y su trabajo de amor sin importar cuán poco el mundo sepa apreciarlas.

Esto muy maravilloso pero es así. Jesús ama honrar el trabajo de Su Espíritu en Su pueblo y pasa por alto sus flaquezas. Él habita en la fe de Rahab pero no en su mentira. Él encomienda a Sus apóstoles para que permanezcan con Él en Sus pruebas y pasa por alto su ignorancia y falta de fe (Luc 22:28). “Como el padre se compadece por sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen” (Sal 103:13). Y así como el padre encuentra placer en el más pequeño de los actos de sus hijos, de los cuales un extraño nada sabe, así mismo supongo que el Señor se complace con nuestros débiles y pobres esfuerzos de servirlo.

Bien puedo entender al justo en el día del juicio cuando dice: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos como un extranjero y te albergamos? ¿O desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en prisión y fuimos a Ti? (Mat. 25:37-39). ¡Puede parecer increíble e imposible que ellos hayan podido hacer algo digno de mencionar en el gran día! Así es. Que todos los creyentes se conforten con esto. El Señor dice “Conozco tus obras”. Esto debe hacerlo humilde pero no debe hacerlo sentirse temeroso.

3. Pido a mis lectores observar que en cada epístola el Señor Jesús hace una promesa al hombre que vence. Siete veces Jesús da a las iglesias estas excesivamente grandes y preciosas promesas. Cada una es diferente y cada una llena de firme consolación, no obstante, cada una es dirigida a los cristianos vencedores. Es

siempre para “aquel que vence” o “al que vence”. Le pido tomar nota de esto.

Cada cristiano es un soldado de Cristo. El está atado por su bautismo a pelear la batalla de Cristo contra el pecado, el mundo y el demonio. El hombre que no lo hace quiebra su juramento. El es un deudor espiritual. No cumple los compromisos hechos. El hombre que no hace esto está prácticamente renunciando a su cristianismo. El solo hecho que él pertenezca a una iglesia, asista a un lugar cristiano para adorar y se llame a sí mismo cristiano, es una declaración pública de que desea ser tenido como un soldado de Jesucristo.

La armadura es provista para el cristiano profesante si tan solo desea usarla. “Tomen”, dice Pablo a los efesios, “la completa armadura de Dios”. “Permanezcan, teniendo vuestros lomos ceñidos con la verdad, y teniendo la coraza de la justicia”. “Tomen el casco de la salvación y la espada del espíritu, que son la Palabra de Dios”. “Por sobre todo, tomen el escudo de la fe” (Efe. 6:13-17). Y, no menor, los cristianos profesantes tienen al mejor de los lideres: Jesús el Capitán de la salvación, a través de Quien él puede ser más que ganador, tener la mejor de las provisiones, el pan y el agua de vida, y el mejor salario prometido, un peso eterno de gloria.

Todas estas son cosas sabidas. No me desviaré de mi tema con el fin de hablar sobre ellas.

El único punto sobre el cual quiero ahora poner inflexión en su alma es este: que el verdadero creyente no es sólo un soldado sino un soldado victorioso. No sólo profesa pelear del lado de Cristo contra el pecado, el mundo y el demonio sino que realmente pelea y vence.

Esta es la gran marca identificadora de los verdaderos cristianos. A otros hombres, quizá, les gusta ser parte de la armada de Cristo. Otros hombres pueden tener vagos deseos y lánguidos anhelos por buscar la corona de gloria, pero es tan sólo el verdadero cristiano quien hace el trabajo de un soldado. Por su cuenta se enfrenta limpiamente a los enemigos de su alma, realmente pelea con ellos y en esa lucha vence.

La gran lección que deseo que los hombres aprendan de estas siete cartas es que si usted probara que es nacido de nuevo y va al cielo, entonces usted debe ser un soldado victorioso de Cristo. Si desea poner en claro que usted tiene un derecho sobre las preciosas promesas de Cristo, usted deberá pelear la buena batalla en la causa de Cristo y en esa pelea ser un ganador.

La victoria es la única evidencia satisfactoria de que usted tiene una religión que salva. A usted le agradan los buenos sermones, quizá. Respeta la Biblia y la lee ocasionalmente. Usted ora en las noches y en la mañana. Tiene una familia de oradores y participa de sociedades religiosas. Doy gracias a Dios por esto. Todo es muy bueno, ¿pero cómo va su batalla? ¿Cómo se desarrolla el gran conflicto todo el tiempo? ¿Está usted ganándole al amor del mundo y el miedo a los hombres? ¿Está usted venciendo las pasiones, carácter y deseos de su propio corazón? ¿Cómo va este asunto? Usted debe o gobernar o servir al pecado y el demonio y el mundo. No hay medias aguas. Usted debe o conquistar o perderse.

Yo sé bien que es una dura batalla la que debe dar y quiero que lo sepa también. Usted debe pelar la buena batalla de la fe y soportar dificultades si desea permanecer para la vida eterna. Usted debe decidirse a una batalla diaria si desea alcanzar el cielo. Pueden existir caminos angostos al cielo inventados por el hombre, no obstante según la vieja cristiandad, el viejo y buen camino es el camino de la cruz, el camino del conflicto. El pecado, el mundo y el demonio deben ser verdaderamente mortificados, resistidos y vencidos.

Este es el camino que los antiguos santos han pisado, dejando la vara en alto.

a. Cuando Moisés rechazó los placeres del pecado en Egipto y escogió la aflicción con el pueblo de Dios eso fue superación. El venció el amor al placer.

b. Cuando Miqueas rechazó profetizar cosas buenas al rey Acaz, aunque sabía que sería perseguido si hablaba la verdad, esto fue superación. Él venció el amor a lo fácil.

c. Cuando Daniel rechazó abandonar sus oraciones, aunque sabía que el foso de leones estaba preparado para él, esto fue superación. Él venció el miedo a la muerte.

d. Cuando Mateo se levantó de su puesto en la aduana de impuesto a solicitud de nuestro Señor, dejó todo y lo siguió, esto fue superación. Él venció el amor al dinero.

e. Cuando Pedro y Juan se pararon valientemente frente al consejo y dijeron "No podemos sino hablar de las cosas que hemos visto y oído", esto fue superación. Ellos vencieron el miedo del hombre.

f. Cuando Saúl, el fariseo, abandonó todas sus posibilidades de ascenso entre los judíos y predicó acerca del mismo Jesús que él había perseguido antes, esto fue superación. El venció el amor a la alabanza de los hombres.

La misma clase de cosas que estos hombres hicieron usted debe hacerlas si va a ser salvo. Eran hombres de las mismas pasiones suyas y aún así vencieron. Ellos enfrentaron tantas pruebas como usted posiblemente pueda tener, y aún así vencieron. Pelearon. Batallaron. Resistieron. Usted debe hacer lo mismo.

¿Cuál era el secreto de su victoria? Su fe. Ellos creyeron en Jesús y, creyendo, se hicieron fuertes. Ellos creyeron en Jesús y, creyendo, se fortalecieron. En todas sus batallas, mantuvieron sus ojos en Jesús, y Él nunca los dejó ni los abandonó. "Ellos vencieron por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio", y usted también puede (Apo. 12:11).

Pongo estas palabras frente a usted. Le pido las ponga en su corazón. Resuelva, por la gracia de Dios, ser un cristiano vencedor.

Temo mucho por muchos cristianos profesantes. No veo ninguna señal de batalla en ellos, mucho menos de victoria. Nunca dan un golpe del lado de Cristo. Están en paz con Sus enemigos. No pelean contra el pecado. Les advierto, esto no es cristianismo. No es el camino al cielo.

A menudo temo mucho por aquellos que oyen el evangelio regularmente. Me temo que usted pueda llegar a familiarizarse con el sonido de sus doctrinas, sea insensible y esté muerto a su poder.

Temo, no sea que su religión se hunda en una vaga conversación sobre su propia debilidad y corrupción, y unas pocas expresiones sentimentales acerca de Jesús, mientras su batalla real y práctica al lado de Cristo es rechazada. Oh, dése cuenta de este estado mental. "Sean hacedores y no solamente oidores de la palabra". Ninguna victoria –ninguna corona! Pelee y venza (Sant. 1:22)

Hombres y mujeres jóvenes, y especialmente aquellos que han crecido en familias religiosas. Temo mucho por ustedes. Temo, no sea que adquieran el hábito de dar rienda suelta a cada tentación. ¡Temo, no sea que teman decir "no"! al mundo y al demonio y, cuando los pecadores los seduzcan, piensen que es un problema mínimo consentir. Estén alertas, les ruego, de abrir el camino. Cada concesión los hará más débiles. Vayan al mundo resueltos a pelear la batalla de Cristo y peleen todo el camino.

Los creyentes en el Señor Jesús, de cada iglesia y clase, siento mucho por ustedes. Sé que el camino es duro. Sé que es una dolorosa batalla la que tienen que pelear. Sé que a menudo están tentados de decir "No tiene sentido" y de bajar sus brazos totalmente.

Alégrense, queridos hermanos y hermanas. Confórtense, les ruego. Miren el lado brillante de su posición. Sean alentados a pelear. El tiempo es corto. El Señor está a la puerta. La noche se acaba. Millones tan débiles como ustedes han peleado la misma pelea. Ni uno solo de esos millones ha quedado finalmente cautivo de Satanás. Poderosos son sus enemigos pero el Capitán de su salvación es más poderoso aún. Su brazo, Su gracia y Su Espíritu los sostendrán. Alégrense. No se desanimen.¿Y qué si pierde una batalla o dos? No perderá todo. ¿Qué si usted desmaya algunas veces? No estará del todo desanimado. ¿Qué si cae siete veces? No sera destruído. Vigile el pecado y el pecado no tendrá dominio sobre usted. Resista al demonio y se alejará de usted. Sálgase abiertamente del mundo y el mundo será obligado a dejarlo ir. Se encontrará a usted mismo siendo más que ganador al final, usted "vencerá".

Considerando la relevancia de todo este tema, miremos cómo toda esta doctrina nos toca en términos prácticos:

1. Primero, déjenme advertir a todos aquellos que están viviendo solo por el mundo, tomar cuidado de lo que están haciendo. Son enemigos de Cristo, aunque no lo sepan. Él nota sus caminos aunque le vuelvan la espalda y rechacen darle sus corazones. Él está observando su vida diaria, leyendo sus caminos diarios. Habrá aún una resurrección para todos sus pensamientos, palabras y acciones. Usted puede olvidarlas pero Dios no. Puede ser descuidado con ellas pero ellas son registradas cuidadosamente en el libro de memorias. ¡Oh, hombre mundano, piense en esto! Tiemble, tiemble y arrepiéntase.

2. Déjenme advertir a todas las personas formalistas y mojigatas que tomen cuidado de no ser engañados. Imagina que irá al cielo porque regularmente asiste a la iglesia. Se da el gusto con la expectativa de la vida eterna porque está siempre en la mesa del Señor y siempre está en su banca. ¿Pero dónde está su arrepentimiento? ¿Dónde está su fe? ¿Dónde las evidencias de un nuevo corazón? ¿Dónde el trabajo del Espíritu? ¿Dónde están sus evidencias de regeneración? ¡Oh, cristiano formal, considere estos aspectos! Tiemble, Tiemble y arrepiéntase.

3. Déjenme advertir a todos los miembros descuidados de las Iglesias para que estén alertas, no sea que jueguen con almas en el infierno. Usted vive año tras año como si no hubiera una batalla que pelear contra el pecado, el mundo y el demonio. Pasa por la vida como un hombre sonriente, gentil o como una dama y se comporta como si no hubiera ningún demonio, ni cielo ni infierno. ¡Oh, hombre de iglesia negligente, o disidente negligente, episcopal negligente, presbiteriano negligente, independiente negligente, bautista negligente, despierten para ver las realidades eternas en su verdadera luz! Despierten y pónganse la armadura de Dios" ¡Despierten y luchen duro por la vida! Tiemblen, Tiemblen y arrepiéntanse.

4. Déjenme advertir a todo aquel que desea ser salvo, no contentarse con los estándares mundanos de religión. Es seguro que ningún hombre con los ojos abiertos puede fallar en ver que el cristianismo del Nuevo Testamento es algo más alto y más profundo que el cristianismo de muchos profesantes. Esa formalidad, esa forma fácil de hacer, eso de hacer lo poco que es lo que la mayoría de las personas llaman "religión" no es evidentemente la religión de nuestro Señor Jesús. Las cosas que Él alaba en estas siete cartas

no son alabadas por el mundo. Las cosas de las cuales Él nos acusa no son las cosas en las que el mundo ve algún daño. ¡Oh, si desea seguir a Cristo, no se contente con el cristianismo del mundo! Tiemble, Tiemble y arrepiéntase.

5. Finalmente, déjenme advertir a todo aquel que profesa ser un creyente en el Señor Jesús, a no estar contento con un poco de religión.

De todas las señales en la iglesia de Cristo, no conozco de ninguna más dolorosa a mis propios ojos que un cristiano esté contento y satisfecho con un poco de gracia, un poco de arrepentimiento, un poco de fe, un poco de conocimiento, un poco de caridad y un poco de santidad. Ruego y suplico a cada alma creyente que lee este tratado a no ser esa clase de hombre. Si usted desea ser útil, si desea promover la gloria de su Señor, si añora tener paz interior no se contente con un poco de religión.

Mejor busquemos cada año que vivimos hacer mayor progreso espiritual del que hemos alcanzado, para crecer en gracia, en conocimiento del Señor Jesús, crecer en humildad y conocimiento propio, crecer en espiritualidad y en mente en las cosas celestiales, crecer en conformidad a la imagen de nuestro Señor

Estemos alertas para no dejar nuestro primer amor como Éfeso, de convertirnos en tibios como Laodicea, de tolerar falsas prácticas como Pérgamo, de manipular falsas doctrinas como Tiatira, de volvernos medios muertos listos para morir como Sardis.

Mejor es que codiciemos los mejores dones. Apuntemos a la ilustre santidad. Dediquémonos a ser como Esmirna y Filadelfia. Sostengamos firme lo que ya tenemos y continuamente busquemos tener más. Trabajemos para ser cristianos inconfundibles. Que no sea nuestro carácter distintivo por los logros de hombres de ciencia o literatos, o hombres del mundo, o hombres de placeres, o hombres de negocios sino “hombres de Dios”. Vivamos de forma tal que todos puedan ver que las cosas de Dios son las primeras cosas y la gloria de Dios nuestro primer objetivo en nuestras vidas, que seguir a Cristo es nuestro gran objetivo hoy, que estar con Cristo es nuestro gran deseo del mañana.

Vivamos de esta forma y seremos felices. Vivamos de esta forma y haremos bien al mundo. Vivamos de esta forma y dejaremos buena evidencia tras nuestro cuando seamos sepultados. Vivamos de esta forma y la palabra del Espíritu a las iglesias no habrá sido dicha en vano.

15. ¿ME AMAS?

"¿Me amas? (Jn 21:16)

Una disposición a amar a alguien es uno de los sentimientos más comunes que Dios ha implantado en la naturaleza humana. Infelizmente, demasiado a menudo las personas ponen sus afectos en objetos que no tienen valor. Hoy quiero reclamar un lugar para Aquel que por Sí mismo es merecedor de todos los mejores sentimientos de nuestros corazones. Quiero que los hombres den parte de su amor a esa Persona divina que nos amó, que se dio a Sí mismo por nosotros. Dentro de todo su cariño, haría que ellos no olvidaran amar a Cristo.

La pregunta que encabeza este mensaje fue dirigida por Cristo al apóstol Pedro. Sería imposible formular una pregunta más importante. Mil ochocientos años han pasado desde que esas palabras fueron dichas, no obstante, hasta hoy la pregunta continúa siendo la más perspicaz y útil.

Resiento poner este tremendo tema en la atención de cada lector de este mensaje. No es un tema meramente para entusiastas y fanáticos. Merece la consideración de cada cristiano sensato que cree en la Biblia. Nuestra propia salvación está vinculada a ella. Vida o muerte, cielo o infierno dependen de nuestra capacidad para contestar esta simple pregunta ¿"Amas a Cristo"?

Dos son los puntos que deseo presentar para abrir el tema:

1. Déjenme mostrar el peculiar sentimiento de un verdadero cristiano hacia Cristo – Él lo ama. Un verdadero cristiano no es meramente un hombre o mujer bautizados. Es algo más. No es la persona que sólo va, como un tema de forma, a una iglesia o capilla los domingos y vive el resto de la semana como si no hubiese un Dios. La formalidad no es cristianismo. Adoración de labio ignorante no es verdadera religión. Las Escrituras dicen expresamente "No todos los que descienden de Israel son israelitas" (Rom. 9:6). La lección práctica de estas palabras en clara y simple. No todos los miembros de la iglesia visible de Cristo son verdaderos cristianos.

El verdadero cristiano es uno cuya religión está en su corazón y vida. La siente en su corazón. Es observada por los otros en su conducta y estilo de vida. Siente su pecaminosidad, culpa y maldad y se arrepiente. Ve a Jesucristo como el divino Salvador que su alma necesita y se compromete a sí mismo a Él. Se desviste del viejo hombre con sus hábitos carnales y corruptos y se viste con el nuevo hombre. Vive una vida nueva y santa, peleando habitualmente contra el mundo, la carne y el demonio. Cristo mismo es la piedra angular de su cristianismo. Pregúntenle en qué confía para el perdón de sus muchos pecados y les dirá en la muerte de Cristo. Pregúntenle en qué rectitud espera comparecer inocente en el día del juicio y les dirá que en la rectitud de Cristo. Pregúntenle por cuál parámetro trata de enmarcar su vida y les contestará que por el ejemplo de Cristo.

Sin embargo, además de todo esto, en un verdadero cristiano existe una cosa que es sumamente particular en él. Esa cosa es amor a Cristo. Conocimiento, fe, esperanza, reverencia, obediencia son todas marcas distintivas del carácter de un verdadero cristiano. Pero esa foto sería muy imperfecta si omite su "amor" a su Divino Maestro. No sólo sabe, confía y obedece, va más allá que esto – ama.

Esta marca particular de un verdadero cristiano es una que encontramos mencionada en repetidas ocasiones en la Biblia. "Fe hacia nuestro Señor Jesucristo" es una expresión que con la cual muchos cristianos están familiarizados. No olvidemos que el amor es mencionado por el Espíritu Santo en términos casi tan enfáticos como la fe. Igualmente grande como el peligro de aquel "que no cree" es el peligro de aquel "que no ama". No creer y no amar, ambos son pasos hacia la ruina eterna.

Escuche lo que Pablo dice a los corintios "Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea Anatema(1). Maranata(2)"

(1 Cor. 16:22). Pablo no da una vía de escape al hombre que no ama a Cristo. No le da tregua ni excusa. Un hombre puede adolecer de una mente clara, conocimiento y aún así ser salvo. Puede faltarle coraje y ser vencido por el miedo al hombre, como Pedro. Puede caer estrepitosamente, como David, y aún así levantarse nuevamente. Pero si un hombre no ama a Cristo, no

está en el camino de la vida. La maldición ya está sobre él. Él está en el camino ancho que conduce a la destrucción.

Escuche lo que Pablo dice a los efesios: "La gracia esté con todos aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad" (Efe. 6:24). El apóstol envía aquí sus buenos deseos y declara su buena voluntad a todos los verdaderos cristianos. A muchos de ellos, sin duda, no los había visto nunca. Muchos de ellos en la iglesia primitiva, podemos estar muy seguros, eran débiles en fe y conocimiento y abnegación. ¿Cómo, entonces, los describiría al enviarles su mensaje? ¿Qué palabras puede usar para no desalentar a los hermanos más débiles? El escoge una expresión radical que describe exactamente a todos los verdaderos cristianos bajo un nombre común. No todos habían alcanzado el mismo grado, ya sea en doctrina o práctica, pero todos amaron a Jesús con sinceridad.

Escuche lo que nuestro Señor Jesucristo mismo dice a los judíos. "Si Dios fuera su Padre, ustedes Me amarían" (Jn. 8:42). Él vio a sus desacertados enemigos satisfechos con su condición espiritual, sobre la única base de que eran hijos de Abraham. Los vio, como muchos cristianos ignorantes de nuestros días, alegando ser hijos de Dios por ninguna razón mejor que esta: eran circuncidados y pertenecían a la iglesia judía. Él establece el amplio principio de que ningún hombre es hijo de Dios, si no ama al único hijo engendrado de Dios. Ningún hombre tiene el derecho a llamar a Dios "Padre" si no ama a Cristo. Bueno sería para muchos cristianos recordar que este poderoso principio se aplica tanto a ellos como a los judíos. ¡Sin amor a Cristo no hay filiación con Dios!

Escuche una vez más lo que nuestro Señor Jesucristo dijo al apóstol Pedro, tras Su resurrección. Tres veces le hizo la pregunta: "Simón, hijo de Jonás, ¿Me amas? (Jn 21:15-17). La ocasión era notable. Él quiso gentilmente recordarle a Su errático discípulo de su triple caída. El deseaba obtener una nueva confesión de fe antes de reinstaurar públicamente en él su comisión de alimentar la iglesia. ¿Y cuál fue la pregunta que Le hizo? ¿Él podría haber dicho "Crees? ¿Eres convertido? ¿Estás preparado para confesarme? ¿Me obedecerás? No usa ninguna de estas expresiones. Él dice simplemente ¿"Me amas"? Este es el punto, que querría supiéramos, sobre el cual el cristianismo de un hombre depende.

Tan simple como la pregunta pueda sonar, era la más escrutadora. Simple, fácil de asir para el hombre pobre más iletrado, contiene el tema que pone a prueba la realidad del más aventajado apóstol. Si un hombre verdaderamente ama a Cristo, está todo bien, si no, todo está mal.

¿Conoce usted el secreto de este peculiar sentimiento hacia Cristo que define al verdadero cristiano? Las palabras de Juan lo dicen: "Lo amamos porque primeramente Él nos amó" (1ª Jn 4:19). Ese texto sin duda se aplica especialmente a Dios el Padre, pero no es menos verdadero con Dios el Hijo.

Un verdadero cristiano ama a Cristo por todo lo que Él ha hecho por él. Él ha sufrido en su lugar y murió por él en la cruz. Él lo ha redimido de la culpa, el poder y las consecuencias del pecado por Su sangre. Él lo ha llamado por Su Espíritu al conocimiento propio, al arrepentimiento, a la fe, a la esperanza y a la santidad. Él ha perdonado la multitud de sus pecados y los ha borrado. Lo ha libertado de su cautividad del mundo, la carne y el demonio. Él lo ha sacado del infierno, puesto en el camino angosto y ha dispuesto su cara hacia el cielo. Él le ha dado luz en vez de oscuridad, paz de consciencia en lugar de intranquilidad, esperanza en lugar de incertidumbre, vida en lugar de muerte. ¿Puede sorprenderse que el verdadero cristiano ame a Cristo?

Y además lo ama a Él por todo lo que continúa haciendo. Siente que Él está diariamente lavando sus muchas transgresiones y debilidades, y defiendo la causa de su alma ante Dios. Diariamente está supliendo todas las necesidades de su alma y proveyéndolo a cada momento con una provisión de misericordia y gracia. Diariamente lo está dirigiendo por Su Espíritu a la ciudad de habitación, soportando junto a él cuando es débil e ignorante, levantándolo cuando tropieza y cae, protegiéndolo contra sus enemigos, preparándole una morada eterna en el cielo. ¿Puede sorprenderse que el verdadero cristiano ame a Cristo?

¿Ama el deudor encarcelado al amigo que inesperada e inmerecidamente paga todas sus deudas, lo suple con capital fresco y se asocia con él? ¿Ama el prisionero de guerra al hombre que, con el riesgo de su propia vida, rompe las líneas del enemigo, lo rescata y lo libera? ¿Ama el marinero que se ahoga al hombre que se tira al mar, nada hasta él, lo toma por el pelo de su cabeza y a

través de un esfuerzo poderoso lo salva de tumba de las aguas? Hasta un niño puede contestar preguntas como estas. De esa misma forma, y sobre los mismos principios, un verdadero cristiano ama a Jesucristo.

a. Este amor a Cristo es la inseparable compañía de una fe salvadora. Un hombre puede sin amor tener una fe en demonios, una fe meramente intelectual, pero no la fe que salva. El amor no puede usurpar el oficio de la fe. No puede justificar. No une el alma a Cristo. No puede traer paz a la consciencia. Sin embargo donde existe una fe real justificadora en Cristo siempre habrá amor de corazón a Cristo. Aquel que es realmente perdonado es el hombre que realmente amará (Luc. 7:47). Si un hombre no tiene ningún amor por Cristo, usted puede estar seguro de que no tiene fe.

b. Amar a Cristo es el motivo principal del trabajo por Cristo. Poco se hace por Su causa en la tierra desde el sentido del deber, o desde el conocimiento de lo que es correcto o apropiado. El corazón debe estar involucrado antes que las manos muevan y continúen moviendo. La excitación puede galvanizar las manos de un cristiano en una actividad irregular y espasmódica. Sin embargo, sin amor no habrá ninguna paciente continuidad en hacer el bien, ningún trabajo misionero incansable en casa o fuera de ésta. La enfermera en un hospital puede hacer su deber adecuadamente y bien, puede dar su medicina al hombre enfermo en el momento correcto, puede alimentarlo, ministrarlo y atender todas sus necesidades, no obstante, hay una diferencia gigantesca entre la enfermera y la esposa tendiendo la cama de su enfermo y amado esposo, o una madre cuidando a su hijo moribundo. La una actúa desde el sentido del deber y la otra por afecto y amor. La una hace su deber porque se le paga por ello, la otra es lo que es a causa de su corazón. Esto es lo mismo si aplicado al servicio de Cristo. Los grandes trabajadores de la iglesia, los hombres que han liderado vanas esperanzas en el campo misionero, y puesto al mundo de cabezas, todos han sido eminentemente amantes de Cristo.

Examine los carácteres de Owen y Baxter, de Rutherford y George Herbert, de Leighton y Hervey, de Whitefield y Wesley, de Henry Martyn y Judson, de Bickersteth y Simeon, de Hewitson y McCheyne, de Stowell y M'Neile. Estos hombres han dejado una marca en el mundo. ¿Y cuál es el rasgo común en sus carácteres?

Todos ellos amaron a Cristo. No sólo mantuvieron un credo. Ellos amaron a una Persona, al mismo Señor Jesucristo.

c. Amar a Cristo es el punto del que debemos preocuparnos especialmente al enseñar religión a los niños. Elección, rectitud imputada, pecado original, justificación, santificación y aún la misma fe son materias que algunas veces intrigan a un niño en sus tiernos años. Sin embargo amar a Jesús parece estar más al alcance de su entendimiento. Aquel que los amó a ellos incluso hasta Su muerte, Aquel al que deben amar en retribución, es un credo que encuentra luz en sus mentes. Cuán verdad es que i"de la boca de los bebes y los que maman, Tú tienes alabanza perfecta"! (Mat. 21:16). Existen millares de cristianos que conocen cada artículo del credo Atanasiano (3), Niceno (4) y Apostólico (5) y aún así saben menos que un niño pequeño que sólo sabe que ama a Cristo, sobre el cristianismo verdadero.

d. Amar a Cristo es el punto común de todos los creyentes de cada rama de la Iglesia de Cristo en la tierra. Sean episcopales o presbiterianos, bautistas o independientes, calvinistas o arminianos (6), metodistas o moravos (7), luteranos o reformados, establecidos o libres – al menos en esto, todos están de acuerdo. De las formas y ceremonias, de la forma de gobierno y modos de adoración de la iglesia, a menudo difieren ampliamente. Sin embargo, sobre un punto, en todo caso, están unificados. Todos tienen un sentimiento común hacia Aquel en que ellos construyen su esperanza de salvación. Ellos "aman al Señor Jesucristo con sinceridad" (Efe 6:24). Muchos de ellos, quizá, son ignorantes de la divinidad sistémica, podrían argüir pero débilmente en defensa de su credo, pero todos ellos saben lo que sienten por Aquel que murió por sus pecados. "Yo no puedo hablar mucho de Cristo, señor", dijo una cristiana anciana iletrada al Dr. Chandler, "pero si no puedo hablar por Él, podría morir por Él".

e. Amar a Cristo será la marca distintiva de todas las almas salvadas en el cielo. La multitud, que ningún hombre puede enumerar, será toda de un solo sentir. Las viejas diferencias se fundirán en un sentimiento común. Las viejas peculiaridades doctrinales, fieramente reñidas en la tierra, serán cubiertas por un único sentido común de deuda a Cristo. Lutero y Zwingli no disputarán más. Wesley y Toplady no perderán más su tiempo en controversias. Hombres de iglesia y disidentes no se morderán ni

devorarán unos a otros más. Todos se encontrarán a sí mismos reunidos en un solo corazón y voz en ese himno de alabanza: "Aquel que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con Su propia sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre, a Él sea la gloria y el dominio para siempre y por siempre. Amén" (Apo 1:5-6).

Las palabras que John Bunyan pone en la boca del Señor Obstinado, cuando estaba en el río de la muerte, son muy hermosas. Dijo "este río ha sido de terror para muchos, sí, pensar sobre esto a menudo a mí también me ha asustado, sin embargo, ahora mi yo piensa que me siento en calma; mi pie está asentado sobre lo que los pies de los sacerdotes que sostenían el arca estaban mientras Israel atravesó el Jordán. Las aguas son amargas al paladar, y demasiados frías para el estómago, y aún así los pensamientos de lo que estoy viviendo, y el convoy que espera por mí al otro lado, descansa como un carbón encendido en mi corazón. Me veo a mí mismo ahora al final de mi viaje; mis días de fatiga han terminado. Veré la cabeza que fue coronada con espinas, y la cara que fue escupida a causa mía. He vivido antes por oír y por fe pero ahora voy dónde viviré viendo y estaré con Él en cuya compañía me deleito. He amado oír hablar de mi Señor, y dondequiera que he visto la huella de Su calzado en la tierra, allí he codiciado poner mi pie también. Su nombre ha sido para mí la Civet-box (8); ¡sí, más dulce que todos los perfumes! Su voz ha sido para mí la más dulce de todas; y he deseado ¡Su semblante más que aquellos que han deseado la luz del sol! ¡Felices son los que saben algo de esta experiencia! Aquel que está en sintonía con el cielo debe saber algo del amor de Cristo. El que muere ignorante de ese amor, le hubiera sido mejor nunca haber nacido.

2. En Segundo lugar, mostremos las marcas particulares por las cuales el amor a Cristo se muestra.

Este es un punto de mucha importancia. Si no hay salvación sin amor a Cristo, si el que no ama a Cristo está en peligro de condenación eterna, se vuelve para nosotros indispensable averiguar muy bien lo que sabemos acerca del tema. Cristo está en el cielo y nosotros en la tierra. ¿De qué manera se discernirá al hombre que ama a Cristo?

Felizmente es un punto que no es difícil de establecer. ¿Cómo sabemos si amamos a cualquier persona terrenal? ¿En qué camino y manera el amor se muestra entre las personas en ese mundo, entre esposo y esposa, entre padre e hijo, entre hermano y hermana, entre amigos? Dejemos que estas preguntas tengan su respuesta de acuerdo al sentido común y la observación y no pido más. Que estas preguntas sean contestadas honestamente y el dilema que está delante nuestro se resolverá. ¿Cómo se muestra el afecto entre nosotros mismos?

a. Si amamos a una persona, nos gusta pensar en ella. No necesitamos que nos recuerden de ella. No olvidamos su nombre o su aspecto o su carácter o sus opiniones o sus gustos o su posición o su ocupación. Viene a nuestra mente muchas veces en el día. Aunque quizá esté distante, está siempre presente en nuestros pensamientos. ¡Bien, es exactamente lo mismo entre un verdadero cristiano y Cristo! Cristo "habita en su corazón", y piensa en Él más o menos cada día (Efe 3:17). El verdadero cristiano no necesita que se le recuerde que tiene un Maestro crucificado. A menudo piensa en Él. Nunca olvida que Él tiene un día, una causa y un pueblo y que es parte de ese pueblo. El afecto es el secreto real de una buena memoria en religión. Ningún hombre mundano puede pensar mucho en Cristo, a menos que se ponga a Cristo frente a él, porque no siente ningún afecto por Él. El verdadero cristiano tiene pensamientos sobre Cristo cada día que vive por la única y razón de que Lo ama.

b. Si amamos a una persona, nos agrada escuchar sobre ella. Encontramos placer en escuchar a los que hablan de ella. Sentimos interés en cualquier relación que los otros hagan sobre ella. Somos toda atención cuando los otros hablan sobre ella, y describen sus maneras, sus dichos, sus acciones y sus planes. Algunos pueden escucharla con máxima indiferencia sin embargo nuestro corazón palpita dentro de nosotros al sólo sonido de su nombre. Bien, esto es lo mismo entre el verdadero cristiano y Cristo. El verdadero cristiano se deleita en escuchar algo sobre su Maestro. Le gustan al máximo de los sermones que están llenos de Cristo. Disfruta mejor de la compañía en las cuales las personas hablan de las cosas de Cristo. He leído de una creyente anciana de Welsh, que solía caminar varias millas cada domingo para escuchar la prédica de un clérigo inglés, aunque ella no entendía una palabra de ese idioma. Se le preguntó por qué hacía eso y ella contestó

que este clérigo nombraba a Cristo en sus sermones tan a menudo que esto le hacía bien. Ella amaba incluso el nombre de su Salvador.

c. Si amamos a una persona, nos gusta leer acerca de ella. Qué intenso placer da una carta de un esposo ausente a una esposa, o una carta del hijo ausente a su madre. Otros podrán ver poco valor en la carta. Apenas pueden darse el trabajo de leerla completa, pero aquellos que aman al escritor ven algo en ella que nadie más puede ver. La llevan consigo como un tesoro. La leen una y otra vez. ¡Bien, eso es así entre un verdadero cristiano y Cristo! El verdadero cristiano se deleita leyendo las Escrituras porque ellas le hablan de su amado Salvador. No es un trabajo agotador para él leerlas. Raramente necesita un recordatorio para llevar su Biblia consigo cuando viaja. No puede ser feliz sin ella. ¿Y por qué todo esto? Es porque las Escrituras testifican de Aquel que su alma ama,

d. Si amamos a una persona, nos gusta complacerla. Estamos prestos a considerar sus gustos y opiniones, y actuamos según su consejo y hacemos las cosas que aprueba. Incluso nos negamos a nosotros mismos para cumplir sus deseos, nos abstenemos de las cosas que sabemos que a ella no le gustan y aprendemos cosas a las cuales no estamos naturalmente inclinados porque pensamos le agradarán. ¡Bien, esto es así entre un verdadero cristiano y Cristo! El verdadero cristiano estudia para complacerlo a Él, siendo santo en cuerpo y espíritu. Muéstrenle cualquier cosa de su vida diaria que Cristo aborrece y él la abandonará. Muéstrenle cualquier cosa que complazca a Cristo y él la perseguirá. No murmura por los requerimientos de Cristo por ser estos demasiado estrictos o severos, como los hijos del mundo hacen. Para él los mandamientos de Cristo no son gravosos y la carga de Cristo es liviana. ¿Y por qué es todo esto? Simplemente porque Lo ama.

e. Si amamos a una persona, nos gustan sus amigos. Estamos inclinados favorablemente hacia ellos aún antes de conocerlos. Somos impelidos a ellos por el vínculo del amor común a una y misma persona. Cuando los conocemos no nos sentimos como si fuésemos extraños. Hay una atadura entre nosotros. Ellos aman a la persona que nosotros amamos, y eso por sí mismo es una presentación. ¡Bien, esto es lo mismo entre el verdadero cristiano y Cristo! El verdadero cristiano mira a los amigos de Cristo como

sus amigos, miembros del mismo cuerpo, hijos de la misma familia, soldados del mismo ejército, viajeros a la misma casa. Cuando los conoce, siente como si los conociera por largo tiempo. El está más en casa con ellos en unos pocos minutos que cuando está con muchas personas mundanas luego de una relación de varios años. ¿Y cuál es el secreto de todo esto? Es simplemente afecto por el mismo Salvador y amor por el mismo Señor.

f. Si amamos a una persona, somos celosos de su nombre y honor. No nos gusta oír que hablan en su contra, sin hablar con denuedo por él y defenderlo. Nos sentimos obligados a preservar sus intereses y su reputación. Miramos a la persona que lo trata mal con casi tanta desaprobación como si nos hubiera maltratado a nosotros mismos. ¡Bien, esto es lo mismo entre el verdadero cristiano y Cristo! El verdadero cristiano mira con un celo devoto todos los esfuerzos para menospreciar la palabra de su Maestro, o su nombre, o su iglesia, o su día. Lo confesará ante los príncipes, si es necesario, y será sensible ante la más mínima muestra de deshonor contra El. No estará en paz y sufrirá si la causa de su Maestro es puesta en deshonra, sin testificar en contra. ¿Y por qué es todo esto? Simplemente porque él Lo ama.

g. Si amamos a una persona, nos gusta conversar con ella. Le hablamos de todos nuestros pensamientos, vaciamos todo nuestro corazón en ella. No tenemos problemas en descubrir temas de conversación. Sin importar cuán silenciosos y reservados podamos ser con los otros, encontramos fácil conversar con nuestro tan amado amigo. Sin importar cuán a menudo nos encontremos, nunca nos falta tema para conversar. Siempre tenemos mucho que decir, mucho que preguntar, mucho que describir, mucho que comunicar. ¡Bien, esto es lo mismo entre el verdadero cristiano y Cristo! El verdadero cristiano no encuentra dificultad alguna en hablar con su Salvador. Cada día tiene algo que decirle, y no es feliz a menos que se lo cuente. Habla con Él en oración cada mañana y cada noche. Le manifiesta sus necesidades y deseos, sus sentimientos y sus miedos. Busca consejo en Él en las dificultades. Pide Su consolación en los problemas. No lo puede evitar. ¿Debe conversar con su Salvador continuamente o se desvanecería en el camino? ¿Y por qué es esto? Simplemente porque Lo ama.

h. Finalmente, si amamos a una persona, nos gusta estar con ella siempre. Pensar y escuchar y leer y ocasionalmente conversar está todo bien en su forma. Sin embargo cuando realmente amamos a otros, necesitamos algo más. Ansiamos estar siempre en su compañía. Deseamos estar continuamente con ellos y mantener comunión con ellos sin interrupción ni adiós. ¡Bien, esto es lo mismo entre el verdadero cristiano y Cristo! El corazón de un cristiano verdadero ansía por ese día bendito cuando vea a su Maestro cara a cara y no irse nunca más. Ansía poner fin al pecado, al arrepentimiento, al creer y comenzar esa vida eterna cuando vea como él ha sido visto y no pecar más. Ha encontrado la dulzura de vivir por fe y siente que será aún más dulce vivir viendo. Ha encontrado agradable escuchar sobre Cristo y hablar de Cristo y leer sobre Cristo. ¡Cuánto más lo será ver a Cristo con sus propios ojos y no tener dejarlo nunca nuevamente! "Mejor", siente, "es la vista de los ojos que el deambular del deseo" (Ecle 6:9). ¿Y por qué es todo esto? Simplemente por Lo ama.

Esas son las marcas por las cuales un amor verdadero puede ser encontrado. Todas son sencillas, simples y fáciles de entender. No hay nada oscuro, obstruso ni misterioso en ellas. Úselas honestamente, manéjelas imparcialmente y no fallará en obtener alguna luz en el tema de este mensaje.

Quizá tuvo un amado hijo durante el tiempo de la guerra. Quizá, estuvo activamente comprometido en esa guerra y en el campo mismo de batalla. ¿Puede recordar cuán fuerte y profundo y ansiosos eran sus sentimientos por ese hijo? ¡Eso era amor!

Quizá usted sabe lo que es tener un amado esposo en la marina, a menudo fuera del hogar debido al deber, a menudo separado de usted por muchos meses e incluso años. ¿No puede recordar sus sentimientos de pena en ese tiempo de separación? ¡Eso era amor!

Quizá usted, en este momento, tiene un amado hermano que se ha cambiado a una comunidad grande, por razones de educación o negocio, y que por primera vez estará en medio de las tentaciones de una gran ciudad. ¿Cómo le irá? ¿Cómo progresará? ¿Lo verá alguna vez nuevamente? ¿Sabe cuán frecuentemente piensa en ese hermano? Eso es afecto.

Quizá esté comprometido para casarse con una persona perfectamente adecuada a usted. No obstante la prudencia hace necesario diferir el matrimonio a una fecha distante, y el deber hace necesario que usted esté distanciado de su prometida. ¿Debe confesar que ella está a menudo en sus pensamientos? ¿Debe confesar que le gusta escuchar sobre ella, escucharla y que anhela verla? Eso es afecto!

Para todos, esto es familiar y no necesito elaborarlo. Difícilmente hay una rama de la familia de Adán que sea ignorante de lo que significa amar. Entonces que nunca se diga que no podemos saber si un cristiano ama a Cristo. Puede descubrirse, saberse, las pruebas están todas a la mano. Amar al Señor Jesucristo no es una cosa escondida, secreta, impalpable. Es como la luz y el sonido y el calor. Se ven, se oyen y se sienten. Donde no hay evidencia alguna de amor, el amor no existe.

Ha llegado la hora que este mensaje llegue a una conclusión. Sin embargo no puedo terminarlo sin el esfuerzo de imprimir su objetivo principal en la conciencia individual de todos en cuyas manos este mensaje ha caído. Lo hago con todo amor y afecto. Es el deseo de mi corazón y mi oración a Dios, al escribir este mensaje, hacer el bien a las almas.

1. Le pido que miren el asunto desde la perspectiva en que Cristo le preguntó a Pedro y traten de contestar por ustedes mismos. Mírelo seriamente. Examínelo cuidadosamente. Sopéselo bien. Después de leer todo lo que he dicho acerca de esto, ¿puede usted honestamente decir que ama a Cristo?

No es una respuesta para decirme que usted cree en la verdad del cristianismo y que respeta los artículos de la fe cristiana. Una religión como esa nunca salvará su alma. Los demonios creen de una cierta manera y tiemblan (Sant. 2:19). El verdadero cristianismo redentor no es el mero creer en ciertos conjuntos de opiniones o mantener un cierto conjunto de nociones. Su esencia es conocer, confiar y amar a una cierta Persona viva que murió por nosotros, específicamente a Cristo el Señor. Los primeros cristianos, como Febe y Persis y Trifena y Tryposa y Gaius y Filemón pronlav sabían poco de la teología dogmática pero todos ellos tenían la gran marca distintiva de su religión: amaban a Cristo.

No es una respuesta para decirme que usted desaprueba una religión de sentimientos. Si usted quiere decir con eso que no le gusta una religión que sólo consiste en sentimientos, yo estoy de acuerdo completamente. Sin embargo, si con ello se refiere a dejar todos los sentimientos entonces usted sabe poco de cristianismo. La Biblia nos enseña abiertamente que un hombre puede tener buenos sentimientos sin una verdadera religión. No obstante, también nos enseña en una forma inequívoca que no puede haber religión verdadera sin algunos sentimientos hacia Cristo.

Es vano disimular que si usted no ama a Cristo, su alma está en gran peligro. Usted puede no tener fe salvadora ahora que está vivo. Está incapacitado para los cielos si muere. Aquel que vive sin amar a Cristo puede no ser sensible a obligaciones hacia Él. Aquel que muere sin amar a Cristo nunca podría ser feliz en ese cielo donde Cristo es todo y está en todo. Despierte al peligro de su posición. Abra sus ojos. Considere sus caminos y sea sabio. Yo sólo puedo advertirlo como un amigo, pero lo hago con todo mi corazón y alma. Quiera Dios conceder que esta advertencia no sea en vano!

2. Si usted no ama a Cristo, déjeme decirle abiertamente cuál es la razón. No tiene ningún sentido de deuda hacia Él. No siente que tiene obligaciones para con Él. No tiene un recuerdo perdurable de haber obtenido algo de Él. Siendo ese el caso, no es esperable, no es probable, no es razonable que usted deba amarlo a Él.

Hay un único remedio para este estado de cosas. Ese remedio es el conocimiento propio y la enseñanza del Espíritu Santo. Los ojos de su entendimiento deben abrirse. Usted debe descubrir lo que es por naturaleza. Usted debe descubrir el gran secreto, su culpa y su vacío a los ojos de Dios.

Quizá usted nunca lee su Biblia o sólo lee un capítulo ocasional como una mera materia de forma, sin interés, entendimiento o aplicación para su vida. Tome mi consejo este día y cambie sus planes. Comience a leer la Biblia como un hombre sincero y sin descanso hasta que se vuelva familiar con ella. Lea lo que la ley de Dios requiere, como expuesto por el Señor Jesus en el quinto capítulo de Mateo. Lea cómo Pablo describe la naturaleza humana en los dos primeros capítulos de la Epístola a los Romanos. Estudie pasajes como esos, orando por la enseñanza del Espíritu, y

luego diga si es o no es deudor de Dios, y un deudor en poderosa necesidad de un amigo como Cristo.

Quizá usted es alguien que no ha sabido nunca nada sobre la oración real, de corazón y metódica. Se ha acostumbrado a ver la religión con un asunto de iglesias, capillas, formas, servicios y domingo pero no como algo que requiere una atención seria y sincera del hombre interno. Tome mi consejo este día, y cambie sus planes. Comience por el hábito de entablar reales y sinceras conversaciones con Dios sobre su alma. Pídale luz, enseñanza y conocimiento. Ruéguele que le muestre lo que usted necesita saber para salvar su alma. Hágalo con todo su corazón y mente, y no tengo dudas que muy pronto sentirá su necesidad de Cristo.

El consejo que le ofrezco puede ser simple y pasado de moda. No lo desprecie por ello. Es el buen viejo camino por el cual millones ya han andado y encontrado paz para su alma. No amar a Cristo es estar en un peligro latente de ruina eterna. Ver su necesidad de Cristo y su sorprendente deuda con Él, es el primer paso para amarlo. Conocerse a usted mismo y descubrir su real condición ante Dios es la única forma de ver su necesidad. Buscar el libro de Dios y pedir a Dios luz en oración es el curso correcto para alcanzar conocimiento salvador. No se sienta por sobre el consejo que le ofrezco. Tómelo y sea salvo.

3. Por último, si usted no sabe realmente nada del amor hacia Cristo, acepte dos palabras de aliento y consuelo. Quiera el Señor que ellas puedan hacerle bien.

Primero, si usted ama a Cristo en obra y verdad, regocíjese con el pensamiento que usted tiene buena evidencia sobre el estado de su alma. El amor, le digo este día, es una evidencia de gracia.

¿Qué importa si usted algunas veces está perplejo con dudas y miedos? ¿Qué importa si encuentra difícil de decir si su fe es genuina y su gracia real? ¿Qué importa si sus ojos están a menudos anegados con lágrimas que usted no puede ver claramente su llamado y su elección de Dios? Aún hay lugar para la esperanza y profunda consolación, si su corazón puede testificar que usted ama a Cristo. Donde existe amor verdadero hay fe y gracia. Usted no lo amaría si Él no hubiera hecho algo por usted. Su mismo amor es una buena señal.

Seguidamente, si usted ama a Cristo, nunca se sienta avergonzado de dejar que los otros lo vean y lo sientan. Hable por Él. Testifique por Él. Viva por Él. Trabaje por Él. Si Él lo ha amado y ha lavado sus pecados con Su propia sangre, no debe encogerse ante la idea de que otros sepan lo que usted siente, y que lo Ama por eso.

"Hombre", dijo -un viajero ingles impío e irreflexivo- a un indio norteamericano convertido, "hombre, ¿cuál es la razón de que ponga a Cristo tan alto y hable tanto sobre El? ¿Qué ha hecho este Cristo por usted, que hace tanto ruido sobre Él?"

El indio convertido no le respondió en palabras. El juntó algunas hojas secas y musgo. E hizo un anillo con ellas en la tierra. Levantó un gusano y lo puso en medio del anillo, puso fuego al musgo y las hojas. Las llamas pronto se elevaron y el calor abrasó al gusano. Se retorcía en agonía, y luego de tratar vanamente de escapar por algún lado se enrolló en sí mismo en el medio como si estuviera pronto a morir en desesperación. En ese momento, el indio alzó su mano y tomó al gusano suavemente y lo puso en su seno. "Desconocido", dijo al hombre inglés, "¿ves ese gusano? Yo era esa criatura que perecía. Moría en mis pecados, sin esperanza, sin ayuda y al borde del fuego eterno. Fue Jesús quien propuso el brazo de Su poder. Fue Jesucristo quien me libertó con la mano de Su gracia, y me arrebató del fuego eterno. Fue Jesucristo quien me puso, un pobre gusano pecador, cerca del corazón de Su amor. Desconocido, esa es la razón por la que hablo de Jesucristo y alardeo tanto de Él. No me siento avergonzado de esto porque Lo amo".

¡Si supiéramos algo del amor de Cristo, podríamos tener la mente de este indio norteamericano! ¡Ojalá que nunca pensemos que podemos amar a Cristo demasiado bien, vivirlo en demasiada plenitud, confesarlo demasiado abiertamente, abandonarnos enteramente en Sus manos! De todas las cosas que nos sorprenderán en la resurrección, esta –creo nos sorprenderá más: Que no amamos a Cristo lo suficiente antes de morir.

———————

1 Anatema (del latín anathema, y éste del griego ???????) significa etimológicamente ofrenda, pero su uso principal equivale al de "maldición", en el sentido de condena a ser apartado o separado, cortado como se amputa un miembro, de una comunidad de creyentes.

2 Maranata (maravn-ajqav) corresponde a la transcripción griega de una expresión de origen arameo, compuesta por dos términos, que significa "El Señor viene".

3 Aunque lleva el nombre de Atanasio, el Credo Atanasiano nos llega de otra mano y de

una era posterior. Su autor real es desconocido y parece haberse originado en

la Galia o en el Norte de África a mediados del Siglo V. Aunque el Credo no fue el producto de un concilio eclesiástico, fue usado extensamente por la iglesia medieval en el Occidente y después fue adoptado generalmente por las iglesias de la Reforma. El Credo consiste de dos secciones, el primero sobre la doctrina de la Trinidad, el segundo

sobre la Encarnación.

4 Ver nota en capítulo anterior.

5 El credo, o símbolo de la fe, es una fórmula fija que resume los artículos esenciales de la religión cristiana e implica una sanción de la autoridad eclesiástica. Durante los concilios ecuménicos de Nicea, en el 325 y Constantinopla, celebrado el 381, se enuncia el llamado Credo Niceo Constantinopolitano, este credo resumió las respuestas definitivas a la crisis provocada por Arrio (que negaba la divinidad de Jesucristo), afirmando la fe trinitaria, es decir, en Dios Padre, Jesucristo Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Un segundo credo es ampliamente conocido en la Iglesia y lleva el nombre de "Credo de los apóstoles". Es a estos dos credos a los cuales se adhieren las tres principales vertientes del cristianismo: los católicos romanos, los protestantes y los ortodoxos. Los distintos movimientos, denominaciones y grupos autodenominados cristianos que no observen, enseñen, guarden o crean alguna de las proposiciones contenidas en estos credos, son considerados como

Sectas. Las principales verdades en las cuales cree la Iglesia católica están contenidas en este credo. El Credo de los apóstoles, conocido también como Símbolo de los apóstoles, es considerado el resumen fiel de la fe de los apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia Católica Romana. Su gran autoridad proviene del hecho de que es el símbolo que guarda la Iglesia católica romana, la que fue sede del apóstol Pedro, uno de los apóstoles, y a la cual él llevó a la doctrina común.

6 El arminianismo es una doctrina teológica cristiana fundada por Jacobus Arminius en la Holanda de comienzos del siglo XVII, a partir de la impugnación del dogma calvinista de la doble predestinación. Sustenta la salvación en la fe del hombre y no en la gracia divina; de modo que si el hombre pierde la fe, pierde la salvación. Frente al concepto calvinista de predestinación (o "elección") opone el concepto de la presciencia de Dios, a quien su simultaneidad en el tiempo le da conocimiento previo de quién se salva y quien no se salva, mientras que la voluntad del hombre (que no puede tener tal simultaneidad y conocimiento) es libre para aceptar a Cristo y someterse a la ley de Dios o rechazarlos. Los arminianos daban especial importancia al libre albedrío, y la doctrina encontró adeptos entre la burguesía mercantil y republicana de los Países Bajos. La teología arminiana contribuyó a la aparición del metodismo en Inglaterra. No todos los predicadores metodistas del siglo XVIII fueron arminianos, pero sí la mayor parte, como el propio John Wesley.

7 Los moravos (Moravané o coloquialmente Moraváci en checo) son los habitantes de la moderna Moravia, región situada en el sudeste de la República Checa, y de la Moravia Eslovaca. Se trata de un pueblo eslavo occidental), se nos presentan con el más increíble emprendimiento misionero en la historia de la iglesia. Mucho antes de que el pueblo protestante hubiera captado la visión de enviar obreros hasta lo último de la tierra, este extraordinario grupo de cristianos asumió un compromiso radical con la tarea de extender el reino. Adoptaron metodologías y procedimientos que establecieron patrones para la gran expansión misionera del siglo XIX. Los moravos se han comprometido con frecuencia en contactos ecuménicos con otros grupos cristianos, como en su intento de unir a las diversas Iglesias en Pensilvania por el año 1740 y sus discusiones sobre la validez de la ordenación morava con los anglicanos por el 1880. Su acentuación de la piedad influyó

en John Weslev (1703-1791), el fundador de los metodistas, y en Friedrich Schleiermacher (1768-1834), el padre de la teología liberal protestante. Principios dignos de imitación: 1) La extensión del reino es una de las prioridades del pueblo de Dios. 2) El compromiso con las misiones es de la iglesia toda. 3) La oración es el «motor» con el cual se moviliza al pueblo y se conquistan los proyectos de Dios. 4) Los resultados obtenidos en el ministerio dependen del grado de entrega del que ministra. 5)La extensión del reino se produce cuando la iglesia está dispuesta a dispersarse y no a permanecer en un solo lugar.

8 CIVET-BOX era una caja que contenía una esponja empapada en perfume y amoníaco para soportar los olores de las calles en la ciudades medievales y revivir a aquellos que se desvanecían a causa del hedor.

16. SIN CRISTO

"¡Estaban sin Cristo!" Efesios 2:12

El texto que encabeza este mensaje describe el estado de los efesios antes de que fueran cristianos. Pero eso no es todo. Describe el estado de cada hombre y mujer en Inglaterra que aún no se ha convertido a Dios. ¡Un estado más miserable no puede concebirse! Es lo suficientemente malo estar sin dinero o sin salud o sin casa o sin amigos, no obstante, es peor aún estar "sin Cristo".

Examinemos este texto hoy y veamos lo que contiene. ¿Quién podría decir que no pruebe ser un mensaje de Dios para algunos de los lectores de este texto?

1. Consideremos en cuáles circunstancias se puede decir que un hombre está "sin Cristo".

La expresión "sin Cristo" no es una de mi propia invención. Las palabras no fueron primeramente acuñadas por mí si no que fueron escritas por la inspiración del Espíritu Santo. Fueron usadas por Pablo cuando estaba recordando a los cristianos de Éfeso cuál era su condición previa antes de que escucharan el evangelio y creyeran. Ignorantes y en la oscuridad sin duda deben haber estado, enterrados en idolatría y el paganismo, adoradores de la falsa diosa Diana. Pablo pasa todo esto completamente por alto. Parece pensar que esto describiría su estado sólo parcialmente. Por lo tanto, traza un cuadro del cual la primerísima característica es la expresión que está delante de nosotros "En ese tiempo, ustedes estaban sin Cristo" (Ef. 2:12). ¿Pero qué significa la expresión?

a. Un hombre está "sin Cristo" cuando no tiene consciencia de Él. Sin duda, millones están en esta condición. No saben quién es Cristo ni tampoco lo que Él ha hecho, ni lo que Él enseñó y por qué Él fue crucificado, tampoco dónde Él está o lo que Él es para la humanidad. En breve, son totalmente ignorantes de Él. Los terrenales, por supuesto, que nunca han oído del evangelio, caen primero dentro de esta descripción, sin embargo e infelizmente, en

eso no están solos. Hay miles de personas viviendo en Inglaterra en estos tiempos que difícilmente tienen ideas más claras sobre Cristo que aquellos que son terrenales. Pregúntenles lo que ellos saben sobre Jesucristo y se sentirá anonadado por la gran oscuridad que cubre sus mentes. Visítelos en sus lechos de muerte y encontrará que ellos no pueden decir más de Cristo de lo que pueden hablar sobre Mohammed. Miles están en este estado en parroquias y miles en pueblos, y de todos ellos ninguna cuenta puede darse. Ellos están "sin Cristo".

Estoy consciente de que algunas divinidades modernas no se dan cuenta de lo que he recién establecido. Nos dicen que toda la humanidad tiene una parte e interés en Cristo, ya sea que lo conozcan o no. ¡Dicen que todos los hombres y mujeres, aunque ignorantes mientras viven, serán tomados por la misericordia de Cristo al cielo cuando mueran! Creo firmemente en que tales opiniones no pueden reconciliarse con la Palabra de Dios. Está escrito "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn 17:3). Es una de las marcas de los perversos de los que Dios tomará venganza en el último día, ellos "no conocen a Dios" (2 Tes 1:8). Un Cristo desconocido no es Salvador. Cuál será el estado de los mundanos después de la muerte; cómo el salvaje que nunca oyó el evangelio será juzgado; de qué manera Dios lidiará con el ignorante desesperanzado e iletrado – todas estas son preguntas que podemos por seguro dejarlas a un lado. Podemos descansar en la confianza que "el Juez de toda la tierra hará lo correcto" (Gen. 18:25). No obstante, no podemos subestimar las Escrituras. Si las palabras de la Biblia significan algo, ser ignorante de Cristo es estar "sin Cristo".

b. Pero esto no es todo. Un hombre está "sin Cristo" cuando no tiene fe en Él como su salvador. Es bastante viable conocer todo acerca de Cristo y aun así no poner nuestra confianza en Él. Hay multitudes que conocen cada artículo del credo y pueden decir con mucha labia que Cristo "nació de la virgen María, sufrió bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado". Lo aprendieron en el colegio. Lo tienen grabado en su memoria. Sin embargo no hacen uso práctico de su conocimiento. Ponen su confianza en algo que no es Cristo. Esperan ir al cielo porque han sido bautizados y participan de la Cena del Señor. Pero en lo que se refiere a vivir la fe de la misericordia de Dios a través de Cristo –una confianza real

e inteligente en la sangre de Cristo y la rectitud y la intercesión – son cosas acerca de las cuales no saben nada en absoluto. Y todas esas personas tan solo puedo ver una sola verdad: Ellos están "sin Cristo".

Estoy apercibido de que muchos no admiten la verdad de lo que acabo de decir. Algunos nos dicen que todos los bautizados son miembros de Cristo por virtud de su bautismo. Otros nos dicen que donde hay conocimiento intelectual no tenemos derecho alguno de cuestionar el interés de esa persona en Cristo. Para dichas opiniones tengo tan sólo una simple respuesta. La Biblia nos prohíbe decir que un hombre está unido a Cristo sino hasta que cree. El bautismo no es la prueba de que nos hemos unido a Cristo. Simón Magus fue bautizado y aun así nos fue distintivamente dicho que tuvo "ninguna parte o suerte en esta asunto" (Hec 8:21). El conocimiento intelectual no es la prueba de nuestra unión con Cristo. El demonio conoce muy bien a Cristo pero no tiene parte en Él. Dios sabe, sin duda, quienes son Suyos desde el principio. Un hombre no sabe nada de la justificación hasta que cree. La gran cuestión es "¿Creemos?". Está escrito, "el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él". "El que cree no será condenado" (Jn 3:36, Mar 16:16). Si las palabras de la Biblia significan algo, no tener fe es estar "sin Cristo".

c. Hay una cosa más por decir. Un hombre está "sin Cristo" cuando el trabajo del Espíritu Santo no puede verse en su vida. ¿Quién puede evitar ver, si usa sus ojos, que millares de cristianos no saben nada de la conversión interna del corazón? Le dirán que ellos creen en la religión cristiana, que van a sus lugares a alabar con una regularidad tolerable, piensan que es una cosa apropiada casarse y ser sepultados según los ceremoniales de la iglesia, y estarían muy ofendidos si su cristianismo fuera puesto en duda. Sin embargo ¿dónde están las señales del Espíritu Santo en sus vidas? ¿Dónde están puestos sus corazones y afectos? ¡Alas, sólo puede haber una respuesta! No han experimentado la renovación, el trabajo santificador del Espíritu Santo. Están aun muertos para Dios. Y de todos ellos, sólo una cuenta puede darse: Están "sin Cristo".

Estoy consciente de que pocos admitirán esto. La vasta mayoría dirá que es extremo y alocado y extravagante pedirle tanto a los

cristianos y presionar a todos a la conversión. Dirán que es imposible mantener el alto estándar al cual me he referido sin salir del mundo, y que podemos seguramente ir al cielo sin ser un santo de esa envergadura. A todo esto sólo puedo responder: ¿Qué dice la Escritura? ¿Qué dice el Señor? Está escrito, "a menos que un hombre nazca de nuevo – no puede ver el reino de Dios". "A menos que se convierta y se vuelva como un niño – no entrará en el Reino de los Cielos". "Aquel que dice que está en Cristo debe también caminar como Él mismo caminó". "Si un hombre no tiene el Espíritu de Cristo – no es de Él" (Jn 3:3, Mat. 18:3, 1 Jn 2:6; Rom. 8:9). Las Escrituras no pueden romperse. Si las palabras de la Biblia significan algo, estar sin el Espíritu – es estar "sin Cristo".

Encomiendo las tres propuestas que he establecido para su seria y devota consideración. Note bien lo que ellas involucran. Examíneles cuidadosamente en todas sus aristas. Para tener un interés redentor en Cristo –conocimiento, fe y gracia del Espíritu Santo son absolutamente necesarias. Aquel que no las tiene "está sin Cristo".

¡Cuán dolorosamente ignorantes son muchos! No saben literalmente nada de religión. Cristo y el Espíritu Santo y la fe y la gracia y la conversión y la santificación son sólo "palabras y nombres" para ellos. No podrían explicar lo que ellas significan si sus vidas dependieran de ello. ¿Y puede una tamaña ignorancia conducir a alguien al cielo? ¡Imposible! Sin conocimiento, "sin Cristo".

¡Cuán dolorosamente santurrones son muchos! Pueden hablar complacientemente de haber "hecho su deber" y de ser "amables con todos", haber siempre "guardado su iglesia" y "nunca haber sido tan malos" como otros y, por lo tanto, ¡parecen pensar que deben ir al cielo! Y el sentido profundo del pecado y la simple fe en el sacrificio de la sangre de Cristo, no parece tener lugar en su religión. Hablan de sus obras y nunca de creer. ¿Y será que esa santurronería llevará a alguien al cielo? ¡Nunca! Sin fe, "¡sin Cristo!".

¡Cuán penosamente impíos son muchos! Viven en el habitual abandono de la Biblia de Dios, de las Ordenanzas de Dios y los sacramentos de Dios. No piensan en absoluto sobre las cosas que Dios ha abiertamente prohibido. Viven constantemente en caminos

que son directamente contrarios a los mandamientos de Dios. ¿Y puede tal impiedad culminar en salvación? ¡Imposible! ¡Sin el Espíritu Santo – "sin Cristo"!

Sé perfectamente que a primera vista estas declaraciones parecen duras, agudas, escabrosas y severas. Sin embargo después de todo, ¿no son estas la verdad de Dios revelada a nosotros en las Escrituras? Si verdaderas, ¿no debieran ser difundidas? Si son necesarias de saberse, ¿no debieran ser expuestas abiertamente? Si no supiera nada de mi propio corazón, desearía por sobre todas las cosas magnificar las riquezas del amor de Dios por los pecadores. Anhelo decir a la humanidad qué tesoro de misericordia y amor tierno yace en el corazón de Dios para todos aquellos que lo buscan. ¡Sin embargo no puedo hallar en ninguna parte que la gente ignorante, incrédula y no convertida tenga alguna porción en Cristo! Si estoy equivocado, agradeceré a cualquiera que me muestre un mejor camino. No obstante hasta que eso ocurra, debo mantener firme las posiciones que he descrito. No me atrevo a renunciar a ellas, no sea que sea encontrado culpable de manejar la Palabra de Dios engañosamente. No me atrevo a silenciarlas, no sea que la sangre de las almas me sea adjudicada. ¡El hombre sin conocimiento, sin fe y sin el Espíritu Santo es un hombre sin Cristo!

2. ¿Cuál es la condición real de un hombre sin Cristo? Esta es una sección de nuestro tema que demanda una muy especial atención. Debo estar verdaderamente agradecido si puedo exponerlas en sus colores reales. Fácilmente puedo imaginar a algunos lectores diciéndose a sí mismos "Bien, suponga que estoy sin Cristo, ¿dónde está el daño tan grande? Espero que Dios sea misericordioso. No soy peor que muchos. Confío en que todo estará bien al final" Escúcheme y, con la ayuda de Dios, intentaré mostrar cuán tristemente engañado está. "Sin Cristo" nada estará bien sino todo desesperadamente mal.

a. Por el solo hecho de que estar "sin Cristo" es estar sin DIOS. El apóstol Pablo dijo a los efesios mucho de esto en palabras directas. Finaliza la famosa sentencia que comienza "estaban sin Cristo", diciendo, "estaban sin Dios en el mundo". Y aquel que piensa, ¿puede sorprenderse? Un hombre puede tener ideas muy pobres de Dios, puede que no lo conciba a Él como el Ser más puro, santo y glorioso. Que ese hombre debe ser muy ciego para no ver que la

naturaleza humana es corrupta y pecadora y profana. ¿Cómo, entonces, puede tal gusano de hombre acercarse a Dios con comodidad? ¿Cómo puede buscarlo con confianza y sin miedo? ¿Cómo puede hablarle, relacionarse con Él, buscar su presencia sin terror y alarma? Debe existir un mediador entre Dios y el hombre, y hay solo uno que puede cumplir ese rol. Ese Uno es Cristo.

¿Quién es usted para hablar de la misericordia de Dios y del amor de Dios separado e independiente de Cristo? No existe tal amor y tal misericordia registrada en las Escrituras. Sepa este día que Dios fuera de Cristo es "fuego consumidor" (Heb 12:29). Misericordioso es más allá de cualquier cosa, rico en misericordia, lleno de misericordia. No obstante su misericordia está inseparablemente conectada con la mediación de Su amado Hijo Jesucristo. Debe fluir a través de Él como el canal conductor o no fluirá en absoluto. Está escrito "Aquel que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo ha enviado". "Yo soy el camino, la verdad y la vida y ningún hombre viene al Padre si no es por Mí" (Jn 5:23; 14:6). "Sin Cristo" estamos sin Dios.

b. Más aún, estar "sin Cristo" es estar sin PAZ. Todo hombre tiene una consciencia dentro de sí mismo la cual debe satisfacerse antes de que pueda estar verdaderamente feliz. En la medida en que esta consciencia esté dormida o medio muerta – así, sin duda, él la pasa bastante bien. Sin embargo, tan pronto que la consciencia de un hombre despierta y comienza a pensar en sus pecados pasados y sus presentes fallas y el juicio futuro –inmediatamente descubre que necesita algo que le otorgue descanso interno. ¿Pero qué puede hacerlo? Arrepentimiento y oración, lectura de la Biblia, ir a la iglesia, recibir los sacramentos y mortificación propia pueden intentarse, e intentarse en vano. Ninguna de esas cosas han tomado la carga de la conciencia de alguien. ¡Y aún así la paz puede ser obtenida!

Sólo existe una cosa que puede dar paz a la consciencia y esa es la sangre de Jesucristo esparcida sobre ella. Un claro entendimiento que la muerte de Cristo fue el pago real de nuestra deuda con Dios, y que el mérito de esa muerte es renovada para un hombre que cree- es el gran secreto para la paz interior. Satisface cada ansia de la consciencia. Contesta cada acusación. Calma cada temor. Está escrito "Estas cosas Les he hablado, que en Mí puedan tener paz". "Él es nuestra paz". "Siendo justificados por la fe, tenemos

paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo" (Jn 16:33, Efe. 2:14, Rom. 5:1). Tenemos paz a través de la sangre de Su cruz: paz como una mina profunda – paz como un riachuelo siempre fluyendo. Pero "sin Cristo" no tenemos paz.

c. Estar "sin Cristo" es no tener ESPERANZA. Casi todos piensan que poseen esperanza de una u otra clase. Difícilmente encontraremos a un hombre que proclame abiertamente que no tiene esperanza alguna sobre su alma. ¡Pero cuán pocos existen que puedan dar "razones de la esperanza que está en ellos"! (1 Ped 3:15). ¡Cuán pocos pueden explicarla, describirla y mostrar sus fundamentos! Para cuántos la esperanza no es nada más que un sentimiento vago y vacío, el que en el día de la enfermedad o en la hora de la muerte probará ser finalmente inútil e, del mismo modo, impotente para confortar o salvar.

Sólo existe una esperanza que tiene raíces, vida, fortaleza y solidez y esa es la esperanza que está construida en la gran roca del trabajo de Cristo y que oficia como el Redentor del hombre. "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo (1 Cor 3:11). Aquel que construye sobre esta piedra angular "no será confundido". Acerca de esta esperanza hay una realidad. Ésta se mantendrá alerta y a mano. Satisfará cualquier inquietud. Busque en ella una y otra vez y no encontrará ningún defecto en ella. Cualquier otra esperanza adicional a esta no tiene valor. Así como las fuentes secas del verano fallan al hombre cuando su necesidad es más acuciosa. Son como barcos poco sólidos que se ven bien en la medida en que permanecen quietos en la bahía pero cuando los vientos y las olas del océano los prueban, su precaria condición se pone al descubierto y sucumben bajo las aguas. No existe tal cosa como la buena esperanza sin Cristo, y "sin Cristo" es no tener "esperanza alguna" (Efe 2:12).

d. Estar "sin Cristo" es estar sin CIELO. Al decir esto no sólo me refiero de que no hay entrada al cielo sino que "sin Cristo" no podría haber felicidad al estar allí. Un hombre sin un Salvador y Redentor nunca podría sentirse como en casa en el cielo. Podría sentir que no tiene derecho o título para estar allí, plenitud, confianza y tranquilidad de corazón serían imposibles. Entre ángeles puros y santos, bajo la mirada de un Dios puro y santo no podría mantener su cabeza en alto, se sentiría confundido y

avergonzado. Es la esencia misma de todas las visiones verdaderas del cielo el hecho que Cristo está allí.

¿Quién es usted que sueña con el cielo en el cual Cristo no tiene ningún lugar? Despierte a su propia insensatez. Sepa que en cada descripción del cielo que la Biblia contiene, la presencia de Cristo es esencial. "En el medio del trono", dice Juan, "permanecía un Cordero como si hubiese sido asesinado". El mismo trono del cielo es llamado "el trono de Dios y del Cordero". "El Cordero es la luz del cielo y su templo". Los santos que habitan en el cielo van a ser "alimentados por el Cordero", y "conducidos a las fuentes de aguas vivas". La reunión de los santos en el cielo es llamada "la cena de casamiento del Cordero" (Apo. 5:6, 22:3, 21:22, 23, 7:17, 19:9). Un cielo "sin Cristo" no sería el cielo de la Biblia. Estar "sin Cristo" es estar sin cielo.

Fácilmente podría agregar más cosas. Podría decirle que estar "sin Cristo" es no tener vida, no tener fortaleza, no tener seguridad, no tener fundación, sin un amigo en el cielo, sin justicia. Ninguna de estas cosas es tan mala como aquella que indica estar "sin Cristo".

Qué fue el arca para Noé, qué fue el cordero de la pascua para Israel en Egipto, qué fue el maná, la roca azotada, la serpiente de bronce, el pilar de nubes y fuego, el chivo expiatorio ´para las tribus en el desierto - Todo esto es lo que el Señor Jesús significa para el alma del hombre. ¡Ninguno tan desprotegido como aquellos que están sin Cristo!

Lo que la raíz es a las ramas,

Lo que es aire es a nuestros pulmones,

Lo que el alimento y el agua son para nuestro cuerpo,

Lo que es el sol para la creación…

Todo esto y mucho más es lo que pretende ser Cristo para nosotros. ¡Ninguno tan indefenso, tan digno de lástima como aquellos que están sin Cristo!

Concedo que si no existiesen tales cosas como la enfermedad y la muerte, si los hombres y las mujeres nunca envejecieran y vivieran

para siempre en la tierra, el tema de este mensaje no tendría importancia alguna. No obstante, usted debe saber que la enfermedad, la muerte y la tumba son una triste realidad.

Si esta vida fuera toda, si no hubiese juicio, ni cielo, ni infierno, ni eternidad – sería sólo una pérdida de tiempo aproblemarse con las inquietudes que este tema sugiere. No obstante, usted tiene una consciencia. Usted sabe muy bien que hay un día del juicio final más allá de la tumba. Hay un juicio aún por venir.

Es por seguro que el tema de este mensaje no es fácil. No es una materia nimia y una que no tenga un significado. Demanda la atención de cada persona sensible. Es la raíz de todas las materias importantes, la salvación de nuestras almas. Estar "sin Cristo" es ser el más miserable de todos.

1. Y ahora pido a cada uno que ha leído este mensaje completo, examinarse a sí mismo y descubrir su propia condición. ¿Está usted sin Cristo?

No permita que su vida transcurra sin pensar seriamente y cuestionarse. No puede continuar como lo ha hecho hasta hoy. Vendrá un día cuando comer, beber, dormir, vestirse, casarse y gastar dinero tendrán un fin. Habrá un día cuando su lugar esté vacío y todos se refieran a usted como alguien que ha muerto e ido. ¿Y dónde estará usted entonces, si ha vivido y muerto sin tener un pensamiento sobre su alma, sin Dios, y sin Cristo? ¡Oh, recuerde, miles de veces es mejor estar sin dinero y sin salud y sin amigos y sin compañía y júbilo que estar sin Cristo!

2. Si usted ha vivido sin Cristo hasta ahora, lo invito con todo afecto a cambiar el curso de su vida sin retraso. Busque al Señor Jesús mientras pueda ser hallado. Llámelo mientras Él está cerca. Él está sentado a la diestra de Dios, capaz de salvar hasta el último que venga a Él, sin importar cuan pecador y descuidado haya podido ser. Está sentado a la diestra de Dios, deseoso de oír la oración de todos aquellos que sienten que su vida pasada ha estado completamente equivocada y quieren enmendarla. Busque a Cristo, busque a Cristo sin demora. Póngase a cuentas con Él. No se avergüence de rogarle. Vuélvase uno de los amigos de Cristo este año y usted, un día, dirá que fue el año más feliz que nunca haya tenido.

3. Si usted es uno de los amigos de Cristo, lo exhorto a ser un hombre agradecido. ¡Despierte a un sentido más profundo de la infinita misericordia de tener un Salvador todopoderoso, un título al cielo, un hogar que es eterno, un Amigo que nunca morirá! Unos pocos años más y todas las reuniones familiares cesarán. ¡Qué reconfortante pensar que tenemos en Cristo algo que nunca podemos perder!

Despierte a un sentido más profundo del lamentable estado de aquellos que están "sin Cristo". Frecuentemente se nos recuerda de aquellos que están sin alimentos, ropa, escuela o iglesia. Compadezcámonos de ellos, ayudémoslos en la medida en que podamos. No obstante nunca olvidemos que hay personas cuyo estado es aún más lamentable. ¿Quiénes son? ¡La gente "sin Cristo"!

¿Tenemos parientes sin Cristo? Compadezcámonos de ellos, oremos por ellos, hablemos al Rey de ellos, esfuércese en evangelizarlos. No dejemos ninguna piedra sin remover en su esfuerzo por traerlos a Cristo.

¿Tenemos vecinos que están sin Cristo? Trabajemos cada día para salvar sus almas. La noche vendrá cuando nadie podrá trabajar. Feliz es aquel que vive bajo la permanente convicción de que estar en Cristo es paz, seguridad, felicidad y que estar "sin Cristo" es estar en peligro de destrucción.

17. ¡SED SACIADA!

"En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" Juan 7:37-38

El texto que encabeza este mensaje contiene uno de esos poderosos dichos de Cristo que merece ser impreso en letras de oro. Todas las estrellas del Cielo son brillantes y hermosas y aun así un simple niño puede ver que una estrella sobrepasa a la otra en gloria. Toda la Escritura fue dada por la inspiración de Dios, empero un corazón debe ser en verdad frío y opaco si no siente que algunos versículos son peculiarmente ricos y completos. De esos versículos, este texto es uno.

A fin de ver el texto en su fuerza plena y bella, debemos recordar el lugar, la época y la ocasión en que éste salta al tapete.

El lugar, entonces, era Jerusalén, la capital del Judaísmo y la fortaleza de sacerdotes y escribas, de fariseos y saduceos.

La ocasión era la Fiesta de los Tabernáculos(1), una de esas grandes fiestas anuales cuando cada judío de acuerdo a la ley, si podía, iba al templo.

El tiempo era "el último día de la fiesta", cuando todas las ceremonias estaban cercanas a su término; cuando las aguas fluían desde la fuente de Siloé que de acuerdo a las costumbres tradicionales habían sido solemnemente esparcidas sobre el altar, y para los adoradores no quedaba más que hacer que volver a sus hogares.

En este momento crucial, nuestro Señor Jesucristo "se puso en pie" en un promontorio y habló a las multitud reunida. No hay duda de que El leyó sus corazones. Los vio irse con conciencias dolientes y mentes insatisfechas, no habiendo recibido nada de sus ciegos maestros los fariseos y saduceos (2) y llevando consigo nada más que una recuento estéril de pomposas ceremonias. Los vio y se

acongojó por ellos y gritó en voz alta, como un heraldo: "Si cualquier hombre tiene sed, venga a Mí y beba". Dudo que esto fuera todo lo que el Señor dijo en esta memorable ocasión. Sospecho que es sólo la arenga de Su discurso. Pero esto, imagino, fue la primera sentencia que salió de Sus labios: "Si cualquier hombre tiene sed, venga a Mí. Si alguno desea el agua viva y que satisface, venga a Mí".

Déjenme recordar a mis lectores, al pasar, que ningún profeta o apóstol nunca utilizó un lenguaje como este. "Ven conmigo", dijo Moisés a Hobab (Num. 10:29); "Vengan a las aguas", dijo Isaías (Isa. 55:1); "He aquí el cordero", dijo Juan El Bautista (Jn. 1:29); "Crean en el Señor Jesucristo", dijo Pablo (Hec 16:31); no obstante ninguno, excepto Jesús de Nazareth, alguna vez dijo: "Vengan a Mí". Este hecho es muy significativo. Aquel que dijo "Vengan a Mí" sabía y sentía cuando lo dijo que Él era el Hijo eterno de Dios, el Mesías prometido, el Salvador del mundo.

Este grandioso dicho de nuestro Señor conlleva tres puntos principales:

1. Un caso supuesto. Nuestro Señor dice: "Si alguno tiene sed". Notoriamente, la sed fisiológica es la sensación más dolorosa a la cual el hombre mortal está sujeto. Lea la historia del sufriente miserable en el hoyo negro de Calcuta. Pregúntele a cualquiera que haya viajado a través del desierto bajo el sol del trópico. Escuche lo que cualquier soldado pueda decirle sobre la principal necesidad de un herido en un campo de batalla. Recuerde lo que pasa a las tripulaciones de barcos perdidos en medio del océano, dando vueltas por días en sus botes y sin agua. Note las espantosas palabras del hombre rico en la parábola "Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama (Luc. 16:24). El testimonio es invariable. No existe nada más terrible y duro de soportar que la sed.

Pero si la sed fisiológica es tan dolorosa, ¿cuánto más dolorosa es la sed del alma? El sufrimiento físico no es la peor parte del castigo eterno. Es una cosa leve, aún en este mundo, comparada con el sufrimiento de la mente y del hombre interior.

Ver el valor de nuestras almas – y descubrir que están en peligro de la ruina eterna;

Sentir el peso del pecado no perdonado - y no saber hacia dónde volverse para encontrar alivio;

Tener una consciencia angustiada y enferma en paz – y ser ignorante del remedio;

Descubrir que estamos muriendo, muriendo diariamente – y no estamos preparados aún para encontrarnos con Dios;

Tener una visión clara de nuestra propia culpa y maldad – y aun así estar en la más absoluta oscuridad sobre la absolución,

¡Este es el grado de dolor más agudo – el dolor que drena nuestras almas y espíritus y perfora nuestras articulaciones y médula! Y esta es, sin dudas, la sed de la cual nuestro Señor habla. Es la sed por el indulto, el perdón, la absolución y la paz de Dios. Es el ansia de una conciencia realmente alerta, queriendo satisfacción y no sabiendo dónde encontrarla, caminando a través de parajes secos y ser incapaz de conseguir descanso.

Esta es la sed que los judíos sintieron cuando Pedro les predicó en el día de Pentecostés. Está escrito que estaban "quebrantados de corazón", y dijeron "Hombres y hermanos, ¿qué haremos?" (Hec 2:37).

Esta es la sed que el carcelero de Filipos sintió cuando despertó a la consciencia de su peligro espiritual, y sintió el terremoto que hacía caer la prisión bajo sus pies. Está escrito que "vino temblando y fue por Paulo y Silas, y los sacó", dijo. "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo"? (Hec. 16:30).

Esta es la sed que muchos de los grandes servidores de Dios parecen haber sentido cuando la luz inicialmente despertó sus mentes.

Agustín buscando descansar entre los heréticos maniqueos y no encontrando a ninguno, Luther a tientas buscando la verdad entre los monjes en el Monasterio Erfurt, John Bunyan agonizando entre dudas y conflictos en su villa de Elstow, George Whitefield

gimiendo por sus autoimpuestas austeridades, por falta de clara enseñanza, cuando estaba en Oxford– todos han dejado registros de esta experiencia en sus vidas. Creo que ellos sabían lo que Dios quería decir cuando habló de "sed".

Y es seguro que no es mucho decir que todos nosotros debemos saber algo de esta sed, quizá tanto como Agustín, Luther, Bunyan o Whitefield. Viviendo como vivimos en un mundo que muere, sabiendo, como debemos saber, si lo confesamos, que existe un mundo más allá de la tumba y que después de la muerte viene el juicio; sintiendo, como debemos sentir en nuestros mejores momentos, cuán pobres, débiles, inestables y defectuosas criaturas somos y cuán incapacitados estamos para enfrentar a Dios; conscientes –como debemos serlo en nuestro profundo interior – que del uso de nuestro tiempo depende el lugar que tendremos en la eternidad- Nosotros deberíamos sentir y darnos cuenta de algo como "la sed", por el sentido de paz con el Dios viviente.

Sorpresa, sin embargo, nada prueba tan concluyentemente la naturaleza humana perdida como la carencia general y común del apetito espiritual. La vasta mayoría está ahora intensamente sediento por dinero, por poder, por placer, por rango, por honor, por distinción. Para seguir causas perdidas, cavar por oro, tratar de abrir un camino a través de la gruesa bóveda de hielo al Polo Norte; para esta clase de objetivos no existe falta de aventureros y voluntarios. ¡Fiera e incesante es la competencia para estas coronas corruptibles! Pero pocos verdaderamente, en comparación, son aquellos que están sedientos por la vida eterna. No es de sorprenderse que el hombre natural sea llamado "muerto", "dormido", "ciego" y "sordo" en las Escrituras. No es sorprendente que se diga que le es necesario tener un segundo nacimiento y una nueva creación. No hay síntoma más seguro de la mortificación del cuerpo que la pérdida de todos los sentidos. No hay señal más dolorosa del estado insalubre del alma que la ausencia total de la sed espiritual. Pobre del hombre a quien el Salvador puede decirle: "¡No sabes tú que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo!" (Apo. 3:17).

¿Pero quién es, dentro de los lectores de este mensaje, el que siente la carga de su pecado y ansía la paz de Dios? ¿Quién es el que realmente siente las palabras de confesión de nuestro Libro de Oraciones, "He errado y me descarriado como una oveja perdida,

no hay sanidad en mí, soy un miserable ofensor"? ¿Quién es aquel que entra en la plenitud de nuestro servicio de comunión y puede decir en verdad "El recuerdo de mis pecados me es gravoso y la carga de ellos me es intolerable"? Usted es el hombre que debe agradecer a Dios.

El sentido de pecado, de culpa y la pobreza del alma es la primera piedra puesta por el Espíritu Santo cuando construye un templo espiritual. Él convence de pecado. La luz fue la primera llamada a ser en la creación material (Gen. 1:3). La luz sobre nuestro propio estado es el primer trabajo en la nueva creación. Alma sedienta, de nuevo digo, usted es la persona que debe agradecer a Dios. El reino de Dios está cercano a usted. No es cuando comenzamos a sentirnos bien sino cuando nos sentimos mal la oportunidad de tomar el primer paso hacia el Cielo. ¿Quién le enseñó que usted estaba desnudo? ¿Cuándo vino esa luz interior? ¿Quién abrió sus ojos y lo hizo ver y sentir? Sepa este día que la carne y la sangre no le han rebelado estas cosas sino nuestro Padre que está en el Cielo. Las universidades pueden conferir grados, y las escuelas pueden impartir conocimiento sobre todos los misterios pero no pueden hacer a los hombres sentir el pecado. Darnos cuenta de nuestra necesidad espiritual y sentir verdadera sed espiritual es el ABC en el cristianismo salvador.

Es un dicho grande el de Elihu. En el libro de Job, "Dios mira a los hombres, y si alguno dice 'He pecado y he pervertido lo que era correcto y no me ha beneficiado', Él liberará su alma de la muerte y su vida verá en luz" (Job 33:27-28). Aquel que sabe todo sobre la sed espiritual no debe sentirse avergonzado; más bien debe alzar su cabeza y comenzar a tener esperanza. Que ore a Dios para que desarrolle el trabajo que ha iniciado y lo haga sentir más.

2. Un remedio propuesto. "Si alguien tiene sed" dice nuestro bendito Señor Jesucristo. "Que venga a Mí, y beba".

Existe una gran simpleza en esta corta sentencia de la cual no podemos admirarnos demasiado. No existe una sola palabra en ella que no posea un significado literal y simple hasta para un niño. Aun así, por simple que parezca, es rica en su significado espiritual. Como el diamante Koh-i-noor, es de un valor indescriptible. Resuelve el poderoso problema que ninguno de todos los filósofos griegos y romanos nunca pudieron resolver. "¿Cómo puede un

hombre tener paz con Dios? Grábelo en su memoria junto con los otros seis dichos de oro de nuestro Señor:

Yo soy el pan de vida – Aquel que viene a Mí no tendrá hambre y quien cree en Mí nunca tendrá sed"

"Yo soy la luz del mundo y aquel que Me sigue, no caminará en oscuridad sino que tendrá la luz de vida".

"Yo soy la puerta, a través de Mí, si algún hombre entra, será salvo".

"Yo soy el camino, la verdad y la vida y ningún hombre viene al Padre sino a través de Mí".

"Vengan a Mí, todos los que están cansados y tienen cargas pesadas, Yo les daré descanso".

"Aquel que viene a Mí, nunca será desechado".

Agregue a estos seis textos el que tiene hoy delante de usted. Grabe los siete completos en su corazón. Clávelos profundamente en su mente y nunca los olvide. Cuando sus pies toquen el frío río, en el lecho de enfermedad y en las horas de muerte, usted encontrará estos siete textos invaluables (Jn 6:35, 8:12, 10:9, 14:6, Mat. 11:28, Jn. 6:37).

Empero, ¿cuál es la suma y la sustancia de estas simples palabras? Es esta: "Cristo es la fuente de aguas vivas que Dios misericordiosamente ha dado a las almas sedientas. De Él, como fue con la roca golpeada por Moisés – fluye un abundante río para todos aquellos que viajan a través del desierto de este mundo. En Él, como nuestro Redentor y Sustituto, son crucificados nuestros pecados y somos levantados nuevamente para nuestra justificación –existe un suministro infinito para todos los hombres que puedan necesitar perdón, absolución, misericordia, gracia, paz, descanso, alivio, consuelo y esperanza.

Es una rica provisión la que Cristo nos ha traído al precio de Su propia y preciosa sangre. Para abrir esta maravillosa fuente El sufrió por los pecados –el justo por el injusto–, soportó nuestros pecados en Su propio cuerpo en la cruz. Fue hecho pecado por

nosotros, Él que no conoció pecado, para que pudiéramos ser hechos justos ante Dios en Él. (1 Ped 2:24, 3:18, 2 Cor 5:21). Y ahora Él está sellado y apuntado para ser el Alivio de todos aquellos que están cansados y tienen pesada carga, y el Dador de las aguas vivas para todos quienes tienen sed. Es Su oficio recibir a los pecadores. Es Su agrado darles perdón, vida y paz. Y las palabras de este texto son una proclamación que Él hace a toda la humanidad. "Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba".

La eficacia de la medicina depende en gran medida de la forma en que ésta se utiliza. La mejor prescripción del mejor de los médicos es inútil si nos rehusamos a seguir las instrucciones que la acompañan. Permita la palabra de exhortación mientras ofrezco algo de discreción y consejo sobre la Fuente de aguas vivas.

a. Aquel que tiene sed y desea alivio debe ir a Cristo Mismo. No debe contentarse con ir a Su Iglesia o con Sus ordenanzas o con las asambleas de Su pueblo para orar y alabar. No debe detenerse ni por un segundo aún en Su santa mesa o permanecer satisfecho con sus conversaciones privadas a corazón abierto con Sus ministros. ¡Oh, no! Aquel que se contenta con sólo beber estas aguas "tendrá sed nuevamente" (Jn. 4:13). Debe ir más alto, más lejos, mucho más lejos que esto. Debe tener un encuentro personal con Cristo Mismo - Todo lo demás en religión no tiene valor sin Él. El palacio del Rey, sus sirvientes, la casa ricamente ornada, el mismo banquete –nada son a menos que hablemos con el Rey Mismo. Sólo su mano puede tomar la carga de nuestras espaldas y hacernos sentir libres. La mano de un hombre puede tomar una piedra de la tumba y mostrar a los muertos, sin embargo ninguno excepto Jesús puede decir a los muertos i"Vengan y vivan"! (Jn. 11:41-43). Debemos tratar directamente con Cristo.

b. Aquel que está sediento y desea alivio de Cristo debe ir verdaderamente a Él. No es suficiente desear y conversar y querer y decir e intentar y resolver y esperar. El infierno, esa horrorosa realidad, esta pavimentada de buenas intenciones. Miles, año en año, se pierden en la moda y perecen miserablemente justo afuera de la bahía. Intentando y pretendiendo vivir, intentando y pretendiendo mueren. ¡Oh, no! ¡Debemos "levantarnos e ir"! ¡Si el hijo pródigo hubiese estado contento con decir "Cuántos de los sirvientes enrolados de mi padre tienen pan suficiente y de sobra, y yo muero de hambre! Espero algún día regresar a casa" – hubiese

permanecido por siempre entre los cerdos. Fue cuando se levantó y fue a su padre, fue ese padre el que corrió a encontrarlo, y dijo, "¡Traigan la mejor túnica y cúbranlo! ¡Comamos y celebremos"! (Luc 15:20-23). Como él, nosotros no debemos solo "darnos cuenta y pensar, sino que realmente debemos ir al Sumo Sacerdote, a Cristo. Debemos ir al Médico."

c. Aquel que tiene sed y desea ir a Cristo debe simplemente recordar que lo que se requiere es la fe. Por todos medios, que venga con un corazón penitente, quebrado y contrito y que no sueñe en descansar en ello para aceptar. La fe es la única mano que puede llevar las aguas vivientes a nuestros labios. La fe es el único gozne en el que todo se resume en materia de nuestra justificación. Está escrito una y otra vez que "cualquiera que crea no morirá sino que tendrá vida eterna" (Jn. 3:15, 16). A aquel que no trabaja pero que cree en Aquel que justifica a los impíos, su fe es contada por justicia (Rom. 4:5). Feliz es aquel que descansa en los principios establecidos en ese inigualable himno:

"Tal como soy, sin un ruego,

Sino Tu sangre que fue vertida por mí,

Y que Me urges ir a Ti,

¡O Cordero de Dios, yo voy!

¡Cuán simple parece ser este remedio para la sed! Sin embargo, ¡oh cuán difícil es persuadir a algunos para que lo reciban! Pídanles hacer algo grande, mortificar sus cuerpos, ir en peregrinación, repartir sus bienes para alimentar a los pobres y de esa formar hacer méritos para su salvación y ellos tratarán de hacerlo como se les pide. Díganles que arrojen toda idea de mérito, obras o trabajos y que vengan a Cristo como pecadores vacíos, sin nada en sus manos, como Namán, y están listos para volver la espalda en desdeño (2 Reyes 5:12). A través de los tiempos, la naturaleza humana ha sido siempre la misma. Existen aún algunas personas como los judíos y otros como los griegos. Para los judíos Cristo crucificado es un escollo y para los griegos, estupidez. Su sucesores, sin duda, ¡nunca han cesado! Nunca nuestro Señor dijo una palabra más verdadera que esa que habló a los orgullosos

escribas del Sanedrín. "ustedes no quieren venir a Mí para que tengan vida" (Jn. 5:40)

Pero, tan simple como este remedio para la sed parece, es la única cura para la enfermedad espiritual del hombre y el único puente de la tierra al cielo. Los reyes y sus temas, predicadores y oidores, maestros y siervos, altos y bajos, ricos y pobres, letrados e iletrados todos deben del mismo modo beber de esta agua de vida, y beber en la misma forma. Por mil ochocientos años los hombres han trabajado para encontrar alguna otra medicina para las cansadas conciencias pero han trabajado en vano. Miles, tras ampollar sus manos y envejecer al labrar las cisternas rotas que no pueden retener el agua (Jer. 2:13) se han visto finalmente obligados a volver a la vieja fuente y han confesado en sus últimos momentos que aquí, en Cristo solamente, se encuentra la paz verdadera.

Pero, tan simple como parece este viejo remedio para la sed, es la raíz de la vida interior de todos los grandes siervos de Dios en todas las épocas. ¿Qué han sido los santos y mártires en cada época de la historia de la iglesia sino hombres que fueron a Cristo diariamente por fe y encontraron "que Su carne era el verdadero alimento, y que Su sangre, la bebida verdadera"? (Jn. 6:55). ¿Qué han sido todos ellos sino hombres que vivieron la vida de la fe en el Hijo de Dios, y bebieron diariamente de la plenitud que existe en Él? (Gal. 2:20). Aquí, a toda prueba, los cristianos más verdaderos y mejores, que han dejado una marca en el mundo, tienen un solo espíritu. Padres santos y reformadores, santas divinidades anglicanas y puritanos, santos episcopales e inconformistas (3), todos han mantenido en sus mejores momentos un testimonio uniforme del valor de la Fuente de vida. Separatistas o contenciosos como pudieron haber parecido algunas veces en sus vidas, en sus muertes no se han dividido. En su última lucha con el rey de los terrores ellos simplemente se han adherido a la cruz de Cristo y gloriado en nada más que la "sangre preciosa" y la Fuente abierta para todos los pecados e impurezas.

¡Cuán agradecidos deberíamos estar por vivir en una tierra donde el gran remedio para la sed espiritual se conoce, en una tierra de Biblias abiertas, donde se predica el evangelio, y existen abundantes medios de gracia, en una tierra donde la eficacia del sacrificio de Cristo se proclama aún, con más o menos plenitud, en

veinte mil púlpitos cada domingo! No nos damos cuenta del valor de nuestros privilegios. La misma familiaridad del maná nos hace pensar poco en él, tal y como Israel se resistió "al pan de luz" en el desierto (Num. 21:5). Sin embargo, vuélvase a las páginas de un filósofo terrenal como el incomparable Platón y vea cómo él buscó a tientas la luz, como un hombre con ojos vendados y se agotó para encontrar la puerta. El paisano más humilde que aprovecha las cuatro reconfortantes palabras de nuestro hermoso servicio de comunión, en el Libro de Oración, sabe más del camino de paz con Dios que el sabio ateniense. Vuélvase a los recuentos que viajeros y misioneros confiables dan del estado de los terrenales que nunca han oído del evangelio. Lea sobre los sacrificios humanos en África, y de las espantosas torturas autoimpuestas de los devotos indostaní y recuerde que ellos son el resultado de una insaciable sed y un deseo ciego e insatisfecho para acercarse a Dios. Y luego aprenda a ser agradecido porque su lugar está en una tierra como la nuestra. ¡Me temo, para desgracia, que Dios tiene una controversia con nuestro desagradecimiento!

3. Una promesa que se mantiene. "Aquel que cree en Mí, como las Escrituras han dicho, de su interior fluirá un río de aguas vivas"

El tema de las promesas de las Escrituras es muy amplio y de sumo interés. Dudo si recibe la atención que merece en los presentes días. Las Promesas de Las Escrituras de Clarke (4) en un libro antiguo que hoy se estudia mucho menos, sospecho, que lo que era en los días de nuestros padres. Pocos cristianos se dan cuenta del número y del largo, del ancho, de la profundidad y de la altura y de la variedad de los preciosos "shalls" y "wills" (5) que descansan en la Biblia para el beneficio especial y estimulación de todos aquellos que los usarán.

Es así que el sentido de promesa descansa en el fondo de casi todas las transacciones del hombre con el hombre en sus asuntos de vida. La gran mayoría de los hijos de Adán, en cada ciudad civilizada, actúan diariamente en la fe de las promesas. El labrador en la tierra trabaja duro desde la mañana del lunes a la noche del sábado porque cree que al final de la semana recibirá el salario prometido. El soldado se enlista en la armada, y el marinero ingresa su nombre en los libros de los barcos de la marina, en la completa confianza de que aquellos para los cuales él sirve, en algún tiempo futuro, le darán el pago prometido. La más

humilde de las sirvientas en una familia trabaja día a día en sus deberes asignados en la creencia de que su señora le dará su salario prometido. En los negocios de las grandes ciudades, entre mercaderes y banqueros y hombres de negocio nada podría hacerse sin la fe constante en las promesas. Todo hombre con sentido sabe que los cheques y cuentas y letras de cambio son el único medio por los cuales la inmensa mayoría de los asuntos mercantiles pueden llevarse a efecto. Los hombres de negocios son compelidos a actuar por fe y no por vista. Ellos creen en las promesas y esperan tener la misma credibilidad por parte de los otros. De hecho, las promesas y la fe en las promesas -y las acciones se desprenden de la fe en las promesas- son la esencia de nueve sobre diez de todas las negociaciones de un hombre con sus congéneres en todas las naciones.

De la misma forma, las promesas en la religión de la Biblia son muy gran medio por el cual Dios se complace en aproximarse al alma del hombre. Un cuidadoso estudiante de la Escritura no puede fallar en observar que Dios está continuamente persuadiendo al hombre a escucharlo a Él, obedecerlo a Él y servirlo a Él, y comprometiéndose a hacer grandes cosas y el hombre lo escucha y cree. En breve, como Pedro dice, "excesivamente preciosas y grandes promesas nos son dadas" (2 Ped 1:4). Aquel que misericordiosamente ha dispuesto la escritura de toda la Santa Escritura para nuestro aprendizaje, ha mostrado Su perfecto conocimiento de la naturaleza humana al difundir por doquier el libro una perfecta riqueza de promesas, adecuada a cada clase de experiencia y a cada condición de vida. Parece decir "¿Saben lo que pretendo hacer por ustedes? ¿Desean escuchar Mis condiciones? Tome la Biblia y lea".

Sin embargo, existe una gran diferencia entre las promesas de los hijos de Adán y las promesas de Dios, que nunca debemos olvidar. Las promesas del hombre no tienen seguridad de ser cumplidas. Con los mejores deseos e intenciones, el hombre no siempre puede mantener su palabra. Enfermedad y muerte pueden irrumpir y llevárselo. Guerra o pestilencia, o hambruna o falta de cosechas o huracanes pueden robarle su propiedad y hacerle imposible cumplir sus compromisos.

Las promesas de Dios, por el contrario, en verdad se mantienen. Él es todopoderoso, nada puede inhibirlo de hacer lo que Él ha dicho.

No cambia, Él siempre tiene "una sola línea" y "no hay en Él variación ni sombras de cambio" (Job 23:13, Stgo. 1:17). Siempre guardará Su palaba. Hay una cosa que, como una niña pequeña alguna vez dijo para la sorpresa de su profesora: Dios no puede hacer esto puesto que "es imposible para Dios mentir" (Heb. 6:18). Las cosas más inverosímiles e improbables siempre suceden una vez que Dios las proclama, Él las hace. La destrucción del viejo mundo por el diluvio, y la preservación de Noé en el arca, el nacimiento de Isaac, la liberación de Israel de Egipto, el alzamiento de David al trono de Saúl, el milagroso nacimiento de Cristo, la resurrección de Cristo, la diáspora de los judíos a toda la tierra, y su continua preservación como un pueblo escogido – ¿quién podría imaginar eventos más insólitos e improbables que estos? Dios dijo que ellas serían y en el tiempo correcto ellas sucedieron. En verdad, para Dios es tan fácil hacer una cosa como decirla. Cualquier cosa que Él promete, Él ciertamente la hará.

Con respecto a la variedad y riquezas de las promesas de la Escritura, mucho más podría ser dicho de lo que es posible decir en un mensaje corto como este. Su nombre es legión. El tema es casi inagotable. Hay escasamente un paso en la vida de un hombre desde su niñez a su vejez, difícilmente hay una posición en la cual pueda ser puesto para la cual la Biblia no dé fuerzas a todo aquel que desea hacer el bien a los ojos de Dios. Existen "shalls" and "wills" en el tesoro de Dios para cada condición.

Hay abundancia de promesas hechas por Dios en la Palabra, revelando Su carácter –especialmente su infinita misericordia y compasión. Hay promesas relativas a Su deseo de excusar, perdonar y absolver al más grande de los pecadores. Hay aliento para orar y oír el evangelio y acercarse al trono de gracia. Hay promesas por las cuales Él entrega

Fortaleza para cumplir el deber,

Alivio en los problemas,

Guía en la disyuntiva,

Ayuda en la enfermedad

Consolación en la muerte

Apoyo en los duelos

Felicidad más allá de la tumba

Recompensa en la gloria.

Sus promesas son tan abundantes que fallamos siquiera en tratar de concebirlas.

La promesa de nuestro Señor Jesucristo, que encabeza este mensaje, es de alguna manera peculiar. Es particularmente rica en estímulo para todos aquellos que sienten sed espiritual y desean ir a Él por alivio, y, por lo tanto, merece especial atención. La mayoría de las promesas de nuestro Señor se refieren en forma especial al beneficio de la persona a la cual son dirigidas. La promesa que está ante nosotros abarca un espectro mucho más amplio. Parece referirse a muchos otros que aquellos a los cuales habló. ¿Porque qué dice Él? "Aquel que cree en Mí, como las Escrituras han dicho (y en todas partes se enseña), de su interior correrán ríos de agua viva". Sin embargo Él habló del Espíritu que recibirían todos aquellos que en Él creyeran. Indudablemente estas palabras son figurativas, figurativas como las primeras palabras de la oración, figurativas, como la "sed" y "beber". Pero todas estas figuras de la Escritura contienen una gran verdad y lo que la figura ante nosotros quiso decirnos trataré ahora mostrar.

Yo creo que nuestro Señor quiso decir que aquel que fuera a Él por fe recibirá un abastecimiento abundante de todo lo que pudiera desear para el alivio de las necesidades de su propia alma. El Espíritu lo conducirá a Él con un sentido perenne de perdón, paz y esperanza que será en su hombre interior como un manantial que nunca se secará. Se sentirá tan completo con "las cosas de Cristo" que el Espíritu le mostrará (Jn. 16:15) que descansará de la ansiedad espiritual sobre la muerte, el juicio y la eternidad. Podrá tener sus momentos de oscuridad y duda, por sus propias debilidades o las tentaciones del demonio pero, hablando en general, una vez que haya ido a Cristo por fe, encontrará en el corazón de su corazón una fuente de consolación que no falla. Esto, entendámoslo, es la primera cosa que la promesa que estamos analizando contiene. "Tan solamente ven a Mí, pobre y ansiosa alma", nuestro Señor parece decir, "Tan sólo ven a Mí, y tu

ansiedad espiritual será aliviada. Pondré en tu corazón, por el poder del Espíritu Santo, tal sentido de perdón y paz, a través de Mi expiación e intercesión, que nunca más tendrás sed nuevamente. Podrás tener tus dudas y miedos y conflictos mientras estés en el cuerpo, pero una vez que hayas venido a Mí, y me hayas tomado como tu Salvador, nunca volverás a sentirte totalmente desesperanzado. La condición de tu hombre interno será de tal modo cambiada que sentirás como si dentro de ti existiera un manantial de agua siempre fluyendo".

¿Qué diremos a todas estas cosas? Declaro mi propia convicción que cuando un hombre o una mujer realmente van a Cristo por fe, encontrará esta promesa cumplida. Podrá sentirse posiblemente débil en gracia y tener muchos recelos acerca de su propia condición. Podrá posiblemente no atreverse a decir que está convertido, justificado, santificado y listo para la herencia de los santos en luz, sin embargo y precisamente por todo eso, digo rotundamente que el creyente en Cristo más humilde y feble tiene algo dentro de él de lo que no puede desprenderse aunque no pueda aún entenderlo completamente. ¿Y qué es ese "algo"? Es tan sólo el "río de agua viva", que comienza a correr en el corazón de cada hijo de Adán en cuanto va a Cristo y bebe. En este sentido, yo creo esta maravillosa promesa de Cristo se cumple siempre.

¿Pero es esto todo lo que está contenido en la promesa que encabeza este mensaje? No por cierto. Hay mucho más aún detrás. Hay más que viene. Creo que nuestro Señor intentó que entendiéramos que aquel que va a Él por fe no sólo tendrá un abundante suministro de todo lo que necesita para su propia alma sino que se volverá una fuente de bendición para las almas de otros. El espíritu que habita en él lo hará una fuente de bien para el prójimo, de forma tal que en el último día se dará cuenta que de él han fluido "ríos de agua viva".
Esta es la parte más importante de la promesa de nuestro Señor, que abre un tema del que raramente muchos cristianos no se dan cuenta o toman ventaja. No obstante es un tema de profundo interés y que merece más atención de la que recibe. Creo que es una verdad de Dios. Creo que como "ningún hombre vive para sí mismo" (Rom. 14:7) del mismo modo ningún hombre se convierte para sí mismo y que la conversión de un hombre o mujer siempre conduce, en la maravillosa providencia de Dios, a la conversión de

otros. No digo ni por un momento que todos los creyentes lo sepan. Pienso que es más probable que muchos vivan y mueran en la fe y no sean conscientes de que han hecho el bien a alguna alma. Creo que la mañana de la resurrección y del día del juicio, cuando la historia secreta de todos los cristianos sea revelada, probará que el significado pleno de la promesa que está delante de nosotros nunca falló. Dudo si existe un creyente que no haya sido para alguien otro un "río de agua viva", un canal a través del cual el Espíritu haya conducido la gracia salvadora. ¡Aún en el ladrón penitente, tan corto como fue su tiempo tras su arrepentimiento, ha sido una fuente de bendición para miles de almas!

a. Algunos creyentes son río de agua viva mientras están vivos. Sus palabras, su conversación, sus prédicas, sus enseñanza son todos medios por los cuales el agua de la vida ha fluido hacia los corazones de sus prójimos. Tales, por ejemplo, fueron los apóstoles, que no escribieron ninguna epístola y sólo predicaron la Palabra. Tales fueron Luther y Whitefield y Wesley y Berridge y Rowlands y miles de otros a los cuales no puedo referirme ahora particularmente.

b. Algunos creyentes son ríos de agua viva cuando mueren. Su coraje al enfrentar al rey de los terrores, su fuerza en los más dolorosos sufrimientos, su inquebrantable fidelidad a la verdad de Cristo aun en la estaca, su paz manifiesta al borde de la tumba – todo esto ha puesto a miles a meditar y ha conducido a cientos al arrepentimiento y a creer. Tales, por ejemplo, fueron los mártires primitivos a los que los emperadores romanos persiguieron. Tales fueron John Huss y Jerónimo de Praga (6). Tales fueron Carnmer, Ridley, Latimer, Hooper y la noble armada de los mártires de Marian (7). La obra que ellos hicieron con sus muertes, como Samson, fue mucho mayor que el trabajo que hicieron cuando vivieron.

c. Algunos creyentes son ríos de agua viva mucho después de su muerte. Ellos hacen el bien por sus libros y escritos en todo el mundo, mucho después que las manos que sostuvieron el lápiz son polvo. Tales hombres fueron Bunyan y Baxter y Owen y George Herbert y Robert M´Cheyne. Estos siervos benditos de Dios hacen mucho más bien probablemente con sus libros ahora de lo que lo hicieron con sus lenguas cuando estaban vivos. Estando muertos, aún hablan (Heb. 11:4).

d. Finalmente, hay algunos creyentes que son ríos de agua viva por belleza en su diario actuar y conducta. Existen muchos cristianos tranquilos, amables y consistentes que no hacen ruido ni se muestran al mundo y aun así suavemente ejercen una profunda influencia para bien en el mundo que los rodea. Ellos "ganan sin la Palabra" (1 Ped. 3:1). Su amor, su amabilidad, su temperamento dulce, su paciencia, su generosidad – hablan silenciosamente en un amplio círculo- y siembran semilla de pensamiento e introspección en muchas mentes. Fue el buen testimonio de una señora anciana que murió en gran paz, decir – al amparo de Dios- que ella debía su salvación al Sr. Whitefield, "No fue ningún sermón que predicó, no fue ninguna palabra que me haya dicho. Fue su hermosa consistencia y la bondad de su vida diaria en la casa donde estaba cuando yo era una niña. Me dije a misma "Si alguna vez tuviera alguna religión, el Dios del Sr. Whitefield sería mi Dios".

Mantengamos esta visión de la promesa de nuestro Señor y nunca la olvidemos. Ni por un momento piense que su propia alma es la única alma que será salvada si usted va a Cristo por fe y Lo sigue. Piense en la bendición de ser un río de agua viva para otros. ¿Quién puede decir que usted no puede ser el medio para llevar a muchos otros a Cristo? Viva y actúe y hable y ore y trabaje manteniendo esto continuamente en su mente.

Conocí una familia, compuesta del padre, la madre y diez hijos en la cual la verdadera religión comenzó con una de las hijas, y cuando comenzó ella permaneció sola y todo el resto de la familia estaba en el mundo. Y ahora, antes de su muerte, ella vio a sus dos padres y todos sus hermanos y hermanas convertidos a Dios, y todo esto, humanamente hablando, ¡comenzó por su influencia! Seguramente, a la luz de los hechos, no necesitamos dudar que un creyente puede ser para otros un río de agua viva. Las conversiones no pueden darse en su tiempo y usted puede morir sin verlas, no obstante, nunca dude que la conversión generalmente conduce a conversiones y que pocos van al cielo solos. Cuando Grimshaw of Haworth, el apóstol del norte, murió dejó a su hijo sin gracia y sin dios. Luego el hijo se convirtió, no habiendo olvidado el consejo y ejemplo de su padre. Y sus últimas palabras fueron "¿Qué dirá mi viejo padre cuando me vea en el cielo?" Tomemos el coraje y persistamos en la esperanza, creyendo la promesa de Cristo.

1. Y ahora, antes de cerrar este mensaje, dejeme formularle una pregunta simple. ¿Sabe algo de la sed espiritual? ¿Ha sentido alguna vez la genuina y profunda preocupación por su alma? Me temo que muchos no saben nada de esto. He aprendido, por la dolorosa experiencia de un tercio de siglo, que las personan pueden ir por años a la casa de Dios y aun así nunca sentir sus pecados o el deseo de ser salvado. Los cuidados de este mundo, el amor al placer, "la codicia por otras cosas" asfixian la buena semilla cada domingo y la hacen inútil. Vienen a la iglesia con corazones tan fríos como la piedra del pavimento en que caminan. Se alejan insensibles e irreflexivos como los viejos bustos de mármol que los miran desde los monumentos de las paredes. Bien, puede ser así, sin embargo no me desespero por nadie mientras viva. La gran vieja campana de la Catedral de San Pedro, que ha marcado las horas por tantos años, raramente es escuchada por alguno durante las horas de negocio del día. El rugir y el estruendo del tráfico en las calles tienen un extraño poder de amortiguar su sonido y evitar que los hombres la oigan. Sin embargo cuando el trajín diario termina, y las oficinas se cierran, las puertas se abren y los libros son dejados a un lado y la quietud reina en la gran ciudad – el caso es otro. En la medida en que la vieja campana retañe a las once, a las doce, a la una, a las dos y tres de la mañana, miles de los que no la escucharon durante el día la oyen. Y de ese modo confío yo será con muchos en materia de su alma. Ahora, en la plenitud de la salud y la fortaleza, en la prisa y torbellino de los negocios, me temo que la voz de su consciencia es a menudo ahogada y usted no puede oírla. Sin embargo vendrá el día cuando la gran campana de la conciencia se hará escuchar a sí misma, sea que le guste o no. El tiempo vendrá cuando, descansando en la quietud, y obligado por la enfermedad sentarse quieto, usted podrá ser forzado a mirar adentro y considerar los asuntos de su alma. Y entonces cuando la gran campana de la consciencia despierta esté sonando en sus oídos, confío que muchos de los hombres que leen este mensaje podrán oir la voz de Dios y se arrepentirán, aprendan a estar sedientos, y aprendan a ir a Cristo para alivio. ¡Si, oro a Dios para que usted aún pueda recibir la enseñanza de alimentarse antes de que sea demasiado tarde!

2. Pero, ¿siente algo en este momento? ¿Está su conciencia despierta y trabajando? ¿Es sensible a la sed espiritual y anhela el alivio? Entonces escuche la invitación que le traigo en el nombre

de Mi maestro hoy: "Si cualquier hombre, sin importar quién es, si cualquiera, alto o bajo, rico o pobre, letrado o iletrado, si cualquier hombre tiene sed, venga a Cristo y beba". Escuche y acepte esta invitación sin tardanza. No espere por nada. No espere a nadie. ¿Quién puede decir que usted no esperará por "la ocasión adecuada" hasta que sea demasiado tarde? La mano del Redentor viviente está abierta desde el cielo, no obstante, puede ser retirada. La fuente está abierta ahora pero puede ser cerrada pronto y para siempre. "Si cualquier hombre tiene sed, que venga y beba" sin tardanza. Aunque haya sido un gran pecador y se haya resistido a las advertencias, consejos y sermones, aun así venga. Aunque haya pecado contra la luz y el conocimiento, contra el consejo del padre y las lágrimas de su madre, aunque haya vivido muchos años sin orar, aun así venga. No diga que no sabe cómo venir, que usted no entiende qué es creer, que debe esperar a entender mejor. ¿Dirá un hombre cansado que está demasiado cansado para recostarse o un hombre que se ahoga que no sabe cómo tomarse de la mano que se estira para ayudarlo, o un marinero de un barco que naufraga con un bote de salvavidas al costado que no sabe cómo saltar dentro de él? ¡Oh, deseche estas excusas vanales! ¡Levántese y venga! La puerta no está cerrada. La fuente aún no está cerrada. El Señor Jesús lo invita. Es suficiente que sienta la sed y el deseo de ser salvado. Venga, venga a Cristo sin tardanza. ¿Quién vino alguna vez a la fuente por pecar y la encontró seca? ¿Quién alguna vez volvió insatisfecho?

3. ¿Ha venido a Cristo y encontrado alivio? Entonces venga más cerca, más cerca aún. Mientras tenga una comunión más cercana con Cristo más reconfortado se sentirá. Mientras más cerca viva usted diariamente de la fuente más sentirá en su interior una fuente de agua que lo conduce a la vida eterna" (Jn. 4:14). No sólo usted será bendecido sino que será una fuente de bendición para otros.

En este mundo maligno puede, quizá, no sentir la comodidad perceptible que pueda desear, sin embargo recuerde que usted no puede tener dos cielos. La felicidad perfecta está aún por llegar. El demonio no está aún atado. Hay un buen tiempo por venir para todos aquellos que sienten sus pecados y van a Cristo, y someten sus almas sedientas a Su cuidado. Cuando Él venga nuevamente, ellos estarán completamente satisfechos. Recordarán todo el camino por el cual han sido conducidos y verán lo necesario que fue

todo lo que les ha sucedido. Por sobre todo, se preguntarán cómo pudieron alguna vez haber vivido tanto tiempo sin Cristo, y haber dudado de ir a Él.

Hay un paso en Escocia, llamado Glencroe, que provee una hermosa ilustración de lo que el cielo será para las almas que vienen a Cristo. El camino a Glencroe conduce al viajero hasta un largo y empinado ascenso, con muchas pequeñas vueltas y curvas en su curso. No obstante cuando se alcanza la cima, una piedra a la vera del camino contiene estas simples palabras engravadas en ella: "Descanse y sea agradecido". Esas palabras describen los sentimientos con los cuales cada sediento que viene a Cristo entrará al cielo. La cumbre del camino angosto será toda nuestra. Cesaremos nuestros viajes agotadores y nos sentaremos en el reino de Dios. Miraremos atrás todo el camino de nuestras vidas con agradecimiento y veremos la perfecta sabiduría de cada paso en el espinado ascenso por el cual fuimos conducidos. Olvidaremos el gran esfuerzo del viaje cuesta arriba cuando estemos en el descanso glorioso.

Aquí, en este mundo, nuestro sentido de descanso en Cristo –en su mayor manifestación- es débil y parcial. Algunas veces, apenas si saboreamos plenamente las aguas vivas, no obstante cuando aquello que es perfecto venga, lo que es imperfecto será desechado. Cuando despertemos a Su semejanza estaremos satisfechos (Sal 17:15). ¡Beberemos del río de Sus placeres y no tendremos sed nunca más!

———————–

1 En el mes séptimo, al primero del mes tendréis día de reposo, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación. El primer día después de estos siete meses y quince días, se celebra un día de santa convocación; este día es el día en que una persona ya sabe que ama a Dios y que va a servir en su vida para llevar la Palabra de Dios a los demás y que andará con Cristo compartiendo el yugo por amor a Jesús y a sus hermanos. A partir de este día de santa convocación o sábado, se viven siete días de ofrenda encendida a Dios; estos son los días de vida a partir de ese momento de solidaridad con Cristo, hasta el último día de vida de ese hijo de Dios en la Tierra. El octavo día será el día de reposo en que vendrá Jesucristo en el fin del tiempo, y se alegrarán

Dios y los suyos de toda la bendición que ha venido a las almas por el Amor de Aquél que es nuestra fuente de Vida.

2 Los fariseos eran una comunidad judía que existió hasta el segundo siglo de la era presente. El grupo atribuía su inicio al período de la cautividad babilónica (587 a. C.-536 a. C.). Fueron coetáneos de los saduceos, esenios y zelotes. Este grupo es citado numerosas veces en los Evangelios cristianos. A diferencia de los saduceos (o zadokitas), los fariseos lograron que sus interpretaciones fueran aceptadas por la mayoría de los judíos. Por ello, tras la caída delTemplo, los fariseos tomaron el control del judaísmo «oficial», y transformaron el culto. El más alto representante del judaísmo era el Sumo Sacerdote, cargo que a la destrucción del templo se volvió innecesario; así el culto pasó a la sinagoga.

Los saduceos eran los miembros de la clase alta de la sociedad judía de esa época, por lo que todos los conquistadores buscaron su apoyo para poder someter al pueblo. Esta era efectivamente la política de este grupo, es decir, eran los colaboracionistas que se sometían al poder extranjero, ya fueran griegos o romanos, y adoptaban sus modas y cultura, por lo que eran muy odiados por el grupo más extremista, los zelotes. Esta sumisión al poder les permitía tener los cargos públicos más importantes; el sumo sacerdote era miembro de este grupo, así como la aristocracia y los principales propietarios de tierras. En la época en que vivió Jesús (siglo I d.C.) se encontraban muy reducidos en su poderío, ya que los romanos les habían quitado su poder político y parte de su poder religioso (los romanos se reservaban el poder de elegir al sumo sacerdote); además, habían perdido su influencia religiosa ante el pueblo en manos de los fariseos. Casi todos ellos residían en Jerusalén.

3 Los disidentes ingleses, también llamados inconformistas, eran cristianos ingleses que se habían separado de la Iglesia de Inglaterra en el siglo XVI, XVII y XVIII. Fueron reformadores que se opusieron a la interferencia del Estado en los asuntos religiosos, incluso en asuntos no religiosos, y fundaron sus propias comunidades autónomas del poder episcopal y político.

Habiendo deseado una mejor y más pura reforma en la Iglesia inglesa, muchos se sintieron defraudados por las decisiones

políticas que tomaba la monarquía para tener mayor control de la Iglesia. Algunos grupos religiosos actuales tuvieron su origen en esa época. Entre ellos están: Adamitas, Anabaptistas, Bautistas, Congregacionalistas, Cuáqueros, Metodistas, Moravianos, Presbiterianos, Puritanos

4 Samuel Clarke (1684-1759) fue un clérigo Inconformista inglés. Su hombre ha sido frecuentemente confundido con el filósofo y prominente clérigo ingles del mismo nombre. El autor de las Promesas de ls Escrituras puso en orden todas las más útiles e importantes promesas contenidas en la Palabra de Dios: Los más poderosos motivos del deber, el alimento constante para un cristiano vivientes, y también sus más preciados cordials en horas de desfallecimiento.

5 Shall y Will son verbos modales de futuro en el idioma inglés. Shall en formación del futuro se considera como una forma formal para los pronombres personales Yo y Nosotros. Will es el verbo modal para formar futuro o futuro perfecto más ampliamente utilizada.

6 Jan Hus - Juan Huss o Juan de Hussenitz, (1370-1415) fue un teólogo, filósofo, reformador y predicador checo, que se desempeñó como maestro en la Universidad Carolina de Praga. Es considerado como un precursor de la Reforma Protestante. Fue ordenado sacerdote en 1400 y nombrado predicador, primero en la iglesia de San Miguel y luego en una capilla, en 1402. Allí criticaba la corrupción moral de la Iglesia, los abusos que cometía y la riqueza que estaba acumulando. Hus quería que la Iglesia católica fuera pobre, que todo lo que hiciera estuviera claramente basado en el Evangelio; además, criticaba la venta de indulgencias. Participó en los grupos que surgieron en la escuela de predicadores de Milia de Kromeriz, que querían volver a la pureza de los primeros años del cristianismo y se oponían a los grandes dirigentes de la Iglesia. Predicaba acerca de Jesucristo, y decía que el papa, con su corrupción y sus muchos pecados y errores que enseñaba a las personas, era la encarnación del Anticristo. En 1401 obtuvo el cargo de decano de la Facultad de Arte y Filosofía, y en 1409 fue nombrado rector de la Universidad de Praga. Hus encabezó desde 1408 un movimiento basado en las ideas de John Wycliff denominado husismo y sus seguidores fueron llamados husitas, los cuales se multiplicaron en momentos en que la Iglesia católica

sufría la crisis del Cisma de Occidente, cuando había dos papas, a los que en 1409 se agregó un tercero, Alejandro V. El emperador Segismundo le ofreció un salvoconducto para que Hus acudiera al Concilio de Constanza a explicar sus postulados, pero en el Concilio, Hus se negó a retractarse y por ello fue condenado por herejía. El rey Segismundo de Hungría lo acusó de traición y le condenó a morir en la hoguera, ejecutándose la sentencia el 6 de julio de 1415.

Jerónimo de Praga (Praga, República Checa; 1360 – Constanza, Alemania; 30 de mayo de 1416) predicador bohemio, seguidor de John Wycliffe y defensor de la tesis de Juan Hus. En su juventud conoció a Hus en la Universidad de Praga. Estudió en la Universidad de Oxford, Inglaterra, donde conoció la dotrina de Wycliffe, la cual llevó a Bohemia. Defendió la tesis husita en distintos lugares de Europa, para finalmente presentarse junto a Hus ante el concilio de Constanza en Alemania, donde ambos fueron condenados a la hoguera por herejía. Fue al suplicio cantando, iluminado el rostro de gozo y paz.

7 Las persecuciones de María se llevaron a cabo en contra los reformadores de la religion protestante por su fe durante el reinado de María I de Inglaterra (1553-1558). Los excesos de este periodo están registrados en el Libro de los Martíres de Foxe. Los protestantes en Inglaterra y Gales fueron ejecutados bajo la legislación pro-católica que castigaba a cualquiera que fuera encontrado culpable de herejía con la fe católica. Esta legislación imponía el castigo inusual de quemar al condenado, sistema usado por la inquisición española. En Ingletrra en ese tiempo, el estándar de penalidad para los convictos de traición era la ejecución siendo colgados, torturados y descuartizados.

18. ¡INESCRUTABLES RIQUEZAS!

"¡A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada la gracia de predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo!" Efesios 3:8.

Si escucháramos por primera vez la lectura de esta frase, pienso que todos sentiríamos que ella es una muy notable aunque no supiéramos por quien fue escrita. Es notable basada en las vivas y asombrosas figuras de lenguaje que contiene. "Menos que el más pequeño de todos los santos", "inescrutables riquezas de Cristo", son realmente "pensamientos que respiran y palabras que arden".

La frase es doblemente notable cuando consideramos al hombre que la escribió. El escritor no fue nadie menos que el gran apóstol de los gentiles, Pablo, el líder de la noble y pequeña armada judía, que anduvo en Palestina hace ocho siglos atrás, que puso al mundo de cabeza, ese buen soldado de Cristo que dejó una profunda marca en la humanidad que ningún otro nacido de mujer pudo, excepto su Maestro sin pecado – una marca que se destaca hasta este mismo día. Es por seguro que tal expresión de la pluma de tal hombre demanda una atención especial.

1. Notemos lo que Pablo dice de sí mismo.

El lenguaje que usa es particularmente potente. El fundador de famosas iglesias, el escritor de catorce inspiradas epístolas, el hombre que no estaba "detrás de los mismos grandes apóstoles", "en obras más abundantes, en parámetros fuera de medida, en prisión frecuentemente, a menudo enfrentando la muerte" – el hombre que "usó y fue usado" por las almas, y "consideró todas las cosas perdidas por Cristo", el hombre que podría verdaderamente decir "Para mí vivir es Cristo y la muerte es ganancia" – ¿Qué es lo que encontramos diciéndonos sobre sí mismo? Emplea un enfático comparativo y superlativo. Dice "soy menos que el menor de todos los santos". ¡Cuán pobre criatura es el menor de los santos! Y aun así Pablo dice "soy menos que ese hombre".

Un lenguaje como este, sospecho, es casi ininteligible para muchos que profesan y se llaman a sí mismos cristianos. Igualmente ignorantes de la Biblia y de sus propios corazones – no pueden entender lo que un santo quiere decir cuando habla tan humildemente de sí mismo y de sus logros. "Es sólo una forma de hablar", dirán, "Sólo puede significar lo que Pablo solía ser, cuando era un novicio y comenzó a servir a Cristo". Es tan cierto que "el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios" (1ª Cor 2:14). Las oraciones, las alabanzas, los conflictos, los miedos, las esperanzas, los gozos, las penas del verdadero cristiano, la completa experiencia de la séptima a los romanos –todas, todas son "tonterías" para el hombre del mundo. Tal y como un hombre ciego no puede juzgar una obra de arte, y el sordo no puede apreciar el Mesías de Handel de ese modo un inconverso no puede comprender cabalmente tan humilde estimación de un apóstol.

Sin embargo nosotros podemos estar seguros de que lo que Pablo escribió con su pluma lo sintió realmente en su corazón. El lenguaje de nuestro texto no es aislado. Es aún excedido en otros párrafos. A los filipenses él dice: "No lo he logrado ya, ni tampoco soy perfecto aún". A los corintios, él dice: "Soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol". A Timoteo le dice: "¡Soy el mayor de los pecadores!". A los romanos, grita: "¡Oh miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Fil. 3:12, 1 Cor 15:9, 1 Tim 1:15, Rom. 7:34). La simple verdad es que Pablo vio en el interior de su propio corazón muchos más defectos y debilidades que aquellas que vio en cualquier otro. Los ojos de su entendimiento estaban tan completamente abiertos por el Espíritu Santo de Dios que detectó ciento de cosas malas en sí mismo, que los torpes ojos que cualquier otro hombre nunca observaron en absoluto. En breve, poseyendo gran luz espiritual – él tuvo una mirada interna de su corrupción natural propia y se revistió de la cabeza a los pies con humildad (1 Ped 5:5).

Ahora entendamos claramente que una humildad como la de Pablo no era una característica peculiar sólo del gran apóstol de los gentiles. Por el contrario, es una de las señales destacadas de todos los santos eminentes de Dios de cada época. Mientras más gracia verdadera tienen los hombres en sus corazones, más profundo es el sentido de pecado. Mientras más luz del Espíritu

Santo se derrama en sus almas, más disciernen sobre sus propias debilidades, deshonra y oscuridad. El alma muerta no siente ni ve nada; con la vida espiritual sobreviene una clara visión, una conciencia abierta y una sensibilidad espiritual. Observen cuán humildes expresiones Abraham y Jacob y Job y David y Juan El Bautista usaron para expresarse de sí mismos. Estudie las biografías de los santos modernos como Bradford y Hooker y George Herbert y Beveridge y Baxter y McCheyne. Note cómo una característica común del carácter les pertenece a todos ellos – un profundo sentido del pecado.

Profesantes superficiales y huecos al calor de su primer amor, pueden hablar, si llegan a hacerlo, de "perfección". Los grandes santos, en cada época de la historia de la iglesia, de Pablo hasta hoy, siempre se han "revestido con humildad".

Aquel que desea ser salvo, entre los lectores de este mensaje, que sepa este día que los primeros pasos hacia el cielo son un profundo sentido de pecado, y una humilde estima de sí mismos. Que deseche esa débil y tonta tradición de que el principio de la religión es sentirse "bueno". Mejor es que se agarre del gran principio de las Escrituras, que todos debemos comenzar sintiéndonos "malos" y que sólo hasta que nos sintamos realmente "malos" no sabremos nada de la verdadera bondad o del cristianismo salvador. Feliz es aquel que ha aprendido a acercarse a Dios con la oración del recolector de impuestos: "¡Dios, se misericordioso conmigo, un pecador!" (Luc. 18:13)

Busquemos la humildad. Ningún don se ajusta al hombre tan bien. ¿Qué somos que debemos ser orgullosos? De todas las criaturas nacidas en este mundo ninguna es tan dependiente como el hijo de Adán. Físicamente hablando, ¿qué cuerpo requiere tal cuidado y atención y es un deudor diario de la mitad de la creación para alimentarse y vestirse como el cuerpo del hombre? Mirándolo mentalmente, ¡cuán poco sabe el hombre más sabio (y ellos son sólo unos pocos), y cuán ignorante es la vasta gran mayoría de la humanidad, y cuánta miseria crean para su propia locura! "Nosotros somos de ayer" dice el libro de Job, " y no sabemos nada" (Job 8:9). Por seguro no hay sobre la tierra o en el cielo un ser creado que deba ser tan humilde como el hombre.

Busquemos todos más humildad si no sabemos nada de ella ahora. Mientras más tengamos de ella, más parecidos a Cristo seremos. Fue escrito de nuestro bendito Maestro (aunque en Él no había pecado) que "siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y tomó la forma de un siervo, y fue hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, Él se humilló a Sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, aún muerte de cruz" (Fil. 2:6-8). Recordemos las palabras que anteceden este pasaje, "Haya, pues, en ustedes este sentir que hubo también en Cristo Jesús".

Dependiendo de esto, mientras más cerca del cielo se acerquen los hombres más humildes se vuelven. En la hora de la muerte, con un pie en la tumba, con algo de la luz del cielo brillando sobre ellos, cientos de los grandes santos y dignatarios eclesiásticos –hombres como Selden, el Obispo Butler, el Arzobispo Longley –dejaron testimonio de su confesión que nunca hasta esa hora ellos vieron sus pecados tan claramente, y sintieron tan profundamente su deuda a la misericordia y gracia. ¡Sólo el cielo, supongo, nos enseñará completamente cuan humildes debemos ser! Sólo entonces, cuando estemos dentro del velo y miremos hacia atrás todo el camino por el cual nuestra vida fue conducida, solamente entonces entenderemos completamente la necesidad y belleza de la humildad. Un lenguaje potente como el de Pablo no nos parecerá tan potente en ese día. ¡No, verdaderamente! Dejaremos nuestras coronas ante el trono y nos daremos cuenta lo que un gran divino quiso decir cuando dijo "en el cielo, el himno será: ¡Lo que Dios ha forjado!"

2. Notemos lo que Pablo dice de su oficio ministerial

Hay una gran simpleza en las palabras del apóstol sobre este tema. Dice "La gracia me fue dada que yo deba predicar". El significado de esta oración es simple: "Me ha sido conferido el privilegio de ser un mensajero de buenas noticias. He sido encomendado para ser un heraldo de buenas nuevas". Nosotros no podemos dudar, por supuesto, que la concepción de Pablo de su oficio ministerial incluía el hacer de todas las otras cosas necesarias para la edificación del cuerpo de Cristo. No obstante aquí, como en otros pasajes de la Biblia, es evidente que la idea principal que estaba en su mente era que el gran objetivo de un ministro del Nuevo Testamento es ser un predicador, un evangelista, un embajador de Dios, el mensajero de

Dios y un proclamador de las buenas nuevas de Dios al mundo caído. Él dice en otro pasaje: "Cristo no me ha enviado a bautizar sino a predicar el evangelio" (1 Cor. 1:17).

a. Establezcamos firmemente en nuestras mentes que el oficio ministerial es una institución bíblica. No necesito afanarlo con citas para probar este punto. Simplemente le aconsejo leer las Epístolas a Timoteo y Tito y juzgar por usted mismo. Si estas epístolas no autorizan un ministro, a mi entender no hay ningún significado en las palabras. Escoja un jurado de los primeros doce hombres inteligentes, honestos, humildes, no prejuiciosos que usted pueda encontrar y deles el Nuevo Testamento para que examinen esta cuestión por sí mismos: "¿Es el ministerio cristiano una cosa bíblica o no?". No tengo ninguna duda de cuál sería su veredicto.

b. Establezcamos firmemente en nuestras mentes que el oficio ministerial es la provisión más sabia y útil de Dios. Este asegura la mantención regular de todas las ordenanzas y medios de gracia de Cristo. Provee una maquinaria perenne para promover el despertar de los pecadores y la edificación de los santos. La experiencia prueba que el negocio de todos pronto se vuelve el negocio de nadie: y si esto es verdadero en otras materias no es menos cierto en los asuntos religiosos. Nuestro Dios es un Dios de orden, y un Dios que trabaja por medios, y no tenemos derecho a esperar que Su causa sea guardada por constantes interposiciones milagrosas mientras Sus siervos permanecen ociosos. Para una prédica ininterrumpida de la Palabra y la administración de los sacramentos ningún plan es mejor que la designación de un orden regular para los hombres que deben dedicarse completamente al negocio de Cristo.

c. Establezcamos firmemente en nuestras mentes que el oficio ministerial es un privilegio honorable. Es un honor ser el embajador de un rey –la misma persona de un oficial de estado es respectada y llamada legalmente sacro. No obstante, ¡cuán honor mayor es ser embajador del Rey de reyes y proclamar las buenas nuevas de la conquista lograda en el Calvario! Servir directamente a tal Maestro, llevar ese mensaje, saber que los resultados de nuestro trabajo, si Dios lo bendice, son eternos – Esto es realmente un privilegio. Otros pueden trabajar por una corona corruptible pero un ministro de Cristo trabaja por una corona incorruptible.

Nunca la tierra está en peor condición que cuando los ministros de religión han causado que su tarea sea ridiculizada y despreciada. Es una tremenda palabra de Malaquías: "Los he hecho despreciables y bajos ante todo el pueblo, porque no han guardado mis caminos" (Mal. 2:9). No obstante, ya sea que los hombres oigan o se abstengan de hacerlo, el oficio de un embajador es honorable. Fue un buen decir el de un viejo misionero en su lecho de muerte, que murió a los 96 años, "la mejor de las cosas que un hombre puede hacer es predicar el evangelio".

Termino esta etapa de mi tema con la sincera solicitud para que todos aquellos que oran nunca olviden hacer suplicas y oraciones e intercesiones por los ministros de Cristo, que nunca haya carencia de la necesaria provisión de ellos en nuestra tierra y en el campo misionero, que ellos puedan guardar su fe a toda prueba y la santidad en sus vidas y que ellos puedan tener cuidado de sí mismos así como de la doctrina (1 Tim 4:16).

¡Oh, recuerden que mientras nuestro oficio es honorable, útil y bíblico es también uno de profunda y dolorosa responsabilidad! Cuidamos las almas como aquellos que deben dar cuenta en el día de juicio (Heb. 13:17). Si las almas se pierden por nuestra infidelidad, su sangre será requerida de nuestras manos. Si tan solamente tuviéramos que leer servicios y administrar sacramento, o usar una vestimenta en particular y desarrollar un ciclo de ceremonias y ejercicio corporal y gestos y posturas, nuestra posición sería comparativamente ligera. No obstante no es nada de esto. Debemos:

Impartir el mensaje de nuestro Maestro,

No retener nada que sea ganancia,

Y declarar todo al concejo de Dios.

Si dijéramos a nuestras congregaciones menos que la verdad y más que la verdad – podemos arruinar por siempre las almas inmortales. Vida y muerte están en el poder de la boca del predicador. "¡Aflicción venga sobre nosotros si no predicamos el evangelio!" (1 Cor. 9:16).

Una vez más les digo, oren por nosotros. ¿Quién es suficiente apto para estas cosas? Recuerden el viejo dicho de los padres: "nadie está en más peligro espiritual que los ministros". Es fácil criticar y encontrar fallas en nosotros. Tenemos un tesoro en los barcos terrenales. Somos hombres de pasiones iguales a las de ustedes y no somos infalibles. Oren por nosotros en estos días difíciles, tentadores, y polémicos; que nuestras congregaciones nunca tengan falta de pastores que sean sólidos en la fe, tan fuertes como leones, tan "sabios como las serpientes y aun así inofensivos como las palomas" (Mat. 10:16). El mismo hombre que dijo "Por gracia predico" es el mismo hombre que dijo, en otro lugar, "oren por nosotros, para que la Palabra de Dios pueda tener curso libre y sea glorificada…. Y que nosotros podamos ser librados de los hombres irrazonables y perversos porque la fe no es de todos los hombres" (2 Tes 3:1,2).

3. Finalmente, notemos lo que Pablo dice del gran tema de su prédica. Él lo denomina: "inescrutables riquezas de Cristo".

Que el hombre convertido de Tarso deba predicar a "Cristo" no es más de lo que podríamos esperar de sus antecedentes. Habiendo encontrado él mismo paz a través de la sangre de la cruz, podemos estar seguros que siempre contaría a otros la historia de la cruz. Nunca desperdició el precioso tiempo en exaltar una moralidad sin raíces, en vagas abstracciones y perogrulladas vacías –como los "gérmenes de bondad en la naturaleza humana" y todo lo similar a esto. Siempre abordó la raíz del tema y mostró a los hombres…

Su gran enfermedad familiar,

Su desesperado estado como pecadores y

La necesidad del gran Médico para un mundo enfermo de pecado.

Que él deba predicar de Cristo entre los gentiles, nuevamente está en congruencia con todo lo que sabemos de su línea de acción en todos los lugares y entre la gente. Dondequiera que viajó y se detuvo a predicar –en Antioquía, en Listra, en Filipos, en Atenas, en Corintos, en Éfeso, entre griegos y romanos, entre letrados e iletrados, entre estoicos o epicúreos, ante ricos o pobres, bárbaros, escitas, esclavos o libres – Jesús y Su muerte vicaria, Jesús y Su resurrección – fueron la médula de sus sermones. Aunque

variando el modo de dirigirse de su audiencia, como él sabiamente hizo, el meollo y corazón de sus prédicas fue Cristo crucificado.

Sin embargo, en el texto que está ante nosotros, usted observará que usa una expresión muy particular, una expresión que incuestionablemente es única en sus escritos: "las inescrutables riquezas de Cristo". Es el lenguaje fuerte y quemante de uno que siempre recordó su deuda por la misericordia y gracia de Cristo, y amó mostrar en sus palabras cuán intensamente sintió esto. Pablo no era un hombre que actuara o hablara a medias. Nunca olvidó el camino a Damasco, la visita del buen Ananías, las escamas cayendo de sus ojos, y su propio y maravilloso paso de la muerte a vida. Estas cosas están siempre vivas y frescas en su mente y por eso no sólo se contenta en decir "la gracia me es dada para predicar a Cristo" sino que lo amplía y lo llama "las inescrutables riquezas de Cristo".

Pero ¿qué quiso decir el apóstol cuando habló de "inescrutables riquezas"? Esta es una pregunta difícil de responder. No hay dudas de que vio en Cristo una provisión ilimitada para todas las necesidades del alma del hombre y que no tenía otra forma de expresar su significado. Desde cualquier punto que el contemplara a Cristo – vio en Él mucho más de lo que la mente pudiera concebir, o la lengua decir. Lo que en forma precisa intentó decir es necesariamente una materia de conjetura. Sin embargo, puede ser útil establecer en detalle algunas de las cosas que muy probablemente estaban en su mente. Podría ser, será y debe ser útil. Después de todo, recordemos, esas riquezas de Cristo son riquezas que usted y yo necesitamos en Inglaterra casi tanto como Pablo y, lo mejor de todo, estas riquezas sean atesoradas en Cristo por usted y por mí, tanto como lo fueron en el comienzo. Están aún allí. Aún son ofrecidas libremente a todos aquellos que están deseosos de tenerlas. Aún son la propiedad de cada uno que se arrepiente y cree. Miremos brevemente algunas de ellas.

a. Primero y antes que todo, establezca en su mente que existen inescrutables riquezas en la PERSONA de Cristo. La unión milagrosa de un Hombre perfecto con un Dios perfecto en nuestro Señor Jesucristo es un gran misterio, sin dudas, que para entenderlo no tenemos clave alguna. Es una cosa elevada que no podemos asir. Pero, tan misteriosa como esta unión pueda ser, es una mina de aliento y consolación para todos aquellos que puedan

considerarla correctamente. Infinito poder e infinita compasión están juntas y combinadas en nuestro Salvador. Si hubiese sido solamente Hombre, no hubiera podido salvarnos. Si Él hubiese sido solamente Dios (y lo digo con reverencia), Él no nos habría podido "tocar con el sentido de nuestras debilidades" tampoco "sufrido la tentación Él mismo" (Heb. 4:15, 2:18). Como Dios, Él es poderoso para salvar; como Hombre, Él está exactamente adecuado para ser nuestra Cabeza, Representante y Amigo. Dejemos que aquellos que nunca piensan profundamente, se mofen -si desean- con contiendas sobre nuestros credos y teología dogmática. Pero permitamos que aquellos cristianos meditabundos nunca se avergüencen de creer y sean firmes en la doctrina rechazada de la Encarnación y la unión de dos naturalezas en nuestro Salvador. Es una rica y preciosa verdad que nuestro Señor Jesucristo es ambos "Dios y Hombre".

b. A continuación, establezca en su mente que hay inescrutables riquezas en el TRABAJO que Cristo hizo por nosotros cuando vivió entre nosotros, murió y resucitó. Verdaderamente y de verdad, Él terminó el trabajo que Su Padre le encomendó hacer (Jn. 17:4):

El trabajo de expiación de pecado,

El trabajo de reconciliación,

El trabajo de redención,

El trabajo de satisfacción

El trabajo de sustitución del "justo por el injusto".

Sé que agrada a algunos hombres calificar estas breves frases "como términos teológicos inventados por el hombre, dogmas humanos" y todo lo parecido. No obstante, ellos encontrarán difícil de probar que cada una de estas tan utilizadas frases sinceramente no contienen la sustancia de los textos simples de la Escritura, las cuales -por efectos de la conveniencia, como la palabra "Trinidad"- los teólogos han unido en una sola palabra. Y cada frase es muy rica.

c. Establezca en su mente, luego, que hay inescrutables riquezas en los OFICIOS que en este momento Cristo cumple, puesto que Él

vive para nosotros a la mano derecha de Dios. En uno Él es nuestro Mediador, nuestro Abogado, nuestro Sacerdote, nuestro Intercesor, nuestro Pastor, nuestro Obispo, nuestro Médico, nuestro Capitán, nuestro Rey, nuestro Maestro, nuestra Cabeza, nuestro Precursor, nuestro Hermano Mayor, el Novio de nuestras almas. Sin duda estos oficios no tienen valor para aquellos que no saben nada de la religión esencial. Pero, para aquellos que viven la vida de la fe y buscan primero el reino de Dios, cada oficio es tan precioso como el oro.

d. Establezca, a continuación, en su mente que existen inescrutables riquezas en los NOMBRES y TÍTULOS que le son conferidos a Cristo en las Escrituras. Su número es muy grande, cada lector cuidadoso de la Biblia lo sabe, y yo no puedo, por supuesto, pretender más que hacer una selección de unos pocos de ellos. Piense un momento en títulos como:

El Cordero de Dios,

El Pan de vida,

La Fuente de aguas vivas,

La Luz del mundo,

La Puerta,

El Camino,

El Vino,

La Piedra angular,

La Toga del cristiano,

El Altar del cristiano.

Piense en todos estos nombres, le digo, y considere cuánto ellos significan. Para el hombre descuidado, mundano no son más que "palabras", nada más, no obstante para el verdadero cristiano cada título, si es escudriñado y meditado, contiene en su seno una riqueza de bendita verdad.

e. Finalmente, establezca en su mente que hay inescrutables riquezas en las peculiares cualidades, ATRIBUTOS, disposiciones e intenciones de la mente de Cristo hacia el hombre, como las encontramos reveladas en el Nuevo Testamento.

En Él hay…

Riquezas en misericordia, amor y compasión por los pecadores,

Riquezas en poder para limpiar, indultar, perdonar y salvar hasta la infinitud,

Riquezas en buena voluntad para recibir a todos aquellos que vayan a Él arrepentidos y creyendo,

Riquezas en el atributo de cambiar por medio de Su Espíritu la dureza de los corazones y el peor de los caracteres,

Riquezas en la paciencia tierna para lidiar con el creyente más débil,

Riquezas en la fortaleza para ayudar a Su pueblo hasta el final, a pesar de cada enemigo….

Riquezas en compasión para todos aquellos que están desanimados y llevan sus problemas a Él,

y finalmente pero no menor,

Riquezas de gloria en recompensa, cuando Él venga nuevamente para levantar a los muertos y reunir a Su pueblo para que esté con Él en Su Reino.

¿Quién puede estimar estas riquezas? Los hijos de este mundo pueden mirarlas con indiferencia y volverse con desdén; pero aquellos que sienten el valor de sus almas saben más. Ellos dirán a una voz "¡No hay mayores riquezas que aquellas que están dispuestas en Cristo para Su pueblo!".

Porque, lo mejor de todo, estas riquezas son inescrutables. Son una mina, que no importa cuánto se explote, nunca se agotará.

Son una fuente, que no importa cuánta agua drene, nunca se secará. El sol en los cielos ha estado brillando por seis mil años y ha dado su luz y vida y calor y fertilidad a la superficie completa de la tierra. No hay un árbol o flor en Europa, Asia, África o América que no sea deudora del sol. Y aún el sol brilla generación tras generación, estación tras estación, elevándose y poniéndose con una regularidad inquebrantable, dando a todos, tomando de nadie y para los ojos ordinarios, la misma luz y calor que fue en el día de la creación. Es grandioso benefactor común de la humanidad.

De la misma forma es -si cualquiera ilustración puede aproximarse a la realidad-, de la misma forma es con Cristo. Él es aún "el Sol de justicia" para la humanidad (Mal. 4:2). Millones se han acercado a Él en el pasado y buscándolo han vivido bien y han muerto bien. Millares en este momento están sacando de Él la porción diaria de misericordia, gracia, paz, fortaleza y ayuda, y encuentran "toda plenitud" al habitar con Él. Y siendo así, la mitad de la riquezas que yacen en Él para la humanidad, no lo dudo, son totalmente desconocidas". Es seguro que el apóstol usó bien esa frase "las inescrutables riquezas de Cristo".

Ahora concluyo este mensaje con tres palabras de APLICACIÓN PRÁCTICA. Por razones de conveniencia, las pondré en la forma de pregunta e invito a cada lector de este mensaje a examinarlas tranquilamente y tratar de darles una respuesta.

1. Primero, déjenme preguntarles: ¿Qué piensan de USTEDES MISMOS? Ustedes han visto y escuchado lo que Pablo pensó de sí mismo. Ahora, ¿cuáles son sus pensamientos respecto de ustedes mismos? ¿Han descubierto esa verdad grande y fundamental que son pecadores, pecadores culpables a la vista de Dios?

El grito por más educación en el presente es fuerte e incesante. La ignorancia es universalmente condenada. No obstante, y ustedes pueden estar seguros, no hay ignorancia tan común y tan engañosa como la ignorancia sobre nosotros mismos. Sí, los hombres pueden conocer todas las artes y ciencias y lenguajes y economía política y política y aun así ser miserablemente ignorantes de sus propios corazones y de su propio estado delante de Dios.

Tengan por seguro que el conocimiento propio es el primer paso hacia el Cielo. Conocer la perfección inefable de Dios y nuestra

propia e inmensa imperfección, ver nuestra propia inefable defectuosidad y corrupción es el ABC de la religión salvadora. Mientras más real sea nuestra visión de nosotros mismos más humildes y modestos seremos, y más entenderemos el valor de esta cosa despreciada, el evangelio de Cristo. Aquel que piensa lo peor de sí mismo y de sus acciones, es quizá el mejor cristiano ante Dios. Bien harían muchos, si oraran noche y día esta simple oración: "Señor muéstrame a mí mismo".

2. ¿Qué piensan de los MINISTROS de Cristo? Tan extraña como esta pregunta pueda parecer, creo verdaderamente que el tipo de respuesta que un hombre diera a ella, si habla honestamente, será frecuentemente la prueba justa del estado de su corazón.

Note que no estoy preguntándoles qué piensan sobre un clérigo ocioso, mundano, inconsistente, un pastor dormido y sin fe. ¡No! Les pregunto lo que piensan de un ministro leal de Cristo, que honestamente expone el pecado y que le remuerde sus conciencias. Piensen cómo responderán a esa pregunta. A muchos sólo les agradan esos ministros que profetizan suaves palabras y dejan sus pecados a un lado, que condescienden con su orgullo y distraen su gusto intelectual pero que nunca resuenan una alarma y nunca les hablan de la ira por venir. Cuando Acab vio a Elías, dijo: "¿Me has encontrado, enemigo mío?" (1 Rey 21:20). Cuando Micaías fue enviado a Acab, gritó "Lo detesto porque no profetiza para mi bien sino mal" (1 Rey 22:8). ¡Alas, hay muchos como Acab en el siglo IXX! A ellos les agrada un ministro que no los incomode y que los hagan volver a casa enfermos pero en paz. ¿Qué sucede con ustedes? ¡Oh, créanme, el mejor amigo es aquel que les dice las verdades! Es una mala señal en la iglesia cuando los testigos de Dios son silenciados, o perseguidos y los hombres los aborrecen cuando los reprochan (Isa 29:21). Es un decir solemne del profeta Amasías "Ahora sé que Dios ha determinado destruirte porque has hecho esto y no obedeciste mi consejo" (2 Cro. 25:16).

3. Al final de todo, ¿qué piensan ustedes de CRISTO MISMO? ¿Es grande o pequeño a sus ojos? ¿Es el primero o segundo en su juicio? ¿Está delante o detrás de Su iglesia, Sus ministros, Sus sacramentos, Sus ordenanzas? ¿Dónde está Él en su corazón y a los ojos de su mente?

Después de todo, ¡esta es la pregunta de las preguntas! Perdón, paz, alivio de consciencia, esperanza en la muerte, el cielo mismo – todo depende de nuestra respuesta. Saber que Cristo es la vida eterna. Estar sin Cristo es estar sin Dios. "Aquel que tiene al Hijo tiene vida y aquel que no tiene al Hijo de Dios no la tiene" (1 Jn 5:12). Los amigos de la educación puramente secular, los defensores entusiastas de la reforma y el progreso, los adoradores de la razón y el intelecto y la mente y la ciencia pueden decir lo que quieran y hacer todo lo que puedan para cambiar el mundo. No obstante verán que su labor es en vano si ellos no dan cabida a la Caída del hombre, si no hay lugar alguno para Cristo en sus esquemas. Hay una enfermedad lacerante en el corazón de la humanidad que frustrará todos sus esfuerzos y vencerá todos sus planes y esa enfermedad es el pecado. ¡Oh, si la gente pudiera tan solo ver y reconocer la corrupción de la naturaleza humana, y la inutilidad de todos sus esfuerzos para mejorar al hombre que no esté basada en el sistema compensatorio del evangelio! Sí, la plaga del pecado está en el mundo y ninguna agua nunca sanará esa plaga excepto por aquella que fluye de la fuente para todos pecados – un Cristo crucificado.

No obstante, para redondear, donde hay fanfarronería. Como un gran divino dijo en su lecho de muerte "¡estamos todos semi-despiertos!" El mejor cristiano entre nosotros sabe tan solo un poco de su glorioso Salvador, aun cuando haya aprendido a creer. Vemos a través de un vidrio empavonado. No nos damos cuenta de las "inescrutables riquezas" que en Él existen. Cuando despertemos en Su semejanza en otro mundo, estaremos sorprendidos de que Lo conociéramos tan imperfectamente y de haberlo amado tan poco. Busquemos conocerlo mejor y a vivir en una comunión más cercana con Él. Viviendo así no sentiremos la necesidad de pastores humanos y confesionarios terrenales. Sentiremos…

"Tengo todo en abundancia. No necesito nada más.

Cristo muriendo en la cruz por mí,

Cristo a la mano derecha de Dios siempre intercediendo por mí,

Cristo viviendo en mi corazón por fe,

Cristo viniendo pronto para reunirme con todo Su pueblo y no partir nunca más. Cristo es suficiente para mí. ¡Tengo inescrutables riquezas!"

"El bien que poseo viene de Él.

Lo malo es lo que Él estima lo mejor,

Él es mi Amigo, Soy rico sin nada a mi alrededor

Y pobre sin Él aunque lo posea todo,

Los cambios pueden venir, Tomo o dejo

Contento mientras yo sea de Él y Él sea mío".

"Mientras esté aquí, alas, conozco tan sólo la mitad de Su amor,

Lo percibo tan sólo la mitad, y adoro tan sólo la mitad,

Sin embargo cuando Lo encuentre en los reinos arriba

Espero Amarlo mejor, Alabarlo más y sentir y decir, en medio del coro divino,

Cuán completamente Suyo soy y Él es mío".

19. ¡CRISTO ES TODO!

"¡Cristo es todo!" Colosenses 3:11

Las palabras del texto que encabeza esta página son pocas, concisas y breves pero contienen grandes cosas. Como esos dichos dorados "Para mí vivir es Cristo", "Vivo –pero no yo- sino Cristo en mí", éstas son singularmente ricas y sugerentes (Fil. 1:21, Gal 2:20).

Estas tres palabras son la esencia y sustancia del Cristianismo. Si nuestros corazones pueden realmente aceptarlas, entonces nuestras almas están bien. Si no, podemos estar seguros de que tenemos mucho aún por aprender.

Déjenme tratar de establecer a mis lectores en qué sentido Cristo es todo, y déjenme pedirles, en la medida en que lean, juzgarse honestamente a sí mismos para que no naufraguen en el juicio del último día.

A propósito cierro este libro con un mensaje sobre este versículo admirable. Cristo es la esencia de ambos, del cristianismo práctico y del doctrinal. Un conocimiento correcto de Cristo es esencial para el correcto conocimiento tanto de la santificación como de la justificación. Aquel que busca la santidad no hará ningún progreso a menos que le otorgue a Cristo Su legítimo lugar. Comencé este libro con una sencilla sentencia sobre el pecado. Déjenme terminarlo con una sentencia igualmente sencilla acerca de Cristo.

1. Cristo está en todos los concejos de Dios

a. Hubo un tiempo en que esta tierra no existía. Tan sólidas como las montañas y los mares sin fronteras parecen, tan altas como las estrellas están en el cielo, alguna vez no existían. Y el hombre, con todos los altos conceptos que tiene hoy de sí mismo, era una criatura desconocida.

¿Y dónde estaba Cristo entonces?

Aun entonces Cristo estaba "con Dios" y "era Dios" y era "Igual a Dios" (Jn 1:1, Fil 2:6). Aun entonces Él era el hijo amado de su Padre "Tú Me amaste", dice, "antes de la fundación del mundo". "Tenía la gloria Contigo antes de que el mundo comenzara". "Fui establecido como eterno desde el comienzo y antes que la tierra fuera" (Jn 17:5, 24, Prov. 8:23). Aun entonces, antes de la fundación del mundo, "Él era el Salvador predestinado" (1 Ped 1:20) y los creyentes eran "escogidos en Él" (Efe. 1:4)

b. Vino el tiempo cuando la tierra fue creada en su orden actual. El sol, la luna y las estrellas, el mar, la tierra y sus habitantes fueron llamados a ser, hechos del caos y la confusión. Y, al final de todo, el hombre fue formado del polvo de la tierra.

¿Y dónde estaba Cristo entonces?

Escuche lo que las Escrituras dicen: "Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él nada de lo hecho fue hecho" (Jn 1:3). "Todas las cosas fueron creadas por Él, las que están en el cielo y las que están en la tierra" (Col 1:16). "y Tú, Señor, en los comienzos dispusiste la fundación de la tierra y los cielos son la obra de Tus manos" (Heb 1:10). Cuando formaba los cielos, allí estaba Yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; Cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con Él estaba como uno solo (Prov 8:27-30). ¿Podemos sorprendernos de que el Señor Jesús, en Su prédica, sacara en forma continua Sus lecciones del libro de la naturaleza? Cuando habló de la oveja, el pez, los cuervos, el trigo, las lilas, la higuera, el vino, habló de las cosas que Él mismo había hecho.

c. Vino el día en que el pecado entró en el mundo. Adán y Eva comieron de la fruta prohibida y cayeron. Perdieron la naturaleza santa en la cual ellos en un principio fueron formados. Perdieron la amistad y el favor de Dios y se volvieron pecadores culpables, corruptos y sin esperanza. El pecado vino a ser como una barrera entre ellos y su santo Padre en los cielos. Si Dios hubiera tratado con ellos ajustándose a sus deseos no habría habido nada ante ellos sino la muerte, el infierno y la ruina eterna.

¿Y dónde estaba Cristo entonces?

En ese mismo día, Él fue revelado a nuestros temblorosos padres como la única esperanza para su salvación. El mismísimo día que cayeron, se les dijo que la semilla de una mujer magullaría la cabeza de la serpiente, que un Salvador nacido de mujer vencería al demonio y ganaría para el hombre pecador una entrada a la vida eterna (Gen. 3:15). Cristo fue establecido como la verdadera luz del mundo, en el mismísimo día de la caída; y nunca desde ese día se ha conocido ningún otro nombre por el cual las almas puedan ser salvadas, excepto el Suyo. Por Él todas las almas salvadas han entrado al cielo, desde Adán hasta hoy, y sin Él nadie nunca ha escapado del infierno.

d. Vino un tiempo cuando el mundo pareció hundirse y enterrarse en la ignorancia de Dios. Luego de cuatro mil años, las naciones de la tierra parecieron haber olvidado sin problemas al Dios que los creó. Los imperios egipcios, asirios, persas, griegos y romanos no hicieron nada más que propagar la superstición y la idolatría. Los poetas, historiadores, filósofos han probado que, con todos sus poderes intelectuales, no tenían el correcto conocimiento de Dios, y que el hombre, abandonado a sí mismo, fue finalmente corrompido. "El mundo, por sabiduría, no conoció a Dios" (1ª Cor 1:21). Exceptuando unos pocos despreciados judíos en un rincón de la tierra, el mundo entero estaba muerto en ignorancia y pecado.

¿Y qué hizo Cristo entonces?

Él dejó la Gloria que había tenido desde la eternidad con el Padre y vino al mundo a entregar salvación. Tomó nuestra naturaleza, y nació como un hombre. Como un hombre, Él hizo la voluntad perfecta de Dios, la que todos nosotros habíamos dejado sin hacer; como un hombre, Él sufrió en la cruz la ira de Dios, la cual nosotros debimos haber sufrido. Trajo la justicia eterna para nosotros. Nos redimió de la maldición de la ley rota. Él abrió una fuente para todos los pecados y la inmundicia. Él murió por nuestros pecados. Resucitó para nuestra justificación. Él ascendió a la mano derecha de Dios y se sentó allí en espera de que Sus enemigos caigan a Sus pies. Y Él está sentado allí ahora, ofreciendo salvación a todos aquellos que van a Él, intercediendo por todos aquellos que creen

en Él, y manejando por el designio de Dios todo lo que concierne a la salvación de las almas.

e. Vendrá un tiempo cuando el pecado sea expulsado de este mundo. La maldad no florecerá sin castigo. Satanás no reinará para siempre, la creación no gemirá siempre por esa carga.

Habrá un tiempo para la restitución de todas las cosas. Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra donde habitará la justicia, y la tierra estará llena de conocimiento del Señor como las aguas que cubren el mar (Rom. 8:22, Hech 3:21, 2ª Ped 3:13, Isa 11:9).

¿Y dónde estará Cristo entonces? ¿Y qué hará?

Cristo mismo será el Rey. Regresará a esta tierra y hará todas las cosas nuevas. Vendrá en las nubes del cielo con poder y gran gloria, y los reinos del mundo serán suyos. El gentil le será dado por Su herencia y las más recónditas porciones de la tierra serán Sus posesiones. A Él se inclinará toda rodilla y cada lengua confesará que Él es el Señor. Su dominio será un dominio eterno, no perecerá, y Su reino no será destruido (Mat. 24:30, Apo 11:15, Sal 2:8, Fil 2:10, Dan. 7:14).

f. Vendrá el día en que todos los hombres serán juzgados. El mar arrojará a sus muertos, la muerte y el infierno liberarán a sus muertos. Todos los que duermen en la tumba despertarán y se presentarán, y todos serán juzgados de acuerdo a sus obras (Apo. 2:13, Dan. 12:2).

¿Y dónde estará Cristo entonces?

Cristo Mismo será el Juez. "El Padre le ha dado todo el juicio al Hijo". "Cuando el Hijo del hombre venga en Su gloria entonces Se sentará en el trono de Su gloria y ante Él se reunirán todas las naciones y Él separará los unos de los otros, como un pastor que divide las ovejas de las cabras". "Todos debemos enfrentar el juicio de Cristo, que cada uno reciba las cosas que ha hecho en su cuerpo, de acuerdo a lo que ha hecho, sea esto bueno o malo" (Jn 5:22, Mat. 25:31, 32:2, 2ª Cor. 5:10).

Ahora si cualquier lector de este mensaje tiene a Cristo en baja estima, ¡que sepa este día que es muy distinto de Dios! El hombre

tiene una mente y Dios tiene otra. Usted juzga de una forma y Dios de otra. Usted puede pensar que es suficiente dar a Cristo un poco de honor, un poco reverencia, un poco respecto, no obstante, en los concejos eternos de Dios el Padre, en la creación, la redención, la restitución y el juicio –en todos ellos- Cristo es "todo".

Con certeza, bien haremos tener en consideración estas cosas. Verdaderamente no están escritas en vano "aquel que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió" (Jn 5:23).

2. Cristo lo es todo en la Biblia.

Encontramos a Cristo en cada parte de los dos testamentos – Vaga e indistintamente en el comienzo, más clara y abiertamente en el medio y completa y enteramente al final- no obstante real y sustancialmente en todas partes.

La muerte y sacrificio de Cristo en favor de los pecadores, y el reino de Cristo y la futura Gloria son las luces que debemos tener presente en cualquiera de los libros de las Escrituras que leamos. La cruz de Cristo y la corona de Cristo son las claves que debemos asir firmemente si deseamos encontrar nuestro camino a través de las dificultades de la Escritura. Cristo es la única llave que abrirá muchos de los lugares oscuros de la Palabra. Algunas personas se quejan de que no pueden entender la Biblia y la razón es muy simple, no usan la llave. Para ellos, la Biblia es como los jeroglíficos de Egipto. Es un misterio sólo porque no saben y no usan la llave.

a. Fue Cristo crucificado el que fue puesto en cada sacrificio del Antiguo Testamento. Cada animal muerto y ofrecido en un altar era la confesión práctica de que se buscaba un Salvador que moriría por los pecadores –un Salvador que tomaría los pecados del hombre, sufriendo en su lugar, como Su sustituto y Su vicario (1ª Ped 3:18). ¡Es absurdo suponer que una carnicería de bestias inocentes, sin significado ni objetivo concreto, podría complacer al Dios eterno!

b. Era a Cristo a quien Abel buscó cuando ofreció un sacrificio mejor que Caín. No sólo era el corazón de Abel mejor que el de su hermano sino que mostró su conocimiento del sacrificio vicario y su fe en la expiación. Ofreció el primogénito de su ganado y la sangre

y al así hacerlo declaró su convicción de que sin esparcir la sangre no hay remisión de pecado (Heb. 11:4).

c. Era Cristo de quien Enoc profetizó en los días de abundante maldad, antes del diluvio. "Miren", dijo, "he aquí el Señor que viene con diez mil de Sus santos a juzgar a todos" (Jud 1:14).

d. Era Cristo a quien Abraham miró cuando habitó en tiendas en la tierra prometida. Creyó que en su simiente, en uno nacido de su familia, todas las naciones de la tierra serán bendecidas. Por fe vio el día de Cristo y tuvo contentamiento (Jn 8:56)

e. Fue de Cristo de quien Jacob habló a sus hijos en su lecho de muerte. Él señaló a la tribu de la cual nacería y presagió "permaneciendo juntos en Aquel que estaba aún por ser". "El cetro no será quitado de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh, y a Él se congregarán los pueblos" (Gen 49:10).

f. Era Cristo quien era la sustancia de la ley ceremonial que Dios entregó a Israel por la mano de Moisés. Los sacrificios de la mañana y de la tarde, el esparcimiento continuo de sangre, el altar, el propiciatorio, el sumo sacerdote, la pascua, el día de la expiación, el chivo expiatorio, todos ellos eran imágenes, formas y emblemas de Cristo y Su obra. Dios tuvo compasión de la debilidad de Su pueblo. Les enseñó de Cristo, línea tras línea, y –como nosotros enseñamos a los niños- usó las semejanzas. Fue en este sentido especial que "la ley era una guía maestra para conducir" a los judíos "a Cristo" (Gal 3:24)

g. Era Cristo sobre quien Dios dirigió la atención de Israel a través de sus diarios milagros, esos que fueron hechos ante sus ojos en el desierto. La columna de nubes y fuego que los guió, el maná del cielo que cada mañana los alimentó, el agua de la roca que los siguió –¡todos y cada uno de ellos eran figuras de Cristo! La serpiente de bronce, en la memorable ocasión cuando la plaga de fieras serpientes fue puesta sobre ellos, fue un emblema de Cristo (1ª Cor 10:4, Jn 3:14)

h. Fue Cristo de quien todos los jueces fueron símiles. José, Gedeón, Jafet, Sansón y todo el resto a quienes Dios elevó para conducir a Israel desde la cautividad –todos eran emblemas de Cristo. Tan débiles, inestables y defectuosos como algunos de ellos

eran, fueron puestos como ejemplos de cosas mejores para el futuro distante. Todos estaban destinados a recordar a las tribus de ese Libertador muy superior que estaba aún por venir.

i. Era de Cristo de quien David, el rey, era tipo. Ungido y escogido cuando unos pocos le daban honor, despreciado y rechazado por Saúl y todas las tribus de Israel, perseguido y obligado a abandonar su vida, un hombre de penas durante toda su vida –y aún a todas vistas un conquistador- en todas estas cosas, David representaba a Cristo.

j. Era de Cristo de quien los profetas, desde Isaías a Malaquías, hablaron. Ellos vieron a través de un vidrio opaco. A veces hablaron de Sus sufrimientos y otras de Su gloria por venir (1ª Ped 1:11). No siempre nos dejaron claro la distinción entre la primera y la segunda venida de Cristo. Como dos velas en una sola luz, una detrás de la otra, algunas veces vieron ambos eventos simultáneamente y hablaron de ellos en un solo aliento. Algunas veces fueron impulsados por el Espíritu Santo a escribir de los tiempos de Cristo crucificado y algunas veces del Reino de Cristo en los últimos días. No obstante el Jesús muriendo o el Jesús reinando era el sentido que siempre encontrará presente en sus pensamientos.

k. Es de Cristo, necesito decirlo enfáticamente, de quien todo el Nuevo Testamento está lleno.

Los Evangelios son Cristo viviendo, hablando y moviéndose entre los hombres.

Los Hechos son Cristo predicado, publicado y proclamado.

Las Epístolas son Cristo escrito, explicado y exaltado.

No obstante en todo, desde el inicio al fin, hay sólo un nombre por sobre todo nombre y ese es el nombre de Cristo.

Encomiendo a cada lector de este mensaje preguntarse lo que la Biblia significa para sí mismo. ¿Es una Biblia en la cual usted ha encontrado sólo buenos preceptos morales y consejos sensatos? ¿O es la Biblia en la cual usted ha encontrado a Cristo? ¿Es la Biblia en la cual Cristo es todo? Si no lo es, claramente le digo,

hasta hoy usted ha usado su Biblia con un propósito muy superficial. Usted es como un hombre que estudia el sistema solar y deja fuera de sus estudios el sol, que es el centro de todo. ¡No es de sorprenderse que encuentre su Biblia un libro soso!

3. Cristo lo es todo en la religión de todos los verdaderos cristianos

Al decir esto, deseo resguardarme de ser mal entendido. Sostengo la necesidad absoluta de la elección de Dios el Padre, y de la santificación de Dios el Espíritu con el fin de lograr la salvación de cualquiera que sea salvo. Sostengo que existe una armonía perfecta y unísona en la acción de las tres Personas de la Trinidad para llevar a cualquier hombre a la gloria y que las tres cooperan y trabajan en una labor mancomunada en su liberación del pecado y del infierno. Tal es el Padre, tal es el Hijo y tal es el Espíritu Santo. El Padre es misericordioso, el Hijo es misericordioso, el Espíritu Santo es misericordioso. Los mismos tres que dijeron en el principio "Hagamos", también dijeron "Redimamos y salvemos". Sostengo que todo aquel que accede al cielo atribuirá toda la gloria de su salvación al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; tres Personas en un único Dios.

No obstante, simultáneamente, veo claramente la prueba en las Escrituras que es el propósito de la bendita Trinidad que Cristo deba ser prominente y distintivamente exaltado en lo que se refiere a la salvación de las almas. Cristo fue puesto como el Verbo, a través del cual el amor de Dios a los pecadores se hizo conocido. La encarnación de Cristo y la muerte expiatoria en la cruz son las piedras fundamentales sobre las cuales el plan completo de salvación descansa. Cristo es el camino y la puerta por las cuales los acercamientos a Dios pueden hacerse. Cristo es la raíz en la cual los pecadores escogidos deben ser injertados. Cristo es el único lugar de encuentro…

Entre Dios y el hombre,

Entre el cielo y la tierra,

Entre la Santa Trinidad y el pobre pecador hijo de Adán.

Es a Cristo quien Dios el Padre ha sellado y señalado para conferir vida a un mundo muerto (Jn 6:27). Es Cristo a quien el Padre ha

dado al pueblo para ser conducidos a la gloria. Es de Cristo de quien el Espíritu testifica y a quien conduce siempre a las almas para perdón y paz. En breve, "ha complacido al Padre que en Cristo exista toda plenitud!" (Col. 1:19). Lo que el sol es en los cielos del cielo, eso es Cristo en el verdadero cristianismo.

Digo estas cosas como una forma de explicar. Deseo que mis lectores entiendan claramente que al decir "Cristo es todo" no quiero decir dejar de lado el trabajo del Padre o del Espíritu. Déjenme mostrarles lo que quiero decir.

a. Cristo es todo en la justificación de un pecador ante Dios

Sólo a través de Él, podemos tener paz con un Dios Santo. Sólo por Él, podemos tener admisión en la presencia del Altísimo y pararnos allí sin temor. "Tenemos la seguridad y acceso seguro por la fe en Él". Sólo en Él, Dios puede ser justo y justificar a los impíos (Efe. 3:12; Rom. 3:26).

¿Con qué puede cualquier hombre mortal ir ante Dios? ¿Qué podemos llevar como una súplica de absolución ante ese glorioso Ser en cuyos ojos el mismo cielo no puro?

¿Diremos que hemos cumplido nuestro deber para con Dios? ¿Diremos que hemos cumplido nuestro deber para con nuestro vecino? ¿Llevaremos nuestras oraciones, nuestra regularidad, nuestra moralidad, nuestras enmiendas, nuestras concurrencias al templo? ¿Pediremos a Dios su aceptación por causa de cualquiera de estas cosas?

¿Cuál de estas cosas podrá soportar la escrutadora inspección de los ojos de Dios? ¿Cuál de ellas verdaderamente nos justificará? ¿Cuál de ellas nos permitirá enfrentar limpios el juicio y nos conducirá seguros a la gloria?

¡Ninguna, ninguna, ninguna! Tomemos cualquier mandamiento de los diez y examinémonos a la luz de él. Lo hemos quebrantado repetidamente. No podemos responder a Dios de uno en mil. Mirémonos a cualquiera de nosotros y analicemos nuestros caminos y veremos que no somos nada más que pecadores. Sólo hay un veredicto: somos todos culpables, todos debemos morir y

mereceremos el infierno. ¿Con qué podemos presentarnos ante Dios?

Debemos ir en nombre de Jesús, no hay otra base, suplicando con ninguna otra súplica que no sea esta: "Cristo murió en la cruz por los incrédulos, yo confío en Él. Cristo murió por mí y yo creo en Él". La vestimenta de nuestro Hermano Mayor, la justicia de Cristo, es la única túnica que puede cubrirnos y habilitarnos a pararnos en la luz del cielo sin vergüenza.

El nombre de Jesús es el único nombre por el cual podremos obtener una entrada a través de la puerta a la gloria eterna. Si vamos a llegar delante de esa puerta por nuestros propios nombres, estamos perdidos, no seremos admitidos y golpearemos en vano. Si vamos en el nombre de Jesús, que es un pasaporte y sello de origen, entraremos y viviremos.

La marca de la sangre de Cristo es la única marca que nos puede salvar de la destrucción. Cuando los ángeles separen a los hijos de Adán en los últimos días, si no tenemos la marca con la sangre expiatoria, sería preferible no haber nacido nunca.

Oh, que nunca olvidemos que Cristo debe ser todo para esa alma que será justificada! Debemos estar contentos de ir al cielo como mendigos, salvados por gracia gratuita, simplemente como creyentes en Jesús o nunca seremos salvos en absoluto.

¿Hay una alma irreflexiva y mundana entre los lectores de este libro? Hay alguno que piensa llegar al cielo salvándose a toda prisa al final, "el Señor tenga misericordia de mí". ¿Sin Cristo? Amigo, usted está sembrando miseria para sí mismo, y a menos que cambie, despertará a una eterna aflicción.

¿Hay una alma orgullosa y ceremoniosa entre los lectores de este libro? ¿Hay alguien pensando hacerse a sí mismo adecuado para el cielo, y suficientemente bueno para pasar libremente a causa de sus propias obras? Hermano, usted está construyendo un Babel y nunca alcanzará el cielo en su actual estado.

Sin embargo, ¿hay alguno laborioso y cargado entre los lectores de este libro? ¿Hay alguien que desee ser salvo y se siente como un

vil pecador? A él le digo: "Venga a Cristo, y Él lo salvará. Venga a Cristo y ponga las cargas de su alma en Él. No tema, sólo crea".

¿Teme a la ira? Cristo puede liberarlo de la ira por venir.

¿Siente la maldición por una ley quebrantada? Cristo puede redimirlo de la maldición de la ley.

¿Se siente distante? Cristo ha sufrido para traerlo cerca de Dios.

¿Se siente impuro? La sangre de Cristo puede lavar todos los pecados.

¿Se siente imperfecto? Usted será completo en Cristo.

¿Se siente como si fuera la nada? Cristo será todo en todo para su alma.

Ningún santo alcanzó el cielo con ninguna historia excepto por esta: "fui lavado y emblanquecido con la sangre del Cordero" (Apo. 7:14)

b. Cristo no es sólo todo en la justificación de un verdadero Cristiano sino que también es todo en su santificación. No quisiera que alguien me malentendiera. Ni por un momento desvalúo el trabajo del Espíritu. Sin embargo, digo esto, ningún hombre será alguna vez santo sino hasta que venga a Cristo y sea uno con Él. Hasta entonces, sus obras son obras muertas, y no tiene santidad alguna. Primero debe unirse a Cristo y entonces será santo. "Sin Él, separados de él, usted nada puede hacer" (Jn 15:5).

Ningún hombre puede crecer en santidad, a menos que permanezca en Cristo. Cristo es la gran raíz de la cual cada creyente debe extraer su fortaleza para seguir adelante. El Espíritu es Su regalo especial, Su regalo comprado para Su pueblo. Un creyente no debe solamente "recibir a Cristo el Señor" sino "caminar con Él, y arraigarse y sobredificarse en Él" (Col. 2:6,7)

¿Desea ser santo? Entonces Cristo es el maná que debe comer diariamente, como Israel en el desierto del Antiguo Testamento.

¿Desea ser santo? Entonces Cristo debe ser la roca de la cual usted diariamente beba el agua viva.

¿Desea ser santo? Entonces debe mirar siempre a Jesús, mirar Su cruz y tomar renovados bríos para una caminata más cercana con Dios; mirar Su ejemplo, tomándolo como su modelo. Mirándolo a Él se volverá como Él. Mirándolo a Él, su rostro brillará sin saberlo. Mírese menos a sí mismo y más a Cristo y encontrará que sus pecados residentes cejarán y lo abandonarán y sus ojos serán abiertos más y más cada día (Heb. 12:2, 2 – 2ª Cor 3:18).

El verdadero secreto para salir del desierto es abandonarse al Amado (Cant. 8:5). La verdadera forma de ser fuerte es darse cuenta de nuestra debilidad y sentir que Cristo debe ser todo. El verdadero camino para crecer en gracia es hacer uso de Cristo como una fuente para las necesidades de cada minuto. Debemos emplearlo a Él como la esposa del profeta empleó el aceite –no sólo para pagar nuestras deudas sino para continuar viviendo. Debemos luchar para ser capaces de decir "la vida que vivo en la carne la vivo por fe en el Hijo de Dios, que me amó y se dio a Sí mismo por mí (2ª Rey 4:7, Gal 2:20).

¡Me apeno por aquellos que tratan de ser santos sin Cristo! Toda su labor es en vano. Están poniendo dinero en un saco roto. Están derramando agua en un cedazo. Están haciendo rodar una enorme piedra redonda colina arriba. Están construyendo un muro con mortero sin templar. Créanme, están comenzando equivocadamente. Deben venir a Cristo primero y Él les dará Su espíritu santificador. Deben aprender a decir junto con Pablo "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13).

c. Cristo no solamente es todo en la santificación de un verdadero cristiano sino lo es todo en su consuelo en los tiempos presentes. Una alma salvada tiene muchas tribulaciones. Tiene un cuerpo como cualquier hombre, débil y frágil. Tiene un corazón como cualquier otro hombre y a menudo, también, uno más sensible. Enfrenta pruebas y pérdidas que tiene que soportar como otros y a menudo mucho más. Tiene su cuota participación de pesares, muertes, desengaños, cruces.

Tiene

El mundo al que oponerse,

Un lugar en la vida para llenar intachablemente,

Parientes no convertidos que soportar pacientemente,

Persecuciones que afrontar,

Y una muerte para morir.

¿Y quién es suficiente para todas estas cosas? ¿Qué posibilitará a un creyente soportar todo esto? Nada más que la consolación que hay en Cristo (Fil. 2:1).

Jesús es verdaderamente el Hermano nacido para la adversidad. Él es el Amigo que permanece más cercano que un hermano, solo Él puede consolar a Su pueblo. Él puede ser tocado con los sentimientos de sus iniquidades porque Él las sufrió en Sí mismo (Heb. 4:15). Él sabe lo que es la pena porque Él fue un hombre de pesares. Él sabe lo que es un cuerpo doliente porque Su cuerpo fue afligido con dolor. El lloró "Todos mis huesos están fuera de sus coyunturas" (Sal. 22:14). Él sabe lo que es la pobreza y el trajín porque a menudo estaba cansado y no tuvo ningún lugar para descansar Su cabeza. Él sabe lo que es el desagravio familiar porque ni Sus hermanos creyeron en Él. No tuvo ningún honor en Su propia casa.

Y Jesús sabe exactamente cómo consolar a Su pueblo afligido. Él sabe…

Cómo poner aceite y vino en las heridas del espíritu,

Cómo llenar los espacios en los corazones vacíos,

Cómo administrar una palabra adecuada al afligido,

Cómo sanar un corazón roto,

Cómo confortarnos en la enfermedad,

Cómo acercarnos cuando estamos desvanecidos, y dice "No temas, Yo soy tu salvación" (Lam. 3:57).

Hablamos de compasión siendo agradables. No hay compasión como la de Cristo. En todas nuestras aflicciones, Él se conduele. Sabe de nuestras penas. En todos nuestros dolores, Él se duele y es el buen médico, Él no nos dará ni una gota de dolor de más. David una vez dijo "En la multitud de mis pensamientos, Tus consuelos deleitan mi alma" (Sal 104:19). Muchos creyentes, estoy seguro, podrían decir lo mismo. "Si el Señor mismo no hubiera permanecido conmigo, las aguas profundas habrían cubierto mi alma (Sal. 124:5).

Parece maravilloso ver cómo un creyente sale de todos sus problemas. Parece fuera de comprensión ver cómo es llevado a través del fuego y el agua. Sin embargo, la verdadera razón de ello es tan sólo ésta: Cristo no es sólo justificación y santificación sino también consolación.

¡Oh, a usted que desea consolación que no falla, le encomiendo a Cristo! Sólo en Él no hay fallas.

Los hombres ricos se desilusionan de sus tesoros.

Los hombres doctos se desilusionan de sus libros.

Los esposos se desilusionan de sus esposas.

Las esposas se desilusionan de sus maridos.

Los padres se desilusionan de sus hijos.

Los hombres ilustres se desilusionan cuando, tras muchas luchas, logran un lugar y poder. Descubren, a su costo, que hay más dolor que placer, que es un problema que decepciona, molesta, no termina y preocupa, son vanidad e irritación del espíritu. No obstante, ningún hombre ha sido jamás defraudado por Cristo.

d. Así como Cristo es todo en los consuelos para un verdadero creyente, en los tiempos actuales también lo es en todas sus esperanzas en los tiempos venideros. Supongo que encontraremos pocos hombres y mujeres, que no tengan esperanzas de alguna clase sobre sus almas. Sin embargo, las esperanzas de una vasta mayoría no son nada más que vana imaginación. No están cimentadas en fundación sólida. Ningún hombre, excepto un

verdadero hijo de Dios –el sincero y perseverante cristiano- puede dar cuenta razonable de la esperanza que hay en él. Ninguna esperanza es razonable sino es escritural.

Un verdadero cristiano tiene una buena esperanza cuando mira adelante; el hombre mundano no tiene ninguna. Un verdadero cristiano ve la luz a la distancia; el hombre mundano no ve nada más que oscuridad. ¿Y cuál es la esperanza de un verdadero cristiano? Es sólo esta, Jesús

Viniendo nuevamente,

Viniendo sin pecado,

Viniendo a todo Su pueblo,

Viniendo a enjugar toda lágrima,

Viniendo a levantar a Sus santos durmientes de la tumba,

Viniendo a reunir a toda Su familia, que permanecerá por siempre con Él.

¿Por qué un creyente es paciente? Porque espera por la venida del Señor. Puede soportar cosas difíciles sin murmurar. Sabe que el tiempo se acerca. Espera tranquilamente por el Rey.

¿Por qué es moderado en todas las cosas? Porque espera que su Señor regrese pronto. Su tesoro está en el cielo, las mejores cosas para él están aún por venir. El mundo no es su descanso, aunque es un hostal, un hostal que no es su hogar. Sabe que "Aquel que vendrá, vendrá pronto y no tardará". Cristo viene y eso es suficiente (Heb. 10:37)

¡Esta es en verdad una "bendita esperanza!" (Tit 2:13)

¡Ahora es el tiempo de esforzarse –luego las eternas vacaciones!

Ahora las olas de un mundo problemático nos sacuden –luego vendrá la quietud de la bahía.

Ahora es la diáspora -luego el encuentro.

Ahora es el tiempo de la siembra -luego el de la cosecha.

Ahora es el tiempo de trabajar -luego el salario.

Ahora es la cruz -luego la corona.

Las personas hablan de sus "expectativas" y esperanzas en el mundo. Ninguna tiene tan sólida expectativa como las de un alma salva. Puede decir: "Mi alma, espera en Dios, mis expectativas están en Él" (Sal. 62:5).

En toda verdadera religión salvadora Cristo es

Todo en justificación,

Todo en santificación,

Todo en consuelo,

Todo en esperanza.

Bendita es la madre cuyo hijo lo sabe y mucho mayor bendición si él así lo siente también. ¡Oh, que los hombres se prueben a sí mismos y vean lo que saben de esto en beneficio de sus propias almas!

4. Cristo será todo en el cielo.

No puedo hablar demasiado sobre este punto. No tengo el poder aunque tuviera el espacio y la audiencia. Malamente puedo describir cosas que no han sido vistas ni de un mundo que es desconocido. Pero esto sé, que todos los hombres y mujeres que vayan al cielo encontrarán que aún allí Cristo es todo.

Como el altar en el templo de Salomón, Cristo crucificado será el gran objeto en el cielo. El altar impresionaba a los ojos de cualquiera que cruzaba las puertas del templo. Era un gran altar de bronce, veinte codos de ancho, tan ancho como el frente del templo mismo (2ª Cro. 3:4, 4:1). Y de esa misma manera, Cristo llenará los ojos de todos aquellos que entren a la gloria. En el medio del trono y rodeado de ángeles adoradores y santos, estará "el Cordero

que fue muerto". Y "el Cordero será la luz del lugar" (Apo. 5:6, 21:23).

La alabanza del Señor Jesús será la canción eterna de todos los habitantes del cielo. Dirán voz en alto "¡Valioso es el Cordero que fue muerto!" Bendición, y honor, y gloria, y poder sean a Aquel que está sentado en el trono y al Cordero para siempre y eternamente (Apo. 5:12, 13).

El servicio al Señor Jesús será la ocupación eterna de todos los habitantes del cielo. "Lo serviremos a Él día y noche en Su templo" (Apo. 7:15). Bendito sea el pensamiento de que le serviremos con detalles a Él, sin distracción y trabajaremos por Él sin fatigarnos.

La mismísima presencia de Cristo será el gozo eterno de los habitantes del cielo. Veremos Su rostro, oiremos Su voz, hablaremos con Él de amigo a amigo (Apo. 22:4). Dulce es el pensamiento que nos dice que no importa que otro falte a la cena del matrimonio, el Maestro Mismo estará allí. Su presencia satisfará todos nuestros deseos (Sal. 17:15).

¡Cuán dulce y glorioso hogar será el cielo para todos aquellos que han amado al Señor Jesucristo con sinceridad! Aquí vivimos por la fe en Él, encontramos paz aunque no Lo veamos. ¡Lo veremos a Él cara a cara y encontraremos que Él es enteramente amoroso! ¡"Mejor, en verdad, será la vista de los ojos que el deseo que pasa"! (Ecl. 6:9).

No obstante, ay, cuán poco preparados para el cielo están muchos de los que hablan de ir al cielo cuando mueren, dado que manifiestamente no poseen una fe salvadora o una real relación con Cristo, dado que no dan a Cristo ningún honor aquí, dado que no tienen ninguna comunión con Él, dado que no Lo aman. Ay, ¿qué podrían hacer en el cielo? No sería lugar para ellos. Sus gozos no serían sus gozos. Su felicidad sería una felicidad que no sentirían. Sus trabajos serían agotadores y una carga para sus corazones. ¡Oh, arrepiéntanse y cambien antes de que sea demasiado tarde!

Confío en que he mostrado cuán profundas son las fundaciones de esta concisa expresión: "Cristo es todo".

Podría fácilmente agregar más a las cosas que he dicho, si tuviera espacio. El tema no está agotado. He, escasamente, tocado su superficie. Hay minas de preciosa verdad conectadas con él, las cuales he dejado sin abrir.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser todo en una iglesia visible. Los edificios religiosos, los números servicios religiosos, ceremonias maravillosas, tropas de hombres –todo, todo es nada a la vista de Dios si el Señor Jesucristo en todos Sus Oficios no es honrado, magnificado y exaltado. Es una iglesia con un cuerpo muerto aquella en que Cristo no lo es todo.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser todo en un ministerio. El gran trabajo que los hombres escogidos pretenden hacer es para engrandecer a Cristo. Debemos ser como el mástil en que se colgó la serpiente de bronce. Somos útiles en la medida en que exaltemos el gran objeto de la fe, útiles, no más que eso. Debemos ser los embajadores para llevar las nuevas sobre el Hijo del Rey a un mundo rebelde, y si enseñamos a los hombres a pensar más en nosotros mismos y en nuestra tarea en lugar de Él no somos aptos en nuestro hacer. El Espíritu nunca honrará a un ministro que no testifica de Cristo, que no hace de Cristo todo.

Podría mostrar el lenguaje exhaustivo de la Biblia para describir los diversos oficios de Cristo. Podría describir las infinitas formas figurativas empleadas para desplegar la plenitud de Cristo. El Sumo Sacerdote, el Mediador, el Redentor, el Salvador, el Abogado, el Pastor, el Médico, el Novio, la Cabeza, el Pan de Vida, la Luz del mundo, el Camino, la Puerta, el Vino, la Roca, la Fuente, el Sol de Justicia, el Precursor, el Fiador, el Capitán, el Príncipe de vida, el Amén, el Todopoderoso, el Autor y Acabador de la fe, el Cordero de Dios, el Rey de los santos, el Maravilloso, el Dios Poderoso, el Consejero, el Obispo de las almas –todas estos y muchos más son los nombres dados a Cristo en las Escrituras. Cada uno es una fuente de instrucción y consuelo para cualquiera que esté deseoso de beberla. Cada uno suministra motivos de útil meditación.

Pero confío que he dicho suficiente para echar luz sobre el punto que deseo enfatizar en las mentes de todos quienes leen este mensaje. Confío en que he dicho suficiente para mostrar la tremenda importancia de las CONCLUSIONES PRACTICAS que ahora deseo exponer para concluir el tema.

1. ¿Es Cristo todo? Entonces aprendamos la absoluta inutilidad de una religión sin Cristo. Son demasiados los hombres y mujeres bautizados que prácticamente no saben nada sobre Cristo. Su religión consiste en unas pocas nociones vagas y expresiones vacías. Ellos "confían en que no son peores que otros"; "mantienen a su iglesia"; "tratan de hacer su deber"; "no dañan a nadie"; "esperan que Dios sea misericordioso con ellos"; "confían en que el Todopoderoso perdonará sus pecados y los llevará al cielo cuando mueran". ¡Este es el todo de su religión!

¿Pero qué es lo que estas personas saben en forma práctica de Cristo? ¡Nada, nada en absoluto! ¿Qué conocimiento experimental tienen con Sus oficios y obra, Su sangre, Su justicia, Su mediación, Su pastorado, Su intercesión? ¡Ninguno, ninguno en absoluto! Pregúnteles sobre la fe salvadora, pregúntenles sobre ser nacidos de nuevo en el Espíritu, pregúnteles sobre ser santificados en Cristo Jesús. ¿Y qué respuesta obtendrá? ¡Usted es un bárbaro para ellos! Usted les ha preguntado por cuestiones bíblicas simples, sin embargo no saben experimentalmente nada más que lo que un budista o un turco saben! Y aun así esta es la religión de cientos y miles de personas alrededor del mundo que se llaman a sí mismos cristianos.

Si algún lector de este mensaje es una persona de esta clase, le advierto claramente que tal cristianismo nunca lo llevará al cielo. Este cristianismo puede ser muy bueno a los ojos del hombre; puede pasar colado decentemente en las reuniones de la iglesia; en los negocios, o en las calles, pero nunca lo consolará. Nunca satisfará su conciencia. Nunca salvará su alma.

Le advierto sencillamente que todas las nociones y teorías sobre Dios siendo misericordioso sin Cristo y sin la presencia de Cristo, son ilusiones infundadas e imaginaciones vacías. Tales teorías son puramente un ídolo de la invención del hombre, lo son tanto como el ídolo de Juggernau(1). Todos son de la tierra, terrenales; nunca vinieron del cielo. El Dios del cielo ha sellado y ha apuntado a Cristo como el único Salvador y camino de vida y todos los que vayan a ser salvados deben salvarse por Él, o nunca lo serán en absoluto.

Queda cada lector tome nota. Le entrego una advertencia justa este día. Una religión sin Cristo nunca salvará su alma.

2. Déjenme decir otra cosa: ¿Es Cristo todo? Entonces aprendamos de la enorme locura de unir cualquier cosa con Cristo en materia de salvación. Hay multitudes de hombres y mujeres bautizados que profesan honrar a Cristo pero en realidad Le hacen gran deshonor. Le dan a Cristo un cierto lugar en su sistema religioso pero no el lugar que Dios determinó Él debe llenar. Cristo por sí mismo no es todo para sus almas. ¡No! Está Cristo y la iglesia o Cristo y los sacramentos, o Cristo y Sus ministros ordenados, o Cristo y su propio arrepentimiento, o Cristo y su propia bondad, o Cristo y sus propias oraciones, o Cristo y su propia sinceridad y caridad, -cosas en las cuales virtualmente sus almas descansan.

Si algún lector de este mensaje pertenece a esta clase de cristiano, le advierto, también claramente, que su religión es una ofensa para Dios. Ustedes están cambiando el plan de salvación de Dios por un plan de su propia invención. En efecto, están deponiendo a Cristo de Su trono al rendir a otro la gloria que Él merece.

No me importa aquel que enseña esta religión y sobre cuyas palabras usted construye. Sea este papa o cardenal, arzobispo u obispo, decano o archidecano, presbítero o diácono, episcopal o presbiteriano, bautista o independiente, hermano de Wesley o Plymouth. Cualquiera que agrega algo a Cristo mal le enseña.

No me importa lo que usted agregue a Cristo. Sea esto la necesidad de adherirse a la iglesia de Roma, o de ser episcopal, o ser un hombre de iglesia independiente, o abandonar la liturgia, o ser sumergido en el bautismo – cualquier cosa que pueda agregar virtualmente a Cristo en materia de salvación, está lesionando a Cristo.

Tome cuidado de lo que está haciendo. Esté alerta de dar a los sirvientes de Cristo el honor que nadie excepto Cristo merece. Esté alerta de dar a las ordenanzas de Dios, el honor que Dios merece. Esté alerta de no dejar la carga de su alma en otra cosa que no sea Cristo, y sólo Cristo.

3. Déjenme decir otra cosa. ¿Es Cristo todo? Entonces dejemos que todos aquellos que desean salvación busquen directamente a Cristo. Hay muchos que oyen de Cristo con el oído y creen todo lo que se les dice acerca de Él. No hay salvación excepto en Cristo. Toman nota que sólo Jesús puede liberarlos del infierno y presentarlos sin falta ante Dios.

Sin embargo nunca van más allá de este conocimiento general. Nunca abandonan sinceramente sus propias almas en Cristo. Se mantienen firmes en un estado de deseo, de necesidad, de sentir y pretender y nunca llegan más allá. Ven lo que queremos decir, saben que todo esto es verdad. Esperan un día obtener el completo beneficio de ello pero hoy no obtienen beneficio alguno. El mundo es su todo. La política es su todo. El placer es su todo. El negocio es su todo. Pero Cristo no lo es.

Si algún lector de este mensaje es un hombre de esta clase, le advierto también claramente, que está en un mal estado del alma. ¡Verdaderamente hoy está en el camino al infierno, como Judas Iscariote o Ahab o Caín! Créame, debe existir una fe real en Cristo o de otro modo Cristo murió en vano en lo que a usted respecta. No es mirar el pan que alimenta al hambriento sino comerlo realmente. No es mirar fijamente el bote que salva al marinero del naufragio sino subirse a él. No es saber y creer que Cristo es un Salvador, que puede salvar su alma, a menos que exista una real transacción entre usted y Cristo. Usted debe ser capaz de decir "Cristo es mi Salvador porque yo he venido a Él por fe, y lo he tomado para mí". "Mucho de la religión", dice Luther, "nos hace capaces de usar pronombres posesivos". ¡Tome de mí la palabra "mío" y tomará de mí a Dios!

Escuche el consejo que le doy hoy y actúe en consecuencia de inmediato. No permanezca quieto por más tiempo, esperando por estructuras imaginarias y sentimientos que nunca vendrán. No dude por más tiempo bajo la idea de que usted debe primero obtener el Espíritu y luego venir a Cristo. Párese y venga a Cristo tal y como está. Él lo espera y está deseoso de salvar ya que tiene el poder para salvar. Él fue designado como el Médico para las almas enfermas de pecado. Trate con Él como lo haría con su médico acerca de la cura de una enfermedad física. Exponga sus súplicas directas a Él y hágale saber todas sus necesidades. Tome estas palabras para usted hoy, y ruegue vigorosamente al Señor

Jesús por perdón y paz, como lo hizo el ladrón en la cruz. Haga como ese hombre gritó: "Señor, recuérdame" (Luc 23:42). Dígale que ha oído que Él recibe a los pecadores y que usted es uno. Dígale que quiere ser salvado y pídale que lo salve. No descanse hasta que haya realmente probado usted mismo que el Señor es clemente. Haga esto y encontrará, tarde o temprano -si es realmente honesto- que Cristo es todo.

4. Una cosa más que agregar. ¿Es Cristo todo? Entonces que Su pueblo convertido lidie con Él creyendo. Que descanse en Él y confíen en Él mucho más de lo que lo han hecho hasta ahora. Ay, hay mucho pueblo del Señor que vive muy por debajo de sus privilegios Hay muchas almas de verdaderos cristianos que roban de sí mismos la paz y abandonan sus propias misericordias. Hay muchos que insensiblemente se adhieren a su propia fe o el trabajo del Espíritu en sus propios corazones, por Cristo, y pierden la plenitud de la paz del evangelio. Hay muchos que hacen poco progreso en su propósito de santidad y brillan con una luz tenue. ¿Y por qué todo esto? Simplemente porque en diecinueve casos de veinte, los hombres no hacen de Cristo todo en todo.

Ahora llamo a cada lector de este mensaje que es creyente, y le ruego por su propio bien asegurarse de que Cristo es realmente y completamente su todo en todo. Esté alerta de permitirse a sí mismo mezclar cualquier cosa de usted mismo con Cristo.

¿Tiene fe? Es una bendición que no tiene precio. Felices son realmente aquellos que están deseosos y preparados a confiar en Jesús. Sin embargo tome cuidado de no hacer un Cristo de su fe. No descanse en su propia fe sino en Cristo.

¿Está la obra del Espíritu en su alma? Agradezca a Dios por ella. Es una obra que nunca será derrocada. No obstante, oh, esté alerta, no sea que inadvertidamente haga un Cristo de la obra del Espíritu. No descanse en la obra del Espíritu sino en Cristo.

¿Tiene algún sentimiento religioso interior y experiencia con la gracia? Agradezca a Dios por ello. ¡Miles no tienen más sentimiento religiosos que un gato o un perro! Sin embargo, ¡oh, esté alerta no sea que usted haga un Cristo de sus sentimientos y sensaciones! Son cosas pobres, inciertas y penosamente dependientes de nuestros cuerpos y de circunstancias externas. No

descanse ni una pizca en sus sentimientos. Descanse tan solamente en Cristo.

Aprenda, lo conmino, a mirar más y más al gran objeto de la fe, Jesucristo, y a mantener su mente habitando en Él. Haciendo de ese modo, encontrará la fe y todas las otras gracias crecerán, aunque ese crecimiento a veces pueda parecer imperceptible para usted mismo. Aquel que desea ser un hábil arquero no debe mirar la flecha sino la marca.

¡Ay, me temo que hay mucho orgullo e incredulidad aún anquilosada en los corazones de muchos creyentes! Unos pocos parecen darse cuenta de cuánto necesitan un Salvador. Pocos parecen entender cuán completamente son deudores de Él. Pocos parecen comprender cuánto lo necesitan a Él diariamente. Pocos parecen sentir cuán simple, y como un niño, deben poner sus almas en Él. ¡Pocos parecen estar conscientes de cuán lleno de amor está Él con Su pobre, débil pueblo y cuán presto está a ayudarlos! Y pocos, por lo tanto, parecen conocer la paz y el gozo y la fortaleza y el poder para vivir una vida devota que es la que se debe tener en Cristo.

Cambie su plan, lector, si su conciencia le dice que es culpable; cambie su plan y aprenda a confiar más en Cristo. Los médicos aman ver a sus pacientes ir a sus consultas; es su oficio recibir a los enfermos y si es posible aplicar curas. El abogado ama ser utilizado; es su llamado. El marido ama que su esposa confíe y se apoye en él; es su placer quererla y buscar su comodidad. Y Cristo ama que Su pueblo

Se apoye en Él,

Descanse en Él,

Lo visite a Él

Habite en Él.

———————

1 Es un vocablo de uso coloquial que corresponde a una fuerza literal o metafórica que se observa como destructiva e imparable,

despiadada. Es una referencia metafórica del carro del templo Hindú, que apócrifamente tuvo reputación de aplastar a los devotos bajo sus ruedas. Un gran vagón portando una imagen del dios Hindú. El sentido figurativo de la palabra inglesa, encierra "algo que demanda devoción ciega o sacrificio despiadado" Por ejemplo, fue usada para describir el carácter fuera de control de Hyde en la novela de R. L. Stevenson El Dr. Jekyll y el Señor Hyde. El término es a menudo aplicado a una gran máquina, o colectivamente a un equipo o grupo de personas trabajando juntas o a un movimiento político que crece y que es dirigido por un líder carismático, y que a menudo es asociado a un sentido aplastantemente destructivo.